Johann Wolfgang von Goethe

Los años de aprendizaje de Guillermo Meister

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Johann Wolfgang von Goethe

Los años de aprendizaje de Guillermo Meister

La traducción del alemán ha sido hecha por R. M. Tenreiro
Tomo primero

Libro primero

Capítulo primero

Mucho se prolongaba la función de teatro. Más de una vez la anciana Bárbara se había asomado a la ventana para escuchar si ya se oía el rodar de los carruajes. Esperaba a Mariana, su hermosa señora (que en el entremés de aquel día encantaba al público vestida de militar), con impaciencia mayor de la habitual, cuando a su llegada no tenía que presentarle más que una modesta cena; aquella vez debía recibir la sorpresa de encontrar un paquete de regalos, que Norberg, joven y rico comerciante, había enviado por la diligencia, para mostrar que, aunque lejos de ella, pensaba en su amada.

Bárbara, como antigua criada, confidente, consejera, mediadora y ama de llaves, poseía el derecho de romper los sellos de cartas y paquetes, y también aquella noche no había podido defenderse de su curiosidad, ya que, más aún que a la propia Mariana, llegábanle al corazón las mercedes del generoso amante. Con grandísima alegría había encontrado para sí misma, en el paquete, un trozo de indiana, algunos pañuelos y un rollo de monedas, junto con una pieza de rica muselina y cintas de las más modernas para Mariana. ¡Con qué cariño y agradecimiento acordábase ahora del ausente Norberg! ¡Con qué ardor se proponía mantener también aquel recuerdo en Mariana, haciéndole ver lo que le debía y lo que él tenía derecho a esperar y a exigir de su fidelidad!

La muselina, animada por los colores de las semidesenrolladas cintas, mostrábase sobre la mesilla como un regalo de Pascuas; la disposición de las luces realzaba el esplendor del presente; todo estaba como era debido, cuando la vieja sintió en las escaleras los pasos de Mariana y corrió a su encuentro. Pero, con qué asombro se hizo atrás cuando el femenino militarcillo, sin prestar atención a sus caricias, pasó por su lado y penetró en su cuarto con desusada precipitación y rapidez, arrojó sobre la mesa sombrero de plumas y espada y se paseó con impaciencia de un extremo a otro, sin otorgarle ni una mirada a las luces encendidas con tanta solemnidad.

-¿Qué tienes, querida mía? -exclamó con asombro la vieja-. En nombre del cielo, hija, ¿qué te pasa? Mira estos regalos. ¿De quién podrían ser sino de tu más tierno amigo? Norberg te manda esta pieza de muselina para que te hagas trajes de noche; pronto estará también él a nuestro lado; paréceme más enamorado y liberal que nunca.

La vieja se volvía, queriendo enseñar los dones que le habían sido destinados, cuando Mariana, apartándose de los regalos, exclamó ardientemente:

-¡Déjame! ¡Déjame! Nada quiero saber hoy de todo esto; te he obedecido; tú lo has querido; sea. Cuando regrese Norberg volverá a ser suya; será tuya; harás de mí lo que quieras; pero hasta entonces quiero ser mía, y aunque tuvieras mil lenguas no me disuadirías de mi propósito. Quiero entregarle todo mi ser a la persona que me quiere y a quien yo quiero. ¡No hagas gestos! Quiero entregarme a esta pasión como si debiera durar eternamente.

A la vieja no le faltaban razones que objetar; sin embargo, como al proseguir la disputa llegara a hablar con violencia y aspereza, Mariana se lanzó sobre ella y la agarró por el pecho. La vieja se reía con estrépito.

-Tengo que procurar que se vuelva a poner pronto sus faldas -exclamó- si quiero tener segura mi vida. ¡Pronto, desnudaos! Espero que la muchacha me pedirá perdón por la pena que me ha causado el aturdido mancebo. ¡Fuera ese traje! ¡Fuera toda esa ropa, en seguida! Es un uniforme incómodo y, además, según voy notando, peligroso para vos. Las charreteras os entusiasman.

La vieja había puesto manos a la obra, pero Mariana se desprendió de ella.

-¡No tan de prisa! -exclamó-; aún espero hoy una visita.

-Eso no está bien -replicó la vieja-. Espero siquiera que no sea aquel hijo de comerciante, tan joven, tierno y escaso de plumaje.

-Ese mismo -repuso Mariana.

-Parece que la generosidad quiere llegar a ser vuestra pasión dominante -replicó con mofa la vieja. Aceptáis con gran entusiasmo a los menores de edad, a los mal acomodados. Tiene que ser delicioso ser adorada como favorecedora desinteresada.

-Búrlate cuanto gustes. ¡Lo quiero! ¡Lo quiero! Con qué embeleso pronuncio por primera vez estas palabras. Esta es aquella pasión que tantas veces he fingido en escena y de la cual no tenía ni idea. Sí; quiero arrojarme a su cuello, quiero estrecharlo contra mí como si debiera ser suya por toda la eternidad. Quiero mostrarle todo mi amor, gozar del suyo en toda su plenitud.

-Moderaos, moderaos -dijo sosegadamente la vieja-. Tengo que interrumpir vuestra alegría con una sola frase: Norberg viene; dentro de quince días estará aquí. Eso dice en la carta que acompaña a los regalos.

-Pues aunque el sol de mañana debiera arrebatarme a mi amigo, quiero ocultármelo. ¡Quince días! ¡Qué eternidad! ¿Qué no puede ocurrir en quince días? ¿Qué no puede cambiarse?

Entró Guillermo. ¡Con qué pasión voló ella a su encuentro! ¡Con qué delicia rodeó él con sus brazos el uniforme rojo, estrechó contra su pecho el blanco chaleco de raso! ¿Quién osaría describir aquí, en qué boca no sería una inconveniencia expresar la felicidad de dos amantes? La vieja se retiró barbotando; alejémonos con ella y dejemos solos a los dichosos.

Capítulo II

A la otra mañana, cuando Guillermo dio los buenos días a su madre, hízole saber ella que el padre estaba muy enojado y que iba a prohibirle que fuera diariamente al teatro.

-Aunque a mí misma -prosiguió diciendo- me guste algunas veces ese espectáculo, con frecuencia tengo que maldecirlo, ya que la paz de mi casa se ve turbada por tu ilimitada afición a tal placer. Tu padre repite sin cesar: ¿Para qué puede servir eso? ¿Cómo puede perder uno de ese modo su tiempo?

-Ya he tenido que oírlo también de sus labios -repuso Guillermo-, y acaso le he contestado harto violentamente; pero, ¡por el cielo!, madre, ¿es, pues, inútil todo lo que no trae directamente dinero a nuestra bolsa, lo que no nos proporciona el más inmediato provecho? ¿No teníamos espacio suficiente en la casa vieja? ¿Era necesario haber construido una nueva? ¿No emplea anualmente el padre una cantidad considerable de sus ganancias mercantiles en el embellecimiento de sus habitaciones? ¿Estos tapices de seda, estos muebles ingleses, no son también inútiles? ¿No podríamos contentarnos con otros de menor valor? Por lo menos, debo confesar que estas paredes, con su tapicería a listas, sus flores, ringorrangos, canastillas y figuras cien veces repetidas, me producen una impresión totalmente desagradable. Se me representan, cuando más, como el telón de nuestro teatro. ¡Pero qué distinto es estar sentado ante éste! Por mucho tiempo que se tenga que esperar, sábese que ha de levantarse y que veremos las cosas más diversas que nos divertirán, ilustrarán y exaltarán...

-Siquiera modérate -dijo la madre. Tu padre quiere que se le entretenga por las noches, y, además, cree que esa afición te disipa, y a fin de cuentas, cargo yo con la culpa cuando está enojado. Cuántas veces tuve ya que soportar que me acusara por el maldito teatro de muñecos, que os regalé hace doce años por Navidad y que despertó en vosotros el gusto de esos espectáculos.

-No eche usted pestes contra el teatro de muñecos, no se arrepienta de su cariño y solicitud. Aquéllos fueron los primeros momentos de dicha de que gocé en la nueva casa, tan vacía; aun ahora me parece que lo veo todo delante de mí y recuerdo lo extraño que me pareció cuando, después de los habituales regalos de Navidad, nos mandaron sentar delante de una puerta que comunicaba con otra habitación. Se abrió, pero no, como de ordinario,

para que entráramos y saliéramos corriendo por ella; el hueco estaba lleno, por una inesperada edificación solemne. Alzábase a lo alto un pórtico cubierto por un místico velo. Al principio, todos permanecimos apartados; pero como creciera nuestra curiosidad por ver lo que podía ser lo que brillaba y hacía ruido detrás de la cortina semitransparente, señaláronnos un asiento a cada uno y se nos ordenó que esperáramos con paciencia. Una vez todos sentados y en silencio, un pito dio la señal y se levantó el telón, mostrando una decoración de templo con rojos colores. El sumo sacerdote Samuel apareció hablando con Jonatán, y parecíanme altamente venerables sus extrañas voces alternas. Poco después Saúl entró en escena, sumido en gran perplejidad por la insolencia del colosal guerrero que lo había retado a él y a los suyos. ¡Cuál no fue después mi alegría cuando llegó brincando el diminuto hijo de Isaí, con su cayado de pastor, su zurrón y su honda, y habló de este modo: «¡Alto y muy poderoso rey y señor!, que ningún ánimo decaiga a causa de este desafío; si vuestra majestad quiere permitírmelo, seré yo quien vaya para entrar en combate con el fuerte gigante». Con esto quedó terminado el primer acto y llenos de ansiedad los espectadores por ver lo que sucedería más adelante; todos deseábamos que cesara pronto la música. Por fin volvió a alzarse el telón. David brindaba la carne del monstruo a las aves del cielo y a las bestias del campo; el filisteo lanzaba bravatas, golpeaba el suelo con ambos pies, y, finalmente, cayó como un tronco, dando a la acción un magnífico desenlace. Y después, cuando las doncellas cantaban: «¡Saúl mató sus miles, pero David diez miles!», mientras la cabeza del gigante era llevada delante del minúsculo vencedor, quien recibía por esposa a la bella hija del rey, disgustábame, en medio de todas aquellas alegrías, el que el afortunado príncipe fuera de tan exiguo tamaño. Pues, según la usual idea de la grandeza de Goliat y la pequeñez de David, no habían dejado de formar a los dos personajes con muy característico aspecto. Dígame usted: ¿qué se hizo de los muñecos? Prometí enseñárselos a un amigo que se divirtió mucho al hablarle yo de este juego de niños no hace mucho tiempo.

-No me maravilla que guardes tan vivo recuerdo de esas cosas, pues al instante te interesaste por ellas del modo más vivo. Recuerdo que me sustrajiste el librito y te aprendiste la obra de memoria, cosa que no advertí hasta que una noche formaste un Goliat y un David de cera, los hiciste perorar uno frente de otro; por último, le diste un golpe al gigante y pegaste con cera su deforme cabeza, puesta en la punta de un alfiler de cabeza grande, en la mano del pequeño David. Entonces tuve una tierna alegría maternal al notar tu buena memoria y patética elocuencia, tanto que al punto me propuse entregarte la dirección de la compañía de cómicos de madera. No pensaba entonces en las horas de enojo que así me preparaba.

-No se arrepienta usted -repuso Guillermo-, pues esas bromas nos han procurado algunas placenteras horas.

Con lo cual pidió la llave, diose prisa, encontró los muñecos y, por un momento, sintiose transportado a aquellos tiempos en que le parecían dotados de vida, en que creía animarles con la vivacidad de su voz y los movimientos de sus manos. Llevolos a su cuarto y los guardó cuidadosamente.

Capítulo III

Si el primer amor, según en general oigo afirmar, es lo más hermoso que, más pronto o más tarde, puede experimentar un corazón, tenemos que alabar como triplemente dichoso a nuestro héroe, ya que le era otorgado gozar en toda su plenitud de la delicia de aquellos únicos instantes. Pocos hombres son favorecidos de tan especial manera, ya que para la mayor parte de ellos los tempranos sentimientos no son más que una dura escuela, en la cual, tras algún penoso goce, se ven obligados a renunciar a sus mejores deseos y a aprender a privarse para siempre de lo que se cierne ante ellos como felicidad suprema.

En alas de la imaginación, los afanes de Guillermo habíanse elevado hasta la encantadora muchacha; después de breve trato había ganado su cariño y se encontraba en posesión de una persona, a quien amaba tanto como la veneraba, pues primeramente habíasele aparecido a la favorable luz de una función teatral y su pasión por la escena anudábase con el primer amor hacia una criatura femenina. Su juventud permitiole gozar de abundantes placeres, realzados y sostenidos por una viviente poesía. Además, la situación de su amada infundía en su conducta un tono que ayudaba mucho a los sentimientos del enamorado; el temor de que su amado pudiera descubrir antes de tiempo sus otras relaciones, vertía sobre ella un amable aspecto de inquietud y pudor; era viva la pasión que sentía por él y hasta su misma inquietud parecía aumentar su ternura; era, entre sus brazos, la más deliciosa criatura.

Al despertarse Guillermo de la primera embriaguez de su alegría y volver la vista hacia su posición y su vida, todo le pareció como nuevo: más santos sus deberes, más vivas sus aficiones, más claros sus conocimientos, más fuertes sus talentos, más resueltos sus propósitos. Por eso fuele fácil encontrar un expediente para librarse de los reproches de su padre, tranquilizar a su madre y gozar sin obstáculo del amor de Mariana. De día desempeñaba puntualmente sus obligaciones, renunciaba de ordinario al teatro; de noche, a la mesa, mostrábase decidor, y cuando todos estaban acostados, envuelto en su capa, deslizábase cautelosamente por la puerta del jardín, y, con todos los Lindores y Leandros en el pecho, corría sin dilación al lado de su amada.

-¿Qué trae usted ahí? -preguntó una noche Mariana, al sacar él un paquete, que la vieja consideraba con mucha atención, en la esperanza de agradables presentes.

-No lo adivinará -repuso Guillermo.

¡Qué asombrada se quedó Mariana y qué espantada Bárbara, cuando, al desatar la servilleta, pudo verse un intrincado montón de muñecos, como un tenedor de grandes. Mariana se reía a carcajadas, mientras Guillermo se esforzaba por desenredar los enmarañados alambres para mostrar cada figura aisladamente. La vieja, enojada, formó rancho aparte.

Cualquier pequeñez es suficiente para entretener a dos enamorados, y así nuestros amigos se divirtieron aquella noche grandemente. Fue inspeccionada la pequeña compañía; cada figura fue contemplada atentamente y celebrada con grandes risas. El rey Saúl, con su túnica de terciopelo negro y su corona de oro, no acababa de gustarle a Mariana; decía que

lo encontraba demasiado rígido y pedante. Tanto más le agradaba por ello el bueno de Jonatán con su barbilla brillante, su traje amarillo y encarnado, y su turbante. También supo hacerlo andar lindamente de un lado a otro colgado de su alambre y le hizo hacer reverencias y recitar declaraciones de amor. En cambio, no quería concederle la menor atención al profeta Samuel, aunque Guillermo elogiase su coselete y refiriera que el tafetán tornasolado de su túnica provenía de un antiguo traje de la abuela. Encontraba a David demasiado pequeño y a Goliat demasiado grande; acabó por quedarse con su Jonatán. Sabía manejarlo muy bonitamente, y, por último, sus caricias se traspasaron del muñeco a nuestro amigo, de modo que, aquella vez también, un insignificante juego fue preludio de horas más felices.

De la dulzura de sus tiernos ensueños fueron arrancados por un ruido que procedía de la calle. Mariana llamó a la vieja, la cual, según costumbre, aún trabajaba activamente en adaptar los cambiables elementos del guardarropa teatral para ser empleados en la próxima obra. Dio noticia de que el ruido era causado por un grupo de alegres camaradas que salían tumultuosamente de la inmediata taberna italiana, donde no habían economizado el champagne, para acompañar a las ostras frescas que acababan de llegar.

-¡Lástima que no se nos haya ocurrido antes! -dijo Mariana-. También nosotros hubiéramos podido darnos ese buen trato.

-Aún puede ser tiempo -repuso Guillermo, y le tendió a la vieja un luis de oro-. Tráiganos usted lo que deseamos y lo disfrutará con nosotros.

La vieja fue expedita, y en breve tiempo alzábase ante los amantes una mesa, lindamente servida, con una bien preparada colación. La vieja tuvo que sentarse con ellos, comieron, bebieron y se dieron buena vida.

En tales casos nunca falta conversación. Mariana la emprendió de nuevo con su Jonatán y la vieja supo llevar la charla hacia el tema favorito de Guillermo.

-Ya una vez nos ha entretenido usted -le dijo-, hablándonos de la primera representación de su teatro de muñecos en la noche de Navidad, y fue muy divertido de oír. Pero suspendió su relato en el momento en que debía comenzar el baile. Conocemos ahora al magnífico personal que produjo aquellos grandes efectos.

-Sí -dijo Mariana-; sigue contándonos tus impresiones de entonces.

-Es un hermoso sentimiento, querida Mariana -respondió Guillermo-, recordar tiempos antiguos y antiguos errores inocentes, sobre todo si se hace en el momento en que hemos llegado dichosamente a una altura desde la cual podemos mirar a nuestro alrededor y columbrar el camino que dejamos a nuestra espalda. ¡Es tan agradable, al sentirse contento de sí mismo, recordar los diversos obstáculos que tan frecuentemente, con una penosa sensación, juzgamos invencibles, y comparar lo que somos ahora, una vez desarrollados, con lo que éramos antes de nuestro desenvolvimiento! Pero yo me siento ahora, en este momento en que hablo contigo de lo pasado, inefablemente feliz, porque al mismo tiempo

descubro ante mí el delicioso país que, cogidos de las manos, habremos de recorrer reunidos.

-¿Cómo fue lo del bailable? -interrumpió la vieja-. Temo que no haya terminado todo como fuera debido.

-¡Oh! ¡Muy bien! -respondió Guillermo-. De aquellas caprichosas cabriolas de moros y moras, pastores y zagalas, enanos y enanas, me quedó para toda la vida un obscuro recuerdo. Después cayó el telón, cerrose la puerta y todo el infantil público corrió a la cama como borracho y dando traspiés; pero recuerdo muy bien que no podía dormirme, que quería que me contaran aún algo más, que todavía hice muchas preguntas y que sólo de mala gana dejé marchar a la niñera que nos había llevado a descansar. Desgraciadamente, a la otra mañana había desaparecido la mágica instalación, habían quitado el místico velo; se pasaba como antes de una habitación a otra, a través de la puerta, y tantas aventuras no habían dejado tras sí huella alguna. Mis hermanos corrían con sus juguetes arriba y abajo; sólo yo vagaba de un lado a otro pareciéndome imposible que fueran sólo dos jambas de puerta aquel sitio donde aún ayer había reinado tanta magia. ¡Ay!, quien busca un perdido amor no puede ser más desgraciado de lo que yo me creía entonces.

Una mirada, ebria de alegría, que lanzó a Mariana, convenciole a ésta de que Guillermo no temía que se llegara a encontrar jamás en aquel caso.

Capítulo IV

-Desde aquel momento -prosiguió diciendo Guillermo- mi único deseo fue presenciar una segunda representación de la obra. Lo solicité de mi madre, y ésta buscaba el medio de convencer a nuestro padre en una hora favorable, pero era vana su molestia. Afirmaba él que sólo un placer poco frecuente puede tener valor para los hombres; los niños y las personas mayores no saben apreciar los bienes de que gozan diariamente. Hubiéramos tenido que esperar aún mucho tiempo, quizá hasta la Navidad siguiente, si el propio constructor y director secreto de nuestro teatro no hubiera tenido ganas de repetir la representación y presentar en ella, como fin de fiesta, un polichinela que había construido muy recientemente. Era un joven de la artillería, dotado de muchos talentos, y especialmente hábil para trabajos mecánicos, el cual, durante la edificación de la casa, habíale prestado a mi padre servicios muy importantes, siendo ricamente recompensado por ellos, con lo cual el joven, en la fiesta de Navidad, quiso mostrar su agradecimiento a la familia, regalando a la casa de su favorecedor aquel teatro, que en otro tiempo había construido, tallado y pintado en sus horas de ocio. Él mismo había sido quien, con ayuda de un criado, había hecho moverse a los muñecos, y quien había recitado los distintos papeles fingiendo la voz. No le fue difícil convencer al padre, quien por agradar a un amigo, consintió en lo que, por sus principios, había rehusado a sus hijos. En una palabra: el teatro se levantó de nuevo, fueron invitados algunos niños de la vecindad y se repitió la obra. Si la primera vez había tenido la alegría de la sorpresa y el asombro, tanto mayor fue la segunda vez la delicia de la observación y el examen. ¿Cómo se hace esto? Era lo que me interesaba entonces. Que los muñecos no hablaban por sí mismos era cosa que ya me había dicho la

primera vez; que tampoco se movían por sí mismos también lo sospechaba; pero ¿por qué era tan bonito todo aquello? ¿Y por qué parecía como si ellos mismos fueran los que hablaran y se movieran? ¿Dónde podían estar las luces que iluminaban la escena y la gente que manejaba todo aquello? Estos enigmas me intranquilizaban tanto más, cuanto que al mismo tiempo deseaba encontrarme entre los encantadores y los encantados; tener ocultas mis manos en el manejo de los muñecos y gozar como espectador del placer de la ilusión. Terminada la obra, mientras hacían los preparativos para el sainete, habíanse levantado los espectadores y charlaban unos con otros. Yo me acerqué a la puerta y oí un tableteo como si estuvieran colocando algo en cajas allí dentro. Levanté el tapiz de abajo y escudriñé por entre los caballetes. Notolo mi madre y me hizo retirar, pero ya había visto cómo metían en un cajón a amigos y enemigos, a Saúl y Goliat, y todos los otros, llamáranse como quisieran, con lo cual recibió nuevo sustento mi curiosidad semisatisfecha. Al mismo tiempo, y con el asombro más grande, había descubierto al teniente muy ocupado en el santuario. Después de eso, ya no podía divertirme el polichinela por mucho ruido que hiciera con sus talones. Me sumí en profunda meditación, y tras aquel descubrimiento, al mismo tiempo quedó más tranquilo y más inquieto que antes. Después de tener descubierta alguna cosa, parecíame como si nada supiera, y no dejaba de tener razón, pues me faltaba la ilación de unas cosas con otras y todo depende precisamente de eso.

Capítulo V

-En las casas bien regidas y ordenadas -prosiguió diciendo Guillermo- los niños tienen sensaciones aproximadamente análogas a las que deben experimentar los ratoncillos y las ratas; están atentos a todas las grietas y agujeros por donde puedan llegar hasta alguna golosina prohibida, y la saborean furtivamente, con cierto temor voluptuoso, que constituye gran parte de la dicha infantil. De todos mis hermanos, era yo el que prestaba mayor atención a si una llave quedaba puesta en la cerradura. Cuanto mayor era el respeto que abrigaba en mi corazón hacia las puertas cerradas, ante las cuales tenía que pasar de largo durante semanas y meses, y por las que sólo alguna vez, cuando abría mi madre el santuario para sacar alguna cosa, podía lanzar yo alguna furtiva mirada, tanto más rápido era para aprovecharme de cualquier ocasión que pudiera presentarse a veces, gracias a algún descuido del ama de llaves. Como es fácil de comprender, entre todas aquellas puertas, la de la despensa era aquella de la que con mayor sutileza se ocupaba mi entendimiento. Pocas misteriosas alegrías de la vida se asemejan a la sensación que experimentaba cuando me llamaba mi madre para acompañarla allí dentro y ayudarla a sacar algo, en cuyo caso, siempre tenía yo que agradecer algunas ciruelas pasas a su bondad o a mi astucia. Los tesoros amontonados unos sobre otros excitaban mi imaginación con su abundancia, y hasta el extraño olor que exhalaban tantas especierías mezcladas ejercía tan goloso efecto sobre mí, que todas las veces que me encontraba en su proximidad no dejaba de regodearme con el aire que al abrir la puerta se desprendía de dentro. Un domingo por la mañana, en que mi madre andaba de prisa por haber sonado ya las campanas y toda la casa estaba sumida en una profunda paz dominical, quedó puesta en la cerradura aquella maravillosa llave. Apenas lo hube notado, cuando me deslicé varias veces, de un extremo a otro, a lo largo de aquella pared, acerqueme por fin callada y sutilmente, abrí la puerta y con dar un solo paso me vi rodeado de todas aquellas delicias largamente anheladas. Con rápida e indecisa

mirada, consideré arcas, sacos, cajas, botes y frascos, sin saber lo que debía elegir para llevarme; por último, eché mano a mis predilectas ciruelas pasas, pertrecheme de algunas manzanas secas y aun añadí a ello, modestamente, una cáscara de naranja confitada, con cuyo botín iba a evadirme por el camino que hasta allí me había llevado, cuando mis miradas fueron atraídas por dos cajas colocadas una junto a otra, de una de las cuales, a través de la mal cerrada tapa de corredera asomaba un alambre con un ganchillo en su extremo. Lleno de presentimientos, me lancé sobre ella, y ¡con qué celestial emoción descubrí que todo el mundo de mis héroes y de mis placeres estaba encerrado allí dentro! Quise coger los muñecos que estaban puestos encima, contemplarlos, sacar los de debajo, pero no tardó en embrollar los delicados alambres; al punto me llenó de inquietud y temor, especialmente desde que oí a la cocinera que andaba por la inmediata cocina, en forma que apretujé todo en la caja lo mejor que pude, corrí la tapadera, sin coger otra cosa para mí sino un librillo manuscrito que estaba puesto encima, donde estaba copiada la comedia de David y Goliat, y con esta presa subí de puntillas la escalera para esconderme en un desván. Desde entonces empleaba yo todas mis secretas horas de soledad en leer repetidamente mi comedia, aprendérmela de memoria y figurarme, en mis devaneos, lo hermoso que sería si, al mismo tiempo, también hubiera podido prestar vida a los personajes con mis manos. Me transformaba con mi pensamiento en David y Goliat. En todos los rincones de la guardilla, en la cuadra, en el jardín, en las más diversas circunstancias, estudiaba la obra metiéndomela en la cabeza; me encargaba de todos los papeles, aprendiéndolos de memoria; sólo que las más de las veces solía ponerme en el lugar de los héroes, y a los restantes personajes, como comparsas, sólo los dejaba pasar rápidamente por mi recuerdo. De este modo, noche y día llevaba yo en mi espíritu el magnánimo parlamento de David con que desafía al orgulloso gigante Goliat, lo recitaba con frecuencia para mí mismo, nadie paraba mientes en ello, sino mi padre, quien observó algunas veces mis exclamaciones y alababa en su interior la buena memoria de su chico, que había podido retener tan variadas cosas al cabo de tan escasas audiciones. Con ello volvíame cada vez más temerario, y una noche recité la mayor parte de la obra delante de mi madre, valiéndome de algunas bolitas de cera que transformó en actores. Notolo ella, estrechome a preguntas y le confesé todo. Felizmente, aquel descubrimiento ocurrió en la época en que ya el propio teniente había manifestado deseos de iniciarme en aquellos misterios. Mi madre diole al punto noticias del inesperado talento de su hijo y él supo arreglárselas de modo que le cedieran un par de habitaciones en el último piso de la casa, que habitualmente estaban desocupadas, en una de las cuales volverían a sentarse los espectadores, estando los actores en la otra y ocupando otra vez el hueco de la puerta con el proscenio. Mi padre había permitido a su amigo que organizara todo aquello, haciendo como si no lo viera, según su principio de que no se debe dejar que noten los niños el cariño que se les tiene, pues siempre se toman demasiadas libertades; pensaba que hay que conservarse serio ante sus alegrías, y hasta estropeárselas algunas veces, a fin de que su contento no los haga insaciables e insolentes.

Capítulo VI

-El teniente armó entonces su teatro y preparó lo restante. Advertí muy bien que venía varias veces a casa durante la semana a horas no habituales y presumía su propósito. Mi

impaciencia crecía en términos increíbles, porque bien comprendía que antes del sábado no me sería permitido tomar parte en lo que estaba siendo preparado. Llegó por fin el día deseado. Por la tarde, a las cinco, vino mi guía y me llevó consigo arriba. Palpitante de alegría penetré en la sala, y, a ambos lados de los caballetes, descubrí los muñecos, colgados por el orden en que debían salir a escena; los contemplé atentamente, subí a la tarima que me elevó por encima del teatro, de modo que dominaba con la vista aquel pequeño mundo. No sin respeto miré hacia abajo por entre las bambalinas, pues se apoderaba de mí el recuerdo del maravilloso efecto que todo aquello hacía desde fuera y la idea de los misterios en que iba a ser iniciado. Hicimos un ensayo y salió bien. Al otro día, estando convidados gran número de niños, nos portamos excelentemente, salvo que en el fuego de la acción dejé caer a mi Jonatán y hubo que extender la mano desde arriba para recogerlo, accidente que perjudicó mucho a la ilusión, produjo una carcajada general y me mortificó indeciblemente. Esta torpeza fue también muy bien recibida por mi padre, quien, deliberadamente, no dejó traslucir su gran alegría al ver con tantas disposiciones a su hijito, y después de acabada la obra, se dedicó al instante a enumerar mis faltas, y me dijo que todo habría estado muy bonito si no me hubiese equivocado en tal o cual pasaje. Aquello me ofendió en lo secreto y quedé triste para toda la noche; pero a la mañana siguiente, habiéndome olvidado con el sueño de todo enojo, sentíame feliz de haber desempeñado mi papel de modo tan primoroso, salvo aquella desgracia. Sumose a ello el aplauso de todos los espectadores, todos los cuales afirmaban que, aunque el teniente había hecho mucho en cuanto a imitar las voces graves y agudas, en general declamaba con demasiada afectación y rigidez, mientras que el principiante decía de modo excelente los papeles de David y Jonatán; en especial mi madre, alababa mucho la expresión de naturalidad con que había desafiado yo a Goliat y presentado al rey al modesto vencedor. Con inmensa alegría para mí, el teatro quedó armado, y como llegaba la primavera y se podía permanecer sin lumbre, pasaba en aquel cuarto mis horas libres y de juego, haciendo que los muñecos trabajaran bravamente unos para otros. Con frecuencia invitaba a subir allí a mis hermanos y camaradas; pero aun cuando no quisieran acompañarme, me marchaba arriba solo. Mi imaginación ejercitaba sus nacientes fuerzas con aquel pequeño mundo, que muy pronto adquirió forma nueva. Apenas hube representado algunas veces aquella obra, para la cual el teatro y los cómicos habían sido construidos y caracterizados, cuando ya no me causó placer alguno ocuparme de ella. En cambio, entre los libros del abuelo había venido a mis manos un ejemplar del Teatro Alemán y varias óperas traducidas del italiano; abismeme en su lectura y sólo con contar el número de personajes metíame ya en la representación. De este modo, el rey David, con su traje de terciopelo negro, tenía que hacer de Chaumigrem, Catón y Darío, y es aquí de notar que casi nunca era representada la obra íntegra, sino sólo el quinto acto, donde se dan las cuchilladas mortales. También era natural que las óperas, con sus abundantes mutaciones y aventuras, me atrajeran más que todo lo restante. Encontraba en ellas mares tempestuosos, dioses que descienden entre nubes, y rayos y truenos, que era lo que más altamente feliz me hacía. Valiéndome de cartón, papel y colores sabía hacer una noche perfecta; los relámpagos eran espantables a la vista; sólo el trueno no resultaba siempre bien, pero a eso no le concedía gran importancia. En las óperas encontraba también más ocasiones de presentar a mi David y Goliat, los cuales no tendrían cabida en un drama corriente. Cada día sentía yo mayor apego hacia aquel estrecho espacio donde gozaba de tantas alegrías; y confieso que no contribuía poco a ello el olor que los muñecos habían traído de la despensa. Las decoraciones de mi teatro eran ya entonces bastante perfectas, pues la habilidad que desde mi niñez había tenido para manejar el

compás, recortar cartones e iluminar grabados fueme entonces de gran utilidad. Por ello, era mayor el dolor que me producía el que, frecuentemente, el tipo y traje de mis actores me impidiera acometer la representación de obras más grandes. El ver a mis hermanas vistiendo y desnudando a sus muñecas, provocó en mí el pensamiento de proveer también poco a poco a mis héroes de trajes que se pudieran cambiar. Quitáronseles de encima los harapos que los cubrían, cosiéndolos lo mejor que se pudo en forma de trajes; economicé algún dinero para comprar cintas y lentejuelas; pidiendo a unos y a otros juntamos algunos trocitos de seda, y así, poco a poco, nos procuramos una guardarropía teatral, en que no eran olvidadas, especialmente, las faldas con tontillo. La compañía quedó provista de vestidos para representar la obra más grande, y hubiera podido pensarse que desde entonces una función seguiría a la otra; pero me ocurrió lo que con frecuencia les suele suceder a los niños: conciben vastos planes, hacen grandes preparativos, quizá algunos ensayos, y todo queda abandonado. También de esta falta tengo que acusarme. Mi mayor goce consistía en la invención, en el empleo de la fantasía. Esta o aquella obra me interesaba por cualquiera de sus escenas y en seguida mandaba hacer trajes nuevos para ella. Con tales preparativos, los primitivos trajes de mis héroes habían caído en tal desorden y estropeo que ya no había modo de que ni una vez siquiera pudiera volver a ser representada la gran obra primera. Me abandoné a mi fantasía, ensayaba y preparaba sin cesar, construía mil castillos en el aire y no advertía que había destruido los cimientos del pequeño edificio.

Durante este relato, Mariana había puesto en juego todo su afecto hacia Guillermo para ocultar su somnolencia. Aunque, de una parte, los acaecimientos le parecieran bastante graciosos, eran demasiado sencillos para ella y harto serias las reflexiones que los acompañaban. Apoyó tiernamente su pie sobre el pie del amado, dándole toda clase de visibles muestras de atención y asentimiento. Bebía por su vaso, y Guillermo estaba convencido de que ni una sola palabra de su historia había sido perdida para ella. Así que exclamó después de una breve pausa:

-Ahora te toca a ti, Mariana, hacerme conocer tus primeros placeres juveniles. Hasta ahora hemos estado harto ocupados del presente para que hubiéramos podido inquietarnos mutuamente por nuestra vida, pasada. Dime, ¿en qué circunstancias fuiste criada? ¿Cuáles son las primeras impresiones que viven en tu recuerdo?

Estas preguntas hubieran puesto en gran perplejidad a Mariana, si la vieja no hubiera venido en su ayuda inmediatamente:

-¿Cree usted -dijo la astuta mujer- que nosotras hemos prestado tanta atención a las cosas que en otro tiempo nos sucedieron, que tenemos tan bonitos acontecimientos que referir y que, aunque los tuviéramos, sabríamos hacerlo con tanto arte?

-¡Como si fuera necesario eso! -exclamó Guillermo-. Amo tanto a esta delicada y adorable criatura, que me enojo al pensar en todos los momentos de mi vida que no he pasado a su lado. ¡Deja por lo menos que con la imaginación participe en tu vida pretérita! Cuéntame todo; yo también te lo referiré. Hagámonos toda la ilusión posible tratando de recobrar aquellos tiempos perdidos para el amor.

-Ya que usted insiste tan vivamente, bien podremos satisfacerlo -dijo la vieja-. Pero cuéntenos primero cómo fue creciendo poco a poco su afición al teatro, cómo se ejercitó usted en ella y cómo fue progresando de tan feliz manera, quo en el día de hoy puede ser tenido por un buen actor. De fijo que no habrá sido sin graciosos acaecimientos. Ya no vale la pena de que nos acostemos; aún tengo guardada una botella, y quién sabe si pronto volveremos a estar otra vez reunidos como ahora, tan tranquilos y contentos.

Mariana alzó a ella los ojos con una triste mirada que no advirtió Guillermo, el cual prosiguió su relato de este modo.

Capítulo VII

-Las distracciones de la mocedad, en el momento en que comenzó a crecer el círculo de mis compañeros, perjudicaron a aquellos goces, tranquilos y solitarios. Sucesivamente fui cazador, soldado de a pie o de a caballo, según los juegos lo exigieran; sin embargo, siempre tenía yo una pequeña ventaja sobre los otros, y era la de que era capaz de construir hábilmente los arreos que les eran necesarios. Así, las espadas eran en general de mi fabricación, yo decoré y doré las hojas, y un secreto instinto no me dejó en paz hasta que tuve vestida a la antigua usanza a toda nuestra milicia. Hiciéronse yelmos adornados con penachos de papel, escudos y hasta corazas, trabajos en los que rompieron más de una aguja las costureras de mi casa y los criados que eran algo sastres. Con esto ya tuve perfectamente equipada a una parte de mis jóvenes compañeros; los otros fueron siéndolo también, poco a poco, aunque de modo menos completo, y de este modo se reunió un imponente cuerpo de ejército. Evolucionábamos en patios y jardines, nos golpeábamos bravamente en los escudos, y aun sobre las cabezas, lo que dio lugar a alguna discordia que pronto era aquietada. Este juego, que divertía mucho a los otros, apenas había sido ejecutado algunas veces cuando dejó ya de satisfacerme. La vista de tantas figuras armadas necesariamente tenía que excitar en mí las ideas caballerescas que desde algún tiempo atrás llenaban mi cabeza, al haberme dado a la lectura de viejas novelas: la Jerusalén libertada, que cayó entonces en mis manos, traducida por Koppen, impuso por fin una determinada dirección a mis vacilantes pensamientos. A la verdad, no era yo capaz de leer todo el poema; pero había pasajes que me aprendí de memoria y cuyas imágenes flotaban sin cesar ante mi espíritu. En especial me cautivaba Clorinda con todas sus aventuras. Su varonil feminidad, la serena plenitud de sus fuerzas, ejercían mayor impresión sobre un espíritu que comenzaba a desarrollarse, que todos los fingidos encantos de Armida, aunque al mismo tiempo no despreciara yo su jardín. Pero cien y cien veces, al anochecer, cuando paseaba yo por el terrado que se halla entre los gabletes de nuestra casa y columbraba desde allí toda la comarca, mientras un tembloroso reflejo del sol recién puesto ascendía por el horizonte, aparecían las estrellas, surgía la noche avanzando desde todos los rincones y hondonadas, y el estridente son de los grillos tintineaba en medio de la solemne calma, recitábame yo la historia del lamentable desafío de Tancredo y Clorinda. Aunque, como era debido, fuera yo partidario de los cristianos, acompañaba con todo mi corazón a la pagana heroína cuando acomete la empresa de incendiar la gran torre de los sitiadores. ¡Y cuando Tancredo encuentra de noche al supuesto guerrero, bajo el velo de las tinieblas, y luchan reciamente!... Nunca podía yo pronunciar las palabras:

Mas ya llegó la hora señalada
que a Clorinda la vida quitar debe,

sin que me vinieran lágrimas a los ojos, las cuales corrían abundantemente al ver cómo el desventurado amante hunde su espada en el pecho de la amada, desata el yelmo del moribundo, reconoce a Clorinda y todo trémulo va en busca del agua para su bautizo. Pero ¡cómo me palpitaba el corazón cuando, en el bosque encantado, la espada de Tancredo se clava en el árbol, brota sangre del corte y resuena una voz, en sus oídos, que le dice que también aquí ha herido a Clorinda; que está destinado por la suerte para que en todas partes haya de lastimar, sin saberlo, a lo quo ama! De tal modo se apoderó de mi imaginación aquella historia, que todo lo que había leído del poema formó obscuramente un conjunto en mi imaginación, el cual, hasta tal punto se apoderó de mí, que resolví ponerlo en escena de cualquier modo que fuera. Quería representar a Tancredo y a Reinaldos, y para ello me encontré con dos armaduras totalmente dispuestas. La una, de papel gris obscuro con escamas, debía servir para el grave Tancredo; la otra, de papel plateado y dorado, había de ornar al brillante Reinaldos. En la actividad de mis ideaciones, referí todo el asunto a mis compañeros, los cuales quedaron plenamente entusiasmados con él, aunque no podía comprender bien cómo podría ser representado todo aquello y precisamente por ellos. Con mucha facilidad me libré de estas dudas. En seguida dispuse de un par de habitaciones en casa de un vecino, compañero de juegos, sin contar con que su anciana tía no quería prestárnoslas en modo alguno, y lo mismo ocurrió con el teatro, acerca del cual no tenía yo ninguna idea segura, sino sólo que se había de alzar sobre un tablado, que los bastidores podían hacerse con biombos, y que, para fondo, había que disponer de un gran lienzo. Pero no había reflexionado en la forma como podríamos reunir los materiales y accesorios. En cuanto a la decoración del bosque, encontramos un recurso excelente; le suplicamos con buenas palabras a un antiguo sirviente de una de nuestras casas, que había pasado a ser guardabosques, que nos proporcionara abedules y pinos, los cuales fueron traídos mucho más rápidamente de lo que hubiéramos podido esperar. Encontrámonos entonces en mayor confusión para ver cómo podríamos realizar nuestro proyecto antes de que los árboles se secaran. De gran necesidad nos era entonces un buen consejero; faltábanos local, escenario, telón. Los biombos era lo único que teníamos. En esta perplejidad nos dirigimos de nuevo al teniente, a quien hicimos una amplia descripción del magnífico espectáculo que íbamos a dar. Cuanto menos nos comprendió, tanto más eficaz fue su auxilio; metió en un cuartito, arrimando unas a otras, todas las mesas que se pudieron encontrar en nuestra casa y en las de los vecinos, colocó los biombos encima, hizo un telón de fondo con cortinas verdes y los árboles fueron también puestos en fila. Mientras tanto había anochecido; fueron encendidas las luces, las criadas y los niños ocupaban sus asientos, debía comenzar la representación y toda la banda de héroes estaba ya vestida; pero entonces, por primera vez, advirtió cada cual que no sabía lo que tenía que decir. En el calor de la invención, hallándome yo plenamente penetrado del asunto, había olvidado que cada uno tenía que saber lo que había de decir y cuándo; y a los otros, con la animación de los preparativos, tampoco se les había pasado por la memoria; creían que les sería fácil presentarse como héroes, conducirse y hablar como las personas a cuyo mundo los había yo trasladado. Todos estaban en pie, llenos de asombro, preguntándose unos a otros por dónde debía comenzarse, y yo, que desde antes había reservado para mí el papel de Tancredo, saliendo sólo a escena, comencé a recitar algunos versos de la historia del héroe. Mas como el pasaje se convertía harto

pronto en relato y pasaba yo a ser tercera persona en mis propios labios, y también como el Godofredo, de quien trataba el discurso, no quería acabar de presentarse, tuve que retirarme entre grandes carcajadas de mis espectadores; desventura que me hirió en lo más profundo del alma. La empresa había fracasado; pero el público ocupaba sus asientos y quería ver algo. Estábamos ya vestidos; reflexioné rápidamente y me decidí a presentarles David y Goliath. Algunos de mis camaradas habían manejado conmigo otras voces los muñecos; todos habían visto frecuentemente la obra; repartiéronse los papeles, hicímonos la promesa de trabajar lo mejor posible y un chistoso mozuelo pintose una barba negra, por si se producía alguna laguna en la representación llenarla él como payaso con cualquier bufonada, disposición en que consentí muy de mala gana por oponerse a la seriedad del drama. Y me juré a mí mismo que si me veía salvado de aquel apuro nunca más me atrevería a representar una obra sino después de las mayores reflexiones.

Capítulo VIII

Vencida del sueño, apoyose Mariana en su amante, el cual la estrechó contra su corazón y prosiguió su relato, mientras la vieja, con muy buen acuerdo, daba fin a lo que había quedado en la botella.

-La confusión -dijo- en que me había encontrado con mis amigos cuando acometimos la empresa de representar un drama no existente fue pronto olvidada. Mi pasión por transformar en obra de teatro cada novela que leía, cada historia que me enseñaban, no se detenía ni aun ante las materias menos dramáticas. Estaba plenamente convencido de que todo lo que nos encanta en una narración tiene que hacer mucho mayor efecto al ser representado; todas las cosas debían ocurrir ante mis ojos, todas producirse en la escena. Cuando teníamos clase de historia universal en nuestra escuela, fijábame yo cuidadosamente en los pasajes donde alguien era envenenado o muerto a cuchilladas, y mi fantasía, prescindiendo de la exposición y el desarrollo, se hacía el interesante acto quinto. De este modo, hasta llegué también a escribir algunos dramas, comenzando por el final, sin que ni en uno solo hubiera alcanzado hasta el principio. Al mismo tiempo, ya por inclinación propia, ya por consejo de mis buenos amigos, que habían llegado a aficionarse a las representaciones dramáticas, leía yo todo un montón de obras teatrales, tal como la casualidad las traía a mis manos. Hallábame en aquellos felices años en los que todavía nos agrada todo; en los que encontramos nuestra satisfacción en la abundancia y en el cambio. Por desgracia, añadíase otro motivo para estropear mi gusto. Agradábanme, en especial, aquellas obras en las que esperaba que habría un papel brillante para mí, y no fueron pocas las que leí con esta grata ilusión; y mi viva fuerza imaginativa, como sabía colocarme en todos los papeles, me inducía a creer que podía representarlos todos; habitualmente escogía para mí en el reparto aquellos personajes que no me convenían en modo alguno, y me reservaba un par de papeles siempre que era posible. Los niños, en sus juegos, saben hacerlo todo de todo; un bastón se convierte en fusil; un trocito de madera, en espada; cada lío de trapos, en muñeca, y cualquier rincón, en cabaña. De este modo fue como se desarrolló nuestro teatro. En el total desconocimiento de nuestras facultades, acometíamos todas las empresas, no percibíamos ningún quid pro quo, y estábamos convencidos de que todo el mundo tenía que tomarnos por lo que nos figurábamos ser. Por desgracia, todo

marchaba con un curso tan vulgar que no me es posible referir ni una sola tontería curiosa. Primero representamos las pocas obras, que no tenían más que personajes masculinos; después, disfrazamos de mujer a algunos de nuestros compañeros y, por último, participaron en el juego nuestras hermanas. En algunas casas considerábase aquello como una ocupación útil, e invitaban para ver nuestras comedias. Tampoco entonces nos abandonó nuestro teniente de artillería. Nos enseñaba cómo debíamos entrar y salir, declamar y accionar; sólo que, en general, recogía pocas muestras de gratitud por las molestias que se tomaba, pues creíamos comprender el arte dramático mucho mejor que él. Pronto fuimos a caer en la tragedia, pues con frecuencia habíamos oído decir, y así lo creíamos, que es más fácil escribir y representar una tragedia que ser perfecto en lo cómico. Ya desde los primeros ensayos trágicos nos sentimos plenamente en nuestro elemento, tratábamos de aproximarnos a la nobleza del rango y a la dignidad de los caracteres por medio de afectación y envaramiento, y no nos teníamos en escaso aprecio; pero no éramos completamente felices sino cuando podíamos enfurecernos y dar patadas en el suelo y arrojarnos a tierra en accesos de rabia y desesperación. No hacía mucho tiempo que niños y niñas participaban juntos en este juego, cuando la naturaleza comenzó a despertarse en unos y otros y la pequeña compañía se dividió en diversos grupitos amorosos; de modo que, en general, se representaban comedias dentro de la comedia. Las parejas dichosas se estrechaban las manos entre los bastidores del teatro en la forma más tierna, se desvanecían de dicha al verse unos a otros tan encintados y adornados, con lo que se creían criaturas ideales, mientras frente a ellos los rivales desgraciados se consumían de envidia y preparaban toda suerte de desventuras con mala intención y perversa alegría. Estas funciones teatrales, aunque emprendidas sin discernimiento y llevadas sin dirección, no dejaban de ser de algún provecho para nosotros. Ejercitábamos nuestra memoria y nuestros movimientos corporales y nos proporcionaban mayor soltura de palabra y de porte de la que en general puede ser adquirida en tan tempranos años. Sobre todo para mí formaron época aquellos tiempos, pues dirigí por completo mi espíritu hacia el teatro y no encontraba dicha mayor que la de leer, escribir o representar obras dramáticas. Continuaban todavía las lecciones de mis maestros, pero me habían dedicado al comercio, colocándome en el escritorio de un vecino nuestro; pero, al mismo tiempo, precisamente, mi espíritu se alejaba con fuerza de todo lo que tenía que reputar como oficio vil. Quería consagrar toda mi actividad a la escena, hallar en ella mi dicha y mi contento. Recuerdo aún cierto poema, que tiene que encontrarse entre mis papeles, en el que la musa de la poesía dramática y otra figura de mujer, en la que había personificado a la industria, se disputaban bravamente mi valiosa persona. La invención es vulgar y no recuerdo si valen algo los versos, poro habríais de leerla por razón del temor, el aborrecimiento, el amor y la pasión que dominan en ella. ¡Qué nimiamente describí a la vieja ama de casa, con la falda sujeta en la cintura, las llaves al costado, gafas en la nariz, siempre diligente, siempre, intranquila, siempre gruñona y ahorrativa, fastidiosa y mezquina! ¡Qué triste pinté la situación de los que se inclinan bajo su azote y deben ganar con el sudor de su rostro un salario servil! Por el contrario, ¡qué de otra manera se representaba la otra figura! ¡Qué aparición para los afligidos corazones! Magnífica de formas en su persona y porte, surgía como una hija de la libertad. La conciencia de sí misma le daba dignidad sin orgullo; ornábanla sus vestiduras; envolvían, sin oprimirlo, cada miembro, y los abundantes pliegues del ropaje repetían mil veces, como un eco, los encantadores movimientos de la diosa. ¡Qué contraste! Y bien puedes figurarte hacia qué lado se inclinaría mi corazón. Tampoco había olvidado cosa alguna para hacer reconocible a mi musa. éranle atribuidos corona y puñal, cadenas y

máscara, tal como la habían transmitido mis predecesores. La discusión era violenta y las palabras de las dos personas contrastaban tal como era conveniente, ya que a los catorce años suele pintar uno muy próximos lo negro y lo blanco. La vieja hablaba como corresponde a una persona que recoge un alfiler del suelo, y la otra como quien regala imperios. Eran desdeñadas las previsoras amenazas de la vieja; sin mirarlas, volvía yo las espaldas a las prometidas riquezas; desheredado y desnudo entregábame a la musa, que me arrojaba su velo de oro y cubría mi desnudez... ¡Oh amada mía! -exclamó Guillermo, estrechando contra sí a Mariana- si hubiera podido yo pensar que una diosa muy distinta de aquélla, y aun más amable, vendría a fortalecerme en mis propósitos, a acompañarme en mi camino, ¡qué hermoso giro hubiera tomado mi poesía, qué interesante no hubiera sido su final! Mas esto no es ficción, es verdad, y es vida lo que encuentro entre mis brazos; ¡gocemos conscientemente de la sabrosa delicia!

Mariana se despertó con la presión de sus brazos y la vivacidad de sus exclamaciones, y escondía su turbación en medio de caricias; pues ni una palabra había oído de la última parte del relato, y es de desear que nuestro héroe encuentre en adelante más atentos oyentes para sus historias favoritas.

Capítulo IX

De este modo, Guillermo pasaba sus noches en los íntimos goces de su amor, y sus días, en la espera de nuevas horas de delicias. Ya en los tiempos en que anhelos y esperanzas lo llevaban hacia Mariana, habíase sentido como vivificado de nuevo, había sentido que comenzaba a ser otro hombre; ahora estaba unido a ella, y la satisfacción de sus deseos habíase hecho encantadora costumbre. Su corazón aspiraba a ennoblecer al objeto de su pasión; su espíritu a elevar consigo a la querida muchacha. En la más breve ausencia, apoderábase de él su recuerdo. Si antes le había sido necesaria, ahora, que estaba ligado a ella por todos los lazos de la humanidad, habíasele hecho indispensable. Su alma pura sentía que la joven era la mitad, más que la mitad, de su persona misma. Su agradecimiento y abnegación no tenían límites.

También Mariana pudo engañarse durante algún tiempo, compartiendo con él las sensaciones de su ardiente dicha. ¡Ay! ¡Si no se hubiera posado a veces sobre su corazón la fría mano de los remordimientos! Ni aun entre los brazos de Guillermo estaba libre de ellos, ni aun bajo las alas de su amor. Y después, cuando se quedaba otra vez sola, descendía de las nubes en que la arrebataba la pasión de Guillermo y se sumía en el conocimiento de su situación; entonces era muy merecedora de lástima. Pues la frivolidad había venido en su auxilio mientras había vivido en bajos enredos; habíase engañado acerca de su posición, o más bien, no la conocía; las aventuras a que estaba expuesta le habían parecido cosa aislada; el placer y el enojo se equilibraban mutuamente, las humillaciones eran compensadas por la vanidad, y la frecuente miseria por abundancia momentánea; podría engañarse a sí misma, presentándose la necesidad y la costumbre como ley y disculpa, y de este modo todos los desagradables sentimientos podían ser rechazados de hora en hora como de día en día. Pero ahora la pobre muchacha tenía momentos en los que se sentía, transportada a un mundo mejor, desde el cual, como desde lo alto, en medio de luz y de

alegría, dirigía sus miradas hacia la soledad y vileza de su vida, y había comprendido qué miserable criatura es una mujer que, al infundir deseos, no inspira al mismo tiempo amor y respeto, y en nada so encontraba ya digna de estima ni por fuera ni por dentro. Nadie había que pudiera sostenerla. Cuando se observaba y se buscaba a sí misma, encontrábase con un espíritu vacío y un corazón, sin fortaleza. Cuando más triste era, esta situación, tanto más violentamente ligábala con Guillermo su cariño; cada día crecía su pasión, como cada día se aproximaba más el peligro de perderlo.

Por el contrario, Guillermo cerníase feliz sobre más elevadas regiones; también para él se había abierto un mundo nuevo, pero dotado de magníficas perspectivas. Apenas estuvo colmado el exceso de su primera alegría, cuando apareció claramente ante su alma lo que hasta entonces sólo se había enunciado obscuramente. -¡Es tuya! ¡Se ha entregado a ti! Esa adorable, escogida y amada criatura se te ha abandonado fiel y confiadamente; pero no ha topado con un desagradecido-. En cualquier parte donde se encontrara o por donde caminara hablaba consigo mismo; su corazón rebosaba constantemente y se repetía los propósitos más nobles en una abundancia de magníficas palabras. Creía comprender la clara llamada del Destino, que le tendía la mano de Mariana para arrancarlo a la vida monótona, lánguida y burguesa, de la que tanto tiempo hacía que había deseado libertarse Abandonar la casa de sus padres y a su familia parecíale cosa fácil. Era joven y nuevo en el mundo, y su resolución de recorrerlo en toda su anchura, hacia su dicha y contentamiento, estaba reforzada por el amor. Su vocación para el teatro era ahora clara para él; la elevada meta que veía plantada ante sus ojos parecíale más accesible al marchar hacia ella cogido de la mano de Mariana, y con una vanidosa modestia veía en sí mismo al cómico perfecto, al creador de un futuro teatro nacional, por el cual había oído suspirar tan reiteradamente. Todo lo que hasta entonces había dormitado en los más secretos rincones de su alma poníase en movimiento. Con todas aquellas múltiples ideas, teñidas por los colores del amor, formaba un cuadro sobre fondo de nubes, cuyas figuras no dejaba de ser cierto que se confundían bastante unas con otras; pero, por ello, hacía un efecto tanto más encantador el conjunto.

Capítulo X

Guillermo hallábase sentado en su casa, revolvía sus papeles y se preparaba para partir. Lo que le recordaba sus antiguas ocupaciones era puesto a un lado: en su peregrinación por el mundo quería estar libre de toda memoria desagradable. Sólo obras gratas, poetas y críticos, fueron colocadas entre los elegidos, como antiguos amigos; y como hasta entonces había utilizado muy poco a los jueces del arte, renovose su afán de cultura al examinar ahora sus libros y encontrarse con que los escritos teóricos, en su mayor parte, aún tenían sin cortar las hojas. Plenamente convencido de la necesidad de tales obras, habíase procurado muchas de ellas, y aunque dotado de la mejor voluntad, ni siquiera había logrado leer la mitad de sus páginas.

En cambio, habíase adherido con gran solicitud a las obras literarias citadas en aquéllas como ejemplos, y había ensayado sus fuerzas en todos los géneros que había llegado a conocer.

Entró Werner y exclamó al ver a su amigo ocupado con los conocidos cuadernos:

-¿Ya estás otra vez con esos papeles? Apuesto a que no tienes el propósito de terminar ninguna de esas obras. Los hojeas una y otra vez y acabas por comenzar algo nuevo.

-Acabar no es asunto propio del escolar; bástale con ejercitarse.

-Pero, sin embargo, termina las cosas lo mejor que puede.

-Más bien podría enunciarse la cuestión de si no deben concebirse esperanzas igualmente buenas de un joven que advierte prontamente cuándo ha comenzado algo con torpeza, no prosigue el trabajo y no derrocha esfuerzo ni tiempo con lo que no puede llegar a tener ningún valor.

-Bien sé que no es propio de ti acabar ninguna cosa; siempre estuviste cansado antes de haber llegado a su mitad. Cuando eras director de nuestro teatro de muñecos, ¿cuántas veces no hubo que hacer nuevos trajes para los diminutos actores y recortar decoraciones nuevas? Tan pronto iba a ser representada esta como aquella tragedia, y cuando más, poníamos en escena el quinto acto, donde todo ocurría en un pintoresco desorden y se acuchillaban las gentes.

-Si quieres que hablemos de aquellos tiempos, ¿quién tuvo la culpa de que les quitáramos a nuestros muñecos los trajes que les eran propios y que estaban cosidos a sus cuerpos y de que hicieramos el gasto de un tan prolijo como inútil vestuario? ¿No eras tú quien siempre tenía alguna nueva pieza de cinta que vender y sabía inflamar y explotar mis aficiones?

Riose Werner y exclamó:

-Aún recuerdo siempre con placer que saqué provecho de vuestras campañas teatrales, como si fuera proveedor de un ejército. Cuando os equipé para la liberación de Jerusalén hice tan buen negocio como en otro tiempo los venecianos en análogo caso. Nada encuentro más prudente en el mundo que obtener provecho con las locuras de los otros.

-No sé si no sería más noble placer curar de sus locuras a los hombres.

-Hasta el punto en que los conozco, eso sería una tentativa vana. Ya es empresa bastante dificultosa la de que un hombre solo llegue a ser cuerdo y rico al mismo tiempo, cosa que, en general, ha de conseguirse a expensas de otros.

-Viene ahora a mis manos, precisamente, El mancebo en la encrucijada -repuso Guillermo, separando un cuaderno de los restantes papeles-; esto está acabado, cualquiera que sea su mérito.

-¡Apártalo y échalo al fuego! -respondió Werner-. La invención no contiene nada que merezca alabanza; ya en otro tiempo me enojaba bastante esta composición que te valió la

cólera de tu padre. No importa que haya en ella versos bonitos; su concepción es fundamentalmente falsa. Todavía me acuerdo de cómo personificabas a la industria en aquella tu arrugada y miserable sibila. Debes haber pillado la imagen en alguna desdichada tiendecilla. Entonces no tenías ninguna idea del comercio; no sé qué espíritu será más abierto, tendrá que ser más abierto que el de un verdadero comerciante. ¡Qué rápido golpe de vista proporciona el orden con que llevamos nuestros negocios! Hace que en toda ocasión percibamos el conjunto sin que por necesidad nos veamos confundidos por el detalle. ¿Qué beneficios no procura la teneduría de libros por partida doble de los comerciantes? Es una de las más bellas invenciones del espíritu humano y todo buen cabeza de familia debía introducirla en la administración de su hogar.

-Perdóname -dijo Guillermo, sonriéndose-, comienzas por la forma, como si eso fuera lo principal; habitualmente, a fuerza de sumas y balances, acabáis por olvidaros del verdadero total de la vida.

-Por desgracia, no ves, amigo mío, que forma y objeto son aquí la misma cosa; la una no podría subsistir sin la otra. El orden y la claridad aumentan el placer de ahorrar y adquirir. El hombre que rige mal su casa encuéntrase muy a gusto en una situación obscura; no le agrada sumar las partidas de sus deudas. Por el contrario, nada puede ser más agradable para un buen amo de casa como obtener a diario el total de su bienestar creciente. Hasta una misma pérdida no puede espantarle, aunque le sorprenda enojosamente; pues sabe en seguida las ganancias efectivas que tiene que poner en el otro platillo de la balanza. Estoy convencido, mi querido amigo, de que sólo con que alguna vez pudieras sentir una verdadera inclinación hacia nuestros negocios te convencerías de que muchas capacidades del espíritu pueden encontrar en él su libre funcionamiento.

-Es posible que el viaje que tengo proyectado me traiga a otros pensamientos.

-¡Oh! ¡Seguramente! Créeme que no te falta otra cosa sino llegar a contemplar una gran actividad para que te hagas por siempre de los nuestros; y cuando regreses, te juntarás gustoso con aquellos que mediante toda suerte de expediciones y especulaciones saben apropiarse una parte del dinero y bienestar que tienen por el mundo su circulación necesaria. Lanza una mirada a los productos naturales y artificiales de todas las partes del mundo, y considera cómo todos ellos han llegado a ser sucesivamente cosas necesarias. ¡Qué ocupación agradable y espiritual la de saber qué mercancía será más buscada en un momento dado y que, sin embargo, o bien faltará, o será difícil de obtener, y suministrar a cada cual con facilidad y rapidez cuanto desee, habiendo hecho sus provisiones cautelosamente para gozar el beneficio de aquel instante de gran circulación! Según me parece, ésta es cosa que debe producir gran alegría a todo el que sea inteligente.

Guillermo no parecía escucharle con repugnancia, y así prosiguió Werner:

-Comienza por visitar algunas grandes ciudades mercantiles, algunos grandes puertos, y de fijo que no podrás menos de ser arrebatado de entusiasmo. Cuando veas cuántos hombres están allí ocupados, cuando sepas de dónde llegan tantos productos y adónde se dirigen, es seguro que te gustará verlos pasar también por tus manos. A la más insignificante mercancía la ves en relación con la totalidad del comercio y, justamente por

eso, a nada tendrás por insignificante, ya que todo aumenta la circulación, de la que obtienes el sustento de tu vida.

Werner, que había cultivado su recta inteligencia en el trato con Guillermo, habíase acostumbrado a pensar en su profesión y en sus negocios con espíritu elevado, y siempre creía tener para ello mayor razón que su amigo, fuera de eso tan inteligente y bien dotado, el cual, según le parecía, concedía tan grande importancia y ponía todo el peso de su alma en lo más irreal del mundo. A veces pensaba que no podría menos de ocurrir que tuviera que ser dominado aquel falso entusiasmo, siendo conducido al recto camino hombre tan excelente. Con tal esperanza prosiguió:

-Los grandes de este mundo se han apoderado de la tierra, viven entre esplendores y superfluidad. El trozo más diminuto de nuestro continente tiene ya su poseedor y toda posesión ha sido confirmada; los empleos y otras funciones civiles producen poco; ¿dónde encontrar una ganancia justa, una equitativa conquista, sino en el comercio? Ya que los príncipes de este mundo ejercen su dominio sobre los ríos, los caminos y los puertos, y perciben un fuerte lucro de lo que pasa por ellos, ¿no debemos nosotros valernos alegremente de la ocasión, y, mediante nuestra actividad, cobrar también un tributo a aquellos artículos que han llegado a ser indispensables por la necesidad o la vanidad de los hombres? Y puedo asegurarte que, si quisieras emplear en ello tu imaginación poética, podrías oponer valientemente mi divinidad a la tuya como insuperable vencedora. Cierto que más le gusta llevar el ramo de olivo que la espada; nada sabe de puñal y cadenas; pero también reparte coronas entre sus favoritos, los cuales, dicho sea sin despreciar aquellas otras, son de oro auténtico, sacado de sus fuentes, y en ellas brillan perlas, que hizo traer del fondo de los mares por sus siempre activos sirvientes.

Aquella salida enojó algún tanto a Guillermo, pero ocultó su molestia, pues recordó que también Werner solía oír con tranquilidad sus apóstrofes. Aparte de esto, era lo bastante justo para que le agradara ver cómo cada cual pensaba bien de su oficio; mas era preciso que respetaran aquel a que con tanta pasión se había consagrado.

-Y para ti, que tan de corazón te interesas en las cosas de los hombres -exclamó Werner-, ¿qué, espectáculo no será verlos disfrutar bajo tus ojos de la dicha que acompaña a las valerosas empresas? ¿Qué habría más encantador que la vista de un navío que arriba de un feliz viaje, que regresa, cuando aún no se le espera, cargado con una rica presa? No sólo el pariente, el conocido, el interesado, todo espectador indiferente se llena de emoción al ver la alegría con que salta a tierra el recluido marino, antes aún de que su embarcación la haya tocado, y vuelve a sentirse libre, cuando puede confiar a la tierra leal lo que arrebató a las traidoras aguas. No sólo en los números aparece nuestra ganancia, querido amigo; la dicha es la diosa de los vivientes, y para sentir en realidad sus favores hay que vivir y ver hombres que se fatigan intensamente para poder gozar sensualmente.

Capítulo XI

Ya es tiempo de que conozcamos más de cerca a los padres de nuestros dos amigos; dos hombres de muy distinta manera de pensar, pero que coincidían en considerar al comercio como la más noble de las profesiones y en estar ambos muy atentos a todo provecho que podría traerles cualquier especulación. Meister padre, inmediatamente después de la muerte del suyo, había convertido en dinero una magnífica colección de cuadros, dibujos, grabados y antigüedades; había reconstruido de cimientos y amueblado su casa, según el gusto más nuevo, y al resto de sus bienes hacíalos rentar de todas las posibles maneras. Una importante parte de ellos teníalos colocados en los negocios del viejo Werner, quien era celebrado como activo comerciante, y cuyas especulaciones eran de ordinario muy favorecidas por la suerte. Nada deseaba tanto el viejo Meister como procurar a su hijo las cualidades que a él le faltaban, y dejar en herencia a su familia cuantiosos bienes, a cuya posesión concedía el valor más grande. Cierto que sentía una inclinación especial hacia lo suntuoso, hacia lo que salta a los ojos, siendo al mismo tiempo duradero y de valor intrínseco. En su casa todo tenía que ser sólido y macizo, las provisiones abundantes, los objetos de plata de gran peso, el servicio de mesa soberbio; en cambio, los invitados eran raros porque cada comida era un festín que ni por su coste ni por las molestias que producía podía repetirse muchas veces. Su régimen doméstico seguía un paso sosegado y uniforme, y todo lo que allí se cambiaba y renovaba era precisamente aquello que no producía goce a nadie.

Totalmente opuesta era la vida que llevaba el viejo Werner en su obscura y tenebrosa cosa. Una vez despachados sus asuntos en el angosto despacho, sobre antiquísimo pupitre, quería comer bien y beber mejor a ser posible, pero no podía disfrutar en soledad de lo bueno; siempre tenía que ver sentados a su mesa, al lado de la familia, a sus amigos y a los forasteros que tuvieran alguna relación con su casa; sus sillas eran antiquísimas, pero todos los días invitaba a alguien a que se sentara en ellas. Los buenos manjares monopolizaban la atención de los huéspedes y nadie notaba que eran servidos en una vajilla ordinaria. Su bodega no contenía muchos vinos, pero el que se acababa era substituido, de costumbre, por uno de mejor calidad.

Así vivían ambos padres, quienes se reunían con frecuencia y deliberaban sobre sus asuntos comunes, y justamente aquel día habían determinado enviar a Guillermo en un viaje comercial.

-Necesita conocer mundo -dijo el viejo Meister-, y al mismo tiempo fomentar nuestros negocios fuera de esta ciudad; no se puede hacer mayor favor a un joven que consagrarlo pronto a lo que debe ser la ocupación de su vida. Su hijo de usted regresó tan felizmente de su expedición, supo llevar tan bien sus negocios, que tengo gran curiosidad por ver cómo se portará el mío, temo que le cueste más el aprendizaje.

El viejo Meister, que tenía un gran concepto de su hijo y de sus aptitudes, dijo estas palabras, esperando que su amigo lo contradiría y elogiaría los excelentes dones del joven. Sólo que se engañó en ello, pues el viejo Werner, el cual, en las cosas prácticas, de nadie se fiaba sino de aquel a quien ya tenía probado, respondió fríamente:

Hay que ensayarlo todo; podemos mandarlo por el mismo camino; le daremos unas instrucciones como guía; hay diferentes deudas que cobrar, antiguas relaciones que renovar,

establecer otras nuevas. También puede ayudarnos a iniciar el negocio de que le hablé a usted recientemente; pues muy poco puede hacerse sin reunir informes exactos sobre el propio terreno.

-Tiene que prepararse -contestó el viejo Meister- y partir lo antes posible. ¿Dónde encontraremos caballo propio para esta expedición?

-No lo buscaremos muy lejos; un tendero de H***, que nos debe aún algún dinero, pero que, por lo demás, es un buen hombre, me ha ofrecido uno como pago, mi hijo lo ha visto, debe ser un animal muy aprovechable.

-Puede ir a buscarlo el mismo Guillermo; irá en la diligencia y estará de vuelta pasado mañana temprano; entretanto se le prepara la maleta y las cartas, y de este modo podrá partir al principio de la próxima semana.

Llamaron a Guillermo y le hicieron saber la resolución que habían tomado. ¿Quién se alegraría más que él al ver entre sus manos el medio de realizar sus designios, ya que se le ofrecía la ocasión sin que él la hubiera dispuesto? Tan grande era su pasión, tan puro su convencimiento de que procedía con perfecta honradez substrayéndose a la carga de su vida actual para seguir una carrera nueva y más noble, que su conciencia no se conmovió en lo más mínimo, no se originó en él ninguna inquietud, hasta más bien consideraba como santo aquel engaño. Estaba seguro de que sus padres y parientes lo alabarían y bendecirían por aquel paso en lo futuro; reconocía el signo de un rector destino en aquella reunión de circunstancias.

¡Qué largo se le hizo el tiempo hasta la noche, hasta la hora en que debía ver de nuevo a su amada! Sentado en su cuarto, meditaba su plan de viaje lo mismo que un hábil ladrón o un hechicero, a veces, en la prisión, saca los pies de los bien cerrados grilletes, para mantenerse convencido de que es posible su evasión, de que está más próxima de lo que creen sus imprevisores guardianes.

Sonó, por fin, la convenida hora nocturna; alejose de su casa, sacudió de sí toda preocupación y caminó por las silenciosas calles. En la plaza mayor levantó al cielo sus manos; todo quedaba detrás de sí y a sus plantas; de todo se había desprendido. Ahora pensaba en verse entre los brazos de su amada; después, junto con ella, en la deslumbradoras tablas del teatro; flotaba en una plenitud de esperanzas, y sólo alguna vez la voz del sereno le hacía pensar que caminaba aún sobre la tierra.

Su amada salió a su encuentro en la escalera. Y ¡qué hermosa!, ¡qué encantadora! Recibiolo con el nuevo negligé blanco y creía él que todavía no la había visto nunca tan deliciosa. De este modo consagraba el regalo del amante ausente a la felicidad del presente que la tenía entre sus brazos, y con verdadera pasión prodigaba a su favorito todo el tesoro de caricias de que la había dotado la naturaleza y que le había enseñado el arte, y no hay que preguntar si Guillermo se sentía feliz y venturoso.

Descubriole a su amada cuanto lo había ocurrido, e hízole ver, en términos generales, sus planes y deseos. Quería buscar una contrata, recogerla entonces a ella, y esperaba que

no le negaría su mano. Mas la pobre muchacha guardó silencio, ocultó sus lágrimas y estrechó al amigo contra su pecho; quien, aunque interpretó su silencio del modo más favorable, hubiera deseado, no obstante, una respuesta, en especial porque acabó por preguntarlo, con todo comedimiento y ternura, si no debería creer que iba a ser padre. Pero tampoco a esto respondió más que con un suspiro y un beso.

Capítulo XII

A la mañana siguiente sólo se despertó Mariana para sentir renovadas aflicciones; encontrábase muy sola, no quería ver la luz del día y se quedó en la cama llorando. La vieja se sentó a su lado tratando de convencerla y consolarla, pero no logró curar tan pronto aquel herido corazón; acercábase el momento que la pobre muchacha había considerado como el último de su vida. ¿Podría alguien sentirse en una situación más angustiosa? Alejábase de ella su amado; un molesto amante amenazaba con presentarse, y era de temer la mayor desdicha si los dos, como era bien fácil, llegaban alguna vez a encontrarse.

-Tranquilízate, querida mía -exclamó la vieja-; no me estropees llorando tus bonitos ojos. ¿Es desgracia tan grande tener dos amantes? Y aunque no puedas conceder tu ternura sino a uno de ellos, sé por lo menos agradecida con el otro, el cual, por la manera como cuida de ti, bien ganado tiene que se le llame amigo tuyo.

-Ya mi amado presentía -respondió Mariana entre lágrimas- que nos amenazaba una separación; un sueño le ha descubierto lo que tan cuidadosamente tratamos de ocultarle. Dormía tan tranquilo a mi lado. De repente le oí murmurar angustiadas e incomprensibles palabras. Tuve miedo y le desperté. ¡Ay! ¡Con qué amor, con qué ternura y con qué fuego me abrazó! -¡Oh, Mariana! -exclamó-. ¡De qué espantosa situación me has arrancado! ¿Cómo darte gracias por haberme librado de aquel infierno? Soñé que me encontraba lejos de ti -prosiguió diciendo-, en una comarca desconocida; pero tu imagen flotaba ante mis ojos; te vi sobre una hermosa colina bañada toda en sol; ¡y qué encantadoramente avanzabas hacia mí! Pero no pasó mucho tiempo sin que viera que tu imagen iba resbalando hacia abajo, cada vez más abajo; yo tendía hacia ti mis brazos, pero no te alcanzaban por la distancia. Tu imagen se hundía sin cesar y se acercaba a un gran lago que se abría anchamente al pie de la colina, más pantano que lago. De repente un hombre te dio la mano; parecía querer levantarte, pero te llevaba hacia un lado, como arrastrándote tras él. Yo gritaba, ya que no podía alcanzarte, esperando así prevenirte. Si quería andar, parecía que el suelo me agarraba; si podía andar, me lo estorbaba el agua, y hasta mis gritos se ahogaban en el oprimido pecho-. Esto me refirió el pobre, al recobrarse de su espanto junto a mi seno, ensalzando su dicha al ver expulsado un temeroso sueño por la más deliciosa realidad.

La vieja, en cuanto le fue posible, procuró por medio de su prosa hacer bajar la poesía de su amiga al terreno de la vida vulgar, y para ello sirviose del buen procedimiento que suele dar excelente resultado a los pajareros cuando procuran imitar con un silbato las voces de aquellos a quien desean ver pronto y en abundancia entre sus redes. Alabó a Guillermo,

elogió su figura, sus ojos, su amor. La pobre muchacha oíala encantada, se levantó, se dejó vestir y pareció más tranquila.

-Niña mía, queridita mía -prosiguió con lisonja la vieja-, no quiero afligirte ni ofenderte; no pienso arrebatarte tu dicha. ¿Cómo puedes desconocer mis intenciones, olvidando que siempre me cuidé más de ti que no de mí? Dime sólo lo que deseas; ya veremos la manera de cumplirlo.

-¿Qué puedo querer yo? -contestó Mariana-. Soy desdichada, desdichada para toda la vida; lo quiero, él me quiere, comprendo que tengo que separarme de él y no sé cómo podré sobrevivir a ese golpe. Viene Norberg, a quien somos deudoras de toda nuestra existencia y de quien no podemos privarnos. Guillermo tiene muy limitados recursos, nada puede hacer por mí...

-Sí; desgraciadamente, es de esos enamorados que nada traen sino su corazón, y que, justamente, son los que tienen mayores pretensiones.

-¡No te mofes! El desgraciado quiere abandonar su casa, dedicarse al teatro, ofrecerme su mano...

Manos vacías ya tenemos cuatro.

-No sé qué resolver -prosiguió Mariana-; decide tú. Empújame hacía uno u otro lado; pero sabe una cosa: probablemente llevo en las entrañas una prenda que debía unirnos aún más estrechamente uno a otro. Medítalo y decide; ¿a quién debo dejar?, ¿a quién debo unirme?

Después de una pausa, exclamó la vieja:

-¡Que siempre la juventud ha de precipitarse de un extremo a otro! Nada encuentro más natural sino reunir todo lo que nos proporciona dicha y provecho. ¿Quieres al uno? Pues que lo pague el otro. Todo consiste en que seamos lo bastante avisadas para conservarlos a los dos separados.

-Haz lo que quieras; no puedo pensar cosa alguna, pero me dejaré guiar.

-Tenemos la ventaja de que podemos pretextar la manía del director, a quien le da por estar orgulloso con la moralidad de su compañía. Ambos amantes están ya acostumbrados a proceder secreta y cautamente. Yo me ocuparé de la hora y la ocasión; tú no tienes más que representar luego los papeles que yo te prescriba. ¿Quién sabe si no nos ayudarán las circunstancias? ¡Si viniera Norberg ahora que está lejos Guillermo! ¿Quién te impide pensar en el uno entre los brazos del otro? Te felicito por lo de tu hijo; tendrá padre rico.

Sólo breve tiempo sintiose aliviada Mariana con aquellos planes. No podía armonizar su posición con sus sentimientos e ideas; quería olvidar aquella dolorosa situación y mil pequeñeces hacíansela recordar a cada momento.

Capítulo XIII

Entretanto, Guillermo había terminado su breve viaje, y como el comerciante no se encontrara en casa, entregó la carta de presentación que llevaba a la esposa del ausente. Pero también ésta respondió con vaguedad a sus preguntas; hallábase bajo los efectos de una agitación violenta y toda la casa en gran confusión.

No pasó, sin embargo, mucho tiempo antes de que le confiara (cosa que no era ya para hacer ningún misterio) que su hijastra se había fugado con un comediante, con un hombre que poco tiempo antes se había separado de una compañía ambulante, se había establecido en la villa y daba lecciones de francés. El padre, fuera de sí de dolor y enojo, había corrido al gobernador para hacer detener a los fugitivos. La mujer calificaba violentamente a su hija, denostaba al amante, de modo que en los dos no quedaba nada digno de alabanza; lamentose, con gran abundancia de palabras, de la vergüenza que con aquel acto caía sobre la familia, y puso a Guillermo en no poca perplejidad, pues sentía que su persona y secretos designios eran censurados y condenados anticipadamente por aquella sibila, dotada, por decirlo así, de espíritu profético. Aún fue más fuerte e íntima la parte que tuvo que tomar en el dolor del padre cuando regresó de junto al gobernador y refirió a su mujer, a medias palabras y con serena tristeza, la expedición que había hecho, y después de examinada la carta, hizo que le presentaran el caballo a Guillermo, sin poder ocultar su preocupación y su trastorno.

Guillermo pensó montar en seguida a caballo y alejarse de una casa en la que, dadas las circunstancias, le era imposible encontrarse a gusto; sólo que el buen hombre no quiso dejar marchar al hijo de una familia a la que tanto debía sin haberlo sentado a su mesa y albergado una noche bajo su techo.

Nuestro amigo participó en una triste cena, soportó una intranquila noche y, muy de mañana, tan pronto como le fue posible, alejose de aquellas gentes, que, sin saberlo, con sus relatos y confidencias, le habían atormentado en lo más sensible.

Cabalgaba lentamente y pensativo a lo largo del camino cuando, de pronto, vio venir, a campo traviesa, cierto número de gentes armadas, a las que tuvo en seguida por un destacamento de milicia rural, al ver sus capotes anchos y largos, sus grandes guarniciones, sombreros informes y pesados fusiles, su paso bonachón y el cómodo porte de su cuerpo. Detuviéronse bajo un viejo roble, pusieron sus armas en tierra y se tendieron cómodamente en la hierba para fumar una pipa. Guillermo se paró con ellos y entró en conversación con un joven que venía a caballo. Por desgracia, tuvo que oír otra vez la historia de los dos fugados, que le era ya demasiado conocida, y con observaciones no muy favorables par a la joven pareja ni para los padres. Supo al mismo tiempo que la milicia se encontraba allí para hacerse cargo de los jóvenes, que habían sido alcanzados y detenidos en la inmediata villa. Al cabo de algún tiempo viose venir una carreta, a lo lejos, rodeada por una escolta civil, más ridícula que temerosa. Un deforme escribano les precedía a caballo, y con el actuario del otro lado (pues eso era el joven con quien había hablado Guillermo) cambió cortesías, con gran escrupulosidad y caprichosos gestos, en el límite de ambos territorios, como

hubieran podido hacerlo, en peligrosas operaciones nocturnas, un espíritu y un hechicero, el uno fuera y el otro dentro del círculo mágico.

La atención de los espectadores dirigíase mientras tanto hacia la carreta aldeana, y consideraba no sin piedad, a los pobres descarriados, que iban sentados uno al lado de otro, sobre unos haces de paja; contemplábanse tiernamente, y apenas parecían advertir la presencia de quienes los rodeaban. Por azar, habíanse visto obligados a traerlos desde la última aldea de aquella manera inconveniente, por haberse roto la vieja carroza en que era transportada la hermosa. Suplicó ella, en tal ocasión, que la pusieran en compañía de su amigo, al cual, en el convencimiento de que se trataba de un reo de crimen capital, lo habían hecho caminar hasta entonces al lado del coche, cargado de cadenas. A la verdad, tales cadenas contribuían no poco a hacer más interesante el aspecto del tierno grupo, en especial porque el joven las movía con mucho decoro al besar las manos de su amada repetidas veces.

-Somos muy desgraciados -exclamó ella, dirigiéndose a los asistentes-; pero no tan culpables como parecemos. Así es como recompensan un fiel amor los hombres crueles, y padres que desatienden por completo la felicidad de sus hijos, los arrancan violentamente de brazos de la alegría lograda por ellos al cabo de largos días de tristeza.

Mientras los presentes mostraban su compasión de distintas maneras, la justicia había terminado sus ceremonias; siguió adelante la carreta, y Guillermo, que sentía gran interés por la suerte de los enamorados, adelantose por el atajo para trabar conocimiento con la autoridad antes de la llegada del convoy. Mas apenas había alcanzado la alcaldía, donde todo estaba en conmoción y dispuesto para recibir a los fugitivos, cuando le alcanzó el actuario, quien impidió toda otra conversación con un circunstanciado relato de cómo había sucedido todo, en especial con un amplio elogio de su caballo, que la víspera había adquirido de un judío, cambiándoselo, por otro.

Ya habían depositado a la desgraciada pareja en el jardín, que comunicaba con la alcaldía por una puertecilla, y los habían llevado dentro con toda reserva. El actuario escuchó las sinceras alabanzas de Guillermo por aquel considerado trato, aunque él realmente no se hubiera propuesto otra cosa sino burlarse del gentío reunido delante de la alcaldía, privándoles del grato espectáculo de la humillación de una convecina.

El gobernador, que no era muy aficionado a aquellos extraordinarios casos porque, en general, cometía alguna falta en ellos, y su excelente voluntad era recompensada con alguna áspera reprimenda del gobierno central, entró con lento paso en la sala del tribunal, donde lo siguieron el actuario, Guillermo y algunos vecinos importantes.

Primeramente fue llamada la bella, la cual se presentó sin desenvoltura, serena y con conciencia de sí misma. El modo como iba vestida y, en general, su porte mostraban que era muchacha que se estimaba. Sin que la preguntaran, comenzó a hablar de su situación, y no sin habilidad.

El actuario la mandó callar y puso su pluma sobre el papel, dispuesto para escribir. El gobernador recobró su presencia de ánimo, contemplola, carraspeó y preguntó a la pobre niña cómo se llamaba y qué edad tenía.

-Perdone usted, señor -respondió ella-, pero tiene que parecerme muy extraño que me pregunte usted por mi nombre y mi edad, sabiendo perfectamente cómo me llamo y que tengo los mismos años que su hijo mayor. Lo que usted desea y tiene que saber de mí voy a decírselo gustosamente y sin rodeos. Desde el segundo matrimonio de mi padre no me fue muy bien en mi casa. Se me habrían presentado algunos buenos partidos si mi madrastra no los hubiera alejado, por miedo a los gastos de la dote. Después conocí al joven Melina y tuve que quererlo; y como preveíamos los obstáculos que se habían de atravesar en el camino de nuestra unión, decidimos irnos juntos por el ancho mundo en busca de una dicha que no parecía sernos ofrecida en casa. Nada llevé conmigo sino lo que me pertenecía; no hemos huido como ladrones o bandoleros, y mi amante no merece que lo arrastren cargado de ataduras y cadenas. El príncipe es justo y no consentirá esta dureza. Aunque merezcamos castigo, de fijo que no debe ser de esta manera.

El viejo gobernador quedose con ello en doble y triple confusión. Zumbábale ya en los oídos la condigna admonición de sus jefes, y el fácil discurso de la muchacha había desconcertado totalmente su proyecto de instrucción. Y el mal creció todavía cuando ella, ante las repetidas preguntas legales, se empeñó en no contestar otra cosa sino referirse constantemente a lo que acababa de decir.

-No soy una criminal -dijo ella-; se me ha traído expuesta a la vergüenza sobre un montón de paja; hay una justicia superior que nos vengará de esta afrenta.

El actuario, mientras tanto, había ido anotando sin cesar sus palabras, y le susurró al gobernador que no tenía más que seguir adelante; ya se redactaría después el proceso en la debida forma.

El viejo volvió a recobrar entonces su presencia de ánimo y comenzó a informarse de los dulces misterios del amor, con áridas palabras y las secas fórmulas tradicionales.

Ascendiole a Guillermo el rubor al semblante, y también las mejillas de la linda pecadora se animaron con los encantadores tonos de la vergüenza. Guardó silencio y vaciló durante un instante, hasta que pareció realzar su valor su propia confusión.

-Esté usted seguro -exclamó- de que habría sido lo bastante fuerte para confesar la verdad, aunque tuviera que hablar contra mí misma. ¿Por qué, pues, he de titubear y hacerme atrás en lo que es un honor para mí? Sí; desde el momento en que estuve segura de su cariño y de su fidelidad, considerelo como mi esposo y le otorgué con gusto todo lo que el amor solicita y que no puede negar un corazón convencido. Ahora haga usted de mí lo que quiera. Si dudé un momento antes de confesarlo, fue por el temor de que mis palabras pudieran tener malas consecuencias para mi amante; esa fue la única causa.

Al oír tal confesión adquirió Guillermo un alto concepto del carácter de la muchacha; pero los miembros del tribunal no vieron en ella más que una moza descarada, y todos los

ciudadanos presentes dieron gracias a Dios porque no se hubiera presentado en sus familias análogo caso; por lo menos, que no hubiera sido conocido.

Guillermo, en aquellos momentos, colocaba a su Mariana ante el tribunal, poníale en la boca aún más hermosas palabras, hacía que su sinceridad fuera aún más entrañable y su confesión más noble. Apoderose de él el más vehemente impulso de ayudar a ambos enamorados. No lo ocultó, y rogó, secretamente al vacilante gobernador que pusiera fin a la escena, ya que todo estaba lo más claro posible y no se necesitaba ninguna otra información.

Sirvió aquello, por lo menos, para que hicieran retirar a la muchacha; pero trajeron al mancebo, después de haberle quitado sus hierros a la puerta. Este parecía más preocupado por su suerte. Sus respuestas eran más circunspectas, y si de una parte mostraba menos heroica franqueza, recomendábase, en cambio, por la precisión y orden de sus afirmaciones.

Cuando también estuvo terminado aquel interrogatorio, el cual coincidía en un todo con el anterior, salvo que él, por consideración a la muchacha, negaba con obstinación lo que ella misma había declarado anteriormente. Hiciéronla entrar de nuevo y se produjo entre ambos una escena que acabó por ganarlos plenamente el corazón de nuestro amigo.

Lo que sólo suele encontrarse en novelas y comedias veíalo aquí ante su vista en la desagradable cámara judicial: la contienda de la mutua generosidad, la energía del amor en la desgracia.

-¿Es, pues, verdad -decíase entre sí mismo- que la tímida ternura que se esconde de la vista del sol y de la de los hombres y sólo se atreve a gozar de sí en la más apartada soledad y profundo secreto, si un azar enemigo la presenta a la vista de todos, muéstrase entonces más animosa, fuerte y valiente que muchas otras pasiones mugidoras y fanfarronas?

Para su satisfacción, el acto se terminó bastante pronto. Ambos fueron sometidos a tolerable vigilancia, y, si hubiera sido posible, aquella noche misma habría llevado Guillermo a la damita a casa de sus padres. Pues su proponía firmemente hacer oficio de mediador y promover la feliz y decorosa unión de los enamorados,

Solicitó permiso del alcalde para hablar a solas con Melina, cosa que le fue concedida sin dificultad.

Capítulo XIV

La conferencia de los dos nuevos conocidos hízose muy pronto íntima y viva. Pues cuando Guillermo descubrió al atribulado mancebo sus relaciones con los padres de la dama y se ofreció como mediador, llegando hasta a mostrar las mejores esperanzas, serenose el triste y ansioso ánimo del prisionero, quien se sentía ya como libertado y reconciliado con sus suegros, con lo que la conversación no versó sino sobre su futuro empleo y modo de ganar la vida.

-Acerca de eso nunca se verá usted en apuro -repuso Guillermo-; pues ustedes dos me parecen destinados por la naturaleza para hacer su felicidad en la profesión que usted ha escogido. Buena figura, agradable voz, corazón sensible, ¿puede haber actores mejor dotados? Si puedo proporcionarle algunas recomendaciones lo haré con mucha alegría.

-Le doy las gracias de todo corazón -respondió el otro-, pero difícilmente podré hacer uso de ellas, pues pienso, si me es posible, no volver a ingresar en el teatro.

-Hará usted muy mal -dijo Guillermo, al cabo de una pausa, que necesitó para reponerse de su asombro; pues no había imaginado otra cosa sino que el comediante se volvería al teatro no bien se viera en libertad con su joven esposa. Parecíale tan natural y necesario como el que la rana busque el agua. Ni por un momento había dudado de ello, y ahora, con gran sorpresa suya, érale preciso saber lo contrario.

-Sí -repuso el otro-, me propuse no volver al teatro; prefiero encargarme de cualquier empleo, sea el que quiera. ¡Si lograra obtenerlo!

-Es una extraña resolución que no puedo aprobar; pues, sin causa especial, a nadie le conviene cambiar el género de vida que ha elegido, y, sobre todo, que no conozco ninguna profesión que ofrezca tantas cosas amenas y tan encantadoras perspectivas como la de comediante.

-Bien se ve que no lo ha sido usted -respondió aquél.

A lo que dijo Guillermo:

-Señor mío, qué raramente está contento el hombre con la condición en que se encuentra. Siempre desea la de su prójimo, el cual también anhela verse fuera de ella.

-No obstante -repuso Melina-, hay una diferencia entre lo malo y lo peor; la experiencia y no la impaciencia es lo que me hace proceder de ese modo. ¿Habrá, quizá, en toda la tierra un pedazo de pan ganado con mayores penas, inseguridad y fatiga? Casi sería lo mismo mendigar de puerta en puerta. ¡Qué no hay que sufrir de la envidia de los compañeros, la parcialidad del director, el mudable humor del público! Necesítase, verdaderamente, tener una piel tan dura como la de un oso que, amarrado a su cadena, es conducido en compañía do perros y de monos, y es apaleado para que baile al son de una zampoña, delante de la chiquillería y el populacho.

Guillermo hacía, en su interior, toda suerte de reflexiones, pero que, sin embargo, no quiso pronunciar en la propia cara del buen hombre. Por tanto, sólo de lejos aludió a ellas en la conversación, con lo cual el otro se expresó de un modo tanto más franco y circunstanciado.

-¿No será preciso -dijo- que cada director de compañía vaya a cebarse a los pies del concejo de cualquier pueblecillo para que se le dé licencia de hacer circular algunos cuartos más durante cuatro semanas en tiempo de ferias? Con frecuencia compadecí al nuestro, que

no dejaba de ser buena persona aunque en ocasiones me diera motivos de descontento. Un buen actor le exige más sueldo, no puede desprenderse de los malos; y si, hasta cierto punto, quiere equilibrar los ingresos con el gasto, en seguida lo encuentra caro el público, el teatro queda vacío, y para no arruinarse por completo hay que trabajar con disgusto y pérdida. No, señor mío; si usted, como dice, quiere ocuparse de nosotros, le suplico que hable del modo más apremiante con los padres de mi amada. Colóquenme aquí, denme cualquier puestecillo de escribiente o recaudador y me tendrá por dichoso.

Después de haber cambiado algunas palabras más, despidiose Guillermo con la promesa de que al día siguiente muy temprano se dirigiría a los padres para ver lo que se podría conseguir. Apenas estuvo solo, cuando tuvo que desahogar su ánimo con las siguientes exclamaciones:

-¡Desgraciado Melina! No es en tu profesión, sino en ti mismo, donde reside la miseria que no puedes dominar. ¿Qué hombre en el mundo que sin interna vocación abraza un oficio, un arte o cualquier otro género de vida, no tendrá que encontrar, como tú, que su condición es insoportable? Quien ha nacido con talento para un arte encuentra en su ejercicio la más bella existencia. Nada hay en la tierra que no ofrezca dificultades. Sólo el impulso interior, el placer, el amor, nos ayudan a sobreponernos a los obstáculos, allanan los ánimos y nos elevan de la estrecha esfera donde se angustian otros miserablemente. Para ti las tablas no son más que tablas, y los papeles como la lección para el niño de la escuela. Ves a los espectadores tal como ellos se ven a sí mismos en los días de trabajo. Por tanto, puede serte, en verdad, indiferente sentarte detrás de un pupitre ante libros rayados, inscribir intereses y hallar los saldos. Tú no comprendes el conjunto, ardiente y armonioso, que sólo el espíritu puede crear, concebir y ejecutar; tú no sientes que en los hombres habita una noble centella, que, si no recibe sustento, si no es estimulada, se sepulta hondamente bajo la ceniza de las necesidades cotidianas, de la indiferencia, y, sin embargo, tarde o casi nunca es ahogada por completo. No sientes en tu alma ninguna fuerza para reanimarla con tu aliento, ninguna riqueza en tu propio corazón para darle alimento una vez despierta. El hambre te aguijonea, repúgnante las incomodidades, desconoces que en toda profesión acechan esos enemigos que sólo pueden ser vencidos con alegría y serenidad. Bien haces en suspirar por encerrarte dentro de los límites de cualquier colocación vulgar; pues, ¿cuál podrías desempeñar que requiriera espíritu y ánimo? Préstale tus opiniones a un soldado, a un hombre de Estado, a un sacerdote, y con igual razón podrían quejarse de lo penoso de su profesión. Sí; ¿no ha llegado a haber hombres tan desprovistos de todo sentimiento vital que han considerado toda la vida y ser de los mortales como una nonada, como una existencia tan despreciable como la del polvo? Si palpitaran vivamente en tu alma las figuras de los hombres que ejercen su actividad, si caldeara tu pecho un fuego compasivo, derramaríase por toda tu figura la emoción venida de lo más hondo, y los sonidos de tu garganta y las palabras de tus labios serían gratos de oír; si te sintieras suficientemente a ti mismo, de fijo que buscarías lugar y ocasión para poder sentirte en los otros.

Con tales pensamientos y palabras, nuestro amigo se había despreocupado y metido en la cama con un sentimiento de íntima satisfacción. Desarrollábase en su alma toda una novela de lo que habría hecho al día siguiente, si se encontrara en el puesto del indigno; gratas fantasías lo acompañaron dulcemente hasta el reino del sopor donde lo entregaron a

sus hermanos los sueños, quienes lo recibieron con los brazos abiertos y rodearon la dormida frente de nuestro amigo con una imagen anticipada del cielo.

Por la mañana temprano estuvo ya despierto, meditando en la negociación que lo esperaba. Volvió a casa de los abandonados padres, donde lo recibieron con asombro. Enunció modestamente su embajada y muy pronto se halló ante obstáculos mayores y menores de los que había sospechado. Era un hecho consumado, y aunque las gentes extraordinariamente duras y severas suelen oponerse con violencia a lo pasado e irreparable, aumentando de este modo el mal, por el contrario, lo ya realizado ejerce una fuerza irresistible sobre el ánimo de los más, y lo que parecía imposible, después de efectuado toma al instante su puesto al lado de lo natural y ordinario. De esto modo, pronto quedó determinado que el señor Melina se casaría con la hija de la casa; pero, a causa de su mala conducta, ésta no llevaría consigo dote alguna y prometería que había de dejar entre las manos paternas, con un mínimo interés, durante algunos años más, un legado que había recibido de una tía suya. El segundo punto, relativo a un empleo en la ciudad para el novio, encontró al momento mayores dificultades. No querían tener ante los ojos a la desnaturalizada hija; no querían verse zaheridos constantemente, gracias a la presencia de la pareja, por la unión de un vagabundo, con una familia tan respetable, que hasta estaba emparentada con un superintendente; tampoco era de pensar que el gobierno del príncipe quisiera confiarle un cargo. Marido y mujer oponíanse con igual fuerza, y Guillermo, que habló en favor de ello con mucho calor porque no quería conceder que volviera a la escena aquel a quien despreciaba, por estar convencido de que no era merecedor de tal dicha, nada pudo conseguir con todos sus argumentes. Si hubiera conocido los móviles secretos no se habría tomado la molestia de querer convencer a los padres; pues el viejo, que con mucho gusto habría conservado a su hija a su lado, odiaba al joven porque su propia mujer había fijado en él los ojos, y ésta no podía soportar el ver como rival afortunada a su hijastra. Y de este modo, Melina, muy contra su voluntad, tuvo que partir algunos días después con su joven esposa, que mostraba ya grandes deseos de ver mundo y de ser vista por él, para buscarse colocación en cualquier compañía dramática.

Capítulo XV

¡Dichosa juventud! ¡Felices tiempos de las primeras ansias amorosas! El hombre, entonces, es como un niño que se divierte horas enteras con un eco; hace, él solo, todos los gastos del coloquio y queda muy contento de la diversión con tal de que el invisible interlocutor repita siquiera las últimas sílabas de las palabras que él le lanza.

Así le ocurría a Guillermo en los primeros, y, sobre todo, en los últimos tiempos de su pasión por Mariana; suponía existentes en ella todos los tesoros de su propia sensibilidad y al propio tiempo se consideraba como mendigo que viviera de las limosnas de la muchacha. Y lo mismo que un paisaje encantador sólo nos parece encantador cuando es iluminado por el sol, también, a los ojos de Guillermo, todo cuanto la rodeaba y era tocado por ella crecía en magnificencia y hermosura.

¡Cuántas veces estaba entre los bastidores del teatro, para lo cual había solicitado permiso del director! Entonces, cierto que desaparecía la magia de la perspectiva, pero comenzaba a obrar el encanto mucho más poderoso del amor. Podía permanecer horas enteras entre las sucias candilejas, respirando la humareda de las luces de sebo, para contemplar a su amada y sentirse transportado a una situación paradisíaca, abrumado de felicidad en medio de las armaduras de madera y hoja de lata, cuando ella lo miraba amistosamente al salir de escena. Los corderillos rellenos de paja, las cascadas de tarlatana, los rosales de cartón y las cabañas que no tenían más que fachada suscitaban en él deliciosos cuadros poéticos del primitivo mundo de pastores. Hasta las bailarinas, que tan feas parecían desde cerca, no siempre lo molestaban, porque se hallaban en las mismas tablas que su muy amada. Y de este modo, es cierto que el amor, que tiene que vivificar primeramente los cenadores de rosales, bosquecillos de mirtos y la luz lunar, también puede dar una apariencia de naturaleza viva a las virutas y a los recortes de papel. Es un condimento tan poderoso que hasta las salsas más repugnantes e insípidas se tornan sabrosas merced a él. Tal condimento era a la verdad bien necesario para hacer soportable, y más tarde hasta agradable, el estado en que habitualmente se hallaba el cuarto de la amada y hasta su propia persona, a veces.

Criado en una fina casa burguesa, el orden y la limpieza eran el elemento en que respiraba Guillermo, y habiendo heredado de su padre una parte de su amor por la fastuosidad, siempre había sabido, en sus años mozos, decorar dignamente su habitación, que consideraba como su pequeño reino. Las cortinas de su cama se recogían en grandes pliegues sujetos con borlas, como se suelen representar las de los tronos; había sabido proporcionarse una alfombra para el centro de la habitación y un fino tapete para la mesa; casi maquinalmente colocaba y disponía sus libros y utensilios en tal forma que un pintor holandés hubiera podido copiar bonitos bodegones. Habíase hecho un gorro blanco en figura de turbante y las mangas de su bata de casa estaban cortadas al modo oriental, cosa que decía haber hecho porque las mangas anchas y largas lo estorbaban para escribir. Cuando estaba completamente solo por la noche y ya no era de temer que lo perturbaran, solía atarse una faja de seda en torno a la cintura, y a veces hasta se había puesto en el cinto un puñal que se había apropiado en una vieja armería, y en este hábito aprendía de memoria y ensayaba los papeles trágicos que le habían sido adjudicados en su teatro de niños, y con el mismo espíritu, arrodillándose sobre la alfombra, hasta llegaba a hacer sus oraciones.

¡Qué feliz consideraba, en aquellos tempranos tiempos, al cómico que posee tantos trajes majestuosos, corazas y armamentos, y a quien siempre veía ejercitándose en nobles modales y cuyo espíritu lo parecía representar, como un espejo, lo más delicioso y magnífico que produce el mundo en cuanto a situaciones de fortuna, pensamientos y pasiones! De igual modo figurábase Guillermo que la vida doméstica de un cómico debía ser una serie de nobles acciones y trabajos, cuya cima más alta era la aparición en escena; algo así como la plata, largamente tratada por el fuego depurador, acaba por presentarse con un hermoso tono ante los ojos del obrero, significándole que el metal está ya limpio de toda extraña mezcla.

Por ello, ¡qué suspenso quedaba al principio Guillermo, cuando, al hallarse en casa de su amante y aclararse la niebla de felicidad que lo envolvía, miraba en torno a sí mesas, sillas y suelo! Aparecían por allí tirados, revueltos en espantable desorden, los restos de un

adorno momentáneo, ligero y falso, como el resplandeciente traje de un pez al que acaban de escamar. Los utensilios de limpieza humana, peines, jabón, toallas y pomadas, con las huellas de su uso, no estaban tampoco ocultos. Música, papeles de comedias y zapatos, ropa blanca y flores artificiales, estuches, horquillas para el pelo, frasquitos de afeites, cintas, libros y sombreros de paja, sin avergonzarse los unos de la vecindad de los otros, hallábanse reunidos por un elemento común: los polvos de arroz y el polvo. Sin embargo, como Guillermo, en presencia de la damita, apenas advertía las restantes cosas, sino que más bien tenía que serle querido todo lo que pertenecía a su amada, lo que era tocado por ella, acabó por encontrar un encanto, en aquel revuelto arreglo de casa, que nunca había experimentado en su elegante y magnífica regularidad. Parecíale, cuando tenía que apartar el corsé de Mariana para llegar hasta el piano y poner sus faldas sobre la cama para poder sentarse, y cuando ella misma, con desembarazada libertad, no trataba de esconderse de su presencia para realizar ciertas cosas naturales que por buena educación se procura generalmente ocultar a los otros, parecíale, digo, como si a cada instante estuviera más cerca de ella, como si la comunidad entre ellos se hubiera fortificado con invisibles lazos.

No le era tan fácil poder concordar con sus ideas la conducta de los restantes comediantes, a quienes alguna vez había encontrado en casa de Mariana en el tiempo de sus primeras visitas. Ocupados en fruslerías, parecían no pensar en modo alguno en su profesión y funciones; jamás les oía hablar del valor poético de una obra ni juzgarla acertada o equivocadamente; sus preguntas no eran nunca otra cosa sino. ¿Cuánto producirá tal obra? ¿Es pieza de público? ¿Cuánto tiempo se representará? ¿Cuántas veces podrá volver a ser dada? Y otras preguntas y observaciones de esta especie. Después solían tomarla con el director, diciendo que era harto mezquino en los sueldos y procedía injustamente con unos u otros; después, con el público, que rara vez recompensaba con su aplauso a quien lo merecía; hablaban luego de que el teatro alemán se mejoraba constantemente; de que los cómicos, atendiendo a sus méritos, serían cada vez más considerados, aunque nunca lo serían lo suficiente. Después hablábase mucho de cafés y tabernas y de lo que allí ocurría; de cuántas deudas tenía cualquier camarada y del descuento que le era preciso sufrir; de la desproporción entre los sueldos semanales; de las intrigas de sus adversarios, con lo que, por último, volvía a ser tomada en consideración la grande y merecida atención del público, y no se olvidaba la influencia del teatro en la educación de una nación y del mundo.

Todas estas cosas, que ya habían producido a Guillermo algunas horas de intranquilidad, presentáronselo de nuevo en la memoria, mientras que su caballo lo llevaba lentamente a casa y él reflexionaba sobre los diversos acontecimientos que le habían ocurrido. Había visto por sus propios ojos la turbación que se había producido en una buena familia burguesa, y aun en toda una pequeña ciudad, por la fuga de una muchacha; las escenas en el camino y en el ayuntamiento, las opiniones de Melina, y, en general, cuanto le había acaecido, representábasele de nuevo y lanzaba en su espíritu, vivo e impetuoso, cierta ansiosa inquietud, a la que no se abandonó mucho tiempo, sino que dio de la espuela a su caballo y se apresuró a volver a la ciudad.

Sólo que por tal camino corría al encuentro de nuevas desazones. Werner, su amigo y probable cuñado, lo esperaba para tener con él una grave, importante e inesperada conversación.

Werner era uno de esos hombres dotados de experiencia, perseverantes en su modo de ser, a los que en general suele llamárseles gente fría, porque, llegada la ocasión, no se inflaman rápida ni visiblemente; su trato con Guillermo era una permanente disputa, con la que su cariño quedaba siempre más firmemente anudado; pues, a pesar de su diversa manera de pensar, cada cual encontraba su correspondencia en el otro. Werner dábale mucha importancia a que, de cuando en cuando, pareciera poner riendas y freno al espíritu de Guillermo, excelente, aunque a veces extraviado; y éste gozaba con frecuencia de un delicioso triunfo cuando arrastraba consigo en su ardiente entusiasmo a su reflexivo amigo. Influían de este modo uno sobre otro; estaban habituados a verse a diario y hubiera podido decirse que el afán de estar juntos, de platicar reunidos, era aumentado por la imposibilidad de ponerse de acuerdo. En el fondo, empero, como ambos eran buenos, marchaban juntos hacia el mismo objeto, y nunca lograban comprender por qué ninguno de los dos conseguía traer a su opinión al otro.

Notaba Werner, desde hacía algún tiempo, que las visitas de Guillermo se hacían menos frecuentes, que trataba breve y distraídamente de sus temas favoritos, que ya no se engolfaba en el vivo desarrollo de sus extrañas fantasías, cosa en la que, verdaderamente, se puede reconocer del modo más seguro un espíritu que procede con libertad y encuentra su paz y satisfacción en la presencia del amigo. El puntual y reflexivo Werner buscaba, al principio, una falta en su propia conducta, hasta que ciertas charlas de la ciudad pusiéronlo sobre la justa pista, y algunas imprevisiones de Guillermo acercáronlo más a la certidumbre. Metiose en una averiguación y pronto descubrió que desde hacía algún tiempo Guillermo visitaba públicamente a una comedianta, hablaba con ella en el teatro y la había acompañado a su casa; habría quedado inconsolable si hubiera tenido también noticia de las entrevistas nocturnas; pues oyó decir que Mariana era una muchacha corrompida que arruinaría probablemente a su amigo, y que, además de él, se dejaba sostener por el más indigno amante.

Tan pronto como sus sospechas hubieron ascendido, tanto como era posible, hasta la certidumbre, determinó atacar a Guillermo, y tenía todos sus preparativos plenamente terminados cuando aquél regresó de su viaje, enojado y de mal temple.

Aquella noche misma comunicole Werner todo cuanto sabía, primero fríamente, después con la insistente severidad de una amistad bondadosa; no dejó ningún rasgo sin precisar, e hízole gustar a su amigo todas las amarguras que los hombres tranquilos suelen derramar tan liberalmente en el pecho de los enamorados, con virtuosa alegría del daño ajeno; pero, como bien puede pensarse, alcanzó muy poco. Guillermo le contestó con interna emoción, aunque con gran seguridad:

-No conoces a la muchacha. Acaso las apariencias no estén en su favor, pero estoy tan seguro de su fidelidad y virtud como de mi amor.

Werner persistió en sus acusaciones y ofreció pruebas y testigos. Guillermo las rechazó y se separó de su amigo, enojado y conmovido, como alguien a quien un inhábil dentista ha asido un diente enfermo, pero seguro, tirando de él vanamente.

Era altamente desagradable para Guillermo ver enturbiada y casi desfigurada, en su alma, la hermosa imagen de Mariana por las cavilaciones del viaje y la malevolencia de Werner. Acudió al medio más seguro para devolverle toda su claridad y hermosura, apresurándose a ir a su lado, de noche, por el camino habitual. Ella lo recibió con viva alegría; pues al llegar había pasado a caballo por delante de su casa con lo que Mariana lo esperaba ya aquella noche misma, y bien puede pensarse que todas las dudas fueron arrojadas inmediatamente del corazón de Guillermo. La ternura de Mariana devolviole toda su confianza y Guillermo le refirió cuánto la habían ofendido el público y su amigo.

Diversas y animadas conversaciones lleváronlos a los primeros tiempos de su conocimiento, cuyo recuerdo siempre sigue siendo uno de los más hermosos temas de conversación entre dos enamorados. Los primeros pasos que nos conducen al laberinto del amor son tan gratos, tan encantadoras sus primeras perspectivas, que muy gustosamente se los evoca en el recuerdo. Cada parte trata de obtener una preeminencia sobre la otra: amó primero y más desinteresadamente, y en esta disputa, cada cual, a ser vencedor, prefiere ser vencido.

Repetíale Guillermo a Mariana lo que con tanta frecuencia había sido oído por ella: que muy pronto le había hecho apartar su atención de la comedia para consagrársela a ella sola; que su figura, su juego escénico, su voz, lo habían cautivado; cómo, por último, sólo había ido a ver las obras en que ella trabajaba; cómo se había introducido en el escenario y había estado con frecuencia a su lado sin que ella lo advirtiera; después habló con encanto de la noche feliz en que encontró ocasión de prestarle un ligero servicio y enhebrar una conversación.

Por el contrario, Mariana no quería reconocer que hubiera estado tanto tiempo sin fijarse en él; afirmaba haberle visto ya en el paseo, y, como prueba, le describía el traje que llevaba en aquel día; afirmaba que ya entonces le había gustado más que todos y que había deseado conocerlo.

¡Con qué gusto creía todo aquello Guillermo! ¡Con qué gusto se dejaba convencer de que ella, cuando se hallaban cerca, se sentía llevada hacia él por un irresistible impulso; de que intencionadamente pasaba junto a él, por entre los bastidores, para verlo de cerca y trabar conocimiento, y por último, de que, como la reserva y timidez de Guillermo no fueran vencidas, ella misma le había dado ocasión, y casi lo había obligado a ir a buscarle un vaso de limonada!

Con esta amable disputa, en la que hacían revivir todas las pequeñas circunstancias de su breve novela, pasáronseles muy de prisa las horas y Guillermo abandonó a su amada plenamente tranquilo, con la firme resolución de poner inmediatamente por obra sus propósitos.

Capítulo XVI

Padre y madre habían cuidado de lo que era necesario para el viaje de Guillermo; algunas pequeñeces que faltaban en su equipaje retrasaron varios días la partida. Guillermo aprovechó aquel tiempo para escribir una carta a Mariana en la que se proponía tratar del asunto, acerca del cual, hasta entonces, siempre había evitado ella todo conversación. La carta decía de este modo:

«Entre las amadas tinieblas de la noche que tantas veces me cubrieron estando entre tus brazos, sentado ante mi mesa, pienso en ti y te escribo; sólo hacia ti van todas mis reflexiones y proyectos. ¡Oh Mariana! a mí, el más dichoso de los hombres, me ocurre como al desposado, que, lleno de presentimientos del mundo nuevo que ha de desarrollarse en él y por él, se alza en las solemnes alfombras durante las sagradas ceremonias, y, meditabundo, languidece ante las cortinas, ricas en misterios, desde donde lo llaman, susurrando, las delicias del amor.

»Conseguí de mí mismo no verte en varios días; no me fue difícil con la esperanza de la compensación de estar después contigo para siempre, de ser del todo tuyo. ¿Necesito repetir lo que deseo? Sí; es necesario; pues parece como si no me hubieras comprendido hasta ahora.

»¡Cuántas veces, con los suaves acentos de la fidelidad, la cual, porque desea obtenerlo todo se atreve a decir poco, busqué en tu corazón el afán de una unión eterna! De fijo que me has comprendido, porque en tu corazón tiene que germinar igual deseo; me lo has dado a entender en cada beso, en la cariñosa paz de aquellas felices noches. Entonces conocí tu discreción, y, ¡cuánto creció con ello mi amor! En el caso en que otra mujer se habría conducido hábilmente para hacer madurar con un superfluo calor una favorable resolución en el pecho de su amante, para provocar una declaración y asegurarse una promesa, tú te haces atrás, vuelves a cerrar el entreabierto pecho de quien te ama y tratas de ocultar tu asentimiento con una aparente indiferencia; pero ¡te comprendo! ¡Qué miserable no tendría yo que ser para no reconocer en estos rasgos el puro y desinteresado amor que sólo se preocupa del bien de su amigo! ¡Confía en mí y estate tranquila! Nos pertenecemos uno a otro, y ninguno de los dos ha sacrificado o perdido cosa alguna si vivimos el uno para el otro.

»¡Acepta esta mano! ¡Acepta solemnemente esta señal superflua! Hemos disfrutado de todas las alegrías del amor, pero hay nuevas felicidades en la confirmada idea de la duración. No preguntes cómo. ¡No te inquietes! El destino vela por el amor tanto más cuando el amor se contenta con poco.

»Mi corazón abandonó la casa de mis padres hace ya mucho tiempo. Contigo es como mi espíritu se cierne sobre la escena. ¡Oh, amada mía!, ¿podrá haber un hombre a quien le haya sido otorgado, como a mí, satisfacer a un tiempo todos sus deseos? El sueño no viene ya a mis ojos, y como una eterna aurora, tu amor y tu felicidad surgen y se alzan ante mí.

»Apenas me es posible contenerme para no precipitarme junto a ti, correr a tu lado, obligarte a darme tu consentimiento, y ya desde mañana temprano perseguir mi meta por el ancho mundo... ¡No! ¡Quiero violentarme!, no quiero dar pasos irreflexivos, alocados y temerarios; mi plan está trazado y quiero ejecutarlo serenamente.

»Conozco a Serlo, el director de una compañía dramática, y mi viaje me lleva justamente hacia él: hace un año expresaba frecuentemente ante sus actores el deseo de que tuvieran algo de mi vivacidad y mi afición por el teatro y de fijo que me recibirá bien; pues, por más de un motivo, no debo entrar en vuestra compañía, y, además, Serlo trabaja ahora tan lejos de aquí que, al principio, podré tener oculto el paso que he dado. Al punto encontraré allí módicos ingresos; estudio al público, aprendo a conocer la compañía y vengo a buscarte.

»Mariana, ya ves lo que puedo lograr de mí mismo para estar seguro de que serás mía; pues, ¡no verte en tanto tiempo, saber que estás tan lejos de mí por el mundo! Es preciso que no piense en ello con demasiada fuerza. Pero si después me represento otra vez tu amor, que me tranquiliza por completo; si no desdeñas mis súplicas y antes de que nos separemos me tiendes tu mano delante del sacerdote, entonces partiré tranquilo. Eso es sólo una formalidad entre nosotros, pero ¡qué hermosa formalidad!, la bendición del cielo sobre la bendición de la tierra. En el vecino territorio de las órdenes militares puede hacerse fácil y secretamente.

»Tengo bastante dinero para el principio; lo repartiremos y alcanzará para los dos; antes de que se acabe nos ayudará el cielo.

»Sí, mi adorada, no tengo temor alguno. Lo comenzado con tanta alegría tiene que alcanzar buen término. Nunca dudé de que puedan realizarse avances en el mundo queriéndolo seriamente,.y siento en mí ánimos bastantes para ganar abundantemente la subsistencia de dos o más personas. Muchos dicen: el mundo es ingrato; aún no he experimentado que lo sea, siempre que se sepa hacer algo que le sea provechoso, de la debida manera. Me hierve toda el alma con la idea de presentarme por fin en escena y decir a los hombres, en su propio corazón, lo que tanto tiempo hace que anhelan oír. Cuántos miles de veces sentí que el temor me traspasaba el alma, a mí, que tan poseído estoy por la magnificencia del teatro, al ver a los más miserables que se imaginaban poder dirigirse a nuestro corazón con una frase grande y poderosa. Una voz forzada por el falsete suena mucho mejor y de modo más puro; es inaudito el modo como esos barbianes delinquen con su grosera ineptitud.

»El teatro ha solido estar en lucha con el púlpito; me parece que no debían contender uno con otro. ¡Cuánto sería de desear que en ambos lugares sólo por los hombres más nobles fueran glorificados Dios y la Naturaleza! ¡No son quimeras, amada mía! Desde que sobre tu corazón me fue dado sentir que sabes amar, concibo también estos deslumbradores pensamientos y digo... No quiero enunciarlos, pero quiero esperar que alguna vez apareceremos ante los hombres como una pareja de buenos espíritus, propios para abrir sus corazones, conmover sus ánimos y prepararles celestes goces, lo mismo que a mí me han sido concedidos, sobre tu pecho, goces que siempre deberán ser llamados celestiales, porque en aquellos momentos nos sentimos apartados de nosotros mismos, elevados por encima de nosotros.

»No puedo terminar; he dicho ya demasiado y no sé si habré dicho todo lo que a ti te corresponde saber; pues los movimientos de la rueda que gira en mi corazón no es posible expresarlos con palabra alguna.

»Acepta, sin embargo, este pliego de papel, amada mía; lo he vuelto a leer y encuentro que habría que volver a comenzarlo desde el principio, no obstante, contiene todo lo que tienes necesidad de saber, lo que es una preparación para ti, sí muy pronto he de regresar con alegría al dulce amor de tu seno. Aparezco ante mí mismo como un prisionero que, acechando a todos lados, lima sus cadenas en su calabozo. Me despido de mis padres que duermen descuidadamente... ¡Adiós, amada mía, adiós! Esta vez termino; dos o tres veces se me han cerrado los ojos; son las altas horas de la madrugada.»

Capítulo XVII

El día no quería terminar y Guillermo, con su carta bellamente plegada en el bolsillo, anhelaba verse al lado de Mariana; por tanto, apenas había obscurecido, cuando, contra su costumbre, se dirigió furtivamente a su morada. Su plan era anunciarle su visita para aquella noche, dejar por breves horas a su amada, poniendo entre sus manos la carta antes de partir, y a su vuelta, bien alta la noche, recibir su respuesta, su consentimiento, u obligarla a consentir con la fuerza de sus caricias. Arrojose en sus brazos y apenas podía ser dueño de sí, inclinado sobre su pecho. La violencia de sus sentimientos impidiole ver al principio que ella no correspondía a sus cariños con la cordialidad habitual; pero Mariana no pudo ocultar durante largo tiempo su situación de angustia; pretextó una enfermedad, una indisposición, quejose de dolor de cabeza; no quiso aceptar la proposición de que volviera Guillermo aquella misma noche. Él no sospechó nada malo, no siguió insistiendo; pero comprendió que no era hora de entregar su carta. Conservola en su poder, y como diversos gestos y palabras de Mariana lo invitaban cortésmente a partir, en la embriaguez de su amor insatisfecho, cogió una de las pañoletas de su amada, escondiola en su bolsillo, y, de mala gana, se arrancó de sus labios y de su puerta. Entró a escondidas en su casa, pero tampoco allí pudo permanecer mucho tiempo; cambió de traje y buscó de nuevo el aire libre.

Después de haber paseado por varias calles de un extremo a otro, encontró a un desconocido que le preguntó por cierta posada; Guillermo se ofreció a enseñarle la casa; el forastero preguntó el nombre de las calles, el de los dueños de varios grandes edificios ante los cuales pasaron, lo mismo que algunos informes sobre disposiciones administrativas de la ciudad, y cuando llegaron a la puerta de la posada se habían metido en una conversación muy interesante. El forastero obligó a su guía a que entrara con él y bebieran juntos un vaso de ponche; al mismo tiempo le comunicó su nombre, su lugar de nacimiento y los asuntos que allí lo habían llevado, y solicitó de Guillermo análoga confianza. Este no ocultó su nombre ni su morada.

-¿No es usted nieto del viejo Meister, el que poseía la hermosa colección de obras de arte? -preguntó el forastero.

-Sí, lo soy. Tenía diez años cuando murió el abuelo y me dolió vivamente que vendieran cosas tan bellas.

-Su padre de usted obtuvo de la venta una suma considerable.

-¿Usted lo sabe?

-Sí; todavía vi aquel tesoro en su casa de usted. Su abuelo no era sólo un coleccionista; era muy entendido en arte; en anteriores y dichosos tiempos había estado en Italia y había traído de allí cosas magníficas que ahora ya no sería posible conseguir a ningún precio. Poseía excelentes cuadros de los mejores maestros; apenas quería uno creer a sus propios ojos al hojear su colección de dibujos; entre sus mármoles había algunos fragmentos inapreciables; poseía una serie muy instructiva de bronces, y también había clasificado sus medallas atendiendo a la historia y el arte; sus escasas piedras grabadas eran dignas de toda alabanza; además, el conjunto estaba bien colocado, aunque las habitaciones y salas de la casa vieja no estuvieran construidas con simetría.

-Ya puede usted imaginarse lo que perdimos los niños cuando todas aquellas cosas fueron quitadas de su sitio y embaladas. Fueron los primeros tiempos tristes de mi vida. Aún recuerdo lo vacías que nos parecían las habitaciones al ver cómo desaparecían, poco a poco, aquellos objetos que nos habían divertido desde la infancia y que teníamos por tan inmutables como la casa y la ciudad misma.

-Si no me equivoco, su padre de usted colocó el capital realizado en el comercio de un vecino con quien entró en una especie de sociedad.

-¡Exacto! Y sus especulaciones en común han tenido muy buen resultado; en estos doce años han aumentado mucho su hacienda, con lo cual tanto más ávidamente aspiran los dos a seguir obteniendo ganancias; el viejo Werner tiene además un hijo mucho más apto que yo para ese trabajo.

-Me da pena que esta ciudad haya perdido un ornamento tal como la colección de su abuelo de usted. Todavía la vi muy poco tiempo antes de que fuera vendida, y debo decir que yo fui la causa de que se realizara la venta. Un aristócrata rico, gran aficionado, pero que en asunto de tanta importancia no se fiaba sólo de su propio juicio, habíame enviado aquí y deseaba saber mi consejo. Dediqué seis días al examen del gabinete, y el séptimo aconsejó a mi amigo que pagara sin vacilar, la suma que le era pedida. Usted, como chiquillo vivaracho, andaba frecuentemente a mi alrededor; me exponía los asuntos de los cuadros, y, en general, sabía explicar muy bien toda la colección.

-Me acuerdo de tal persona, pero no la hubiera reconocido en usted.

-Hace ya bastante tiempo de ello y todos cambiamos en grado mayor o menor. Si bien me acuerdo, tenía usted un cuadro favorito del cual no quería usted dejarme apartar.

-¡Exacto! Representaba la historia de aquel enfermo, hijo del rey, consumiéndose de amor por la prometida de su padre.

-No era uno de los mejores cuadros; no estaba bien compuesto; su colorido no era excepcional, y la ejecución totalmente amanerada.

-No lo comprendía yo entonces, ni aun ahora lo comprendo; el asunto y no el arte es lo que me atrae en un cuadro.

-Su abuelo parecía pensar de modo muy distinto en esa cuestión; pues la mayor parte de su colección estaba compuesta de cosas excelentes, en las que siempre había que admirar los méritos del maestro, representárase lo que quisiera; además, aquel cuadro estaba colocado en el vestíbulo, como muestra de que lo tenía en muy poco.

-Era allí precisamente donde siempre nos era permitido jugar a los niños y donde aquel cuadro hizo sobre mí una impresión tan inextinguible, que, si estuviéramos ahora delante de él, no podría ser apagada ni aun por su crítica, la que, por lo demás, respeto mucho. ¡Qué lástima me daba, y me la da todavía, un mancebo que encierra en sí los dulces impulsos, el más bello legado que nos adjudicó la Naturaleza, y tiene que ocultar en su seno el fuego que debía calentar y dar vida a su persona y a otra, de modo que su interior es consumido por monstruosos sufrimientos! ¡Cómo compadezco a la desgraciada que tiene que consagrarse a otro cuando su corazón ha encontrado ya un objeto digno de un verdadero y puro anhelo!

-A la verdad, esos sentimientos están muy lejos de las consideraciones que un aficionado suele hacerse al examinar las obras de los grandes maestros; probablemente si el gabinete artístico hubiera seguido siendo propiedad de su familia, poco a poco se habría ido abriendo camino en usted la comprensión de las obras mismas, de modo que no siempre hubiera visto usted su propia persona y sus inclinaciones en los objetos de arte.

-Cierto que al pronto me produjo mucha pena la venta de la colección y muchas veces la eché de menos en años de mayor madurez; pero cuando reflexiono en que tenía que haber ocurrido de ese modo para que se desarrollara en mí una afición, un talento, que debe ejercer sobre mi vida efecto mucho mayor del que jamás hubieran hecho aquellas inanimadas imágenes, entonces me resigno gustoso y venero al destino que sabe dirigir las cosas en forma que resulte mi bien y el de todos.

-Por desgracia, vuelvo a oír otra vez la palabra destino pronunciada por un joven que se encuentra justamente en la edad en que de ordinario se suele atribuir al influjo de seres superiores las violentas inclinaciones de la voluntad.

-Entonces, ¿no cree usted en el destino? ¿En un poder que reine sobre nosotros y todo lo dirija para nuestro bien?

-No se trata aquí de mis creencias ni es este lugar para explicar cómo procuro hacerme hasta cierto punto comprensible, cosas que son inconcebibles para todos nosotros; trátase solamente de saber qué clase de ideas generales serán más apropiadas para nuestro bien. La trama de este mundo se compone de necesidad y azar; la razón humana colócase entre ambos elementos y sabe dominarlos; maneja a la necesidad como base de su existencia;

sabe gobernar, dirigir y utilizar lo casual, y sólo en cuanto la razón se mantiene firme e inconmovible merece el hombre ser llamado el dios de la tierra. ¡Ay de aquel que se acostumbra desde su juventud a querer encontrar en la necesidad algo de arbitrario y a quien le agradaría atribuir a la casualidad cierta especie de inteligencia, el entregarse a la cual llegaría a ser como una religión! ¿No diríamos de tal cosa que es renunciar al propio entendimiento y conceder ilimitado espacio a nuestras pasiones? Imaginamos ser piadosos dirigiéndonos sin reflexión, dejándonos determinar por gratas casualidades, y, por último, dando el nombre de dirección divina al resultado de esta vacilante existencia.

-¿Nunca se vio usted en el caso de que una pequeña circunstancia le impulsara a tomar cierto camino, por el cual pronto viniera a su encuentro una coyuntura agradable, de modo que una serie de inesperados sucesos acabaran por llevarlo a la meta, de un modo que usted mismo apenas hubiera podido columbrar? ¿No debería esto inspirarnos sumisión ante el destino y confianza en su dirección?

-Con tal modo de pensar no habría muchacha que pudiera guardar su virtud, ni nadie el dinero de su bolsa, pues hay ocasiones bastantes para perder una y otra cosa. No puedo aplaudir más que a un hombre que sabe lo que es útil para sí y para los otros y trata de limitar en sí lo arbitrario. Cada uno tiene su propia felicidad entre sus manos, como el artista la materia bruta que quiere transformar en una figura. Pero ocurre con este arte lo que con los otros: de modo innato sólo tenemos la aptitud, pero tiene que ser educada y ejercitada cuidadosamente.

Estas y otras cosas siguieron siendo discutidas; por último, se separaron sin que aparentemente ninguno hubiera convencido al otro; no obstante, concertaron lugar donde encontrarse al día siguiente.

Guillermo paseó todavía por algunas calles; oyó clarinetes, trompas y fagotes; encendiose su pecho. Eran músicos ambulantes que daban una agradable serenata. Habló con ellos, y mediante una moneda de plata, lo siguieron a la morada de Mariana. Delante de su casa había unos grandes árboles que adornaban la plaza; bajo ellos colocó a sus músicos y él mismo reposó en un banco a cierta distancia y se abandonó por completo a los flotantes senos que murmuraban a su alrededor en la confortadora noche. Tendido bajo las propicias estrellas, su existencia era como un sueño de oro.

-También ella oye estas flautas -díjose en su corazón- y conoce cuyo es el recuerdo, el amor que llena de estas armonías la noche; aunque alejados, estamos unidos por estas melodías, lo mismo que, a cualquier distancia, por los más finos sentimientos del amor. ¡Ay! Dos corazones amantes son como dos relojes magnéticos: lo que vibra en el uno también debe agitarse en el otro; pues es una sola cosa lo que en los dos opera, una fuerza que los penetra. ¿Puedo sentir en sus brazos la posibilidad de apartarme de ella? Y, no obstante, me iré lejos, buscaré un asilo para nuestro amor y siempre la tendré conmigo. ¡Cuántas veces me ha sucedido que, estando ausente de ella, perdido en su persona el pensamiento, toqué un libro, un vestido, o cualquier otro objeto, y me pareció sentir su mano; tan poseído estaba yo de su presencia! Y si recuerdo aquellos instantes que huyen de la luz del día como de la mirada de un frío espectador, para gozar de los cuales tenían que decidirse los dioses a renunciar a su condición, exenta de dolores, de pura

bienaventuranza... ¿Recordarlos?... Como si se pudiera renovar en la memoria la embriaguez de la copa enajenadora que desconcierta por completo nuestros sentidos, enlazándolos con celestes lazos... ¡Y su figura!...

Perdiose en estos recuerdos; su calma se transformó en anhelo, abrazó el tronco de un árbol, refrescó sus ardientes mejillas contra la corteza, y los vientos de la noche absorbían ansiosos el hálito que surgía afanosamente de su pecho puro. Buscó la pañoleta que le había cogido a Mariana, la había olvidado; estaba en el bolsillo del anterior traje. Sus labios se secaban, sus miembros temblaban de deseo.

Cesó la música y le pareció como si hubiera caído del elemento al cual sus sensaciones lo habían elevado hasta aquel momento. Aumentó su inquietud, ya que sus sentimientos no eran ya nutridos y suavizados por los blandos acentos de la música. Sentose en el umbral de la puerta de Mariana, con lo que ya quedó un poco más tranquilo. Besó la argolla de bronce con que se llamaba, besó el umbral que pisaban sus pies al salir y al entrar y lo calentó con el fuego de su pecho. Después volvió a sentarse tranquilamente durante un momento y pensó en ella, entre las cortinas de su lecho, con su traje de noche blanco y la cinta roja alrededor de la cabeza, reposando en dulce paz, y se sentía tan en su proximidad, que le pareció que debería estar soñando con él. Sus pensamientos eran dulces como las visiones del crepúsculo; la paz y el deseo adueñábanse alternativamente de él; el amor, con temblorosa mano de mil dedos, recorría todas las cuerdas de su alma; era como si el canto de las esferas hubiera quedado detenido sobre su persona para escuchar la delicada melodía de su corazón.

Si hubiera tenido consigo la llave que le abría de ordinario la puerta de Mariana, no habría podido contenerse y se habría lanzado al santuario del amor. Sin embargo, alejábase lentamente, vacilaba bajo los árboles, medio adormecido; quería irse a su casa y siempre volvía a encontrarse junto a la puerta; por fin, cuando se dominó y se fue, miró otra vez atrás desde la esquina y le pareció como si se abriera la puerta de Mariana y una sombría figura saliera de ella. Estaba demasiado lejos para ver claramente, y antes de que se hubiera serenado y mirara debidamente, ya se había perdido la aparición en medio de la noche; sólo, muy lejos, creyó verla otra vez al pasar deslizándose junto a una casa blanca. Se detuvo y pestañeó; pero antes de que se hubiera hecho dueño de sí para correr tras él, ya había desaparecido el fantasma. ¿Por dónde debía seguirlo? ¿Qué calle había tomado aquel hombre, si es que lo era?

Como alguien a quien un relámpago ilumina un rincón de la comarca, y al punto, con ojos deslumbrados, en vano busca en las tinieblas las formas antes columbradas y la continuación del sendero, así les ocurría a los ojos y al corazón de Guillermo. Y como un espectro de la media noche produce espanto monstruoso, y aunque un momento después la presencia de ánimo haga considerarlo como hijo del miedo, la temerosa aparición siempre deja en el alma dudas sin término, así también Guillermo, en la mayor perplejidad, hallábase apoyado en una esquina, sin prestar atención a la claridad de la mañana ni al canto de los gallos, hasta que los trabajos matinales comenzaron a reanimarse y lo impulsaron a ganar su casa.

A su regreso, casi había desterrado por completo de su alma la inesperada visión con las más firmes razones; no obstante, se había desvanecido el hermoso estado de ánimo de la noche, en el que ya no pensaba sino como en una aparición celeste. Para serenar su corazón, para imprimir un sello en su fe renaciente, cogió la pañoleta del bolsillo del traje de la tarde. El crujido de un trozo de papel que cayó de ella al suelo hízole apartar la tela de sus labios; lo recogió y leyó.

«Así es como te quiero, ¡locuela mía! ¿Qué tenías ayer? Esta noche iré a verte. Bien creo que sientas marcharte de aquí; pero ten paciencia; por las ferias volveré de nuevo a tu lado. Escucha, no te pongas más el corpiño negro y verde obscuro; pareces con él la bruja de Endor. ¿No te mandé la negligé blanca porque quiero tener entre mis brazos una blanca ovejuela? Mándame siempre tus esquelas por la vieja sibila; el demonio mismo la dispuso para el papel de Iris.»

Libro segundo

Capítulo primero

Cualquiera que, a nuestra vista, aspira a realizar un proyecto, puede contar con nuestra simpatía, aprobemos o censuremos su designio; mas tan pronto como el asunto está resuelto apartamos los ojos de él; todo lo que se halla terminado, hecho, en modo alguno puede cautivar nuestra atención, en especial si ya desde antes le teníamos profetizado a la empresa un mal término.

Por este motivo, no debemos entretener la atención de nuestros lectores refiriéndoles detalladamente la aflicción y duelo en que cayó nuestro desgraciado amigo al ver sus deseos y esperanzas destruidos de tan inesperada manera. Mejor será que pasemos por alto algunos años y sólo vayamos a encontrarlo de nuevo cuando esperemos hallarlo en medio de cualquier clase de actividad y goces, aunque antes tengamos que exponer brevemente lo que sea necesario para la coherencia de la historia.

La peste o fiebre maligna se ceban con mayor celeridad y violencia cuando atacan a un cuerpo sano y lleno de vida, y así, el pobre Guillermo fue abrumado de modo tan inopinado por su adversa suerte, que en un instante quedó destrozado todo su ser. Como si, por azar, estalla un incendio en medio de los preparativos de un fuego de artificio y los cartuchos, sabiamente llenos y horadados, dispuestos según determinado plan para que al ser encendidos dibujaran en el aire magníficas y cambiantes imágenes de fuego, ahora silban y mugen unos en medio de otros, desordenada y peligrosamente, de este modo, en el pecho de Guillermo, la dicha y la esperanza, la voluptuosidad y la alegría, lo real y lo soñado, estallaban a la vez todos confundidos. En tan espantosos momentos, detiénese asombrado el amigo que había corrido para socorrer, y para aquel que ha sido herido no hay beneficio mayor que perder la conciencia.

Tras esto, vinieron días de recio dolor, siempre repetido, renovado a propio intento; sin embargo, también eso hay que considerarlo como favor de la Naturaleza. En tales horas, Guillermo no había perdido aún por completo a su amada; sus dolores eran tentativas, infatigablemente renovadas, para asir aún a la felicidad que huía de su alma, para atrapar de nuevo en la imaginación la posibilidad de ella, para proporcionar una breve supervivencia a sus alegrías partidas para siempre: así como no se puede llamar completamente muerto a un cuerpo mientras dura en él la putrefacción, y las fuerzas, que en vano procuran actuar según su antiguo destino, se consumen trabajando en la destrucción de las partes que animaron en otro tiempo, y sólo cuando todas las cosas se han aniquilado mutuamente, cuando vemos el conjunto reducido a indiferente polvo, nace en nosotros el lastimero y vacío sentimiento de que sólo puedo ser reanimado por el soplo del Eterno.

En un ánimo tan nuevo, intacto y afectuoso había mucho que desgarrar, destruir y matar, y la misma energía prestamente reparadora de la juventud dábale a la fuerza del dolor nuevo sustento y violencia. El golpe había herido las raíces de todo su ser. Werner, confidente por necesidad, empuñaba, lleno de celo, la tea y la espada, para perseguir aquella aborrecida pasión, aquel monstruo, hasta en lo más escondido de su alma. ¡Tan propicia era la ocasión, tan a mano tenía las pruebas! ¡Qué de historias y relatos no supo aprovechar! Expulsó, paso a paso, aquel afecto, con tal violencia y crueldad, sin dejar a su amigo ni el bálsamo de la más pequeña ilusión pasajera, cerrándole todo refugio en que hubiera podido librarse de la desesperación, que la Naturaleza, que no quería dejar perecer a su favorito, atacolo con una enfermedad, para darle descanso por aquel otro lado.

Una fiebre violenta, con su cortejo de medicinas, exaltación y agotamiento; junto con ello, la solicitud de la familia, el cariño de las gentes de su edad, cosas que sólo se hacen bien sensibles en la necesidad y la carencia, eran otras tantas distracciones y entretenimiento penoso en su mudada situación. Sólo cuando llegó a encontrarse mejor, es decir, cuando sus fuerzas estuvieron agotadas, vio con espanto Guillermo el martirizador abismo de su árida miseria, como hunde uno sus miradas en el cóncavo cráter de un volcán apagado.

Hacíase entonces los más amargos reproches por haber podido tener algún momento de insensibilidad, de tranquilidad e indiferencia después de tan gran pérdida. Despreciaba su propio corazón y anhelaba el bálsamo de los lamentos y las lágrimas.

Para suscitarlas nuevamente en sí hacía desfilar por su recuerdo las escenas todas de la pasada dicha. Teñíalas de los más vivos colores, aspiraba a sentirse otra vez en medio de ellas, y cuando se había elevado trabajosamente hasta la mayor altura posible, cuando el sol de los pretéritos días parecía reanimar sus miembros y llenar su pecho, miraba hacia el espantoso abismo, cebaba sus ojos con el espectáculo de la aniquiladora profundidad, arrojábase a ella y obligaba a su naturaleza a sufrir los más amargos dolores. Destrozábase a sí mismo con estas repetidas crueldades; pues la juventud, que tan rica es en fuerzas internas, no sabe lo que dilapida, cuando al dolor ocasionado por una pérdida asocia además tantas forzadas torturas, como si por este medio quisiera dar por primera vez su justo valor a lo perdido. Por lo demás, estaba tan convencido de que aquella pérdida era la única, la primera y la última que habría de experimentar en su vida, que rechazaba con horror todo consuelo que osara representarle como cosa limitada su pena.

Capítulo II

Acostumbrado a atormentarse de este modo, atacó también por todas partes, con pérfidas críticas, el resto de lo que, antes del amor y con el amor, le había proporcionado tan grandes alegrías y esperanzas, esto es, sus talentos poéticos y dramáticos. No vio otra cosa en sus trabajos sino una imitación insulsa y sin interno valor de algunas formas tradicionales; no quería reconocer en ello sino envarados ejercicios escolares, a los que les faltaba la más leve chispa de naturalidad, verdad y entusiasmo. En sus poesías no encontraba más que un ritmo monótono, a través del cual se arrastraban vulgares ideas y sentimientos, enlazados por una miserable rima; y así se privó de todas las perspectivas, de todos los placeres que hubieran podido consolarlo por aquella parte.

Y no libraron mejor sus talentos de actor. Se injuriaba por no haber descubierto antes la vanidad, única base sobre la que se alzaban sus pretensiones. Su figura, sus maneras, su movimiento, su declamación tuvieron que soportar sus críticas; negose resueltamente toda clase de preeminencias, todo mérito que lo hubiera elevado sobre lo común de las gentes, y con ello aumentaba hasta el más alto grado su desesperación silenciosa. Pues si es duro renunciar al amor de una mujer, no es menos dolorosa la sensación de arrancarse al comercio de las musas, declararse para siempre indigno de su compañía y desistir de los más hermosos y directos aplausos que pueden ser públicamente otorgados a nuestra persona, a nuestros ademanes y a nuestra voz.

De este modo, nuestro amigo se había resignado por completo, consagrándose al propio tiempo, con el celo más grande, a los negocios mercantiles. Con asombro de su amigo y grandísima alegría de su padre, nadie había más activo que él en el escritorio, en la bolsa, en la tienda y en el almacén; correspondencia, contabilidad y todo lo que le fuera encomendado cuidábalo y desempeñábalo con gran celo y diligencia. Cierto que no con aquella jovial diligencia que es, al propio tiempo, recompensa del hombre laborioso cuando desempeñamos con orden y constancia aquello para lo que hemos nacido, sino la silenciosa diligencia del deber, que tiene por fundamento las buenas intenciones, que es alimentada por el convencimiento y recompensada por la estimación de sí mismo, pero que, no obstante, con frecuencia, aun cuando la conciencia le tienda su más hermosa corona, apenas es capaz de ahogar un suspiro.

Guillermo había vivido de aquella manera, muy laboriosamente, durante algún tiempo, convencido de que aquella dura prueba había sido promovida por el destino para su bien. Estaba satisfecho de haber sido advertido a buena hora en el curso de la vida, aunque bastante rudamente, mientras que otros purgan más tarde y de modo más duro las hierros a que los ha arrastrado un juvenil error. Pues de ordinario el hombre se resiste tanto como le es posible a despedir al loco que guarda en su pecho, reconocer un error capital y confesar una verdad que lo lleva a la desesperación.

Decidido como estaba a renunciar a sus queridas fantasías, necesitábase, sin embargo, algún tiempo para que se convenciera por completo de su desgracia. Mas por último vino a

aniquilar tan plenamente en sí, con razones concluyentes, toda esperanza de amor, de producción poética, de representaciones teatrales, que llegó a tener valor para extinguir en absoluto todas las huellas de su locura, todo lo que de cualquier manera podía hacérsela recordar. Había encendido para ello, en una fresca noche, una lumbre en su chimenea, y sacó un cofrecillo de reliquias, en el que se encontraban mil pequeñeces que, en momentos importantes, había recibido de Mariana o había arrebatado de sus manos. Cada flor seca le recordaba los tiempos en que, fresca todavía, había brillado entre sus cabellos; cada esquelita, la hora feliz para que lo invitaba; cada lazo, el predilecto lugar de reposo de su cabeza, el hermoso pecho de la niña. De este modo, ¿no era preciso que comenzaran a agitarse de nuevo aquellos sentimientos que creía ya muertos desde hacía mucho tiempo? En presencia de aquellas pequeñeces, ¿no debía hacerse otra vez poderosa la pasión que había dominado estando lejos de su amada? Pues sólo notamos lo triste y desagradable que es un día nublado cuando un único y penetrante rayo de sol nos ofrece el brillo animador de una hora serena.

No sin emoción vio por ello cómo aquellas reliquias, guardadas tanto tiempo, se iban convirtiendo en humo y llamas. Algunas veces se detenía irresoluto, y aún le quedaba un hilo de perlas y un pañuelo de crespón cuando se decidió a reavivar con los ensayos poéticos de su juventud la languideciente hoguera.

Hasta entonces había guardado cuidadosamente todo lo que había fluido de su pluma desde el primer grado de desarrollo de su espíritu. Sus escritos, atados en paquetes, estaban aún en el fondo del cofre, donde los había guardado cuando había pretendido llevarlos consigo en su huida. ¡Con qué ánimo tan distinto de aquel con que los había atado abría ahora los manuscritos!

Cuando vuelve a nosotros, por no haber sido encontrado el amigo a quien iba dirigida, una carta escrita y cerrada en determinadas circunstancias, si la abrimos, pasado algún tiempo, invádenos una extraña sensación al romper nuestro propio sello y conversar, como con una tercera persona, con nuestro cambiado yo. Análogo sentimiento apoderose con violencia de nuestro amigo al abrir el primer paquete y echar al fuego los rotos cuadernos, que se inflamaban con gran fuerza, cuando entró Werner, asombrose de la viva llama y preguntó lo que ocurría.

-Doy testimonio -dijo Guillermo- de que procedo con seriedad al abandonar una profesión para la cual no había nacido.

Y con tales palabras echó al fuego el segundo paquete. Werner quiso impedírselo, pero ya estaba hecho.

-No comprendo cómo has llegado hasta este extremo -le dijo-. ¿Por qué han de ser destruidos estos trabajos, aunque no sean perfectos?

-Porque una poesía, o ha de ser excelente o no debe existir; porque todo aquel que no tiene disposiciones para realizar lo excelente debe abstenerse del arte y defenderse seriamente contra la tentación. Pues, a la verdad, en todo hombre se da cierto anhelo indeterminado a imitar lo que ve; pero este anhelo no prueba en modo alguno que también

resida en nosotros la fuerza necesaria para realizar lo que acometemos. Considera a los niños, los cuales, cada vez que ha habido funámbulos en la ciudad, van y vienen, balanceándose sobre todas las vigas y tablas, hasta que un nuevo atractivo los arrastra hacia otro juego. ¿No lo has notado en el círculo de nuestros amigos? Cada vez que da un concierto un virtuoso, siempre se encuentra alguien que comienza a aprender el mismo instrumento. ¡Cuántos se pierden por estos caminos! Dichoso aquel a quien el fracaso de sus deseos hácele que advierta pronto cuáles son sus fuerzas!

Werner lo contradijo; animose la conversación, y Guillermo, no sin emoción, podía repetir a su amigo los argumentos con que tan frecuentemente se había atormentado a sí mismo. Afirmaba Werner que no es razonable renunciar del todo a un talento para el cual se posee inclinación y ciertas disposiciones sólo porque nunca se pueda ejercerlo en su más alta perfección. Siempre hay muchas horas de ocio que pueden llenarse con ello y, poco a poco, llegar a producir algo que sea grato para los demás y para nosotros.

Nuestro amigo, cuya opinión era muy otra, lo interrumpió al momento, y dijo con gran vivacidad:

-Cómo te equivocas, querido amigo, si crees que una obra, cuya primera idea debe llenar toda el alma, puede producirse en horas sueltas, rapiñadas de otras ocupaciones. No; el poeta tiene que vivir todo para sí, todo para sus queridas invenciones. Dotado por el cielo, en lo íntimo, de los más preciosos dones, encerrando en su pecho un tesoro que a cada paso crece por sí mismo, el poeta tiene que vivir con sus tesoros, sin perturbación exterior, en la silenciosa felicidad que vanamente trata de proporcionarse el rico con los bienes amontonados a su alrededor. ¡Considera a los hombres cómo corren tras la dicha y el goce! ¿Qué persiguen sin reposo con sus deseos, sus afanes y su dinero? Lo que el poeta ha recibido de la Naturaleza: el goce del mundo, el sentirse a sí mismo en los demás, la armónica comunión con muchos objetos irreconciliables. ¿Qué intranquiliza a los hombres sino el no poder enlazar sus conceptos con las cosas, el que el goce se les escape de entre las manos, que lo deseado venga harto tarde y que todo lo alcanzado y obtenido no haga sobre su corazón el efecto que el anhelo nos hace presentir desde lejos? El destino ha colocado al poeta sobre todo esto, por decirlo así, como un Dios. Ve cómo se agitan sin objeto la maraña de pasiones, familias o imperios; ve, causando innumerables y dañinas perturbaciones, los insolubles enigmas de la incomprensión, a los que con frecuencia sólo falta un monosílabo para ser resueltos. Participa en la tristeza y alegría de cada destino humano. Cuando el mundano arrastra sus días en una extenuante melancolía a causa de alguna gran pérdida, o va al encuentro de su destino con aturdida alegría, el alma del poeta, impresionable y sensible, marcha como el viajero sol, desde la noche al día, y concierta su arpa con la alegría y el dolor. Nacida espontáneamente en el campo de su corazón, crece la hermosa flor de la cordura, y mientras los otros sueñan despiertos y todos sus sentidos son amedrentados por representaciones monstruosas, él vive, como despierto, el sueño de la vida, y a un tiempo es para el pasado y porvenir lo más extraño que puede acontecer. Y de este modo el poeta es, al propio tiempo, maestro, vate, amigo de los dioses y de los hombres. ¡Cómo! ¿Quieres que descienda hasta un penoso oficio? Él, que ha sido hecho como un pájaro para cernerse sobre el mundo, anidar en las altas cimas y alimentarse de botones de flores y de frutas, saltando ligeramente de rama en rama, ¿debería al propio

tiempo tirar del arado como un buey, acostumbrarse a seguir una pista como un perro o, quizá, amarrado a la cadena, guardar con sus ladridos una casa de campo?

Como puede pensarse, Werner habíalo oído con sorpresa.

-Si también los hombres hubieran sido hechos como los pájaros -ocurriósele decir- y, sin hilar ni tejer, pudieran pasar gratos días en permanente goce; si a la llegada del invierno pudieran trasladarse con tanta facilidad a lejanas comarcas para remediar la privación y resguardarse de la helada...

-Así vivieron los poetas en tiempos en que era mejor conocido lo digno de veneración -exclamó Guillermo-, y así debieran vivir siempre. Suficientemente dotados en su interior, poco necesitan por fuera; el don de comunicar a los hombres hermosos sentimientos, imágenes magníficas, en dulces palabras y suaves melodías apropiadas a cada asunto, encantaba antañamente al mundo y era rico patrimonio para los así dotados. En las cortes de los reyes, en las mesas de los ricos, ante la puerta de los amantes, escuchábanse sus canciones, cerrando el oído y el alma a toda otra cosa; como se reputa uno dichoso y se detiene encantado cuando en el bosquecillo, a través del cual se camina, se alza la voz del ruiseñor, fuertemente conmovedora. Encontraban un mundo hospitalario, y su condición, aparentemente inferior, levantábalos a tanta mayor altura. El héroe oye sus cantos, y el vencedor del mundo reverencia al poeta porque siente que, sin éste, su monstruosa existencia pasaría sobre la tierra como una borrasca; el amante desea sentir sus anhelos y sus goces de un modo tan múltiple y armónico como sabe describírselos el inspirado labio, y hasta el mismo rico no podría ver, por sus propios ojos, sus propiedades, sus ídolos, de modo tan precioso como se le presentan iluminados por el esplendor del espíritu, que siente y realza todo valor. Sí; ¿quién, sino el poeta, ha creado los dioses, si me dejas hablar así; quién nos ha elevado hasta ellos y los ha bajado hasta nosotros?

-Amigo mío -repuso Werner, al cabo de algunas reflexiones-, he solido lamentar ya con frecuencia el que te empeñes en desterrar violentamente de tu alma lo que sientes con tanta fuerza. Me equivocaría mucho si no pensara que procederías mejor rindiéndote hasta cierto punto a ti mismo que no consumiéndote con imponerte una tan dura abdicación y arrebatándote, con esa inocente alegría, el goce de todo lo demás de la vida.

-¿Podré confesártelo, amigo mío -repuso el otro-, y no me encontrarás ridículo si te declaro que todavía hoy me persiguen aquellas imágenes, por mucho que huya de ellas, y que, si examino mi corazón, encuentro allí adheridos todos mis antiguos deseos, tan firmes como antes, más firmes aún que antes? Pero, ¿qué me resta al presente, desgraciado de mí? ¡Ay!, quien me hubiera predicho que tan pronto debían ser hechos pedazos los brazos de mi espíritu, con los que alcanzaba a lo infinito y esperaba ciertamente abrazar algo grande; quien me lo hubiera predicho, me habría reducido a la desesperación. Y ahora, cuando mi sentencia está pronunciada, cuando perdí a aquella que, como una divinidad, debía conducirme a la realización de mis deseos, ¿qué me resta, sino abandonarme al más amargo dolor? ¡Oh, hermano mío! -prosiguió diciendo-, no te engaño; en mis secretos propósitos, era ella la argolla de que pendía una escala de cuerda; con temeraria esperanza flota en los aires el aventurero, rómpese el hierro y queda destrozado a los pies de sus deseos.

¡Tampoco para mí hay ya ningún consuelo, ninguna esperanza más! No dejaré que subsista ninguno de estos desventurados papeles -exclamó, levantándose bruscamente.

Cogió un par de cuadernos, desgarrolos y los arrojó a la lumbre. En vano Werner intentó impedírselo.

-Déjame -exclamó Guillermo- ¿Para qué sirven estas hojas miserables? Ya no son para mí ni estímulos ni grados de desenvolvimiento. ¿Deben subsistir para atormentarme hasta el fin de mi vida? ¿Acaso alguna vez deben servirle al mundo de chacota, en lugar de suscitar compasión y horror? ¡Ay de mí y de mi suerte! Sólo ahora comprendo las quejas de los poetas, de los desgraciados vueltos a la prudencia por necesidad. ¡Durante cuánto tiempo no me tuve por inquebrantable, por invulnerable, y ahora, ¡ay!, veo que si un daño temprano y profundo impide el desarrollo, no hay lugar a restablecimiento! ¡Comprendo que debo llevarlo conmigo hasta la tumba! ¡No! Ni un solo día de mi vida debe apartarse de mí este dolor, que finalmente acabará por matarme, y su recuerdo también debe quedar en mí, vivir y morir conmigo; el recuerdo de la indigna... ¡Ay, amigo mío!, si he de hablar con mi corazón... de fijo que no era totalmente indigna. Su profesión, su suerte la han disculpado ya ante mí mil veces. Fui demasiado cruel; me inculcaste despiadadamente tu frialdad y dureza, has tenido prisionera a mi alma desconcertada y me has impedido que hiciera, por ella y por mí, lo que era debido a nosotros dos. ¡Quién sabe en qué situación la habré sumido, y sólo ahora, poco a poco, ocúrresele a mi conciencia pensar en qué desesperación, en qué desamparo la abandoné! ¿No sería posible que tuviera modo de disculparse? ¿No lo sería? ¡Cuántos errores pueden desconcertar al mundo! ¡Cuántas circunstancias pueden obtener perdón para la falta más grande!... Con qué frecuencia me la represento, en su soledad, apoyada en su codo y diciéndose: «¡Esta es la fidelidad, el amor que me prometía! ¡Romper con este rudo golpe la hermosa existencia que nos ligaba!»

Estalló en un torrente de lágrimas, echándose de bruces sobre la mesa, y regó los restantes papeles con su llanto.

Werner lo contemplaba con la confusión más grande. No había sospechado esta repentina explosión apasionada. Varias veces quiso cortar el discurso de su amigo, varias veces desviar la conversación, ¡pero en vano! No resistió al torrente. También aquí hizo su oficio la paciente amistad. Dejó pasar el violento acceso de dolor, mostrando con su silenciosa presencia, mejor que de cualquier otro modo, su sincera y viva compasión, y así permanecieron aquella velada; sumido Guillermo en la callada rumia de su dolor y espantado el otro del nuevo ataque de una pasión que creía tener dominada y vencida, desde muy atrás, con sus buenos consejos y solícitas amonestaciones.

Capítulo III

Después de tales recaídas, Guillermo solía consagrarse con tanta mayor solicitud a los negocios y la vida activa, y éste era el mejor camino para librarse del laberinto que procuraba atraerlo de nuevo. Sus buenas maneras para tratar con los extraños, su facilidad para llevar la correspondencia en casi todas las lenguas vivas daban cada vez mayores

esperanzas a su padre y a su socio, y los consolaban de su enfermedad, cuyas causas no les habían sido conocidas, y de la pausa que había interrumpido su plan. Determinose por segunda vez la partida de Guillermo y lo encontramos montado en su caballo, con la maleta a las ancas, animado por el aire libre y el movimiento, acercándose a las montañas donde debía desempeñar algunas comisiones.

Recorría lentamente montes y valles con la sensación del placer más extremado. Rocas a pico, cascadas mugidoras, laderas cubiertas de vegetación, gargantas profundas, veíalas allí por primera vez, y, sin embargo, sus tempranos ensueños habíanse cernido ya sobre tales comarcas. Ante tales cuadros, sentíase otra vez rejuvenecido; todos los dolores sufridos desvanecíanse de su alma, y con perfecta serenidad, se recitaba pasajes de diversos poemas, sobre todo del Pastor Fido, que manaban a borbotones de su memoria en aquellos solitarios lugares. También se acordaba de algunos lugares de sus propias poesías, que recitó con especial contento. Con todas las figuras del pasado prestaba vida al mundo que se tendía ante él, y cada paso que daba hacia el porvenir, estaba para él lleno con el presentimiento de importantes acciones y acaecimientos notables.

Diversas personas, que venían en fila unas tras otras, llegaban junto a él, se le adelantaban con un saludo y proseguían precipitadamente su camino a través de la montaña por sendas escarpadas, interrumpieron más de una vez su tranquilo soliloquio, sin que, sin embargo, les hubiera prestado gran atención. Por último, uniose a él un locuaz compañero y le contó la causa de la numerosa peregrinación.

-En Hochdorf -dijo- dan hoy por la noche una comedia, para la cual se reúnen todos los pueblos inmediatos.

-¡Cómo! -exclamó Guillermo-. ¿El arte dramático ha encontrado camino a través de estos impenetrables bosques y se ha erigido un templo en estas solitarias montañas? ¿Y tengo yo que concurrir como peregrino a su fiesta?

-Aún se asombrará usted mucho más -dijo el otro-, cuando sepa por quiénes es representada la obra. En ese lugar hay una gran fábrica que sostiene a mucha gente. El patrono, que, por decirlo así, vive alejado de toda sociedad humana, no sabe mejor modo de entretenimiento para sus trabajadores en invierno que sugerirles la idea de que representen comedias. No consiente que haya naipes entre ellos, y también desea apartarlos de costumbres groseras. Así pasan las largas veladas, y hoy, que es el cumpleaños del viejo, dan en su honor una fiesta extraordinaria.

Llegó Guillermo a Hochdorf, donde debía pernoctar, y se apeó en la fábrica, cuyo jefe figuraba también como deudor en su lista.

Cuando hubo dicho su nombre, exclamó sorprendido el viejo:

-¡Eh!, señor mío. ¿Es usted hijo de aquel excelente hombre a quien tantas gracias debo y, hasta ahora, todavía dinero? Tanta paciencia tuvo conmigo su señor padre, que necesitaría ser un malvado para no pagarle presuroso y alegre. Llega usted con oportunidad para ver que tomo el asunto en serio.

Llamó a su mujer, la cual también se alegró mucho de ver al mancebo; aseguró que se asemejaba a su padre y lamentó no poder alojarlo durante aquella noche a causa de los muchos forasteros.

El asunto era claro y pronto estuvo en regla; Guillermo se guardó un rollito de monedas de oro en el bolsillo y deseó que sus restantes negocios pudieran arreglarse tan fácilmente.

Arribó la hora del espectáculo; no se esperaba ya más que al superintendente de montes, quien, acabó por llegar, entró con algunos monteros y fue recibido con la mayor veneración.

Los invitados fueron conducidos entonces a la sala del teatro, la cual se hallaba dispuesta en una granja inmediata al jardín. Sala y escena, aunque sin gusto extraordinario, estaban adornadas linda y vistosamente. Uno de los pintores que trabajaban en la fábrica había sido ayudante de decorador en el teatro de la corte y había representado un bosque, una calle y una sala, aunque, a la verdad, algo toscamente. La obra la habían tomado del repertorio de una compañía ambulante y la habían arreglado a su propia manera. Tal como era, divertía. La intriga de que dos enamorados querían arrebatarle una muchacha a su tutor, y cada uno de ellos al otro, producía toda suerte de interesantes situaciones. Era la primera obra de teatro que veía nuestro amigo después de tanto tiempo; hizo diversas consideraciones; estaba llena de acción, pero sin pintura de verdaderos caracteres. Agradaba y entretenía. Tales son los comienzos de todo arte teatral. El hombre rudo queda satisfecho con tal de que vea suceder alguna cosa; el ilustrado quiere sentir, y la reflexión no es agradable sino para aquellos espíritus total y perfectamente cultivados.

Con gusto habría ayudado Guillermo a los actores en más de un pasaje, pues les faltaba poco para poder representar mucho mejor.

El humo de tabaco, que iba haciéndose cada vez más denso, perturbole en sus reflexiones silenciosas. El superintendente forestal había encendido su pipa ya desde el comienzo de la obra, y, poco a poco, otros varios fueron tomándose aquella libertad. También los perrazos de aquel señor dieron lugar a una desagradable escena. Cierto que los habían dejado fuera; sólo que no tardaron en descubrir el camino de la puerta de atrás, corrieron por la escena, se precipitaron sobre los actores, y saltando por encima de la orquesta, fueron a reunirse con su señor, que había ocupado el primer lugar del patio de butacas.

Como piececilla, fue presentado un homenaje. Sobre un altar, decorado con guirnaldas, colocaron un retrato del viejo en su traje de novio. Todos los actores lo reverenciaron humildemente; el niño más joven salió a escena, vestido de blanco, y pronunció un discurso en verso, con lo que toda la familia, y hasta el superintendente, que se acordaba de sus hijos, se conmovieron hasta el llanto. Terminó así la representación y Guillermo no pudo menos de subir a la escena para ver de cerca a las actrices, felicitarlas por su manera de representar y darles algún consejo para lo porvenir.

Los restantes asuntos de nuestro amigo, que fue desempeñando poco a poco en aldeas grandes y pequeñas de aquellas montañas, no se terminaron todos de modo tan feliz y placentero. Varios deudores pidieron nuevos plazos, algunos fueron descorteses, otros negaron la deuda. Según las instrucciones que le habían dado, debía demandar a algunos; tuvo que buscar un abogado, informarlo, comparecer ante el tribunal y todas las demás cosas análogas que traen consigo estos enojosos asuntos.

No le iba mejor cuando alguien quería hacer algo para obsequiarlo. Encontró muy pocas gentes que pudieran darle algunos informes; pocas, con las que esperara llegar a establecer útiles relaciones mercantiles. Como, además, desgraciadamente, se presentaron días lluviosos, con lo que un viaje a caballo por aquellas regiones se combinaba con insoportables molestias, dio gracias al cielo al acercarse otra vez a tierra llana, y cuando, al pie de la montaña, en una hermosa y fértil llanura, al margen de manso río, vio tendida, a los rayos del sol, una alegre ciudad rural, en la que, a la verdad, no tenía ningún asunto que arreglar, pero donde, por ello mismo, se decidió a detenerse un par de días, en busca de algún descanso para sí y su caballo, que había sufrido mucho con los malos caminos.

Capítulo IV

Al entrar en una posada del mercado encontró allí mucha alegría, o, por lo menos, mucha animación. Una gran compañía de funámbulos, saltabancos y volatineros, entre los cuales no faltaba un Hércules, habíanse albergado allí con mujeres y niños, y al prepararse para una pública representación, hacían un continuo alboroto. Ya disputaban con el huésped, ya entre ellos mismos, y si sus querellas eran insufribles, también eran totalmente insoportables las manifestaciones de su alegría. Indeciso acerca de si debía irse o quedarse, hallábase Guillermo a la puerta de la posada y contemplaba a los trabajadores que comenzaban a levantar un tablado en la plaza.

Una muchacha, que andaba por allí vendiendo rosas y otras flores, presentole una canastilla y él se compró un hermoso ramillete, que arregló después de otra manera, según su capricho, y lo contemplaba con deleite, cuando se abrió la ventana de otra posada, que estaba a un costado de la plaza, y se mostró en ella una damita de muy linda traza. A pesar de la distancia, pudo notar que un grato desenfado animaba su semblante. Sus blondos cabellos sueltos caían negligentemente sobre su cuello; parecía buscar con la vista al forastero. Poco después, un muchacho que llevaba una chaquetilla blanca y un delantal de peluquero salió por la puerta de aquella casa, llegose a Guillermo, lo saludó y le dijo:

-La dama de la ventana me envía a preguntarle si no querría usted cederle una parte de sus hermosas flores.

-Están todas a su disposición -respondió Guillermo, tendiendo el ramo al despejado emisario, y haciéndole al mismo tiempo una cortesía a la bella, a la que contestó ella con amable saludo y se retiró de la ventana.

Preocupado con aquella graciosa aventura, subía Guillermo la escalera hacia su cuarto, cuando atrajo su atención una criatura que bajaba a saltos. Un corto juboncillo de seda con mangas acuchilladas a la española, un ceñido y largo pantalón con huecos faldoncillos sentábanlo a las mil maravillas. Sus largos cabellos negros estaban rizados y entretejidos en bucles y trenzas en torno a su cabeza. Contempló con asombro la figura y no podía ponerse de acuerdo consigo mismo acerca de si debía tenerla por un chico o una chica. Sin embargo, pronto se decidió por lo último, y la detuvo cuando pasaba por su lado, diole los buenos días y le preguntó a quién pertenecía, aunque ya podía ver fácilmente que tenía que ser un miembro de la compañía saltante y danzante. Mirolo ella de reojo, con una penetrante y negra mirada al desprenderse de sus manos, y corrió a la cocina sin responderle.

Llegado a lo alto de la escalera, encontrose, en la vasta antecámara, con dos hombres que se ejercitaban en la esgrima, o más bien, que parecían ensayar su destreza uno con otro. El uno pertenecía manifiestamente a la compañía de acróbatas que se alojaba en la casa; el otro tenía un aspecto menos rudo. Guillermo los contempló y tuvo motivos para admirar a ambos; y no mucho después, cuando el barbinegro y nervudo campeón abandonó el combate, el otro, con mucha amabilidad, ofreciole el florete a Guillermo.

Si quiere usted un discípulo a quien enseñar -respondió éste-, con gusto me atreveré a tener algunos asaltos con usted.

Lidiaron juntos, y aunque el desconocido era muy superior al recién llegado, fue, sin embargo, lo bastante cortés para asegurar que todo estribaba en la falta de ejercicio, y, en realidad, Guillermo había mostrado que en tiempos anteriores había aprendido a fondo la esgrima con un buen maestro alemán.

Su entretenimiento fue interrumpido por el estruendo con que salía de la posada la abigarrada compañía, para anunciar a la ciudad sus ejercicios y despertar curiosidad por ver sus habilidades. Un tambor seguía al entrepreneur, a caballo, y tras él una bailarina, sobre un jamelgo análogo, la cual llevaba delante de sí un niño muy adornado de cintas y oropeles. Luego venía, a pie, el resto de la compañía, algunos de los cuales llevaban sobre sus hombros, con facilidad y sin esfuerzo, niños en las posturas más extravagantes, entre las que atrajo de nuevo la atención de Guillermo aquella figura joven y sombría de los negros cabellos.

Payaso corría chistosamente de un lado a otro entre la compacta muchedumbre y repartía los programas con fáciles chanzas, ya besando a una moza o azotando a un chicuelo, con lo que despertaba entre el pueblo el irresistible afán de conocerlo más íntimamente.

Los anuncios impresos elogiaban las plurales habilidades de la compañía, especialmente de un monsieur Narciso y una demoiselle Landrinette, los cuales, como personajes principales, habían tenido la prudencia de abstenerse de figurar en la comparsa, dándose así un aire más distinguido y excitando mayor curiosidad.

Durante el desfile, había vuelto a dejarse ver en la ventana la hermosa vecina y Guillermo no dejó de pedir a su acompañante informes sobre ella. Este, a quien por el momento designaremos con el nombre de Laertes, ofreciose a llevar a Guillermo a presencia de la hermosa.

-Esa dama y yo -dijo sonriéndose- somos los últimos restos de una compañía dramática que naufragó aquí hace poco tiempo. La gracia del lugar nos decidió a quedarnos una temporada y a consumir tranquilamente nuestros escasos ahorros, mientras un amigo se puso en camino para buscar una contrata para él y para nosotros.

Laertes acompañó al punto a su nuevo conocido hasta la puerta de Filina, donde lo dejó por unos instantes para ir a comprar confites en una cercana tienda.

-De fijo que habrá de agradecerme usted -dijo al volver-, que le proporcione tan lindo conocimiento.

La dama salió de su cuarto, al encuentro de los visitantes, calzada con un par de ligeras zapatillas de tacones altos. Había echado una mantilla negra sobre su blanco negligé, el cual, precisamente por no estar del todo limpio, prestábale un aire cómodo y doméstico; su faldita corta dejaba ver los pies más lindos del mundo.

-Sea usted bien venido -díjole a Guillermo-, y reciba las gracias por sus hermosas flores.

Guiolo a su habitación, cogiéndolo con una mano, mientras con la otra estrechaba contra su pecho el ramillete. Cuando se hubieron sentado y estuvieron metidos en una frívola conversación, a la que supo dar ella encantadores giros, derramó Laertes en el regazo de la dama un puñado de almendras tostadas, que ella comenzó a mordisquear al instante.

-¡Vea usted qué criatura es este joven! -exclamó ella-. Querrá convencerle de que soy grande amiga de tales golosinas y es él quien no puede vivir sin disfrutar de cualquier laminería.

-Reconozcamos que en esto, como en otras muchas cosas -respondió Laertes-, nos gusta hacernos compañía. Por ejemplo -continuó diciendo-, hace hoy un hermoso día; opino que vayamos a pasear en coche y comamos en el molino.

-Con gran placer -dijo Filina-. Tenemos que proporcionarle a nuestro nuevo amigo una pequeña distracción.

Laertes salió corriendo, pues nunca iba al paso, y Guillermo quiso retirarse un momento a su casa para hacer que le arreglaran los cabellos, que aún tenía revueltos del viaje.

-¡Puede hacerse aquí! -dijo ella; llamó a su pequeño sirviente, obligó a Guillermo, de la más linda manera, a que se quitara la casaca, se pusiera su peinador y se dejara peinar en su presencia.

-No hay que desperdiciar el tiempo -dijo ella-; no se sabe cuánto podremos estar reunidos.

El mozo, más insolente y despechado que inhábil, no se condujo de lo mejor, tirole de los cabellos a Guillermo y parecía no querer acabar nunca. Filina lo reprendió algunas veces por su grosería y, por último, impacientándose, lo apartó de allí y lo puso en la puerta. Ella misma encargose entonces de aquella labor y rizó los cabellos de nuestro amigo con gran suavidad y elegancia, aunque tampoco parecía apresurarse mucho, y ya una cosa, ya otra, siempre tenía que corregir algo en su trabajo, sin poder evitar tampoco el que sus rodillas tocaran con las del joven, y acercara tanto a los labios de nuestro amigo el ramillete y su escote, que más de una vez, viose él en la tentación de imprimir allí un beso.

Cuando Guillermo se hubo limpiado la frente, con un cuchillito de polvos, díjole ella:

-Guárdeselo usted y acuérdese de mí al usarlo.

Era un lindo cuchillito; el mango, de acero incrustado, mostraba esta amable inscripción. «Acuérdate de mí.» Metiolo en su bolsillo Guillermo, diole las gracias y pidió permiso para hacerle en cambio un pequeño obsequio.

Estaban ya dispuestos. Laertes había traído el coche y emprendieron una divertida excursión. A cada pobre que salía a pedirles limosna, Filina le arrojaba algo por la portezuela, dirigiéndole algunas animadoras y amables palabras.

Apenas habían llegado al molino y encargado la comida, cuando se oyó música delante de la casa. Eran unos mineros que cantaban varias lindas canciones, con voces vivas y agudas, acompañados por cítara y triángulo. No pasó mucho tiempo antes de que la masa de gentes que allí acudían formara corro en torno a los cantores y el grupo de nuestros amigos significoles su aprobación desde la ventana. Cuando los otros observaron la atención general, ensancharon su círculo y parecieron prepararse para ejecutar su pieza más importante. Después de una pausa adelantose un minero con un pico, y mientras los otros tocaban una grave melodía, representó la acción de abrir una mina.

No había transcurrido mucho tiempo, cuando un aldeano salió de entre la multitud e hizo comprender al otro, amenazándolo pantomímicamente, que debía largarse de allí. El público se quedó muy asombrado y sólo reconoció en el campesino a un minero disfrazado, cuando abrió la boca y reprendió al otro, en una especie de recitativo, por atreverse a ejercer aquel oficio en su campo. Aquél no se desconcertó, sino que comenzó a explicar al aldeano que tenía el derecho de cavar allí, dándole al mismo tiempo las primeras nociones de minería. El aldeano, que no comprendía la extraña terminología, hacía toda clase de necias preguntas, con lo que los espectadores, que se sentían mejor enterados, prorrumpían en francas carcajadas. El minero trataba de informarlo y le mostraba las ventajas, que acabarían por llegar hasta él, de que fueran explotados los tesoros subterráneos del país. El aldeano, que primero lo había amenazado con golpes, dejose apaciguar poco a poco y se separaron como buenos amigos; pero, especialmente el minero, salía del conflicto de la manera más honrosa.

-En este breve diálogo -dijo a la comida Guillermo- tenemos el más vivo ejemplo de lo útil que podría ser para todas las profesiones el teatro; de cuántas ventajas tendría que sacar de él el propio Estado si se llevaran a la escena las ocupaciones, oficios y empresas de los hombres por su lado bueno y digno de alabanza y desde el punto de vista desde el cual el Estado mismo tiene que protegerlos y honrarlos. Ahora sólo se nos presenta el lado ridículo de los hombres; el poeta cómico no es más que un malévolo inspector, con la vista siempre vigilante sobre las faltas de sus conciudadanos, y que sólo parece contento cuando puede colgarlos algún defecto. ¿No debería ser un trabajo agradable y digno para un hombre de Estado abarcar con la mirada las influencias naturales y recíprocas de todas las clases sociales y dirigir en sus trabajos a un poeta que tuviera el ingenio necesario? Estoy convencido de que por este camino se imaginarían obras muy entretenidas, a un tiempo útiles y amenas.

-Según pude observar en todas las partes por donde anduve rodando -dijo Laertes-, sólo se sabe prohibir, impedir y negar; rara vez mandar, fomentar y recompensar. Déjase que todo en el mundo vaya como quiera hasta que surge el daño; entonces se enojan y golpean sobre él.

-Dejadme en paz con el Estado y los hombres de Estado -dijo Filina-; no puedo figurármelos más que con pelucas, y una peluca, llévela quien la lleve, siempre produce en mis dedos movimientos convulsivos.; al punto tengo ganas de arrancársela al excelentísimo señor, saltar con ella por el cuarto y reírme a costa de la cabeza calva.

Con algunas animadas canciones, que cantó muy lindamente, cortó Filina la conversación, y los indujo a un rápido regreso, a fin de no perder cosa alguna de las habilidades de los funámbulos, a la caída de la tarde. En el viaje de vuelta prosiguió su liberalidad para con los pobres, chocarrera hasta la licencia, y, por último, cuando se hubo acabado su dinero y el de sus compañeros de viaje, arrojó por la portezuela su sombrero de paja a una moza y su chal a una vieja.

Filina invitó a sus dos acompañantes a que subieran a su casa, porque, según decía, desde sus ventanas se podía ver mejor el público espectáculo que no desde la otra posada.

Cuando llegaron encontraron el tablado armado y decorado su fondo con tapices. Los trampolines estaban ya dispuestos, sujeta en los postes la cuerda floja, y la cuerda tensa tendida sobre los caballetes. La plaza estaba bastante llena de gente y las ventanas con espectadores de cierta alcurnia.

Payaso ganose primero la atención y el buen humor de la asamblea con algunas tonterías de las que siempre suelen hacer reír a los espectadores. Algunos niños, cuyos cuerpos mostraban las más extrañas dislocaciones, suscitaron ya admiración o ya espanto, y Guillermo no pudo substraerse a la más profunda piedad cuando vio a la niña, por la cual se había interesado desde la primer mirada, realizar con cierto trabajo algunas contorsiones raras. Mas pronto excitaron un vivo placer los alegres saltarines, cuando, primero aisladamente, después en fila, y, por último, todos juntos, dieron saltos mortales por los aires hacia adelante y hacia atrás. En toda la reunión estallaron sonoros aplausos y gritos de alegría.

Pero después la atención se dirigió hacia muy diverso objeto. Los niños, uno tras otro, debían andar por la cuerda, primero los principiantes, a fin de que con sus ejercicios alargaran el espectáculo y pusieran de manifiesto las dificultades del arte. Mostráronse también algunos hombres y mujeres que trabajaban con bastante habilidad, pero todavía no eran monsieur Narciso ni la demoiselle Landrinette.

Por último, también salieron éstos de una especie de tienda, de detrás de unas desplegadas cortinas rojas, y, con su agradable figura y elegante traje, satisficieron la expectación de los espectadores, felizmente sostenida hasta entonces. Era él un avispado mozo, de mediana estatura, ojos negros y espesa mata de pelo; ella no estaba peor formada ni era menos fuerte; ambos mostraron sus habilidades en la cuerda, uno tras otro, con ligeros movimientos, saltos y extrañas posturas. La ligereza de la mujer, la audacia del hombre, la seguridad con que realizaban ambos sus trabajos hicieron redoblar la alegría general con cada paso y salto. El decoro con que se conducían, las visibles atenciones que les prodigaban los otros les daban trazas como de ser amos y señores de toda la compañía y todos los juzgaron dignos de su rango.

El entusiasmo del pueblo se comunicó a los espectadores de las ventanas; las damas miraban invariablemente a Narciso; los caballeros, a Landrinette. El pueblo los aclamaba y el público más distinguido no se abstenía del aplauso; apenas nadie se reía ya con Payaso. Pocos fueron los que se escabulleron cuando algunos de la compañía fueron a recaudar dinero, en platos de estaño, abriéndose paso entre la muchedumbre.

-Paréceme que han sabido disponer bien sus cosas -díjole Guillermo a Filina, que estaba a su lado en la ventana-; admiro la inteligencia con que han ido presentando, poco a poco, hasta la menor de sus habilidades, cada una a su debido tiempo, formando un conjunto con la torpeza de sus niños y el «virtuosismo» de sus mejores artistas, que al principio excitó nuestra atención y después nos entretuvo del modo más grato.

El pueblo se había ido retirando poco a poco y la plaza se había quedado vacía, mientras que Filina y Laertes discutían la figura y las habilidades de Narciso y Landrinette, mofándose uno de otro. Guillermo vio en la calle la extraña criatura, en medio de otros niños que jugaban, y se lo hizo observar a Filina, la cual, al punto, con su vivacidad habitual, llamó a la niña y le hizo señas, y como ella no quisiera subir, taconeó cantando por las escaleras abajo y la condujo arriba.

-Aquí está el enigma -exclamó, arrastrando a la niña al interior de la habitación.

Esta se quedó en pie junto a la entrada, como si al instante quisiera volver a deslizarse fuera, colocó la mano derecha delante del pecho, la izquierda en la frente, y se inclinó profundamente.

-Nada temas, querida niña -dijo Guillermo acercándosele.

Ella lo miró con vacilante mirada y se adelantó algunos pasos.

-¿Cómo te llamas? -preguntó él.

-Me llaman Mignon.

-¿Cuántos años tienes?

-Nadie los ha contado.

-¿Quién es tu padre?

-El gran diablo ha muerto.

-Bien raro es todo esto-exclamó Filina.

Preguntáronle todavía algunas cosas más y ella dio sus respuestas en un alemán mal articulado, con singular solemnidad, y cada vez que hablaba posaba las manos en el pecho y la frente e inclinábase hasta el suelo.

Guillermo no se hartaba de mirarla. Sus ojos y su corazón eran irresistiblemente atraídos por la misteriosa condición de aquel ser. Juzgó que tendría doce o trece años: su cuerpo estaba bien formado, pero sus miembros prometían un crecimiento más robusto o denunciaban un desarrollo retrasado. Sus facciones no eran correctas, pero sorprendentes; llena de misterio la frente, la nariz extraordinariamente hermosa, y la boca, todavía bastante ingenua y encantadora, aunque para su edad pareciese harto apretada y a veces agitara violentamente un lado de los labios. Bajo los afeites, apenas podía reconocerse el moreno color de su semblante. Esta figura impresionó muy hondamente a Guillermo; considerábala siempre en silencio y se olvidó de los presentes sumido en su contemplación. Filina lo arrancó de su semisueño, dándole a la niña algunas golosinas que habían quedado y haciéndole señas de que se fuera. Hizo sus reverencias como antes, y salió por la puerta con la rapidez del rayo.

Cuando llegó la hora en que nuestros nuevos conocidos debían separarse por aquella noche, todavía concertaron una excursión para el día siguiente. Querían ir otra vez a comer al campo, pero a lugar distinto, a un vecino pabellón de caza. Guillermo dijo aún aquella noche muchas cosas en elogio de Filina, a lo que Laertes no respondió más que en tono ligero y con pocas palabras.

A la mañana siguiente, después de haber vuelto a ejercitarse durante una hora en la esgrima, fueron a la posada de Filina, ante la cual ya habían visto llegar el carruaje que habían encargado. Pero ¿cuál no fue la admiración de Guillermo al ver que el coche había desaparecido, y, lo que es más, Filina tampoco se encontraba en casa? Según les refirieron, había ocupado el coche con un par de desconocidos, llegados aquella misma mañana, y se había marchado con ellos. Nuestro, amigo, que se había prometido un agradable entretenimiento en la compañía de la dama, no podía ocultar su enojo. Por el contrario, Laertes se reía y exclamó:

-¡Así me gusta! ¡Es bien propio de ella! Pero vayamos al pabellón de caza; hállese dondequiera, no perdamos nuestra excursión por su culpa.

Como Guillermo siguiera censurando, por el camino, esta inconsecuencia de conducta, díjole Laertes:

-No puedo encontrar inconsecuente a alguien que se mantiene fiel a su carácter. Si ella se propone hacer alguna cosa o le promete algo a alguien, hácelo siempre con la tácita condición de que le sea cómodo realizar el propósito o cumplir la promesa. Lo gusta hacer regalos, pero siempre tiene que estar uno dispuesto a devolverle lo regalado.

-Es un raro carácter -repuso Guillermo.

-Nada raro, salvo que no es hipócrita. Por eso la quiero, y hasta soy su amigo, porque me representa de modo tan puro el sexo contra el cual tengo tantos motivos de odio. Es para mí como la verdadera Eva, primera madre de todo el sexo femenino; así son todas, sólo que no quieren convenir en ello.

En medio de diversas conversaciones, en las que Laertes expresó muy vivamente su odio contra el sexo femenino, aunque sin decir la causa, habían llegado al bosque, en el que Guillermo entró en muy mala disposición de ánimo, porque las manifestaciones de Laertes habían hecho revivir el recuerdo de sus relaciones con Mariana. No lejos de una sombrosa fuente, bajo magníficos árboles viejos, encontraron sola a Filina, sentada ante una mesa de piedra. Los recibió cantando una alegre cancioncilla, y como Laertes le preguntara por su compañía, exclamó ella:

-Los engañó lindamente; me burlé de ellos, como se lo merecían. Ya por el camino puse a prueba su liberalidad, y como advertí que eran de la familia de los golosos tacaños, al punto me propuse castigarlos. A nuestra llegada, preguntáronle al camarero qué había de comer, el cual, con su habitual desembarazo de lengua, les ofreció lo que había y más de lo que había. Observó su perplejidad, se miraban uno a otro, balbuceaban y preguntaban por los precios. «¿Cómo dudan ustedes tanto tiempo?», exclamé yo; «la mesa es asunto de las damas; déjenme ustedes que me ocupe de ello». Comencé al instante a encargar una comida insensata, muchas de cuyas cosas tenían que ser traídas por propio de las cercanías. El camarero, a quien había puesto en el secreto con un par de muecas, acabó por ayudarme, y de este modo los hemos espantado hasta tal punto con la imagen de un magnífico banquete, que por fin se decidieron a dar un paseo por el bosque, del cual será muy difícil que vuelvan. Estuve riéndome yo sola durante un cuarto de hora y habré de reírme cada vez que piense en sus caras.

A la mesa, Laertes recordó otros casos análogos, y así, se dejaron ir por la pendiente de contar historias divertidas, equivocaciones y chascarrillos.

Un joven, conocido suyo de la ciudad, vino paseándose con un libro por el bosque, sentose a su mesa y ensalzó el hermoso lugar en que se hallaban. Les hizo prestar atención al murmullo de la fuente, al movimiento de las ramas, a los efectos de luz y al canto de las

aves. Filina cantó una cancioncita sobre el cuco, la cual, al recién llegado, no pareció sentarle muy bien; despidiose pronto.

-¡Si nunca más volviera a oír hablar de la naturaleza y de las escenas de naturaleza! -exclamó Filina, cuando se hubo alejado-. Nada hay tan insoportable como que le detallen a uno los placeres de que goza. Si hace buen tiempo va uno de paseo, como baila cuando suena la música. Pero ¿quién va a pensar ni por un momento en la música o en el buen tiempo? Quien baila nos interesa y no el violín, y ver un par de hermosos ojos negros hace gran bien a un par de ojos azules. ¡Qué nos importan al lado de eso las fuentes y los veneros y los viejos tilos mohosos!

Y al decir esto miraba a Guillermo, que estaba sentado frente a ella, con una mirada en los ojos que aquél no pudo resistir, y que, por lo menos, penetró hasta las puertas de su corazón.

-Dice usted bien -le respondió con cierto embarazo-: el ser humano es lo más interesante para el ser humano y acaso lo único que debería importarle. Todo lo demás que nos rodea sólo es el elemento en que vivimos o el instrumento de que nos servimos. Cuanto más reparamos en esas cosas, cuanto más las observamos y nos interesamos por ellas, tanto más débil se hace en nosotros el sentimiento de nuestra propia significación y el sentimiento de la sociedad. Los hombres que conceden gran valor a jardines, edificios, trajes o adornos, o a cualquiera otra propiedad, son menos sociables y agradables; pierden de vista a los seres humanos, a los que sólo muy pocos consiguen regocijar y reunir. ¿No lo vemos también en el teatro? Un buen comediante nos hace olvidar muy pronto una miserable o impropia decoración; por el contrario, la más hermosa escena hace mucho más sensible la falta de buenos cómicos.

Después de comer, Filina se sentó a la sombra, en el alto césped. Sus dos amigos tuvieron que llevarla gran cantidad de flores. Tejiose toda una guirnalda y se la puso en la cabeza; parecía increíblemente encantadora. Las flores alcanzaban aún para otra; también la tejió, teniendo a los dos hombres sentados a su lado. Cuando estuvo terminada, entre juegos y bromas de toda clase, púsola con la mayor gracia en la cabeza de Guillermo, moviéndola más de una vez de un lado a otro, hasta que pareció estar bien colocada.

-Según parece, yo tendré que volverme sin nada -dijo Laertes.

-De ningún modo -repuso Filina-. No debéis tener de qué quejaros.

Quitose de la cabeza su guirnalda y se la puso a Laertes.

-Si fuéramos rivales -dijo éste- podríamos disputar ardientemente para saber a cuál de los dos habías favorecido más.

-Entonces seríais locos verdaderos -respondió ella, inclinándose hacia Laertes y presentándole la boca para que se la besara; pero se volvió en seguida, enlazó con sus brazos a Guillermo e imprimió, sobre sus labios un ardiente beso.

-¿Cuál supo mejor? -preguntó jocosamente.

-¡Es bien raro! -exclamó Laertes-. Parece como si eso no pudiera saberle amargo a nadie.

-Lo mismo que cualquier don -dijo Filina-, de que se goza sin envidia ni escrúpulos. Ahora tendría yo ganas de bailar una hora -exclamó luego-, y después debemos ir otra vez a ver a nuestros volatineros.

Fueron hacia el pabellón y encontraron allí música. Filina, que bailaba bien, animó a sus dos compañeros. Guillermo no era torpe, aunque le faltara ejercicio artístico. Sus dos amigos se propusieron darle lecciones.

Se retrasaron. Los funámbulos habían comenzado ya a lucir sus habilidades. Había en la plaza muchos espectadores; sin embargo, al bajarse del coche pudieron observar nuestros amigos un tumulto que había llevado a gran número de personas hacia la puerta de la posada donde se alojaba Guillermo. Corrió allí para ver lo que ocurría y, al abrirse paso entre la muchedumbre, descubrió con horror que el jefe de la compañía acrobática se empeñaba en sacar de la casa a la interesante niña, arrastrándola por los cabellos, y aporreaba despiadadamente su cuerpecito con un mango de látigo.

Guillermo se precipitó como un rayo sobre aquel hombre y lo cogió por el pecho.

-Suelta a la criatura, o uno de los dos no saldrá vivo de este sitio -exclamó, como un loco, Guillermo.

Al mismo tiempo agarraba a aquel bribón por la garganta, con una fuerza que sólo podía darle su enojo, tanto, que el otro, que creía asfixiarse, soltó a la niña y trató de defenderse de su agresor. Algunas gentes, que sentían compasión por la niña, pero no se habían atrevido a iniciar la pelea, cayeron al instante sobre el volatinero, le sujetaron los brazos, lo desarmaron y lo amenazaron con muchas injurias. Este, al verse reducido a las armas de su lengua, comenzó a amenazar y a maldecir espantosamente: la criatura, inútil y perezosa, no quería cumplir con su deber; se negaba a bailar la danza de los huevos, que estaba prometida al público; quería matarla, y nadie debía impedírselo. Trataba de soltarse para buscar a la niña, que se había deslizado entre el público. Guillermo lo detuvo y exclamó:

-No verás ni tocarás a esa criatura antes de que des cuenta ante el juez de dónde la has robado; te perseguiré hasta el fin; no te me escaparás.

Estas palabras pronunciadas por Guillermo sin pensamiento ni intención, en el ardor de su cólera, nacidas de un obscuro sentimiento o, si se quiere, de una inspiración, calmaron de repente a aquel hombre furioso. Exclamó:

-¡Qué tengo yo que ver con esa inútil criatura! Págueme lo que me costaron sus vestidos y puede usted quedarse con ella; esta noche lo concertaremos.

Apresurose después a proseguir el interrumpido, espectáculo, calmando la impaciencia del público con algunos importantes números.

Visto que se había restablecido la calma, Guillermo buscó a la niña, sin poder encontrarla por ninguna parte. Algunos pretendían haberla visto en la guardilla, otros en los tejados de las casas inmediatas. Después de haberla buscado por todas partes, hubo que tranquilizarse y esperar a ver si quería presentarse espontáneamente.

Entretanto, Narciso había vuelto a la posada, y Guillermo lo interrogó sobre el destino y el origen de la niña. Aquél no sabía nada, pues no hacía mucho tiempo que estaba con la compañía; refirió, en cambio, sus propias aventuras con gran facilidad, y mucho aturdimiento. Cuando Guillermo le dio sus parabienes por los grandes triunfos de que podía regocijarse, manifestó gran indiferencia.

-Estamos acostumbrados a que se rían de nosotros o admiren nuestras habilidades -dijo-; pero de nada nos aprovechan los más extraordinarios aplausos. El empresario nos paga, y él verá cómo pone en la cuenta todo esto.

Despidiose después y quiso alejarse con rapidez.

A la pregunta de adónde quería ir con tanta prisa, sonriose el mancebo y confesó que su figura y talentos le habían procurado algunos aplausos más positivos que los del gran público. Había recibido mensajes de diversas damas que, muy solícitamente, pedían tratarlo más de cerca, y temía que antes de medianoche apenas tendría terminadas las visitas que le era preciso hacer. Continuó refiriendo sus aventuras con la mayor franqueza, y habría indicado nombres, calles y casas si Guillermo no lo hubiera apartado de tamaña indiscreción, despidiéndolo cortésmente.

Entretanto, Laertes había conversado con Landrinette y aseguró que era plenamente digna de ser mujer y de serlo para siempre.

Después vinieron las negociaciones con el empresario acerca de la niña, la cual le fue cedida a nuestro amigo mediante treinta táleros, a cambio de los que el barbinegro y violento italiano renunciaba plenamente a todas sus pretensiones; sobre el origen de la niña no quiso confesar otra cosa sino que la había tomado consigo a la muerte de su hermano, que era llamado «el gran diablo», a causa de su extraordinaria destreza.

La mayor parte de la mañana siguiente se pasó buscando a la niña. En vano registraron todos los rincones de la posada y de las casas vecinas; había desaparecido, y se temía que se hubiera tirado a ahogar o se hubiera producido otro daño cualquiera.

Las gracias de Filina no pudieron disipar la intranquilidad de nuestro amigo. Pasó el día triste y pensativo, y también por la tarde, aunque volatineros y funámbulos emplearon todos sus talentos para atraerse al público, su espíritu no logró serenarse ni distraerse.

Con la afluencia de gentes de localidades vecinas habíase acrecentado extraordinariamente el número de los espectadores, y así rodaba la bola de nieve del buen

éxito hasta una monstruosa magnitud. El salto sobre espadas y a través de toneles con fondos de papel causó gran sensación. El hombre atlético produjo sorpresa, espanto y horror, cuando se tendió entre dos sillas separadas, apoyando en una de ellas la cabeza y en otra los talones, hizo colocar un yunque sobre el centro de su cuerpo, que por nada era sustentado, y unos bravos oficiales de herrero forjaron en la bigornia una herradura.

También el número llamado «la fuerza de Hércules», una fila de hombres puestos de pie en los hombros de un primero, sosteniendo sobre sí mujeres y muchachos, de modo que se formaba una viviente pirámide cuyo vértice era un niño apoyado con la cabeza para abajo, como remate o veleta, no había sido visto aún en aquellas tierras y terminó dignamente el espectáculo. Narciso y Landrinette se hicieron llevar en sillas de manos, sobre los hombros de los otros, por las principales calles de la ciudad entre estrepitosos clamores de alegría de la muchedumbre. Arrojáronles cintas, ramos de flores y pañuelos de seda, y todos se estrujaban para contemplar sus caras. Cada cual parecía feliz con poder verlos y merecer una mirada de sus ojos.

-¿Qué actor, qué escritor, o, en general, qué criatura humana no se vería en la cúspide de sus deseos si lograra producir una impresión tan general mediante una buena acción o una noble palabra? Qué preciosa sensación se experimentaría si fuera posible extender los sentimientos de la humanidad, buenos, nobles y dignos, tan de prisa como por una descarga eléctrica; provocar tal entusiasmo entre el pueblo como lo han hecho estas gentes con su destreza corporal; inspirar a las muchedumbres la participación en todas las humanas impresiones; si, con las imágenes de la dicha y la desdicha, de la cordura y la locura, hasta del desatino y de la necedad, se pudiera inflamar al pueblo, agitarlo e infundir en su enmohecido interior una pura, viva y libre emoción.

Así habló nuestro amigo, y como ni Laertes ni Filina parecían dispuestos a proseguir tal discurso, entretúvose él solo con estas favoritas reflexiones al pasear de noche por la ciudad, hasta muy tarde, persiguiendo de nuevo, con toda la vivacidad y libertad de una imaginación sin trabas, su antiguo deseo de hacer que lo bueno, lo noble y lo grande fueran perceptibles para los sentidos por medio del teatro.

Capítulo V

Al día siguiente, como los saltabancos hubieran partido con gran estrépito, al punto apareció Mignon y entró en la sala donde Guillermo y Laertes proseguían sus ejercicios de esgrima.

-¿Dónde te escondiste? -le preguntó Guillermo cariñosamente-. Nos pusiste en mucho cuidado.

La niña no respondió nada y lo miró.

-Ahora eres nuestra -exclamó Laertes-; te hemos comprado.

-¿Cuánto has pagado? -preguntó la niña secamente.

-Cien ducados -respondió Laertes-; si nos los devuelves, quedas libre.

-¿Es mucho dinero ése? -preguntó la niña.

-¡Oh, sí! Tienes que portarte bien.

-Quiero servir -respondió ella.

Desde aquel momento observó escrupulosamente lo que hacía el camarero en servicio de los dos amigos, y ya desde el día siguiente no consintió que volviera a entrar en la habitación. Quería hacerlo todo ella misma y desempeñó sus funciones, cierto que despacio y a veces torpemente, pero con la exactitud y el cuidado más grandes.

Con frecuencia se ponía delante de una vasija de agua y se lavaba el rostro, con ansia y violencia tan grandes, que casi se llagaba las mejillas, hasta que Laertes, a fuerza de preguntas y bromas, descubrió que de aquella manera trataba de verse libre de los afeites de su cara, y a causa del ardor con que lo hacía, tomaba por pintura tenaz los bermejos colores que con las fricciones provocaba en sus carrillos. Hiciéronselo comprender así, y ella dejó de hacerlo, y, después que hubo recobrado su tranquilidad, mostrose en su semblante un hermoso tinte moreno realzado solamente por algo de rojo.

Cautivado, más de lo que se lo confesaba a sí mismo, por los descarados encantos de Filina y por la misteriosa presencia de la niña, pasó varios días Guillermo en aquella singular compañía, y se justificaba ante sí mismo con su diligente ejercicio en el arte de la esgrima y en el de la danza, para lo cual no creía que le fuera fácil encontrar otra ocasión.

No poco asombro, y hasta cierto punto alegría, experimentó cierto día Guillermo al ver llegar a los señores de Melina, los cuales, inmediatamente después de los primeros saludos gozosos, preguntaron por la directora de la compañía y los restantes actores, y con gran espanto oyeron que aquélla se había marchado hacía ya mucho tiempo y éstos se habían dispersado por completo.

La joven pareja, inmediatamente después de su unión, para la cual, como sabemos, había sido auxiliada por Guillermo, habían buscado contrata en diversos lugares, no la habían encontrado en ninguno, y, por último, habían sido encaminados a esta pequeña ciudad, donde, algunas personas que habían encontrado en el camino, pretendían haber visto un buen teatro.

Cuando trabaron conocimiento, madama Melina no fue en modo alguno del agrado de Filina, ni su marido del vivo Laertes. Deseaban librarse al momento de los recién llegados, y Guillermo no podía inspirarles ninguna opinión favorable, aunque les asegurara repetidas veces que eran muy buena gente.

A la verdad, la ampliación del grupo no dejó de perturbar en más de un sentido la divertida vida que hasta entonces habían llevado nuestros tres aventureros, pues Melina comenzó al punto a regatear y a quejarse en la posada (había encontrado hospedaje en la misma en que vivía Filina). Por poco dinero quería tener el mejor alojamiento, comidas más copiosas y rápido servicio. Al cabo de breve tiempo pusieron malas caras el huésped y el camarero, y si los otros, para vivir alegres, lo consentían todo y pagaban prontamente para no tener que pensar más tiempo en lo que estaba ya consumido, Melina, al pagar las comidas, cuya clase y abundancia comprobaba con toda regularidad, siempre tenía que volver a recapitularlas desde el principio, de modo que Filina le llamaba, sin ceremonia, un animal rumiante.

Aún más odiosa era madama Melina para la jovial muchacha. Aquella joven esposa no estaba privada de educación, pero carecía por completo de talento y de alma. No declamaba mal, y siempre quería estar declamando; sólo que bien pronto se notaba que era una declamación puramente exterior, que sólo se apoyaba en paisajes aislados y no expresaba el sentimiento del conjunto. Con todo, no era fácil que fuera desagradable, sobre todo a los hombres. Los que la trataban solían más bien atribuirle una clara inteligencia, pues era, si puede emplearse así la palabra, un caso de mimetismo sentimental e intelectual; a un amigo, cuyo aprecio podía serle útil para algo, sabía lisonjearlo con especial cuidado, suscribiendo sus ideas hasta el punto que podía; mas tan pronto como se hallaban por encima de su horizonte de comprensión, recibía como en éxtasis las nuevas revelaciones. Sabía hablar y callar, y, sin poseer un carácter solapado, sabía acechar con gran atención cuál era el lado débil de los otros.

Capítulo VI

Entretanto Melina se había informado detalladamente acerca de adónde habían ido a parar los restos de la precedente compañía. Tanto las decoraciones como la guardarropía habían sido empeñadas a algunos comerciantes, y un notario había recibido de la directora el encargo de venderlas, bajo ciertas condiciones, si se presentara quien las quisiera. Melina quiso ver los objetos y llevó consigo a Guillermo. Cuando les abrieron el cuarto en que se hallaban, sintió éste cierta inclinación hacia aquellas cosas, impresión que, sin embargo, no se confesó ni a sí mismo. Por muy mal estado en que se encontraran las embadurnadas decoraciones, por muy poco flamantes que fueran los trajes de turcos y paganos, las viejas vestiduras caricaturescas para hombres y mujeres, los sayales de hechiceros, judíos y clérigos, no podía defenderse de la emoción de que los más felices momentos de su vida los había encontrado junto a un tal baratillo. Si Melina hubiera podido ver en su corazón, le habría instado más vivamente a que le prestara una suma de dinero con que poder desempeñar, recomponer y dar nueva vida a aquellos miembros dispersos, de modo que formaran un hermoso conjunto.

-¡Qué hombre tan feliz podría ser yo -exclamó Melina-, sólo con poseer doscientos táleros para comenzar por hacer la adquisición de estas primeras cosas indispensables en un teatro! ¡Qué pronto tendría organizado un pequeño espectáculo, que, indudablemente, debería darnos de comer al instante, en esta ciudad y su comarca!

Guillermo guardó silencio y ambos se apartaron pensativos de los tesoros nuevamente encerrados.

Desde aquel momento, Melina no tenía otra conversación sino proyectos y proposiciones de cómo podría establecerse un teatro, encontrando al mismo tiempo su provecho en ello. Trató de interesar a Filina y Laertes y se le hicieron proposiciones a Guillermo para que soltara el dinero a cambio de garantías. Pero éste, sólo en esta ocasión, acabó de comprender por completo que no debiera haberse demorado allí tanto tiempo; disculpose y quiso prepararse para continuar su viaje.

Entretanto, la figura y el carácter de Mignon habíanse hecho para él cada vez más atractivos. En todo lo que hacía y dejaba de hacer, había algo extraño en la niña. No subía ni bajaba las escaleras más que saltando; corría por las barandillas de los corredores de los patios, y antes de que se advirtiera, encaramábase a lo alto del armario y permanecía allí inmóvil durante unos momentos. También había notado Guillermo que para cada cual tenía una distinta clase de saludo. A él lo saludaba, desde hacía algún tiempo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Muchos días permanecía totalmente en silencio, a veces respondía algo más a las distintas preguntas, pero siempre de una manera extraña, de modo que no podía distinguirse si lo hacía por broma o por desconocimiento del lenguaje, ya que siempre hablaba en un mal alemán, entremezclado con francés e italiano. En su servicio era infatigable la niña y se levantaba tan pronto como el sol; en cambio, desaparecía temprano por la noche y dormía en su cuarto sobre el desnudo suelo, sin que nada pudiera determinarla a que aceptara un lecho o un saco de paja. Con frecuencia la encontró nuestro amigo lavándose. También sus vestidos estaban limpios, aunque todos mostraran dobles y triples zurcidos y remiendos. Dijéronle también a Guillermo que iba a misa todas las mañanas muy temprano, adonde la siguió una vez y viola rezando devotamente con su rosario, arrodillada en un rincón de la iglesia. Ella no advirtió su presencia, y Guillermo volvió a casa sumido en toda suerte de pensamientos, sin poder pensar nada determinado acerca de ella.

Nuevas solicitudes de Melina para conseguir una suma de dinero con que desempeñar los ya mencionados útiles de teatro determinaron más aún a Guillermo a pensar en su partida. Quiso escribir a los suyos, que nada habían sabido de él desde hacía mucho tiempo, aprovechando la diligencia de aquel día; comenzó realmente una carta para Werner, y ya había avanzado bastante en el relato de sus aventuras, en lo cual, sin notarlo él mismo, se había apartado de la verdad más de una vez, cuando, con gran enojo, encontró escritos por la otra cara del papel de cartas algunos versos que había comenzado a copiar de su cuaderno para madama Melina. Desgarró la hoja, despechado, y aplazó la repetición de sus confesiones para el próximo correo.

Capítulo VII

Nuestra sociedad encontrábase otra vez reunida, y Filina, que estaba extraordinariamente atenta a cada caballo que pasaba por la calle y a cada carruaje que rodaba ante la casa, exclamó con gran vivacidad:

-¡Nuestro pedante!... ¡Ahí viene nuestro queridísimo pedante!... Pero, ¿a quién traerá consigo?

Llamó e hizo señas desde la ventana, y el coche se detuvo.

Un lamentable pobre diablo, a quien, a juzgar por su raída casaca gris obscura y sus mal cuidadas medias y calzado, hubiera podido tomársele por un bachiller en artes de los que suelen pudrirse en las aulas, bajose del coche y, al quitarse el sombrero para saludar a Filina, descubrió una mal empolvada peluca, aunque muy rígida, y Filina le arrojó con las manos centenares de besos.

Así como encontraba su felicidad en amar a un cierto número de hombres y gozar de su amor, no era mucho menor el placer de que disfrutaba, cosa que se permitía tantas veces como le era posible, al burlarse de modo aturdido de los que en aquel momento no amaba.

Dado el barullo con que recibió a aquel antiguo amigo, olvidáronse todos de prestar atención a los otros que lo acompañaban. Sin embargo, Guillermo creyó reconocer a las dos damitas y al avejentado varón que con él entraron. Pronto se descubrió que había visto diversas veces a los tres en la compañía que había trabajado años antes en su ciudad natal. Las muchachas habíanse desarrollado, desde aquel tiempo; pero el viejo había cambiado muy poco. Solía representar papeles de viejo bondadoso y gruñón, que no faltan en el teatro alemán, y a los que no es raro encontrar en la vida ordinaria. Pues siendo propio del carácter de nuestros compatriotas hacer y producir el bien sin mucha ostentación, rara vez piensan en que también hay manera de hacer lo justo con decoro y gracia, y, llevados de un espíritu de contradicción, con facilidad caen más bien en la falta de poner en contraste su virtud favorita con una gruñona existencia.

Nuestro cómico representaba muy bien tales papeles, y los hacía con tanta frecuencia y de modo tan exclusivo, que había adquirido idénticos modales para conducirse en la vida común.

Guillermo experimentó gran emoción tan pronto, como lo hubo reconocido, pues se acordaba de cuántas veces había visto a aquel hombre, en escena, al lado de su querida Mariana; aún le parecía oírlo regañar, aún escuchaba la voz aduladora con que, en algunos papeles, tenía que corresponder ella a su áspera naturaleza.

Preguntaron primero, con gran vivacidad, a los recién llegados si era de esperar que hubiera en otra parte contrata para ellos; pero, por desgracia, fue negativa la respuesta, y tuvieron que venir en conocimiento de que las compañías a que se habían dirigido se hallaban completas, y algunas de ellas hasta se veían en la preocupación de tener que disolverse a causa de la inminente guerra. El viejo gruñón y sus hijas, por aburrimiento y afición al cambio, habían renunciado a una ventajosa contrata; con el pedante, a quien

habían encontrado en su camino, habían alquilado un coche para llegar hasta allí, donde, según veían, tampoco escaseaban las dificultades.

Todo el tiempo que los otros estuvieron conversando, muy animadamente, acerca de sus asuntos, pasolo pensativo Guillermo. Deseaba hablar a solas con el viejo; deseaba y temía saber de Mariana, y se encontraba en la inquietud más grande.

Los donaires de las recién llegadas damitas no lograban arrancarlo de su ensueño; pero una disputa que se produjo hízole escuchar con atención. Era Federico, el rubio mozo que solía servir a Filina, que aquella vez se resistía vivamente al serle ordenado que pusiera la mesa y sirviera la comida.

-Me comprometí a servirla a usted -exclamaba-; pero no a prestar mi asistencia a todo el mundo.

Se enzarzaron en una discusión violenta. Filina insistió en que tenía que cumplir su obligación, y como él se resistiera tercamente, ella le dijo, sin más ceremonias, que podía irse adonde quisiera.

-¿Cree usted, quizá, que no podría separarme de usted? -exclamó él.

Marchose insolentemente, hizo su hatillo y se apresuró a salir de la casa.

-Ve, Mignon -dijo Filina-, y procúranos lo que necesitamos; díselo al camarero y ayúdale a servirnos.

Mignon se acercó a Guillermo y le preguntó con su lacónico estilo:

-¿Debo hacerlo? ¿Tengo permiso?

Y Guillermo le respondió:

-Hija mía, haz lo que te manda mademoiselle.

La niña cuidó de todo y sirvió toda la noche con gran diligencia. Después de la comida, Guillermo trató do dar un paseo a solas con el viejo, lo consiguió, y después de diversas preguntas acerca de cómo les había ido hasta entonces, dirigió la conversación hacia la compañía de aquellos tiempos, y, por último, se atrevió a preguntar por Mariana.

-¡No me diga usted nada de aquella detestable criatura! -exclamó el viejo-. He jurado no volver a acordarme nunca más de ella.

Espantose Guillermo con tal exclamación; pero mucho mayor fue su embarazo cuando el viejo prosiguió declamando contra la ligereza y licencia de la muchacha. Con qué gusto habría interrumpido nuestro amigo la conversación; mas tuvo que soportar el gruñón desbordamiento de su estrambótico acompañante.

-Avergüénzome de haberle tenido tanto afecto -prosiguió el otro-; pero si hubiera usted conocido con mayor intimidad a la muchacha, de fijo que me encontraría disculpa. Era tan juiciosa, natural y buena, tan amable y humana en todos los respectos. Jamás hubiera podido yo figurarme que la insolencia y el desagradecimiento fueran los rasgos fundamentales de su carácter.

Ya se había preparado Guillermo para oír las peores cosas cuando, de pronto, notó con asombro cómo se iba dulcificando el tono del viejo, el cual llegó a vacilar en su discurso y sacó de su bolsillo un pañuelo para enjugar las lágrimas, que acabaron por interrumpirle.

-¿Qué le ocurre? -exclamó Guillermo-. ¿Qué es lo que hace que sus sentimientos tomen de pronto una dirección tan opuesta? No me oculte nada; me intereso por la suerte de esa muchacha mucho más de lo que usted piensa; déjeme usted saberlo todo.

-Poco tengo que decirle -repuso el viejo, pasando otra vez a su tono serio y enojado-; nunca le perdonaré lo que sufrí por ella. Siempre había tenido cierta confianza en mí -prosiguió diciendo-; yo la quería como a mis propias hijas, y cuando mi mujer aún vivía, había tomado la determinación de llevarla a mi casa, salvándola de las manos de la vieja, de cuya dirección no podía prometerme nada bueno. Falleció mi esposa y quedó fracasado el proyecto. Hacia el fin de nuestra residencia en la ciudad de usted, aún no hace tres años, noté en ella una manifiesta tristeza; interroguela, pero esquivó el responderme. Por último, nos pusimos en viaje. Iba en el mismo coche que yo, y noté que estaba encinta, lo que no tardó en confesarme, llena de temor de que el director la despidiera. No pasó mucho tiempo sin que también él hiciera idéntico descubrimiento; revocó en seguida su contrato, el cual, aun sin eso, habría terminado a las seis semanas, pagole lo que podía exigir, y, sin atender a súplicas, la abandonó en la mala posada de una pequeña villa. ¡Cargue el diablo con todas las mozas livianas -exclamó con enojo el viejo-, y en especial con ésta que me ha echado a perder tantas horas de mi vida! ¿Para qué he de contar ahora cómo me ocupé de ella, lo que por ella hice, cómo me interesé por su caso y cómo aun en la ausencia cuidé de su bien? Preferiría arrojar mi dinero al río y emplear mi tiempo en domesticar perros sarnosos, que no prestar otra vez la menor atención a una criatura de esa especie. ¿Qué ocurrió? Al principio recibí cartas de agradecimiento, noticias fechadas en los lugares de su residencia; pero, por último, ni una palabra más, ni siquiera las gracias por el dinero que le envié para su parto. ¡Oh!, la disimulación y la ligereza están muy bien combinadas en las mujeres para proporcionarles una cómoda existencia y muchas horas de disgusto a un hombre de bien.

Capítulo VIII

Piénsese la situación en que habrá vuelto a su casa Guillermo después de aquel coloquio. Todas sus antiguas llagas estaban abiertas de nuevo y se había reavivado otra vez en su pecho el sentimiento de que no había sido completamente indigna de su amor, pues en el cariño de aquel viejo, en las alabanzas que tenía que prodigarle a pesar suyo habían vuelto a aparecérsele a nuestro amigo todas las cosas merecedoras de amor que poseía Mariana; hasta las violentas acusaciones de aquel hombre apasionado no contenían nada que hubiera podido rebajarla ante los ojos de Guillermo. Pues éste se confesaba cómplice de sus

transgresiones, y, por último, hasta su silencio no le parecía merecedor de censura; más bien se entregaba, por él, a tristes cavilaciones; veíala como recién parida, veíala como madre, errando sin sostén por el mundo, con un niño que probablemente lo tendría a él por padre; imágenes que despertaban en él los más dolorosos sentimientos.

Mignon lo había esperado y lo alumbró por la escalera. Después de haber dejado la luz le rogó que le permitiera obsequiarle aquella noche con una de sus habilidades. De buena gana lo hubiera rehusado, en especial por no saber en qué iba a consistir la cosa. Pero no era capaz de negarle nada a aquella excelente criatura. Al cabo de algunos momentos de estar fuera, volvió a entrar en la habitación. Traía bajo el brazo una alfombra, que extendió por el suelo. Guillermo la dejó hacer. Después trajo cuatro luces y colocó una de ellas en cada punta de la alfombra. Un canastillo de huevos, que fue a buscar en seguida, hizo más claro su propósito. Tomando medidas, según arte, dio después diversos pasos sobre la alfombra hacia adelante y hacia atrás, y fue colocando los huevos a cierta distancia unos de otros; hizo entrar luego un hombre que servía en la casa, y sabía tocar el violín. Este se puso en un rincón con su instrumento; ella se vendó los ojos, hizo una seña y al instante comenzó sus movimientos al son de la música, como una maquinaria a la que se le da cuerda, acompañando ritmo y melodía con el repicar de sus castañuelas.

Ágil, ligera, veloz y precisa, ejecutaba su danza. Movíase con tal firmeza y tanta seguridad a través de los huevos, que a cada momento se creía que tendría que aplastar a uno de ellos o lanzar lejos a otro con un rápido giro. ¡En modo alguno! No tocaba a ninguno, aunque caminaba entre ellos con toda especie de pasos, breves y largos, hasta a saltos, y, por último, atravesó entre las filas medio de rodillas.

Recorría su camino sin pararse, como un aparato de relojería, y la extraña música, con cada una de sus repeticiones, daba nuevo impulso a la callada danza, que siempre volvía a recomenzar por el principio. Guillermo estaba totalmente hechizado por el extraño espectáculo; olvidó sus cuidados, seguía cada uno de los movimientos de la amada criatura y estaba maravillado de ver cómo en aquella danza se revelaba paladinamente su carácter.

Mostrábase severa, rígida, dura, impetuosa, y en los pasajes dulces, más bien solemne que graciosa. Advirtió en aquel momento lo que ya sentía por Mignon. Anheló en su corazón adoptar por hija aquella criatura abandonada, tomarla entre sus brazos y despertar en ella las alegrías de la vida con el cariño de un padre.

Terminó la danza; hizo rodar suavemente los huevos con los pies hasta reunirlos en un montoncito, sin dejar atrás ni hacerle daño a ninguno; detúvose después, quitándose la venda de los ojos y terminó su artístico ejercicio con una reverencia.

Guillermo le dio las gracias por haber bailado para él, de un modo tan gentil como inesperado, aquella danza que deseaba ver. La acarició, lamentando que se hubiera causado tanta molestia. Le prometió un traje nuevo, a lo cual ella replicó con violencia:

-¡De tu color!

También esto fue prometido por Guillermo, aunque sin saber claramente a lo que se refería. Ella recogió los huevos, púsose la alfombra bajo el brazo, preguntó si aún tenía algo que ordenarle y se lanzó corriendo por la puerta.

Supo Guillermo, por el músico, que desde hacía algún tiempo se había tomado ella mucha molestia, cantándole, hasta que él hubo sabido tocarla, aquella danza, que no era otra que el conocido fandango. Y hasta había llegado a ofrecerle algún dinero por su trabajo, cosa quo no había querido aceptar él.

Capítulo IX

Después de una intranquila noche, que nuestro amigo pasó, parte en vela y parte espantado por penosos sueños, en los que vio a Mariana ya en toda su belleza, ya en la más lamentable figura, ahora con un niño en los brazos, después privada de él, apenas había roto la mañana cuando entró Mignon con un sastre. Traía paño gris y tafetán azul, y explicó, a su manera, que quería tener un juboncillo nuevo y unos pantalones de marinero, tal como se los había visto a los niños de la ciudad, con vueltas y lazadas azules.

Desde la pérdida de Mariana, Guillermo había renunciado a todo color alegre. Habíase acostumbrado al gris, al vestido de las sombras, y sólo animaba algún tanto aquel taciturno traje con un forro azul celeste o un cuellecito de idéntico color. Mignon, ansiosa de ir vestida de sus colores, estimuló al sastre, quien prometió entregar dentro de muy poco tiempo el trabajo.

Las lecciones de baile y esgrima que aquel día Laertes dio a nuestro amigo no tuvieron el éxito más feliz. Verdad es que pronto fueron interrumpidas con la llegada de Melina, quien hizo ver, circunstanciadamente, que ya estaba allí reunida una pequeña compañía, con la que se podía empezar a poner en escena bastantes obras. Renovó su proposición de que Guillermo adelantara algún dinero para los gastos de instalación, a lo cual éste manifestó de nuevo su indecisión.

Filina y las otras muchachas entraron poco después con risas y bullicio. Habían imaginado una nueva excursión; el cambio de lugares y de objetos que las rodearan era un placer por el que suspiraban siempre. Comer cada día en sitio diferente era su más alto deseo. Aquella vez se trataba de una excursión acuática.

La barca con la que querían navegar aguas abajo, por los meandros del hermoso río, había sido encargada ya por el pedante. Filina los animó, los otros no vacilaron y pronto estuvieron todos embarcados.

-¿Qué vamos a hacer ahora? -preguntó Filina, así que todos se hubieron sentado en los bancos.

-Lo más breve sería que improvisáramos una comedia -repuso Laertes-. Que cada cual escoja un papel que sea lo más conforme posible con su carácter y ya veremos cómo nos resulta.

-¡Excelente! -dijo Guillermo-; pues una reunión en la que no se finge nunca, en la que cada uno sólo se guía por su propio gusto, no puede ser habitada largo tiempo por la gracia y la alegría; en cambio, donde se finge siempre no concurren, en modo alguno, la diversión ni el contento. No estará mal, por tanto, que ya desde el principio nos consagremos a la simulación y que seamos después todo lo sinceros que queramos detrás de la careta.

-Sí -dijo Laertes-, por eso es tan agradable tratar con mujeres, las cuales jamás se nos muestran en su natural aspecto.

-Eso depende de que no son tan vanas como los hombres -repuso madama Melina-, que siempre se imaginan ser suficientemente amables tal como los ha producido la naturaleza.

Entretanto, habían navegado entre lindas florestas y colinas, huertos y viñedos, y las señoras jóvenes, en especial madama Melina, expresaban su encanto ante aquel paisaje. Hasta esta última comenzó a recitar solemnemente una linda poesía, de género descriptivo, que trataba de una escena análoga; mas fue interrumpida por Filina, la cual propuso una ley para que nadie osara hablar de objetos inanimados; prefirió llevar celosamente adelante la ejecución del proyecto de una comedia improvisada. El viejo gruñón debía representar un militar retirado; Laertes, un maestro de esgrima sin empleo; el pedante, un judío; ella, quería hacer de tirolesa, y dejó a los otros que se buscaran sus papeles. Debían hacer como si fueran un conjunto de gentes desconocidas que acababan de reunirse en una barca pública de pasaje.

Comenzó en seguida a representar su papel con el judío y extendiose una alegría general.

Aún no había navegado mucho tiempo, cuando el batelero detuvo la barca, para tomar a bordo, con permiso de la reunión, a alguien que se hallaba a la orilla y hacía señas.

-Eso es precisamente lo que necesitamos -exclamó Filina-; faltaba aún entre nosotros un pasajero de contrabando.

Montó en la barca un hombre de buena traza, a quien, por su traje y semblante respetables, muy bien hubiera podido tomársele por un eclesiástico. Saludó a los presentes, los cuales le respondieron cada cual a su manera, y bien pronto lo pusieron al tanto de su juego. Adoptó entonces el papel de cura de aldea, el cual, con admiración de todos, representó de la más linda manera, tan pronto amonestando como refiriendo historietas, dejando ver algunos puntos flacos y sabiendo, sin embargo, hacerse respetar.

Todo el que se saliera una vez sola de su papel tenía que pagar prenda. Filina las reunía con el mayor celo, y, en especial, había amenazado con muchos besos al señor eclesiástico en el futuro rescate, aunque él nunca fuera cogido en falta. Por el contrario, Melina estaba totalmente desvalijado; botoncillos de camisa, broches, cuantos objetos sueltos tenía sobre

su persona habían pasado a poder de Filina, pues pretendía representar un viajero inglés y en modo alguno era capaz de entrar en su papel.

Mientras tanto, el tiempo había pasado del modo más agradable; todos habían forzado lo más posible su imaginación y su agudeza, y cada cual había desempeñado su papel con gratas y divertidas bromas. Llegose así al lugar donde querían pasar el día, y Guillermo, en el paseo, pronto entró en una interesante conversación con el eclesiástico, que así lo llamaremos en vista de su aspecto y su papel.

-Encuentro este ejercicio -dijo el desconocido- muy útil entre comediantes, y hasta en una reunión de amigos y conocidos. Es la mejor manera de sacar a los hombres de sí mismos y volverlos a conducir a su propio ser mediante un rodeo. Debía ser implantado en cada compañía dramática que algunas veces tuviera que ejercitarse de este modo; de fijo que el público ganaría si todos los meses se representara una obra no escrita, pero para la cual, a la verdad, los cómicos hubieran tenido que prepararse con ensayos numerosos.

-No debería considerarse como obra improvisada -repuso Guillermo- la que fuera compuesta al ser representada, sino aquella cuyo plan, argumento y división en escenas fuera dado antes, pero cuya ejecución quedara confiada a los cómicos.

-¡Exacto! -dijo el desconocido-, y precisamente por lo que se refiere a esa ejecución ganaría extraordinariamente la obra tan pronto como los cómicos estuvieran algo ejercitados. No en lo que se refiere a la ejecución por medio de palabras, con las cuales, verdaderamente, tiene que adornar su trabajo el escritor, sino en cuanto a la ejecución con gestos y ademanes, exclamaciones y todo lo a ello análogo; en una palabra, el trabajo mudo, que poco a poco parece ir perdiéndose entro nosotros. Cierto que hay actores en Alemania cuyo cuerpo muestra lo que piensan y sienten, que mediante silencios y vacilaciones, mediante señas y delicados y graciosos movimientos del cuerpo preparan un parlamento, y saben ligar las pausas del discurso con el conjunto total por medio de una agradable pantomima; pero un ejercicio que viniera en auxilio de la feliz disposición natural y enseñara a competir con el escritor no es tan frecuente como sería de desear para satisfacción de aquellos que frecuentan el teatro.

-Mas una feliz disposición natural ¿no sería lo único, como condición primera y última, que llevara a un comediante, lo mismo que a cualquier otro artista, y acaso a todo hombre, hacia una meta colocada tan en alto?

-Lo primero y lo último, el principio y el fin, muy bien pudiera siempre serlo; pero, en el medio, tendrán que faltarle muchas cosas al artista si la educación, y a la verdad una educación temprana, no hace de él lo que debe ser; pues acaso aquel a quien se juzga dotado de genio se encuentra en peor situación que el que sólo posee capacidades ordinarias, pues el primero puede ser más fácilmente deformado y lanzado por falsos caminos de modo mucho más violento.

-Pero ¿el genio -repuso Guillermo- no se salva a sí mismo, no se cura las heridas que se ha hecho?

-En modo alguno -repuso el otro-, o por lo menos en forma muy insuficiente; pues nadie cree poder sobreponerse a las primeras impresiones de la niñez. Si ha crecido en una laudable libertad, rodeado de objetos bellos y nobles, en el trato con hombres excelentes; si le han enseñado sus maestros lo que tenía que saber primero para comprender el resto más fácilmente; si ha aprendido lo que jamás tendrá necesidad de desaprender; si sus primeras acciones fueron conducidas de suerte que en lo futuro pueda realizar el bien más fácil y cómodamente sin tener que deshabituarse de cosa alguna, entonces este hombre podrá llevar una existencia más pura, plena y feliz que otro que haya consumido sus primeras fuerzas juveniles contra la oposición y el error. Se habla y escribe tanto acerca de la educación, y sólo veo muy pocos hombres que puedan concebir y llevar a ejecución el concepto simple, pero grande, que encierra en sí todos los otros.

-Bien puede ser verdad -dijo Guillermo-, porque todo hombre es lo bastante limitado para querer educar a los otros según su propia imagen. Felices, por tanto, aquellos a quienes adopta el destino, que forma a cada cual a su manera.

El destino -repuso el otro sonriéndose- es un preceptor distinguido, pero que cobra caro. Siempre preferiría atenerme a la razón de un maestro humano. El destino, cuya sabiduría me inspira todos los respetos, suele encontrar en la casualidad, por medio de la cual actúa, un servidor muy poco hábil; pues rara vez ésta parece ejecutar de un modo puro y simple lo que aquél tenía determinado.

-Parece usted enunciar un muy singular pensamiento -repuso Guillermo.

-En modo alguno. La mayor parte de las cosas que acontecen en el mundo justifican mi opinión. ¿No muestran gran significación al principio muchos acontecimientos y no van a parar en cualquier necedad la mayor parte do ellos?

-Usted bromea.

-¿Y no ocurre eso también -prosiguió el otro- con lo que le sucede a cada individuo? Supongamos que la suerte hubiera destinado a alguien a ser un buen comediante (¿por qué no ha de proveernos también de buenos comediantes?); pero, por desgracia, la casualidad llevó al mancebo a un teatro de títeres, donde, desde temprano, no pudo abstenerse de tomar interés por una cosa de mal gusto, de encontrar soportable y hasta quizá interesante una necedad, y de este modo, las juveniles impresiones, que jamás se extinguen, a las que nunca podemos negar cierto apego, han llegado a él por un lado malo.

-Cómo se le ocurre a usted hablar de un teatro de títeres? -exclamó de pronto Guillermo, con cierta confusión.

-No era más que un ejemplo arbitrario; si no le agrada a usted, tomemos otro. Supongamos que la suerte haya destinado a alguien a ser un gran pintor, y que se haya complacido la casualidad encerrando su niñez en sucias cabañas, cuadras y graneros; ¿cree usted que tal hombre se elevará nunca a la limpieza, la nobleza y libertad del alma? Cuanto más vivo haya sido el sentido con que en su niñez percibió lo sucio, ennobleciéndolo a su manera, tanto más poderosamente se vengará de él en el resto de su vida, pues aquello a lo

que trata de sobreponerse se ha identificado con él de la manera más íntima. Quien ha vivido tempranamente en una sociedad mala o insignificante, aunque más tarde pueda hallarse en una mejor, siempre echará de menos aquella cuyas impresiones permanecen unidas con el recuerdo juvenil de alegrías raras veces repetidas.

Bien puede pensarse que con tal conversación se habrían alejado poco a poco de la restante sociedad. En especial Filina habíase apartado ya desde el principio. Por un atajo vinieron a su encuentro. Filina sacó las prendas que tenían que ser rescatadas por toda suerte de procedimientos, cosa en la cual el extranjero, con sus lindas invenciones y su fácil porte, agradó mucho a toda la sociedad, y en especial a las damas, y así se deslizaron del modo más agradable las horas del día, en medio de bromas, cantos, besos y toda especie burlas.

Capítulo X

Cuando quisieron volver de nuevo a casa, buscaron con la vista al eclesiástico, pero había desaparecido y no se podía encontrarle en ningún lugar.

-No es cosa amable, de parte de un hombre que, por lo demás, parece tener mucho conocimiento del mundo -dijo madama Melina-, abandonar sin despedida una reunión que lo recibió tan amistosamente.

-Estuve reflexionando durante todo el tiempo -dijo Laertes- dónde puedo haber visto ya antes de ahora a esta singular persona. Justamente tenía intención de preguntárselo al despedirnos.

-A mí me ocurrió exactamente lo mismo -repuso Guillermo-, y de fijo que tampoco yo lo habría dejado marchar antes de que nos hubiera revelado alguna cosa de las circunstancias de su vida. Me equivocaría mucho si antes no le hubiera hablado ya en alguna parte.

-Y, sin embargo, bien podríais equivocaros los dos -dijo Filina-. En realidad, ese hombre sólo tiene el falso aspecto de un antiguo conocido, porque se nos aparece como persona y no como Hans o como Kunz.

-¿Qué quiere decir eso? -dijo Laertes-; ¿es que nosotros no aparecemos también como personas?

-Yo sé lo que digo -repuso Filina-, y si no me comprendéis, no me importa. En resumidas cuentas, no estaré yo obligada a interpretar mis palabras.

Dos coches los esperaban. Alabose la previsión de Laertes, que los había encargado. Filina se sentó al lado de madama Melina, Guillermo enfrente y los demás se las arreglaron del mejor modo que pudieron. El propio Laertes cabalgó de regreso a la ciudad en el caballo de Guillermo, que también había sido traído.

Apenas estuvo sentada en el coche Filina, cuando comenzó a cantar lindas canciones y supo llevar la conversación hacia historias de las que afirmaba que podían ser tratadas felizmente como temas dramáticos. Mediante este prudente rumbo de la conversación, no tardó en poner del mejor humor a su joven amigo, quien, con la abundancia de su viviente provisión de imágenes, compuso al momento todo un espectáculo, con sus actos, escenas, caracteres e intrigas. Encontrose conveniente añadir algunas arias y canciones; se las improvisó, y Filina, que servía para todo, acomodoles al punto conocidas melodías y las cantó en el mismo instante.

Aquél era para ella un buen día, un muy hermoso día; supo animar a nuestro amigo con toda especie de chanzas; el cual se encontraba tan a gusto como no lo había estado hacía mucho tiempo.

Desde que aquel cruel descubrimiento lo había arrancado de junto a Mariana había permanecido fiel a la promesa de defenderse del fatal caso de un abrazo femenino, evitar al sexo pérfido, encerrar en su pecho sus dolores, sus inclinaciones y sus tiernos deseos. La escrupulosidad con que observaba esta promesa daba a todo su ser un secreto sustento, y como su corazón no podía permanecer sin afectos, una amorosa simpatía era una necesidad para él. Iba otra vez como envuelto por las primeras nieblas de la juventud; sus ojos se apoderaban con alegría de todo objeto encantador, y jamás habían sido más benévolos sus juicios sobre una figura amable. ¡Lo peligrosa que tenía que ser para él, en tal situación, la atrevida muchacha, es por desgracia muy fácil de concebir!

Al llegar a casa encontraron ya todo preparado para recibirlos en el cuarto de Guillermo; las sillas estaban colocadas para una lectura y puesta en medio la mesa sobre la que debía ser colocada la ponchera.

Las obras alemanas de carácter caballeresco eran entonces completamente nuevas y habían despertado la atención y el interés del público. El viejo gruñón había traído una de tal clase y habíase decidido darle lectura. Sentáronse. Guillermo se apoderó del ejemplar y comenzó a leer.

Los caballeros cubiertos de armaduras, los viejos castillos, la lealtad, honradez y rectitud, pero sobre todo la independencia de los personajes actuantes, fueron recibidos con gran aplauso. El lector hizo todo lo que le era posible y la reunión llegó a estar como fuera de sí. Entre el segundo y el tercer acto trajeron el ponche en una gran ponchera, y como en la misma obra se bebía y se brindaba mucho, nada era más natural sino que también nuestra sociedad, en aquel caso, se pusiera con vivacidad en el lugar de los héroes, chocara también los vasos y diera vivas a sus favoritos entre los personajes de la obra.

Todos estaban inflamados en el fuego del más noble patriotismo. ¡Cuánto le agradó a esta sociedad alemana gozar poéticamente conforme a su carácter y en su propio terreno! En especial, hicieron un efecto totalmente increíble las bóvedas y cuevas, los castillos arruinados, el musgo y los árboles huecos, y, por encima de todo, las nocturnas escenas de bohemios y el juicio del tribunal secreto. Cada cómico sólo veía el modo como manifestaría ante el público su carácter alemán, ellos con yelmo y coraza, ellas con un gran cuello recto.

Cada cual quiso apropiarse ya desde aquel momento un nombre tomado de la obra o de la historia alemana, y madama Melina aseguró que el hijo o hija que esperaba tener no sería bautizado de otro modo sino como Adalberto o Matilde.

Al llegar al quinto acto el aplauso se hizo más ensordecedor y clamoroso, y, por último, cuando huye el héroe del poder de su opresor y es castigado el tirano, el entusiasmo fue tan grande que juraron que jamás habían pasado hora tan feliz. Melina, a quien había inspirado la bebida, era el más estrepitoso, y cuando se hubo vaciado la segunda ponchera y se acercaba la medianoche, Laertes juró por lo más sagrado que nadie era digno de volver a llevar jamás aquellos vasos a sus labios, y con tal juramento arrojó el suyo a la calle por encima de su cabeza y a través de los vidrios de la ventana. Los restantes siguieron su ejemplo, y, a pesar de las protestas del huésped, que llegó presuroso, la misma ponchera fue rota en mil pedazos, ya que después de semejante fiesta no debía volver a ser profanada por ninguna sacrílega bebida. Mientras que las dos muchachas dormían en el canapé, no en las posturas más decentes, Filina, en quien apenas era visible la embriaguez, excitaba malignamente a los otros a que hicieran ruido. Madama Melina recitaba algunas poesías sublimes, y su marido, que no era muy amable estando beodo, comenzó a reñir por la mala preparación del ponche, asegurando que él sabría disponer una fiesta muy de otra manera, y, por último, como Laertes le mandara callar, se hizo cada vez más grosero y estrepitoso, de modo que éste, sin reflexionarlo largo tiempo, le arrojó a la cabeza los pedazos de la ponchera, con lo que no poco se acreció el estruendo.

Mientras tanto había venido la ronda y quería que le dejaran entrar en la casa. A Guillermo, muy inflamado por la lectura, aunque hubiera bebido poco, costole bastante trabajo, ayudado por el huésped, apaciguar a aquella gente con dinero y buenas palabras, y llevar a sus alojamientos a los miembros de la reunión en el lamentable estado en que se encontraban. Cuando regresó, vencido por el sueño y lleno de disgusto, arrojose sin desnudarse en la cama, y nada es comparable a la desagradable impresión que sintió al abrir los ojos a la mañana siguiente y ver, con sombría mirada, los destrozos de la noche pasada, el desorden y las malas consecuencias que había traído una obra poética llena de espíritu, de vida y buenos pensamientos.

Capítulo XI

Al cabo de breve reflexión, llamó al huésped y le hizo que apuntara en su cuenta tanto los daños como el gasto. Supo al mismo tiempo, no sin enojo, que hasta tal punto había sido maltratado por Laertes la víspera su caballo, que, probablemente, como suele decirse, lo había reventado, y el albéitar tenía pocas esperanzas de que se restableciera.

Un saludo de Filina, que le dirigió desde su ventana, volvió, por el contrario, a ponerlo de buen humor, y al instante se dirigió a la tienda más próxima para comprarle el regalillo de que aún le era deudor, a cambio de su cuchillo para polvos, y tenemos que reconocer que no se mantuvo dentro de las fronteras de un proporcional cambio de obsequios. No sólo le compró un par de aretes muy lindos, sino que aun añadió un sombrero, un chal y algunas otras pequeñeces que el primer día lo había visto arrojar pródigamente.

Madama Melina, que vino a observarlo cuando entregaba los presentes, aun antes de la comida buscó ocasión para pedirle muy seriamente cuentas acerca de sus sentimientos por aquella muchacha, y él se sorprendió tanto más, ya que se creía muy lejos de merecer tales reproches. Juró por lo más santo que en modo alguno se le había ocurrido dirigirse a aquella persona, cuya conducta, en conjunto, conocía muy bien; se disculpó lo mejor que pudo por su amable y gentil proceder con ella, pero no tranquilizó en lo más mínimo a madama Melina, sino que más bien sintiose ésta cada vez más enojada al tener que observar que las lisonjas, con las cuales había adquirido cierta benevolencia de nuestro amigo, no eran bastantes para defender esta conquista contra las acometidas de una persona más viva, más joven y más felizmente dotada por la naturaleza.

Cuando se sentaron a la mesa, también encontraron al marido de muy mal humor, y comenzaba ya a desahogarlo con algunas pequeñeces, cuando entró el huésped y anunció la presencia de una arpista.

-De fijo que encontrarán ustedes -dijo- gran placer con la música y las canciones de este hombre; nadie que lo oiga puede abstenerse de admirarlo y darle alguna cosa.

-Que siga su camino -repuso Melina-; para todo estoy dispuesto menos para oír a un zanfonero, y, por otra parte, también tenemos entre nosotros cantantes a quienes les gustaría ganar algún dinero.

Acompañó estas palabras con una maligna mirada de reojo que arrojó hacia Filina. Ella lo comprendió, y al punto estuvo dispuesta a proteger al anunciado bardo contra el mal humor de Melina. Volviose hacia Guillermo y dijo:

-¿No oiremos a ese hombre? ¿No haremos nada para salvarnos del más lastimoso aburrimiento?

Melina quería responderle, y la disputa se habría hecho más viva si Guillermo no hubiera saludado al músico, que entraba en aquel momento y le hubiera hecho señas de acercarse.

La figura de aquel extraño visitante llenó de asombro a toda la reunión, y tomó posesión de una silla antes de que nadie tuviera ánimos para interrogarlo o hacer alguna observación. Su cráneo calvo estaba rodeado por escasos cabellos grises; grandes ojos azules centelleaban dulcemente entre largas pestañas blancas. Con la nariz, bien formada, poníase en relación una larga barba cana, sin cubrir los labios agradables, y un gran hábito pardo envolvía su esbelto cuerpo desde el cuello hasta los pies, y de este modo comenzó a preludiar en el arpa que había colocado delante de sí.

Los gratos sones que arrancaba del instrumento encantaron muy pronto a la reunión.

-También soléis cantar, buen viejo -dijo Filina.

-Obsequiadnos con algo que al mismo tiempo encante el corazón, el espíritu y los sentidos -dijo Guillermo-. Los instrumentos sólo deberían servir para acompañar a la voz; pues melodías, trinos y modulaciones sin letra ni sentido me parecen semejantes a mariposas, o a hermosos pájaros de colores, que se ciernen por el aire ante nuestra vista y a los que querríamos atrapar para apropiárnoslos; mas, por el contrario, el canto se alza hacia el cielo, como un genio, e invita a acompañarlo a lo mejor de nuestra alma.

El viejo contempló a Guillermo, después dirigió los ojos a lo alto, tocó algunos acordes en el arpa y comenzó su canción. Contenía una alabanza del canto, celebraba la dicha de los cantores, y exhortaba a los hombres a rendirles honores. Entonó la canción con tanta vida y verdad, que parecía como si la hubiera compuesto en aquel momento y para aquella ocasión. Guillermo apenas pudo contenerse para no echarse a su cuello; sólo el temor a provocar una carcajada general lo retuvo en su silla; pues los restantes hacían ya, medio en voz alta, algunas necias observaciones y discutían si aquel hombre sería clérigo o judío.

Al preguntarle por el autor de la canción no dio ninguna respuesta determinada; sólo aseguró que era rico en cánticos y que sólo deseaba que fueran oídos con agrado. La mayor parte de la reunión estaba alegre y contenta; hasta el mismo Melina se había vuelto expansivo a su manera, y mientras charlaban y bromeaban unos con otros, el viejo comenzó a cantar del modo más espiritual las alabanzas de la vida social. Celebró con lisonjeros acentos la concordia y la benevolencia. De repente su canto se hizo seco, rudo y confuso, como si lamentara la odiosa disimulación, el ciego odio y la peligrosa discordia, y cada alma arrojó de sí gustosa estas incómodas cadenas, cuando él, llevado por las alas de una arrebatadora melodía, celebró a los que restablecen la paz y cantó la felicidad de las almas que vuelven a encontrarse.

Apenas hubo terminado, cuando exclamó Guillermo:

-Quienquiera que seas, tú, que como un espíritu protector y clemente vienes a nosotros con voces que bendicen y reaniman, recibe la expresión de mi respeto y de mi gratitud. Ojalá comprendas que todos nosotros te admiramos y confíes en nosotros si tienes necesidad de algo.

El viejo guardó silencio, hizo que sus dedos se deslizaran primero suavemente por las cuerdas, después las hirió con más fuerza y cantó:

-«¿Qué escucho fuera ante el castillo, que retumba en el puente? ¡Haced que aquí, en la sala, suene en nuestros oídos ese canto!» Así habló el rey, el paje corrió, el mozo volvió, el rey exclamó: «¡Haced entrar al viejo!»

«¡Mi saludo os doy, nobles señores; salud, damas hermosas! ¡Qué rico cielo! ¡Estrellas sobre estrellas! ¿Quién sabe vuestros nombres? En la sala llena de pompa y esplendor, cerraos, ojos míos; no es tiempo de deleitarse admirando».

El bardo entornó los ojos y lanzó robustos sones; los caballeros miraban animosamente frente a sí y hacia su regazo las bellas. Agradole al rey la canción y, como premio de su arte, hízole traer una cadena de oro.

«La cadena de oro no me la des a mí, dásela a los caballeros, ante cuyo bravo aspecto se quiebran las enemigas lanzas. Dásela al canciller que tienes y haz que añada todavía la dorada carga a las otras cargas que lleva.

»Yo canto como canta el ave que habita entre las ramas. La canción que brota de la garganta es premio que premia ricamente; pero si me es lícito pedir, pido sólo una cosa: haz que me den un sorbo del mejor vino en una limpia copa».

Llevola a los labios, la bebió de un trago: «¡Oh, bebida que endulza y reconforta! ¡Tres veces feliz la morada donde tal don es poca cosa! Sed dichosos, acordaos de mí y dad gracias a Dios tan ardientemente como yo os las doy por este sorbo».

Como el bardo, después de terminada la canción, cogiera un vaso de vino que estaba allí servido para él y se lo bebiera entero, con agradable semblante, volviéndose hacia sus bienhechores, prodújose en la reunión general alegría. Lo aplaudieron y gritaron que ojalá aquel vaso sirviera para su salud y para fortalecimiento de sus viejos miembros. Cantó todavía algunas romanzas y produjo cada vez mayor animación en la sociedad.

-Viejo -exclamó Filina-, ¿sabes tocar la melodía de El pastor se adorna para la danza?

-¡Oh, sí! -repuso él-; si quiere usted cantar y representar la canción, no ha de quedar por mi parte.

Levantose Filina y se preparó para hacerlo. El viejo comenzó la melodía, y ella cantó una canción que no podemos comunicar a nuestros lectores porque acaso podrían encontrarla de mal gusto o quizá indecorosa.

Mientras tanto, la reunión, que se había puesto cada vez más alegre, había vaciado algunas botellas más de vino y comenzaba a hacerse muy estrepitosa. Pero como a nuestro amigo se le presentaban aún como recientes, en la memoria, las malas consecuencias de sus alegrías, procuró interrumpir la reunión rápidamente; puso en manos del viejo una generosa recompensa por sus molestias; los otros le dieron también algo, lo dejaron que se retirara a descansar, prometiéndose para la noche nuevos goces con su talento artístico. Cuando estuvo fuera, díjole Guillermo a Filina:

-No puedo encontrar ningún mérito poético ni moral en su canción favorita; no obstante, si alguna vez ejecuta usted algo apropiado en el teatro con tanta ingenuidad, naturalidad y gracia, de fijo que le serán tributados vivos y generales aplausos.

-Sí -dijo Filina-; sería una sensación muy agradable la de calentarse contra el hielo.

-Hablando en general -dijo Guillermo-, cuánto avergüenza este hombre a muchos comediantes. ¿Han notado ustedes qué justa era la expresión dramática de sus romanzas? De fijo que su canto contenía más fuerza evocadora que los tiesos personajes de nuestra escena; la representación de ciertas obras debería ser considerada más bien como relato, y atribuir a estas narraciones musicales el valor de lo que pasa ante nuestros sentidos.

-Es usted injusto -repuso Laertes; yo no me tengo por gran actor ni por gran cantante; pero sé muy bien que si la música dirige los movimientos del cuerpo, les da vida y al mismo tiempo les prescribe su ritmo; si la declamación y la expresión me han sido transmitidas ya por el compositor, entonces soy hombre muy diferente de cuando, en un drama en prosa, tengo que comenzar por crearme todo esto y debo inventar primero el compás y la declamación, en lo cual, además, puede perturbarme cada uno de los que representen conmigo.

-Todo lo que yo sé -dijo Melina- es que este hombre nos vence en un punto, y, a la verdad, en un punto muy importante. La fuerza de sus talentos muéstrase en la utilidad que extrae de ellos. A nosotros, que acaso muy pronto estaremos en gran confusión para saber dónde hemos de comer, nos impulsa a compartir con él nuestro sustento. Mediante una cancioncilla, sabe sacarnos del bolsillo el dinero que podríamos emplear en procurarnos alguna situación estable. Tan agradable parece ser dilapidar el dinero con el que podría uno proporcionarse medios de vida para sí y para otros.

Con esta observación, la charla no tomó el giro más agradable. Guillermo, a quien realmente iba dirigido el reproche, respondió con algún apasionamiento, y Melina, que no se esmeraba por poseer la mayor delicadeza, acabó por enunciar sus quejas con expresiones bastante rudas.

-Hace ya quince días -dijo- que hemos examinado las decoraciones y la guardarropía empeñadas aquí, y ambas cosas habríamos podido tenerlas por una suma muy módica. Usted me dio entonces esperanzas de que me fiaría ese dinero, y hasta ahora no he visto que haya seguido pensando en el asunto o que haya tomado ninguna resolución acerca de él. Si hubiera accedido entonces, ya estaría ahora en pleno curso la empresa. Su propósito de partir tampoco lo ha ejecutado hasta ahora, y durante este tiempo tampoco me parece que haya economizado usted su dinero; por lo menos, hay personas que saben proporcionarle siempre ocasión de disiparlo más rápidamente.

Estos reproches, no del todo injustificados, ofendieron a nuestro amigo. Respondió algunas cosas con vivacidad y hasta con violencia, y como la reunión se levantara entonces de la mesa y se disolviera, tomó la puerta, dando a entender bastante por las claras que no quería permanecer más tiempo entre unas personas tan desagradecidas y poco amables. Corrió abajo enojado, sentose en un banco de piedra que se hallaba ante el portal de su posada y no advirtió que, ya por alegría, ya por enojo, había bebido más de lo de costumbre.

Capítulo XII

Al cabo de breve tiempo, que pasó sentado en el banco, con la vista fija ante sí, inquieto por toda suerte de pensamientos, Filina salió lentamente al portal de la casa cantando, sentose junto a Guillermo o, más bien, casi habría que decir que se sentó sobre él, pues tanto fue lo que se le aproximó; apoyose en sus hombros, jugó con sus rizos, lo acarició y le dijo las mejores palabras del mundo. Le suplicó que se quedara y no la dejara sola en una compañía en la que tendría que morirse de tedio; no podía pasar ya más tiempo bajo el mismo tejado que Melina, y por eso se había mudado a la posada de enfrente.

En vano procuró rechazarla Guillermo, hacerle comprender que ni podía ni debía permanecer allí más tiempo. Ella no cesó en sus ruegos; hasta llegó, inesperadamente, a ceñirle el cuello con los brazos y besarlo con la más viva expresión de deseo.

-¿Está usted loca, Filina -exclamó Guillermo, tratando de desprenderse-, hasta el punto de hacer testigo a la plaza pública de estas caricias, que de ningún modo merezco? Suélteme; no puedo quedarme, y no me quedaré.

-Y yo te he de sujetar -dijo ella-, y besarte aquí, en la calle, hasta que me prometas lo que deseo. Me muero de risa -prosiguió diciendo-; de fijo que, después de estas confianzas, la gente me tiene por una recién casada, y los maridos, que contemplan escena tan graciosa, me alabarán ante sus mujeres como modelo de infantil e ingenua ternura.

En aquel momento, justamente, pasó algún público, y ella acarició del modo más regalado a Guillermo, el cual, para no dar escándalo, veíase obligado a representar el papel de sufrido esposo. Después que pasaban las gentes hacíales muecas a sus espaldas, y, llena de insolencia, realizó toda suerte de cosas inconvenientes, hasta que, por último, tuvo que prometer él que se quedaría aquel día, el siguiente y el otro.

-Es usted un verdadero poste -dijo entonces ella, apartándose de su lado-, y yo una loca, por desperdiciar con usted tantas pruebas de amistad.

Se levantó, enojada, y anduvo algunos pasos; después se volvió riéndose y exclamó:

-Creo que precisamente por eso es por lo que estoy loca por ti; quiero ir a buscar mi calceta para tener algo que hacer. Quédate aquí, para que vuelva a encontrar al hombre de piedra en el banco de piedra.

Aquella vez era injusta con él, pues por mucho que se esforzara en dominarse, en aquel momento, si se hubiera encontrado con ella en un cenador solitario, probablemente no habría dejado sus caricias sin respuesta.

Ella entró en la casa, después de haberle lanzado una mirada de mofa. Él no se sentía obligado a seguirla; más bien, con su conducta, había excitado en él nueva repugnancia; no obstante, sin que él mismo supiera bien por qué lo hacía, se levantó del banco para ir detrás de la damita.

Estaba justamente a punto de entrar por la puerta cuando se presentó Melina; se dirigió a él modestamente y le pidió perdón por algunas expresiones demasiado duras pronunciadas en la discusión.

-No tomará usted a mal -prosiguió- si, en la posición en que me encuentro, me muestro quizá harto acongojado; pero la preocupación por una mujer, y acaso muy pronto por un niño, me impiden vivir tranquilamente, sin pensar en mañana, y pasar mi tiempo en el goce de agradables impresiones, como todavía le es permitido a usted hacerlo. Reflexione sobre ello y, si lo es posible, póngame en posesión de los efectos de teatro que aquí se encuentran. No seré largo tiempo su deudor y le quedaré eternamente agradecido.

Guillermo, que de mala gana se veía detenido en el umbral, cuando una irresistible inclinación lo arrastraba hacia Filina, dijo en tal momento, con azorada distracción y precipitada magnanimidad:

-Si con ello puedo hacer su felicidad y su contento, no lo reflexionaré por más tiempo. Vaya usted, arréglelo todo. Estaré dispuesto para entregar ese dinero esta noche misma o mañana temprano.

Dicho esto, tendió la mano a Melina como confirmación de su promesa, y se puso muy contento al verlo partir presuroso por la calle abajo. Pero, ¡ay!, viose apartado por segunda vez de penetrar en la casa, y de una manera más desagradable todavía.

Un mancebo, con un hatillo a la espalda, llegó precipitadamente por la calle y se acercó a Guillermo, el cual al punto reconoció en él a Federiquillo.

-¡Aquí estoy otra vez! -exclamó, dejando vagar alegremente, todo alrededor y por todas las ventanas, la mirada de sus ojos, grandes y azules-. ¿Dónde está Mamselle? ¿Quién diablos podría resistir más tiempo en el mundo sin verla?

El huésped, que justamente acababa de acercarse, le respondió:

-Está arriba.

En muy pocos saltos estuvo Federico en lo alto de la escalera, y Guillermo quedó, como si hubiera echado raíces, en la puerta. En el primer momento hubiera querido arrastrar por la escalera abajo al mozalbete, cogido de los cabellos; un violento acceso de poderosos celos impedían de repente el curso de su vida espiritual y de sus ideas, y al reponerse de su estupor poco a poco, asaltole una intranquilidad y un malestar como aún no los había experimentado en toda su vida.

Fue a su cuarto y encontró a Mignon ocupada en escribir. La niña se había esforzado, con gran aplicación, desde hacía algún tiempo, por escribir todo lo que sabía de memoria, y habíale dado lo escrito a su amigo y señor para que se lo corrigiera. Era infatigable y comprendía bien; pero las letras eran desiguales y torcidas las líneas. También aquí parecía que su cuerpo se oponía a su espíritu. Guillermo, a quien, cuando estaba sereno, producíale gran satisfacción el esfuerzo de atención de la niña, se fijó poco aquella vez en lo que le

enseñaba; ella lo comprendió y turbose tanto más, ya que aquella vez creía haber hecho muy bien las cosas.

La inquietud de Guillermo lo impulsó a pasear de punta a punta por los corredores de la casa, y, poco después, otra vez al portal de la posada. Un jinete llegaba al galope, tenía buena presencia, y, aunque ya maduro de años, mostrábase aún muy vigoroso. El huésped corrió a su encuentro, tendiole la mano como a un antiguo amigo y exclamó;

-¡Eh, señor caballerizo! ¿Vuelve usted a dejarse ver por aquí otra vez?

-Sólo quiero dar un pienso -repuso el recién llegado-; tengo que dirigirme inmediatamente a la finca para hacer que lo dispongan todo con la mayor celeridad. El conde llegará mañana con su esposa; residirán allí algún tiempo para alojar, del mejor modo posible, al príncipe de ***, que, probablemente, establecerá en esta comarca su cuartel general.

-Es lástima quo no pueda usted quedarse con nosotros -repuso el huésped-; tenemos aquí muy buena gente.

Un piquero, que lo seguía galopando, hízose cargo del caballo del caballerizo, el cual charlaba con el huésped en el umbral de la puerta y miraba de reojo a Guillermo.

Este, como observara que se hablaba de él, alejose de allí y recorrió varias calles de un extremo a otro.

Capítulo XIII

En la penosa inquietud en que se encontraba, ocurriósele buscar al viejo, por medio de cuya arpa esperaba poder espantar sus malos espíritus. Al preguntar por aquel hombre, indicáronle una mala posada en un apartado rincón del pueblecillo, y llegado a ella, le hicieron subir la escalera hasta el desván, donde los dulces sones del arpa llegaban hasta él desde una cámara. Eran unos tonos lastimeros y conmovedores, que acompañaban un triste y congojoso canto. Guillermo se deslizó hasta la puerta, y como el buen viejo ejecutaba una especie de fantasía y repetía siempre unas cuantas estrofas, en parte cantadas y en parte recitadas, el oyente, después de prestar breve atención, pudo comprender, sobre poco más o menos, lo que sigue:

-¡Quien nunca comió su pan mojado en lágrimas; quien no pasó nunca, llorando, noches de aflicción sentado en su lecho, ése no os conoce, potencias celestes!

Vosotras nos lleváis por la vida adelante; vosotras permitís que el infeliz se haga culpable; después lo abandonáis a su tormento, pues toda culpa expíase en la tierra.

Esta queja, íntima y dolorosa, penetró hondamente en el alma del oyente. Le parecía como si, a veces, el viejo no pudiera continuar, impedido por el llanto; entonces sonaban solo las cuerdas, hasta que otra vez volvía a mezclarse a ellas la voz, débil y entrecortada. Guillermo estaba junto a la puerta; su alma hallábase profundamente emocionada; el dolor del desconocido le abría su propio corazón angustiado; no resistió a la piedad, y ni pudo ni quiso detener las lágrimas que la íntima queja del viejo acabó por hacer brotar de sus ojos. Todos los dolores que oprimían su alma desatáronse al propio tiempo; abandonose por completo a ellos, abrió la puerta del cuarto y se presentó ante el viejo, el cual se había visto obligado a tomar por asiento la mala yacija, único mueble de aquel miserable aposento.

-¡Qué sentimientos has provocado en mí, buen viejo! -exclamó Guillermo-. Has desligado todo lo que estaba estancado en mi corazón. No te turbes por mi presencia; prosigue con tu música, pues mientras alivias tus cuitas haces feliz a un amigo.

El viejo quiso levantarse y decir algo; Guillermo se lo impidió, pues había observado a mediodía que no le gustaba hablar; prefirió sentarse a su lado en el jergón de paja.

El viejo enjugó sus lágrimas y le preguntó con amable sonrisa:

-¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? Esta misma noche quería ir a visitarle.

-Estamos aquí más tranquilos -repuso Guillermo- Cántame lo que quieras, lo que convenga a tu situación, y procede en todo como si no estuviera yo presente. Me parece que no podrías equivocarte en el día de hoy. Te considero muy feliz por poder ocupar tu soledad y entretenerte de modo tan grato, y ya que eres un extranjero en toda partes, encuentras en tu propio corazón al amigo mejor quisto.

El viejo contempló las cuerdas de su arpa y, después de haber preludiado dulcemente, concertó su voz y cantó.

Quien se entrega a la soledad, ¡ay!, bien pronto está solo; los demás viven, los demás aman y lo dejan con su tormento.

Sí; dejadme mi suplicio, y si una única vez logro estar verdaderamente solitario, entonces ya no estoy solo.

Con paso quedo, deslízase un amante para acechar si está sola su amiga. Así, de día y de noche, caen sobre mí, en mi soledad, el martirio y el tormento.

Cuando llegue, ¡ay!, la vez de estar solitario en la tumba, entonces me dejarán solo mis sufrimientos.

Seríamos llevados demasiado lejos y, sin embargo, no podríamos expresar el encanto de la extraña conversación que tuvo nuestro amigo con el misterioso extranjero. A todo lo que le decía el mancebo respondía el viejo mediante acordes de la más pura armonía, que evocaban todas las sensaciones análogas y abrían ancho campo a la imaginación.

Quien haya asistido a una reunión de esas gentes piadosas que, apartadas de la Iglesia, creen edificarse de modo más puro, íntimo y espiritual, podrá formarse idea de la presente escena: recordará cómo el que dirige la liturgia sabe acomodar sus palabras con los versos de un cántico que eleva las almas hasta donde desea el orador que alcen su vuelo; cómo, poco después, otro de la parroquia añade, con otra melodía, los versos de otra canción, y con ésta un tercero enlaza, una tercera, y en tal forma las ideas análogas a las de las canciones, de las cuales proceden, cierto que son suscitadas, pero en cada pasaje, mediante el nuevo enlace, adquieren un sentido nuevo e individual, como si hubieran sido inventadas en el mismo momento; de modo que con un conocido círculo de ideas, con ya sabidos cánticos y máximas, se origina un todo especial para aquella sociedad y para aquel momento, mediante cuyo disfrute la compañía es animada, fortalecida y restaurada. De este modo, el viejo edificaba a su huésped, mientras él, por medio de los cantos y fragmentos, conocidos y desconocidos, ponía en circulación sentimientos próximos y remotos, despiertos y dormidos, agradables y dolorosos, cosa de la que era de esperar lo mejor, dada la situación en que se encontraba entonces nuestro amigo.

Capítulo XIV

Pues, realmente, durante el regreso comenzó a pensar en su situación de modo más vivo de lo que lo había hecho hasta entonces, y había llegado a casa con el propósito de arrancarse de allí, cuando el huésped le reveló, en confianza, que mademoiselle Filina había hecho la conquista del caballerizo del conde, el cual, después de haber desempeñado su comisión en la finca, había vuelto con la mayor prisa, y disfrutaba, reunido con ella, de una buena cena en el cuarto de la dama.

Justamente en aquel momento entró Melina con el notario; fueron juntos al cuarto de Guillermo, donde éste, no sin cierta vacilación, cumplió su promesa, entregando a Melina trescientos táleros contra una letra de cambio, dinero que éste transmitió inmediatamente al notario, recibiendo en cambio el documento de compra de todos los adminículos de teatro, que debían serle entregados a la siguiente mañana, temprano.

Apenas se habían separado, cuando Guillermo oyó en la calle una espantosa gritería. Oyó una voz juvenil que sonaba, colérica y amenazadora, en medio de ilimitado llanto y

clamores. Oyó que quien daba estas quejas venía de arriba, pasaba por delante de su cuarto y corría hacia el patio.

Como la curiosidad hiciera bajar a nuestro amigo, encontró a Federiquillo como con un ataque de locura. El muchacho lloraba, crujía los dientes, daba patadas en el suelo, amenazaba con los puños y mostrábase fuera de sí de enojo y de furor. Hallábase ante él Mignon y lo contemplaba con admiración, y el huésped explicaba hasta cierto punto aquel espectáculo.

El mozo, desde su regreso, como Filina lo hubiera recibido bien, había estado contento, animoso y divertido; había cantado y saltado hasta el instante en que Filina había entablado conocimiento con el caballerizo. Entonces, aquella criatura, intermedia entre niño y mozo, había comenzado a mostrar su enojo, a batir puertas, a correr de arriba abajo. Filina le había ordenado que sirviera a la mesa aquella noche, con lo que aún se había puesto más gruñón e insolente; por último, en vez de ponerla sobre la mesa, había derramado una fuente de ragout entre mademoiselle y el huésped, que debían de estar sentados bastante cerca uno de otro, con lo que el caballerizo le había dado un buen par de bofetadas y lo había arrojado por la puerta a golpes. Él, el huésped, había ayudado después a limpiar a las dos personas, cuyos trajes habían quedado muy deteriorados.

Cuando el mozo supo el buen efecto de su venganza comenzó a reír a carcajadas, mientras las lágrimas le corrían aún por las mejillas. Alegrose cordialmente durante algún tiempo, hasta que recordó otra vez la afrenta que le había hecho aquel hombre, más fuerte que él, con lo que empezó otra vez a gritar y amenazar.

Guillermo se sentía pensativo y avergonzado en presencia de tal escena. Veía como la imagen de su propio interior, aunque con rasgos más fuertes y exagerados; también él estaba inflamado en celos irreprimibles; también él, si las conveniencias no lo hubieran detenido, habría satisfecho gustoso su mal humor, con maligna alegría del mal ajeno, haciendo daño a la querida criatura y provocando a su rival; hubiera querido ahogar a aquellas gentes, que no parecían estar allí más que para su tormento.

Laertes, que también había comparecido y oído la historia, animó maliciosamente al enfurecido mancebo cuando éste juraba por lo más sagrado que el caballerizo tendría que darle una satisfacción, que aún nunca había sufrido sin castigarla una ofensa; si el caballerizo se la negaba, ya sabría él vengarse muy bien.

Laertes encontrábase precisamente allí en su papel. Subió con toda gravedad a desafiar al caballerizo en nombre del mancebo.

-Es chistoso -dijo aquél-; no hubiera podido imaginarme tal diversión para esta noche.

Bajaron y Filina los siguió.

-Hijo mío -díjole el caballerizo a Federiquillo-, eres un mozo bueno y valiente y no me atrevo a combatir contigo; y como la desigualdad de nuestras edades y fuerzas hace ya la cosa algo arriesgada, propongo que, en lugar de armas de combate, empleemos un par de

floretes: frotaremos con tiza los botones, y aquel que sea el primero en señalar a su rival en la ropa, o el que marque más golpes debe ser declarado vencedor y obsequiado por el otro con el mejor vino que pueda hallarse en la ciudad.

Laertes decidió que esta proposición podía ser aceptada; Federico lo obedeció como a su maestro de armas. Trajeron los floretes; Filina tomó asiento, sacó su calceta y observó con gran tranquilidad a los dos combatientes.

El caballerizo, que era muy hábil en esgrima, fue lo bastante cortés para tratar con miramiento a su adversario y dejarse marcar en la ropa algunas manchas de tiza, tras lo cual se abrazaron y fue traído el vino. El caballerizo quería saber la familia de Federico y su historia; mas éste le refirió una fábula, que ya había repetido muchas veces, y la cual, en otra ocasión, pensamos dar a conocer a nuestros lectores.

Mientras tanto, en el espíritu de Guillermo, este desafío terminaba la representación de sus propios sentimientos, pues no podía negar que él habría deseado empuñar el florete, o mejor una espada, contra el caballerizo, aunque ya comprendiera que éste le llevaba mucha ventaja en el arte de la esgrima. Pero no se dignó dirigir una sola mirada a Filina, evitó toda palabra que hubiera podido revelar sus sentimientos, y después de haber bebido más de una vez a la salud de los combatientes, corrió a su cuarto, donde cayeron sobre él mil desagradables pensamientos.

Acordábase del tiempo en que su espíritu se elevaba con un impulso ilimitado y lleno de esperanzas; en que flotaba, como en su elemento, en medio de los más vivos goces de toda especie. Era claro para él que últimamente había caído en una indeterminada desidia, en la que apenas sorbía con la punta de los labios lo que antes había saboreado a boca llena; pero no podía ver claramente la invencible necesidad que la naturaleza le había dado por ley, y que esta necesidad, muy excitada por las circunstancias, no había sido satisfecha más que a medias y conducida por caminos extraviados.

Nadie debe, por tanto, admirarse, si al considerar su situación y procurar esforzarse para salir de ella, cayera en la mayor perplejidad. No bastaba que su amistad por Laertes, su inclinación hacía Filina y su interés por Mignon lo hubieran detenido más de lo conveniente en un lugar y una sociedad en la que podía alimentar su afición favorita, satisfacer también como a hurtadillas sus deseos, y sin proponerse ningún objeto, proseguir cultivando sus antiguos sueños; creía poseer fuerza bastante para arrancarse a aquella situación y partir al instante. Mas pocos momentos antes se había ligado con Melina en un negocio, había conocido al enigmático viejo y sentía un indescriptible afán por descifrar su misterio. Sólo que, al cabo de ser llevado de un lado a otro por sus pensamientos, estaba decidido, o por lo menos creía estarlo, a no dejarse detener tampoco por esto.

-Tengo que partir -exclamó-; quiero partir.

Dejose caer en un asiento y hallábase muy conmovido. Entró Mignon, preguntando si no quería que le arreglara los cabellos. Llegó sin ruido; dolíale profundamente que aquel día la hubiera despachado de modo tan brusco.

Nada más conmovedor que contemplar cómo un amor, que se ha nutrido en secreto, una fidelidad que se ha fortalecido en lo oculto, por fin, y a la debida hora, acércase y se manifiesta a aquel que no lo ha merecido hasta entonces. El botón de flor, severamente cerrado durante largo tiempo, hallábase ya maduro, y el corazón de Guillermo no podía nunca ser más capaz de lo que lo era entonces para recibir en sí toda impresión.

La niña se hallaba en pie ante él y advertía su inquietud.

-Señor -exclamó-; si eres desgraciado, ¿qué va a ser de Mignon?

-Querida criatura -dijo él, cogiéndole las manos-, tú estás también entre mis dolores; tengo que irme.

Ella le miró a los ojos, en los que brillaban lágrimas retenidas con dificultad, y se arrodilló violentamente ante él. Guillermo retuvo las manos de la niña, ella apoyó la frente en sus rodillas y permaneció sin movimiento. Jugaba él con sus cabellos y estuvo cariñoso. Ella permaneció inmóvil mucho tiempo. Por último, percibió en ella Guillermo una especie de temblor que comenzó de modo muy débil, y después, al crecer, fue extendiéndose por todos sus miembros.

-¿Qué tienes, Mignon? -exclamó-. ¿Qué tienes?

Alzó ella su cabecita y lo miró, y de pronto se llevó las manos hacia el corazón, con un gesto como para acallar un dolor. Él la levantó, y ella cayó sentada en las rodillas de su protector; estrechola él contra sí y la besó. Ella no correspondió con ninguna presión de manos, con ningún movimiento. Apretábase siempre el corazón y de repente lanzó un grito que fue acompañado de convulsivos movimientos de todo su cuerpo. Púsose derecha y al punto cayó a los pies de él como si tuviera rotas todas sus articulaciones. Era un espectáculo desgarrador.

-Hija mía -exclamó Guillermo alzándola y abrazándola con fuerza-, hija mía, ¿qué tienes?

Proseguían los temblores que desde el corazón se comunicaban a los bamboleantes miembros; sólo estaba sostenida por los brazos de Guillermo. Estrechábala éste contra su corazón y la regaba con su llanto. De repente, pareció volver a ponerse rígida, como alguien que soporta el más alto dolor corporal, y poco después todos sus miembros se reanimaron con nueva violencia, y como movida por un muelle, arrojose al cuello de Guillermo al tiempo que en su interior era como si ocurriera un fuerte desgarramiento; y en el mismo instante, de sus cerrados ojos derramose un torrente de lágrimas sobre el pecho de su amigo. Apretábala él fuertemente. Ella lloraba y no hay lengua que exprese la fuerza de aquel llanto. Se habían soltado sus largos cabellos, envolviendo a la lacrimosa, y todo su ser parecía fundirse inevitablemente en un torrente de lágrimas. Sus miembros, antes rígidos, recobraron su flexibilidad; descargose su emoción interior, y en el aturdimiento del instante, temió Guillermo que se le derritiera entre los brazos sin que de ella quedara cosa alguna. La estrechaba cada vez con mayor fuerza.

-Hija mía -exclamaba-, hija mía. Eres mía, si puede consolarte esta palabra. Eres mía; te conservaré conmigo; no te abandonaré.

Ella lloraba todavía. Por último, se puso en pie. Una suave serenidad resplandecía en su semblante.

-Padre mío -exclamó-, ¿no quieres abandonarme?, ¿quieres ser mi padre? ¡Soy tu hija!

Dulcemente comenzó a sonar el arpa delante de la puerta; el viejo, como ofrenda nocturna, traíale sus íntimas canciones al amigo, el cual, siempre con su niña fuertemente ceñida entre los brazos, gozaba de la felicidad más pura e indescriptible.

Libro Tercero

Capítulo primero

¿Conoces el país donde florece el limonero? En la obscura fronda relumbran las naranjas de oro; una dulce brisa sopla desde lo azul del cielo; humilde se alza el mirto y el laurel con soberbia. ¿Lo conoces bien?

¡Allí! ¡Allí, quisiera irme contigo, amado mío!

¿Conoces la casa? Sobre columnas descansa su tejado, resplandece la sala, refulgen las estancias, y hay figuras de mármol que me miran, diciendo: «¿Qué han hecho de ti, qué han hecho de ti, pobre niña?» ¿La conoces bien?

¡Allí! ¡Allí, quisiera irme contigo, amparo mío!

¿Conoces la montaña y su sendero de nubes? El mulo busca entre la niebla su camino; en la caverna habita la vieja raza de dragones; rueda el peñasco y sobre él el torrente. ¿Lo conoces bien?

¡Allí! ¡Allí, va nuestro camino! ¡Partamos, oh, padre!

Cuando, a la mañana, Guillermo buscó por la casa a Mignon, no la encontró, pero oyó decir que había salido temprano con Melina, que se había levantado a buena hora para tomar posesión de la guardarropía y de los efectos de teatro.

Pasadas algunas horas, Guillermo oyó música delante de su puerta. Al principio creyó que el arpista volvía a estar otra vez presente; sólo que pronto distinguió los sones de una

cítara y la voz que comenzó a cantar era la voz de Mignon. Guillermo abrió la puerta, entró la niña y cantó la canción que acabamos de copiar.

Melodía y expresión agradaron especialmente a nuestro amigo, aunque no pudiera comprender todas las palabras. Hízola repetir y explicar las estrofas, las tomó por escrito y las tradujo al alemán. Pero sólo muy de lejos pudo imitar la originalidad de los giros. Desapareció la inocencia infantil de la expresión cuando fue concordado el antes fragmentario lenguaje y ligado lo que no guardaba relación. Tampoco era capaz de comparar con nada el encanto de la melodía.

Comenzaba a cantar cada estrofa de un modo solemne y pomposo como si preparara la atención para algo extraordinario, como si quisiera expresar algo importante. En el tercer verso el canto se hacía más opaco y sombrío; las palabras «¿Lo conoces bien?» las pronunciaba con misterio y circunspección; en «¡Allí! ¡Allí!» había una nostalgia irreprimible, y sabía modificar en tal forma su «quisiera irme contigo» a cada repetición, que tan pronto era suplicante e insistente como animador y lleno de muchas promesas.

Después de haber acabado por segunda vez su canción, permaneció un momento silenciosa, miró, penetrantemente a Guillermo, y le preguntó:

-¿Conoces el país?

-Tiene que tratarse de Italia -respondió Guillermo- ¿De dónde sabes la cancioncita?

-¡Italia! -dijo Mignon significativamente-. Si vas a Italia llévame contigo; aquí me hielo.

-¿Estuviste ya allí, querida niña? -preguntó Guillermo.

La niña guardó silencio y no pudo sacarse de ella ninguna cosa más.

Melina, que entró entonces, examinó la cítara y celebró que ya hubiera sido arreglada tan lindamente. El instrumento era una pieza del inventario de la vieja guardarropía. Mignon se lo había pedido aquella mañana, el arpista lo había arreglado al instante, y la niña mostró con tal ocasión un talento que hasta entonces no se le conocía.

Melina había entrado ya en posesión de la guardarropía con todas sus pertenencias; algunos miembros del consejo municipal le prometieron al instante permiso para representar durante algún tiempo en la ciudad. Volvía, por tanto, con alegre corazón y rostro más sereno. Parecía ser por completo otro hombre; pues se mostraba dulce, cortés con todo el mundo y hasta cumplido y atrayente. Se felicitaba de que, desde aquel momento, podía dar ocupación y contratar por algún tiempo a sus amigos, que hasta entonces habían andado descarriados y ociosos, aunque, al mismo tiempo, lamentaba no hallarse, a los principios, en situación de recompensar, según sus capacidades y talentos, a los excelentes sujetos que le había traído la casualidad, ya que ante todas las cosas tenía que satisfacer la deuda con un amigo tan generoso como había demostrado serlo Guillermo.

-No puedo expresarle -díjole Melina- qué prueba de amistad me ha dado usted al procurarme la dirección de un teatro; pues cuando lo encontré me hallaba en una situación muy extraña. Usted recordará la viveza con que le dejé ver mi aversión por el teatro cuando nos conocimos, y, sin embargo, tan pronto como me casé, por amor a mi mujer, que se prometía en ello muchos goces y aplausos, tuve que buscarme una contrata. No encontré ninguna, por lo menos ninguna que fuera permanente; mas, en cambio y por suerte, hallé algún hombre de negocios que, en casos extraordinarios, podía necesitar de alguien que supiera manejar la pluma, entendiera el francés y no fuera totalmente inexperto en contabilidad. Así me fue muy bien durante una temporada; era honradamente pagado, adquiría muchas cosas que necesitábamos, y las gentes con quien me relacionaba no me reprochaban nada. Sólo que los trabajos extraordinarios de mi protector llegaron a su término, no había que pensar en ninguna colocación duradera, con lo que mi mujer anheló tanto más ardientemente dedicarse al teatro; pero, por desgracia, en un tiempo en que su estado no es el más a propósito para presentarse al público con éxito. Ahora confío en que la empresa que con su ayuda organizo, será un buen principio para mí y para los míos, y deberé a usted mi futura suerte, sea la que quiera.

Guillermo oyó con satisfacción estas manifestaciones, y todos los cómicos estuvieron también bastante contentos con las declaraciones del nuevo director; celebraban, en su interior, que se hubiera presentado tan pronto una contrata, y se sentían inclinados, para comenzar, a contentarse con escasos sueldos, porque la mayor parte de ellos consideraban lo que les era ofrecido impensadamente como suplemento con el que poco antes no hubieran podido contar. Melina estaba dispuesto a utilizar estas buenas disposiciones; procuró, de hábil manera, hablar en particular con cada uno y pronto supo tenerlos convencidos a todos, a unos de una manera, a otros de otra, de modo que estuvieran dispuestos a firmar rápidamente los contratos, sin apenas reflexionar en la nueva situación, y creyéndose ya suficientemente asegurados con poder separarse de la compañía avisando con seis semanas de anticipación.

Ahora debían ser redactadas las condiciones en debida forma, y Melina pensaba ya en las obras con las que quería atraer primeramente al público, cuando un correo del caballerizo anunció la llegada de sus señores y ordenó que trajeran para ellos caballos de posta.

Poco después se detuvo ante la posada el carruaje, pesadamente cargado, de cuyo pescante saltaron dos sirvientes, y Filina, según costumbre, fue la primera en dejarse ver y se colocó en la puerta.

-¿Quién es usted? -preguntole la condesa al entrar.

-Una cómica para servir a Su Excelencia -fue la respuesta, al tiempo que la astuta muchacha se inclinaba con rostro virtuoso y gesto modesto y besaba el vestido de la dama.

El conde, que vio, además, que había alrededor algunas otras personas que también se hacían pasar por comediantes, informose de la importancia de la compañía, del último lugar de su residencia y de quién era su director.

-Si fueran franceses -díjole a su esposa- podríamos proporcionar al príncipe un inesperado placer, procurándole su entretenimiento favorito.

-Habría que ver -repuso la condesa- si no podríamos hacer representar a esta gente en el castillo mientras esté con nosotros el príncipe, aunque por desgracia no sean más que alemanes. Bien pueden tener alguno talento. El teatro es lo que mejor entretiene a una reunión numerosa, y podría pulirlos nuestro barón.

Dichas estas palabras, subieron la escalera, y Melina se presentó como director, en lo alto.

-Reúna a sus gentes -le dijo el conde- y preséntemelas, a fin de que yo vea lo que puede hacerse con ellas. También quiero ver inmediatamente la lista de las obras que pueden representarse.

Melina salió rápidamente de la habitación, con una profunda reverencia, y no tardó en volver con los cómicos. Se apretaban unos contra otros; los unos se presentaban mal, por su gran deseo de agradar, y los otros no mejor, porque lo hacían aturdidamente. Filina prodigó a la condesa, que era extraordinariamente bondadosa y benévola, las mayores muestras de respeto; el conde mientras tanto examinaba a los otros. Preguntaba a cada cual las funciones que desempeñaba en la compañía, y, dirigiéndose a Melina, manifestó que había que atenerse rigurosamente a la especialización de tipos y papeles, sentencia que acogió éste con la mayor devoción.

El conde señalole después a cada uno lo que debía especialmente aprender, lo que había que mejorar en su figura y modo de presentarse, mostrándoles palmariamente cuáles son las faltas en que siempre van a caer los alemanes, y exhibió tan extraordinarios conocimientos, que todos se mantenían inmóviles en la mayor humildad, y apenas osaban respirar ante tan ilustrado y esclarecido protector.

-¿Quién es aquel hombre del rincón? -preguntó el conde, mirando hacia una persona que no le había sido presentada; y se le acercó una flaca figura, con una casaca muy usada, remendada por los codos; una lamentable peluca cubría la cabeza del humilde cliente.

Este hombre, a quien ya conocemos desde el libro anterior como favorito de Filina, representaba habitualmente los papeles de pedante, preceptor y poeta, y, en general, tomaba a su cargo los personajes que tenían que ser apaleados o a quienes había que arrojar un cubo de agua. Habíase acostumbrado a ciertas reverencias rastreras, ridículas y tímidas, y su lenguaje trémulo, que convenía muy bien a sus papeles, hacía reír a los espectadores, de modo que todavía podía ser considerado como miembro muy útil de la compañía, en especial porque, fuera de ello, era muy servicial y complaciente. Acercose al conde en su modo habitual, inclinose ante él y respondió a cada una de sus preguntas de la manera como solía proceder cuando representaba en el teatro sus papeles. El conde lo observó con benévola atención y reflexión durante algún tiempo, y exclamó después, dirigiéndose a la condesa:

-Hija mía, fíjate en este hombre; garantizo que es un gran actor o que puede llegar a serlo.

El hombre hizo con su alma entera una estúpida reverencia, en forma que el conde tuvo que reír a carcajadas, y exclamó:

-¡Trabaja excelentemente! Apuesto a que este hombre puede representar lo que quiera y es lástima que hasta ahora no lo hayan empleado en nada mejor.

Una preferencia tan extraordinaria era ofensiva para los restantes; sólo Melina no se sintió afectado por ella, sino que más bien le dio plena razón al conde, y repuso con el aire más respetuoso:

-¡Ah!, sí; a él como a otros muchos de nosotros le ha faltado hallar un protector inteligente y estímulos análogos como los que hemos encontrado al presente en vuestra Excelencia.

-¿Es ésta toda la compañía? -dijo el conde.

-Algunos miembros están ausentes -repuso el prudente Melina- y, en general, sólo con que encontráramos cierta protección, podríamos completarnos muy pronto en estas cercanías.

Entretanto decíale Filina a la condesa:

-Aún hay arriba un mancebo muy lindo, que, sin duda, pronto será considerado como primer galán.

-¿Por qué no se deja ver? -repuso la condesa.

-Voy a buscarlo -exclamó Filina y corrió hacia la puerta.

Encontró a Guillermo ocupándose todavía de Mignon y lo convenció para que bajara con ella. La siguió con alguna repugnancia, pero lo empujaba la curiosidad, pues ya que oía hablar de personas de distinción, estaba lleno de deseos de conocerlas. Entró en la habitación y sus ojos tropezaron al punto con los de la condesa, que estaban dirigidos hacia él. Filina lo llevó hacia la dama, mientras el conde se ocupaba de los otros. Guillermo se inclinó y respondió, no sin confusión, a las diversas preguntas que le dirigió la encantadora señora. Su hermosura, juventud, gracia, elegancia y finos modales hicieron en él la impresión más agradable, tanto más que sus palabras y ademanes iban acompañados de cierta reserva que casi podría calificarse de turbación. También fue presentado al conde, el cual, sin embargo, le prestó poca atención, sino que, en vez de ello, se retiró con su esposa al hueco de una ventana, y pareció preguntarle alguna cosa. Podía observarse que la opinión de la dama coincidía muy vivamente con la suya, propia de modo que parecía que ella le rogaba con solicitud y lo fortalecía en sus opiniones.

Tras de lo cual, pronto se volvió el conde hacia la compañía y dijo:

-Por el momento no puedo detenerme, pero enviaré a un amigo a tratar con vosotros, y si fijáis condiciones moderadas y queréis esforzaros por representar bien, no me repugnaría haceros trabajar en el castillo.

Todos mostraron gran alegría, y Filina, con la mayor vivacidad, besó las manos de la condesa.

-Ya verá usted, pequeña -dijo la dama, dándole a la aturdida muchacha palmaditas en las mejillas-, ya verá usted cómo viene junto a mí; cumpliré mi promesa; pero es preciso que se vista usted mejor.

Filina se disculpó con que podía emplear poco dinero en su vestuario, y al punto la condesa ordenó a sus doncellas que le dieran un sombrero inglés y un chal de seda que podían ser sacados fácilmente de los equipajes. Entonces la misma condesa adornó con ellos a Filina, la cual, con semblante hipócrita y candoroso, continuó gesticulando y accionando muy gentilmente.

El conde le presentó la mano a su esposa y la condujo abajo. Al pasar, saludó amablemente a toda la compañía, y volviéndose aún otra vez hacia Guillermo, díjole con el aire más clemente:

-Volveremos a vernos pronto.

Tan dichosas perspectivas reanimaron a toda la compañía; cada cual dio libre curso a sus esperanzas, deseos y fantasías; hablaba de los papeles que quería representar y de los aplausos que había de obtener. Melina se puso a reflexionar para ver cómo podría dar rápidamente algunas representaciones, a fin de obtener algún dinero de los habitantes de la ciudad, prestando al mismo tiempo bríos a la naciente compañía, mientras otros fueron a la cocina para encargar una comida mejor que la habitual.

Capítulo II

Al cabo de algunos días llegó el barón y, no sin recelo, lo recibió Melina. El conde lo había anunciado como a un gran entendido en cosas de teatro, y era de temer que descubriera muy pronto los lados débiles de la pequeña banda y reconociera que no tenía ante sí una compañía formada, ya que apenas podían desempeñar, como era debido, ni una sola obra; sólo que, sin dilación alguna, tanto el director como el resto de los cómicos estuvieron libres de todo cuidado, pues encontraron en el barón a una persona que consideraba con el mayor entusiasmo el teatro nacional, y para quien todos los cómicos y todas las compañías eran cosa grata y jocunda. Saludó a todos con solemnidad, felicitose de encontrar tan impensadamente una sociedad de cómicos alemanes, de entrar en relaciones con ellos y de introducir las musas patrias en el castillo de su pariente. Poco después sacó de su bolsillo un cuaderno, en el que Melina esperaba descubrir las cláusulas del contrato; pero era muy otra cosa. El barón les rogó que escucharan con atención un drama que él

mismo había compuesto y que deseaba ver representado por ellos. Gustosamente formaron círculo a su alrededor y celebraron poder ganar a tan escaso coste el favor de un hombre tan necesario, aunque cada uno de ellos, a juzgar por el volumen del cuaderno, temió que la cosa fuera excesivamente larga. Y lo era realmente; la obra estaba compuesta en cinco actos, y de esos que no tienen fin.

El héroe era un hombre de calidad, virtuoso, magnánimo y al propio tiempo desconocido y perseguido, pero que, por último, triunfaba de sus enemigos, sobre los que se habría ejercido al instante la más severa justicia poética si el propio héroe, en el acto final, no los hubiera perdonado.

Mientras fue leída la obra, cada auditor tuvo espacio suficiente para pensar en sí mismo y ascender dulcemente desde la humildad a que se sentía inclinado aún muy poco tiempo antes, hasta una dichosa satisfacción de sí mismo y a columbrar desde ella las más halagüeñas perspectivas para el porvenir. Aquellos que no encontraban en la obra ningún papel que les conviniera, la juzgaron en su fuero interno como mala y tuvieron al barón por un dramaturgo desgraciado; por el contrario, los otros, con todo el posible contentamiento del autor, colmaron con las mayores alabanzas los pasajes en que esperaban ser aplaudidos.

La cuestión económica estuvo arreglada con toda celeridad. Melina, con gran provecho suyo, supo concertar con el barón un contrato y mantenerlo secreto para los restantes comediantes.

Acerca de Guillermo, habló Melina como de paso con el barón y le aseguró que estaba muy bien considerado como poeta dramático y que hasta no tenía malas disposiciones para actor. Al punto el barón entró en relaciones con él, como con un colega, y Guillermo le dio a conocer algunas piececillas que se habían salvado por casualidad, junto con algunas otras pocas reliquias, aquel día en que la mayor parte de sus trabajos habían sido consumidos por el fuego. El barón alabó tanto las piezas como la manera de leerlas; dio por convenido que iría con ellos al castillo, y al despedirse prometió a todos la mejor acogida, cómodo alojamiento, buena mesa, aplausos y regalos, y para Melina añadió a esto la seguridad de determinada gratificación.

Fácil es de pensar la buena disposición de ánimo en que tal visita dejó a la compañía, ya que todos veían, de repente, ante sí, en vez de una angustiosa y miserable situación, el bienestar y la fama. Contando con ello, ya se divertían anticipadamente y cada cual juzgaba como una indignidad conservar ni un solo gros en su bolsillo.

En tanto, Guillermo deliberaba consigo mismo acerca de si debería acompañar a los cómicos al castillo, y encontró que en más de un sentido era aconsejable el trasladarse allí. Melina, con aquel ventajoso contrato, esperaba poder reembolsarle siquiera una parte de su deuda, y nuestro amigo, a quien interesaba el conocimiento de las gentes, no quería desperdiciar la ocasión de conocer de cerca el gran mundo, en el que esperaba encontrar muchas luces para comprender la vida, entenderse a sí mismo y al arte. Al propio tiempo, no osaba confesarse cuánto deseaba volver a acercarse a la hermosa condesa. Más bien trataba de convencerse, en general, de las grandes ventajas que le traerían un conocimiento más directo del mundo rico y distinguido. Reflexionó sobre el conde, la condesa y el barón,

sobre el aplomo, la facilidad y la gracia de su porte, y exclamó con entusiasmo cuando estuvo solo:

-De triple felicidad pueden alabarse aquellos que ya por su nacimiento se hallan realzados sobre los bajos escalones de la humanidad; aquellos que, por esa situación, no necesitan recorrer, ni aun visitar siquiera como huéspedes, aquellas situaciones en las que, durante todo el tiempo de su vida, se angustian otros hombres excelentes. En el alto punto de vista en que se encuentran, tiene que ser general y segura su mirada y fácil cada paso de su vida. Desde su nacimiento, hállanse como colocados en un navío, a fin de que, en la travesía que tenemos que hacer todos nosotros, puedan servirse de los vientos favorables y aguardar el término de los contrarios, mientras otros hombres se consumen nadando para sostener su persona, obtienen poco provecho del tiempo más ventajoso y perecen en la tormenta con fuerzas pronto agotadas. ¡Qué comodidades, qué facilidad no da una fortuna heredada! Y ¡qué florecimiento no tiene una empresa mercantil fundada sobre un buen capital, en forma que cualquier empresa desgraciada no la arroje al punto en la inactividad! ¿Quién puede conocer mejor el mérito y el demérito de las cosas terrenas sino aquel que se ha hallado en el caso de gozar de ellas desde su niñez, y quién puede dirigir más pronto su espíritu hacia lo necesario, lo útil y verdadero sino quien tiene que estar desengañado de tantos errores en una edad en que aún no tiene quebrantadas sus fuerzas para comenzar una existencia nueva?

De este modo proclamaba felices nuestro amigo a todos aquellos que se encuentran en elevadas regiones, pero también a los que pueden acercarse a tales círculos, beber en esas fuentes, y bendijo a su genio protector que hacía preparativos para hacerlo subir también por aquellos peldaños.

Mientras tanto, Melina, después de haberse roto largo tiempo la cabeza para ver el modo como podría dividir la compañía en diversas especialidades, asignando a cada una de ellas un grupo determinado de papeles, según el deseo del conde y su propia convicción, por último, cuando llegó la hora de la realización, tuvo que darse por contento, si, con un personal tan escaso, encontraba dispuestos a sus cómicos para encargarse de cualquier personaje, según fuera necesario. No obstante, de ordinario Laertes tomaba a su cargo los galanes, Filina las camareras, las dos damitas se repartían los papeles de enamorada ingenua y tierna. El viejo gruñón era el que resultaba más en carácter. El mismo Melina creyó deber encargarse de los caballeros; madama Melina, con gran enojo suyo, tuvo que pasar a los papeles de casada joven y hasta de madre sentimental, y como en las obras modernas no era ya fácil que salieran un poeta o un pedante como personas ridículas, el conocido favorito del conde tuvo que representar ahora los papeles de presidente y ministro, porque, habitualmente, son presentados éstos como bribones y maltratados en el quinto acto. También Melina, como chambelán o gentilhombre, aguantaba gustoso las groserías que le eran espetadas, a la manera tradicional, en varias obras favoritas, por muy cabales varones alemanes, porque, en tal ocasión, podía vestirse muy a lo galán y le era permitido adoptar los aires de corte que creía poseer cumplidamente.

No pasó mucho tiempo sin que de varios lados acudieran diversos cómicos, que fueron aceptados sin ningún examen especial, pero también contratados sin ningún alto sueldo.

Guillermo, a quien en vano procuró convencer Melina algunas veces para que hiciera un papel de galán, ocupose con muy buena voluntad de la empresa, sin que nuestro nuevo director agradeciera en lo más mínimo sus esfuerzos, ya que más bien creía haber recibido, con la dignidad de director, todas las capacidades necesarias para ello; en especial, el hacer atajos en las obras era su ocupación más agradable, con lo que lograba, sin tener en cuenta ninguna otra consideración, que cada obra se acomodara a la duración debida. Tuvo mucha concurrencia, el público quedó muy contento, y los habitantes de la ciudad, más entendidos, afirmaron que el teatro de la residencia del príncipe en modo alguno podía ser considerado tan bueno como el suyo.

Capítulo III

Por fin llegó el momento en que debían disponerse para la partida y esperar los coches y carros que habían sido encargados para transportar al castillo del conde a toda nuestra compañía. Ya anticipadamente hubo grandes disputas acerca de quiénes irían juntos, cómo se repartirían por los coches. El orden y la distribución fueron, por fin, trabajosamente acordados y establecidos, pero, por desdicha, sin efecto alguno. A la hora fijada, vinieron menos carruajes de los que se había esperado y hubieron de arreglárselas con ellos. El barón, que los seguía a caballo a no mucha distancia, alegó, como causa, que todo en el castillo estaba en gran movimiento, no sólo porque el príncipe iba a llegar algunos días antes de lo que se había creído, sino porque se habían presentado inesperados huéspedes; faltaba sitio, y por ese motivo no estarían tan bien alojados como se lo habían prometido antes, cosa que él lamentaba extraordinariamente.

Distribuyéronse por los carruajes lo mejor que pudieron, y como el tiempo era tolerable y el castillo sólo se hallaba a unas cuantas leguas, los más animosos prefirieron hacer el camino a pie en vez de esperar el regreso de los coches. Partió la caravana con gritos de alegría, y, por primera vez, sin la preocupación de cómo habían de pagar al posadero. El castillo del conde se alzaba ante su imaginación como un palacio de hadas, eran las criaturas más felices y alegres del mundo, y por el camino cada cual, según su manera de pensar, contaba a partir de aquel día, con una serie de dichas, honores y prosperidades.

Una recia lluvia, que cayó inesperadamente, no pudo arrancarlos a estas gratas impresiones; pero como cada vez se hiciera más duradera y densa, muchos de ellos sintieron bastante incomodidad. Vino la noche, y nada podía serles más grato que descubrir el palacio del conde, resplandeciendo ante ellos en lo alto de una colina, iluminado en todos sus pisos en forma que se podían contar las ventanas.

Al llegar más cerca vieron también iluminadas todas las vidrieras de los edificios accesorios. Cada cual pensaba entre sí mismo cuál podría ser su habitación, y la mayor parte se contentaba modestamente con un cuarto en las guardillas o en las alas laterales.

Después atravesaron la aldea y pasaron por la posada. Guillermo hizo parar el coche para alojarse allí; sólo que el huésped le aseguró que no podía ofrecerle ni el sitio más pequeño.

El señor conde, por haberle llegado huéspedes inesperados, había comprometido al punto toda la posada, y en todas las habitaciones estaba ya claramente escrito con tiza desde la víspera quién debía alojarse en ellas. Por tanto, contra su voluntad, nuestro amigo tuvo que dirigirse al castillo con el resto de la compañía.

En torno a los hogares encendidos en un edificio secundario vieron a los activos cocineros que iban de un lado a otro, y ya con este espectáculo se sintieron restaurados; criados, con luces, bajaron a su encuentro, con toda prisa, por la escalera del edificio principal, y el corazón de los buenos viajeros se dilató al verlo. Pero, por el contrario, ¡cuál no fue su sorpresa cuando esta recepción se trocó en horribles imprecaciones! Los sirvientes denostaban a los cocheros por haber entrado hasta allí; les gritaban que dieran la vuelta y se dirigieran, por fuera, hacia el viejo castillo: allí era donde había sitio para tales huéspedes. A una determinación tan poco amable e inesperada añadieron, además, toda suerte de mofas, y se reían unos de otros por haber corrido bajo la lluvia a causa de aquel error. Siempre seguía cayendo el agua a torrentes; no había estrellas en el cielo, y la compañía fue llevada, por un desigual camino entre dos muros, hacia el viejo castillo, situado tras el otro; edificación que había permanecido deshabitada desde que el padre del conde actual había construido el nuevo palacio. Detuviéronse los coches, unos en el patio, otros bajo una ancha puerta abovedada, y los cocheros, que eran gente de la aldea a quien se había obligado a prestar aquel servicio, desengancharon y se volvieron atrás con sus caballerías.

Como nadie se presentaba para recibir a los cómicos, se bajaron de los coches, gritaron, buscaron por todas partes; pero vano trabajo. Todo permaneció silencioso y en tinieblas. El viento soplaba a través de la alta puerta, y era un lúgubre espectáculo el de las viejas torres y patios, de los que apenas se distinguían las formas en la obscuridad. Temblaban de frío y sentían estremecimientos; las mujeres tenían miedo; los niños comenzaron a llorar; su impaciencia crecía por momentos, y un tan rápido cambio de fortuna, para el que nadie estaba dispuesto, desconcertolos por completo.

Como a cada momento esperaban que viniera alguien que les abriera las puertas; como los engañaban, ya la lluvia, ya la tormenta, y más de una vez creyeron oír los pasos del deseado guarda del castillo, estuvieron largo tiempo desazonados e inmóviles; a nadie se le ocurrió ir al palacio nuevo y pedir auxilio a las almas compasivas. No podían comprender qué había sido de su amigo el barón, y se hallaban en la situación más penosa.

Por último, se acercaron realmente algunas personas; pero, por sus voces, reconocieron que eran aquellos peatones que, los que venían en coche, habían dejado atrás, por el camino. Refirieron que el barón se había caído del caballo, se había dañado en un pie fuertemente, y que también a ellos, al preguntar en el castillo, los habían dirigido con gran furor hacia allí.

Toda la compañía se encontraba en la mayor perplejidad; deliberaban sobre lo que deberían hacer, y no podían tomar resolución alguna. Por último, viose venir una linterna a lo lejos, y todos respiraron; sólo que también volvió a desvanecerse la esperanza de una pronta salvación cuando se acercó la aparición y se vio claramente lo que era. Un mozo de

cuadra alumbraba el camino al conocido caballerizo del conde, el cual, así que estuvo más cerca, preguntó muy apresuradamente por mademoiselle Filina. Apenas había salido ella del montón do los otros, cuando le rogó con insistencia que se dejara llevar al nuevo castillo, donde estaba preparado un rinconcito para ella entre las camareras de la condesa. No tuvo que pensarlo largo tiempo para aceptar, con gratitud, la oferta; cogiose del brazo del caballerizo y quiso partir con él bien de prisa, recomendándoles a los otros su equipaje; pero les cerraron el paso; preguntaron, suplicaron, conjuraron al caballerizo, quien, por último, sólo para verse libre con su hermosa, prometió todo lo que quisieron, y aseguró que al punto les sería abierto el castillo y alojarían a todos de la mejor manera. Poco después vieron cómo desaparecía el resplandor de su linterna, y en vano aguardaron una nueva luz durante largo tiempo, la que, por último, al cabo de mucha espera, injurias y denuestos, acabó por aparecer, reanimándolos con algunos consuelos y esperanzas.

Un antiguo criado abrió la puerta del viejo edificio, en el que penetraron violentamente. Cada cual no se ocupó más que de sus cosas, de sacarlas de los coches, meterlas en la casa. La mayor parte del equipaje estaba tan empapado como las personas mismas. Con una luz única, todo se hacía muy lentamente. En el edificio tropezaban unos con otros, daban traspiés, caían. Suplicaron que les dieran más luces, que fuera encendido fuego. El lacónico criado decidiose, con gran trabajo, a dejar allí su linterna, fuese y no volvió más.

Entonces se pusieron a registrar la casa: fueron abiertas las puertas de todas las habitaciones; de su antiguo esplendor quedaban todavía grandes estufas, tapices, suelos de taracea; pero no había modo de encontrar ninguna pieza de mobiliario, ni mesas, ni sillas ni espejos; apenas algunas inmensas armaduras de cama sin jergones; todo lo decorativo y todo lo necesario había sido llevado de allí. Los húmedos baúles y maletas fueron elegidos como asientos; una parte de los fatigados caminantes acomodose, como pudo, en el suelo; Guillermo se había sentado en un escalón, y Mignon se apoyaba en sus rodillas. La niña estaba intranquila, y al preguntarle lo que tenía, respondió: «Tengo hambre». No poseía él cosa alguna que pudiese calmar la necesidad de la niña; el resto de la compañía había consumido también todas las provisiones, y tuvo que dejar sin satisfacción a la pobre criatura. Durante estos sucesos había permanecido ocioso y reconcentrado en sí mismo, pues estaba muy disgustado y furioso por no haber persistido en su idea y haberse alojado en la posada, aunque hubiera tenido que acostarse en el último granero.

Los otros se las arreglaban cada cual a su manera Algunos habían colocado un montón de viejas maderas en la inmensa chimenea de la sala, y encendieron con grandes clamores de júbilo la hoguera. Por desgracia, también se vio espantosamente burlada la esperanza de secarse y calentarse allí, pues aquella chimenea no era más que de adorno, y estaba tapada por arriba; el humo descendió rápidamente y llenó de pronto toda la habitación; las maderas secas se inflamaban chisporroteando, y hasta las llamas eran echadas fuera; los soplos de aire que entraban por los rotos vidrios de las vidrieras daban a las llamas una dirección incierta; temiose prender fuego al castillo: hubo que retirar, trozo a trozo, las encendidas maderas, pisotearlas, ahogar su fuego; el humo se aumentó y la situación llegó a ser insoportable; estaban al borde de la desesperación.

Guillermo, huyendo del humo, se había retirado a una apartada estancia, adonde no tardó en seguirlo Mignon con un criado bien vestido, que traía una alta y clara linterna de

dos luces; dirigiose a Guillermo y, presentándole en un hermoso plato de porcelana frutas y confites, le dijo:

-Esto lo envía para usted la damita de la otra casa, rogándole que vaya a acompañarla. Me mandó decirle -añadió el sirviente con cara maliciosa- que le va muy bien, y que desea compartir su bienestar con sus amigos.

Guillermo lo esperaba todo menos esta proposición, pues después de la aventura del banco de piedra había tratado a Filina con manifiesto desprecio, y estaba tan firmemente decidido a no volver a tener nada en común con ella, que se hallaba a punto de devolver el dulce presente cuando, una suplicante mirada de Mignon, le forzó a aceptarlo y dar gracias por él en nombre de la niña; en cuanto, a la invitación, la rechazó por completo. Rogó al criado que se ocupara algo de la recién llegada compañía y pidió noticias del barón. Estaba acostado, pero, según el criado había oído decir, le había dado ya la comisión a otro sirviente de que cuidara de aquella gente tan miserablemente alojada.

Fuese el criado y le dejó a Guillermo una de sus luces, la cual, a falta de candelero, tuvo que pegar éste en el antepecho de la ventana, de modo que, en medio de sus reflexiones, veía siquiera claramente las cuatro paredes del cuarto. Pasó todavía largo tiempo antes de que fueran adoptadas las disposiciones que debían permitir que se acostaran a descansar nuestros huéspedes. Poco a poco fueron llegando luces, pero sin despabiladeras; después, algunas sillas; una hora más tarde, mantas; después, almohadas; todo plenamente empapado, y hacía mucho tiempo que había pasado ya la medianoche cuando, por fin, trajeron sacos de paja y jergones, cosa que habría sido altamente bien recibida si la hubieran tenido a mano antes de entonces.

Mientras tanto habían aportado también algunas cosas de comer y beber, que fueron consumidas sin ejercer gran crítica, aunque eran semejantes a sobras revueltas, y no suministraban ningún gran testimonio del aprecio que se hacía de tales huéspedes.

Capítulo IV

La mala educación y la impertinencia de algunos aturdidos compañeros aumentaron todavía la inquietud y el daño de la noche, ya que se hostigaban unos a otros, se despertaban y se daban mutuamente toda suerte de bromas. A la otra mañana prorrumpieron en quejas contra su amigo el barón, que los había engañado hasta aquel punto y les había trazado un cuadro muy diferente del orden y las comodidades con que se encontrarían. No obstante, con asombro suyo y para su consuelo, ya muy temprano se presentó el propio conde con algunos criados y se informó de su situación. Enojose mucho al oír lo mal que les había ido, y el barón, que fue llevado allí cojeando, acusó al mayordomo de haberse mostrado muy desobediente en aquella ocasión, y creyó haberle cogido en un mal paso.

El conde ordenó al punto que, en su propia presencia, fuera dispuesto todo para la mayor comodidad posible de los huéspedes. Después vinieron algunos oficiales de ejército que

querían conocer al instante a las actrices, y el conde se hizo presentar a toda la compañía, hablole a cada cual por su nombre y mezcló algunas bromas en la conversación, de modo que todos quedaron encantados con señor tan magnánimo. Por último, también tuvo que presentarse Guillermo, de quien no se separaba Mignon. Guillermo se disculpó lo mejor que pudo por la libertad que se había tomado, y el conde, por el contrario, pareció acoger su presencia como cosa ya sabida.

Un señor que se hallaba junto al conde, a quien se tomaría por un militar aunque no llevaba uniforme, habló en particular con nuestro amigo. Se distinguía de todos los otros: grandes ojos, de un color azul claro, brillaban bajo una elevada frente; sus cabellos rubios estaban recogidos de modo descuidado, y su mediana estatura acusaba un carácter muy bravo, firme y decidido. Sus preguntas eran vivas, y parecía entender de todo lo que le hablaba.

Guillermo preguntole al barón quién era aquel hombre, el cual no obstante, no supo decirle mucho bueno de él. Tenía la graduación de comandante; era realmente el favorito del príncipe, se ocupaba de sus asuntos más secretos y era considerado como su brazo derecho; hasta había motivos para creer que fuera hijo natural suyo. Había estado con embajadas en Francia, Inglaterra e Italia, y en todas partes lo habían distinguido mucho, cosa que lo había hecho presuntuoso; se imaginaba conocer a fondo la literatura alemana, y se permitía toda suerte de hueras mofas contra ella. Él, el barón, evitaba toda conversación con aquel hombre, y Guillermo haría bien manteniéndose de igual modo alejado, pues, al final, acababa por portarse mal con todo el mundo. Se llamaba Yarno; pero no se sabía bien lo que debía pensarse de tal nombre.

Guillermo no supo qué responder, pues sentía cierta inclinación hacia el desconocido, aunque también hubiera en él algo frío y repulsivo.

La compañía de cómicos fue distribuida por el castillo, y Melina les prescribió muy severamente que debían observar en adelante una conducta ordenada: las mujeres debían vivir aparte, y cada cual ocuparse sólo de sus papeles y dirigir hacia el arte su atención y sus miradas. Pegó en todas las puertas unos reglamentos y leyes, que se componían de muchos artículos. Estaba determinada la cuantía de las multas que debía satisfacer a la caja común cada transgresor.

Estas disposiciones fueron poco atendidas. Los jóvenes militares entraban y salían, bromeaban con las actrices, no del modo más fino; se burlaban de los actores y redujeron a la nada todas aquellas ordenanzas de policía aun antes de que hubieran podido echar raíces. Se perseguían por las habitaciones, se disfrazaban, se escondían. Melina, que al principio quiso mostrar alguna severidad, fue puesto fuera de sí con toda especie de diabluras, y poco después, cuando el conde lo mandó llamar para visitar el sitio donde debía ser dispuesto el teatro, el daño se hizo aún mucho mayor. Los caballeritos imaginaron toda clase de estúpidas bromas; con la ayuda de algunos cómicos se hicieron todavía más groseros, y pareció como si todo el antiguo castillo estuviera ocupado por una banda de locos; ni tampoco terminó el desconcierto antes de que se sentaran a la mesa.

El conde había llevado a Melina a una gran sala, que pertenecía aún al viejo castillo, pero estaba unida por una galería con el nuevo, y en la que muy bien podía ser instalado un pequeño teatro. Allí mismo explicó el ingenioso señor de la casa cómo quería que fuera dispuesto todo.

Entonces emprendieron con gran prisa el trabajo. montaron y decoraron el tablado del teatro; colgaron todas las decoraciones que venían en los equipajes y de las que se podía necesitar, y lo restante se hizo con el auxilio de algunos hábiles servidores del conde. El mismo Guillermo echó una mano: ayudó a determinar la perspectiva, a trazar los bocetos y se ocupó principalmente de que no se cometiera ninguna incongruencia. El conde, que se presentaba con frecuencia, hallábase muy contento con todo ello; explicaba cómo debían hacer los decoradores lo que ya estaban haciendo realmente, y mostraba en sus discursos, nada vulgares, conocimientos sobre cada arte.

Después comenzaron con toda seriedad los ensayos, para los que habrían tenido bastante espacio y vagar si no hubieran sido siempre estorbados por numerosos forasteros. Pues todos los días venían nuevos huéspedes, y cada uno de ellos quería echar un vistazo a los comediantes.

Capítulo V

El barón había traído entretenido durante algunos días a Guillermo con la esperanza de que debía volver a ser presentado en particular a la condesa.

-Le referí tantas cosas a esa excelente señora -dijo- acerca de las obras que usted escribe, tan llenas de espíritu y sentimiento, que le tarda el momento de hablar con usted y hacer que le lea alguna de sus composiciones. Esté usted preparado para comparecer ante ella a la primera indica ción, pues tan pronto como haya una mañana tranquila será usted llamado seguramente.

Señalole tras ello la piececita que debía leerle primero, con la que se ganaría una estimación muy especial. La dama lamentaba mucho que hubiera llegado Guillermo en momentos de tanta inquietud y tuviera que acomodarse malamente en el viejo castillo con el resto de la compañía.

Después, con el mayor cuidado, examinó Guillermo la piececilla con que debía hacer su entrada en el gran mundo.

-Hasta ahora -se dijo- has trabajado para ti en el silencio, y sólo has recibido aplausos de algún amigo aislado; durante una temporada has desesperado totalmente de tu talento, y siempre conservas aún la preocupación de si no estarás en el buen camino y de si tendrás tantas disposiciones como afición por el teatro. Ante un auditorio de gentes tan expertas, en un gabinete donde toda ilusión es imposible, la tentativa es mucho más peligrosa que en cualquier otro sitio, y, sin embargo, no me gustaría quedarme atrás y no enlazar este goce con mis anteriores alegrías y no ensanchar mis esperanzas en el porvenir.

Tomó, después de ello, algunas de sus obras; las leyó con la mayor atención; corrigió alguna cosa; las recitó en voz alta, para estar también muy ejercitado en cuanto a la palabra y la expresión, y metiose en el bolsillo aquello que creía tener mejor estudiado, de lo que esperaba un triunfo mayor, cuando cierta mañana fue invitado a pasar al otro edificio ante la condesa.

El barón le había asegurado que estaría sola con una buena amiga. Cuando entró en la estancia, la baronesa de C*** vino a su encuentro con mucha amabilidad, celebró conocerle y lo presentó a la condesa, a quien estaban peinando en aquel momento, la cual lo recibió con muy amables palabras y miradas; pero, por desgracia, junto a su sillón descubrió a Filina, de rodillas, haciendo toda suerte de necedades.

-La hermosa niña -dijo la baronesa- nos ha cantado ya diversas cosas. Termine usted la comenzada cancioncita para que no perdamos nada de ella.

Guillermo escuchó con gran paciencia la piececilla, deseando que se alejara el peluquero antes de que comenzara él su lectura. Ofreciéronle una taza de chocolate, para lo cual la baronesa misma le presentó las tostadas. A pesar de ello, tal desayuno no le supo bien, pues deseaba con demasiada viveza leerle a la hermosa condesa algo que pudiera interesarle, con lo que pudiera hacérsele agradable. También Filina le estorbaba mucho, pues con frecuencia había sido para él una oyente molesta. Observaba con ansiedad las manos del peluquero, y esperaba a cada instante la terminación del capilar edificio. Mientras tanto había entrado el conde, y habló de los huéspedes que esperaban aquel día, de la distribución de la jornada y de las demás cosas que podían ocurrir en la casa. Cuando salió, algunos militares mandaron a pedir permiso a la condesa para poder cumplimentarla, pues tenían que partir a caballo antes de la comida. El peluquero había terminado durante este tiempo, y la dama hizo entrar a los señores.

Entretanto, esforzábase la baronesa por entretener a nuestro amigo y mostrarle mucha estima, cosa que él recibía con respeto, aunque algo distraído. Tocaba a veces el manuscrito de su bolsillo, esperaba que llegaría el momento, e iba a perder casi la paciencia cuando fue introducido un vendedor de modas, que abrió despiadadamente, una tras otra, sus cajas de cartón, maletas y cofres, y mostraba cada especie de mercancías con la insistencia propia de esa familia de gentes.

La reunión se hizo más numerosa. La baronesa miró a Guillermo y habló en voz baja con la condesa; notolo él, sin comprender la intención, que por fin le fue clara al retirarse, después de una hora de congojosa y vana espera. Encontró en su bolsillo una linda cartera inglesa. La baronesa había sabido introducirla allí sin que él lo advirtiera, y poco después apareció el negrito de la condesa, que le traía una chupa lindamente bordada, sin decirle claramente de dónde procedía.

Capítulo VI

Una mezcla de disgusto y agradecimiento echole a perder todo el resto del día, hasta que, hacia la tarde, volvió a encontrar ocupación al descubrirle Melina que el conde había hablado de cierto prólogo que debía ser ejecutado en honor del príncipe el día de su llegada. Quería que estuvieran representadas en él las cualidades de aquel gran héroe, bienhechor de los hombres. Aquellas virtudes debían presentarse juntas en escena, prorrumpir en alabanzas del festejado y, por último, coronar su busto con guirnaldas de laurel y flores, a cuyo tiempo debían resplandecer en un transparente las iniciales de su nombre con sus atributos de príncipe. El conde le había encargado que se ocupara de la versificación y de los restantes preparativos para la obra, y esperaba que Guillermo le ayudaría gustoso, ya que para él debía ser aquello fácil cosa.

-¡Cómo! -exclamó éste con enojo-. ¿No hay sino retratos, iniciales y figuras alegóricas para honrar a un gran príncipe, que, según mi opinión, merece muy otras alabanzas? ¿Cómo puede lisonjear a un hombre inteligente verse representado en efigie y que brille su nombre en papel untado de aceite? Temo mucho que las alegorías, dado, sobre todo, nuestro vestuario, darían ocasión a muchos equívocos y bromas. Si quiere usted hacer esa obra o mandarla hacer, no puedo oponerme; sólo suplico que se me exima de toda intervención.

Melina se disculpó diciendo que aquello era solamente una idea aproximada enunciada por el conde, el cual, por lo demás, quería dejarles en plena libertad en cuanto a la manera como dispusieran la obra.

-Con gran satisfacción -repuso Guillermo- contribuiré de algún modo a proporcionar un placer a ese excelente señor, y mi musa no ha tenido aún ninguna ocupación tan agradable como la de alzar su voz, aunque sólo sea tartamudeando, en alabanza de un príncipe que tanta veneración merece. Reflexionaré sobre el asunto, y acaso logre presentar a nuestra pequeña compañía en forma que produzca siquiera algún efecto.

Desde aquel momento caviló Guillermo con gran ardor sobre la cuestión. Antes de acostarse ya tenía todo bastante bien combinado, y a la mañana siguiente, bien temprano, estuvo acabado el plan, esbozadas las escenas y hasta versificados y puestos por escrito algunos de los más importantes pasajes y canciones.

Guillermo, ya por la mañana, corrió al cuarto del barón para hablarle de ciertos detalles y exponerle su plan. Este le agradó mucho; pero mostró alguna sorpresa, pues la noche anterior le había oído hablar al conde de una obra muy diferente, que debía ser puesta en verso, siguiendo sus indicaciones.

-Yo no podía figurarme -repuso Guillermo- que la intención del conde hubiera sido que se ejecutara la obra tal como él se la había indicado a Melina; si no me equivoco, sólo quería señalarnos el debido camino con una orientación general. El aficionado y el entendido le indican al artista lo que desean tener, y dejan después a su cuidado el producir la obra.

-En modo alguno -repuso el barón-; el señor Conde dispone que la obra sea ejecutada tal como él lo indicó, y no de otra manera. La de usted tiene una lejana semejanza con su idea, es cierto, y si queremos llevarla adelante y desviarlo de su primer pensamiento tenemos que

actuar por medio de las damas; en especial, la baronesa sabe realizar estas operaciones de un modo magistral; la cuestión es averiguar si el plan que le presentemos le agradará hasta el punto de querer encargarse del asunto; en ese caso, el éxito es seguro.

-Aparte de eso, también para otra cosa necesitamos el auxilio de las damas -dijo Guillermo-, pues es posible que nuestro personal y nuestra guardarropía no sean suficientes para la ejecución de la obra. Había contado ya con algunos lindos niños que corren por la casa de un lado a otro y que pertenecen al ayuda de cámara y al mayordomo.

Después solicitó del barón que pusiera su plan en conocimiento de las damas. Este volvió poco después y trajo la noticia de que querían hablar con el mismo Guillermo. Aquella noche, cuando los señores estuvieran ocupados en el juego, cosa que tendría más importancia que de ordinario por la llegada de cierto general, a pretexto de una indisposición, se retirarían ellas a su cuarto, y Guillermo debía ser conducido por la escalera secreta, y podría exponer de la mejor manera su asunto. Esta especie de misterio dábale ya doble atractivo al asunto; desde entonces, en especial la baronesa, divertíase como una niña con aquella cita, y más aún con deber proceder secreta y hábilmente contra la voluntad del conde.

Hacia la noche, a la hora señalada, vinieron a buscar a Guillermo y lo hicieron subir con toda precaución. La manera como la baronesa salió a su encuentro en un gabinetillo, recordole, durante un momento, pasados y dichosos tiempos. Llevolo al cuarto de la condesa y entonces comenzaron las preguntas y las averiguaciones. Expuso su plan con todo el calor y vivacidad posibles, de modo que las damas quedaron totalmente conquistadas, y nuestros lectores permitirán que también se los hagamos conocer en breves palabras.

La obra debía comenzar en una decoración campestre, con algunos niños que bailaran una danza, análoga a ese juego en que hay algunos que corren alrededor de los otros, tratando de quitarles el sitio que ocupan. Después debían pasar a otras bromas y, por último, cantar una alegre canción, bailando en corro, cogidos de las manos. Tras ello debía llegar el arpista con Mignon; provocaban curiosidad y atraían a diversas gentes del campo; el viejo debía cantar diversos cánticos en alabanza de la paz, el reposo y la alegría, y después ejecutaría Mignon la danza de los huevos.

Eran turbados en estos inocentes goces por una música guerrera, y la reunión sorprendida por una masa de soldados. Los hombres quieren defenderse y son dominados; las muchachas huyen y se les da alcance. Todo parece quedar deshecho en el tumulto cuando surge una persona, cuya caracterización no tenía aún determinada el poeta, y vuelve a restablecerse la tranquilidad con la noticia de que no se halla lejos el general en jefe. Aquí se describiría con los más hermosos rasgos el carácter del héroe, que promete la seguridad en medio de las armas y pone límites al orgullo y la violencia. Daríase principio a una fiesta general en honor del magnánimo caudillo.

Las señoras quedaron muy contentas con este plan; sólo afirmaron que necesariamente tenía que haber en la obra algo alegórico para hacerla agradable al señor conde. El barón propuso caracterizar al jefe de los soldados como genio de la discordia y la violencia; por

último, tenía que llegar Minerva, lo prendería con cadenas, daría noticia de la llegada del héroe y entonaría sus alabanzas. La baronesa tomó a su cargo la cuestión de persuadir al conde de que había sido ejecutado el plan señalado por él, sólo que con algunas modificaciones; pero para ello exigió expresamente que, al fin de la obra, aparecieran necesariamente el busto, las iniciales y las insignias del príncipe, porque sin ello sería inútil toda negociación.

Guillermo, que ya se había representado en su interior lo delicadamente que alabaría al héroe por boca de Minerva, no cedió en este punto sino al cabo de larga resistencia; pero se sintió forzado de manera muy grata. Los hermosos ojos de la condesa y sus amables gestos lo habrían llevado fácilmente a renunciar también a sus más bellas y agradables concepciones, a la codiciada unidad de la composición, a los más felices detalles y a proceder contra su conciencia poética. También sufrió ruda lucha su conciencia de ciudadano cuando, al determinar el reparto de papeles, exigieron, especialmente las damas, que también él representara uno.

A Laertes se le adjudicó como personaje el del poderoso dios de la guerra. Guillermo debía representar al jefe de las gentes del país, que tenía que decir algunos versos, muy lindos y conmovedores. Después de haberse resistido durante algún tiempo, tuvo también que acabar por rendirse; sobre todo, no encontró ya ninguna disculpa cuando la baronesa le hizo ver que el teatro del castillo no debía ser considerado más que como un teatro de sociedad, en el cual ella misma desearía trabajar si se pudiera preparar la cosa de modo conveniente. Tras ello, las señoras despidieron a nuestro amigo con mucha amabilidad. La baronesa le aseguró que era un hombre incomparable y lo acompañó hasta la escalera secreta, donde le dio las buenas noches, estrechándole la mano.

Capítulo VII

Entusiasmado por el sincero interés que tomaban en el asunto las damas, adquirió plena vida para Guillermo el plan que se le había hecho más presente, gracias al relato. Empleó la mayor parte de la noche y la mañana siguiente en una cuidadosa versificación del diálogo.

Casi había terminado, cuando lo llamaron al castillo nuevo, donde le fue dicho que quería hablarle el señor, que justamente se hallaba almorzando en aquél momento. Al entrar en la sala, la baronesa salió la primera a su encuentro, y, a pretexto de darle los buenos días, murmuró misteriosamente a su oído:

-No diga usted nada de su obra; sólo conteste a lo que se le pregunte.

-Según oigo decir -le gritó el conde, está usted muy ocupado, trabajando en el prólogo que quiero hacer representar en honor al príncipe. Apruebo que introduzca usted en él una Minerva, y estuve pensando todo este tiempo cómo debe ir vestida la diosa, a fin de no incurrir en una impropiedad. Por ello, he mandado traer de mi biblioteca todos los libros en que se encuentra la imagen de Minerva.

En aquel momento precisamente entraban en la sala algunos sirvientes con grandes cestas llenas de libros de todos los tamaños.

Montfaucon, las colecciones de antiguas estatuas, piedras talladas y medallas, toda suerte de obras sobre Mitología fueron abiertas y comparadas sus figuras. Pero aún no era bastante con eso. La excelente memoria del conde le representó todas las Minervas que podían figurar en portadas, viñetas u otros lugares de libros. Por ese motivo tuvieron que ir llevando, desde la biblioteca, un volumen tras otro, en forma que, por último, el conde hallábase sentado sobre un montón de libros. Finalmente, como no recordara ya ninguna Minerva, exclamó, rompiendo a reír:

-Podría apostar que ahora no hay ya ninguna Minerva en toda la biblioteca, y acaso sea ésta la primera vez que ocurra que una colección de libros tenga que estar tan por completo privada de la imagen de su diosa protectora.

Toda la reunión celebró la ocurrencia, y especialmente Yarno, que había excitado al conde a traer cada vez más libros, se reía desmesuradamente.

-Ahora -dijo el conde, dirigiéndose a Guillermo- hay una cuestión capital, y es la de saber a qué diosa se refiere usted. ¿Minerva o Palas? ¿La diosa de la guerra o la de las artes?

-¿No sería lo más hábil, excelentísimo señor -repuso Guillermo-, no determinar expresamente ese punto, y ya que en la mitología representa un doble papel, dejarla aparecer también aquí con doble cualidad? Cierto que anuncia a un guerrero, pero sólo para tranquilizar al pueblo; celebra a un héroe, pero exaltando su humanidad; domina la violencia y restablece entre las gentes la calma y la alegría.

La baronesa, que sentía temor de que Guillermo se hiciera traición, hizo intervenir rápidamente al sastre de la condesa, quien tenía que dar su opinión sobre la mejor manera como podían ser hechos aquellos antiguos ropajes. Aquel hombre, acostumbrado a hacer disfraces, supo resolver la cuestión muy fácilmente, y como madama Melina, a pesar de su avanzado embarazo, había tomado a su cargo el papel de la celeste doncella, se le mandó que le tomara medida, e indicó la condesa, aunque con cierto mal humor de sus camareras, cuáles trajes de su guardarropa debían ser despedazados para ello.

De modo hábil supo también la baronesa alejar a Guillermo, y le hizo saber poco después que estaban ya arregladas todas las demás cosas. Al instante le envió al músico que dirigía la orquesta doméstica del conde, para que compusiera parte de los necesarios números de música y eligiera otros entre las melodías propias para el caso que encontrara en su repertorio. Desde entonces todo fue a pedir de boca; el conde no preguntó nada más acerca de la obra, sino que estaba ocupado principalmente con la decoración transparente que debía sorprender al espectador al fin de la pieza. Su inventiva y la habilidad de su confitero produjeron un efecto de iluminación en extremo grato, pues en sus viajes había visto los más solemnes espectáculos de aquella clase, había traído consigo muchos dibujos y grabados en cobre y sabía reproducir todas estas cosas con excelente gusto.

Mientras tanto, Guillermo terminaba su obra, diole a cada cual su papel, tomó a su cargo el suyo, y el músico, que también era muy entendido en danzas, organizó el ballet, y todo marchó del mejor modo.

Sólo se interpuso en su camino un obstáculo inesperado, que amenazaba producirles un vacío en el espectáculo. Habíase prometido Guillermo el efecto más grande con la danza de los huevos de Mignon, pero ¡qué sorprendido no se quedó cuando la niña, con su sequedad habitual, se negó a bailar, asegurando que ahora era dueña de su persona y no volvería a presentarse en el teatro! Trató de convencerla con toda clase de razonamientos, y no cejó hasta que ella comenzó a llorar amargamente, y exclamó, cayendo ante sus pies:

-¡Padre mío! ¡Mantente también tú alejado de la escena!

No reparó él en este aviso, y reflexionó en cómo podría hacer interesante la escena dándole otro giro.

Filina, que representaba una de las aldeanas y debía cantar los solos en la danza del corro y dar las entradas a los coros, gozaba inmoderadamente con ello. Aparte de eso, todo le resultaba a la medida de sus deseos: tenía un cuarto para ella sola, estaba siempre junto a la condesa, a quien divertía con sus monadas, por las que recibía algún regalo todos los días; también en aquella obra hicieron para ella un traje especial, y como poseía un natural muy dispuesto para la imitación, pronto había aprendido, en su trato con las damas, todo lo que podía ser conveniente para ella, y en muy poco tiempo se mostraba llena de miramientos y de buenos modales. Las atenciones del caballerizo más bien crecían que menguaban, y como los oficiales también se mostraban muy insistentes cerca de su persona, encontrándose en tan rico elemento, ocurriósele representar por aquella vez el papel de gazmoña y ejercitarse hábilmente en adoptar cierta apariencia distinguida. Siendo fría y perspicaz como lo era, conoció en ocho días las debilidades de toda la casa, de modo que, si hubiera sido capaz de proceder con premeditación, habría podido fácilmente labrar su fortuna. Pero también allí, sólo para divertirse y pasar bien el tiempo, se servía de sus ventajas, siendo impertinente donde notaba que podía hacerlo sin peligro.

Estaban aprendidos los papeles; dispúsose un ensayo general de la obra, el conde quiso presenciarlo, y su esposa comenzó a preocuparse acerca de cómo recibiría la cosa. La baronesa llamó en secreto a Guillermo, y, según se iba acercando la hora, manifestaban cada vez mayor perplejidad, pues de la idea del conde no había quedado absolutamente nada en la obra. Yarno, que se presentó justamente en aquel instante, fue puesto en el secreto. Regocijose vivamente y se sintió dispuesto a ofrecer sus buenos servicios a las damas.

-Tendrían que ir muy mal las cosas -dijo-, para que ustedes, señoras mías, no pudieran salir solas de este compromiso; pero, en todo caso, quiero mantenerme yo como reserva.

La baronesa refirió la manera como hasta entonces le habían hablado al conde de la obra, siempre de un modo fragmentario y sin el debido orden, en forma que él estaba dispuesto para presenciar cada detalle, pero creía, en verdad, que el conjunto había de concertar con su idea.

-Esta noche, en el ensayo -dijo ella-, me sentaré a su lado y trataré de distraerlo. También avisé al confitero para que, aun presentando muy hermosamente la decoración del final, deje siempre que falte alguna pequeñez en ella.

-Sé yo de una corte -repuso Yarno- donde necesitaríamos poseer amigos tan prudentes y activos como usted lo es. Si esta noche no puede usted tener buen éxito con sus artes, hágame una seña y haré salir al conde para no dejarle volver a entrar hasta que se presente Minerva y sea de esperar para muy pronto el socorro de la iluminación. Hace ya algunos días que tengo que comunicarle algo que se refiere a su primo, y, afortunadamente, siempre he venido retrasándolo. También eso le servirá de distracción, y, a la verdad, no de las más agradables.

Algunas ocupaciones impidieron al conde que se hallara al principio del ensayo; después lo entretuvo la baronesa. El auxilio de Yarno no fue en modo alguno necesario, pues como el conde tuvo bastantes cosas que poner en orden, enmendar y dirigir, perdiose por completo en estos detalles; además, como al final la señora Melina habló según sus ideas y resultó bien la iluminación, mostrose plenamente contento. Sólo cuando todo estuvo acabado y pasaron a las mesas de juego, pareció llamarle la atención la diferencia, y comenzó a reflexionar en si realmente sería invención suya la obra. Mediante una seña, Yarno salió de su retaguardia; transcurrió la velada; la noticia de que era auténtica la llegada del príncipe tuvo su confirmación; salieron diversas veces a caballo para ver la vanguardia acampada en las cercanías; la casa estaba llena de ruidos e intranquilidad, y nuestros cómicos, que no siempre eran atendidos del mejor modo por los mal dispuestos criados, tenían que pasar su tiempo en el viejo castillo, llenos de expectación y entregados a sus ensayos, sin que nadie se acordara especialmente de ellos.

Capítulo VIII

Por fin había llegado el príncipe; el generalato, los oficiales de Estado Mayor y el resto del séquito que surgieron al mismo tiempo, las muchas personas que se presentaban, unas como huéspedes, otras para tratar de asuntos, hacían del castillo algo semejante a una colmena de la cual quisiera salir un enjambre. Todos se oprimían para ver al excelente príncipe y cada cual admiraba su afabilidad y llaneza; todos se asombraban de descubrir en el héroe y el caudillo al más agradable hombre de corte.

Según orden del conde, todos los habitantes de la casa tuvieron que estar en sus puestos a la llegada del príncipe; a ningún cómico le era permitido dejarse ver, porque el príncipe debía ser sorprendido con la solemne fiesta preparada, y de este modo, por la noche, cuando lo llevaron a la gran sala bien iluminada y decorada con tapices del siglo pasado, no parecía esperar, en modo alguno, ver una comedia, ni mucho menos un prólogo en su honor. Todo resultó de la mejor manera, y la compañía, después de acabada la representación, tuvo que salir y mostrarse al príncipe, quien supo preguntar algo a cada cual, del modo más amable, y decirle algo a todo el mundo, en el tono más grato. Guillermo, como autor, tuvo que destacarse en forma especial y también a él le fue rendida su parte de aplauso.

Nadie volvió a tratar del prólogo, y al cabo de algunos días, era como si nunca se hubiera representado nada semejante, salvo que Yarno habló incidentalmente acerca de él con Guillermo y se lo alabó en términos muy razonables; pero añadiendo:

-Es lástima que juegue usted con nueces hueras y por nueces hueras.

Durante varios días no se le borraron de la memoria a Guillermo tales palabras; no sabía cómo explicárselas ni qué debía deducir de ellas.

Mientras tanto, la compañía representaba todas las noches lo mejor que podía hacerlo, dada su capacidad, y hacía todo lo posible para atraer la atención de los espectadores. Dábanles ánimos inmerecidos aplausos, y, en su viejo castillo, creían que en realidad era por ellos por lo que se había reunido la gran concurrencia, que sus representaciones atraían la gran masa de forasteros, y que ellos eran el punto medio en torno al cual y por el cual todo se movía y giraba.

Sólo Guillermo, con gran disgusto suyo, advertía precisamente lo contrario; pues aun cuando el príncipe hubiera asistido desde el principio al fin, con la mayor escrupulosidad, a las primeras representaciones, pareció, poco a poco, irse excusando de buena manera de hacerlo. Justamente aquellas personas, con Yarno a su cabeza, que Guillermo había descubierto como más cultas en las conversaciones, sólo cortos instantes pasaban en la sala del teatro; en general, permanecían sentadas en el salón de la entrada, jugaban o parecían entretenerse charlando de sus asuntos.

A Guillermo le disgustaba mucho, a pesar de sus perseverantes esfuerzos, verse privado de los aplausos que deseaba. En la elección de obras, la copia de papeles, los ensayos constantes, y en todo lo que pudiera presentarse, ayudaba celosamente a Melina, quien acabó por dejarle hacer lo que quisiera, al sentir secretamente su propia insuficiencia. Guillermo aprendía con diligencia sus papeles y los recitaba, con calor y vivacidad y toda la distinción que permitía la escasa educación mundana que se había dado a sí mismo.

Entretanto, el sostenido interés del barón apartaba toda duda de los restantes miembros de la compañía, ya que aseguraba que lograban los mayores efectos, sobre todo cuando representaban alguna de las obras que él había escrito; sólo lamentaba que el príncipe tuviera una exclusiva inclinación por el teatro francés, y que una parte de sus gentes, entre las cuales se distinguía Yarno muy en especial, manifestaran una apasionada preferencia por las monstruosidades de la escena inglesa.

De esta manera, si el arte de nuestros comediantes no era atendido ni admirado del modo más perfecto, sus personas, por el contrario, no eran del todo indiferentes a los espectadores y espectadoras. Ya hemos indicado antes que las cómicas habían suscitado la atención de los jóvenes militares ya desde el principio; pero en adelante fueron más dichosas e hicieron importantes conquistas. No obstante, las pasaremos en silencio, y haremos observar solamente que Guillermo le parecía cada día más interesante a la condesa, al modo como también en él comenzaba a germinar un secreto afecto hacia la dama. Cuando él estaba en escena, la señora no podía apartar los ojos de su persona, y pronto pareció que Guillermo

sólo se dirigía a ella al representar y recitar. Contemplarse mutuamente era para ellos un placer inefable, al cual se abandonaban por completo sus almas, inocentes, sin sustentar más vivos deseos o preocuparse de sus consecuencias.

Lo mismo que a través de un río que los aparta, conversan, pacífica y gratamente, dos avanzados puestos enemigos, sin pensar en la guerra en que están comprometidos sus dos partidos de uno y otro lado, así la condesa cambiaba con Guillermo miradas expresivas sobre el abismo monstruoso de su nacimiento y clase social, y, por su parte, creía cada uno de ellos que le era lícito entregarse sin peligro a sus sentimientos.

Mientras tanto, la baronesa había elegido a Laertes, que lo agradaba muy en especial como muchacho alegre y animoso, y él, por muy enemigo que fuera de las mujeres, no desdeñaba una aventura pasajera, y en realidad, aquella vez habría sido encadenado, contra su voluntad, por el agrado y hechizo de la baronesa, si el barón no le hubiera prestado, por casualidad, un buen servicio, o, si se quiere, uno malo, al darle a conocer los sentimientos de aquella dama.

Pues como una vez Laertes la alabara con gran extremo y la antepusiera a todo su sexo, repúsole el barón bromeando:

-Bien veo dónde están las cosas: nuestra querida amiga ha vuelto a ganar a alguien para sus establos.

Esta desdichada comparación, que aludía con harta claridad a las peligrosas caricias de una Circe, enojó sobremanera a Laertes, quien no pudo oír sin enfado al barón, que prosiguió despiadadamente:

-Cada forastero cree ser el primero con quien se emplea tan agradable conducta, pero se engaña fuertemente, pues todos nosotros fuimos ya llevados por ese camino: hombres hechos, mancebos y rapazuelos, quienquiera que sean, tienen que consagrarse algún tiempo a depender de ella y a ocuparse nostálgicamente de sus hechizos.

El feliz mortal que, al entrar en el jardín de una hechicera, es recibido por todas las delicias de una primavera artificial, no puede ser sorprendido de modo más desagradable, que, si en el momento en que su oído atiende por completo al canto del ruiseñor, oye gruñir impensadamente a cualquiera de sus transformados antecesores.

Después de esta revelación, Laertes se avergonzó, muy en el fondo de su pecho, de que su vanidad lo hubiera conducido otra vez a pensar de una mujer ni siquiera el bien más pequeño. Abandonola totalmente, atúvose al caballerizo, con quien tiraba a las armas con gran asiduidad, y se fue de caza, conduciéndose en los ensayos y representaciones como si aquello fuera solamente una cosa accesoria.

A veces, por la mañana, el conde y la condesa mandaban llamar a alguien de la compañía, y en ese caso, cada cual encontraba motivo para envidiar la siempre inmerecida suerte de Filina. Con frecuencia el conde solía tener a su lado mientras se arreglaba, y a

veces durante horas enteras, a su favorito el pedante. Este hombre, poco a poco, fue siendo vestido de nuevo, y hasta equipado y provisto de una tabaquera.

También la compañía, ya junta o ya separadamente, era llamada a veces, después de la comida, a presencia de los señores. Apreciábanlo como gran honor, y no observaban que precisamente a la misma hora hacían que los cazadores y sirvientes trajeran cierto número de perros, y mandaban que desfilaran los caballos por el patio del castillo.

Le habían dicho a Guillermo que, si se presentaba la ocasión, alabara a Racine, el poeta favorito del príncipe, con lo cual debía suscitar buena opinión de sí. Encontró ocasión propicia para ello una de aquellas tardes, en la que también él había sido citado, y el príncipe le preguntó si leía con asiduidad los grandes dramaturgos franceses, a lo que Guillermo respondió que sí con mucha viveza. No advirtió que el príncipe, sin esperar su respuesta, estaba a punto ya de apartarse de su lado y dirigirse a otro, sino que al instante se apoderó del elevado señor, cerrole casi el camino, y prosiguió diciendo que apreciaba altamente el teatro francés y leía con entusiasmo las obras de los grandes maestros, pero que había oído decir, con gran alegría suya, que el príncipe le hacía plena justicia al gran talento de un Racine.

-Puedo figurarme -prosiguió- cuánto tienen que apreciar las personas distinguidas y elevadas a un poeta que sabe pintar las circunstancias de su alta posición de modo tan justo y excelente. Corneille, si me es lícito hablar así, ha representado a los grandes hombres y Racine a las gentes distinguidas. Cuando leo sus obras, siempre puedo imaginarme al poeta que vive en una brillante corte, tiene ante la vista un gran rey, trata con los mejores y penetra en los secretos de la humanidad, tal como se ocultan tras los más soberbios tapices. Cuando estudio, su Britannicus o su Bérénice me parece realmente que estoy en la corte, en medio de las grandezas y las pequeñeces de las moradas de los dioses terrenos, y, a través de los ojos de un francés que siente delicadamente, veo en medio de sus cortesanos, en su figura natural, con sus faltas y dolores, los reyes a quienes toda una nación adora. La anécdota de que Racine murió de pena porque ya no lo miraba Luis XIV, haciéndole sentir así su descontento, es para mí la llave de todas sus obras, y es imposible que un poeta de tan grandes talentos, cuya vida y muerte depende de los ojos de un rey, no escribiera obras que fueran dignas del aplauso de reyes y de príncipes.

Yarno se había acercado y oído con asombro a nuestro amigo; el príncipe, que no le respondió y que sólo había mostrado su aprobación con una amable mirada, dirigiose hacia otro lado, aunque Guillermo, para quien aún no era conocido que no es decoroso prolongar un discurso en tales circunstancias y querer agotar una materia, todavía hubiera querido seguir hablando para mostrar al príncipe que no sin utilidad y emoción había leído su poeta favorito.

-¿No ha visto usted nunca una obra de Shakespeare? -díjole Yarno, llevándole aparte.

-No -repuso Guillermo-, porque desde el tiempo en que se han dado más a conocer en Alemania me he dado yo a desconocer el teatro, y no sé si debo alegrarme de que por casualidad se haya renovado y vuelto a hacer actual en mí una afición y ocupación de mi infancia. Por lo demás, todo lo que oí decir de esas obras no me produjo curiosidad de

conocer más directamente tales monstruosidades que parecen transgredir toda verosimilitud y todo decoro.

-Sin embargo, le aconsejaría a usted que hiciera la prueba -repuso el otro-; no puede perjudicarnos en nada el ver lo singular con nuestros propios ojos. Le prestaré algunas Partes, y no podrá usted emplear de mejor modo su tiempo que desprendiéndose al instante de toda otra cosa y viendo este desconocido mundo con esa linterna mágica en la soledad de su vieja morada. Es un pecado que malgaste usted sus horas enseñando a esos monos a presentarse como hombres y haciendo bailar a esos perros. Sólo una sola cosa le pongo como condición: que no se deje repeler por la forma; en cuanto a lo demás, puedo fiarme de su recta sensibilidad.

Los caballos estaban delante de la puerta y Yarno cabalgó con algunos caballeros para ir a divertirse cazando. Guillermo los siguió tristemente con la vista. Con gusto habría seguido hablando con aquel hombre de otras muchas cosas, ya que, si bien de una manera poco amable, le daba nuevas ideas, ideas de las que tenía gran necesidad.

Al arribar el hombre a un desenvolvimiento de sus fuerzas, capacidades y conceptos, ocúrrele a veces que se encuentra sumido en una perplejidad de la que fácilmente podría sacarle un buen amigo. Parécese al caminante que se cae al agua no lejos del albergue; si alguien lo cogiera al instante, lo arrastrara a la orilla, no le habría ocurrido otra cosa sino la mojadura, en lugar de que si es él mismo el que se salva, pero en la orilla opuesta, tiene que dar un difícil y largo rodeo para alcanzar el objeto que se había propuesto.

Guillermo comenzó a comprender que el mundo marchaba de otro modo de como él lo había imaginado. Veía de cerca la vida, importante y llena de valer, de las gentes grandes y distinguidas y se asombraba de que supieran darle trazas de facilidad. Un ejército en marcha, un heroico príncipe a su cabeza, tantos militares colaborando con él, tantos importunos adoradores elevaban su fantasía. En esta disposición de ánimo recibió los libros prometidos, y en breve tiempo, como puede sospecharse, apoderose de él el torrente de aquel genio enorme y lo arrebató hacia un mar sin fronteras visibles, donde muy pronto se olvidó de todo y perdió por completo.

Capítulo IX

Las relaciones del barón con los cómicos habían sufrido diversas mudanzas desde su residencia en el castillo. Al principio todo eran recíprocas satisfacciones, pues mientras el barón, por primera vez en su vida, veía en manos de auténticos comediantes y en camino de una conveniente representación una de sus obras, con las que ciertamente habíase entretenido ya algún teatro de aficionados, estuvo del mejor humor, mostróse muy dadivoso y, a cada vendedor de modas que se presentaba, compraba regalillos para las cómicas y sabía proporcionar a los cómicos algunas botellas de champagne extra; por el contrario, los otros se tomaban las mayores molestias con su drama y Guillermo no ahorraba esfuerzo alguno para grabar en su memoria, del modo más nimio, los magníficos discursos, del héroe magnánimo cuyo papel le había sido adjudicado.

No obstante, mientras tanto, fueron introduciéndose poco a poco algunas diferencias. La predilección del barón por ciertos comediantes hacíase más notoria de día en día, y necesariamente tal conducta tenía que enojar a los restantes. Alababa exclusivamente a sus favoritos y con ello producía celos y diferencias entre la compañía. Melina, que, por otra parte, carecía de habilidad en caso de discusiones, llegó a encontrarse en una situación muy desagradable. Los alabados recibían los elogios sin mostrar especial gratitud y los menospreciados hacían sentir de mil maneras su descontento, convirtiendo en desagradable la estancia entre ellos, en una u otra forma, a su primer y respetado protector; y no dio escaso sustento a su maligna alegría el que cierta poesía, cuyo autor no era conocido, produjera mucho revuelo en el castillo. Hasta entonces siempre se habían burlado, pero de una manera bastante discreta, de las relaciones del barón con los cómicos; habíanse referido de él toda suerte de historietas, habíanse adornado ciertas ocurrencias para darles un aire divertido e interesante. Por último, comenzose a referir que se había producido una especie de envidia profesional entre el barón y algunos cómicos, que también se imaginaban ser escritores, y en esta leyenda fundábase la poesía de que venimos hablando y que decía del modo siguiente:

Yo, pobre diablo, señor barón, le envidio a usted por su nobleza, por su asiento próximo al trono y por más de un bello trozo de tierra, por el castillo de su señor padre, y por sus cazaderos y armamentos.

A mí, pobre diablo, señor barón, me envidia usted, según parece, porque desde niño la naturaleza veló por mí maternalmente: dotado de buen ánimo y despejada cabeza, cierto que he sido pobre, pero no un pobre imbécil.

Por eso pienso, querido barón, que debemos seguir tal como somos: usted, heredero de su señor padre, y yo, de mi madre prole; que debemos vivir sin envidia ni odio, no codiciando ninguno de los dos los títulos del otro: ni usted mi puesto en el Parnaso, ni yo su asiento en el capítulo.

Fueron muy varios los juicios sobre esta poesía, que, en copias casi ilegibles, se encontraba en manos diversas, pero nadie sabía adivinar quién fuera su autor, y como comenzaran a divertirse con ello, no sin cierta alegría maligna, Guillermo se manifestó muy opuesto a aquella obrilla.

-Nosotros, alemanes -exclamó-, mereceríamos que nuestras musas permanecieran en el desprecio en que han sufrido tanto tiempo, ya que no sabemos apreciar a los hombres de calidad que, del modo que sea, se dedican a nuestra literatura. El nacimiento, la clase social y los bienes de fortuna no están en contradicción con el genio y el gusto, cosa que nos han enseñado las naciones extranjeras, que cuentan entre sus mejores ingenios gran número de

nobles. Si hasta ahora era un milagro en Alemania que un hombre de gran familia se consagrara a las ciencias; si hasta ahora eran pocos los nombres famosos que se hicieran aún más famosos por su afición al arte y al saber; si, por el contrario, muchos ascendieron de la obscuridad y aparecieron sobre el horizonte como estrellas desconocidas, no siempre será así; y, si no me equivoco mucho, la primera clase de la nación está en camino de utilizar sus ventajas para conquistar, en el porvenir, las más bellas guirnaldas de las musas. Por ello, nada hay para mí más desagradable que ver cómo se mofan con frecuencia del noble que sabe estimar las musas, no sólo el burgués, sino también las mismas personas de calidad, que, con irreflexivo humor y nunca perdonable malignidad, alejan a sus iguales de seguir el camino por el cual es de esperar honor y satisfacción para todos.

Estas últimas manifestaciones parecían ir dirigidas contra el conde, de quien había oído decir Guillermo que había encontrado realmente buena la poesía. A la verdad, para aquel señor, que siempre solía bromear con el barón a su modo, era muy bien venida aquella ocasión de atormentar a su pariente en nueva forma. Cada cual había hecho sus conjeturas personales acerca de quién podía ser el autor de la poesía, y al conde, que no veía con gusto que nadie se le adelantara en sagacidad, ocurriósele la idea, que al punto estuvo dispuesto a sostener con juramento, de que la poesía sólo podía haber sido compuesta por su pedante, que era un agudo mozo y en quien hacía ya largo tiempo que había notado él algún talento poético. Para proporcionarse un auténtico placer, una mañana hizo llamar a aquel cómico, quien tuvo que leerle la poesía, a su modo, en presencia de la condesa, de la baronesa y de Yarno; recogió alabanzas, aplausos y un regalo, y supo evitar prudentemente el dar respuesta a la pregunta del conde de si no poseía también algunos versos de tiempos anteriores. En tal forma, el pedante llegó a tener fama de poeta y hombre ingenioso, y a ser, a ojos de los que eran favorables al barón, un libelista y un mal hombre. Desde aquel tiempo, el conde aplaudiole cada vez más, cualquiera que fuera el modo como representara sus papeles, de manera que al final el pobre

hombre estaba como hinchado de orgullo, casi se había vuelto loco, y entonces se le ocurrió que le dieran habitación en el castillo, lo mismo que a Filina.

Si este plan hubiera sido ejecutado inmediatamente, habría podido ser evitada una gran desgracia. Pues una noche, al dirigirse ya tarde hacia el viejo castillo, avanzando a tientas por el obscuro y estrecho camino, fue atacado de repente, sujetado por algunas personas mientras otras lo golpeaban a conciencia, y tanto lo molieron en las tinieblas, que a poco más lo dejan en el sitio, y sólo con gran trabajo logró arrastrarse junto a sus camaradas, quienes, aunque se hicieron pasar por muy indignados, sentían una secreta alegría por aquella desgracia y apenas podían impedir el reírse al verlo tan aporreado, y su nueva casaca castaña totalmente blanca, empolvada y manchada, como si hubiera tenido que ver con molineros.

El conde, que al punto recibió noticias de lo ocurrido, estalló en una indescriptible cólera. Trató aquella acción como si fuera el mayor crimen; la calificó de atentado contra la paz del castillo e hizo emprender, por su intendente, las más severas pesquisas. La casaca, cubierta de polvo blanco, debía servir de pieza probatoria. Todos los que tenían algo que ver en el castillo con polvos y harina fueron citados a interrogatorio, pero todo fue en vano.

El barón aseguraba solemnemente, por su honor, que aquella manera de bromear le había desagradado verdaderamente y que la conducta del señor conde no había sido la más amistosa, pero había sabido colocarse por encima de tal cosa y no tenía la menor participación en la desgracia del poeta o libelista, como quisiera llamarse.

El gran movimiento de forasteros y la agitación de la casa pronto pusieron en olvido todo el asunto y el desgraciado favorito tuvo que pagar caro el placer de haber llevado plumas ajenas durante breve tiempo.

Nuestra compañía dramática, que continuaba representando todas las noches y que en términos generales era muy bien tratada, comenzó a tener mayores pretensiones cuanto mejor le iba. En muy breve tiempo la comida, la bebida, el servicio y el alojamiento les parecían a los cómicos demasiado poco para ellos, o instaban a su protector, el barón, para que se les atendiera mejor, y, finalmente, se les procuraran los goces y comodidades que les tenían prometidos. Sus quejas se hicieron más ruidosas y los esfuerzos de su amigo para satisfacerlos cada vez más vanos.

Mientras tanto, Guillermo se dejaba ver muy poco, aparte de los ensayos y las representaciones. Encerrado en una de las habitaciones más retiradas, donde sólo a Mignon y al arpista se les permitía gustosamente la entrada, vivía y soñaba en el mundo de Shakespeare, de modo que fuera de él apenas nada conocía ni experimentaba.

Háblase de encantadores que, mediante fórmulas mágicas, evocan en su cuarto una monstruosa muchedumbre de espíritus de toda clase. El conjuro fue tan poderoso que muy pronto está lleno todo el espacio de la habitación, y los espíritus que llegan hasta el pequeño círculo, que el mágico ha trazado, crecen en número, moviéndose en una constante y vertiginosa transformación, en torno a la circunferencia y sobre la cabeza del maestro. Está lleno cada rincón y ocupada cada cornisa. Hay huevos que se dilatan, y formas gigantescas que se reducen al tamaño de una seta. Por desdicha, el nigromante ha olvidado la palabra con la que podría producir el reflujo de aquella marea de espíritus. Tal era la situación de Guillermo, y junto con desconocidas emociones, fueron suscitadas en él mil sensaciones y capacidades de las que no había tenido idea ni sospecha. Nada podía arrancarlo de aquella situación y se disgustaba mucho cuando alguien buscaba un pretexto para venir junto a él y hablarle de lo que ocurría por fuera.

De este modo, apenas prestó atención cuando le dieron la noticia de que iba a celebrarse una ejecución en el patio del castillo y sería azotado un muchacho que se había hecho sospechoso de robo nocturno con fractura, y el cual, como llevaba uniforme de peluquero, habría estado probablemente entre los que habían querido matar al pedante. Cierto que el mozalbete negaba del modo más obstinado, y por ese motivo no se le podía castigar legalmente; pero, querían dejarle algún recuerdo, como vagabundo, y echarlo fuera porque había rondado algunos días por la comarca, había pasado las noches en los molinos, y, por último, había apoyado una escala en un muro del jardín y había penetrado en el castillo.

Guillermo no encontraba nada de particular en todo el asunto, cuando entró Mignon precipitadamente y le aseguró que el prisionero era Federico, el cual, después de su disputa con el caballerizo, había desaparecido de la compañía y de nuestra vista.

Guillermo, a quien interesaba el muchacho, salió rápidamente, y en el patio del castillo encontró ya hechos los preparativos, pues al conde le gustaba la solemnidad hasta en aquellos casos. Fue llevado el mancebo; intervino Guillermo y rogó que detuvieran la ejecución ya que él conocía al mozalbete y antes del castigo tenía que declarar diversas cosas que se referían a él. Costole trabajo hacer prevalecer su propósito, y, por último, obtuvo permiso para hablar a solas con el delincuente. Éste le aseguró que no sabía absolutamente nada del ataque de que debía haber sido víctima un actor. Él sólo había vagado en torno al castillo y se había deslizado en su interior por la noche, yendo en busca de Filina, de cuya habitación se había informado y a la que de fijo habría encontrado si no hubiera sido preso por el camino.

Guillermo, que por el honor de la compañía de cómicos no deseaba descubrir aquella relación, corrió en busca del caballerizo y le rogó que con su conocimiento de las personas y de la casa, arreglara el asunto y libertara al mozuelo.

Aquel hombre jovial inventó una pequeña historia, con ayuda de Guillermo: el muchacho había pertenecido a la compañía, se había escapado, pero había vuelto a desear encontrarse en ella y ser recibido. Por eso había tenido propósito de buscar, por la noche, a algunos de sus favorecedores para recomendarse a ellos. Atestiguose, por lo demás, que siempre se había conducido bien; las damas se mezclaron en el asunto, y fue puesto en libertad.

Guillermo se encargó de él, y, desde entonces, fue la tercera persona de la extraña familia, que, desde hacía algún tiempo, Guillermo consideraba como suya. El viejo y Mignon recibieron cariñosamente al que volvía junto a ellos, y los tres se unieron desde entonces para servir celosamente a su amigo y protector y serle agradables.

Capítulo X

Filina sabía introducirse, cada día mejor, en el círculo de las damas. Cuando estaban solas, dirigía con frecuencia la conversación hacia los hombres que entraban y salían, y Guillermo no fue el último de quien se ocuparon. No permaneció oculto para la casta muchacha que hacía profunda impresión en el corazón de la condesa; por ese motivo, refirió, acerca de él, lo que sabía y lo que no sabía; pero se guardó muy bien de exponer cosa alguna que hubiera podido redundar en desventaja del galán, alabando, en cambio, su nobleza, su liberalidad y, sobre todo, el recato de su conducta con el sexo femenino. Respondió con prudencia a todas las demás preguntas que se le hicieron, y cuando la baronesa observó la creciente inclinación de su hermosa amiga, también para ella fue grato aquel descubrimiento. Pues sus relaciones con diversos hombres, en especial, aquellos últimos años, con Yarno, no habían permanecido ocultas para la condesa, cuya alma pura no había podido observar aquella ligereza sin desaprobación y suaves censuras.

De esta manera, tanto la baronesa como Filina tenían, cada cual por su lado, especial interés en acercar nuestro amigo a la condesa, y Filina esperaba, además, fuera de ello, volver a trabajar en causa propia y, a ser posible, adquirir de nuevo la perdida afección del joven.

Un día, en que el conde había salido de caza a caballo con el resto de la sociedad y sólo, a la mañana siguiente, se esperaba el regreso de los caballeros, la baronesa imaginó una broma muy en su tipo, pues le gustaban los disfraces, y, para sorprender a la sociedad, se presentaba, ya como muchacha aldeana, ya como paje, ya como montero. Diose de este modo la apariencia de una hadita que está presente en todas partes, y justamente allí donde menos se la esperara. No había para ella mayor alegría que la de poder servir algún tiempo a la sociedad sin que la conocieran o mezclarse entre ella de cualquier modo, y, como final, sabía descubrirse graciosamente.

Hacia la noche hizo llamar a Guillermo a su habitación, y como aún tenía algunas cosas que hacer, encargó a Filina que lo preparara para lo que deseaba.

Llegó nuestro amigo y, no sin asombro, encontró a la aturdida muchacha en la habitación en vez de la noble señora. Ella lo acogió con cierto decoroso desenfado, en el que se había ejercitado hasta entonces, obligándole de este modo a que también él le guardara cortesía.

En primer lugar, bromeó, en términos generales, sobre la buena suerte que lo perseguía, y que en aquel momento lo había llevado a aquel lugar como ella bien sabía advertir; después le reprochó, con tono amable, la conducta con que la había atormentado hasta entonces, se reprendió y se acusó a sí misma, confesando que tenía bien merecido aquel tratamiento; hizo una pintura muy sincera de su situación, calificándola de pasada, y añadió que tendría que despreciarse a sí misma si no hubiera sido capaz de cambiarse y hacerse digna de la amistad de Guillermo.

Guillermo quedó muy sorprendido con este discurso. Tenía muy escaso conocimiento del mundo para saber que, justamente las personas en absoluto ligeras e incapaces de enmienda, suelen ser, con frecuencia, las que se acusan más vivamente, confiesan sus faltas con mayor franqueza y se arrepienten de ellas, aunque al mismo tiempo no tengan en sí ni la menor fuerza para retirarse del camino por donde las arrastra su invencible naturaleza. Por tal motivo, no pudo permanecer desdeñoso con la linda pecadora; engolfose en una conversación, y supo de sus labios el propósito de un extraño disfraz, con que se quería sorprender a la hermosa condesa. Sintió contra ello algunos escrúpulos, que no ocultó a Filina, sólo que la baronesa, que entró en aquel momento, no le dejó tiempo para dudar, sino que lo arrastró consigo, asegurando que aquél era el debido momento.

Había obscurecido, y lo llevó al cuarto de vestir del conde, hízole que se quitara su casaca para meterlo dentro de la bata de casa de aquel señor, púsole después su gorro de dormir con la cinta roja, llevolo al gabinete y lo mandó sentar en el gran sillón y coger un libro; ella misma encendió la lámpara de Argand, que estaba delante de él, y lo enteró de lo que tenía que hacer y qué papel debía representar.

-Le anunciarán a la condesa -dijo- la inesperada llegada de su marido y que viene de muy mal humor; vendrá aquí; dará algunas vueltas por el cuarto; apoyarase después en el respaldo del sillón, echándole a usted el brazo sobre el hombro, y dirá algunas palabras. Usted debe representar el papel de marido tan bien y durante tanto tiempo como le sea posible; pero, por fin, cuando tenga que descubrirse, sea usted gentilmente amable y galán.

Guillermo quedose en el sillón y bastante inquieto con aquel extraño disfraz; la proposición lo había sorprendido, y la ejecución se había anticipado a su poder de reflexión. Ya había vuelto a salir de la habitación la baronesa cuando pensó por primera vez en los peligros del puesto que había admitido. No se le ocultó que la hermosura, la juventud y la gracia de la condesa habían hecho sobre él cierta impresión; sólo que, como por su natural, estaba muy lejos de toda vana galantería, y sus principios no le permitían pensar en una empresa más seria, hallábase realmente en aquel momento en no escasa confusión. El temor de desagradar a la condesa o de agradarle más de lo conveniente eran iguales para él.

Todos los encantos femeninos que habían actuado sobre él en otro tiempo volvían a mostrarse ante su imaginación. Mariana se le aparecía en su blanco traje de mañana e imploraba su recuerdo. Las amabilidades de Filina, sus hermosos cabellos y su lisonjera conducta habían recobrado su eficacia desde su reciente entrevista; pero todo quedaba como bajo el velo de la lejanía cuando pensaba en la bella y florida condesa, cuyo brazo debía sentir dentro de pocos minutos, apoyado en su cuello, a cuyas inocentes caricias se le invitaba a corresponder.

De fijo que ni siquiera sospechaba el extraño modo como debía ser sacado de esta perplejidad. Pues, ¡qué grande no fue su asombro, o, más bien, su espanto, cuando se abrió la puerta, situada detrás de él, y a la primera mirada furtiva que lanzó hacia el espejo descubrió claramente al conde, que entraba en la habitación con una luz en la mano! Sólo algunos instantes duró su vacilación sobre lo que debía de hacer: si debía permanecer sentado o levantarse, huir, confesar la verdad, mentir, o pedir perdón. El conde, que había permanecido inmóvil en el umbral de la puerta, se retiró y la cerró suavemente. En el mismo instante entró corriendo la baronesa por una puerta excusada, apagó la lámpara, arrancó a Guillermo del asiento y lo arrastró al cuarto de vestirse. Con toda celeridad se quitó él la bata de casa, que al punto volvió a ocupar su sitio acostumbrado. La baronesa se echó al brazo la casaca de Guillermo y corrió con él por algunos cuartos, pasillos y pasadizos, hasta alcanzar su estancia, donde el joven, después que la dama se hubo serenado, oyole referir cómo, al presentarse en la habitación de la condesa para llevarle la inventada noticia de la llegada del conde.

-Ya lo sé -habíale respondido aquélla-. ¿Qué podrá haber ocurrido? Acabo de verle entrar por el portillo a caballo.

Llena de espanto, la baronesa se había precipitado a la habitación del conde, para sacar de allí a Guillermo.

-Por desgracia, ha llegado usted demasiado tarde -exclamó éste-. El conde había estado antes y me vio allí sentado.

-¿Lo conoció a usted?

-No lo sé. Me vio en el espejo, como yo a él, y antes de que yo pudiera saber si era un fantasma o su misma persona, ya se había retirado y cerrado la puerta a sus espaldas.

Aumentó la perplejidad de la baronesa cuando vino a llamarla un criado y anunció que el conde se encontraba en la habitación de la condesa. Allí se dirigió con el corazón oprimido y encontró al conde, cierto que silencioso y reconcentrado, pero más suave y amistoso en sus manifestaciones de lo que tenía por costumbre. La dama no sabía qué pensar. Hablose de los incidentes de la caza y de las causas de su pronto regreso. La conversación se agotó muy pronto. El conde se quedó en silencio, y especialmente sorprendiole mucho a la baronesa que preguntara por Guillermo y manifestara deseos de que lo llamaran para que le leyera algo.

Guillermo, que ya había vuelto a vestirse en la habitación de la baronesa y se había serenado algún tanto, cumplió, no sin preocupación, aquella orden. El conde le dio un libro, en el que debía leerle un relato lleno de aventuras, cosa que, no sin congoja, realizó. En su acento había algo inseguro y tembloroso, que, felizmente, era muy acomodado con el asunto de la historia. El conde dispensole algunas amistosas señales de aprobación y alabó la singular expresión que había sabido dar a la lectura cuando llegó el instante de despedir a nuestro amigo.

Capítulo XI

Apenas hubo leído Guillermo algunas obras de Shakespeare, cuando fue tan intenso su efecto sobre él, que no se encontró ya en situación de poder seguir leyendo. Cayó en la mayor conmoción toda su alma. Buscó ocasión de hablar con Yarno y no sabía cómo darle suficientes gracias por la dicha que le había proporcionado.

-Bien había yo previsto -dijo el otro- que no permanecería usted insensible ante las excelencias del más extraordinario y maravilloso de todos los escritores.

-Sí -exclamó Guillermo-; no recuerdo que ningún libro, ninguna persona, ningún otro acontecimiento de la vida haya producido en mí tan grandes efectos como las preciosas obras que he conocido gracias a su bondad. Parecen ser obra de un genio celestial que, de la manera más suave, se acerca a los hombres para enseñarles a conocerse a sí mismos. Son más que obras poéticas. Cree uno encontrar abiertos ante sí los inmensos libros del destino, en los que braman los vientos tempestuosos de las más agitadas existencias, y con toda celeridad y violencia dan vuelta a sus hojas. Estoy tan asombrado y fuera de mí ante la fuerza y la ternura, la vehemencia y la serenidad de tales obras, que espero con ansia el momento en que vuelva a encontrarme en situación de seguir leyéndolas.

-¡Bravo! -dijo Yarno, tendiendo la mano a nuestro amigo y estrechándole la suya-. Eso es lo que yo quería. Y las consecuencias que espero, de fijo que no dejarán de producirse.

-Quisiera poder descubrir a usted -repuso Guillermo- todo lo que pasa por mí actualmente. Todos los presentimientos que alguna vez he tenido sobre la humanidad y su destino, los cuales me han acompañado desde la niñez sin que yo mismo lo notara, los encuentro realizados y desenvueltos en las obras de Shakespeare. Parece como si nos resolviera todos los enigmas, sin que, sin embargo, pueda decírse: en este sitio o en el otro está la solución. Sus hombres parecen hombres naturales, y, sin embargo, no lo son. Estas misteriosas y complejísimas criaturas de la naturaleza actúan ante nosotros, en sus obras, a modo de relojes cuyas esferas y cajas fueran de cristal; según su destino señalan el curso de las horas y, al mismo tiempo, se pueden ver las ruedas y resortes que las impulsan. Las escasas miradas que he lanzado al mundo de Shakespeare me incitan, más que ninguna otra cosa, a marchar con paso más rápido por el orbe de lo real, a mezclarme en las oleadas del destino que ruedan sobre él, y algún día, si tengo esa fortuna, llenar algunas copas en el inmenso mar de la verdadera naturaleza, para verterlas desde la escena sobre el sediento público de mi patria.

-Cómo me alegra la disposición de ánimo en que le veo -repuso Yarno, y apoyó su mano sobre el hombro del conmovido joven-. No deje usted perderse ese propósito de entrar en una vida activa, y apresúrese a utilizar valientemente los buenos años que le han sido a usted otorgados. Si puedo serle útil, lo haré de todo corazón. Aún no le pregunté cómo ha llegado usted a entrar en esta compañía, para la cual no pudo ser nacido ni educado. Esperaba que, por lo menos, anhelaría usted salir de ella, y con gusto veo que es así. No sé nada de su familia ni de sus circunstancias domésticas; piense usted lo que quiera hacerme conocer. Sólo puedo decirle que, en los tiempos de guerra en que vivimos, suelen darse rápidos cambios de fortuna; si consagra usted sus fuerzas y talentos a nuestro servicio, si no se espanta de la fatiga y, si es necesario, del peligro, precisamente ahora tendría ocasión de colocarle en un puesto que no se arrepentiría más tarde de haber desempeñado durante algún tiempo.

Guillermo no era capaz de expresar su agradecimiento en términos bastantes calurosos, y estaba dispuesto a referir a su amigo y protector la historia de su vida.

Durante esta conversación se habían internado mucho por el parque y habían llegado a la carretera que pasaba a través de él. Yarno se detuvo un momento y dijo:

-Reflexione usted en mi proposición, decídase usted, deme su respuesta dentro de algunos días y otórgueme su confianza. Le aseguro que ha sido incomprensible hasta ahora para mí cómo pudo unirse usted con tales gentes. He presenciado a menudo, con disgusto y pena, cómo, para poder hacer siquiera tolerable su vida, ha tenido usted que entregar su corazón a un coplero ambulante y a una criatura necia y andrógina.

Aún no había acabado de hablar cuando, a toda prisa, llegó un oficial a caballo, a quien seguía un escudero con un corcel de la brida. Yarno le dirigió un caluroso saludo. El militar saltó del caballo, ambos se abrazaron y hablaron aparte, mientras Guillermo, consternado por las últimas palabras de su belicoso amigo, se mantenía pensativo y alejado. Yarno hojeó algunos papeles que le había presentado el recién llegado; mas éste dirigiose a Guillermo, le tendió la mano y exclamó con énfasis:

-Lo encuentro a usted en digna compañía; siga usted los consejos de su amigo y satisfará, al mismo tiempo, los votos de un desconocido que se interesa cordialmente por usted.

Al decir esto abrazó a Guillermo, estrechándolo vivamente contra su pecho. En el mismo momento acercose Yarno y díjole al forastero:

-Lo mejor será que regrese con usted a caballo; así podrá usted recibir las órdenes necesarias y volver a partir antes de la noche.

Al punto saltaron ambos sobre sus monturas y dejaron a nuestro admirado amigo sumido en sus propias reflexiones.

Las últimas palabras de Yarno sonaban aún en sus oídos. Era insoportable para él ver tan profundamente rebajadas, por aquel hombre a quien tanto veneraba, aquellas dos criaturas humanas, que habían ganado inocentemente su afecto. El extraño abrazo del oficial, a quien no conocía, hizo poca impresión en él; sólo ocupó su curiosidad y su imaginación durante un momento; pero las frases de Yarno habíanle llegado al corazón; estaba profundamente ofendido y, durante el regreso, prorrumpía en reproches contra sí mismo por haber podido desconocer y olvidar por un momento la fría dureza del corazón de Yarno, que se revelaba en sus ojos y hablaba en todos sus ademanes.

-No -exclamaba-. ¿Te imaginas poder ser un amigo, yerto hombre de mundo? Todo lo que puedes ofrecerme no vale los sentimientos que me ligan con esos desgraciados. ¡Qué dicha haber descubierto todavía a tiempo lo que podía esperar de ti!

Ciño entre sus brazos a Mignon, que salió a su encuentro, y exclamó:

-No, nada debe separarnos, excelente criaturita. La falsa prudencia del mundo no debe ser capaz de obligarme a abandonarte ni a olvidar lo que te debo.

La niña, cuyas violentas caricias solía evitar Guillermo, alegrose de aquella inesperada manifestación de ternura y colgose de su cuello con tanta fuerza que le costó trabajo poder desprenderse.

Desde aquel momento prestó mayor atención a los actos de Yarno, que ya no le parecían todos tan laudables; hasta llegó a descubrir que había cosas que le desagradaban totalmente. Por ejemplo, tuvo fuertes sospechas de que era obra de Yarno la poesía contra el barón, que había tenido que pagar tan cara el pobre pedante. Como Yarno hubiera bromeado sobre el lance en presencia de Guillermo, nuestro amigo creyó ver en ello la muestra de un corazón altamente corrompido, pues, ¿qué puede ser más malicioso que mofarnos de un inocente, cuyos dolores hemos causado, y no pensar en un desagravio ni en una indemnización? Con gusto habría provocado ambas cosas el propio Guillermo, pues, gracias a una singular casualidad, había llegado a dar con la pista de los autores de aquel nocturno ultraje.

Hasta entonces siempre habían sabido mantener oculto para él que algunos jóvenes oficiales pasaban noches enteras en una sala baja del viejo castillo, divirtiéndose con una parte de los cómicos y de las actrices. Una mañana, habiéndose levantado temprano, como de costumbre, entró, por casualidad, en la habitación y encontró a los caballeritos ocupados en hacerse una toilette en extremo singular. Habían desleído tiza en una escudilla con agua y, con un cepillo, extendían la pasta sobre sus chupas y pantalones, sin quitárselos, y de este modo restablecían, en la forma más rápida, la limpieza de su uniforme. A nuestro amigo, a quien le admiró esta costumbre, acordósele al punto la casaca del pedante espolvoreada y manchada de blanco; la sospecha fue tanto más fuerte cuando supo que en aquella reunión se encontraban algunos parientes del barón. Para seguir más de cerca la pista de aquella sospecha procuró entretener a los señoritos con un frugal almuerzo. Se animaron mucho y contaron muchas historias divertidas. Especialmente uno, que durante algún tiempo había estado en la sección de reclutamiento, no sabía cómo alabar bastante la astucia y actividad de su capitán, que lograba atraerse a toda especie de personas y embaucar a cada cual según su manera. Refirió detalladamente cómo engañaban a muchachos de buena familia y selecta educación por medio de toda suerte de falsas promesas de un decoroso empleo, y se reía con todas ganas de los pazguatos que se sentían al principio tan satisfechos de verso estimados y distinguidos por un militar bien considerado, valiente, prudente y liberal.

¡Cómo bendecía Guillermo su buen genio, que le mostraba, tan inopinadamente, el abismo a cuyo borde, con toda inocencia, se había acercado! Ya no veía sino un reclutador en Yarno; el abrazo del oficial desconocido le fue muy fácilmente explicado. Despreciaba las opiniones de aquellos hombres, y desde aquel momento evitó reunirse con nadie que llevara uniforme; por ello, habríale sido muy agradable la noticia de que el ejército seguía su avance, si, al mismo tiempo, no hubiera tenido que temer el verse desterrado del lado de su hermosa amiga, acaso para siempre.

Capítulo XII

Mientras tanto, la baronesa había pasado varios días atormentada por la preocupación y una curiosidad insatisfecha, pues la conducta del conde, después de aquella aventura, era un completo enigma para ella. Había abandonado por completo sus antiguas costumbres; no se oía ya ninguna de sus habituales bromas. Sus exigencias a sus compañeros de reunión y a sus servidores habían disminuido bastante. Apenas se notaba nada en él de su pedantería e imperioso carácter, más bien permanecía en silencio y reconcentrado en sí mismo; mostrábase sereno, y parecía ser realmente otro hombre. En las lecturas que solicitaba de cuando en cuando, solía elegir libros serios y religiosos, y la baronesa vivía en un perenne temor de que pudiera ocultar un secreto encono detrás de aquella aparente calma, un callado propósito de vengar el delito que, por casualidad, había descubierto. Resolvió por ello hacer a Yarno confidencia de todo, cosa que tanto más Podía realizar ya que se hallaba con él en un género de relaciones en las que, por lo general, poco es lo que suele mantenerse oculto. Desde hacía poco tiempo Yarno era su más íntimo amigo; pero eran lo bastante cautos para ocultar su cariño y sus goces ante el ruidoso mundo que los rodeaba. Sólo a la mirada de la condesa no se había escapado aquella nueva novela, y es en extremo

probable que la baronesa procurara entretener de igual modo a su amiga para librarse de los secretos reproches que algunas veces tenía que soportar de aquella noble alma.

Apenas la baronesa le hubo contado la historia a su amigo, cuando éste exclamó, riéndose:

-De fijo que el viejo cree haberse visto a sí mismo. Teme que esta aparición signifique desgracia para él, y acaso muerte, y por eso se ha dulcificado, como todos los semihombres que piensan en el desenlace del que nadie se ha librado ni se librará. Pues, ¡silencio! Como espero que todavía ha de vivir largo tiempo, vamos siquiera a educarlo en tal forma, en esta ocasión, que ya no vuelva a ser fastidioso para su mujer ni sus familiares.

Tan pronto como hubo ocasión para ello comenzaron, en presencia del conde, a hablar de presentimientos, apariciones y cosas análogas. Yarno, hacíase el incrédulo; su amiga, igualmente, y llevaron la cosa hasta tan lejos que, por último, el conde llamó a Yarno aparte y le reprochó su libre pensamiento, y trató de convencerlo, mediante su propio ejemplo, de la posibilidad y realidad de tales historias. Yarno se fingía sorprendido, dudoso, y, por último, se dejó convencer; pero inmediatamente después, en el secreto de la noche, se divirtió en gran manera con su amiga, burlándose del débil hombre de mundo, a quien, de pronto, un espantajo había corregido de todas sus malas costumbres, y que sólo merecía ser alabado porque, con tanta resignación, esperaba una inminente desgracia, y quizá la muerte.

-Acaso no estuviera tan resignado con la consecuencia más natural que habría podido desprenderse de tal aparición -exclamó la baronesa con su habitual desparpajo, al cual siempre volvía, tan pronto como era quitada de su pecho cualquier preocupación.

Yarno fue recompensado ricamente y forjaron nuevos proyectos para hacer al conde todavía más dócil, y excitar y fortalecer en la condesa su inclinación hacia Guillermo.

Con esta intención, contáronle toda la historia a la condesa, la cual, cierto que al principio se mostró descontenta con ello, pero después se volvió más pensativa, y en sus momentos de reposo pareció rumiar, proseguir y decorar aquella escena que le había sido dispuesta.

Los preparativos que se hacían entonces por todas partes no dejaban ya duda alguna acerca de que el ejército avanzaría muy en breve, y de que, al mismo tiempo, cambiaría el príncipe de cuartel general; hasta se decía que también el conde dejaría sus posesiones y regresaría de nuevo a la ciudad. Por lo tanto, era fácil para nuestros cómicos establecer su horóscopo; pero únicamente Melina tomó medidas para ello; los otros sólo trataban de atrapar, en aquellos últimos momentos, la mayor cantidad posible de cosas placenteras.

Entretanto, Guillermo hallábase ocupado con un trabajo personal. La condesa había manifestado el deseo de poseer una copia de sus obras y consideró él este afán de la amable señora como la recompensa más hermosa.

Un autor joven, que todavía no se ha visto impreso, dedica, en tales casos, la mayor atención a la pulcritud y decoro de la copia de sus escritos. Es, por decirlo así, la edad de

oro de la profesión de escritor; vese uno trasplantado a aquellos siglos en los que la imprenta todavía no había inundado el mundo con tantos inútiles escritos; donde sólo eran copiadas y conservadas por los hombres más nobles las producciones más dignas del humano espíritu; con lo cual se llega entonces fácilmente a la conclusión de que un manuscrito cuidadosamente copiado en letra redondilla es también un notable producto espiritual, digno de ser poseído y conservado por un protector y un entendido.

Todavía habían dispuesto un gran banquete en honor del príncipe, que debía partir en breve. Estaban invitadas muchas damas de la vecindad y la condesa se había vestido temprano. Aquel día se había adornado con un traje más rico de los que solía ponerse habitualmente. El peinado y el tocado eran más exquisitos, estaba adornada con todas sus alhajas. También la baronesa había hecho lo posible para vestirse con gusto y esplendor.

Al notar Filina que a las dos damas se les hacía muy largo el tiempo en espera de sus huéspedes, propuso que hicieran venir a Guillermo, que deseaba entregar su acabado manuscrito y leer aún algunas pequeñeces. Vino y maravillose, al entrar, de ver la figura y gracia de la condesa, que todavía se habían hecho más visibles merced al adorno. Leyó, según le mandaron las damas; pero lo hizo de modo tan distraído y tan mal, que si el auditorio no hubiera sido tan indulgente, lo habrían despedido muy pronto.

Todas las veces que miraba a la condesa, le parecía como si viera brillar ante sus ojos una chispa eléctrica; por último, no sabía ya de dónde sacar aliento para su recitación. La hermosa dama le había gustado siempre; pero ahora le parecía que jamás había visto nada tan perfecto y el contenido de los miles de pensamientos que cruzaban por su alma podría ser aproximadamente el siguiente:

-Qué gran locura, en tantos poetas y otras personas que se dicen sensibles, indignarse contra el adorno y la riqueza de los trajes y desear que sólo se muestren las mujeres de todas las clases sociales con un vestido sencillo y conforme a la naturaleza. Censuran el adorno, sin reflexionar que no es el pobre adorno lo que nos desagrada cuando descubrimos una persona fea o poco dotada de hermosura, rica y refinadamente vestida; yo querría reunir aquí a todos los entendidos del mundo y preguntarles si desearían suprimir algo de esas cintas y encajes, de esos bullones, rizos y piedras centelleantes. ¿No temerían alterar la grata impresión que sale aquí a su encuentro de una manera tan fácil y natural? Sí, natural, bien puedo decirlo. Si Minerva brotó con todas sus armas de la cabeza de Júpiter, parece igualmente que esta diosa, con todos sus adornos, ha salido con fácil pie del seno de alguna flor.

La contempló frecuentemente durante la lectura, como si quisiera grabar en sí esta impresión de modo eterno, y se equivocó varias veces al leer, sin turbarse por ello, aunque en general se desesperaba por el cambio de una palabra o de una letra, funesta deshonra de toda recitación.

Una falsa alarma de que llegaban los coches de los huéspedes puso término a la lectura; marchose la baronesa, y la condesa, ocupada en cerrar su papelera, que aún estaba abierta, tomó un estuche con anillos y todavía se puso algunos en los dedos.

-Pronto nos separaremos -dijo, clavando sus ojos en el estuche-; acepte usted un recuerdo de una buena amiga que nada desea tan vivamente como que le acompañe a usted la fortuna.

Sacó después un anillo, cubierto de piedras preciosas, que bajo un cristal mostraba un hermoso escudo tejido con cabellos. Tendióselo a Guillermo, quien, al tomarlo, no supo qué decir ni qué hacer, sino que se quedó inmóvil como si hubiera echado raíces en el suelo. La condesa cerró el escritorio y se sentó en el sofá.

-Y yo, ¿debo irme con las manos vacías? -dijo Filina, arrodillándose a la derecha de la condesa-. Mire usted este hombre, que siempre tiene tantas palabras en su boca cuando no son precisas, y ahora ni siquiera sabe balbucear unas miserables gracias. Vamos, señor, cumpla por lo menos su deber por medio de gestos, y si hoy no es capaz de inventar nada por sí mismo, imíteme siquiera.

Filina cogió la mano derecha de la condesa y se la besó con vivacidad. Guillermo cayó de rodillas, cogiole la izquierda y se la estrechó contra sus labios. La condesa pareció perpleja, pero no disgustada.

-¡Ay! -exclamó Filina-, otras veces he visto tantas joyas y adornos, pero nunca una dama tan digna de llevarlos. ¡Qué brazaletes, pero, también, qué manos! ¡Qué collares, pero qué pecho!

-Cállate, aduladora -exclamó la condesa.

-¿Es éste el señor conde? -dijo Filina señalando un rico medallón, que la condesa llevaba pendiente de rica cadena al lado izquierdo.

-Está pintado en traje de novio -respondió la condesa.

-¿Era entonces tan joven? -preguntó Filina-. Según me han dicho, sólo hace pocos años que está usted casada.

-Esa juventud debe ser apuntada en la cuenta del pintor -respondió la condesa.

-Es un buen mozo -dijo Filina-. Pero -añadió, posando una mano sobre el corazón de la condesa-, ¿ninguna otra imagen se habrá deslizado dentro de este escondido estuche?

-Eres muy osada, Filina -exclamó la dama-. Te he mal educado. Que no vuelva a oír nada semejante.

-Si usted se enoja, soy bien desgraciada -exclamó Filina, levantándose rápida y lanzándose fuera de la habitación.

Aún tenía Guillermo aquella hermosísima mano entre las suyas. Miraba fijamente el brazalete, que, con gran asombro suyo, dejaba ver, trazadas con brillantes, las iniciales de su nombre.

-¿Es cierto que me da usted cabellos suyos en este precioso anillo? -preguntó con modestia.

-Sí -respondió ella a media voz; después se rehízo y dijo estrechándole la mano-. Levántese, y adiós.

-Por la casualidad más singular lleva usted aquí mi nombre -exclamó él, señalando a la pulsera.

-¿Cómo? -exclamó la condesa-. Son las iniciales de un amigo.

-Son mis letras. No me olvide usted. Su imagen no se extinguirá nunca en mi corazón. Adiós; déjeme usted huir.

Le besó la mano y quiso levantarse; pero, lo mismo que en los sueños lo más extraño se origina de lo más extraño para asombro nuestro, así, sin saber cómo, se encontró con la condesa entre los brazos; los labios de la dama se apoyaban en los suyos, y sus mutuos y apasionados besos les proporcionaron una felicidad que sólo podemos probar con la primera hirviente espuma que se derrama del recién henchido cáliz del amor.

La frente de la condesa descansaba sobre su hombro y no pensaban en los ajados rizos y lazos. Ella había ceñido sus brazos en torno a Guillermo; él la abrazaba con vivacidad y la estrechaba repetidamente contra su pecho. ¡Oh! ¡Que tales momentos no puedan durar una eternidad! ¡Maldito sea el envidioso destino que vino a interrumpir, también para nuestros amigos, aquellos instantes breves!

Con qué aturdimiento, con qué espanto arrancose Guillermo a su feliz sueño, cuando la condesa se desprendió de repente de sus brazos, lanzando un gritó y llevándose la mano hacia el corazón.

Permaneció todo confuso ante la dama; ella se había cubierto los ojos con la otra mano, y exclamó, después de una pausa:

-¡Váyase usted! ¡Pronto!

Aún permanecía inmóvil Guillermo.

-Déjeme usted -exclamó ella, y apartando la mano de los ojos y contemplándolo con una mirada indescriptible, añadió con su voz más tierna: -Huya usted de mí, si me ama.

Guillermo se halló fuera de la habitación y entró de nuevo en su cuarto, antes de saber lo que le había pasado.

¡Desgraciados! ¿Qué singular advertencia del azar o del destino los arrancó a uno de otro?

FIN DEL TOMO PRIMERO

Tomo Segundo

Libro Cuarto

Capítulo primero

Laertes hallábase pensativamente asomado a la ventana y miraba el campo, con la cabeza apoyada en el brazo. Filina cruzó en silencio la gran sala, arrimose a su amigo y se mofó de su grave aspecto.

-No te rías -repuso éste-; es espantoso ver cómo pasa el tiempo y cómo todo se cambia y tiene fin. Mira, hace aún muy poco tiempo que se alzaba aquí un hermoso campamento. ¡Qué alegre aspecto presentaban las tiendas! ¡Cuánta vida había en él! ¡Con qué cuidado se vigilaba todo el recinto! Y ahora, de repente, ha desaparecido todo. La paja pisoteada y los fogones excavados en la tierra aún mostrarán una huella de aquello durante breve tiempo; después, todo volverá a ser labrado, y la presencia, en esta comarca, de tantos miles de hombres vigorosos sólo será como una quimera en las cabezas de alguna gente vieja.

Filina se puso a cantar y arrastró a su amigo a través de la sala para que bailara.

-Pues ya que no podemos correr tras el tiempo una vez que ha pasado -exclamó-, venerémoslo alegre y dignamente como a un hermoso dios mientras está con nosotros.

Apenas habían hecho algunas figuras de danza, cuando madama Melina pasó por la sala. Filina fue lo bastante maliciosa para invitarla también a bailar y recordarle de este modo la monstruosa forma que le había proporcionado su embarazo.

-¡Si no volviera a ver a ninguna mujer en estado de buena esperanza! -exclamó Filina a sus espaldas.

-Pues ésta espera -dijo Laertes.

-¡Pero se viste tan mal! ¿Has visto cómo, al moverse, menea de un lado a otro la parte delantera de su falda, que se le ha quedado corta? No tiene arte ni habilidad para adornarse un poco y ocultar su estado.

-Déjala -dijo Laertes-; el tiempo vendrá en auxilio suyo.

-Sería más bonito, sin embargo -exclamó Filina-, que se cogieran los niños de los árboles, como fruta madura, sacudiendo las ramas.

Entró el barón y les dijo algunas amables frases en nombre del conde y la condesa, que habían partido muy temprano, y les hizo algunos regalos. Fue en seguida en busca de Guillermo, que estaba en la habitación inmediata ocupándose de Mignon. La niña se había mostrado muy cariñosa y zalamera, preguntando por los padres, hermanos y parientes de Guillermo, recordándole con ello su deber de dar a los suyos algunas noticias de su existencia.

Traíale el barón, junto con el saludo de despedida de los señores, la seguridad de que el conde había estado muy contento de él, de su manera de representar, sus trabajos poéticos y sus desvelos por el teatro. Como prueba de estos sentimientos, sacó después un bolsillo, a través de cuyo hermoso tejido centelleaba el halagüeño color de unas monedas nuevas de oro; Guillermo se hizo atrás y se negó a aceptarlas.

-Considere usted este presente -prosiguió el barón- como indemnización por el tiempo gastado por usted, una señal de agradecimiento por su celo, no como recompensa por su talento. Si éste nos proporciona un buen nombre y la estimación de los hombres, es justo que, por medio de nuestra aplicación y nuestros esfuerzos, adquiramos al mismo tiempo los medios necesarios para satisfacer nuestras necesidades, ya que no somos solamente espíritus. Si hubiéramos estado en la ciudad, donde se encuentra todo lo que se quiere, esta pequeña suma habríase transformado en un reloj, un anillo o en otra cualquier cosa; ahora pongo directamente en sus manos la varita mágica; adquiera usted con este dinero la joya que prefiera y le sea más útil, y consérvela usted en recuerdo nuestro. Al mismo tiempo, tenga en gran estimación el bolsillo. Las propias señoras han tejido sus mallas y fue su propósito dar al contenido la forma más agradable, gracias al continente.

-Perdone usted mi vacilación y mis dudas al recibir este presente -repuso Guillermo-. Es como si aniquilara lo poco que he hecho e impide la alegría de un feliz recuerdo. El dinero es una bella cosa para terminar cualquier situación, y yo desearía que no se me licenciara por completo en el recuerdo de esta casa.

-No es ése el caso -repuso el barón-; pero ya que usted mismo siente con tanta delicadeza, no deseará que el conde tenga que considerarse por completo como deudor suyo, siendo como es hombre que pone su mayor orgullo en ser justo y cortés. No dejó de advertir las molestias que usted se impuso y cómo consagró plenamente su tiempo a realizar los propósitos que él abrigaba; hasta llegó a saber que para acelerar ciertos preparativos no fue usted avaro de su propio dinero. ¿Cómo podré comparecer de nuevo en su presencia si no puedo asegurarle que su manifestación de agradecimiento le ha proporcionado a usted un placer?

-Si sólo tuviera que pensar en mí mismo; si sólo debiera seguir mis propios sentimientos -repuso Guillermo-, a pesar de todas esas razones me negaría obstinadamente a aceptar este don, por hermoso y honorífico que sea; pero no le niego que, al ponerme en un compromiso, me saca de otro en que hasta ahora me encontraba con respecto a mi familia y

que me proporcionó muchas secretas inquietudes. No he administrado del mejor modo ni el dinero ni el tiempo de que tengo que rendir cuentas; ahora, gracias a la magnanimidad del señor conde, me es posible dar a los míos noticias consoladoras del buen éxito a que me ha conducido este extraño rodeo. Sacrifico ante un deber más alto la delicadeza, que en tales ocasiones nos amonesta como una escrupulosa conciencia; y para poder presentarme gallardamente ante los ojos de mi padre, permanezco avergonzado ante los de ustedes.

-Es extraño -repuso el barón- las singulares dificultades que nos hacemos para admitir dinero de amigos y protectores de los que recibiríamos, con agradecimiento y alegría, cualquier otro presente. La naturaleza humana tiene otras muchas análogas rarezas y le gusta producir y sustentar cuidadosamente tales escrúpulos.

-¿No ocurre lo mismo con todas las cosas del honor? -preguntó Guillermo.

-¡Oh sí! -repuso el barón-, y con otros prejuicios. No queremos arrancarlos de nosotros para no desarraigar quizá al mismo tiempo algunas nobles plantas. Pero siempre me alegra que haya personas que puedan y deban sentirse más allá de ellos, y recuerdo con placer la historia de aquel ingenioso poeta que escribió una obra para un teatro de corte que mereció todos los aplausos del monarca. «Tengo que recompensarle debidamente -dijo el magnánimo príncipe-; averígüese si le gustaría cualquier alhaja o si no se avergonzaría de recibir dinero». De manera humorística respondiole el poeta al cortesano que había recibido aquel encargo: «Agradezco vivamente esa regia delicadeza, y ya que el emperador acepta todos los días dinero de nosotros, no veo por qué he de avergonzarme de aceptar dinero de él».

Apenas el barón hubo dejado la estancia, cuando Guillermo contó ansiosamente el total de la suma que había venido a él de modo tan insospechado y tan inmerecido en su opinión. Cuando las bellas monedas centelleantes rodaron fuera de la adornada bolsa, pareció como si por primera vez, y como en presentimiento, comprendiera el valor y la nobleza del oro, cosa que sólo comenzamos a sentir en más tardíos años de la vida. Hizo sus cuentas, y encontrose con que, sobre todo como Melina le había prometido pagarle en seguida sus anticipos, tenía tanto y aun más dinero en caja que aquel día en el que Filina había mandado a pedirle el primer ramillete. Con secreta alegría consideraba sus talentos, y con un leve orgullo la dicha que lo había dirigido y acompañado. Cogió entonces confiadamente la pluma para escribir una carta que al instante debía sacar a su familia de toda inquietud y presentarle en el mejor aspecto su conducta hasta entonces. Evitó hacer un verdadero relato y sólo dejó adivinar lo que le había ocurrido en unas expresiones misteriosas y solemnes. La buena situación de su caja, el provecho que debía a sus talentos, el favor de los grandes, el afecto de las damas, las amistades en un amplio círculo social, el desenvolvimiento de sus aptitudes espirituales y corporales, las esperanzas para lo por venir, formaban tal quimérico y fantástico cuadro, que la propia Fata Morgana no hubiera podido realizarlo de modo más extraño.

Prosiguió en esta feliz exaltación después de cerrada la carta, y se entretuvo en un largo monólogo en el que recapitulaba el contenido de su escrito y se pintaba un porvenir de trabajos y fama. Habíale inflamado el ejemplo de tantos nobles militares; la poesía de

Shakespeare habíale abierto un mundo nuevo, y había aspirado un inefable ardor en los labios de la hermosa condesa. Todo ello no podía ni debía quedar sin efecto.

Llegó el caballerizo y preguntó si estaban listos los equipajes. Por desgracia, fuera de Melina, nadie había pensado todavía en ello. Había que partir apresuradamente. El conde había prometido que llevarían a toda la compañía a algunas jornadas de allí; los caballos estaban entonces dispuestos y sus dueños no podían prescindir de ellos durante largo tiempo. Guillermo preguntó por su cofre; madama Melina había dispuesto de él; pidió su dinero; el señor Melina lo había colocado con el mayor cuidado en lo más profundo del baúl. Filina dijo que todavía tenía sitio en el suyo; cogió los trajes de Guillermo y mandole a Mignon que llevara lo restante. Guillermo, no sin fastidio, tuvo que pasar por ello.

Mientras se hacían los equipajes y se disponía todo, dijo Melina:

-Es desagradable para mí que viajemos como saltimbanquis y charlatanes de feria; desearía que Mignon se pusiera ropa de mujer y que con toda rapidez se hiciera cortar las barbas el arpista.

Mignon estrechose fuertemente contra Guillermo y dijo con la mayor vivacidad:

-Soy un chico; no quiero ser niña.

El viejo guardó silencio, y, con esta ocasión, Filina hizo algunas divertidas observaciones sobre el carácter del conde, su protector.

-Si se corta las barbas el arpista -dijo- tiene que coserlas cuidadosamente en una cinta, y conservarlas, a fin de que pueda ponérselas de nuevo tan pronto como encuentre al señor conde en cualquier parte que sea, pues sólo la barba fue lo que le proporcionó el favor de este señor.

Como insistieran para obtener la explicación de estas singulares palabras, dejó oír lo siguiente:

-Cree el conde que contribuye mucho a la ilusión el que el comediante continúe representando su papel y sostenga su carácter en la vida corriente; por eso era tan favorable al pedante y encontraba que era muy hábil en el arpista el llevar barba postiza no sólo de noche, en el teatro, sino ostentarla permanentemente durante el día, y gozaba mucho con el aspecto de naturalidad de tal mascarada.

Mientras los otros se mofaban de este error y de las singulares opiniones del conde, el arpista llevó aparte a Guillermo, despidiose de él y le rogó, con lágrimas en los ojos, que le dejara partir al instante. Guillermo lo tranquilizó y le aseguró que lo protegería contra todo el mundo; que nadie le tocaría a un cabello, ni mucho menos se lo cortaría, sin su propia voluntad.

El viejo estaba muy conmovido y un extraño fuego brillaba en sus ojos.

-No es ese motivo lo que me impulsa a marcharme -exclamó-; hace ya mucho tiempo que me hago secretos reproches por permanecer a su lado. Yo no debía detenerme en parte alguna, porque la desgracia me persigue y daña a los que se unen conmigo. Témalo usted todo si no me deja marchar, pero no me pregunte nada; no me pertenezco a mí mismo y no puedo quedarme.

-¿A quién perteneces? ¿Quién puede ejercer tal poder sobre ti?

-Señor, déjeme usted con mi escalofriante secreto y déme libertad. La venganza que me persigue no es la del juez terrestre; soy presa de un despiadado destino; no puedo quedarme, no me es permitido.

-Es seguro que no te dejaré partir en la situación en que te veo.

-Es hacerle traición, bienhechor mío, si vacilo en lo que debo hacer. Yo estoy en seguridad a su lado, pero usted está en peligro. No sabe usted a quién tiene junto a sí. Soy culpable, pero aún más desgraciado que culpable. Mi presencia espanta a la dicha y toda buena acción resulta ineficaz si yo intervengo en ella. Debería estar siempre fugitivo y errante para que no me alcanzara mi mal espíritu, que sólo me persigue lentamente y sólo manifiesta su presencia cuando quiera apoyar en algo mi cabeza y gozar de un descanso. En ninguna forma puedo mostrar mejor mi gratitud que apartándome de su lado.

-Hombre singular, no podrás quitarme la confianza que tengo en ti ni la esperanza de verte feliz. No quiero penetrar en los misterios de tu supersticiosa creencia; pero si vives presintiendo extrañas combinaciones y presagios, direte sólo para tu consuelo y fortalecimiento: asóciate con mi dicha, y ya veremos cuál espíritu tiene más fuerza, si el tuyo negro o el mío blanco.

Guillermo aprovechó esta ocasión para decirle otras muchas cosas consoladoras, pues desde hacía algún tiempo había creído ver ya en aquel extraño acompañante una persona que, por azar o destino, había echado sobre sí una gran culpa, y arrastraba siempre consigo su recuerdo. Pocos días antes había escuchado Guillermo sus canciones y prestado atención a las siguientes palabras:

La luz de la mañana tiñe de llamas para él el puro horizonte y sobre su culpable cabeza se derrumba la hermosa imagen de todo el universo.

El viejo podía decir lo que quisiera; Guillermo siempre tenía argumentos más fuertes; sabía presentarlo todo en sentido favorable, sabía hablar de un modo tan animoso, consolador y cordial, que el propio anciano parecía volver a revivir y renunciar a sus cavilaciones.

Capítulo II

Melina tenía esperanzas de establecerse con su compañía en una ciudad pequeña, pero rica. Estaban ya en el lugar adonde los habían llevado los caballos del conde, y buscaban otros coches y otros caballos con los que esperaban seguir más adelante. Melina se había encargado de la cuestión de los transportes, y, según costumbre, se mostraba siempre muy avaro. En cambio, Guillermo tenía en el bolsillo los hermosos ducados de la condesa y se creía en pleno derecho a gastarlos alegremente, olvidando con mucha facilidad que ya los había asentado muy ufanamente en el balance de cuentas enviado a los suyos.

Su amigo Shakespeare, a quien con la mayor alegría reconocía también como padrino, y que le hacía llevar con mayor gusto el nombre de Guillermo, le había hecho conocer un príncipe que, durante algún tiempo, se mantiene en una sociedad inferior, y hasta mala, y, a pesar de su noble naturaleza, se divierte con la tosquedad, las torpezas y la tontería de aquellos groseros mancebos. Era muy grata para él aquella figura ideal con la que podía comparar su situación presente, y de este modo se le hacía mucho más fácil el engaño de sí mismo, al descubrir en sí una inclinación casi irresistible hacia aquella existencia.

Comenzó por pensar en su traje. Encontró que una chaquetilla, sobre la cual, en caso de necesidad, puede colocarse una capa corta, es vestido muy acomodado para un viajero. Un largo pantalón calcetado y un par de borceguíes pareciéronle el verdadero hábito de caminante. Después adquirió una hermosa bufanda de seda, en la que se envolvió al principio bajo pretexto de mantener caliente el cuerpo; mas, con ello, libró a su cuello de la servidumbre de una corbata, e hizo que le pusieran en las camisas algunas tiras de muselina que resultaran algo anchas para que tuvieran plena apariencia de un antiguo cuello. El hermoso pañuelo de seda, que figuraba entre los recuerdos de Mariana que se habían salvado, anudábase sueltamente bajo el cuello de muselina. Un sombrero redondo, con una cinta de abigarrados colores y una gran pluma, completaba el disfraz.

Las damas aseguraron que aquel traje le sentaba perfectamente. Filina mostrose totalmente encantada, y le pidió los hermosos cabellos que se había hecho cortar despiadadamente para acercarse más a su ideal de naturalidad. La muchacha no había perdido terreno en su relación con Guillermo, y nuestro amigo, que, mediante su liberalidad, había adquirido derecho a proceder con los otros a la manera del príncipe Harry, pronto cayó en el capricho de promover y fomentar sus locas jugarretas. Hacían esgrima, bailaban, inventaban toda suerte de juegos, y en la alegría de su corazón, disfrutaban ampliamente del tolerable vino que allí se encontraba, y Filina, en el desorden de este género de vida, tendíale lazos al desdeñoso héroe, por quien debía velar algún buen genio.

Uno de los entretenimientos favoritos con que muy en especial se divertía la compañía consistía en hacer una comedia improvisada en la que imitaran y se mofaran de sus anteriores protectores y favorecedores. Algunos de entre ellos habían observado muy bien las notas características del aspecto exterior de diversos personajes importantes y su

imitación era recibida con gran aplauso por el resto de la compañía, y cuando Filina, sacándolas del archivo secreto de sus experiencias, exhibía algunas singulares declaraciones de amor que le habían sido dirigidas apenas sabían poner fin a sus malignas carcajadas.

Guillermo los reprendía por su desagradecimiento; sólo que se le respondía que habían ganado bien lo que allí se les había dado y que, en general, no había sido excelente la conducta observada con gente tan meritoria como ellos se alababan de ser. Después se quejaban de la poca atención que se les había dispensado, de lo menospreciados que se habían visto. Las mofas, pullas e imitaciones seguían adelante y cada vez se mostraban más amargos e injustos.

-Desearía -díjoles acerca de tal cuestión Guillermo- que ni la envidia ni el egoísmo se transparentaran en vuestras manifestaciones, y que considerarais en su verdadero punto de vista a aquellas personas y su situación. Es cosa muy extraña verse ya colocado por el nacimiento en puesto preeminente de la sociedad humana. Aquel a quien las riquezas heredadas le han proporcionado plena facilidad de existencia; aquel que, si me es lícito expresarme así, se encuentra ricamente rodeado desde su niñez de todas las cosas accesorias de la humanidad, acostúmbrase, en general, a considerar estos bienes como lo primero y más grande, y no percibe con toda claridad el valor de un hombre bellamente dotado por la naturaleza. La conducta de la gente distinguida hacia la de inferior categoría, y también la de los grandes entre sí, está determinada por méritos exteriores; permiten a cada uno que haga resaltar sus títulos, su preeminencia, su traje y sus coches y caballos, pero no sus merecimientos.

La compañía otorgó ilimitados aplausos a estas palabras. Parecioles espantoso que el hombre de mérito tuviera que quedarse siempre en segundo término y que en el gran mundo no se hallaran huellas de relaciones naturales y cordiales. En especial acerca de este último punto no hicieron cientos, sino miles de reflexiones.

-No los censuréis por ello -exclamó Guillermo-; más bien compadecedlos. Pues rara vez experimentan en alto grado esa dicha que consideramos como la más alta y que mana de los íntimos caudales de la naturaleza. Sólo a nosotros los pobres, a los que poco o nada poseemos, nos es otorgado gozar en gran escala de la dicha de la amistad. Nosotros no podemos elevar a quienes amamos por medio de nuestras mercedes, ni auxiliarlo con favores ni hacerlo dichoso con regalos. Nada poseemos sino nuestra persona. Tenemos que dar ese bien único, y si ha de tener algún valor, asegurarle a nuestro amigo su eterna posesión. ¡Qué goce, qué dicha para quien da y para quien recibe! ¡En qué dichosa situación nos coloca la fidelidad! Darle una certidumbre celeste a la transitoria vida humana; ese constituye el capítulo principal de nuestra riqueza.

Habíase aproximado Mignon al oír estas palabras; ceñía a Guillermo con sus brazos delicados y permanecía con la cabecita apoyada en su pecho. Puso él una mano sobre la frente de la niña y prosiguió:

-¡Qué fácil es para un grande hacerse dueño de las almas! ¡Con qué facilidad se apodera de los corazones! Una conducta amable, descansada, y sólo algún tanto humana, puede

hacer milagros, y ¡cuántos medios no tiene el que está arriba para conservar firmemente los espíritus una vez que los ha ganado! Para nosotros todo es más raro, todo es más difícil; y ¿no es natural que atribuyamos un valor mayor a lo que hemos adquirido y realizado? ¡Cuántos conmovedores ejemplos de fieles servidores que se sacrifican por sus amos! Qué bellamente nos los ha pintado Shakespeare. La fidelidad, en este caso, es la aspiración de un alma noble para igualarse con una más alta que ella. Mediante una adhesión y un amor permanentes, el servidor se hace el igual a su señor, quien, sin eso, tiene derecho a considerarlo como un esclavo pagado. Sí; estas virtudes no existen más que para el hombre de clase inferior; no puede carecer de ellas, y lo adornan bellamente. Quien con facilidad puede rescatarse, sentirá fácilmente tentación de renunciar al agradecimiento. En este sentido, creo poder afirmar que un grande puede muy bien tener amigos, pero no ser él mismo amigo de nadie.

Mignon se estrechaba cada vez más fuertemente contra Guillermo.

-Está bien -repuso alguien de la compañía-. No necesitamos de su amistad, y nunca la hemos exigido; pero debían ser más entendidos en las artes que quieren proteger. Cuando representamos de la mejor manera, nadie nos prestó atención; todo era pura parcialidad. Agradaba aquel actor a quien estaban dispuestos a favorecer, y no estaban dispuestos a favorecer a quien merecía gustar. No era lícito que, con tanta frecuencia, tonterías y disparates provocaran la atención y el aplauso.

-Si prescindo de lo que puede no haber sido más que malignidad e ironía -dijo Guillermo-, tengo que pensar que ocurre con el arte como con el amor. ¿Cómo puede pretender el mundano, en su disipada vida, conservar los sentimientos íntimos y vivos que tiene que sustentar el artista si quiere producir algo perfecto, sentimientos que tampoco pueden ser ajenos al que quiera recibir de la obra una impresión tal como la ha deseado y esperado el artista? Creedme, amigos míos, ocurre con los talentos lo mismo que con la virtud: hay que amarlos por sí mismos o renunciar completamente a ellos. Y, no obstante, ambas cosas no son reconocidas ni recompensadas sino cuando se las ha ejercitado en lo oculto, como un peligroso secreto.

-Mientras tanto, hasta que un entendido los descubra puede uno morirse de hambre -exclamó alguien desde un rincón.

-No tan pronto -repuso Guillermo-. He visto siempre que todo hombre, mientras vive y se agita, encuentra su sustento, aun cuando no sea muy abundante, al principio. Y ¿de qué tenéis que quejaros vosotros? ¿No fuimos inesperadamente bien recibidos y alojados, precisamente cuando nuestros asuntos presentaban el peor aspecto? Y ahora cuando aun no carecemos de nada, ¿ocúrresenos algo para ejercitamos en nuestro arte y tratar de hacerlo progresar? Nos ocupamos de asuntos ajenos, y, semejantes a niños de la escuela, alejamos de nosotros todo lo que puede hacernos pensar en nuestra lección.

-Verdaderamente es imperdonable -dijo Filina-. Escojamos una obra, representémosla al punto. Cada cual debe hacer cuanto en él quepa como si se encontrara ante el mayor auditorio.

No lo reflexionaron mucho tiempo; fue escogida una obra. Era una de aquellas que en otro tiempo alcanzaron gran aplauso en Alemania y están ahora olvidadas. Algunos tararearon una sinfonía; cada cual trajo rápidamente a su memoria su papel, comenzaron la representación e hicieron el drama con el mayor interés y mucho mejor realmente de lo que hubiera podido esperarse. Aplaudiéronse mutuamente; rara vez habían trabajado tan bien.

Cuando hubieron terminado sintieron todos un extraordinario placer, ya por haber empleado bien su tiempo, ya porque cada cual podía estar contento de sí mismo. Guillermo expresó ampliamente sus elogios y la conversación fue serena y alegre.

-Ya veis -exclamó nuestro amigo- lo lejos que tendríamos que llegar si prosiguiéramos de este modo nuestros ejercicios, y no nos limitáramos, mecánicamente, y como por deber y oficio, a estudiar los papeles de memoria, a los ensayos y representaciones. ¡Cuánta mayor alabanza merecen los músicos, cuánto disfrutan, qué exactitud adquieren, al hacer en común sus ejercicios! ¡Cómo se esfuerzan por afinar sus instrumentos, con qué exactitud guardan el compás, qué delicadamente saben expresar la fuerza y la suavidad de los tonos! A nadie se le ocurre hacerse notar, acompañando ruidosamente el «solo» de otro. Cada cual trata de tocar según el espíritu y el sentimiento del compositor, expresando bien la parte que le ha sido confiada, sea mayor o menor su importancia. ¿No debíamos nosotros ponernos al trabajo con la misma precisión y el mismo espíritu, ya que ejercemos un arte que todavía es mucho más delicado que cualquier género de música, ya que estamos llamados a encarnar las manifestaciones de lo más habitual y lo más singular de la humanidad de un modo elegante y ameno? ¿Puede haber algo más repulsivo que atrabancar los ensayos y abandonarse al capricho y la buena suerte en la representación? Deberíamos hallar nuestra mayor dicha y placer en concertar por completo unos con otros, para agradarnos mutuamente, y no apreciar los aplausos del público sino en cuanto nos los hubiéramos ya garantizado unos a otros, entre nosotros mismos. ¿Por qué el jefe de una orquesta está más seguro de sus músicos que el director de su compañía? Porque allí cada cual tiene que avergonzarse de faltas que hieren el oído físico; pero ¡qué rara vez he visto un cómico que reconociera y se avergonzara de faltas, perdonables e imperdonables, con las cuales oféndese tan vilmente el oído espiritual! Desearía sólo que la escena fuera tan estrecha como la cuerda de un volatinero, a fin de que ninguna persona torpe osara subir a ella, mientras que ahora cada cual se siente con suficientes capacidades para pavonearse en las tablas.

La asamblea recibió muy bien este apóstrofe, ya que cada cual estaba convencido de que no podía tratarse de él, que tan poco tiempo antes se había mostrado como actor excelente al lado de los otros. Llegose al acuerdo de que durante aquel viaje, y después de él si continuaban juntos, realizarían un trabajo en común, en el mismo sentido en que lo habían comenzado. Hallose solamente que, como aquello era asunto de buen humor y libre voluntad, ningún director tenía que mezclarse realmente en ello. Diose por convenido que, entre buenas personas, lo mejor es la forma republicana; afirmose que el cargo de director tenía que pasar de uno a otro; tenía que ser elegido por todos y ser asistido en cada momento por una especie de pequeño senado. Hasta tal punto estaban poseídos por este pensamiento, que desearon ponerlo en ejecución al instante.

-No tengo nada que oponer -dijo Melina- si queréis hacer semejante tentativa durante el viaje; suspendo con gusto mi calidad de director hasta que volvamos a estar en el sitio debido.

Esperaba con ello ahorrar algún dinero y colgarle algunos gastos a la pequeña república o al director interino. Entonces se discutió muy vivamente cómo se podría establecer del mejor modo la forma del nuevo estado.

-Es una república ambulante -dijo Laertes-; no tendremos, por lo menos, ninguna cuestión de fronteras.

Púsose al punto en ejecución lo convenido y eligieron a Guillermo como primer director. Estableciose el senado, las mujeres tuvieron en él voto y asiento, propusiéronse leyes, fueron rechazadas o aprobadas. El tiempo pasaba sin ser notado en medio de estos juegos, y como lo pasaban agradablemente, creían haber hecho en realidad algo útil y haber inaugurado, con la nueva forma, nuevas perspectivas para la escena nacional.

Capítulo III

Ahora Guillermo, al ver en tan buenas disposiciones a la compañía, esperaba poder tratar también con ella acerca de los méritos poéticos de las obras de teatro.

-No basta -les dijo cuando volvieron a reunirse al día siguiente-, no basta que el cómico considere una obra sólo por encima, y la juzgue según su primera impresión, y dé a conocer, sin otro examen, su aprobación o desagrado. Esto puede muy bien serle permitido al espectador, el cual quiere ser emocionado y entretenido, pero realmente no pretende juzgar. Por el contrario, el comediante debe poder darse cuenta de las obras y de los motivos de sus alabanzas y censuras. Y ¿cómo pretenderá hacer eso si no sabe penetrar en el pensamiento del autor y en los propósitos que lo han movido? Muy vivamente he observado estos días en mí mismo el defecto de juzgar una obra según cierto papel, y el papel sólo aisladamente y no en sus relaciones con toda la obra, que quiero presentaros un ejemplo, si queréis concederme atención suficiente. Ya conocéis el incomparable Hamlet de Shakespeare por una lectura que, con el placer más grande, os hice ya en el castillo. Nos propusimos representar la obra, y, sin saber lo que hacía, tomé yo a mi cargo el papel del príncipe; creí estudiarlo comenzando a aprenderme de memoria los pasajes más fuertes, los monólogos, y aquellas escenas en que tienen libre curso la fuerza del alma, la elevación y la vivacidad del espíritu, donde la emoción del ánimo puede mostrarse en una expresión llena de sentimiento. También creí penetrar perfectamente en el espíritu del papel tomando sobre mí, de igual modo, el peso de aquella profunda melancolía, y tratando de seguir, bajo esta presión, a mi modelo a través del extraño laberinto de sus singularidades y caprichos. De este modo aprendía de memoria y me ejercitaba y creí que poco a poco llegaría a identificarme con mi héroe. Sólo que, cuanto más avanzaba, tanto más difícil era para mí la concepción del conjunto, y últimamente me pareció casi imposible llegar a una idea general. Entonces releí la obra ininterrumpidamente, de punta a cabo, y también entonces hubo por desgracia muchas cosas que no concertaban. Ya parecían contradecirse los

caracteres, ya la expresión, y casi desesperaba de encontrar el tono en que pudiera ser recitada la totalidad de mi papel, con todas sus fluctuaciones y medias tintas. Largo tiempo me fatigué vanamente por estos falsos caminos, hasta que, por último, esperé aproximarme, finalmente, a mi meta por una vía muy singular. Busqué todas las huellas en que se manifestara el carácter de Hamlet en tiempos anteriores a la muerte de su padre; observé lo que había sido este interesante mancebo, independientemente del triste acontecimiento y de los espantosos sucesos que lo siguieron, y lo que habría sido acaso sin nada de ello. Tierna y noblemente nacida, la regia flor crecía bajo la directa influencia de la majestad; el concepto de lo justo y de la dignidad de príncipe, el sentimiento de lo bueno y de lo decoroso, con la conciencia de la excelsitud de su nacimiento, desenvolvíanse en él al mismo tiempo. Era príncipe, príncipe nato, y deseaba reinar sólo para que el bueno pudiera ser bueno sin obstáculo. De figura agradable, naturalmente moral, cordialmente amable, debía ser el modelo de la juventud y convertirse en alegría del mundo. Sin ninguna predominante pasión, su amor por Ofelia era sólo un secreto presentimiento de dulces necesidades; su afán por los ejercicios caballerescos no era completamente espontáneo, sino que más bien tenía que ser aguijonada y sostenida esta inclinación por las alabanzas que se otorgaban a los que luchaban con él; sintiendo con pureza, reconocía la gente honrada y sabía apreciar la paz de que goza un ánimo sincero al confiarse al pecho de un amigo, Hasta cierto punto, había aprendido a reconocer y honrar lo bueno y lo bello en las artes y las ciencias; lo absurdo la repugnaba, y si algún odio podía germinar en su alma tierna, no era sino el preciso para despreciar a cortesanos falsos y tornadizos jugando con ellos sarcásticamente. Era sereno en su carácter, simple en su conducta, y si no se complacía mucho en la ociosidad, tampoco buscaba afanosamente los trabajos. Parecía continuar en la corte el despacioso curso de la vida académica. Poseía más alegría superficial que en lo profundo de su pecho; era buen compañero, condescendiente, modesto, mirado, y que sabía dispensar y olvidar una ofensa; pero jamás podía conciliarse con el que traspasara los límites de lo justo, de lo decoroso y de lo bueno. Si volvemos a leer juntos la obra podréis juzgar si estoy en el debido camino. Por lo menos, espero poder justificar plenamente mi opinión con algunos pasajes de ella.

Otorgáronse ruidosos aplausos a esta descripción; creyose ver anticipadamente que de este modo se explicaría muy bien el modo de proceder de Hamlet; celebraron este modo de penetrar en el espíritu del escritor. Cada cual se propuso estudiar también, en igual forma, cualquier otra obra para desentrañar el pensamiento del autor.

Capítulo IV

Sólo algunos días tuvo que pasar la compañía en aquella ciudad, para que ya se mostraran aventuras nada desagradables para diversos miembros de ella; pero, en especial, Laertes fue muy buscado por una dama que tenía una finca en las cercanías, con la cual, sin embargo, mostrose extraordinariamente frío, y hasta mal educado, por lo que tuvo que sufrir muchas mofas de Filina. Aprovechó ésta la ocasión para contarle a nuestro amigo, la desgraciada historia de amor que había hecho que el pobre joven se declarara perpetuo enemigo de todo el sexo femenino.

-¿Quién le tomará a mal -exclamó- que odie a un sexo que se ha burlado tan cruelmente de él y le ha hecho tragar, en brebaje muy concentrado, todo el daño que los hombres tienen que temer de las mujeres? Figúrese usted que en el espacio de veinticuatro horas fue enamorado, novio, marido, cornudo, herido y viudo. No sé cómo podría encontrarse algo peor.

Laertes huyó de la estancia, medio riendo y medio enojado, y Filina, del modo más gracioso que le fue posible, se puso a contar la historia de cómo Laertes, siendo mancebo de dieciocho años, justamente al entrar en una compañía de teatro, había tropezado con una hermosa mozuela de catorce, que estaba a punto de partir con su padre, por haberse peleado éste con el director. De improviso se había enamorado locamente, habíale hecho al padre todos los posibles razonamientos para que se quedara, y, por último, se había comprometido en matrimonio con la muchacha. Se había casado después de algunas gratas horas de noviazgo; como marido, había pasado una feliz noche con su esposa, la cual, a la mañana siguiente, estando él en el ensayo, había ennoblecido sus sienes con el usual adorno frontal; pero, por desgracia, como su excesiva ternura lo hubiera traído demasiado pronto a casa, encontró en su lugar a un antiguo enamorado; al punto, con pasión insensata, se había lanzado sobre ellos; había desafiado al amante y al padre, obteniendo con ello una herida bastante importante. Padre e hija habían partido aquella misma noche, y de este modo, por su desdicha, había quedado llagado de doble manera. Su desgracia lo había hecho caer en manos del peor cirujano del mundo, y el pobre había salido de aquella aventura con los dientes negros y ojos lacrimeantes. Es muy de lamentar todo ello, porque, por lo demás, es el chico mejor que puede hallarse en toda la redondez de la tierra. En especial -añadió- me duele que este pobre loco odie a las mujeres, porque quien las odia, ¿cómo puede vivir?

Interrumpiolos Melina con la noticia de que todo estaba plenamente dispuesto para el viaje y que podían partir al día siguiente por la mañana temprano. Les expuso las disposiciones adoptadas para la forma como debían instalarse los viajeros en los coches.

-Con tal que un buen amigo me lleve en sus rodillas -dijo Filina-, estaré contenta de cualquier estrecho y mezquino acomodo; por lo demás, todo me es indiferente.

-No importa -dijo Laertes, que también entró, en aquel momento.

-Es enojoso -dijo Guillermo, y corrió fuera.

Todavía encontró, por su dinero, un coche muy cómodo que había rechazado Melina. Fue acordada otra distribución de los viajeros en los carruajes, y celebraban poder viajar cómodamente, cuando se esparció la alarmante noticia de que en el camino que querían seguir había sido vista una partida de gentes armadas de las que no se esperaba nada bueno.

En el pueblo mismo prestose gran atención a esta nueva, aunque sólo fuera incierta y ambigua. Dada la posición de los ejércitos, parecía imposible que un cuerpo enemigo hubiera podido deslizarse hasta allí o que un cuerpo amigo se hubiera quedado tan atrás. Todo el mundo se mostró celoso para describir calurosamente a nuestra compañía la magnitud del peligro que los esperaba, aconsejándoles que tomaran otro camino.

La mayor parte de los cómicos hallábanse inquietos y temerosos con aquello, y cuando, según la nueva forma republicana, fue convocada la totalidad de los miembros del Estado para deliberar acerca de aquel caso extraordinario, casi todos estuvieron concordes en opinar que había que evitar el daño, quedándose en la ciudad, o desviarlo, eligiendo otro camino.

Sólo Guillermo, de quien no se había posesionado el temor, tuvo por vergonzoso renunciar entonces, por un simple rumor, a un plan que habían adoptado después de tantas reflexiones. Infundioles valor y sus razones fueron varoniles y convincentes.

-Todavía no es más que un rumor -les dijo-, y ¿cuántos análogos no se originan durante una guerra? Las gentes sensatas dicen que la cosa es altamente improbable, casi imposible. En asunto tan importante, ¿hemos de dejarnos guiar por esas inseguras conversaciones? El itinerario que nos ha señalado el señor Conde, el que está indicado en nuestros pasaportes, es el más corto, y en él encontraremos los caminos mejor cuidados. Nos conduce a la ciudad donde os esperan conocidos y amigos y donde confiáis en obtener buen acogimiento. El viaje, haciendo un rodeo, también nos llevará allí; pero ¿por qué malos caminos no nos meterá, qué vuelta tan grande no nos impondrá? Estando la estación tan avanzada, ¿podemos tener esperanzas de vernos libres de él? ¿Cuánto tiempo y dinero no disiparemos vanamente hasta entonces?

Dijo, además, otras muchas cosas y presentó el asunto bajo tan diversos aspectos favorables, que el miedo de los cómicos se aminoró y acreciose su valor. Tanto supo decirles acerca de la disciplina de las tropas regulares, pintándoles los merodeadores y la canalla vagabunda como tan despreciable cosa, llegó a representarles el peligro como tan amable y divertido, que todos los ánimos se serenaron.

Laertes estuvo de su parte desde el primer momento y declaró que no quería retroceder ni vacilar. El viejo gruñón encontró, dentro de su tipo, algunas expresiones que concordaban con la situación. Filina se burló de todo el mundo, y como madama Melina, que a pesar de su avanzado embarazo no había perdido su natural animosidad, juzgara la proposición como heroica, Melina no podía oponerse, ya que también, a la verdad, siguiendo el camino más corto, que era el que se había concertado con los cocheros, esperaba ahorrar mucho dinero, con lo cual se aprobó la propuesta con gran satisfacción de todos.

Entonces, a todo evento, comenzaron a adoptarse disposiciones de defensa. Compraron grandes cuchillos de monte y se los colgaron de los hombros pendientes de bien bordados tahalíes. Guillermo, además de eso, metiose en el cinturón un par de pistolas; Laertes también tenía consigo un buen fusil, y con la mayor alegría pusiéronse en camino. El segundo día los cocheros, que conocían muy bien la comarca, propusieron que hicieran el descanso de mediodía en una meseta cubierta de árboles porque la aldea se hallaba muy distante y siendo el día bueno era agradable seguir aquel camino.

El tiempo era excelente y todos aceptaron con facilidad la proposición. Guillermo les precedió a pie por la montaña, y todos los que lo encontraban quedábanse atónitos al ver su extraño traje. Ascendía por el bosque con rápidos y alegres pasos; Laertes iba silbando

detrás de él; sólo las mujeres se dejaban arrastrar en los coches. Mignon corría también junto a ellos, orgullosa del cuchillo de monte que no habían podido negarle cuando la compañía se había armado. Había anudado en torno a su sombrero el hilo de perlas que Guillermo había conservado como reliquia de Mariana. El rubio Federico llevaba el fusil de Laertes; el arpista mostraba el más pacífico aspecto. Había sujetado a la cintura su largo traje y de este modo marchaba más libremente. Apoyábase en un nudoso bastón, y su instrumento había quedado en uno de los coches.

Después de que, no sin fatiga, hubieron ganado la altura, al punto reconocieron el lugar que les habían indicado por las hermosas hayas que lo rodeaban y cubrían. Una gran pradera, suavemente inclinada, invitaba a permanecer allí; un manantial profundo ofrecía el más grato refrigerio, y por el otro lado, a través de gargantas y cimas arboladas, mostrábase una lejana perspectiva, hermosa y prometedora. Había en los valles aldeas y molinos, pequeñas poblaciones en la llanura, y nuevas montañas que se presentaban a lo lejos, todavía hacían más animador el panorama, ya que sólo aparecían como un límite vago.

Los que llegaron primero tomaron posesión del lugar, se tendieron a la sombra, encendieron fuego, y trabajando y cantando, esperaron al resto de la compañía, que se presentó poco a poco, y todos alababan de consuno el bello sitio, el magnífico tiempo y la comarca indeciblemente hermosa.

Capítulo V

Si con frecuencia habían pasado reunidos horas buenas y gratas entre las cuatro paredes de una sala, estaban naturalmente mucho más animados allí donde la libertad de los cielos y la hermosura de la campiña parecían purificar todos los ánimos, Todos se sentían más unidos con los otros, todos deseaban que su vida entera se deslizara en tan agradable retiro. Envidiaban a los cazadores, carboneros y leñadores, gentes a quien su profesión mantiene siempre en aquellos dichosos habitáculos; pero, sobre todo, alababan la encantadora existencia de una tribu de gitanos. Envidiaban a esos singulares mozos que, en una bienaventurada ociosidad, están autorizados para gozar de los más pintorescos encantos de la naturaleza; celebraban ser semejantes a ellos, hasta cierto punto.

Mientras tanto, las mujeres habían comenzado a cocer patatas y a desempaquetar y disponer los manjares que habían traído consigo. Alrededor del fuego alzábanse algunos pucheros; la compañía acampó, por grupos, bajo los árboles y entre los matorrales. Sus extraños trajes y la diversidad de armas les daban singular aspecto. Los caballos comían apartados, y si hubieran podido ocultar los coches, las apariencias de esta pequeña horda habrían tenido todo el romanticismo necesario para provocar plena ilusión.

Guillermo gozaba de un placer nunca sentido. Podía imaginarse que aquello era una colonia errante y que él era su jefe. En esta idea, conversó con cada uno de sus compañeros y prestaba a la fantasía del momento toda la poesía que le era posible. Eleváronse los sentimientos de la compañía; comieron, bebieron y lanzaron gritos de júbilo, reconociendo, repetidas veces, que jamás habían gozado de momentos más hermosos.

No bien fue tomando mayor intensidad el placer, cuando despertose en los jóvenes el deseo de ejercer su actividad. Guillermo y Laertes echaron mano a los floretes y comenzaron sus ejercicios, por aquella vez con una intención teatral. Querían representar el desafío en el cual Hamlet y su adversario encuentran un fin tan trágico. Ambos amigos estaban convencidos de que en aquella importante escena no debía uno contentarse con golpearse torpemente una y otra vez, como suele hacerse en el teatro; esperaban dar ejemplo de cómo, en la representación del duelo, también puede presentar un digno espectáculo para el entendido en el arte de la esgrima. Formaron círculo en torno a ellos; ambos combatieron con ardor e inteligencia; el interés de los espectadores crecía a cada lance.

Pero de repente sonó un disparo entre los vecinos matorrales, y otro más al cabo de un instante, y la compañía se dispersó espantada. Pronto descubrieron unas gentes armadas que avanzaban hacia el lugar donde comían los caballos, no lejos de los coches cargados de equipaje.

Un grito general escapose de los pechos femeninos; nuestros héroes arrojaron los floretes, echaron mano a las pistolas, corrieron hacia los bandidos, y con vivas amenazas, los invitaron a dar cuenta de su proceder.

Como les respondieran lacónicamente con algunos disparos de mosquete, Guillermo disparó su pistola contra un mozo de crespos cabellos que se había subido a un coche y cortaba las cuerdas de los equipajes. Acertole bien y al instante rodó al suelo; tampoco Laertes había disparado en vano, y ambos amigos desenvainaban animosamente sus cuchillos de monte, cuando una parte de la banda de ladrones se precipitó sobre ellos con rugidos y maldiciones, les dispararon algunos tiros y opusieron a su valor centelleantes sables. Nuestros jóvenes héroes les hicieron frente valerosos; llamaban a sus restantes compañeros y los animaban para la defensa general. Pero pronto Guillermo perdió la vista y la conciencia de lo que ocurría. Aturdido por un disparo que lo había herido entre el pecho y el hombro izquierdo, y por un sablazo que le rajó el sombrero y casi le penetró en el cráneo, cayó a tierra, y sólo por lo que le contaron más tarde pudo conocer el desdichado fin de aquella sorpresa.

Cuando volvió a abrir los ojos, hallábase en la situación más extraña. Lo primero que brilló ante su vista, a través de las tinieblas que todavía se tendían delante de sus ojos, fue el rostro de Filina que se inclinaba sobre el suyo. Sintiose muy débil, y como hiciera un movimiento para levantarse, encontrose con que estaba en el regazo de Filina, en el que cayó de nuevo. Su amiga hallábase sentada en la hierba y tenía dulcemente apoyada contra sí la cabeza del muchacho, tendido ante ella, y en cuanto le era posible, habíale dispuesto entre sus brazos una yacija suave. Mignon, arrodillada a los pies de Guillermo y besándoselos con muchas lágrimas, tenía sus sueltos cabellos empapados en sangre.

Cuando Guillermo descubrió su traje ensangrentado preguntó, con quebrada voz, dónde se encontraba y qué le había sucedido a él y a los otros. Filina le rogó que siguiera tranquilo. Le dijo que los demás estaban todos a salvo y no había más heridos que Laertes y él. No quiso referir ninguna cosa más, y le rogó insistentemente que se mantuviera

tranquilo, porque sus heridas sólo mal y de prisa habían sido vendadas. Guillermo tendiole a Mignon la mano y preguntó la causa de los sangrientos rizos de la niña, a quien también creía herida.

Para tranquilizarlo, refiriole Filina que aquella buena criatura, al ver herido a su amigo, en su precipitación por contener la sangre no se le ocurrió otra cosa que coger sus propios cabellos, que flotaban en torno a su cabeza, y taponar las heridas con ellos; pero bien pronto había tenido que renunciar a aquella vana empresa. Después lo habían vendado con hongos y musgo, y además Filina había dado su chal.

Guillermo observó que Filina estaba sentada con la espalda apoyada en su baúl, que aún parecía muy bien cerrado y sin daño. Preguntó si también los otros habían tenido la suerte de poder salvar sus bienes. Ella le respondió alzando los hombros y mirando hacia la pradera, donde estaban esparcidas, por una y otra parte, cajas rotas, cofres destrozados, maletas hechas pedazos y una multitud de cosas desperdigadas. No se veía a nadie en el lugar y el extraño grupo encontrábase solo en aquella soledad.

Guillermo fue conociendo poco a poco más de lo que hubiera querido saber: el resto de los hombres, que todavía hubieran podido oponer resistencia, habíanse llenado al punto de temor y pronto fueron dominados; parte de ellos huyó, otra parte contemplaba con espanto el desastre. Los cocheros, que se habían resistido tercamente a causa de sus caballos, se habían visto arrojados al suelo y maniatados, y en breve tiempo todo estuvo saqueado y fue de allí arrebatado. Los medrosos viajeros, tan pronto como cesaron de preocuparse por sus vidas, comenzaron a lamentar sus pérdidas; corrieron con toda la posible celeridad a la próxima aldea, llevando consigo a Laertes, herido levemente, y transportando sólo escasos restos de lo que habían poseído.

El arpista había apoyado contra un árbol su roto instrumento y había corrido con ellos al poblado en busca de un cirujano para socorrer lo mejor posible a su bienhechor, que había sido dejado como muerto.

Capítulo VI

Nuestros tres desgraciados aventureros permanecieron todavía durante algún tiempo en aquella singular situación; nadie venía en su socorro. Acercábase el crepúsculo, amenazaba la noche; la indiferencia de Filina comenzaba ya a convertirse en inquietud; Mignon corría de un lado a otro y su impaciencia crecía a cada instante. Por último, cuando vieron realizados sus deseos y se acercaron criaturas humanas, asaltolas un nuevo temor. Oyeron claramente un tropel de caballos que venía por el camino que también habían traído ellos y temieron que otra vez visitara el lugar de la lucha una compañía de indeseables huéspedes, para hacer la rebusca de lo que hubieran dejado los otros.

¡Qué agradable les fue, por el contrario, descubrir por encima de los matorrales una dama que cabalgaba en un caballo blanco, acompañada por un señor de edad y algunos jinetes! Escuderos, servidores, y una compañía de húsares íbales a la zaga.

Filina, que miraba con ojos espantados aquella aparición, estaba a punto de gritar, implorando el auxilio de la hermosa amazona, cuando ya ésta, asombrada, dirigía los ojos al extraño grupo, volvía hacia aquel lado su caballo, acercábase y se detenía junto a ellos. Informose celosamente acerca del herido, cuya posición, en el regazo de la aturdida samaritana, semejó resultarle altamente extraña.

-¿Es su marido? -preguntole a Filina.

-No es más que un buen amigo -repuso ésta en un tono que desagradó extremadamente a Guillermo.

Tenía éste cautiva su mirada en los rasgos dulces, nobles, serenos y compasivos del semblante de la recién llegada; no creía haber jamás visto nada más señoril ni más amable. Una amplia capa de hombre cubríale la figura; según parecía, se la habría prestado alguno de sus compañeros a causa del fresco viento nocturno.

Mientras tanto, también se habían acercado los caballeros; algunos echaron pie a tierra; la dama hizo lo mismo, y con la más benigna piedad preguntó por todas las circunstancias de la desgracia ocurrida a los viajeros, pero en especial por las heridas del tendido mozo. Después volvió atrás rápidamente, y con un señor viejo se dirigió hacia los coches, que subían lentamente por la montana y se detenían en el sitio del combate.

Después que la damita se llegó por breve tiempo a la portezuela de un coche y conversó con los que venían en él, apeose un hombre de figura achaparrada, a quien guió la dama junto a nuestro héroe herido. Visto el estuche que traía en la mano y la bolsa de cuero con instrumentos, pronto se lo pudo tener por un cirujano. Sus modales eran más bien rudos que atractivos, pero su mano era hábil y bienvenido su socorro.

Reconoció cuidadosamente a Guillermo y declaro que ninguna herida era peligrosa; iba a vendarlas en aquel sitio mismo, y después podrían llevar al herido hasta la aldea inmediata.

La zozobra de la damita parecía aumentarse.

-Vea usted -dijo después de haber ido y venido varias veces, volviendo a llevar junto a Guillermo al anciano señor-, vea usted cómo lo han dejado. Y ¿no sufrirá por causa nuestra?

Guillermo oyó estas palabras y no las comprendió. Ella iba de un lado a otro, llena de impaciencia; parecía como si no pudiera libertarse de las miradas del herido y como si, al mismo tiempo, temiera faltar a las conveniencias si se quedaba allí en el momento en que comenzaban a desnudarlo, aunque con bastante trabajo. El cirujano estaba cortando la manga izquierda, cuando el anciano señor se acercó a la dama y en grave tono le expuso la necesidad de continuar su viaje. Guillermo tenía los ojos clavados en la señora, y estaba tan fuera de sí con sus miradas que apenas sentía lo que hacían de él.

Mientras tanto Filina se había levantado para besar la mano de la generosa dama. Cuando estuvieron juntas, pensó nuestro amigo no haber visto jamás contraste tan grande. Nunca se le había presentado aún Filina bajo una luz tan desfavorable. Según le pareció, la cómica no debía acercarse a aquella noble criatura, ni mucho menos tocarla.

La dama preguntole diversas cosas a Filina, pero en voz baja. Por último, volviose hacia el anciano, que todavía permanecía allí, impasible, y le dijo:

-Querido tío, ¿puedo ser generosa a su costa?

Al punto se quitó la capa y fue manifiesto su propósito de dársela al herido, a quien habían desnudado.

Guillermo, a quien hasta entonces había cautivado la favorable mirada de sus ojos, se quedó sorprendido al ver su hermosa figura cuando cayó la capa. Ella se le acercó, y con toda dulzura tendió el abrigo sobre él. En el momento en que Guillermo abría la boca y quería balbucear algunas palabras de gratitud, la viva impresión de la presencia de la dama actuó de modo tan extraño sobre sus sentidos, ya medio perturbados, que de repente le pareció como si la joven tuviera la cabeza rodeada de rayos y una luz resplandeciente se extendiera poco a poco sobre toda su imagen. El cirujano tratábale en aquel momento con rudeza, al disponerse a extraer la bala que había quedado dentro de la herida. La santa figura desapareció de sus ojos, al desmayarse Guillermo; perdió por completo la conciencia, y al volver en sí, jinetes y coches, la hermosa al igual de sus acompañantes, todo se había disipado.

Capítulo VII

Después que nuestro amigo estuvo vendado y vestido, el cirujano se apresuró a marcharse, justamente en el momento en que llegaba el arpista con cierto número de aldeanos. Al punto dispusieron unas angarillas de ramas cortadas y entretejidas con follaje, cargaron en ellas al herido y, dirigidos por un cazador a caballo, a quien habían dejado allí los nobles señores, lo condujeron dulcemente por la montaña abajo. El arpista, silencioso y meditabundo, llevaba su roto instrumento; alguna gente llevaba el cofre de Filina, que marchaba detrás lentamente cargada con un atadijo; Mignon corría a través del bosque y las malezas, tan pronto delante como al lado de las angarillas, y miraba anhelosamente a su enfermo protector.

Este iba pacíficamente tendido en las andas, envuelto en su caliente capa. Un calor eléctrico parecía transmitirse a su cuerpo desde la fina lana; en una palabra, sentíase llevado a experimentar las más deliciosas sensaciones. La hermosa dueña de aquella prenda de vestido había actuado poderosamente sobre él. Veía aún cómo caía de sus hombros la capa y cómo se alzaba ante él la nobilísima figura rodeada de resplandores, y su alma corría a través de rocas y bosques hasta postrarse a los pies de la desaparecida.

Caía ya la noche cuando el cortejo llegó a la aldea, delante de la posada donde se encontraba el resto de la compañía, que, llena de desesperación, se lamentaba de las irreparables pérdidas. El único cuartito de la casa estaba atestado de gente; algunos estaban tendidos sobre paja; otros se habían apoderado de los bancos; algunos se apretujaban detrás de la estufa, y en un cuarto inmediato la señora de Melina esperaba congojosamente su parto. El espanto había hecho que se adelantara, y con la sola asistencia de la huéspeda, mujer joven e inexperta, no se podía esperar nada bueno.

Cuando los recién llegados pidieron que se les dejara entrar, produjéronse quejas generales. Afirmábase entonces que sólo por el consejo de Guillermo y bajo su especial dirección habían emprendido aquel peligroso camino, exponiéndose a tamaña desgracia. Echábase sobre él la culpa del funesto desenlace; oponíanse en la puerta a su entrada, sosteniendo que tenía que buscar alojamiento en otro lado. Con Filina se portaron aún más indignamente, y el arpista y Mignon también tuvieron que sufrir su parte.

El cazador, a quien su hermosa señora había recomendado con todo interés que cuidara de los abandonados, no oyó mucho tiempo con paciencia aquella disputa; avanzó hacia los cómicos con amenazas y maldiciones, ordenoles que se estrecharan e hicieran sitio a los recién venidos. Entonces comenzaron a ser más condescendientes. Dispuso sitio para Guillermo en una mesa que empujó hacia un rincón; Filina hizo colocar al lado su baúl y se sentó encima. Cada cual se apretó cuanto pudo, y el cazador salió para ver si no podía encontrar un alojamiento más cómodo para el matrimonio.

Apenas estuvo fuera, cuando la mala voluntad comenzó a manifestarse de nuevo en voz alta, y un reproche sucedía al otro. Cada cual describía y exageraba sus pérdidas; reprendían la temeridad que pagaban a tan alto precio; ni siquiera ocultaban la maligna alegría que les producían las heridas de nuestro amigo; escarnecían a Filina y querían considerar como un crimen el modo como había salvado su cofre. De sus mordacidades y pullas de toda especie parecía deducirse que durante el saqueo y la derrota habíase esforzado ella por obtener la protección del jefe de la banda, y quién sabe por medio de qué artes y concesiones había logrado que dejaran libre su cofre. Pretendían que durante algún tiempo había desaparecido de su vista. Ella no respondía palabra y sólo hacía sonar la gran cerradura de su baúl para convencer a los envidiosos de la realidad de su presencia y aumentar con su propia fortuna la desesperación de los otros.

Capítulo VIII

Guillermo, aunque debilitado por la gran pérdida de sangre e inclinado a la dulzura y mansedumbre por la aparición de aquel ángel salvador, no pudo, finalmente, contener su enojo ante las palabras tan injustas y duras que, valiéndose de su silencio, pronunciaba una y otra vez la descontenta compañía. Sintiose, por último, lo bastante fortalecido para incorporarse y echarles en cara la ruindad con que intranquilizaban a su amigo y jefe. Alzó su vendada cabeza, y sosteniéndose en el codo y apoyándose en la pared, con cierto trabajo comenzó a hablar de este modo:

-Perdónole al dolor que cada uno de vosotros experimenta por sus pérdidas el que me ofendáis en un momento en que debíais compadecerme, el que me rechacéis y arrojéis de entre vosotros la primera vez en que podía haber esperado vuestro socorro. Para los servicios que os presté, para el afecto que os testimonié, encontré hasta ahora suficiente recompensa en vuestras gracias y vuestra conducta amistosa; no me incitéis, no forcéis mi ánimo a que vuelva a examinar lo pasado y reflexione sobre lo que he hecho por vosotros; esa cuenta no serviría más que para atormentarme. La casualidad me condujo a estar entre vosotros; las circunstancias y una íntima inclinación me han hecho permanecer a vuestro lado. Participé en vuestros trabajos, en vuestras diversiones; mis escasos conocimientos estuvieron a vuestro servicio. Si ahora me echáis amargamente la culpa de la desgracia que nos ha sobrevenido, no recordáis al hacerlo que la primera indicación para que tomáramos este camino nos fue hecha por gente extraña, que esa idea fue examinada por todos vosotros y aprobada por cada uno igual que por mí. Si nuestro viaje se hubiera realizado felizmente, cada cual se alabaría de la buena ocurrencia de haber aconsejado este camino y de haberlo preferido; recordaría alegremente nuestras deliberaciones y el sentido en que había aplicado su voto; ahora me hacéis a mí único responsable, me forzáis a cargar con una culpa que aceptaría gustoso, si el testimonio de la más pura conciencia no me declarara libre de ella, si no pudiera apelar de ello ante vosotros mismos. Si tenéis algo que decir en contra mía, manifestadlo en forma conveniente, y ya sabré defenderme; si no tenéis nada fundado que decir, guardad silencio y no me atormentéis en un momento en que estoy tan extremadamente necesitado de reposo.

En vez de responder, las muchachas comenzaron a llorar de nuevo y a referir circunstanciadamente sus pérdidas; Melina estaba por completo fuera de sí, pues, a la verdad, era el que había perdido más, mucho más de lo que podemos calcular. Como un loco furioso iba dando trompicones de un extremo a otro del estrecho recinto, golpeábase la cabeza contra las paredes, maldecía y echaba pestes del modo más indecoroso; y como en el mismo momento entrara la huéspeda en la habitación con la noticia de que su mujer había dado a luz un niño muerto, permitiose las más violentas expresiones y, al unísono con él, todos aullaban, gritaban, mugían y armaban estrépito.

Guillermo, que a la vez estaba conmovido hasta lo más profundo de su ser por un sentimiento de piedad al ver la situación en que se hallaban y de enojo por su bajeza, a pesar de la debilidad de su cuerpo sintió vivas todas las fuerzas de su alma.

-Casi tengo que despreciaros -exclamó-, por dignos de piedad que podáis ser. No hay desgracia que nos autorice para abrumar de reproches a un inocente; si también yo participé, en este mal paso, ya sufro por él mi parte de daño. Yazgo aquí herido, y si la compañía ha sufrido pérdidas, yo soy el que las ha soportado mayores. Todo lo que fue robado en el vestuario, todas las decoraciones que han sido destrozadas eran propiedad mía; pues usted, señor Melina, todavía no me había pagado y le declaro absolutamente libre de esa obligación.

-Ya puede usted regalar lo que nadie volverá a ver -respondió Melina-. Su dinero estaba en el fondo del baúl de mi mujer, y es culpa suya el que se haya perdido. ¡Oh! Pero si fuera eso solo...

Y de nuevo comenzó a golpear el suelo, a maldecir y a gritar. Cada cual recordaba los hermosos trajes del guardarropa del conde; las hebillas, relojes, tabaqueras y sombreros que Melina había adquirido a tan bajo precio del ayuda de cámara. A cada cual volvía a pasarle por la memoria sus propios tesoros, aunque mucho menores; miraban con enojo el baúl de Filina y le daban a entender a Guillermo que realmente no había hecho mal asociándose con aquella hermosa y salvando sus haberes gracias a la suerte de la dama.

-¿Creéis acaso -exclamó él por fin- que tendré algo que sea mío propio mientras vosotros estéis en la estrechez, y es ésta la primera vez que en caso de necesidad reparto honradamente lo que poseo con vosotros? Que abran el baúl, y lo que sea mío lo dedico a las comunes necesidades.

-El baúl es mío -dijo Filina-, y no lo abriré antes de que se me antoje. El par de harapos que he podido conservarle producirán muy poco aunque sean vendidos al más honrado de todos los judíos. Piense usted en sí mismo, en lo que costará su curación, en lo que puede ocurrirle en tierra extraña.

-Filina -repuso Guillermo-, usted no retendrá injustamente lo que es mío, y esa pequeñez nos sacará del primer apuro. Pero el hombre posee además otras cosas con que puede socorrer a sus amigos sin que tenga que ser con monedas contantes y sonantes. Todo lo que soy debe ser consagrado a estos desdichados, que, indudablemente, cuando vuelvan a ser dueños de sí mismos, se arrepentirán de su conducta actual. Sí -prosiguió-, conozco lo que necesitáis, y todo lo que yo pueda hacer os será proporcionado; concededme de nuevo vuestra confianza, tranquilizaos por este momento y aceptad lo que os prometo. ¿Quién quiere recibir mi promesa en nombre de todos?

Al decir esto, extendió su mano y exclamó:

-Prometo no apartarme de vosotros, no desampararos, hasta que cada cual haya reparado doble y triplemente su pérdida, hasta que sea totalmente olvidada la situación en que os encontráis hoy, cualquiera que pueda ser el culpable, y la hayáis substituido por más dichosa suerte.

Mantenía su mano siempre extendida y nadie quería cogérsela.

-Todavía lo prometo una vez más -exclamó, volviendo a desplomarse sobre la almohada.

Todos permanecieron en silencio; estaban avergonzados pero no consolados, y Filina, sentada en su cofre, cascaba unas nueces que había encontrado en su bolsillo.

Capítulo IX

Volvió de nuevo el cazador con algunas gentes y adoptó las disposiciones necesarias para llevar de allí al herido. Había convencido al pastor de la aldea para que recibiera en su

casa al matrimonio; el baúl de Filina fue llevado con ellos, y ella marchó detrás con natural decoro. Mignon corría delante, y cuando el enfermo llegó a la rectoral, le fue dedicado un gran lecho de matrimonio, dispuesto desde hacía ya mucho tiempo para recibir huéspedes de calidad. Sólo entonces notaron que la herida se había abierto de nuevo y había sangrado mucho. Hubo que procurar nuevo vendaje. El enfermo cayó en un acceso de fiebre; Filina lo veló fielmente, y cuando fue vencida por la fatiga, la reemplazó el arpista; Mignon, con la firme voluntad de estar en vela, se había quedado dormida en un rincón.

A la mañana siguiente, como Guillermo se encontrara un poco repuesto, supo por el cazador que los señores que le habían socorrido la víspera habían dejado poco tiempo antes sus posesiones para mantenerse en una comarca más tranquila hasta que llegara la paz. Dijo el nombre del anciano señor y de su sobrina; indicó el lugar adonde se dirigían primeramente; declarole a Guillermo que la señorita le había ordenado que cuidara de los abandonados viajeros.

La entrada del cirujano interrumpió las vivas manifestaciones de gratitud que Guillermo derramaba sobre el cazador; el físico hizo una circunstanciada descripción de las heridas; aseguró que se curarían fácilmente si el paciente se mantenía tranquilo y aguardaba el debido tiempo.

Después que hubo partido el cazador, refirió Filina que le había dejado una bolsa con veinte luises de oro, que le había hecho un presente al sacerdote en recompensa del alojamiento y depositado en poder de éste los honorarios del cirujano. Pasaba por completo por mujer de Guillermo; instalábase definitivamente al lado de éste en tal cualidad, y no consentiría que buscara él otra enfermera.

-Filina -dijo Guillermo-, en esta desgracia que nos ha sobrevenido tengo ya muchos motivos de gratitud hacia usted y deseo no ver aumentadas las obligaciones de que le soy deudor. Estaré intranquilo mientras permanezca usted junto a mí, pues no sé cómo recompensarle por sus molestias. Devuélvame usted las cosas de mi propiedad que ha salvado en su cofre; únase al resto de la compañía; busque otro hospedaje; reciba usted mis gracias y mi reloj de oro como pequeña muestra de reconocimiento, y después abandóneme; su presencia me intranquiliza más de lo que usted puede suponerse.

Cuando hubo terminado, Filina se le echó a reír en su propia cara.

-Estás loco -le dijo-, y nunca llegarás a ser razonable. Yo sé mejor que tú lo que te conviene; me quedaré; no me moveré de este lugar. Jamás he contado con el agradecimiento de los hombres, y tampoco con el tuyo, por tanto; y si acaso estuviera enamorada de ti, ¿qué te importa?

Se quedó, y bien pronto supo congraciarse con el pastor y su familia, mostrándose siempre alegre, regalándole algo a cada cual, sabiendo hablarle a cada uno de ellos según su modo de pensar y, al mismo tiempo, haciendo siempre lo que se le antojaba. Guillermo no se encontraba mal; el cirujano, un hombre ignorante pero no torpe, dejó obrar a la naturaleza, y de este modo pronto estuvo el paciente en vías de curación. Con gran anhelo

deseaba éste volver a verse restablecido para poder continuar celosamente con sus planes y deseos.

Sin cesar evocaba en su interior aquel acontecimiento que había hecho en su ánimo inextinguible impresión. Veía a la hermosa amazona saliendo a caballo de en medio de las matas, se le acercaba, echaba pie a tierra, iba de un lado a otro y se ocupaba de él. Veía la amplia capa cayendo de sus hombros; su rostro y su figura se perdían entre resplandores. Todos sus sueños juveniles enlazábanse con esta imagen. Creía haber visto ahora, con sus propios ojos, a la noble heroína Clorinda; recordaba al hijo de rey, enfermo, a cuyo lecho se aproximaba con silenciosa modestia la bella y compasiva princesa.

-¿No ocurrirá a veces -decíase con frecuencia- que las imágenes de nuestro futuro destino floten en torno nuestro y se hagan visibles a nuestros inocentes ojos, cargados de presentimientos, tanto en la juventud como en el sueño? ¿No ocurrirá que los gérmenes de lo que debe sucedernos están sembrados ya anticipadamente, por mano del destino, para damos una pregustación de los frutos que esperamos alcanzar alguna vez?

El lecho de su enfermedad le daba tiempo para repetir miles de veces aquella escena. Miles de veces evocaba el sonido de aquella dulce voz, y ¡cómo envidiaba a Filina que había besado aquella compasiva mano! Con frecuencia representábasele la historia como un sueño, y lo habría tenido todo por fábula si no le hubiera quedado la capa para asegurarle de la certeza de la aparición.

A los grandes cuidados que dispensaba a aquella prenda de vestido uníase el vivo deseo de cubrirse con ella. Tan pronto como pudo levantarse, echola sobre sí y todo el día estuvo temiendo que pudiera ser estropeada por una mancha o de cualquier otro modo.

Capítulo X

Laertes fue a visitar a su amigo. No había estado presente cuando la violenta escena de la posada, pues se hallaba acostado en un cuarto de arriba. Estaba muy consolado por sus pérdidas y siempre aplicaba su acostumbrado «¿Qué importa?» Refirió diversos rasgos ridículos de la compañía; en especial, acusaba a la señora de Melina de no llorar la pérdida de su hija más que por no poder tener el antiguo placer alemán de bautizarla con el nombre de Matilde. En cuanto a su marido, era entonces manifiesto que siempre había tenido mucho dinero consigo, y que ya en la época del empréstito que astutamente había conseguido de Guillermo, no le era éste en modo alguno necesario. Melina quería partir por la próxima silla de postas y deseaba que Guillermo le diera una carta de recomendación para su amigo el director Serlo, en cuya compañía esperaba ser admitido, habiendo fracasado su propia empresa.

Mignon había estado muy callada durante algunos días, y, por fin, tras mucha insistencia, había confesado que tenía el brazo derecho descompuesto.

-Eso se lo debes a tu temeridad -dijo Filina.

Y refirió cómo la niña había desenvainado su cuchillo de caza durante la lucha, y al ver en peligro a su amigo había comenzado a golpes con los bandidos. Por último, la habían cogido por el brazo y la habían arrojado a un lado. La reprendieron por no haber descubierto antes su daño, pero bien vieron que había tenido miedo del cirujano, que hasta entonces la había tenido siempre por un chico. Procurose remediar el mal y tuvo que llevar el brazo en cabestrillo. También esto era una nueva pena para ella, porque tenía que confiar a Filina la mayor parte de los cuidados y asistencia de su amigo, y la gentil pecadora mostrábase por este motivo tanto más solícita y activa.

Una mañana, al despertar Guillermo, encontrola extremadamente cerca de sí. En la agitación de su sueño, habíase deslizado por completo hacia el lado de la pared, en el amplio lecho. Filina habíase tendido, atravesada, en la parte delantera; parecía, haberse quedado dormida hallándose sentada en el lecho y ocupada en leer. Habíale rodado un libro de las manos; había caído hacia atrás, con la cabeza muy próxima al pecho de Guillermo, sobre el cual se extendían, en oleadas, sus rubios y sueltos cabellos. El desorden del sueño realzaba más sus encantos de lo que lo hubieran hecho el artificio y el propósito de agradar; una calma infantil y sonriente tendíase por su rostro. Contemplola durante algún tiempo, y pareció amonestarse a sí mismo por el placer con que la miraba, y no sabemos si juzgaba como dichosa o desgraciada una situación que le forzaba al reposo y la prudencia. Habíala considerado atentamente durante algún tiempo, cuando ella comenzó a moverse. Guillermo cerró suavemente los ojos, pero no pudo abstenerse de mirar por entre las pestañas, acechándola mientras ella se arreglaba, antes de salir para preguntar por el desayuno.

Todos los comediantes habían ido presentándose poco a poco en casa de Guillermo, y habían solicitado, de modo más o menos rudo y grosero, cartas de recomendación y dinero para el viaje, cosas que siempre obtenían con desagrado de Filina. En vano hacíale presente a su amigo que también el cazador les había dejado una importante suma a aquellas gentes, que se mofaban de él. De este modo llegaron a tener una violenta disputa, y afirmó Guillermo de una vez para siempre que también ella haría bien en unirse con el resto de la compañía y probar fortuna con Serlo.

Sólo por breves momentos perdió ella su igualdad de humor; después se serenó rápidamente y exclamó:

-Si volviera a tener conmigo a mi rubio no me preocuparía nada de todos vosotros.

Referíase a Federiquillo, que se había perdido en el lugar de la lucha y no había vuelto a mostrarse después.

A la otra mañana trájole Mignon a la cama la noticia de que Filina había partido durante la noche; en la habitación inmediata había colocado, en muy buen orden, todo lo que pertenecía a Guillermo. Doliose él de su ausencia; había perdido en ella una fiel enfermera y una animosa compañía; no estaba ya acostumbrado a permanecer solo. Pero Mignon llenó muy pronto aquel vacío.

Mientras que aquella hermosa y ligera muchacha había rodeado al herido con amables cuidados, la pequeña se había retirado cada vez más y había permanecido silenciosa y recogida; pero ahora, al tener de nuevo libre el campo, surgió con todo interés y amor; mostrábase celosa para servirlo y alegre para entretenerlo.

Capítulo XI

Con vivos pasos iba acercándose Guillermo a su curación; esperaba que podría ponerse en camino dentro de pocos días. No quería seguir con una vida ociosa y sin plan, sino que en adelante su carrera debía ser caracterizada por bien orientados pasos. Primero quería buscar a los bondadosos señores para expresarles su agradecimiento; después correría junto a su amigo, el director, para cuidar, del mejor modo posible, de la desgraciada compañía, y al mismo tiempo visitar a los corresponsales, para quienes estaba provisto de presentaciones, y despachar los negocios a él confiados. Tenía esperanzas de que la buena suerte seguiría asistiéndole como en tiempos anteriores, y le proporcionaría ocasión de reponer sus pérdidas mediante una buena especulación, volviendo a llenar los vacíos de su caja.

El afán de ver de nuevo a su salvadora crecía de día en día. Para determinar su itinerario, consultó con el eclesiástico, que poseía muy hermosos conocimientos geográficos y estadísticos y tenía una linda colección de libros y de mapas. Buscaron el lugar que la noble familia había escogido como residencia durante la guerra; se procuraron noticias acerca de tales personas; pero aquel lugar no podía encontrarse en ninguna geografía ni en ningún mapa, y los manuales de genealogía no decían nada de tal familia.

Guillermo fue presa de inquietud, y como expresara en voz alta su aflicción, el arpista le descubrió que tenía motivos para creer que, fuera por lo que quisiera, el cazador había ocultado el nombre verdadero.

Guillermo, que ya se creía en la vecindad de la dama, esperó obtener alguna noticia de ella enviando al arpista; pero también esta esperanza resultó vana. Por mucho que el viejo quiso informarse, no pudo dar con ninguna huella. En aquellos días habíanse visto por aquella comarca diversos movimientos rápidos y marchas imprevistas; nadie había prestado interés especial a aquellos viajeros, de modo que el mensajero enviado por Guillermo, para no ser considerado como un espía judío, tuvo que volver atrás y presentarse ante su señor y amigo sin la rama de olivo. Dio estrecha cuenta de cómo había procurado desempeñar la comisión y cómo se había esforzado para alejar de sí toda sospecha de negligencia. Trató, en todas formas, de suavizar la aflicción de Guillermo; recordó todas las cosas que había sabido del cazador y expuso toda suerte de conjeturas, entre las cuales, por último, se presentó una circunstancia, gracias a la cual Guillermo pudo explicarse algunas enigmáticas palabras de la hermosa desaparecida.

En efecto, la banda de malhechores no había acechado a la ambulante compañía de teatro, sino a aquellos señores, por sospechar, fundadamente, que tendrían consigo mucho

dinero y preciosidades, y de cuyo paso debían haber tenido exacta noticia. No se sabía si se debía atribuir el hecho a una guerrilla o a unos merodeadores o bandidos. Fuera como quisiera, por suerte para la rica y noble caravana, los insignificantes y pobres habían llegado primero a aquel lugar y sufrido el destino que estaba dispuesto para los otros. A esto se referían las palabras de la señora joven que siempre recordaba muy bien Guillermo. Si podía considerarse feliz y satisfecho de que un genio previsor lo hubiera destinado a él a ser víctima del sacrificio para salvar a una criatura mortal dotada de todas las perfecciones, por el contrario, estaba próximo a la desesperación, ya que, al menos por aquel momento, había desaparecido totalmente toda esperanza de volver a encontrarla y de volver a verla.

Lo que aumentaba en él aquella singular conmoción era la semejanza que creía haber descubierto entre la hermosa desconocida y la condesa. Se parecían como pueden parecerse dos hermanas de las cuales ninguna de las dos puede ser llamada la mayor o la más joven, pues semejan gemelas.

El recuerdo de la amable condesa era inefablemente dulce para él. Con gran placer evocaba en la memoria su imagen. Pero ahora la figura de la noble amazona venía a interponerse; una aparición se convertía en la otra, sin que se encontrara en situación de mantener firme ninguna de las dos.

Y ¿qué asombrosa no tenía que ser para él la semejanza de sus letras? Pues conservaba en su cartera una encantadora canción copiada por la condesa y en la capa había encontrado una esquelilla, en la que, quien la había escrito, se informaba con el más tierno cuidado del estado de salud de un tío suyo.

Guillermo estaba convencido de que su salvadora había escrito aquel billete, de que en una posada del camino había sido enviado de una habitación a otra y de que el tío lo había metido en el bolsillo. Confrontaba ambas escrituras, y si antes las letras de la condesa, graciosamente formadas, le habían agradado tanto, encontraba ahora en los rasgos análogos pero más libres de la desconocida una indecible y fácil armonía. La esquela no decía nada, pero ya la letra con que estaba escrita parecía exaltar a Guillermo, como lo había hecho antes la presencia de la hermosa.

Se sumió en una soñadora nostalgia y muy bien concordaba con sus sentimientos la canción que en aquel momento cantaban Mignon y el arpista, con la más tierna expresión, en arbitrario dúo:

Sólo conoce mi dolor aquel que sabe de soledades. Solitario y apartado de toda alegría, miro hada aquella parte del firmamento.

¡Ay! Quien me ama y conoce se halla bien lejos. Siento vértigos, me abrasan las entrañas. Sólo conoce mi dolor aquel que sabe de soledades.

Capítulo XII

Las dulces invocaciones al amado espíritu protector, en lugar de dirigir por cualquier vía a nuestro amigo, sólo servían para alimentar y acrecer la impaciencia que había sentido ya desde antes. Un fuego secreto se deslizaba por sus venas; objetos inciertos o determinados cambiaban en su alma y provocaban en él un insaciable anhelo. Tan pronto deseaba tener un caballo como tener alas, y pareciéndole imposible poder permanecer donde se hallaba, no sabía aún sino preguntarse adónde, en realidad, deseaba ir.

El hilo de su destino habíase enmarañado de modo extraño; deseaba ver desatados o cortados los singulares lazos. Con frecuencia, cuando oía el trote de un caballo o el rodar de un carruaje, miraba rápidamente por la ventana, en la esperanza de que fuera alguien que lo buscara, y, aunque no fuera más que por casualidad, le trajera noticias, certidumbre y alegría. Inventaba historias para contárselas a sí mismo: cómo su amigo Werner podría muy bien venir a aquella comarca para sorprenderlo, cómo acaso debería aparecer Mariana. Poníanle en conmoción los sones de la trompa de cada postillón. Melina iba a darle noticias de su suerte; pero, sobre todo, debía volver a presentarse el cazador e invitarle a ir al lado de aquella adorada belleza.

Por desgracia, no ocurría nada de todo ello, y al cabo volvía a encontrarse solo consigo mismo; al examinar de nuevo en su memoria las cosas pasadas había una circunstancia que, cuanto más la consideraba y dilucidaba, se le hacía cada vez más repugnante e insoportable. Tratábase de su desgraciado intento de hacerse caudillo de la compañía de cómicos, cosa en la que no podía pensar sin enojo, pues, aunque en la noche de aquel desgraciado día se hubiera justificado bastante bien delante de los comediantes, no podía disimular su culpa ante sí mismo. Al contrario, en instantes de hipocondría llegaba más bien a atribuirse a sí mismo todo el accidente.

El amor propio hace que tanto nuestras virtudes como nuestras faltas se nos presenten como mucho más importantes de lo que son. Guillermo había hecho que todos confiaran en él, había dirigido la voluntad de los restantes, y, guiado por su experiencia y osadía, habíase puesto al frente de todos; sorprendiolos un peligro al cual no fueron capaces de oponerse. Reproches públicos y secretos lo perseguían, y cuando, después de aquella sensible pérdida, había prometido a la extraviada compañía que no la abandonaría hasta que con usura les hubiera devuelto lo perdido, tenía que reprenderse de una nueva osadía, al jactarse de poder llevar sobre sus hombros un mal que había sido repartido en general. Ya se acusaba de haber hecho tal promesa en la tensión y exaltación del momento; ya volvía a sentir que el magnánimo ofrecimiento de su mano, que nadie había querido aceptar, era sólo una leve formalidad al lado del juramento que tenía ya hecho en su corazón. Reflexionó sobre los medios de poder serles útil y benéfico, y pronto halló que había toda suerte de motivos para acelerar su viaje en busca de Serle. Hizo entonces su equipaje, y, sin esperar su plena curación, sin atender los consejos del pastor y del cirujano, en la singular compañía de Mignon y del anciano arpista, se apresuró a huir de la ociosidad en la que su destino había vuelto a detenerlo demasiado tiempo.

Capítulo XIII

Serlo lo recibió con los brazos abiertos y exclamó yendo hacia él:

-¿Es usted? ¿No me equivoco? Muy poco o nada ha cambiado. Su amor por el más noble arte, ¿sigue siendo siempre tan fuerte y vivo? Tanto más me alegra su llegada, ya que no siento ya la desconfianza que habían producido en mí sus últimas cartas.

Guillermo, sorprendido, le pidió inmediata explicación.

-No se ha portado usted conmigo como un viejo amigo -repuso Serlo-; me ha tratado usted como a un gran señor, a quien, sin escrúpulo de conciencia, puede uno recomendarle gente inútil. Nuestra suerte depende de la opinión del público, y temo que su señor Melina, con los suyos difícilmente puede ser bien recibido por el nuestro.

Guillermo quiso decir algo en favor de los otros; pero Serlo comenzó a hacer de ellos una descripción tan despiadada, que nuestro amigo se tuvo por muy contento cuando entró en la habitación una señora, que interrumpió la conversación, y al punto le fue presentada por su amigo como su hermana Aurelia. Acogiolo ella del modo más amable, y su conversación fue tan grata, que ni una sola vez advirtió Guillermo unos marcados rasgos de melancolía que daban aún mayor interés al espiritual semblante de la dama.

Por primera vez desde hacía largo tiempo volvía Guillermo a encontrarse en su elemento. Para sus conversaciones no había hallado hasta entonces más que oyentes mal preparados y oficiosos; pero ahora tenía la suerte de hablar con verdaderos artistas y entendidos que, no sólo le comprendían perfectamente, sino que también respondían de modo instructivo a lo que decía él. ¡Con qué rapidez examinaron todas las obras nuevas! ¡Con qué seguridad las juzgaron! ¡Cómo supieron tasar y apreciar el juicio del público! ¡Con qué celeridad se entendían de una y otra parte!

La predilección de Guillermo por Shakespeare tenía necesariamente que dirigir la conversación hacia este escritor. Mostró la más viva esperanza en que estas obras excelentes habían de hacer época en Alemania y no tardó en citar el Hamlet, de que tanto se había ocupado.

Aseguró Serlo que, si le hubiera sido posible, haría ya mucho tiempo que habría dado la obra y que, con gusto, se encargaría del papel de Polonio. Añadió después, con una sonrisa:

-Y una Ofelia también se encontraría, con tal de que tuviéramos el príncipe.

No advirtió Guillermo que a Aurelia pareció desagradarle esta broma de su hermano; púsose a explicar, según su modo de ver, de una manera extensa y docta, en qué sentido querría que fuera representado el papel de Hamlet. Expuso circunstanciadamente los resultados de que ya le hemos visto ocuparse más atrás, y diose gran fatiga para lograr que fueran aceptadas sus opiniones, por muchas dudas que, contra su hipótesis, suscitara Serlo.

-Bueno -acabó por decir éste-, le concedemos a usted todo ello; ¿qué pretende usted deducir de ahí?

-¡Mucho! ¡Todo! -repuso Guillermo-. Imagínese usted un príncipe como el que yo he descrito cuyo padre fallece impensadamente. La ambición y el ansia de mando no son las pasiones que lo animan; porque le bastaba ser hijo de rey; pero ahora, por primera vez, se ve forzado a prestar atención a la distancia que separa al rey del súbdito. El derecho a la corona no era hereditario, y, sin embargo, si el padre hubiera tenido más larga existencia, habría fortalecido los derechos de su hijo único y asegurado sus esperanzas de sucederle en la corona. Por el contrario, ahora, a pesar de fingidas promesas, se ve excluido por su tío acaso para siempre; se siente totalmente desprovisto de mercedes y bienes, y extranjero en el país que desde su niñez había podido considerar como propiedad suya. Aquí adquiere su ánimo su primera triste dirección. Siente que ya no es, que ni siquiera es tanto como cualquier noble; se hace pasar por servidor de todo el mundo, no es cortés, no es afable, sino humilde y menesteroso. Su situación anterior considérala sólo como un sueño desvanecido. En vano es que su tío, para darle ánimos, quiera hacerle considerar su situación desde otro punto de vista; el sentimiento de su nulidad no lo abandona. El segundo golpe que recibe le hiere aún más profundamente, lo humilla todavía más. Es el matrimonio de su madre. A él, fiel y tierno hijo, muerto su padre, quédale todavía una madre; espera venerar, en la compañía de esta noble madre que le ha sido conservada, las acciones gloriosas de aquel gran desaparecido; pero también pierde a su madre, y en forma aún peor que si la muerte se la hubiera arrebatado. Desaparece la firme imagen que un hijo de buenos sentimientos gusta hacerse de sus padres; del muerto no hay auxilio que esperar, ni de la viviente ningún apoyo. También ella es mujer, y entre los nombres generales de ese sexo está también comprendido el de fragilidad. Sólo entonces se siente por completo abatido, sólo entonces comienza a encontrarse huérfano y no hay dicha en el mundo que pueda substituir para él lo que ha perdido. No siendo triste ni meditabundo por su natural, la tristeza y la meditación son, para él, pesadas cargas. Así es como lo vemos cuando por primera vez se nos presenta. No creo haber añadido nada a la obra ni exagerado rasgo alguno.

Serlo miró a su hermana y dijo:

-¿Te había trazado de nuestro amigo una falsa imagen? Comienza bien y nos referirá aún muchas cosas y acabará por engatusarnos con ellas.

Guillermo protestó altamente de que él no quería engatusar con ninguna cosa, sino convencer de ellas, y les rogó que le concedieran todavía un momento de paciencia.

-Imagínese usted -exclamó- a este mancebo, a este hijo de príncipe, con toda su capacidad evocadora; represéntese usted su posición, y obsérvelo después cuando sabe que se aparece la sombra de su padre; acompáñelo usted en la espantosa noche cuando el venerable espíritu se presenta ante él. Acométele un espanto terrible; háblale a la milagrosa forma, ve que le hace señas, la sigue y escucha. Suena en sus oídos la más espantosa acusación contra su tío, junto con incitaciones a la venganza y la súplica, insistentemente repetida: «¡Acuérdate de mí!» Y una vez desaparecido el fantasma, ¿qué es lo que vemos ante nosotros? ¿Un joven héroe que no respira más que venganza? ¿Un príncipe, nacido

para tal, que se siente feliz cuando le invitan a proceder contra el usurpador de su corona? ¡No! El asombro y la melancolía se apoderan del solitario; tiene amargas ironías contra los sonrientes culpables, jura no olvidar al muerto y termina lanzando esta significativa queja: «El tiempo se ha salido de sus ejes; ¡ay de mí, que he nacido para volver a encajarlo!» En estas palabras, según me parece, está la clave de toda la conducta de Hamlet, y para mí es manifiesto que Shakespeare ha querido pintar un gran acto impuesto a un alma que no se ha desarrollado hasta la medida de tal acto, y encuentro que, según este sentido, está en su totalidad compuesta toda la obra. Es un roble plantado en un precioso vaso que sólo hubiera podido recibir en su interior flores delicadas; extiéndense las raíces, y el vaso es totalmente destrozado. Un carácter hermoso, puro, noble, altamente moral, pero sin la fuerza de complexión que constituye al héroe, sucumbe bajo una carga que no es capaz de soportar ni de arrojar de sí; todo deber es sagrado para él, pero éste es demasiado pesado. Solicítase de él lo imposible; no lo imposible en sí mismo, sino lo que es imposible para él. Vemos cómo anda con rodeos, cómo se angustia, cómo avanza y retrocede, cómo siempre le es recordado su deber, cómo siempre lo recuerda, y, por último, casi pierde de vista el fin que se ha propuesto, aunque sin volver a recobrar nunca su serenidad.

Capítulo XIV

Entraron diferentes personas que interrumpieron la conversación. Eran músicos que habitualmente se reunían una vez a la semana en casa de Serlo para un pequeño concierto. Le gustaba mucho la música y afirmaba que un comediante sin esta afición, nunca podía llegar a una clara noción y sentimiento de su propio arte. Lo mismo que se actúa de modo más fácil y decoroso cuando los gestos van acompañados y dirigidos por una melodía, también el actor tiene que preparar cada papel, hasta cuando esté escrito en prosa, de modo que no lo barbotee monótonamente, siguiendo su personal manera de ser, sino que lo trate, según ritmo y compás, con todas las convenientes inflexiones.

Aurelia parecía interesarse poco por todo lo que ocurría, y acabó por llevar a nuestro amigo a una habitación inmediata, y, poniéndose a la ventana y mirando el estrellado cielo, díjole a Guillermo:

-Todavía nos ha quedado usted en deuda de muchas cosas acerca de Hamlet; pero no quiero ser precipitada y deseo que también mi hermano pueda oír conmigo lo que aun tenga usted que decirnos; pero deme a conocer sus ideas con respecto a Ofelia.

-No hay que decir mucho de ella -repuso Guillermo-, pues su carácter queda ya terminado con unos cuantos rasgos de manera maestra. Todo su ser se mece en una madura y dulce sensualidad. Su cariño por el príncipe, a cuya mano le es lícito aspirar, fluye de tal modo de la fuente de su alma, su buen corazón se abandona tan por completo a su anhelo, que su padre y su hermano se alarman de ello y ambos la amonestan sin rodeos y groseramente. Las conveniencias sociales, lo mismo que la ligera gasa que cubre su pecho, no pueden ocultar los movimientos de su corazón, sino que más bien revelan su conmoción más leve. Su imaginación está envenenada, su callada modestia respira amorosa languidez,

y si la ocasión, fácil diosa, viniera a sacudir el arbolillo, al punto habría caído el fruto a tierra.

-Y después -dijo Aurelia-, cuando se ve abandonada, rechazada y desdeñada; cuando en el alma de su insensato amante el más alto impulso se transforma en lo más vil, y en lugar del dulce cáliz de amor le tiende la amarga copa del sufrimiento...

-Quiébrase su corazón -respondió Guillermo-. Desencájanse todos los soportes de su ser; la muerte de su padre resuena con gran violencia en ella, y el hermoso edificio se viene abajo por completo.

Guillermo no había observado la expresión con que pronunció Aurelia sus últimas palabras. Ocupado sólo de la obra de arte, de su armonía y perfección, no sospechaba que su amiga experimentaba muy otros efectos; no sospechaba que un profundo dolor personal era vivamente excitado en ella por aquellas ficciones dramáticas.

Estaba Aurelia con la cabeza apoyada en el brazo, elevando al cielo los ojos llenos de lágrimas. Por último, no pudo reprimir por más tiempo su escondido dolor, cogió las dos manos del amigo, y exclamó, mientras él se quedaba ante ella como pasmado:

-¡Perdone usted, perdone usted a un angustiado corazón! La vida social me ata y oprime; tengo que procurar ocultarme de mi despiadado hermano; ahora su presencia de usted ha deshecho todos los lazos. ¡Amigo mío! -prosiguió-, hace sólo un instante que le conozco a usted y ya voy a hacerle objeto de mis confidencias.

Apenas podía pronunciar palabra y se dejó caer sobre el hombro de Guillermo.

-No piense usted mal de mí -dijo sollozando-, porque tan pronto le revele mis secretos, porque me muestre tan débil con usted. Sea mi amigo; séalo siempre. Lo merezco.

Guillermo procuraba tranquilizarla del modo más tierno; pero era en vano: sus lágrimas seguían manando siempre y ahogaban sus palabras. En aquel momento entró Serlo muy fuera de propósito, y con él, inesperadamente, la propia Filina, a quien traía él de la mano.

-Aquí tiene usted a su amigo -díjole a Filina-; se alegrará de saludarla.

-¡Cómo! -exclamó Guillermo asombrado-; ¿también a usted la encuentro aquí?

Con aire modesto y reposado acercose la cómica, diole la bienvenida y alabó la bondad de Serlo, que, sin merecerlo ella, sólo con la esperanza de que llegara a aprender, la había recibido en su excelente compañía. Mostrose, en todo ello, muy amable con Guillermo, pero a respetuosa distancia.

Mas este fingimiento no duró sino mientras estuvieron presentes los otros dos. Pues al retirarse Aurelia para ocultar su dolor y al ser llamado Serlo desde fuera, Filina miró primero muy despacio hacia las puertas para ver si se habían ido realmente, después brincó como loca por toda la habitación, tirose al suelo y parecía ahogarse de risas y carcajadas.

Después se levantó de un salto, acarició a nuestro amigo y celebró sobremanera haber sido lo bastante prudente para adelantarse a conocer el terreno y granjearse la voluntad de todos.

-Aquí marcha todo de un modo muy raro -dijo ella-; precisamente lo que necesito. Aurelia ha tenido unos amores desgraciados con un noble, que tiene que ser un hombre magnífico, y a quien me gustaría ver siquiera una vez. Si no me equivoco mucho, le ha dejado un recuerdo. Corretea por aquí un chiquillo como de tres años, hermoso como el sol; el papá tiene que ser delicioso. En general, no puedo resistir a los niños, pero me encanta este picaruelo. He echado mis cuentas: la muerte del marido, las nuevas relaciones, la edad del niño; todo concuerda perfectamente. Ahora el amigo se ha ido por su camino; hace ya un año que no lo ve. Ella está fuera de sí e inconsolable... ¡La muy loca!... El hermano tiene en la compañía una bailarina con la que se divierte, una comiquilla que goza de su confianza; en la ciudad hay también varias mujeres a las que hace la corte y ahora también yo estoy en lista. ¡El muy loco!... De la demás gente ya sabrás mañana, y ahora sólo una palabrita acerca de Filina, a quien ya conoces: la archiloca está enamorada de ti.

Juró que era la pura verdad y aseguró que era pura broma. Suplicó encarecidamente a Guillermo que se enamorara de Aurelia, con lo cual se daría una perfecta caza a la carrera.

-Ella corre tras de su infiel amante, tú tras ella, yo tras de ti y el hermano tras de mí. Si eso no da materia para divertirse medio año, quiero morirme en el primer episodio que se produzca en esta novela de cuádruple intriga.

Le rogó que no le estropeara sus asuntos y le mostrara tanto respeto como quería merecer por su conducta pública.

Capítulo XV

A la otra mañana pensó Guillermo en ir a visitar a madama Melina; no la encontró en casa y preguntó por el resto de los miembros de la compañía ambulante y supo que Filina los había invitado a almorzar. Dirigiose allí por curiosidad y los halló a todos muy satisfechos y consolados. La astuta criatura los había reunido, los había obsequiado con chocolate, dándoles a entender que todavía no estaba cerrado todo el horizonte; mediante su influencia, esperaba convencer al director de lo ventajoso que le sería recibir en su compañía un personal tan hábil. Escuchábanla atentamente, se sorbían una taza tras otra, encontraban que no estaba mal aquella muchacha y se proponían hablar de ella del mejor modo.

-¿Cree usted, pues -díjole Guillermo al quedarse solo con Filina-, que todavía se decidirá Serlo a encargarse de nuestros camaradas?

-En modo alguno -repuso Filina-; ni tampoco me intereso nada por ello. Preferiría que se hubieran ya marchado. Sólo a Laertes querría conservar; a los demás, ya los iremos apartando poco a poco.

Tras esto diole a entender a su amigo que estaba perfectamente convencida de que éste no dejaría por más tiempo escondidos sus talentos, sino que se presentaría en las tablas bajo la dirección de un hombre como Serlo. No sabía alabar bastante el orden, el buen gusto y el espíritu que reinaban en la compañía; hablole a nuestro amigo de modo tan lisonjero, alabole tanto sus talentos, que el corazón y la fantasía de Guillermo tendían mucho hacia esta proposición, mientras su juicio y su reflexión se alejaban grandemente de ella. Mantuvo oculta ante Filina y ante sí mismo aquella tendencia, y pasó un día intranquilo, sin poder decidirse a ir a visitar a sus corresponsales y a recoger las cartas que tenían que estar allí para él. Pues aun cuando podía imaginarse muy bien la inquietud de los suyos durante aquel tiempo, temía saber con todo detalle su preocupación y sus reproches, tanto más que se prometía un gran placer para aquella noche con la representación de una obra nueva.

Serlo habíase negado a dejarle presenciar el ensayo.

-Tiene usted que conocernos bajo nuestro mejor aspecto -dijo él-, antes de que consintamos que vea usted nuestras interioridades.

Con el mayor goce asistió nuestro amigo a la representación en la noche siguiente. Era la primera vez que veía el trabajo escénico llevado hasta aquella perfección. A todos los actores había que reconocerles dones excelentes, felices disposiciones y un claro y alto concepto de su arte, y sin embargo, no eran iguales entre sí; pero se sostenían y apoyaban mutuamente, se animaban unos a otros y eran muy precisos y exactos en toda su manera de representar. Pronto se sentía que Serlo era el alma de aquel conjunto, del cual se distinguía con gran ventaja. Un humor sereno, una moderada vivacidad, un preciso sentimiento de las conveniencias, junto con grandes dotes de imitación, era forzoso admirar en él tan pronto como salía a escena y abría la boca. El íntimo bienestar de su persona parecía extenderse a todos los espectadores, y el modo ingenioso como expresaba, fácil y graciosamente, los más finos matices del papel provocaba alegría tanto mayor, ya que sabía esconder el arte que había llegado a dominar mediante perseverante trabajo.

Su hermana Aurelia no se quedaba atrás y obtenía aún aplausos mayores, porque conmovía el ánimo de las gentes que él sólo era capaz de divertir y regocijar.

Después de algunos días pasados del modo más agradable, Aurelia hizo llamar a nuestro amigo. Corrió a su casa y la encontró tendida en un canapé; parecía tener dolor de cabeza y en toda su persona no dejaba de manifestarse una febril conmoción. Serenáronse sus ojos cuando descubrió a quien entraba.

-Perdóneme usted -exclamó al verle-; la confianza que usted me ha infundido me ha hecho ser débil. Hasta ahora podía entretenerme en secreto con mi dolor, cosa que hasta me daba fuerzas y consuelo; pero ahora, sin que sepa yo cómo ha ocurrido tal cosa, usted ha roto los lazos del silencio, y aunque sea contra su voluntad, tomará usted parte en los combates que sostengo contra mí misma.

Guillermo le respondió con amabilidad y galantería. Le aseguró que su imagen y sus dolores habían estado siempre presentes ante su alma; que le rogaba que le concediera su confianza y que se declaraba por su más fiel amigo.

Al hablar de este modo, sus ojos eran atraídos por un niño que estaba sentado en el suelo, delante de él, y revolvía unos con otros toda suerte de juguetes. Como ya le había dicho Filina, podría tener unos tres años, y sólo entonces comprendió Guillermo cómo la aturdida muchacha, que rara vez usaba de expresiones sublimes, había podido comparar con el sol a aquel chico. Pues alrededor de sus abiertos ojos y de todo su semblante flotaban los más hermosos rizos de oro; en una frente deslumbradoramente blanca mostrábanse unas cejas delicadas, obscuras y dulcemente onduladas, y los más vivos tonos de la salud resplandecían en sus mejillas.

-Siéntese a mi lado -dijo Aurelia-. Contempla usted con admiración al dichoso niño; cierto que con toda alegría lo recibí en mis brazos, lo conservo con cuidado, pero también puedo reconocer, gracias a él, el grado de mi sufrimiento, que sólo raras veces me consiente apreciar el valor de tal tesoro. Permita usted -prosiguió diciendo- que le hable de mí y de mi destino, porque me importa mucho no ser mal conocida por usted. Creí tener algunos instantes de calma; por eso hice que lo llamaran; está usted en mi presencia y he perdido el hilo de lo que quería decir. «Otra mujer abandonada en el mundo», se dirá usted. Usted es hombre y pensará: «¿Por qué hará esta loca tantos aspavientos por un mal necesario, que se cierne sobre la mujer lo mismo que la muerte: la infidelidad de un hombre?» ¡Oh amigo mío! Si mi destino fuera el corriente, soportaría gustosa un mal corriente; pero ¡es tan extraordinario! ¿Por qué no podré mostrárselo a usted como en un espejo? ¿Por qué no podré encargarle a nadie que le refiera a usted todo esto? ¡Oh! Si hubiera sido seducida, cogida al descuido y después abandonada, aún tendría consuelo en mi desesperación; pero lo mío es mucho peor: soy yo misma quien se ha alucinado, yo misma quien se ha engañado contra toda prudencia; eso es lo que no me podré perdonar jamás.

-Con sentimientos tan nobles como los suyos -repuso el amigo-, no puede usted ser totalmente desgraciada.

-Y ¿sabe usted a qué le debo tales sentimientos? -preguntó Aurelia-. A la más detestable educación que jamás haya debido corromper a una muchacha; a los ejemplos peores y más propios para extraviar el corazón y los sentidos. Después de la temprana muerte de mi madre pasé los más hermosos años de mi adolescencia en casa de una tía mía que se había impuesto como ley el despreciar las leyes del honor. Abandonábase ciegamente a todas sus pasiones, ya reinara ella sobre el objeto de su cariño, o fuera su esclava, con tal de que pudiera olvidarse de sí misma en un salvaje goce. Nosotras, niñas, con la pura y clara mirada de la inocencia, ¿qué concepto teníamos que formarnos del sexo masculino? Qué obtusos, qué importunos, qué insolentes, qué torpes eran los que ella llevaba a su casa; qué asqueados, atrevidos, vacíos e insípidos se mostraban tan pronto como habían hallado la satisfacción de sus deseos. Así es como vi, durante años enteros, a esta mujer envilecida bajo las órdenes de los peores de los hombres. ¡Qué tratamientos tenía que soportar y con qué cara sabía resignarse con su suerte, con qué aire soportaba sus deshonrosas cadenas! Así es, amigo mío, cómo aprendí a conocer a vuestro sexo, y, ¡con qué franqueza lo odié, cuando creí notar que hasta los hombres más estimables, al ponerse en relación con nosotras, parecían renunciar a todos los buenos sentimientos de que podía haberlos hecho capaces la Naturaleza! Por desgracia, en aquellas circunstancias tuve también que adquirir muy tristes experiencias sobre mi propio sexo, y a la verdad, siendo muchacha de dieciséis

años, era mucho más cauta de lo que lo soy ahora, cuando ya apenas puedo comprenderme a mí misma. ¿Por qué hemos de ser tan prudentes, cuando somos jóvenes, para hacernos después más insensatos cada vez?

El niño hacía ruido; Aurelia se impacientó por ello y tocó la campanilla. Entró una vieja para llevárselo.

-¿Todavía te duelen las muelas? -preguntole Aurelia a la vieja, que traía la cara envuelta en un pañuelo.

-De un modo casi insoportable -repuso la otra con voz ahogada; cogió en brazos al niño, que pareció irse gustoso con ella, y se lo llevó.

Apenas hubo salido el niño, cuando Aurelia se puso a llorar amargamente.

-No puedo hacer otra cosa sino gemir y lamentarme -exclamó-, y me avergüenzo de presentarme ante usted como un pobre gusano que se arrastra por el suelo. He perdido toda mi presencia de espíritu y no puedo contarle ya nada más.

Se interrumpió de repente y guardó silencio. Su amigo, que no quería decir nada vulgar y no supo decir nada interesante, especialmente adaptado a aquella situación, le estrechó la mano y la contempló durante algún tiempo. Por fin, en su confusión, cogió un libro que se encontraba delante de él en el velador: eran las obras de Shakespeare abiertas por el Hamlet.

Serlo, que apareció en la puerta en aquel momento, después de preguntar por la salud de su hermana, miró el libro que nuestro amigo tenía en la mano y exclamó:

-¿Vuelvo a encontrarle a usted con su Hamlet? ¡Muy bien! Se me han presentado diferentes dudas que parecen aminorar mucho la autoridad canónica que se complace usted en atribuir a esta obra. Los ingleses mismos ¿no han reconocido que el interés principal se acaba con el tercer acto; que los dos últimos sólo penosamente se relacionan con el conjunto; y no es verdad que, hacia el final, la obra no marcha ni adelante ni atrás?

-Es muy posible -dijo Guillermo- que algunos miembros de una nación que puede presentar tantas obras maestras sean llevados, por sus prejuicios y limitaciones, a enunciar falsos juicios; pero eso no puede impedirnos el que veamos con nuestros propios ojos y seamos justicieros. Estoy muy lejos de condenar el plan de esta obra; creo más bien que nunca ha sido concebido ninguno más grande; y no sólo que haya sido concebido, sino que ha sido realizado.

-¿Cómo lo demuestra usted? -preguntó Serlo.

-No quiero demostrar nada -repuso Guillermo-; sólo quiero exponerle lo que pienso.

Aurelia se alzó sobre sus almohadones, apoyó la cabeza en la mano y contempló a nuestro amigo, que, con el mayor convencimiento de que tenía razón, prosiguió hablando de este modo:

-¡Nos agrada tanto, nos sentimos tan lisonjeados cuando vernos a un héroe que actúa por sí mismo; que ama y odia cuando su corazón se lo ordena; que acomete y ejecuta toda clase de acciones; que remueve todos los obstáculos y realiza un gran fin! Los historiadores y poetas querrían convencernos de que tan glorioso destino puede ser el del hombre. Pero aquí somos adoctrinados de otro modo: el héroe no tiene plan, pero la obra está muy ajustada a él. Aquí no es castigado un malvado a consecuencia de una idea de venganza, rígida y obstinadamente conducida; no, aquí ocurre un hecho monstruoso, se desarrolla hasta sus últimas consecuencias, arrastra consigo a los inocentes; el criminal parece evitar el abismo que le está destinado y se precipita en él justamente en el momento en que piensa proseguir dichosamente su camino. Pues es propio de las acciones espantosas esparcir el mal sobre los inocentes, lo mismo que las buenas obras derraman también muchas ventajas sobre los que no las merecen, sin que el autor de unas y otras sea con frecuencia castigado ni recompensado. Aquí, en nuestra obra, ¡qué maravilloso espectáculo! El purgatorio envía un espectro que solicita venganza, pero es en vano. Todas las circunstancias concurren a ello e impulsan la venganza, pero es en vano. Ni lo terreno ni lo subterráneo puede realizar lo que está reservado al solo destino. Llega la hora del juicio. El malo cae con el bueno. Una estirpe es aniquilada y en su lugar surge otra.

Después de una pausa en que se estuvieron mirando unos a otros, tomó la palabra Serlo.

-No hace usted grandes cumplidos a la Providencia al glorificar al poeta, y además, me parece que para honrar a su poeta, lo mismo que otros para honrar a la Providencia, le atribuye usted objetos y planes en que ni habrá pensado siquiera.

Capítulo XVI

-Permítame usted que también haga yo una pregunta -dijo Aurelia-. He vuelto a examinar el papel de Ofelia; estoy contenta de él y confío en que podré representarlo bajo ciertas condiciones. Pero, dígame usted: ¿el poeta no hubiera debido atribuir otras cancioncillas a su enajenada? ¿No se podrían elegir fragmentos de baladas melancólicas? ¿Qué significan, en labios de una noble muchacha, esas frases equívocas y esas indecentes necedades?

-Excelente amiga -repuso Guillermo-, tampoco en esto puedo ceder ni un ápice. También en esas singularidades, también en esas aparentes inconveniencias se encierra un gran sentido. Ya sabemos, desde el principio de la obra, con qué está ocupado el ánimo de la buena niña. Vive silenciosa y recogida en sí misma, pero apenas oculta su nostalgia y sus deseos. Secretamente, resuenan en su alma los acentos de la voluptuosidad, y ¿cuántas veces, lo mismo que una niñera imprudente, no habrá intentado adormecer su sensualidad brizándola con cancioncillas que tenían que despertarla más? Finalmente, cuando le es arrebatado todo dominio sobre sí misma, cuando su corazón se viene a sus labios, sus labios

mismos son los que la traicionan, y en la inocencia de la locura, se divierte haciendo resonar ante el rey y la reina sus libres canciones favoritas, la de la muchacha seducida, de la moza que se desliza junto al amante, etcétera.

Aún no había acabado de hablar, cuando, de pronto, se produjo ante sus ojos una asombrosa escena que en modo alguno podía explicarse.

Serlo había paseado varias veces de un extremo a otro, por la habitación, sin dejar que se manifestara en él ningún propósito. De repente acercose al tocador de Aurelia, cogió rápidamente algo que había sobre él y corrió con su presa hacia la puerta. Apenas hubo observado Aurelia su acción, cuando se precipitó a cerrarle el paso, lo agarró con increíble violencia y fue lo bastante hábil para apoderarse de un extremo del objeto robado. Lucharon y se empujaron obstinadamente, dieron vueltas y giraron con viveza uno en torno al otro; él se reía, ella se encolerizaba, y cuando Guillermo acudió para separarlos y apaciguarlos, vio, de pronto, que Aurelia se apartaba con un desnudo puñal en la mano mientras que Serlo arrojaba al suelo, con enojo, la vaina que había quedado en su poder. Guillermo se hizo atrás lleno de asombro y su muda sorpresa pareció preguntar la causa de cómo se había podido originar una disputa entre ellos por un artefacto tan singular.

-Usted será juez entre nosotros dos -dijo Serlo-. ¿Qué tiene que hacer mi hermana con ese agudo acero? Haga usted que se lo muestre. Ese puñal no es propio de una comedianta: agudo como una aguja y afilado como una navaja de afeitar. ¿A qué viene esa farsa? Siendo violenta, como es, de fijo que alguna vez acabará por hacerse daño. Siento un odio profundo hacia tales extravagancias: si se toma en serio, es una locura, y es de mal gusto tener un juguete tan peligroso.

-Lo he recobrado -exclamó Aurelia blandiendo en alto la brillante hoja-; en adelante guardaré mejor a mi fiel amigo. Perdóname -exclamó besando el acero-; perdona mi negligencia.

Serlo parecía estar seriamente enojado.

-Tómalo como quieras, hermano -prosiguió ella-. ¿Puedes estar seguro de que bajo la forma de este objeto no me ha sido regalado un talismán precioso? ¿De que no haya de encontrar en él ayuda y consejo en el momento más funesto? ¿Es que ha de ser dañino todo lo que parece peligroso?

-Frases como esas, que no poseen sentido alguno, son capaces de ponerme furioso -dijo Serlo, abandonando la habitación con una sorda furia.

Aurelia volvió a colocar cuidadosamente el puñal en su vaina y lo guardó.

-Reanudemos la conversación que nos fue interrumpida por mi desgraciado hermano -dijo Aurelia, al pretender Guillermo enunciar algunas preguntas sobre aquella singular disputa-. Tengo que admitir su descripción de Ofelia -prosiguió-; no quiero desconocer la intención del poeta, y mejor puedo compadecer a esa muchacha que participar en sus sentimientos. Pero ahora, permítame usted una observación, para la cual me ha dado usted

frecuentes ocasiones en este breve tiempo. Con asombro descubro el profundo y justo golpe de vista con que sabe usted juzgar las obras poéticas, en especial dramáticas; no permanecen ocultos para usted los más profundos misterios de invención y percibe perfectamente los más finos rasgos de ejecución. Sin haber contemplado jamás, en la Naturaleza, tales objetos, reconoce usted su verdad en las imágenes; parece como si llevara usted en sí mismo un presentimiento de la totalidad del mundo que fuera excitado y desenvuelto al armónico contacto del arte poético. Pues, a la verdad -prosiguió-, de fuera no recibe usted cosa alguna; no es fácil que jamás haya encontrado yo persona alguna que, como usted, desconozca de manera tan fundamental las personas con quienes vivo. Permita usted que se lo diga: si se le oye a usted explicar Shakespeare, créese que acaba usted de llegar del consejo de los dioses y ha oído cómo se ponen de acuerdo allá arriba para formar criaturas humanas; mas, por el contrario, cuando se halla usted en tratos con la gente, veo al punto en usted al primer niño de la creación, ya nacido grande, que contempla, con singular admiración y una edificante bondad de alma, a los leones y los monos, las ovejas y los elefantes, y les habla cándidamente como si fueran sus iguales, porque también están allí donde él está y se mueven como él se mueve.

-La conciencia de poseer un carácter de escolar fatígame muchas veces, excelente amiga -repuso él-, y le agradecería mucho que me ayudara a adquirir ideas más claras acerca del mundo. Desde la infancia dirigí la mirada de mi espíritu más hacia mi interior que hacia el mundo de fuera, y, por tanto, es muy natural que, hasta cierto grado, haya aprendido a conocer al hombre, sin comprender ni entender lo más mínimo a los hombres.

-Ciertamente -dijo Aurelia- que al principio sospeché que quería usted mofarse de nosotros al decir tanto bueno de las gentes que envió a mi hermano; al comparar sus cartas con los merecimientos de tales personas.

Esta observación de Aurelia, por muy verdadera que pudiera ser y por muy gustoso que su amigo reconociera en sí este defecto, llevaba en sí algo penoso, y hasta ofensivo, de modo que guardó silencio y se recogió en sí mismo, en parte para no dejar transparentar que había sido molestado por aquello, en parte para investigar en su pecho la verdad de aquel reproche.

-No se turbe usted por ello -prosiguió Aurelia-; siempre podremos llegar a alcanzar la luz de la razón, pero nadie puede darnos el tesoro de los sentimientos. Si está usted destinado a ser artista, nunca será demasiado el tiempo que conserve usted esa ilusión y esa inocencia; es la hermosa envoltura de un juvenil brote; gran desgracia sería que fuera arrancada demasiado pronto. De fijo que no es bueno que conozcamos bien a aquellos para quienes trabajamos. ¡Oh! ¡También yo me hallaba en esta feliz situación cuando pisé las tablas con la más alta idea de mi nación y de mí misma! ¿Qué no eran los alemanes, en mi fantasía, y qué no podían llegar a ser? Yo declamaba para esta nación, sobre la que me elevaba un breve tablado, de la que me separaba una fila de lámparas, cuyo brillo y vapores me impedían distinguir claramente los objetos que se hallaban delante de mí. ¡Qué grato era para mí el resonar de los aplausos que ascendían desde el seno de la multitud! ¡Con qué agradecimiento recibía el presente que de común acuerdo me era ofrecido por tantas manos! Largo tiempo me bricé de este modo; el influjo que yo ejercía en los otros volvía a ejercerlo sobre mí la multitud; estaba en la mejor inteligencia con mi público; creía sentir

una armonía perfecta y ver siempre ante mí a los más nobles y mejores de la nación. Desgraciadamente, no era sólo el natural y el arte de la actriz lo que interesaba a los amigos del teatro; también aspiraban a agradar a la viva muchacha. Me hicieron comprender, de modo no dudoso, que mi deber era compartir también con ellos, en mi propia persona, los sentimientos que había excitado en la suya. Por desdicha, no era tal mi propósito; deseaba elevar sus ánimos, pero respecto a lo que se suele llamar los corazones, no tenía yo ni la pretensión más pequeña; y entonces, todas las clases sociales, todas las edades y caracteres, unos tras otros, se me fueron haciendo enojosos, y nada era más inoportuno para mí que el no poder encerrarme en mi habitación, como cualquier otra muchacha honrada, para ahorrarme así muchas molestias. Los hombres se mostraban, por lo general, tal como yo estaba acostumbrada a verlos en casa de mi tía, y también esta vez sólo habrían producido en mí repugnancia si no me hubieran entretenido sus rarezas y tonterías. Como no podía evitar el verlos, ya en el teatro, ya en lugares públicos, ya en mi casa, me propuse observarlos a todos y mi hermano me ayudaba bizarramente a ello. Y si piensa usted en que, desde el sensible mancebo de tienda y el vanidoso hijo de comerciante hasta el hábil y circunspecto hombre de mundo, el valeroso militar y el atrevido príncipe, todos, uno tras otro, han pasado por delante de mí y cada cual a su manera ha pensado en armar entre nosotros una novela, usted me dispensará si me imagino conocer bastante bien a mi nación. Al estudiante fantásticamente engalanado, al sabio distraído en su orgullosa humildad, al frugal canónigo de marcha vacilante, al rígido hombre de negocios de atención siempre despierta, al recio hidalgo campesino, al cortesano vulgar y melosamente amable, al eclesiástico extraviado fuera de su campo, al comerciante que especula serenamente lo mismo que al que lo hace con rapidez y actividad; a todos los he visto actuar en mi presencia, y, ¡por el cielo!, muy pocos había entre ellos que hubieran sido capaces de inspirarme ni el interés más vulgar; más bien era altamente enojoso para mí ir inscribiendo al detalle, con fatiga y aburrimiento, el aplauso de los necios que tanto me había agradado cuando, con todo placer, me lo apropiaba en grandes masas. Cuando esperaba un elogio razonable de mi manera de representar, cuando aguardaba que debían alabar a un autor a quien yo estimaba altamente, no hacían más que tontas observaciones unos sobre otros, y citaban cualquier insípida piececilla en la que deseaban verme representar. Cuando aguzaba mi oído en sociedad, por si sonaba algún rasgo noble, espiritual o ingenioso, colocado en el debido momento, rara vez podía encontrar huella de ello. Una falta en que había incurrido cualquier cómico, por equivocarse o dejar oír cualquier provincialismo, eran los puntos más importantes a que se atenían siempre y de los que no podían librarse. Acabé por no saber adónde debía dirigirme; se creían muy hábiles para dejarse divertir, y creían divertirme maravillosamente con lisonjearme. Comencé a despreciarlos de todo corazón y me pareció como si, de propio intento, toda la nación hubiera querido prostituirse ante mis ojos por medio de sus representantes. En conjunto, se me mostraba tan torpe, tan mal educada, tan poco instruida, tan vacía de cualidades sociales, tan desprovista de gusto... Frecuentemente decía yo: «¿Es que no hay un alemán que pueda atarse los cordones del zapato si una nación extranjera no le ha enseñado a hacerlo?» Ya ve usted qué ciega, qué hipocondríaca y qué injusta había llegado a ser, y cuanto más pasaba el tiempo, tanto más aumentaba mi enfermedad. Hubiera podido llevarme al suicidio; sólo que caí en otro extremo: me casé, o más bien, dejé que me casaran. Mi hermano, que había tomado a su cargo la dirección de la compañía, deseaba mucho tener un auxiliar. Su elección recayó sobre un muchacho, que no me repugnaba, pero a quien faltaba todo lo que poseía mi hermano: genio, vida, espíritu y rápido carácter; pero en el cual, por el contrario, se encontraba lo que no tenía aquél: amor

al orden, diligencia, preciosa disposición para administrar y andar con dinero. Llegó a ser mi marido sin que yo supiera cómo; vivimos juntos sin que yo supiera por qué. En una palabra, nuestros asuntos prosperaron. Tuvimos grandes ingresos, cosa debida a la actividad de mi hermano; vivimos en la abundancia y eso era debido a los merecimientos de mi marido. Para nada pensaba yo ya en el mundo ni en mi nación. Nada tenía yo en común con el primero y había perdido el concepto de la segunda. Si salía a escena, hacíalo para vivir; sólo abría la boca, porque no me era lícito callar, porque había salido para hablar. Por lo demás, para no presentar las cosas con sobrada severidad, diré que, realmente, me había consagrado por completo a los puntos de vista de mi hermano; él necesitaba obtener aplausos y dinero, pues, dicho entre nosotros, le gusta oírse alabar y gasta mucho. Ya no representaba yo según mis sentimientos y convicciones, sino como él me indicaba y quedaba contenta cuando conseguía que me diera las gracias. Adaptábase él a todas las debilidades del público; entraba dinero, podía vivir a su capricho, y pasábamos reunidos muy tranquilos días. Entretanto, había caído yo en un estilo mercenario. Pasaba mis días sin alegrías y sin interesarme por nada; mi matrimonio era infructuoso y no duró más que poco tiempo. Mi marido se puso enfermo; sus fuerzas menguaban visiblemente; la preocupación por su mal interrumpió mi general indiferencia. En aquellos días hice una amistad con la que comenzó para mí una existencia nueva, nueva y todavía más rápida, pues con brevedad alcanzó su término.

Guardó silencio durante unos momentos, y después continuó:

-Sécanse de pronto mis ganas de charlar y no me atrevo ya ni a abrir la boca. Déjeme usted que descanse un poco; no debe usted marcharse sin saber detalladamente toda mi desgracia. Mientras tanto, llame usted a Mignon, hágala que entre y que le diga lo que quiere.

Durante el relato de Aurelia, la niña había estado algunas veces en la habitación. Como, al verla, habían hablado en voz todavía más baja, había vuelto a retirarse en silencio y se había sentado en la sala inmediata para esperar tranquilamente. Cuando le dijeron que entrara traía un libro en la mano que, por su tamaño y encuadernación, hacía comprender que era un pequeño atlas geográfico. Al residir en la rectoral había visto por primera vez, con la mayor admiración, mapas geográficos; había hecho muchas preguntas sobre ellos y se había enterado todo lo posible. Su deseo de aprender pareció hacerse aún mucho más vivo con aquellos nuevos conocimientos. Rogó con insistencia a Guillermo que le comprara el libro. Habíale dejado al librero, en prenda por él, sus grandes aretes de plata, y ya que aquella noche se había hecho muy tarde, quería desempeñarlos a la mañana siguiente. Fuele concedido lo que deseaba, y se puso a recitar lo que sabía, o a formular a su modo las preguntas más extrañas. También en esto podía volver a observarse que, a pesar de su gran aplicación, sólo comprendía con gran esfuerzo y trabajo. Lo mismo le ocurría con la escritura, por la que se tomaba grandes molestias. Hablaba siempre un alemán muy cortado, y sólo al abrir la boca para cantar, al tocar la cítara, parecía servirse del único órgano con el que le era dado comunicar y dar libre curso a lo que sentía en su interior.

Ya que ahora estamos hablando de ella, tenemos que mencionar también la perplejidad en que, desde hacía algún tiempo, solía colocar a nuestro amigo. Cuando entraba o salía lo daba los buenos días o las buenas noches, estrechábalo tan fuertemente entre sus brazos y lo

besaba con tal ardor, que la violencia de aquella naturaleza en formación asustábalo con frecuencia y le producía preocupación. La trémula vivacidad de sus modales parecía aumentar cada día y todo su ser se agitaba como presa de un infatigable ardor secreto. No podía estar un momento sin dar vueltas a una cuerdecilla entre sus dedos, sin plegar una tela, sin mascar algún papel o palito. Cada uno de sus juegos parecía ser derivativo de una violenta agitación interior. Lo único que parecía darle alguna íntima serenidad era el estar al lado del pequeño Félix, con quien sabía entenderse muy lindamente.

Aurelia, que después de algún reposo estaba ya dispuesta a explicarle por fin a su amigo aquella cuestión que tan hondamente tenía clavada en el pecho, impacientose aquella vez con la tenacidad de la pequeña, y le dio a comprender que debía retirarse, y, por último, como de nada hubiera servido lo anterior, tuvo que mandarla salir expresamente y contra la voluntad de la niña.

-Ahora o nunca -dijo Aurelia- es cuando tengo que referirle a usted el resto de mi historia. Si mi injusto amigo tiernamente querido sólo se hallara a algunas leguas de aquí, le diría a usted que montara a caballo, que procurara de cualquier modo entrar en relaciones con él, y cuando estuviera usted de regreso, de fijo que me habría perdonado y me compadecería en el fondo de su corazón. Ahora, sólo con palabras puedo expresar a usted lo digno de amor que era y cuánto lo quería. Precisamente en el crítico momento en que tenía yo que estar muy preocupada por la vida de mi marido fue cuando lo conocí. Acababa de regresar de América, donde había servido, distinguiéndose mucho, en compañía de algunos franceses, bajo la bandera de los Estados Unidos. Se acercó a mí con gracia tranquila, con una franca benevolencia; me habló de mí misma, de mi situación, de mi manera de representar, como un antiguo amigo, con tanto interés y claridad, que, por primera vez, pude regocijarme de ver mi existencia tan claramente espejada en otro ser. Sus juicios eran exactos sin ser sentenciosos, justos sin ser rigurosos. No mostraba ninguna dureza, y sus bromas eran también agradables. Parecía que estaba habituado a tener éxito con las mujeres, lo cual me hizo poner a la defensiva; pero en modo alguno era adulador ni osado, lo que me quitaba todo cuidado. Tratábase con poca gente en la ciudad; en general, salía a caballo, visitaba los muchos amigos que tenía por el campo y cuidaba de los asuntos de su casa. Cuando volvía, apeábase en mi casa, trataba con afectuosos cuidados a mi marido, que estaba cada vez más enfermo; procuraba alivio a sus dolores por medio de un buen médico, y como se interesaba por todo lo que a mí se refería, hizo que también yo me interesara por su suerte. Me refirió la historia de sus campañas, su irreprimible inclinación por la vida de soldado, sus relaciones de familia; me confió cuáles eran sus actuales ocupaciones. En una palabra, no tenía ningún secreto para mí: me revelaba su interior más íntimo, me permitía contemplar los rincones más ocultos de su alma, me hizo conocer sus capacidades y sus pasiones. Era la primera vez en mi vida que gozaba de un trato tan cordial y espiritual. Fui atraída por él, arrebatada por él, antes de que hubiera podido hacer ninguna consideración acerca de mí misma. Mientras tanto, perdí a mi marido, aproximadamente como me había unido con él. El peso de los asuntos del teatro cayó entonces de pleno sobre mí. Mi hermano, inmejorable en la escena, no era nunca útil para la administración; yo cuidaba de todo, y, además, estudiaba mis papeles con más aplicación que nunca. Volvía a representar como no lo había hecho desde mucho tiempo antes, y hasta con una fuerza muy otra y vida renovada; cierto que todo era por él y para él, aunque no siempre lograra hacerlo del mejor modo cuando sabía que mi noble amigo presenciaba el

espectáculo; pero algunas veces me oía sin que yo lo supiera, y ya puede usted pensar lo agradable que tenía que ser para mí el verme sorprendida por su inesperado aplauso. De fijo que soy una singular criatura. En cada papel que representaba, era siempre en mi ánimo como si pronunciara sus alabanzas y hablara en su honor, pues tal era la disposición de mi pecho, dijeran lo que quisieran las palabras. Si sabía que se hallaba entre los espectadores, no me atrevía a hablar con toda energía, como si no quisiera decirle en su propia cara mi amor y mis elogios; si estaba ausente, entonces tenía libertad para representar y trabajaba lo mejor que me era posible con tranquilidad de conciencia o inexpresable contento. Volvían a regocijarme los aplausos, y cuando impresionaba al público, siempre hubiera querido gritarles en el instante: «Es a él a quien se lo debéis». Sí; como por un milagro se habían cambiado mis relaciones con el público y con toda la nación. De repente volvieron a aparecérseme bajo la luz más favorable y me asombraba mucho de mi ceguedad anterior. «Qué irrazonable eras -decíame con frecuencia-, al censurar a la nación justamente por ser una nación. Cada hombre de por sí, ¿tiene que ser, puede ser tan interesante? En modo alguno. Se trata de saber si entre la gran masa no han sido repartidas una porción de disposiciones, fuerzas y capacidades, que, en favorables circunstancias, pueden desenvolverse y ser dirigidas a un fin común por hombres eminentes». Celebraba entonces que fuera tan escasa la originalidad sobresaliente entre mis compatriotas; celebraba el que no se avergonzaran de aceptar una dirección externa a ellos; celebraba haberles encontrado un guía. Lotario -permita usted que llame a mi amigo por su querido nombre- me había representado siempre a los alemanes por el lado de la valentía, mostrándome que no hay en el mundo ninguna otra nación más brava cuando es conducida rectamente, y yo me avergonzaba de no haber pensado nunca en la primera propiedad de un pueblo. Él conocía la historia y estaba en relación con la mayor parte de los hombres de mérito de su tiempo. Por joven que fuera, había tenido siempre fijas sus miradas en la juventud de su patria, que germinaba llena de esperanzas; en los silenciosos trabajos de tantos hombres laboriosos y activos en disciplinas tan diversas. Hacíame abarcar de una ojeada toda Alemania, lo que era y lo que podía ser, y yo me avergonzaba de haber juzgado a toda una nación según la confusa muchedumbre que se apretuja entre los bastidores de un teatro. Hacíame considerar como deber mío el ser, también en mí profesión, verdadera, espiritual y vivificante. Entonces me creía como inspirada cada vez que salía a las tablas. Pasajes medianos convertíanse en oro al pasar por mi boca, y si en aquellos momentos un poeta me hubiera auxiliado como era debido, habría producido yo los efectos más maravillosos. Así vivió la joven viuda durante meses enteros. No podía privarse él de mí, y yo me sentía altamente desgraciada cuando él permanecía ausente. Me mostraba las cartas de sus parientes, de su excelente hermana. Se interesaba por las más mínimas circunstancias de mi situación; no puede pensarse una unión más íntima y perfecta. No era pronunciada la palabra amor. Él iba y venía, venía e iba... y ahora, amigo mío, es ya más que tiempo de que usted se vaya también.

Capítulo XVII

Guillermo no podía aplazar por más tiempo la visita a sus corresponsales. Hízola, no sin perplejidad, pues sabía que encontraría en aquella casa cartas de los suyos. Temía los reproches que tenían que contener; probablemente habrían dado noticia a aquella casa de

comercio de la preocupación en que se encontraban por su causa. Después de tan caballerescas aventuras, temía aparecer ante ellos con trazas de escolar, y se propuso conducirse con mucha osadía, ocultando de este modo su confusión.

Sólo que, para gran asombro y contento suyo, todo se desenvolvió muy bien y de modo muy aceptable. En el gran escritorio, animado y activo, apenas tuvieron tiempo para buscar sus cartas; sólo al paso aludieron a su largo retraso. Y cuando abrió las cartas de su padre y de su amigo Werner encontrose con que todo su contenido era bastante agradable. El viejo, esperando un detallado diario cuya redacción había recomendado con mucho cuidado al hijo en su despedida y para el cual le había dado un sinóptico esquema, parecía bastante tranquilo por el silencio de los primeros tiempos y sólo se quejaba de la forma enigmática de la primera y única carta enviada desde el castillo del conde. Werner bromeaba a su modo, refería divertidas historietas de la ciudad y le pedía noticias de amigos y conocidos a quienes Guillermo trataría entonces con frecuencia en aquella gran ciudad mercantil. Nuestro amigo, que estaba extraordinariamente contento de verse libre a precio tan favorable, respondió al punto con algunas cartas muy animosas y le prometió a su padre un detallado diario de viaje, con todas las apetecibles observaciones geográficas, estadísticas y mercantiles. Había visto mucho en el viaje y esperaba poder llenar con ello un cuaderno de regular tamaño. No pensaba en que, aproximadamente, se encontraba en el mismo caso en que se había hallado cuando había encendido las luces y convocado a los espectadores para presenciar la ejecución de una comedia que no estaba escrita, ni siquiera imaginada. Por tanto, cuando en realidad comenzó a querer trazar su composición, advirtió que, por desgracia, podría hablar y disertar muy bien acerca de sus sentimientos y pensamientos, de muchas experiencias de su corazón y de su espíritu, pero no de los objetos exteriores, a los que, como advertía entonces, no les había concedido ni la menor atención.

En tal perplejidad, sirviéronle de mucho los conocimientos de su amigo Laertes. Por muy desemejantes que fueran, la costumbre había ligado a los dos jóvenes, y aquel otro, a pesar de todos sus defectos y de todas sus singularidades, era realmente persona interesante. Dotado de una equilibrada y feliz complexión, habría podido llegar a viejo sin haber reflexionado en forma alguna acerca de su posición. Pero su desgracia y su enfermedad le habían arrebatado el puro sentimiento de la juventud, abriendo, por el contrario, para él el panorama de la inestabilidad y fragilidad de nuestra existencia. De aquí procedía su manera caprichosa e incongruente de pensar sobre las cosas, o, más bien, de expresar sus inmediatas impresiones. No le gustaba estar solo, frecuentaba todos los cafés, todas las fondas, y si se quedaba en casa, las descripciones de viaje eran su lectura favorita, y hasta acaso única. Entonces podía satisfacer sus deseos, ya que había allí una gran biblioteca que alquilaba libros, y bien pronto la mitad del mundo anduvo danzando en su buena memoria.

¡Con qué facilidad pudo, por tanto, infundir ánimos a su amigo, cuando éste le descubrió su total carencia de materiales para el relato tan solemnemente prometido!

-Haremos una obra maestra -dijo el otro-, que no debe tener semejante. ¿No está siendo Alemania recorrida, atravesada, surcada, huroneada y explorada de un extremo a otro? ¿Y cada viajero alemán, no tiene la magnífica ventaja de hacer que le restituya el público de lectores sus grandes o pequeños gastos de viaje? Dame sólo tu itinerario antes de que nos hubiéramos encontrado: ya yo sé todo lo demás. Te buscaré las fuentes e instrumentos

auxiliares para tu obra; no debemos dejar de anotar las leguas cuadradas que nunca fueron medidas ni el número de los habitantes que nunca fueron contados. Las rentas de los Estados las tomaremos de los almanaques y tablas estadísticas, que, como es sabido, son los documentos más seguros. Fundaremos en ello nuestros razonamientos políticos; no faltarán alusiones a los gobiernos. A unos cuantos príncipes los describiremos como verdaderos padres de la patria, a fin de que se nos crea tanto mejor si a algunos otros les colgamos cualquier tacha; y si no pasamos justamente por los lugares donde viven algunas gentes célebres, las encontraremos en una posada y les haremos decir, en confianza, las mayores necedades. En especial, no olvidaremos entretejer de gracioso modo, en todo ello, una historia de amor con alguna ingenua muchacha, y resultará una producción que no sólo debe llenar de encanto a tu padre y a tu madre, sino que no habrá librero que no te la pague gustoso.

Pusiéronse a la obra, y ambos amigos se divirtieron mucho en su trabajo, al tiempo que Guillermo, por las noches, encontraba los más vivos goces en el teatro y en su relación con Serlo y Aurelia; con lo cual sus ideas, que demasiado tiempo habían permanecido encerradas en un estrecho círculo, iban extendiéndose más de día en día.

Capítulo XVIII

No sin el mayor interés, fue conociendo a trozos la vida de Serlo, pues no era propio de este hombre singular el mostrar confianza y desahogarse, hablando de modo seguido acerca de cualquier asunto. Bien podía decirse que había nacido en el teatro y que había mamado con la leche el conocerlo. Ya de niño, cuando aun no podía hablar, conmovía con su sola presencia a los espectadores, porque ya entonces los dramaturgos conocían este natural e inocente recurso para impresionar, y sus primeros: «¡Padre!» «¡Madre!» le ganaron los mayores aplausos, en algunas piezas predilectas del público, antes de que supiera lo que significaba el batir palmas. Más de una vez descendió tembloroso a escena, haciendo de amorcillo, en la máquina de volar; salió de un huevo vestido de arlequín, y muy pronto supo producir los más lindos efectos, presentándose como pequeño limpiachimeneas.

Por desgracia, entre función y función tenía que pagar muy caros los aplausos que obtenía en aquellas brillantes veladas. Su padre, convencido, de que sólo por medio de golpes puede ser despertada y mantenida la atención de los niños, lo azotaba a intervalos regulares cada vez que estudiaba sus papeles; no porque el niño fuera torpe, sino para que demostrara una habilidad más cierta y permanente. De este modo, antiguamente, cada vez que se plantaba un hito de frontera se les daban muy buenas bofetadas a los niños que se encontraban presentes, con lo cual, las gentes más ancianas todavía recuerdan hoy con exactitud el lugar y el sitio en que se hallaba. Fue creciendo y mostró extraordinarias capacidades espirituales y habilidades corporales, y, junto con ello, gran flexibilidad, tanto en su pensamiento como en sus ademanes y acciones. Su talento imitativo iba más allá de todo lo que pudiera creerse. Ya de niño, copiaba en tal forma a las gentes, que se creía verlas, aunque fueran totalmente distintas de él en figura, edad y manera de ser, lo mismo que diferentes unas de otras. Al mismo tiempo, no carecía de dotes para presentarse en sociedad, y tan pronto como llegó a tener alguna conciencia de sus fuerzas, nada encontró

más natural que escaparse de su padre, el cual, según como iba creciendo el entendimiento del muchacho y aumentaban sus habilidades, se creía obligado a ayudarlo con severos tratamientos.

¡Qué dichoso se sintió el bribonzuelo en el dilatado mundo, donde sus travesuras, a lo Eulenspiegel, le proporcionaban en todas partes una acogida favorable! Su buena estrella lo llevó primero a un convento, en época del carnaval, donde, como justamente acababa de morir el fraile que tenía a su cargo dirigir las procesiones y divertir a los feligreses cristianos con mascaradas espirituales, fue recibido como un ángel protector. También se encargó del papel de Gabriel, en una Anunciación, y no desagradó a la linda mozuela que, haciendo de María, recibió muy lindamente su amable saludo, con externa humildad e íntimo orgullo. Representó después, sucesivamente, los papeles más importantes de los misterios, y no quedó poco satisfecho de sí mismo cuando, finalmente, fue befado, azotado y colgado de una cruz, como Salvador del mundo.

En tal ocasión, algunos hombres de armas representaron sus papeles demasiado al natural; por lo cual él, para vengarse en forma conveniente, plantoles los trajes más soberbios de emperadores y reyes, con ocasión del Juicio Final, y en el momento en que estaban más contentos con sus papeles y avanzaban para entrar antes que los otros en el cielo, salió impensadamente a su encuentro, en forma de diablo, y con cordial edificación de todos los espectadores y de los mendigos, los apaleó fieramente con su infernal tenedor, precipitándolos sin piedad al foso, donde se vieron recibidos del peor modo por el fuego que brotaba de allí.

Fue lo bastante cauto para comprender que las testas coronadas no tomarían muy a bien su desvergonzada hazaña y no tendrían ningún respeto por su privilegiado cargo de acusador y corchete; por lo cual, aun antes de que comenzara el imperio de la eternidad, desapareció con todo silencio, y fue recibido con abiertos brazos en una ciudad próxima por una sociedad que se llamaba, entonces, los «Hijos de la Alegría». Eran gentes sensatas, ingeniosas y vivas que comprendían muy bien que la suma de nuestra existencia, dividida por la razón, nunca puede dar un resultado exacto, sino que siempre queda una extraña fracción. De esta fracción, molesta y peligrosa, cuando se la reparte entre la masa total, trataban de librarse conscientemente en épocas determinadas. Parecían por completo locos un día de cada semana, y en él castigaban recíprocamente, por medio de representaciones alegóricas, las locuras que habían observado en sí y en los otros, en el resto de los días. Si tal modo de proceder era más rudo que la serie de lecciones con que los hombres bien educados suelen observarse a diario, amonestarse y reprenderse, era en cambio más divertido y seguro; pues, no negando cierta locura original, no se la trataba más que como lo que era; mientras que del otro modo, con auxilio de las ilusiones sobre la propia persona, con frecuencia llega a ser señora de la casa y reduce a la razón a secreta servidumbre, aunque ésta se imagine que hace mucho tiempo que la tiene expulsada. El disfraz de locos iba de uno en otro, dentro de la sociedad, y érale permitido a cada cual, llegado su día, adornarse de manera característica, con atributos propios o extraños. En tiempo de carnaval permitíanse las mayores libertades, y, para entretener y atraer al pueblo, rivalizaban con los esfuerzos de los eclesiásticos. Las procesiones, solemnes y alegóricas, de virtudes y vicios, artes y ciencias, partes del mundo y estaciones, encarnaban para el pueblo una porción de conceptos y le daban idea de remotos objetos, y de este modo, no dejaban de tener utilidad

estas bromas, ya que, por otra parte, las mascaradas eclesiásticas sólo servían para fortalecer más aún una ya rancia superstición.

El joven Serlo volvió a encontrarse también allí en su elemento; no poseía verdadera fuerza inventiva, pero sí, por el contrario, la mayor habilidad para utilizar lo que encontraba ante sus ojos, disponerlo como era debido y hacerlo resaltar. Sus ocurrencias, sus dones de imitación, hasta sus mordaces bromas, a las que se permitía libre curso una vez por semana, aun ejerciéndose en contra de sus bienhechores, le hacían valioso, y hasta indispensable, para toda la sociedad.

No obstante, pronto lo arrastró su inquietud desde aquella ventajosa posición a otras comarcas de su patria donde volvió a necesitar hacer nuevos aprendizajes. Llegó a esa parte de Alemania, civilizada pero prosaica, donde el culto de lo bueno y de lo bello, es cierto que no carece de verdad, pero con frecuencia está privado de espíritu; ya no podía valérselas allí con sus mascaradas; tenía que tratar de actuar sobre la sensibilidad y el ánimo. Poco tiempo pasó en grandes y pequeñas compañías de cómicos, y con tal motivo llegó a conocer las características de todas las obras y actores. La monotonía que reinaba entonces en la escena alemana, el insípido ritmo y martilleo del alejandrino, el diálogo vulgar e hinchado, la sequedad y ramplonería de los sermones de moral; todo le fue bien pronto conocido, y al mismo tiempo observó lo que emocionaba y agradaba.

No sólo su papel de las piezas de teatro entonces en uso, sino toda la obra quedábanle con facilidad en la memoria, y, al mismo tiempo, el tono característico del comediante que las había representado con aplauso. Como el dinero se le había acabado del todo, ocurriósele por casualidad, en sus correrías, representar él solo obras completas en los castillos y en las aldeas, procurándose de este modo, en todas partes, tanto el sustento como el alojamiento. En cualquier taberna, en cualquier habitación o jardín, al punto estaba armado su teatro; con maliciosa gravedad y fingido entusiasmo, sabía ganarse la imaginación de sus espectadores, engañar sus sentidos y transformar, ante sus pasmados ojos, un viejo armario en castillo y en puñal un abanico. El calor de su juventud suplía la falta de un profundo sentimiento; su violencia parecía fortaleza, y sus zalamerías, ternura. A aquellos que ya alguna vez habían visto un teatro, les recordaba todo lo que habían presenciado y escuchado, y en los restantes provocaba el presentimiento de algo maravilloso y el deseo de conocerlo más íntimamente. Lo que había hecho efecto en un lugar no dejaba de repetirlo en otro, y experimentaba la más profunda y maligna alegría al poder por igual mofarse, impensadamente, de toda clase de personas.

Perfeccionábase muy rápidamente, dado su espíritu vivo, libre y al cual nada estorbaba, con ir repitiendo con frecuencia papeles y obras. Bien pronto recitó y representó con mayor sentido que los modelos a los que, en un principio, no había hecho más que imitar. Por esta vía llegó poco a poco a trabajar con naturalidad, aunque siempre tuviera que presentarse desfigurado. Parecía representar con arrebato, aunque buscaba siempre sus efectos, y su mayor orgullo era conmover gradualmente a las gentes. Hasta el propio alocado oficio que ejercía obligole muy pronto a proceder con cierta moderación, y de este modo, en parte a la fuerza y en parte por instinto, aprendió aquello de que muy pocos cómicos parecen tener noción: a usar con parsimonia su voz y sus gestos.

Supo domesticar y conseguir que se interesaran por él hasta personas groseras e intratables. Como en todas partes se contentaba con la comida y el alojamiento, como aceptaba con gratitud cualquier regalo que se le hiciera, y hasta, a veces, rechazaba el dinero cuando en su opinión tenía bastante, enviábanselo de un lugar a otro con cartas de recomendación, y de este modo, durante largo tiempo, paseó de castillo en castillo, donde provocaba muchas alegrías, gozaba de ellas, no sin hallar las más gratas y lindas aventuras.

Dada la íntima frialdad de su ánimo, no amaba realmente a nadie; dada la claridad de su golpe de vista, no podía apreciar a nadie, pues nunca veía más que las cualidades externas del hombre, y las inscribía en su colección de gestos mímicos. Pero, al mismo tiempo, su vanidad ofendíase extraordinariamente si no agradaba a todo el mundo y si no alcanzaba aplausos en todas partes. Poco a poco había ido prestando la mayor atención al modo como podían obtenerse éstos, y hasta tal punto, había aguzado su sentido, que no sólo en sus representaciones, sino en la vida común, no podía hacer otra cosa sino lisonjear. Y de este modo, su manera de ser, sus talentos y su género de vida actuaron de tal suerte unos sobre otros, que, sin notarlo, se vio convertido en perfecto comediante. Y mediante una acción y reacción, que parecían extrañas, pero que eran totalmente naturales, por la reflexión y el ejercicio, su modo de recitar y de declamar y el mecanismo de sus gestos ascendieron hasta un alto grado de verdad, libertad y franqueza, mientras que en su vida y en el trato corriente parecía ser cada vez más reservado y artificial y hasta más disimulado y receloso.

Acaso en otro lugar hablemos de su destino y aventuras; aquí sólo haremos observar que, en tiempos posteriores, cuando era ya un hombre hecho, en posesión de un manifiesto buen nombre, y cuando se hallaba en una posición muy buena, aunque no firme, había tomado la costumbre de representar de fina manera en la conversación, en parte irónica y en parte burlonamente, el papel de sofista, turbando de este modo, casi por completo, toda conversación seria. En especial usaba de esta manera con Guillermo, tan pronto como éste, cosa que le ocurría con frecuencia, quería entrar en una discusión acerca de cualquier teoría general. A pesar de ello, gustábales mucho estar juntos, ya que, por la diferencia del modo de pensar de ambas partes, la conversación tenía que hacerse viva. Guillermo quería explicarlo todo según los conceptos que se había formado y quería tratar al arte como un sistema. Quería establecer reglas expresas, determinar lo que era bello y bueno y merecía el aplauso; en una palabra, todo lo trataba del modo más serio. Por el contrario, Serlo tomaba las cosas en tono muy ligero, y sin responder nunca directamente a una pregunta, sabía aportar la más graciosa y razonable explicación por medio de una historieta o un chiste, instruyendo a la reunión al tiempo que la divertía.

Capítulo XIX

Mientras que Guillermo pasaba de este modo muy agradables horas, Melina y los otros se hallaban en una situación harto enojosa. A veces se presentaban ante nuestro amigo como malos espíritus, y no sólo con su presencia, sino también con sus coléricos rostros y amargas palabras, hacíanle pasar con frecuencia momentos enojosos. Serlo no los había admitido para trabajar en su compañía ni siquiera como actores transeúntes; se guardaba de darles ninguna esperanza de contrata, y, sin embargo, poco a poco había ido conociendo

todas sus capacidades. Todas las veces que algunos cómicos celebraban alguna reunión en su casa tenía la costumbre de hacerlos leer, y, a veces, de leer él mismo. Proponía las obras que debían ser representadas más tarde, o las que no lo habían sido desde hacía mucho tiempo, si bien no completas, sino algún fragmento. También, después de la primera representación, hacía repetir los pasajes en los que tenía que llamar la atención sobre alguna cosa, aumentando con esto la perspicacia del cómico y fortaleciendo su seguridad de encontrar la expresión debida. Y como una inteligencia mediocre, pero equilibrada, puede alcanzar más, para satisfacción de otras personas, que un genio embrollado y sin afinar, por medio de los claros puntos de vista que, sin que lo advirtieran, les proporcionaba, elevaba los talentos ordinarios hasta una capacidad digna de ser notada. No menos contribuía a tal resultado el que también les hacía leer poesías y mantenía vivo en ellos el sentimiento del hechizo que provoca en nuestra alma un buen recitado rítmico, mientras que en otras compañías ya se comenzaba entonces a no recitar más que en prosa, para la cual sirve cualquier pico.

En tales ocasiones, también había ido conociendo a todos los cómicos recién llegados, juzgando lo que eran y lo que podían llegar a ser, y, secretamente, se había propuesto obtener algunas ventajas de sus talentos, en caso de que estallara una revolución que amenazaba producirse en su compañía. Dejó que el asunto se reposara durante algún tiempo; rechazó, encogiéndose de hombros, todas las intercesiones de Guillermo, hasta que llegó la hora debida, e inesperadamente presentole a su joven amigo la proposición de que se dedicara al teatro, condición con la que también contrataría a todos los otros.

-Por tanto, esas gentes no deben ser tan inútiles como usted me las ha descrito hasta ahora -repúsole Guillermo-, si en este momento, y de repente, pueden ser aceptados todos juntos, y creo que sus talentos serían los mismos, aunque no estuviera yo con ellos.

Bajo promesa de secreto, revelole entonces Serlo la situación en que se encontraba: su primer galán tenía trazas de pedirle un aumento al hacer la renovación de su contrato y no estaba dispuesto a acceder a ello, en especial porque ya no era tan grande el favor con que lo trataba el público. Si dejaba que se fuera aquél, lo seguirían todos sus partidarios, con lo cual su compañía perdería algunos buenos miembros, pero también otros medianos. Después, mostrole a Guillermo lo que esperaba obtener de él, de Laertes, del viejo gruñón y hasta de la misma madama Melina. Llegaba a prometer un franco aplauso al pobre pedante en papeles de judío, de ministro, y, en general, de malvado.

Guillermo se quedó maravillado, y no sin inquietud oyó la proposición, respondiendo, sólo por decir algo, después de haber lanzado un profundo suspiro:

-Usted habla de modo muy amable de lo bueno que encuentra en nosotros y que espera de nosotros; pero ¿qué opina usted de los lados débiles, que sin duda no han pasado inadvertidos a su penetración?

-Con aplicación, ejercicio y reflexión, bien pronto los convertiremos en lados fuertes -repuso Serlo-. No hay ninguno entre ustedes que sea más que un aprendiz, o que represente más que por instinto, pero no hay ninguno que no permita concebir mayores o menores esperanzas, porque, en cuanto puedo juzgarlos a todos, no hay ninguno que sea

verdaderamente de palo, y los palos es lo único que no puede mejorarse, ya sean indóciles e inflexibles por vanidad, por tontería o por humor hipocondríaco.

Serlo expuso al punto, en pocas palabras, las condiciones que quería y podía imponer; rogole a Guillermo una decisión rápida y lo dejó en inquietud no escasa.

Gracias a aquel extraño trabajo, emprendido casi por broma; gracias a aquella ficticia descripción de viaje, que había acometido con Laertes, había llegado a prestar mayor atención de la que había dispensado hasta entonces a las condiciones y la vida diaria del mundo verdadero. Sólo entonces comprendió la intención de su padre al recomendarle tan vivamente la redacción de aquel diario. Sentía, por primera vez, lo agradable y útil que podía ser llegar a constituirse en centro de tantos oficios y necesidades, y ayudar a desparramar la vida y la actividad hasta lo más intrincado de las montañas y bosques del interior del país. La viva ciudad mercantil en que se encontraba, recorrida por todas partes gracias a la inquietud de Laertes, diole la visión intuitiva de un gran centro mercantil, de donde todo procede y adonde todo vuelve, y era la primera vez que su espíritu gozaba realmente en la contemplación de aquel género de actividad. Fue en estas circunstancias cuando Serlo le hizo su proposición, y despertó de nuevo sus deseos, su inclinación, su confianza en su talento innato y la idea de sus deberes hacia la desvalida compañía antigua.

-Vuelves a hallarte de nuevo -decíase a sí mismo-, en el cruce de caminos entre las dos mujeres que se te aparecieron en la niñez. La una no te parece tan miserable como entonces, ni tan magnífica la otra. Sientes una especie de interna vocación para seguir tanto a la una como a la otra, y de ambas partes son bastante fuertes los motivos externos; te parece imposible decidir; desearías que cualquier impulso exterior pudiera resolver tu elección, y no obstante, si te observas bien, hallarás que sólo circunstancias de fuera son las que te inspiran inclinación hacia los negocios, las ganancias y la posesión de bienes, pero que tu más íntima necesidad engendra y nutre el deseo de desenvolver y cultivar en ti cada vez más las disposiciones corporales o espirituales que puedas poseer para el bien y la belleza. Y ¿no debo reverenciar al destino, que, sin mediación mía, me ha traído aquí, a la meta de todos mis deseos? ¿No se realiza, por casualidad y sin mi intervención, todo lo que en otro tiempo había yo ideado y planeado? Cosa singular: parece que el hombre nada conoce mejor que las esperanzas y ansias que ha alimentado y conservado en su corazón durante largo tiempo, y, sin embargo, cuando tropieza con ellas, cuando se le imponen, no las conoce y retrocede. Todo lo que no era más que un sueño para mí desde aquella desgraciada noche que me alejó de Mariana, álzase ahora ante mis ojos y se me ofrece espontáneamente. Quería haberme fugado a esta ciudad y he sido conducido a ella dulcemente; quería buscar una contrata en la compañía de Serlo, y ahora me busca él a mí y me ofrece condiciones que jamás podría esperar como principiante. ¿Era sólo mi amor por Mariana lo que me llevaba hacia el teatro, o era el amor del arte lo que me ligaba con la muchacha? ¿Aquel plan de vida, aquel refugio buscado en el teatro, sólo eran apetecidos por un hombre, desarreglado e inquieto, que deseaba proseguir un género de existencia que no le era permitido en el ambiente de la vida burguesa, o bien eran otra cosa mucho más pura y digna? Y ¿qué podía haberte hecho modificar tus sentimientos de entonces? ¿No ocurre más bien que, sin saberlo, siempre has proseguido con tus planes hasta este momento? Tu decisión postrera, ¿no será ahora más digna de aprobación, ya que no

interviene en ella ningún propósito accesorio y ya que, al mismo tiempo, puedes cumplir una palabra solemnemente dada y librarte de una pesada deuda?

Cuantas cosas se agitaban en su corazón y en su fantasía luchaban del modo más vivo unas con otras. El poder conservar a su Mignon, el no tener que despedir al arpista no eran pequeño peso en el platillo de la balanza, y, sin embargo, aún vacilaba una y otra vez, cuando fue a visitar a su amiga Aurelia de la manera acostumbrada.

Capítulo XX

Encontrola en su meridiana; parecía tranquila.

-¿Cree usted que podrá representar mañana? -preguntole.

-¡Oh, sí! -repuso ella vivamente-. Ya sabe usted que no hay cosa que me lo impida... Pero si conociera el modo de evitarme los aplausos de nuestro patio de butacas; su intención es buena, pero van a acabar conmigo. Anteayer me parecía que mi corazón iba a estallar. Antes podía soportar esas ovaciones cuando mi trabajo me agradaba a mí misma; si había estudiado mucho tiempo y me había preparado, me gustaba lograr que en todos los rincones de la sala resonaran señales de aprobación. Ahora no digo lo que quiero, no lo digo como quiero; hay algo que me arrastra; me confundo, y mi manera de representar hace una impresión mucho mayor. Los aplausos son más ruidosos, y yo pienso: «¡Si supierais qué cosa os encanta! Os conmueven y os obligan a la admiración unos ahogados, violentos e indeterminados acentos, sin que comprendáis que son los clamores de dolor de la infortunada a quien habéis concedido vuestra benevolencia». Hoy, por la mañana, estuve estudiando; ahora he repetido y ensayado. Estoy cansada, quebrantada, y mañana habrá que comenzar de nuevo. Mañana por la noche hay que representar. En tal forma me arrastro de un lado a otro; me fastidia tener que levantarme y me enoja el irme al lecho. Todo constituye para mí un círculo eterno. Luego vienen los enojosos consuelos; después los rechazo y me maldigo. No quiero abandonarme, no quiero abandonarme a la necesidad... ¿Por qué ha de ser preciso lo que acaba conmigo? ¿No podría ser de otro modo? Tengo que expiar el ser alemana; es nota característica de los alemanes el pesar sobre todo y que todo pese sobre ellos.

-¡Oh, amiga mía! -exclamó Guillermo-, ¿no podría dejar de afilar usted misma el puñal con que se hiere perpetuamente? ¿No le queda a usted ninguna otra cosa? ¿No son nada su juventud, su figura, su salud, sus talentos? Si ha perdido usted, sin culpa suya, un bien estimable, ¿tiene que arrojar tras él todo lo restante? ¿Es eso necesario?

Ella guardó silencio durante unos momentos; después prosiguió:

-Bien sé yo lo que es perder el tiempo; el amor no es otra cosa. ¿Qué no hubiera podido yo hacer, qué no hubiera debido hacer? Ahora todo se ha convertido en nada. Soy una pobre criatura enamorada, nada más que enamorada. Tenga usted compasión de mí, ¡por Dios!; soy una pobre criatura.

Sumiose en sí misma, y al cabo de breve pausa exclamó violentamente:

-Vosotros los hombres estáis acostumbrados a que todas se os echen al cuello. No, no podéis comprenderlo; ningún hombre se halla en situación de comprender el valor de una mujer que sabe honrarse a sí misma. Entre todos los ángeles santos, entre todas las imágenes de beatitud que para sí crea un corazón puro y bueno no hay nada más celestial que un ser femenino que se rinde al hombre a quien ama. Somos frías, orgullosas, altaneras, clarividentes, cautas, cuando merecemos ser llamadas mujeres, y depositamos a vuestros pies todas estas ventajas tan pronto como esperamos ganar un recíproco amor. ¡Oh! De qué modo he sacrificado, sabiéndolo y queriéndolo, toda mi existencia. Pero por eso, ahora, quiero desesperarme, desesperarme deliberadamente. No debe haber en mí ni una sola gota de sangre que no sea castigada, ni una fibra que no sea atormentada. Sonríase usted, ríase usted de los lujos dramáticos de la pasión.

Nuestro amigo hallábase muy lejos de todo impulso risueño. Atormentábale mucho la espantosa situación seminatural y semiforzada de su pobre amiga. Padecía con ella los tormentos de una desgraciada exaltación; su cerebro estaba agitado y su sangre circulaba con febril ardor.

Ella se había levantado y marchaba de un extremo a otro de la habitación.

-Repítome todos los motivos -exclamó- por los cuales no debía haberlo amado. Sé, además, que no es digno de ello. Aparto mi ánimo dirigiéndolo ya a una cosa, ya a otra; trabajo cuanto me es posible. A veces aprendo un papel aun cuando no tenga que representarlo; me ejercito en los antiguos que conozco con todo detalle; cada vez con mayor diligencia, estudio cada particularidad y ensayo, ensayo... Amigo mío, confidente mío, qué trabajo espantoso es el de arrancarse violentamente de sí misma. Sufre mi razón, está tenso mi cerebro; para librarme de la locura, vuelvo a abandonarme al sentimiento de que lo amo... Sí, lo amo, lo amo -exclamó entre mil lágrimas-, lo amo y quiero morir así.

Cogiola él de una mano y le rogó, con la mayor insistencia, que no se aniquilara de aquel modo.

-¡Oh -dijo él-, qué extraño es que le sea negado al hombre no sólo lo imposible, sino también mucho de lo posible! Usted no estaba destinada a encontrar un fiel corazón que hubiera hecho toda su felicidad. Yo, en cambio, estaba destinado a anudar toda la dicha de mi vida a una desgraciada a quien hice inclinarse a tierra, y acaso romperse como una caña, con el peso de mi fidelidad.

Habíale confiado a Aurelia sus relaciones con Mariana, y podía, por tanto, referirse entonces a ella. La otra le miró fijamente a los ojos y le preguntó:

-¿Puede usted decir que todavía no ha engañado nunca a una mujer, que todavía no ha tratado de conseguir sus favores con frívola galantería, con criminales promesas y juramentos seductores?

-Puedo hacerlo -repuso Guillermo-, y, a la verdad, sin alabarme de ello, pues mi vida fue muy sencilla y rara vez caí en la tentación de ser tentador. Y ¡qué advertencia no es para mí, hermosa y noble amiga, la triste situación en que la veo sumida! Reciba usted un juramento mío, en todo acomodado con mi corazón, que se expresa en palabras por la emoción que usted me infunde y que es santificado por este momento: quiero resistirme a todo afecto pasajero y hasta los más serios permanecerán encerrados en mi corazón: ninguna criatura femenina recibirá de mis labios una declaración de amor si no puedo consagrarle mi vida entera.

Ella lo miró con fiera indiferencia, y alejose de él algunos pasos cuando le tendía su mano.

-Eso no vale nada -exclamó Aurelia-; unas lágrimas de mujer más o menos no aumentarán los males. Sin embargo -prosiguió-, una única mujer salvada entre mil es ya alguna cosa; hallar un solo hombre honrado entre miles no es cosa desdeñable. ¿Sabe usted lo que promete?

-Lo sé -repuso Guillermo sonriéndose y le tendió la mano.

-Lo acepto -repuso ella; e hizo un movimiento con la diestra en forma que él creyó que quería cogerle la mano. Pero rápidamente la llevó ella al bolsillo, sacó el puñal con la velocidad del rayo y le cruzó rápidamente la palma con la punta y el filo. Retirola él al instante, pero ya corría la sangre.

-A los hombres hay que señalaros profundamente para que no olvidéis las cosas -exclamó ella con salvaje alegría, que al punto se convirtió en atropellada diligencia. Sacó su pañuelo y le envolvió la mano para detener la primera sangre.

-Perdone usted a una medio loca -exclamó- y no le duela perder esas gotas de sangre. Estoy aplacada, he vuelto en mí misma. De rodillas quiero pedirle que me deje el consuelo de curarle.

Corrió hacia su armario, trajo vendas y algunos utensilios, contuvo la sangre y reconoció la herida cuidadosamente. El corte iba desde la base del pulgar, cortaba la línea de la vida y se extendía hasta el dedo meñique. Vendole silenciosamente, con meditabunda solemnidad. Preguntole él algunas veces:

-Pero, querida, ¿cómo pudo usted herir a su amigo?

-¡Silencio!, ¡silencio! -respondiole ella, poniéndose un dedo en los labios.

Libro quinto

Capítulo primero

De este modo Guillermo, aparte sus dos heridas apenas curadas, vino a tener una tercera que no le era menos incómoda. Aurelia no quiso permitir que utilizara los servicios de un cirujano; curábale ella misma, en medio de toda suerte de singulares discursos, ceremonias y sentencias, colocándolo, de este modo, en una situación muy penosa. Por lo demás, no sólo él, sino todas las personas que se encontraban en su proximidad tenían que sufrir con su inquietud y singularidades; pero nadie tanto como el pequeño Félix. La viva criatura era atacada de una impaciencia extrema bajo tal opresión, y mostrábase cada vez peor criado cuanto más lo reprendía y quería corregirlo ella.

El mozuelo se complacía en ciertos caprichos, que generalmente suelen ser llamados mala educación, y que Aurelia no quería en modo alguno tolerarle. Por ejemplo, le gustaba más beber de la botella que en un vaso, y manifiestamente le sabían mejor los manjares cogidos de la fuente que los servidos en su plato. Tales inconveniencias no le eran toleradas, y cuando dejaba las puertas abiertas o las cerraba de golpe, cuando no se movía del sitio al serle mandada alguna cosa o se echaba a correr bruscamente, érale preciso oír una gran lección, sin que con ella se manifestara en él ninguna enmienda. Al contrario, parecía perder de día en día su cariño hacia Aurelia; en su acento no había ternura alguna cuando decía «Madre», y en cambio se unía apasionadamente con su vieja ama, que, a la verdad, le dejaba hacer todos sus caprichos.

Pero desde hacía algún tiempo se había puesto ésta tan enferma, que, sacándola de la casa, habían tenido que instalarla en un alojamiento más tranquilo, y Félix se habría visto completamente solo si, en Mignon, no se hubiera mostrado también un amable espíritu protector. Ambas criaturas se entretenían una con otra del más lindo modo: enseñábale ella cancioncillas, y el niño, que tenía muy buena memoria, recitábalas con frecuencia para admiración del auditorio. También quiso ella explicarle los mapas geográficos, de los que siempre seguía ocupándose mucho, en lo cual, sin embargo, no empleó el mejor método; pues, en realidad, su especial interés respecto a todos los países parecía ser el de saber si eran fríos o cálidos. Sabía muy bien darse cuenta de los polos de la tierra, del espantoso hielo que allí había y de que crecía el calor cuanto más se alejaba uno de ellos. Si alguien se iba de viaje, sólo preguntaba si iba hacia el Norte o hacia el Sur, y se esforzaba por encontrar su camino en sus pequeños mapas. En especial, prestaba gran atención cuando Guillermo hablaba de viajes, y siempre parecía afligirse tan pronto como la conversación pasaba a otro tema. Si no era posible convencerla de que se encargara de un papel, o siquiera de que fuera al teatro cuando había representación, por el contrario, se aprendía de memoria, con diligencia y gusto, odas y canciones, y provocaba admiración en todo el mundo cuando se ponía a declamar impensadamente una de tales poesías, que pertenecían de costumbre al género serio y solemne.

Serlo, que estaba habituado a observar la más pequeña huella de un talento en germen, procuraba infundirle ánimos; pero, sobre todo, lo que más le impresionaba en ella era su linda, variada y frecuentemente alegre manera de cantar; por el mismo medio habíase ganado también sus favores el arpista.

Sin poseer él mismo talento para la música ni tocar ningún instrumento, Serlo sabía apreciar el alto valor de este arte; tantas veces como le era posible, trataba de procurarse ese goce, que con ningún otro puede ser comparado. Una vez por semana tenía concierto en sus habitaciones, y ahora, con Mignon, el arpista y Laertes, que no era torpe para tocar el violín, habíase formado una singular orquesta doméstica. Solía decir:

-El hombre hállase tan inclinado a abandonarse a las cosas más vulgares; el espíritu y los sentidos se embotan tan fácilmente para las impresiones de lo bello y lo perfecto, que por todos los procedimientos debe ser conservada en nosotros la capacidad de sentir, pues nadie puede prescindir por completo de tales goces, y sólo la falta de costumbre de disfrutar de algo bueno es causa de que muchos hombres encuentren placer en necedades y tonterías con tal de que sean novedades solamente. Debíamos todos los días -decía también- oír siquiera una cancioncita, leer una buena poesía, contemplar un cuadro excelente, y, si fuera posible, decir algunas palabras razonables.

Con tales opiniones, que hasta cierto punto eran innatas en él, no podían faltar entretenimientos agradables para las personas que rodeaban a Serlo. En medio de esta placentera situación, cierto día trajéronle a Guillermo una carta cerrada con lacre de luto. El sello de Werner indicaba una triste noticia, y no se espantó poco al encontrar, en breves palabras, el anuncio de la muerte de su padre. Al cabo de rápida e inesperada enfermedad, había abandonado este mundo, dejando en el mejor orden sus asuntos familiares.

Esta noticia inesperada hirió en lo más íntimo a Guillermo. Sintió hondamente la indiferencia con que solemos olvidarnos de amigos y parientes mientras gozan de su existencia terrena, y sólo nos arrepentimos de nuestra falta cuando han sido rotos aquellos bellos lazos, por lo menos, en la actual existencia. De otra parte, el dolor de Guillermo por la temprana muerte de aquel hombre excelente sólo podía ser mitigado por la idea de que había amado poco el mundo y por el convencimiento de que había gozado poco de él.

Los pensamientos de Guillermo dirigiéronse pronto hacia su propia situación personal y no se sintió menos inquieto. El hombre no puede ser colocado en una posición más peligrosa que cuando se opera un gran cambio en su situación, por obra de circunstancias exteriores, sin que su modo de sentir ni de pensar estén preparados para ello. Prodúcese entonces una época sin época, y origínase una contradicción tanto mayor cuanto menos puede observar la persona que todavía no está dispuesta para las nuevas circunstancias.

Guillermo se veía libre en un momento en que todavía no podía entenderse consigo mismo. Sus sentimientos eran nobles, sus intenciones y propósitos no parecían censurables. Podía confesarse todo esto a sí mismo con cierta confianza; pero había tenido bastantes ocasiones para observar que le faltaba experiencia, y por ello, concedía un valor excesivo a la experiencia ajena y a los resultados que deducía de ella con gran convencimiento, con lo cual se internaba cada vez más en el error. Lo que le faltaba, creía adquirirlo prontamente conservando y tratando de coleccionar todo lo notable que podía hallar en los libros y en la conversación. Por ello, consignó por escrito opiniones e ideas ajenas y propias, y hasta conversaciones enteras que le habían interesado, y de este modo, por desdicha, guardaba de igual modo lo falso y lo verdadero, aferrábase demasiado tiempo a una idea, y hasta podemos decir que a una sentencia, y renunciaba así a su manera natural de pensar y

proceder, ya que con frecuencia tomaba por norte luces y orientaciones ajenas. La amargura de Aurelia y el frío desprecio hacia los hombres que sentía su amigo Laertes no dejaron de contagiar sus juicios con más frecuencia de lo que fuera conveniente; pero nadie había sido tan peligroso para él como Yarno, persona de cuya clara razón brotaban juicios justos y severos sobre las cosas presentes, pero que tenía el defecto de pronunciar sus opiniones personales como si se tratara de máximas generales, olvidando que los fallos de la razón en realidad no valen más que para una sola vez y un caso determinado y se convierten ya en inexactos si se les aplica al más inmediato.

De este modo Guillermo, aspirando a ponerse de acuerdo consigo mismo, alejábase cada vez más de esa saludable unidad, y, en tal desconcierto, fuele tanto más fácil a sus pasiones emplear en provecho propio todas esas disposiciones, confundiéndolo todavía más acerca de lo que tenía que hacer.

Serlo utilizó en beneficio propio esta noticia fúnebre, y, realmente, cada día tenía mayores motivos para pensar en dar otra dirección a su compañía de teatro. Le era preciso renovar sus antiguos contratos, de lo que no tenía gran gana, ya que varios compañeros, que se juzgaban indispensables, hacíanse cada día más insoportables, o tenía que dar a su compañía una forma completamente nueva, cosa que se conformaba también con sus deseos.

Sin instar él mismo a Guillermo, procuraba que lo hicieran Aurelia y Filina; y los otros cómicos, que anhelaban una contrata, tampoco dejaban en paz a nuestro amigo, en forma que éste, con bastante confusión, hallábase en un cruce de caminos. ¿Quién habría pensado que una carta de Werner, escrita en un sentido muy opuesto, debería forzarle por último a tomar una resolución? Prescindiremos de su comienzo y daremos con pocas modificaciones el resto de la carta.

Capítulo II

... «Ocurrió siempre así, y así debe tener que ser, que cada cual, en todo propósito, se entregue al ejercicio de sus asuntos y muestre su actividad. Apenas había dejado de existir el buen viejo, cuando, ya en el primer cuarto de hora, no hubo cosa alguna en la casa que se hiciera según las ideas del difunto. Llegaban a montones amigos, conocidos y parientes, y en especial esa clase de gentes que tienen algo que ganar en tales circunstancias. Traíanse unas cosas, llevábanse otras, contábase, escribíase, hacíanse cálculos; unos iban a buscar vino y tortas, otros comían y bebían; pero a nadie vi ocupado con mayor seriedad que a las mujeres, que elegían sus trajes de luto.

»Por tanto, habrás de perdonarme, amigo mío, si también yo, en aquella ocasión, pensé en mi provecho, me mostré con tu hermana tan servicial y activo como me fue posible, y tan pronto como, hasta cierto punto, pareció permitirlo el decoro, le hice comprender que, desde entonces, era interés nuestro acelerar una unión que nuestros padres habían dilatado hasta entonces con prolijidades excesivas.

»Pero no creas que se nos ha ocurrido tomar posesión de la gran casa vacía. Somos más modestos y razonables; debes conocer nuestro plan. Inmediatamente después del matrimonio, tu hermana se trasladará a nuestra casa y hasta vendrá con ella tu madre.

»¿Cómo es posible eso?, dirás tú; en vuestro nido apenas tenéis ya sitio para vosotros solos. Es una cuestión de arte, amigo mío. Una hábil disposición lo facilita todo y no sabes cuánto sitio se encuentra si se necesita poco espacio. Venderemos la casa grande, para lo cual se ofrece buena ocasión en este momento; el dinero que resulte debe producir réditos centuplicados.

»Espero que estarás conforme con ello y deseo que no hayas heredado nada de las estériles aficiones de tu padre y tu abuelo. Aquél colocaba su más alta felicidad en cierto número de obras de arte, de poca apariencia, que bien puedo decir que nadie estaba capacitado para gozar con ellas; el otro vivía en medio de un precioso mobiliario que a nadie permitía gozar con él. Queremos proceder de otro modo y espero tu asentimiento.

»Es verdad que en toda nuestra casa no conservo otro sitio para mí sino mi pupitre, y todavía no logro concebir dónde podría ser colocada una cuna en lo futuro; pero, en cambio, es tanto mayor el espacio fuera de la casa. Los cafés y los clubs para el marido, los paseos a pie y en coche para la señora, y para ambos, los hermosos sitios de recreo en el campo. Con ello, es también muy ventajoso que nuestra mesa redonda estará por completo ocupada y le será imposible al padre convidar amigos que con tanta mayor facilidad se burlan de él cuanta mayor molestia se haya dado para obsequiarlos.

»¡Nada de superfluo en la casa! Ni demasiados muebles o utensilios, ni coche, ni caballos. Nada más que dinero, y entonces, cada día, de la manera más razonable, haremos lo que se nos antoje. Nada de guardarropa; siempre llevaremos puesto lo mejor y más nuevo; el marido echará a todo diario su casaca y la mujer venderá al ropavejero sus trajes tan pronto como estén un poco fuera de moda. Nada me es más insoportable que ser dueño de un viejo almacén de ropa usada. Si quisieran regalarme la más preciosa piedra con la obligación de llevarla en el dedo a diario, no la aceptaría; pues ¿cómo puede obtenerse ninguna alegría de tener un capital muerto? Esta es, por tanto, mi alegre profesión de fe: realizar mis negocios, ganar dinero, divertirme con los míos, y no ocuparme para nada del resto del mundo sino en cuanto pueda prestarme utilidad.

»Pero ahora dirás tú: ¿Qué habéis pensado para mí en esos preciosos planes? ¿Dónde debo hospedarme, si me vendéis la casa de mi padre y en la vuestra no queda ni el más pequeño espacio?

»Esa es precisamente la cuestión principal, hermanito, y te la presentaré al instante, no bien te haya dirigido los condignos elogios por tu tiempo excelentemente empleado.

»Dime, sólo, cómo te has gobernado, en tan pocas semanas, para llegar a ser conocedor de tantas cosas útiles e interesantes. Reconozco en ti muchas capacidades, pero no te hubiera atribuido tanta atención ni tanta diligencia. Tu diario nos ha convencido de la utilidad con que has hecho tu viaje; la descripción de las forjas de hierro y cobre es excelente y muestra mucha inteligencia en la cuestión. También yo las visité en otro

tiempo; pero mi relación, si la pongo frente a la tuya, me parece muy chapucera. Es instructiva toda la carta sobre la fabricación de tejidos, y muy exactas tus observaciones sobre la competencia industrial. En algunos sitios has cometido errores en las sumas, que, sin embargo, son muy disculpables.

»Pero lo que a mi padre y a mí nos ha alegrado del modo más alto son tus sólidas opiniones sobre economía agraria y, en especial, sobre el mejoramiento de los terrenos. Tenemos esperanza de adquirir una gran finca, en una región muy fértil, que está ahora embargada. Emplearemos en eso el dinero que obtengamos de la venta de la casa de tu padre; en cuanto al resto del precio, parte será tomado a crédito, parte puede quedar a deber, y contamos contigo para que te traslades a la finca, dirijas las mejoras, y de este modo, para no decir demasiado, en algunos años puede ser aumentado en una tercera parte el valor de aquellos bienes; vuelve a venderse, se busca una más grande, se la mejora y se procede de igual modo, y tú eres para ello el hombre indicado. Mientras tanto, nuestras plumas no estarán en casa ociosas y pronto nos encontraremos en una situación digna de envidia.

»Ahora, adiós. Goza de la vida en tu viaje y trasládate adonde esperes encontrar placer y provecho. Antes de medio año no necesitamos de ti; puedes, por tanto, ir conociendo el mundo a tu capricho, pues un hombre capaz encuentra viajando la educación más conveniente. Adiós; estando tan estrechamente ligado contigo, me alegro que también nos unamos por el espíritu de actividad».

Por muy bien escrita que estuviera esta carta y por muchas verdades económicas que pudiera contener, desagradó a Guillermo por más de un motivo. Las alabanzas que contenía de sus fingidos conocimientos estadísticos, tecnológicos y agrícolas eran un secreto reproche para él, y el ideal de felicidad de una vida burguesa que trazaba ante él su cuñado no le atraía en modo alguno; más bien, por un secreto espíritu de contradicción, lo impulsaba con violencia hacia el opuesto lado. Convenciose de que sólo en el teatro podía perfeccionar la formación que deseaba darse a sí mismo, y pareció tanto más fortalecido en su determinación, ya que Werner, sin saberlo, se había convertido en adversario suyo. Por eso, reunió todas sus razones y se abrazó a su opinión con tanta mayor fuerza cuantos más motivos creía tener para presentarse al prudente Werner bajo una luz favorable, y de este modo nació la respuesta que a continuación insertamos.

Capítulo III

«Tu carta está tan bien escrita, y pensada con tanta discreción y prudencia, que nada puede añadirse a ella. Pero me permitirás que te diga que se podría pensar, afirmar y hacer justamente lo contrario, y, sin embargo, tener también razón. Tu manera de ser y de opinar encamínase a poseer ilimitadas riquezas y a gozar de ellas de una manera fácil y divertida, y apenas necesitaré decirte que nada puedo encontrar en ello que me atraiga.

»En primer lugar, tengo que confesarte, por desgracia, que mi diario, por la necesidad de agradar a mi padre, fue redactado con el auxilio de un amigo, tomando la materia de libros

diversos, y que las cosas que allí se contienen y otras muchas del mismo género, es verdad que las sé, pero en modo alguno las comprendo ni sé qué se puede sacar de ellas. ¿De qué me servirá el saber fabricar buen hierro si mi propio interior está lleno de escorias? ¿Y de qué poner en orden una finca rústica si estoy en desacuerdo conmigo mismo?

»Para decírtelo en pocas palabras, el educarme a mí mismo tal como he sido formado por la Naturaleza ha sido, desde la niñez, mi deseo y mi propósito. Conservo todavía esos mismos sentimientos, con la sola diferencia de que los medios para hacer posible tal aspiración han llegado a ser para mí cosa más clara. He visto más mundo del que tú crees y lo he aprovechado mejor de lo que tú piensas. Concede, por ello, alguna atención a lo que digo, aunque no sea por completo conforme con tus opiniones.

»Si fuera yo noble, nuestra discusión estaría muy pronto terminada; pero como no soy más que un burgués, tengo que seguir un camino personal y deseo que puedas comprenderme. No sé lo que ocurre en países extranjeros; pero, en Alemania, sólo a un noble le es posible adquirir cierta cultura general, y, si puedo decirlo así, personal. Un burgués puede adquirir méritos y, cuando más, cultivar su espíritu; pero, haga lo que quiera, su personalidad queda perdida. Mientras tanto, el noble, que se relaciona con la gente más distinguida, tiene obligación de procurarse maneras distinguidas, y este decoro, toda vez que para él están abiertas todas las puertas, se convierte en un libre adorno, ya que en cualquier caso tiene que rendir el tributo de su figura y persona, bien en el ejército o bien en la corte, adquiriendo de este modo motivos para estimarse a sí propio y para mostrar que se estima en alguna cosa. Cierta gracia solemne en las cosas diarias, una especie de fácil decoro en las serias e importantes, siéntanle de excelente modo, porque así deja ver que en todas partes encuentra su equilibro. Es un personaje público, y tanto más perfecto será cuanto más pulidos sean sus movimientos, más sonora su voz, más digna y mesurada toda su persona. Si siempre se conduce de igual modo, con los altos y con los bajos, con los amigos y con los parientes, nada hay que reprender en él, no puede desearse de él otra cosa. Que sea frío, pero sensato; disimulado, pero cauto. Si sabe dominarse exteriormente en cualquier momento de su vida, nadie tiene que solicitar más de él, y todo lo restante que posea en sí y alrededor de sí, capacidades, talentos, riquezas, todo ello no parecen más que accesorios.

»Imagínate ahora cualquier burgués que pensara alcanzar la posesión de alguna de esas ventajas; tendría que fracasar totalmente, y sería tanto más desgraciado, cuanto la Naturaleza le hubiera dado capacidades e impulsos para aquella manera de ser.

»Si el noble no conoce límite alguno en la vida diaria; si pueden hacerse de él reyes y figuras reales; si puede presentarse en todas partes con tranquila conciencia ante sus análogos; si en todas partes puede lanzarse hacia delante, al burgués no hay nada que le siente mejor que el puro y silencioso reconocimiento de la línea de frontera trazada ante él. No debe preguntarse: «¿Quién eres tú?», sino solamente: «¿Qué tienes tú? ¿Qué puntos de vista, qué conocimientos, qué capacidades, cuántos bienes posees?» Si el noble lo da todo sólo con presentar su persona, el burgués no da nada, ni debe dar nada, con presentar la suya. Al uno le es permitido y debe lucir; el otro sólo debe ser, y si quiere lucirse es ya cosa risible y de mal gusto. El primero debe hacer y actuar; el otro debe producir y crear; debe cultivar capacidades aisladas para ser útil, y es ya cosa anticipadamente sabida que en su

ser no hay ni debe haber ninguna armonía, porque para hacerse útil en un sentido tiene que abandonar todo el resto.

»De esta diferencia no tiene la culpa la petulancia de los nobles ni la condescendencia de los burgueses, sino la misma constitución de la sociedad; preocúpame poco si alguna cosa puede ser modificada en esto y qué será modificado; en una palabra, dado el actual estado de cosas, tengo que pensar en mí mismo y en el modo como puedo salvarme a mí mismo y alcanzar lo que es para mí imprescindible necesidad.

»Precisamente, siento una irresistible inclinación hacia ese armónico cultivo de mis facultades naturales que me niega el nacimiento. Desde que te dejé he ganado mucho en lo que se refiere a ejercicios corporales; me he desembarazado mucho de mi torpeza habitual y sé presentarme bastante bien. También he cultivado mi manera de hablar y mi voz, y sin vanidad, puedo decir que no desagrado en sociedad. Ahora bien, no te negaré que cada día se hace más irreprimible en mí el impulso de llegar a ser un personaje público y de agradar y actuar en un círculo más dilatado. Añádase a esto mi inclinación hacia la poesía y a todo lo que está en relación con ella, y la necesidad de cultivar mi espíritu y mi gusto para que, poco a poco, hasta en los goces de que no puedo prescindir, sólo tenga realmente por bueno a lo bueno y por bello a lo bello. Bien ves que todo esto, para mí, sólo puede encontrarse en el teatro, y que exclusivamente en ese único elemento es donde podré moverme y desenvolverme según mis deseos. En la escena, el hombre bien educado aparece con todo el brillo de su personalidad como en las clases superiores; en todo esfuerzo, el espíritu y el cuerpo tienen que marchar al mismo paso, y allí podré existir y presentarme de modo tan brillante como en ningún otro sitio. Si, al lado de esto, busco además trabajos, encontraré allí muchas enojosas tareas mecánicas y todos los días puedo proporcionar bastante ejercicio a mi paciencia.

»No disputes conmigo acerca de esto, pues antes de que me escribas ya estará dado el definitivo paso. A causa de los prejuicios reinantes, cambiaré de nombre, porque, fuera de eso, me avergonzaría presentarme como Meister (Maestro). Adiós. Nuestra fortuna está en tan buenas manos que no me preocupo nada por ella; llegado el caso, te pediré lo que necesite; no será mucho, pues espero que mi arte debe también darme de comer».

Apenas enviada la carta, cumplió Guillermo su palabra, y con gran admiración de Serlo y de los otros, declaró, de repente, que se consagraba a la escena y quería celebrar un contrato con las debidas condiciones. Pronto estuvieron de acuerdo acerca de ello, pues ya Serlo había declarado antes que Guillermo y los demás quedarían contentos de él. Toda la desgraciada compañía, de la que nos hemos ocupado tanto tiempo, fue contratada de repente sin que, no obstante, ninguno de ellos, si exceptuamos a Laertes, hubiera mostrado su agradecimiento ante Guillermo. Como habían pedido sin confianza, recibían sin gratitud. La mayor parte preferían atribuir su admisión a la influencia de Filina y a ella le dirigieron sus gracias. Mientras tanto, llegó el momento de firmar los redactados contratos y por una inexplicable asociación de ideas, en el instante en que estampaban su fingido nombre, surgió ante la imaginación de Guillermo, la imagen de aquel sitio del bosque donde había yacido herido en el regazo de Filina. Montada en un caballo blanco, salió de entre la espesura la gentil amazona, acercose y echó pie a tierra. Su humanitaria actividad hacíala ir y venir de un lado a otro; por último, se detuvo ante él. Cayole de los hombros la capa; su

rostro y figura comenzaron a resplandecer y desapareció. De este modo, Guillermo no escribió su nombre sino de una manera maquinal, sin saber lo que hacía, y sólo después de haber firmado advirtió que Mignon estaba a su lado, lo había cogido por un brazo y había intentado suavemente apartar su mano del papel.

Capítulo IV

Una de las condiciones bajo las cuales entraba en el teatro Guillermo no fue aceptada sin restricciones por Serlo. Deseaba aquél que el Hamlet fuera ejecutado en su totalidad y sin cortes, y éste prometía satisfacer, en cuanto fuera posible, el singular deseo. Hasta entonces habían tenido muchas discusiones acerca de ello, pues en cuanto a lo que era y a lo que no era posible en escena, y en cuanto a lo que pudiera ser quitado de la obra sin mutilarla, eran ambos de muy diferentes opiniones. Guillermo encontrábase todavía en esa edad dichosa en la que no puede concebirse que en una muchacha amada o en un escritor venerado pueda haber defecto alguno. Los sentimientos que provocan en nosotros son tan plenos, concuerdan tanto con el sujeto mismo, que tenemos que pensar también que hay en ellos esa perfecta armonía. Por el contrario, a Serlo le gustaba analizar y acaso demasiado; su aguda comprensión no quería reconocer, de ordinario, en una obra de arte, más que un conjunto más o menos imperfecto. Creía que hay pocos motivos para tratar escrupulosamente a las obras tal como se las encuentra, y también Shakespeare, y el Hamlet muy especialmente, tenían mucho que sufrir con ello.

Guillermo no quería oír que nadie hablara de separar la paja del grano.

-No es que estén mezclados grano y paja -exclamaba-; es un árbol con su tronco, ramaje, hojas, botones, flores y frutos. ¿Cada cosa no está unida con la otra o no procede de ella?

El otro afirmaba que no se servía a la mesa el árbol entero, que el artista tenía que presentar a sus huéspedes manzanas de oro en fuentes de plata. Agotábanse en comparaciones, y su modo de pensar parecía cada vez más apartado uno del otro.

Nuestro amigo estuvo a punto de desesperarse totalmente, una vez que Serlo, al cabo de una gran disputa, recomendó, como el medio más sencillo, que se resolvieran simplemente a coger la pluma y a tachar en la tragedia lo que no había modo de hacer pasar; reunir varios personajes en uno solo, y que, si Guillermo no estaba todavía bastante habituado con esta tarea o no tenía ánimos bastantes para ella, no tenía más que confiarle aquel trabajo y lo tendría terminado muy pronto.

-Eso no está conforme con nuestro convenio -repuso Guillermo-. Poseyendo tanto gusto, ¿cómo puede ser usted tan frívolo?

-Amigo mío -exclamó Serlo-, también usted llegará pronto a serlo. Demasiado comprendo lo abominable que es este procedimiento, que acaso todavía no haya sido aplicado en ningún teatro del mundo. Pero ¿dónde hay alguno que esté tan poco vigilado como el nuestro? Los autores nos obligan a esta repugnante mutilación y el público la

permite. ¿Cuántas obras de teatro poseemos que no sobrepasen la medida de lo que se dispone en cuanto a personal, decoraciones y mecánica teatral, tiempo, diálogo y fuerzas físicas de los actores? Y, sin embargo, tenemos que representar, representar siempre, y siempre repetirlas de nuevo. ¿No habremos, pues, de aprovecharnos de nuestra ventaja, ya que obtenemos lo mismo con obras mutiladas que con obras completas? El público mismo nos indica lo que nos conviene. Pocos alemanes, y acaso muy poca gente entre todas las otras naciones, tienen sensibilidad para gozar de un conjunto estético completo; no alaban ni censuran más que los detalles; no se extasían más que por los detalles; y ¿para quién será ello felicidad mayor sino para el comediante, ya que el teatro nunca es más que una obra de compilación y despedazamiento?

-Así lo es hoy -repuso Guillermo-; pero ¿es forzoso que continúe siendo así? ¿Todo tiene que seguir tal como es ahora? No me convenza usted de que tiene razón, porque ninguna fuerza del mundo podría obligarme a cumplir un contrato concertado con la equivocación más grosera.

Serlo derivó el asunto por vías humorísticas y rogó a Guillermo que volviera a meditar otra vez en sus frecuentes conversaciones sobre el Hamlet y hallara él mismo la manera de adaptarlo felizmente.

Al cabo de algunos días pasados en soledad, presentose con alegre semblante Guillermo.

-Me equivocaría mucho -exclamó-, si no hubiera encontrado la manera de cómo puede ser realzada la unidad del conjunto; hasta estoy convencido de que el mismo Shakespeare lo hubiera hecho de este modo si su genio no se hubiera preocupado tanto del asunto principal y no se hubiera dejado arrastrar quizá por las novelas, según las cuales componía su obra.

-Hable usted -dijo Serlo, sentándose en el canapé gravemente-; le escucharé tranquilo, pero le juzgaré con severidad tanto mayor.

Respondió Guillermo:

-Nada temo; basta con que usted me oiga. Después del más detenido examen, después de las más maduras reflexiones, distingo dos cosas en la composición de esta obra: en primer lugar, están las grandes e íntimas relaciones entre las personas y los acontecimientos, los poderosos efectos que se originan de los caracteres y del proceder de las figuras principales, todo lo cual es excelente considerado aisladamente e inmejorable el encadenamiento en que es presentado todo ello. Ningún género de adaptación puede destruirlo ni casi desfigurarlo apenas. Esto es lo que todo el mundo desea ver, lo que nadie se atreve a tocar, lo que se graba profundamente en las almas, y lo que, según oigo decir, ha sido casi trasladado a la escena alemana. Sólo que, según creo, se han equivocado al considerar como totalmente insignificante, y no tratar más que de paso o prescindir totalmente de ello, de lo que en esta obra aparece como elemento de segundo orden; quiero decir, las circunstancias exteriores de los personajes, que los hacen ir de un lugar a otro, o que, de una u otra manera, los ligan entre sí mediante ciertos acontecimientos accidentales. Cierto que estos hilos son ligeros y flojos, pero recorren toda la obra de un extremo a otro y mantienen unido lo que en otro caso se dispersaría, y que en realidad se dispersa cuando

son cortados y se cree haber hecho todo lo que había que hacer al dejar sólo sus cabos. Entre estos acontecimientos exteriores cuento yo la situación de intranquilidad en Noruega, la guerra con el joven Fortinbras, la embajada al tío viejo, la discordia apaciguada, la expedición del joven Fortinbras a Polonia y su regreso al final de la obra; de igual modo, la vuelta de Horacio de Wittenberg y el gusto de Hamlet por ir también allí, el viaje de Laertes a Francia y su regreso, el viaje de Hamlet a Inglaterra, su cautividad por el pirata y la muerte de los dos cortesanos que llevan la carta traidora; todo esto son circunstancias y acaecimientos que no hay inconveniente en que dilaten una novela, pero que dañan en extremo y son muy defectuosos en cuanto a la unidad de una obra de teatro en la que el héroe no tiene ningún plan.

-¡Así es como me gusta oír hablar a usted! -exclamó Serlo.

-No me interrumpa -repuso Guillermo-. Es posible que no siempre tenga usted que alabarme. Esos defectos son como los puntales de un edificio que no deben ser quitados antes de haber establecido un firme muro por debajo de ellos. Por tanto, mi proyecto es no tocar en nada a aquellas grandes situaciones, sino conservarlas todo lo posible tanto en el total como en los detalles, pero echar fuera de una vez para siempre todos estos motivos externos, aislados, dispersos y dispersadores, substituyéndolos por un motivo único.

-¿El cuál sería? -preguntó Serlo abandonando su tranquila posición.

-Se halla ya en la obra -respondió Guillermo-; sólo que yo hago de él el uso debido. Me refiero a los trastornos que ocurren en Noruega. Aquí tiene usted el plan que me propongo: después de la muerte del viejo Hamlet, agítanse los noruegos recién conquistados. El gobernador de aquel país envía a Dinamarca a su hijo Horacio, antiguo amigo de colegio de Hamlet, el cual excede a todos los otros en valentía y cordura; viene para apresurar el armamento de la escuadra, cosa que no avanza sino muy lentamente bajo el nuevo rey, entregado a la crápula. Horacio conoció al viejo rey, al cual ha acompañado en sus últimas batallas, ha gozado de su favor, y, con ello, nada perderá la primera escena del fantasma. El nuevo rey concede al punto audiencia a Horacio y envía a Laertes a Noruega con la noticia de que pronto llegará la flota, mientras Horacio recibe la comisión de acelerar los preparativos; por el contrario, la madre no quiere aprobar que Hamlet, según él desea, se embarque con Horacio.

-¡Gracias a Dios! -exclamó Serlo-. De este modo nos libraremos también de Wittenberg y de su universidad, que siempre han sido un tropiezo para mí. Me parece excelente su pensamiento, pues aparte de esos dos últimos objetos lejanos, Noruega y la armada, el espectador no necesita pensar en ninguna otra cosa; todo lo demás lo ve, todo lo demás ocurre ante sus ojos; mientras que, en otra forma, su imaginación tendría que ser lanzada a través del mundo entero.

-Con facilidad comprenderá usted -repuso Guillermo- cómo puedo relacionar ahora todo lo restante. Cuando Hamlet le descubre a Horacio el crimen de su padrastro, aconséjale éste que vaya con él a Noruega, se gane el favor de la escuadra, y vuelva al reino con las armas en la mano. Como Hamlet llega a ser muy peligroso para el rey y para la reina, no tienen mejor modo de librarse de él que enviarlo a la armada dándole como espías a Rosenkranz y

Güldenstern; y como, mientras tanto, Laertes regresa, este mancebo, excitado hasta el asesinato, es enviado en seguimiento del príncipe. La escuadra queda detenida a causa de desfavorables vientos; Hamlet vuelve de nuevo. Su paso por el cementerio acaso pueda ser motivado dichosamente; su encuentro con Laertes en la sepultura de Ofelia es un gran momento del que no puede prescindirse. Entonces puede reflexionar el rey que mejor sería librarse al instante de Hamlet. Celébrase solemnemente la fiesta de la partida y la aparente reconciliación con Laertes, en la cual se organiza un torneo donde combaten Hamlet y Laertes. No puedo terminar la obra sin los cuatro muertos; nadie debe sobrevivir. Como el pueblo vuelve a poder ejercitar su derecho de elección, Hamlet, al morir, dale su voto a Horacio.

-¡A escape!, ¡al trabajo! -repuso Serlo-. Póngase usted a ello y termine la obra; apruebo la idea totalmente; sólo es necesario que su entusiasmo no se disipe en humo.

Capítulo V

Guillermo se había consagrado ya desde mucho tiempo antes a una traducción del Hamlet; habíase servido para ello del ingenioso trabajo de Wieland, a través del cual, primeramente, había llegado a conocer a Shakespeare. Restituyó los pasajes suprimidos en aquella edición y estuvo así en posesión de una traducción completa en el momento en que se puso de acuerdo con Serlo acerca del modo como debía ser tratada la obra. Entonces, según sus planes, se dedicó a suprimir e interpolar, a separar y añadir, a transformar y, con frecuencia, a restablecer, pues por muy contento que pudiera estar con su idea, parecíale siempre, en la ejecución, que no hacía más que estropear el original.

Tan pronto como hubo terminado, leyole su trabajo a Serlo y al resto de la compañía. Mostráronse muy satisfechos con lo hecho, y en especial Serlo hizo diversas observaciones favorables.

-Ha comprendido usted muy justamente -dijo entre otras cosas- que hay circunstancias externas que acompañan a esta obra, pero que tienen que ser más sencillas que las que nos ha dado el gran poeta. Lo que ocurre fuera de la escena, lo que no ve el espectador, lo que tiene que imaginarse es como un fondo ante el cual se mueven las figuras que actúan. La perspectiva grande y simple de la escuadra y de Noruega hará muy bien en la obra; si se la suprime por completo, queda ésta reducida a una escena de familia, y la gran idea de que aquí perece toda una casa real por internos crímenes y torpezas no es ya representada en toda su dignidad. Pero si el fondo sigue siendo diverso, movedizo y confuso, dañará a la impresión de las figuras.

Guillermo tomó de nuevo el partido de Shakespeare y mostró cómo escribiendo para un pueblo insular, para los ingleses, que están acostumbrados a ver como fondo de su vida tan sólo navíos y viajes marítimos, las costas de Francia y los corsarios, lo que para ellos es algo plenamente habitual, ya nos perturba y confunde a nosotros.

Serlo tuvo que convenir en ello, y ambos concordaron en que debiendo ser representada la obra en la escena alemana, este fondo más serio y más sencillo se acomodaría mejor con nuestra manera de representar.

Ya antes de entonces se habían repartido los papeles; Serlo tomó a su cargo el de Polonio, Aurelia el de Ofelia, a Laertes fuele ya adjudicado el suyo por razón de su nombre; un recién llegado mancebo, fuerte y animoso, recibió el papel de Horacio; sólo se encontraron en cierta perplejidad acerca del papel del rey y el del fantasma. Para ambos personajes sólo disponían del viejo gruñón. Serlo propuso que el pedante hiciera de rey, ante lo que Guillermo protestaba violentamente. No podían llegar a buen término.

Por lo demás, Guillermo había dejado subsistir en la obra los dos papeles de Rosenkranz y de Güldenstern.

-¿Por qué no los ha refundido usted en uno solo? -preguntó Serlo-. Esa abreviación es muy fácil de hacer.

-Dios me libre de hacer tales supresiones, que a un tiempo extinguen el sentido y el efecto -repuso Guillermo-. Porque lo que estas dos personas hacen y son no puede ser representado por una sola. En estas pequeñeces se muestra la grandeza de Shakespeare. Este modo fácil de presentarse, estas afabilidades y reverencias, estos asentimientos, adulaciones y lisonjas; esta solicitud, este alabar, esta ubicuidad y vaciedad, esta honrada bribonería, esta incapacidad, ¿cómo pueden ser expresados por un solo hombre? Haría falta siquiera una docena, si se pudiera disponer de ellos, pues no existen nada más que en sociedad, son la sociedad misma, y Shakespeare se mostró muy modesto y prudente no haciendo salir a escena más que a dos de tales representantes. Por otra parte, necesito en mi arreglo que sean una pareja, para contrastar con el único bondadoso y excelente Horacio.

-Le comprendo a usted -dijo Serlo-, y ya nos arreglaremos. Uno de tales papeles se lo daremos a Elmira (así se llamaba la hija mayor del gruñón); en nada perjudicará que tengan buen aspecto, y adornaré y ensayaré de tal modo a mis muñecos que sea un encanto el verlos.

Filina alegrábase extraordinariamente con tener que hacer de duquesa en la pequeña comedia.

-Representaré con la mayor naturalidad -exclamó- cómo puede casarse una a toda prisa con un segundo marido después de haber amado extraordinariamente al primero. Confío en obtener el mayor éxito y no habrá hombre que no desee ser el tercero.

Aurelia puso semblante enojado al oír tales manifestaciones; su aversión hacia Filina aumentaba de día en día.

-Lástima grande -dijo Serlo- que no tengamos ballet; en ese caso, habría usted bailado un pas de deux con sus dos maridos y el primero debería morirse sin perder el compás, y los piececitos y las pantorrillitas que usted tiene harían un efecto encantador en lo alto de aquel teatro infantil.

-En lo que se refiere a mis pantorrillas, no sabe usted demasiado de ello -repuso Filina mordazmente-, y en lo que afecta a mis piececitos -añadió tendiendo rápidamente la mano bajo la mesa, quitándose sus chinelas y colocándolas una junto a otra delante de Serlo-, aquí tiene usted los soportes, y lo desafío a que encuentre por ahí otros más lindos.

-Verdaderamente -dijo él considerando los elegantes pantuflos-, no sería fácil ver nada más precioso.

Era calzado de París; Filina los había recibido como obsequio de la Condesa, dama que era celebrada por su hermoso pie.

-¡Delicioso objeto! -exclamó Serlo-. Me late el corazón sólo con verlos.

-¡Qué encanto! -dijo Filina.

-No hay nada mejor que un par de chinelillas tan bellamente trabajadas -exclamó Serlo-; pero su ruido es aún más delicioso que su vista.

Levantolas en el aire y varias veces las dejó caer alternativamente sobre la mesa.

-¿Qué quiero decir eso? Devuélvamelos en seguida -exclamó Filina.

-¿Cómo podré decirlo? -repuso él con fingida reserva y seriedad burlona-. Nosotros, los solterones, que en general estamos solos por la noche, y, sin embargo, tenemos miedo como los otros hombres y suspiramos en la obscuridad por compañía, especialmente en las posadas y hospedajes desconocidos, donde no se está seguro por completo, nos sentimos muy consolados cuando una niña de buen corazón quiere prestarnos auxilio y compañía. Es de noche, yace uno en su cama, óyese un rumor, nos estremecemos, ábrese la puerta, reconócese una querida y susurrante vocecita, hay algo que se acerca deslizándose suavemente, muévense las cortinas del lecho; ¡clip, clap!, caen las chinelas, y al instante no se halla ya uno solo. ¡Ah, ese querido e inconfundible ruido que hacen los tacones al golpear contra el suelo! Cuanto más delicados son, más ligero es su ruido. Que no me hablen de Filomela, de arroyos murmuradores, de susurros del viento y de todo lo que silba y resuena; yo me atengo a mi ¡clip, clap!, ¡clip, clap!, lindo tema para un rondó que siempre querría uno volver a oír sonar desde el comienzo.

Filina le arrancó las pantuflas de las manos, diciendo:

-Cómo las he deformado. Son demasiado grandes para mí.

Después jugó con ellas y frotó las suelas una contra otra.

-¡Qué calientes se ponen! -exclamó, manteniendo una suela apoyada en su mejilla; después volvió a frotarlas y las tendió hacia Serlo.

Él fue lo bastante magnánimo para querer sentir aquel calor.

-¡Clip, clap! -exclamó ella, dándole un recio golpe con el tacón, en forma que el otro retiró la mano, lanzando un grito-. Quiero enseñarle a usted a que piense de otro modo cuando se trate de mis chinelas -dijo Filina, riéndose.

-Y yo quiero enseñarte a que no trates como niños a las personas mayores -replicole Serlo, levantándose de pronto, agarrándola con violencia y robándole más de un beso, que ella, hábilmente, supo dejarse arrebatar oponiendo seria resistencia.

Durante la pendencia se soltó la larga cabellera de Filina y se tendió envolviendo el grupo de combatientes; volcose la silla, e íntimamente ofendida por este desorden, retirose con indignación Aurelia.

Capítulo VI

Aunque en aquel nuevo arreglo del Hamlet habían sido suprimidos diversos personajes, su número era siempre bastante grande y casi no era suficiente para abarcarlo el total de los miembros de la compañía.

-Si esto sigue así -dijo Serlo-, nuestro propio apuntador tendrá que salir de su agujero, circular entre nosotros y convertirse en personaje.

-Muchas veces lo he admirado ya en sus funciones -repuso Guillermo.

-No creo que exista ningún auxiliar más perfecto -dijo Serlo-. Jamás lo oye ningún espectador, y nosotros, en escena, comprendemos cada sílaba que pronuncia. Se ha formado, por decirlo así, una voz especial para su función, y es como un buen genio que, en caso de necesidad, susurra de modo perceptible para nosotros. Comprende qué parte de su papel se ha apropiado plenamente el actor y adivina de lejos cuándo va a faltarle la memoria. En algunos casos en que apenas había podido yo hojear mi papel, cuando tenía que dictarme palabra por palabra, representó felizmente gracias a él; pero tiene algunas singularidades que incapacitarían a cualquier otro que no fuera él: se interesa tan vivamente por las obras, que, sin declamar los pasajes patéticos, los recita lleno de emoción. Por esta mala costumbre me ha hecho equivocar más de una vez.

-Lo mismo que a mí -dijo Aurelia-, por otra extravagancia me dejó una vez plantada en medio de un pasaje muy difícil.

-¿Cómo fue, pues, posible, si presta tanta atención? -preguntó Guillermo.

-Conmuévese tanto en ciertas escenas -repuso Aurelia-, que se deshace en llanto y llega a estar totalmente fuera de sí en algunos momentos; y no son, en realidad, los trozos llamados conmovedores los que lo ponen en esa situación; son, si puedo explicarme claramente, aquellos pasajes bellos en los que el puro espíritu del poeta lanza sus más claras

y serenas miradas, los pasajes con los que nosotros nos encantamos altamente y no suelen ser notados por la muchedumbre.

-Y poseyendo esta alma tierna, ¿por qué no aparece en escena?

-Una voz ronca y un aire envarado lo excluyen de la escena, y su naturaleza hipocondríaca, de la sociedad -repuso Serlo-. ¡Cuántos trabajos no he tenido que darme para acostumbrarlo a mi compañía! Todo en vano. Lee excelentemente, como a nadie he oído leer; nadie mantiene como él los difíciles límites que separan la declamación de una lectura emocionada.

-¡Ya lo tenemos! -exclamó Guillermo-. ¡Ya lo tenemos! ¡Qué feliz descubrimiento! Ya tenemos al actor que debe recitarnos el pasaje del fiero Pirro.

-Hay que tener tanta pasión como usted tiene -respondió Serlo- para utilizar todas las cosas para el fin que nos conviene.

-Verdaderamente estaba con mucha preocupación -exclamó Guillermo- de que tuviéramos que prescindir de este pasaje, con lo que toda la obra hubiera quedado faltosa.

-No puedo imaginármelo -repuso Aurelia.

-Espero que pronto será usted de mi opinión -dijo Guillermo- Shakespeare introduce la compañía de cómicos en un doble objeto. En primer lugar, el hombre que declama con tanta emoción personal la muerte de Príamo ejerce la más profunda impresión sobre el propio príncipe; agudiza la conciencia del vacilante joven, y de este modo esta escena es preludio de aquella otra en la que la pequeña comedia produce tan gran efecto sobre el rey. Hamlet se siente avergonzado ante el cómico que participa tan vivamente en unos dolores extraños y fingidos, y al punto se provoca en él la idea de hacer una tentativa de igual clase en la conciencia de su padrastro. Qué magnífico monólogo en que termina el segundo acto. Cómo me gustaría poder recitarlo: «¡Oh! ¡qué miserable, qué vil esclavo soy!... No es monstruoso que este comediante, sólo por una ficción, por el sueño de una pasión, fuerce su alma tan a su voluntad que sus efectos hagan palidecer todo su semblante. Lágrimas en sus ojos. Extravío en sus ademanes. Voz entrecortada. Todo su ser penetrado de un solo sentimiento. Y todo eso por nada... Por Hécuba... ¿Qué es Hécuba para él, o qué es él para Hécuba para que tenga que llorarla de ese modo?»

-Con tal de que podamos sacar a nuestro hombre a escena -dijo Aurelia.

-Tenemos que irlo llevando poco a poco -repuso Serlo-. En los ensayos puede leer el pasaje, y diremos que esperamos al cómico que debe representar el papel, y ya veremos cómo salimos del paso.

Después de estar de acuerdo acerca de este punto, dirigiose la conversación hacia el fantasma. Guillermo no podía decidirse a entregarle al pedante el papel del rey viviente a fin de que el gruñón pudiera representar el del aparecido, y pensaba más bien, ya que aún

había que esperar algún tiempo, y todavía estaba anunciada la llegada de algunos cómicos, ver si podía encontrarse entre ellos el hombre conveniente.

Por eso, bien puede imaginarse lo asombrado que se quedó Guillermo cuando una noche se encontró sobre su mesa una esquela sellada, dirigida a él bajo su nombre de teatro y escrita con extraños caracteres.

«Según sabemos, ¡oh joven singular!, te encuentras en un grande apuro. Apenas encuentras hombres para tu Hamlet y mucho menos espíritus. Tu celo merece un milagro, milagros no podemos hacerlos, pero ocurrirá algo extraordinario. Si tienes confianza, el fantasma se presentará en el debido momento. Ten valor y estate tranquilo. No es necesaria respuesta; tu resolución será conocida de nosotros».

Con esta extraña carta volvió corriendo junto a Serlo, que la leyó y la releyó, y acabó por asegurar, con aire meditabundo, que la cosa tenía importancia y había que reflexionar maduramente acerca de si les sería lícito y podrían atreverse a confiar en aquello. Hablaron largamente en uno y otro sentido; Aurelia permanecía silenciosa y se sonreía de cuando en cuando, y al cabo de varios días, al volver a tratarse del asunto, dejó comprender bastante claramente que lo consideraba como una broma de Serlo. Rogó a Guillermo que estuviera por completo descuidado y que esperara pacientemente al espectro.

En general, Serlo estaba del mejor humor, pues los cómicos que debían marcharse se tomaban todas las posibles molestias para representar bien y que se les echara mucho de menos, y también podía esperar los mejores ingresos de la curiosidad que excitara la compañía nueva.

Hasta el trato con Guillermo había ejercido algún influjo sobre él. Comenzaba a hablar más acerca del arte, pues, en resumidas cuentas, era alemán y a esta nación le gusta darse cuenta de lo que hace. Guillermo tomó por escrito muchas de tales conversaciones; pero como nuestro relato no puede ser interrumpido con tanta frecuencia, en otra ocasión expondremos esos ensayos de dramaturgia a aquellos de nuestros lectores que se interesen por el asunto.

Especialmente Serlo mostrose muy contento cierta noche al hablar del papel de Polonio y decir cómo pensaba interpretarlo.

-Prometo -dijo- que esta vez os obsequiará haciendo un digno personaje; representaré muy galanamente, donde corresponda, su calma y seguridad, su vanidad e importancia, su gracia y sosera, su libertad y astucia, su franca picardía y falsa sinceridad. Imitaré y recitaré del modo más cortés el papel de ese semibribón, canoso, cándido, que todo lo soporta, plegándose a las circunstancias, y para ello me prestarán buenos servicios los rasgos con que lo dibuja nuestro autor, algo rudos y groseros. Hablaré como un libro cuando esté preparado para ello y como un loco cuando esté de buen humor. Seré insípido para conversar con cada cual según su manera, y lo suficientemente agudo para no advertir cuándo se burlan de mí las gentes. Rara vez tomé un papel a mi cargo con tanta malicia y placer.

-¡Si pudiera esperar otro tanto del mío! -dijo Aurelia. No tengo juventud ni morbidez bastante para acomodarme con ese carácter. Sólo sé una cosa, por desgracia: que el sentimiento que perturba el cerebro de Ofelia no ha de abandonarme jamás.

-No miremos las cosas con tanta exactitud -dijo Guillermo-; pues, en realidad, mi deseo de representar el personaje de Hamlet me ha sumido en un extraño error a pesar de todo mi estudio de la obra. Cuanto más analizo ese papel, tanto más comprendo que no tengo en mi figura ni un rasgo fisonómico que se parezca a como Shakespeare ha imaginado a su Hamlet. Si medito en la exactitud con que en ese papel se relaciona todo, apenas puedo confiar en producir con él un efecto soportable.

-Inicia usted su carrera dramática con grandes escrúpulos de conciencia -repuso Serlo-. El cómico se acomoda con su papel tal como puede y el papel se le adapta como debe. Pero ¿cómo se imaginó Shakespeare su Hamlet? ¿Es tan diferente de la figura que usted tiene?

-En primer lugar, Hamlet es rubio -replicó Guillermo.

-A eso le llamo yo traer las cosas por los cabellos -dijo Aurelia-. ¿De dónde lo deduce usted?

-De que, como danés y hombre del Norte, es rubio de raza y tiene los ojos azules.

-¿Habrá pensado Shakespeare en ello?

-No lo encuentro claramente expresado; pero, relacionando diversos pasajes, paréceme innegable. Durante el combate se fatiga, el sudor corre por su rostro y dice la reina: «Está grueso; dejadle que tome aliento». ¿Puede representárselo uno de otro modo sino como rubio y corpulento, pues las gentes morenas rara vez se ven en tal situación en su juventud? Su vacilante melancolía, su blanda tristeza, su inquieta irresolución, ¿no se acomodan mejor con tal figura que si pensamos en un mancebo esbelto y de rizos negros, de quien se espera más ánimo y ligereza?

-¡No me manche usted la imaginación! -exclamó Aurelia-. ¡Llévese usted su Hamlet gordo! No nos represente usted un príncipe cebado. Mejor es que nos muestre usted cualquier quid pro quo que nos encante y nos conmueva. La intención del autor no nos preocupa tanto como nuestro placer y deseamos un hechizo que sea homogéneo con nosotros.

Capítulo VII

Una noche discutió la reunión qué cosa merecía la preeminencia, si el drama o la novela. Serlo aseguraba que era una disputa inútil y equivocada; una y otra cosa podían ser excelentes en su especie; sólo tenían que mantenerse dentro de las fronteras de su género.

-Para mí no son todavía cosa clara tales fronteras -repuso Guillermo.

-¿Para quién lo son? -dijo Serlo-; y, sin embargo, valdría la pena de considerar con detalle el asunto.

Hablaron mucho y en diverso sentido, y, por último, el resultado de la conversación vino a ser, sobre poco más o menos, el siguiente:

En la novela como en el drama vemos caracteres humanos y acción. La diferencia entre ambos géneros de poesía no reside puramente en las formas exteriores, no en que en el uno hablen los personajes y en el otro suela narrarse algo acerca de ellos. Por desgracia, muchos dramas no son más que novelas dialogadas y no sería imposible escribir un drama en forma epistolar.

En la novela deben expresarse preferentemente modos de pensar y acaecimientos; en el drama, caracteres y acción. La novela tiene que desenvolverse lentamente, y los sentimientos y modos de pensar del protagonista tienen que detener, de cualquier modo que sea, el avance del conjunto hacia la conclusión. El drama debe precipitarse y el carácter del personaje principal tiene que correr hacia el desenlace, siendo sólo detenido por las circunstancias. El héroe de novela tiene que ser pasivo; por lo menos, no activo en alto grado; del dramático exígense efectos y acción. Grandisson, Clarisa, Pamela, el vicario de Wakefield, el mismo Tom Jones son personajes, si no pasivos, por lo menos que retrasan la acción, y todos los acontecimientos se modelan, hasta cierto punto, según su manera de ser. En el drama, el héroe no modela nada según lo que él es; todas las cosas se le oponen, y él derriba y remueve los obstáculos que encuentra en su camino o perece bajo ellos.

Convinieron también en que el azar puede muy bien permitirse que actúe en la novela, pero que siempre tiene que ser gobernada y dirigida ésta por el modo de ser de los personajes; y que, por el contrario, el destino, que sin su participación arrastra a los hombres, por un conjunto de circunstancias exteriores independientes, hacia una imprevista catástrofe, sólo encuentra lugar propio en el drama; que el azar puede producir situaciones patéticas, pero nunca trágicas; que el destino, por el contrario, siempre tiene que ser terrible, y que es en alto grado trágico cuando, mediante una serie de actos independientes unos de otros, lleva a culpables e inocentes hacia un desgraciado desenlace.

Estas consideraciones los llevaron otra vez hacia el extraño Hamlet y las particularidades de esta obra. El héroe, dijeron, no tiene en realidad más que sentimientos; son los hechos los que lo impulsan, y por eso la obra tiene algo del desarrollo de una novela; pero como el destino ha trazado el plan, como la obra parte de una acción terrible e impulsa constantemente al héroe hacia otra acción terrible, es en alto grado trágica y no soportaría ningún desenlace que no lo fuera.

Debía hacerse entonces un primer ensayo, leyendo cada cual sus papeles; cosa que Guillermo consideró en realidad como una fiesta. Él mismo había cotejado los manuscritos para que por aquel lado no pudiera haber ninguna vacilación. Todos los cómicos conocían la obra, y sólo trató él, antes de comenzar, de convencerlos de la importancia de aquel ensayo leído. Lo mismo que se exige de todo músico que, hasta cierto punto, pueda tocar repentizando, también todo comediante, y aun todo hombre culto, debe ejercitarse en el arte

de leer de repente un drama, una poesía o un relato, penetrándose al punto de su carácter y exponiéndolo con facilidad. De nada sirve el aprender de memoria si el comediante no está compenetrado anticipadamente con el espíritu y el pensamiento del escritor; la letra sola no puede producir ningún efecto.

Serlo aseguró que sería indulgente en todos los demás ensayos, y hasta en el general, si era muy satisfactorio para él aquel ensayo de lectura.

-Porque de ordinario -dijo- nada hay más divertido que oír a los cómicos hablar de sus estudios; me parece como cuando los francmasones hablan de sus trabajos.

El ensayo resultó a pedir de boca, y puede decirse que la compañía fundamentó su fama y su buena acogida en aquellas escasas horas bien empleadas.

-Ha hecho usted bien, amigo mío -dijo Serlo cuando volvieron a estar solos-, hablándoles a nuestros compañeros con tanta seriedad, aun cuando temía que difícilmente pudiera usted realizar sus deseos.

-¿Por qué? -preguntó Guillermo.

-He visto siempre -dijo Serlo- que siendo tan fácil poner en conmoción la fantasía de los hombres, a quienes tanto les agrada que se les cuente alguna fábula, es difícil encontrar en ellos ninguna especie de imaginación creadora. Esto es aún más sorprendente entre los cómicos. Cada cual está ya contento con tomar a su cargo un hermoso papel, digno y brillante; pero rara vez hay nadie que haga otra cosa que colocarse gratamente a sí mismo en el lugar del protagonista, sin preocuparse lo más mínimo de si los demás verán también en él al héroe. Pero abarcar con vivacidad lo que el autor ha querido decir en la obra, lo que tiene que sacrificar de su personal individualidad para hacer su papel de modo suficiente; cómo, mediante el propio convencimiento de que se es otra persona, se llega igualmente a convencer al espectador; cómo, mediante la verdad interna de la fuerza del juego escénico, se transforman estas tablas en temple, y en bosques estos lienzos, es cosa dada a muy pocos. Esta íntima capacidad del espíritu, sólo con la cual se engaña al espectador; esta verdad ficticia, que es lo único que produce efecto, lo único que produce la ilusión, ¿quién tiene algún concepto de ella? Dejémonos, por tanto, de insistir demasiado sobre el espíritu y el sentimiento. El medio más seguro es explicarles primero con toda calma a nuestros amigos el sentido de la letra de la obra y abrir su inteligencia. Quien tenga disposiciones para ello se lanzará al punto hacia un modo de expresión espiritual y emocionante; y quien no las posea no representará ni recitará siquiera de un modo totalmente falso. Entre los cómicos, lo mismo que en general entre toda la gente, no he encontrado nunca vanidad peor que la de pretender brillar por el espíritu mientras no se conoce la letra de un modo corriente y claro.

Capítulo VIII

Guillermo llegó muy temprano para el primer ensayo en el teatro y se encontró solo en la escena. Sorprendiole el local y evocó en él los recuerdos más singulares. La decoración de bosque y aldea alzábase en forma muy semejante a la del teatro de su ciudad natal; también había sido durante un ensayo cuando Mariana, una mañana, le había dado a conocer vivamente su amor y lo había prometido la primer noche dichosa. Las casas de aldea parecíanse en la escena a las que se encuentran por el campo, y un verdadero sol matinal, penetrando por una entreabierta hoja de ventana, bañaba una parte del banco mal asegurado al lado de la puerta; sólo que, por desgracia, esta vez no iluminaba como entonces el regazo y el pecho de Mariana. Sentose en aquel asiento, pensó en la asombrosa concordancia, y creyó presentir que acaso muy pronto volvería a verla en tal sitio. ¡Ay!, pero la verdad no era otra sino que el sainete al cual aquella decoración correspondía representábase entonces con mucha frecuencia en la escena alemana.

Perturbole, en estas reflexiones, la llegada de los restantes cómicos, que fueron arribando, con los cuales entraron también dos amigos de entre bastidores que saludaron a Guillermo con entusiasmo. El uno estaba, hasta cierto punto, al servicio de madama Melina; pero el otro era un puro amante del arte dramático, y ambos de la clase de las amistades que debe desearse toda compañía de cómicos. No podría decirse qué cosa dominaba en ellos, si el conocimiento o el amor hacia el teatro. Lo amaban demasiado para conocerlo bien; lo conocían lo bastante para apreciar lo bueno y rechazar lo malo. Pero, dada su afición, no les era insoportable lo mediano, y era indecible el delicioso goce que experimentaban ante lo bueno, disfrutando también de ello con la esperanza y el recuerdo. Divertíales la parte mecánica del teatro, encantábales la espiritual, y su afición era tan grande, que hasta un ensayo fragmentario producía en ellos cierta especie de ilusión. Los defectos sólo se les presentaban al considerar las cosas desde lejos; lo bueno los conmovía como objeto inmediato. En una palabra: eran aficionados tales como cada artista desearía encontrarlos para admirar sus trabajos. Su paseo favorito era el ir de entre bastidores a la sala y de la sala a entre bastidores; su residencia más agradable, el cuarto de los actores; su ocupación más asidua, mejorar algo en el gesto, el traje, el recitado y la declamación de los cómicos; su conversación más viva, tratar de los efectos que se habían logrado, y su esfuerzo permanente procurar que el cómico se mantuviera atento, exacto y cuidadoso, hacerle algún regalo o proporcionarle algún placer y, sin prodigalidad, procurar diversas alegrías a los actores. Ambos habían adquirido el derecho exclusivo de asistir en el teatro a los ensayos y representaciones. En lo que afecta a la ejecución del Hamlet, no en todos los puntos estuvieron de acuerdo con Guillermo; cedió éste en algunos, pero en general sostuvo su opinión, y, en conjunto, su conversación sirvió mucho para la formación de su gusto. Mostró a ambos amigos cuánto los apreciaba, y ellos, por su parte, predijeron que sus comunes esfuerzos serían nada menos que el comienzo de una nueva época para el teatro alemán.

Fue muy útil la presencia de estas dos personas durante los ensayos. En especial, convencieron a nuestros cómicos de que al ensayar tenían que reunir siempre con sus palabras el gesto y la acción, tal como pensaban al representar, relacionándolo todo mecánicamente por medio de la costumbre. Singularmente con las manos, no debe permitirse en el ensayo de una tragedia gesto alguno que sea vulgar; dábales siempre miedo un actor trágico que sorbe tabaco durante el ensayo, pues muy verosímilmente al llegar la representación echaría de menos su pulgarada llegado aquel pasaje. Hasta sostenían que

nadie debe ensayar calzado con botas un papel que ha de representar con zapatos. Pero aseguraban que nada les dolía tanto como el que las damas, en los ensayos, escondieran las manos entre los pliegues de su falda.

Fuera de ello, logrose además otra buena cosa con las exhortaciones de estos hombres, y fue que todo el personal masculino aprendiera a ejercitarse en el manejo de las armas. «Como se presentan tantos papeles militares -dijeron-, nada resulta más apenador que el ver circular por la escena, con uniformes de capitanes y comandantes, a personas que no muestran ninguna disposición militar».

Guillermo y Laertes fueron los primeros que se sometieron a la enseñanza de un suboficial, y desde entonces prosiguieron con mayor celo sus ejercicios de esgrima.

Todo este trabajo se tomaban estas dos personas para la educación de una compañía que tan dichosamente había llegado a reunirse. Cuidaban de la futura satisfacción del público, entreteniéndose por el momento con el ejercicio de su franca afición. No se sabía cuántos motivos había para estarles agradecido, sobretodo porque no desatendían el insistir frecuentemente con los comediantes sobre la cuestión capital de que su deber era, en primer término, el de hablar distintamente y claro. Encontraron para ello más resistencia y mala voluntad de la que habían pensado en un principio. La mayor parte pretendían ser entendidos tal como hablaban y pocos se molestaban para hablar de modo que pudiera entendérseles. Algunos achacaban la culpa al edificio; otros decían que no se puede gritar cuando hay que hablar con naturalidad, intimidad o ternura.

Nuestros aficionados, que poseían una increíble paciencia, trataron por todos los medios de disipar este error, de triunfar de esta obstinación. No economizaron razones ni lisonjas, y alcanzaron, por último, su objeto, para lo cual les ayudó muy en especial el buen ejemplo de Guillermo. Rogoles éste que durante los ensayos se sentaran en los rincones más apartados, y tan pronto como no entendieran perfectamente lo que decía, pegaran en el asiento con una llave. Él articulaba bien, pronunciaba mesuradamente, iba elevando su tono de modo gradual y no se desgañitaba ni en los pasajes más violentos. A cada ensayo oíanse cada vez menos veces los golpes de las llaves; poco a poco fueron sometiéndose los otros actores a la misma operación y podía esperarse que, por fin, la obra lograría ser entendida de todo el mundo desde todos los rincones de la sala.

Vese, por este ejemplo, cuánto les gusta a los hombres perseguir sus fines desde su modo de ser personal solamente; lo necesario que es hacerles comprensible lo que en realidad se entiende por sí mismo, y lo difícil que es lograr que aquel que quiera realizar alguna cosa llegue al conocimiento de las primeras condiciones sólo con las cuales es posible la consecución de su propósito.

Capítulo IX

Proseguíanse haciendo los necesarios preparativos de decoraciones, trajes y todo lo demás que era necesario. Respecto a algunas escenas y pasajes, tenía Guillermo caprichos

especiales, a los que accedió Serlo, en parte por respeto a su contrato y en parte por convencimiento y por esperar que con estas complacencias iría apoderándose más de Guillermo y lo dirigiría tanto más fácilmente, en adelante, según sus puntos de vista.

Así, por ejemplo, en la primera audiencia, el rey y la reina debían aparecer sentados en el trono, los cortesanos a ambos lados y Hamlet confundido en medio de ellos.

-Hamlet -dijo- tiene que permanecer tranquilo; ya su traje negro lo diferencia suficientemente. Más bien tiene que tratar de esconderse que de mostrarse en primer término. Sólo cuando queda terminada la audiencia, cuando el rey habla con él como con un hijo, es cuando debe adelantarse y dar plenamente su curso a la escena.

También presentaron gran dificultad los dos retratos a los que se refiere Hamlet de modo tan violento en la escena con su madre.

-Ambos tienen que ser visibles para mí -dijo Guillermo-, de tamaño natural, al fondo de la estancia, junto a la puerta principal, y el viejo rey tiene que aparecer completamente armado, tal como lo estará el fantasma, y penderá hacia el lado por donde éste haya de presentarse. Deseo que la figura tienda su mano derecha en actitud de mando, que esté algo de medio lado y mire como por encima del hombro, a fin de que se asemeje totalmente al espectro en el momento en que sale por la puerta. Producirá gran efecto si en aquel instante Hamlet mira al fantasma y la reina al cuadro. El padrastro puede presentarse con regios arreos, pero será menos visible que el otro cuadro.

Surgieron así otras varias cuestiones de las que acaso tengamos ocasión de hablar.

-¿Aún exige usted despiadadamente que Hamlet tenga que morir al fin de la obra? -preguntó Serlo.

-¿Cómo puedo dejarlo con vida -dijo Guillermo-, ya que toda la obra lo empuja hacia la muerte? Hemos hablado ya extensamente sobre ello.

-Pero el público desea que viva.

-Cumpliré gustoso cualquier otra voluntad suya, pero por esta vez es imposible. También desearíamos que un hombre útil y bueno, que perece de una enfermedad crónica, siguiera viviendo largo tiempo. La familia llora y conjura al médico para que se lo conserve; y lo mismo que éste no puede resistirse a una necesidad natural, tampoco nosotros podemos ser señores de una manifiesta necesidad artística. Es una falsa condescendencia hacia la muchedumbre el fomentar en ella los sentimientos que quiere tener y no los que debe tener.

-El que trae el dinero puede pedir una mercancía a su gusto.

-Hasta cierto punto; pero un gran público merece que se le respete, que no se le trate como a niño a quien se quiere estafarle su dinero. Llévesele poco a poco, mediante lo bueno, a que tenga comprensión y gusto por lo bueno y dará su dinero con doblado placer,

porque su espíritu y hasta su razón no tendrán que reprocharle nada por esto gasto. Puede lisonjeársele como a un niño querido, pero para hacerlo mejor y para que comprenda el porvenir, no como a una persona distinguida y acaudalada a quien se quiere explotar para eternizarlo en el error.

Trataron en esta forma de otras muchas cuestiones que, en especial, se referían al tema de lo que aún sería lícito cambiar en la obra y lo que tendría que permanecer intacto. No nos engolfaremos más en ello, sino que quizás algún día presentaremos un nuevo arreglo del Hamlet a aquel grupo de nuestros lectores que acaso pueda interesarse por tal cuestión.

Capítulo X

Estaba terminado el ensayo general; había durado desmesurado tiempo. Serlo y Guillermo encontraron todavía muchas cosas que arreglar, pues a pesar del largo espacio empleado en los preparativos, muchas disposiciones necesarias habían sido aplazadas hasta el último momento.

Así, por ejemplo, aún no estaban terminados los retratos de los dos reyes, y la escena entre Hamlet y su madre, de la que se esperaba tan gran efecto, resultó muy pobre, ya que no estuvieron presentes en ella ni el fantasma ni su pintada imagen. Serlo bromeó con este motivo y dijo:

-Nos veríamos en un gran compromiso si el espectro permaneciera ausente, si los soldados de la guardia combatieran realmente con el aire y nuestro apuntador tuviera que suplir desde entre bastidores las réplicas del fantasma.

-No espantemos con nuestra incredulidad a ese maravilloso amigo -repuso Guillermo-; vendrá seguramente a la debida hora y nos sorprenderá tanto a nosotros como a los espectadores.

-Lo indudable -exclamó Serlo- es que estaré bien contento mañana cuando esté ya terminada la representación de la obra, nos pone en mayores aprietos de lo que hubiera yo imaginado.

-Pero nadie en el mundo se quedará más contenta que yo cuando la función esté acabada -replicó Filina-, por muy poco que mi papel me preocupe. Porque mi paciencia no basta para oír hablar eternamente de una única cosa, de la cual, no obstante, sólo resultará una representación de teatro, que será olvidada, como tantos otros centenares de funciones dramáticas. ¡En el nombre de Dios, no arméis tantos embrollos! Los convidados que se levantan de la mesa siempre tienen algo que decir acerca de cada uno de los manjares; hasta si se les oye hablar en su casa, apenas es comprensible para ellos cómo han podido soportar suplicio semejante.

Permita usted, hermosa niña, que utilice en provecho propio su comparación -repuso Guillermo-. Piense usted en todo lo que han tenido que crear en común la naturaleza y el

arte, el comercio y la industria, hasta que puede ser servido un banquete. Cuántos años tuvo que pasar el ciervo en el bosque, el pez en el río o en el mar, hasta que es digno de aparecer en nuestra mesa, y lo que han tenido que hacer en la cocina la cocinera y la señora de la casa. Con qué dejadez se engulle a los postres, como si fuera la cosa más corriente, el fruto del trabajo del lejano viñador, del marino y del bodeguero. Por tal motivo, ¿no deberán trabajar, crear y producir tales cosas los hombres, y el señor de la casa no deberá reunir y conservar todo aquello porque, en resumidas cuentas, su disfrute sea sólo transitorio? Pero ningún goce es transitorio, pues la impresión que deja es permanente, y lo que se ha realizado con aplicación y esfuerzo comunica al espectador una oculta fuerza de la que no sabemos hasta dónde llegará su actuación.

-Todo eso me es indiferente -repuso Filina-; lo único que me importa es que también esta vez observo que los hombres están siempre en contradicción consigo mismos. Con todos vuestros escrúpulos de conciencia para no mutilar al gran autor, dejáis fuera de la obra su más hermoso pensamiento.

-¿El más hermoso? -exclamó Guillermo.

-El más hermoso, indudablemente; el propio Hamlet se ufana de él.

-¿Cuál es? -exclamó Serlo.

-Si tuviera usted una peluca -repuso Filina- se la quitaría con toda delicadeza, pues parece necesario abrirle las ventanas de la inteligencia.

Los restantes reflexionaban sobre ello, y quedó interrumpida la conversación. Habíanse levantado, era ya tarde, parecían dispuestos a separarse. En el instante que permanecieron sin saber qué hacer, Filina comenzó a cantar una cancioncilla, con una melodía muy linda y agradable:

No cantéis con lúgubre acento la soledad de la noche, no; la noche, hermosas damas, fue hecha para la compañía.

Igual que la mujer le fue dada al hombre como su mitad más bella, es la noche media vida y sin duda su mitad más hermosa.

¿Podéis celebrar el día, que no hace más que interrumpir delicias? Es bueno para distraerse, pero no sirve para otra cosa.

Mas en las nocturnas horas, cuando difunde dulce crepúsculo la lámpara, y de una boca se derraman bromas y ternezas en la vecina boca; cuando el raudo y retozón Amor, que suele precipitarse salvaje y fogoso, se detiene, por el contrario, en leves juegos para alcanzar el más pequeño don; cuando el tierno ruiseñor entona su cancioncilla para los enamorados, que suena como ayes y lamentos en los oídos del prisionero y afligido, ¿con

qué dulce palpitar del corazón no oís al reloj, que promete seguridad y reposo con doce discretas campanadas?

Por ello, alma mía, aprende bien esto en la larga jornada diurna: cada día tiene su trabajo y su placer cada noche.

Hizo una ligera cortesía cuando hubo terminado, y Serlo le gritó un estrepitoso «¡Bravo!». Ella corrió hacia la puerta y huyó riéndose a carcajadas. Oyosela cantar por la escalera abajo y taconear con sus chinelas.

Serlo pasó al cuarto inmediato y Aurelia permaneció aún algunos momentos delante de Guillermo, que le daba las buenas noches, y ella le dijo:

-¡Qué odiosa me es esta persona! ¡Odiosa hasta lo más profundo de mi ser! ¡Hasta en los más pequeños detalles! No puedo soportar estas cejas obscuras unidas a una rubia cabellera, cosa que mi hermano encuentra tan encantadora, y la cicatriz en la frente es para mí algo tan repulsivo y bajo, que siempre, al verla, querría retirarme diez pasos. Refirió recientemente, como por broma, que durante su niñez su padre le arrojó un plato a la cabeza, a consecuencia de lo cual lleva esa marca. Es conveniente que esté así señalada en los ojos y la frente, para que todos se protejan contra ella.

Guillermo no respondía palabra, y prosiguió Aurelia, mostrando todavía mayor indignación:

-Me es casi imposible dirigirle una expresión cortés, dado lo que la detesto, y, sin embargo, ¡es tan aduladora! Me gustaría que nos viéramos libres de ella. También usted, amigo mío, siente cierta complacencia ante esta criatura y concede a sus ademanes, que me ofenden en lo más profundo del alma, una atención que casi limita con la estima, y que, ¡vive Dios!, no merece.

-Sea como quiera, le debo reconocimiento -repuso Guillermo-; puede censurarse su conducta, pero tengo que hacer justicia a su carácter.

-¡Carácter! -exclamó Aurelia-. ¿Cree usted que tal criatura puede tener un carácter? ¡Oh! En eso los reconozco a ustedes los hombres. ¡Merecen tales mujeres!

-¿Sospechará usted algo malo, querida amiga? -replicó Guillermo-. Puedo darle cuenta de cada minuto pasado con ella.

-Bueno, bueno -dijo Aurelia-; es tarde y no vamos a disputar. Todos igual a cada uno, cada uno igual a todos. Buenas noches, amigo mío; buenas noches, mi linda ave del paraíso.

Guillermo preguntó cómo le daba aquel título honorífico.

-Otra vez se lo explicaré -repuso Aurelia-, otra vez se lo explicaré. Dícese que no tienen patas, flotan en el aire y se alimentan del éter. Pero eso es una fábula -prosiguió-, una ficción poética. Buenas noches. Sueñe usted con algo bien hermoso, si tiene esa suerte.

Retirose a su habitación y lo dejó solo; corrió él a la suya.

Casi de mal humor, paseose de un extremo a otro. El tono burlón, pero enérgico, con que le había hablado Aurelia habíale ofendido; sentía, en lo profundo, cuán injusta era con él. No podía mostrarse ingrato ni descortés con Filina; no había cometido ninguna falta con respecto a él, y, además, sentíase tan alejado de toda amorosa inclinación hacia ella, que, con todo orgullo y seguridad, podía confesárselo a sí propio.

Hallábase precisamente a punto de desnudarse, de ir hacia su lecho y descorrer las cortinas, cuando, con gran asombro, descubrió delante de la cama un par de pantuflas de mujer: una de pie, la otra acostada. Eran las chinelas de Filina, muy conocidas para él; también creyó notar que estaban desordenadas las cortinas y hasta le pareció que se movían; detúvose y miró hacia la cama con inmóvil mirada.

Una nueva emoción, que tomó por enojo, vino a quitarle el aliento, y al cabo de breve pausa, durante la cual se hizo dueño de sí, exclamó sereno:

-¡Levántese usted, Filina! ¿Qué significa esto? ¿Dónde está su cordura y buena conducta? ¿Hemos de ser mañana fábula de toda la casa?

Nada se movió.

-No lo digo por broma -prosiguió-; estas provocaciones son trabajo perdido conmigo.

Ni una voz, ni un movimiento.

Resuelto y disgustado, acercose, por fin, a la cama y abrió las cortinas.

-Levántese usted -dijo-, si no quiere que le deje la habitación por esta noche.

Con gran asombro, encontró vacía la cama; las almohadas y mantas estaban en el orden más perfecto. Miró en torno suyo, buscó, registró por todas partes y no encontró huella de la artera. No se veía nada. Detrás de la cama, de la estufa, del armario; buscó con diligencia cada vez mayor; un espectador malicioso habría llegado a creer que buscaba para encontrar.

El sueño no se presentaba; colocó las chinelas sobre la mesa y marchó de una esquina a otra de la habitación, parándose a veces delante de la mesa, y un espíritu malicioso que lo vigilaba asegura que gran parte de la noche estuvo pendiente de aquel lindo calzado; que lo contemplaba son interés, lo cogía, jugaba con él, y sólo hacia la mañana se tendió vestido en el lecho, donde se adormeció en medio de las más extrañas fantasías.

Aún dormía realmente, cuando entró Serlo y exclamó:

-¿Dónde está usted? ¿Aún en la cama? ¡Imposible! Le he buscado a usted en el teatro, donde todavía quedan por hacer muchas cosas.

Capítulo XI

La mañana y la tarde transcurrieron veloces. La sala estaba ya llena y Guillermo se apresuraba a vestirse. No podía, en aquel momento, ponerse aquel disfraz con el aplomo con que lo había hecho la primera vez que se lo había probado; procuró estar vestido en un momento. Cuando se presentó ante las damas en el saloncillo del teatro, todas exclamaron como a una sola voz que nada le sentaba como era debido; el hermoso penacho se hallaba fuera de su sitio, la hebilla no ajustaba; comenzaron otra vez a descoser, a coser, a poner las cosas en su sitio. Había empezado la sinfonía; Filina tenía algo que criticar en el cuello y Aurelia mucho que arreglar en los pliegues de la capa.

-Dejadme, criaturas -exclamó él-; esta negligencia me convertirá en un verdadero Hamlet.

Las damas no lo soltaron y continuaron componiéndolo. Había terminado la sinfonía y comenzado la obra. Contemplose Guillermo en el espejo, calose el sombrero sobre los ojos y renovó la pintura de su rostro.

En aquel momento alguien entró precipitadamente, gritando:

-¡El fantasma! ¡El fantasma!

En todo el día no había tenido vagar Guillermo para pensar en la gran preocupación de si vendría o no vendría el fantasma. Ahora se veía totalmente libre de ella y podía confiar en el auxiliar más extraño. Llegó el director de escena y preguntó algunas cosas; Guillermo no tuvo tiempo para buscar con los ojos al espectro, y corrió a situarse junto al trono, donde ya el rey y la reina, rodeados de su corte, resplandecían con toda magnificencia; sólo oyó las palabras de Horacio que hablaba muy turbado de la aparición del fantasma y casi parecía haber olvidado su papel.

Alzose el telón y Guillermo vio delante de sí toda la sala. Después que Horacio hubo recitado su parlamento y acabado lo que tenía que tratar con el rey, acercose a Hamlet y, como si se presentara al príncipe, le dijo.

-El diablo está dentro de la coraza. A todos nos ha hecho huir llenos de miedo.

Mientras tanto, sólo se veían entre bastidores dos hombres altos con blancas capas y capuchas, y Guillermo, en la distracción, inquietud y aturdimiento de su primer monólogo, que creía haber recitado mal, aunque su salida había sido acompañada de vivos aplausos, presentose en una situación de verdadero malestar en la escalofriante y dramática escena de la noche de invierno. Pero hízose dueño de sí y pronunció con la conveniente indiferencia

el pasaje, traído tan en su punto, sobra la afición a la bebida de los pueblos del Norte; olvidose con él, como los espectadores, de la existencia del espectro, y espantose realmente cuando exclamó Horacio:

-¡Miradlo, allí viene!

Volviose con violencia, y la elevada y noble figura, sus pasos apenas perceptibles, sus fáciles movimientos bajo la pesada armadura hicieron en él tan fuerte impresión, que quedó como petrificado y sólo pudo exclamar con voz ahogada «¡Ángeles y espíritus celestes, protegednos!» Contempló fijamente la aparición, respiró profundamente algunas veces y dirigiole la palabra al espectro de un modo tan confuso, descompuesto y forzado, que el arte más perfecto no lo hubiera podido expresar de modo tan excelente.

Su traducción de aquel pasaje sirviole mucho para ello. Habíase mantenido lo más cerca posible del original, cuyas frases le parecían expresar de un modo único el estado de ánimo de una persona sorprendida, espantada y llena de horror.

-Ya seas un buen espíritu o ya un trasgo maldito, ya traigas contigo celestiales aromas o vapores del infierno, ya sea buena o mala tu intención, llegas a mí bajo una venerable forma y al hablarte te llamo Hamlet, rey y padre. ¡Oh, respóndeme!

Observose entre el público el efecto más vivo. El espectro hizo una seña y el príncipe lo siguió en medio de los más ruidosos aplausos.

Mudose la escena, y cuando llegaron al lugar apartado, el espectro se detuvo inesperadamente y se volvió en forma que Hamlet vino a encontrarse demasiado cerca de él. Con curiosidad y anhelo, miró al punto Guillermo por entre la cerrada visera, pero sólo pudo descubrir unos hundidos ojos a los lados de una nariz bien formada. Acechándolo temeroso, mantúvose delante de él; sólo que cuando brotaron del yelmo los primeros acentos, cuando una voz sonora, aunque un poco ruda, dejó oír las palabras: «Soy el espíritu de tu padre», Guillermo se hizo atrás, estremecido, y todo el público sintió también aquel estremecimiento. Aquella voz pareciole conocida a todo el mundo y Guillermo creyó notar semejanza con la voz de su padre. Estos extraños sentimientos y recuerdos, la curiosidad por descubrir al singular amigo y el cuidado de no ofenderlo, y hasta la inconveniencia cometida de haberse acercado demasiado a él en la escena, impulsaban a Guillermo a marchar hacia atrás. Durante la larga relación del espectro cambió tantas veces de postura, pareció tan irresoluto y vacilante, tan atento y tan distraído, que su modo de representar produjo general admiración, lo mismo que el fantasma general espanto. Este hablaba con un profundo sentimiento, más bien de enojo que de queja, pero era un enojo espiritual, lento y de ultratumba. Era la desazón de un alma grande que está separada de todo lo terreno y sin embargo sucumbe a dolores sin límites. Por último, desapareció el espectro, pero de modo muy extraño, pues hubo un ligero velo, gris y transparente, que, como un vapor, pareció elevarse de lo profundo, se tendió sobre él y lo llevó consigo.

Entonces reaparecieron los amigos de Hamlet y juraron sobre la espada. Pero el viejo topo trabajaba de tal modo debajo de la tierra, que, dondequiera que se colocaran, siempre les gritaba desde debajo de sus pies: «¡Jurad!» Y ellos, como si el suelo les hubiera

quemado, corrían rápidamente de uno a otro sitio. También cada vez, cualquiera que fuera el sitio en que se encontraban, brotaba del suelo una llamita, que aumentó el efecto y dejó en todos los espectadores la impresión más profunda.

De este modo siguió inalterablemente su curso la tragedia; nada resultó mal; todo tuvo éxito; el público mostraba su contento; el placer y los ánimos de los comediantes parecían acrecerse de escena en escena.

Capítulo XII

Cayó el telón y los aplausos más vivos resonaron en todos los lugares de la sala. Los cuatro regios muertos se alzaron temblorosos y se abrazaron con alegría. Polonio y Ofelia salieron también de sus sepulturas y todavía oyeron con gran placer cómo Horacio, al adelantarse para anunciar la futura representación, fue acogido con violento batir de palmas. No querían dejarle anunciar ninguna otra obra, sino que se deseaba impetuosamente la repetición de la de aquel día.

-Hemos ganado -exclamó Serlo-; por el día de hoy no tratemos de ninguna cosa sensata. Todo depende de la primera impresión. Nadie debe tomar a mal que ningún cómico sea previsor y caprichoso en su debut.

Llegó el taquillero y presentole copiosos ingresos.

-Hemos debutado bien -añadió-, y los prejuicios nos auxiliarán. ¿Dónde está la prometida cena? Tenemos hoy derecho a regalarnos con ella.

Habían convenido en que permanecerían juntos aquella noche con sus trajes de teatro y que se ofrecerían a sí mismos con una fiesta. Guillermo habíase encargado del local y madama Melina había cuidado de la comida.

Una cámara, en la que de ordinario se pintaban las decoraciones, había sido limpiada del mejor modo posible, habían puesto alrededor decorados diversos, y ornada de aquel modo, casi parecía un jardín con una columnata. Al entrar deslumbrose la compañía por el resplandor de muchas luces, que, en medio de los vapores de los más dulces perfumes, de que no habían sido avaros, prestaban solemne aspecto a una mesa bien servida y adornada. Alabáronse tales preparativos con grandes exclamaciones y se sentaron a la mesa de modo ceremonioso; parecía como si una real familia celebrara una reunión en el reino de los espíritus. Guillermo se colocó entre Aurelia y madama Melina; Serlo, entre Filina y Elmira; nadie estaba descontento de sí mismo ni del puesto que ocupaba.

Los dos aficionados al teatro, que también se habían reunido con los cómicos, aumentaron la dicha de la compañía. Durante la representación habían pasado varias veces al escenario y no tenían palabras bastantes para expresar su satisfacción y la del público; pero ahora entraron en detalles; cada cual recibió su abundante ración de elogios.

Con increíble vivacidad realzose un merecimiento a continuación de otro, un pasaje tras el otro. El apuntador, que estaba modestamente sentado a un extremo de la mesa, recibió grandes alabanzas por su rudo Pirro; no podían ponderar bastante el modo como Hamlet y Laertes habían ejecutado sus ejercicios de esgrima; la aflicción de Ofelia había sido noble y digna sobre toda expresión, y no había modo de alabar suficientemente el modo de representar de Polonio; cada uno de los presentes oyó su elogio en boca de los otros y en la de los aficionados.

Pero tampoco fue privado de su parte de admiración y elogios el ausente espectro. Había recitado su papel con profundo sentido y la voz más apropiada, y asombrábanse muy en especial de que pareciera estar enterado de todo lo que había ocurrido en la compañía. Asemejábase plenamente al retrato, como si hubiera posado ante el artista, y los aficionados no se cansaban de alabar lo espantoso que había resultado en el momento en que se había acercado a su retrato y había pasado por delante de su imagen. Verdad e ilusión habíanse confundido del más extraño modo, y el público había estado realmente convencido de que la reina sólo había visto una de las dos figuras. Con este motivo, madama Melina fue felicitada porque en aquel momento había mirado fijamente hacia el retrato, colgado en alto, mientras que Hamlet le señalaba en tierra hacia el espectro.

Informáronse de cómo había podido deslizarse el fantasma dentro del escenario, y súpose por el administrador del teatro que, aquella noche, una puerta de atrás, que en general estaba siempre cubierta con decoraciones, había quedado libre por ser necesario usar la sala gótica. Por ella habían entrado dos figuras con capas blancas y capuchones tan iguales que no era posible distinguir una de otra, y por el mismo procedimiento habrían vuelto probablemente a marcharse después de terminado el tercer acto.

Serlo alabó especialmente al fantasma por no haber lloriqueado cobardemente, y hasta por haber añadido al final, para inflamar el valor de su hijo, un pasaje que convenía mejor a un gran héroe. Guillermo lo había conservado en la memoria y prometió añadirlo al manuscrito.

En la alegría del banquete, no habían notado que faltaban los niños y el arpista; pero pronto se presentaron de modo muy grato, pues entraron los tres juntos, vestidos de modo muy pintoresco; Félix tocaba el triángulo, Mignon la pandereta y el viejo tocaba al caminar la pesada arpa que llevaba colgada del cuello. Dieron vuelta a la mesa y cantaron diversas canciones. Dióseles de comer, y los invitados creyeron hacer bien a los niños sirviéndoles todo el vino dulce que quisieron beber; pues los propios cómicos no habían economizado las preciosas botellas que como regalo de los aficionados al teatro habían llegado aquella noche en algunos cestos. Los niños siguieron saltando y cantando, y, en especial Mignon, mostrábase tan gozosa como jamás la había visto nadie. Tocaba la pandereta con toda la posible gracia y vivacidad, ya haciendo resbalar apretadamente el dedo sobre la piel para hacerla zumbar, ya golpeándola con el revés de la mano y los nudillos, ya, con diversos ritmos cambiantes, batiendo el pergamino con la rodilla o la cabeza, ya sacudiendo el instrumento para que sólo se oyeran las sonajas, arrancando de este modo sonidos muy diversos del más sencillo de los artefactos musicales. Después de haber hecho ruido mucho tiempo sentáronse en un sillón que había sido conservado vacío a la mesa, frente a Guillermo.

-Quitaos de ese sitio -exclamó Serlo-; está destinado para el fantasma; si viene, podéis pasarlo mal.

-No le tengo miedo -exclamó Mignon-; si viene, nos levantaremos. Es mi tío, y no me hará daño.

Nadie podía comprender estas palabras sino sólo el que supiera que había llamado «gran diablo» a su padre supuesto.

Los cómicos se miraron unos a otros y fortaleciose aún más la sospecha de que Serlo sabía bastante de la aparición del espectro. Charlose y bebiose y las muchachas miraban de cuando en cuando temerosamente hacia la mesa.

Los niños, sentados en el gran sillón en forma que sólo aparecían sobre el borde de la mesa como polichinelas fuera de su caja, comenzaron a representar una escena propia de tales. Mignon imitaba muy bien la lengua estropajosa de tal personaje, y, por último, chocaron de tal modo sus cabezas una contra otra y contra la tabla de la mesa, que realmente sólo hubieran podido resistirlo muñecos de madera. Mignon estaba contenta hasta el delirio, y los cómicos, que al principio se habían reído con aquella broma, tuvieron, por último, que ponerle término. Pero de poco sirvieron las amonestaciones, pues ella se levantó saltando como una loca y, con su pandereta en la mano, corrió en torno a la mesa. Flotaba su cabellera, y con la cabeza echada hacia atrás, y todos sus miembros, que semejaban estar en el aire al propio tiempo, parecíase a una de esas Ménades, cuyas actitudes salvajes y casi imposibles, con tanta frecuencia nos llenan de asombro en los antiguos monumentos.

Animados por el talento de los niños y su estruendo, cada cual trató de hacer algo para divertir a la compañía. Las damas cantaron algunos cánones, Laertes imitó al ruiseñor y el pedante dio un concierto, pianísimo, de birimbao. Entretanto, vecinos y vecinas jugaban a toda suerte de juegos, en los que encontraban y mezclaban las manos, y varias parejas no dejaron de expresar tiernas esperanzas. En especial madama Melina parecía no poder ocultar una viva inclinación hacia Guillermo. Eran ya las altas horas de la noche, y Aurelia, que casi era la única que conservaba dominio sobre sí, levantándose de la mesa exhortó a los otros a que se separaran.

Aun en el momento de la despedida obsequiolos Serlo con un fuego de artificio, imitando con la boca, de modo casi incomprensible, el ruido de los cohetes, voladores y ruedas de fuego. Sólo se necesitaba cerrar los ojos y la ilusión era completa. Mientras tanto, habíase levantado todo el mundo, y los caballeros tendían el brazo a las damas para llevarlas a su casa. Guillermo salió el último con Aurelia. En la escalera encontráronse con el administrador del teatro, que les dijo:

-He aquí el velo con el que desapareció el fantasma. Quedó enganchado en el escotillón y acabamos de encontrarlo.

-Maravillosa reliquia -exclamó Guillermo al recogerlo.

En aquel momento se sintió agarrado por el brazo izquierdo y experimentó muy vivo dolor al mismo tiempo. Mignon había quedado escondida, lo había agarrado y le había mordido en el brazo al hacerlo. Bajó a su lado la escalera y desapareció delante de ellos.

Cuando la reunión se encontró al aire libre, casi todo el mundo observó que por aquella noche habían gozado demasiado de las cosas buenas. Apartáronse unos de otros sin despedirse.

Apenas había llegado a su cuarto Guillermo, cuando arrojó las prendas de su vestido y se apresuró a acostarse después de haber apagado la luz. El sueño quería dominarle al instante, pero un rumor que pareció producirse en el cuarto, detrás de la estufa, hízole prestar atención. Precisamente flotaba entonces ante su acalorada fantasía la imagen del rey cubierto con su armadura; levantose para arengar al fantasma, cuando se sintió rodeado por unos tiernos brazos, cubierta su boca con violentos besos y sintió contra el suyo un pecho que no tuvo valor de rechazar.

Capítulo XIII

A la otra mañana Guillermo se despertó con una sensación desagradable y encontrose solo en su lecho. Sentía pesada la cabeza con los vapores de la víspera, no plenamente consumidos por el sueño, e inquietábale el recuerdo de la desconocida visita nocturna. Su primera sospecha dirigiose hacia Filina, pero parecíale no haber sido el suyo el cuerpo encantador que había estrechado entre sus brazos. En medio de vivas caricias, nuestro amigo habíase quedado dormido al lado de aquella extraña y silenciosa visitante, y ahora no le era posible descubrir ninguna otra huella de su paso. Levantose, y al ir a vestirse encontró que su puerta, que solía cerrar con cerrojo, sólo estaba arrimada, y no pudo acordarse de si la había cerrado la víspera debidamente.

Pero lo más sorprendente para él fue que descubrió el velo del fantasma tendido sobre su cama. Lo había traído consigo y él mismo probablemente lo habría arrojado donde se hallaba. Era un crespón gris en cuyo borde descubrió un letrero bordado con letras negras. Desplegó el velo y leyó estas palabras: «Por primera y última vez huye, huye, mancebo». Quedose sorprendido y no supo qué pensar de ello.

Justamente en aquel instante entró Mignon, trayéndole el desayuno. El aspecto de la niña lo llenó de asombro, y casi puede decirse que de espanto. Parecía haber crecido durante la noche; se presentaba con un aire elevado y noble y le miró muy gravemente a los ojos, en forma que él no pudo soportar su mirada. No se acercó a él como de costumbre, ya que solía estrecharle la mano y besarle las mejillas, la boca, un brazo o un hombro, sino que, después de haber puesto todas las cosas en su sitio, se retiró silenciosamente.

Había llegado la hora señalada para un ensayo leído; reuniéronse los cómicos, y todos estaban en mala disposición a causa de la fiesta de la víspera. Guillermo se esforzó cuanto pudo para no quebrantar ya desde el primer momento las máximas fundamentales

predicadas con tanta viveza. Su gran práctica vino en su auxilio; pues, en todo arte, práctica y costumbre tienen que llenar las lagunas que dejan con tanta frecuencia el genio y el capricho.

Pero realmente pudo comprobarse en este caso la verdad de la observación de que no debe comenzarse con una solemnidad ninguna situación que ha de durar mucho tiempo, que hasta debe llegar a ser propiamente un oficio y género de vida. Debe celebrarse sólo lo que ha sido llevado a término con felicidad; toda ceremonia hecha al principio consume el gusto y las fuerzas que sostienen el impulso y que debían prestarnos auxilio para una continuada labor. De todas las fiestas, la de las bodas es la que está más fuera de lugar; ninguna cosa debía ser comenzada con mayor silencio, humildad y esperanza que ésta.

La jornada siguió deslizándose de este modo y ninguna otra le había parecido tan vulgar a Guillermo. Por la noche comenzaron a bostezar en lugar de la acostumbrada conversación. Estaba agotado el interés por el Hamlet, y más bien encontraban desagradable el tener que representarlo por segunda vez al día siguiente. Guillermo mostró el velo del espectro; había que deducir de aquello que no volvería a presentarse. En especial era de esta opinión Serlo; parecía estar muy familiarizado con los enigmas de la singular figura; pero no había modo de explicarse las palabras «Huye, huye, mancebo». ¿Cómo podía estar de acuerdo Serlo, con alguien que parecía abrigar el propósito de alejar de él al más excelente actor de su compañía?

Fue entonces necesario confiar al gruñón el papel de fantasma y el de rey al pedante. Ambos declararon que los tenían ya estudiados, y no era milagro, pues después de tantos ensayos y tan largas disertaciones acerca de la obra, todos habían llegado a conocerla de modo que, en términos generales, habrían podido fácilmente cambiar de papeles. Sin embargo, ensayáronse con toda celeridad algunas cosas, y cuando se separaron, siendo ya bastante tarde, Filina dijo en voz baja al despedirse de Guillermo:

-Tengo que ir a buscar mis chinelas; espero que no correrás los cerrojos.

Estas palabras, cuando llegó a su cuarto, sumieron a Guillermo en bastante confusión, pues con ellas fortalecíase la sospecha de que había sido Filina el huésped de la noche última, y también nosotros nos vemos obligados a inclinarnos a esta opinión, en especial porque no podemos descubrir las causas que hacían vacilar a Guillermo y llegaban a inspirarle otra bien extraña sospecha. Lleno de intranquilidad, fue varias veces de un extremo a otro de su cuarto, y, en realidad, todavía no había corrido los cerrojos.

De repente precipitose Mignon en el cuarto, cogiolo por un brazo y exclamó:

-¡Meister, salva la casa! ¡Se quema!

Guillermo corrió hacia la puerta y oprimiole el pecho un humo espeso que bajaba por las escaleras de los pisos superiores. Ya se oían en la calle voces de fuego, y el arpista, con su instrumento en la mano, descendía sin aliento a través de la humareda. Aurelia salió precipitadamente de su cuarto y arrojó a Félix en los brazos de Guillermo.

-¡Salve usted al niño! -exclamó-. Nosotros nos ocuparemos de lo restante.

Guillermo, que no creía el peligro tan grande, pensó en penetrar primero hasta el foco del incendio para extinguirlo, a ser posible, en sus comienzos. Entregole el niño al anciano y ordenole que bajara por una escalera de caracol de piedra que comunicaba con el jardín por una pequeña galería abovedada y que permaneciera con los niños al aire libre. Mignon cogió una luz para alumbrarle. Guillermo rogó después a Aurelia que salvara sus efectos por el mismo camino. En cuanto a él, ascendió a través de los vapores; pero vanamente se expuso al peligro. La llama parecía avanzar desde la casa inmediata, y ya se había apoderado de las armaduras de los desvanes y de una escalera de madera; otras gentes, que corrían también para prestar socorro, sufrieron como él las llamas y humareda. Guillermo infundíales valor y pedía a gritos agua; conjurábales para que no cedieran terreno a las llamas sino paso a paso y les prometía permanecer con ellos. En aquel momento Mignon subió corriendo y exclamó:

-¡Meister, salva a tu Félix! ¡El viejo está loco! ¡El viejo lo mata!

Guillermo, sin reflexionar, bajó a saltos la escalera y Mignon le pisaba los talones.

Detúvose con espanto en los últimos peldaños que conducían a la galería abovedada. Ardían con claras llamas grandes haces de paja y leña que habían sido allí amontonados; Félix yacía en tierra, lanzando gritos; el viejo, apartado, apoyábase en la pared con la cabeza baja.

-¿Qué haces, desgraciado? -exclamó Guillermo.

El viejo guardó silencio; Mignon había levantado a Félix y lo arrastraba trabajosamente hacia el jardín, mientras que Guillermo se esforzaba por desparramar y extinguir el fuego; pero sólo lograba que se aumentaran la fuerza y vivacidad de las llamas. Por último, también él tuvo que correr al jardín con cejas y cabellos chamuscados, llevando consigo a través de las llamas al viejo arpista, que lo seguía de mala gana con la barba tostada.

Al punto Guillermo corrió por el jardín en busca de los niños. Encontrolos en el umbral de un alejado pabellón, y Mignon hacía todo lo posible para tranquilizar al pequeño. Guillermo lo sentó en sus rodillas, interrogolo, examinolo, y no pudo obtener de ambos ninguna explicación razonable.

Mientras tanto, el incendio había invadido poderosamente diversas casas e iluminaba toda la comarca. Guillermo reconoció al niño al rojo resplandor de las llamas; no pudo advertir ninguna herida, ninguna huella de sangre ni ninguna contusión. Le palpó todo su cuerpo sin que diera señal alguna de dolor; más bien iba poco a poco calmándose, y comenzaba a admirar las llamas y hasta celebraba con gritos el ver las hermosas vigas y jabalcones que ardían en fila como en una iluminación.

Guillermo no pensaba en los trajes ni en las demás cosas que podía haber perdido; sentía fuertemente lo queridas que eran para él aquellas dos criaturas humanas que veía libres de tan gran peligro. Estrechaba al pequeño contra su corazón con un sentimiento

completamente nuevo, y también quiso abrazar a Mignon con alegre ternura; pero ella lo rechazó dulcemente, le cogió la mano y se la oprimió con fuerza.

-Meister -dijo (hasta aquella noche nunca le había dado tal nombre, pues al principio había solido llamarle «señor» y después «padre»)-. Meister, nos hemos librado de un gran peligro. Tu Félix iba a perecer.

Gracias a muchas preguntas, supo por fin Guillermo que, cuando habían llegado a la bóveda, el arpista le había arrancado la luz de las manos y al punto había prendido fuego a la paja. Después había tendido a Félix en el suelo y con singulares ademanes había puesto las manos en la cabeza del niño y había sacado un cuchillo como si lo quisiera sacrificar. Ella se había lanzado sobre él y le había arrancado el arma de las manos, había gritado, y alguien de la casa, que llevaba algunos objetos al jardín para salvarlos, había venido en su auxilio, pero, en la gran confusión, había tenido también que retirarse, dejando solos al viejo y al niño.

Dos o tres casas se consumían lanzando grandes llamas. Nadie había podido salvarse saliendo hacia el jardín, a causa del incendio de la galería abovedada. Guillermo estaba intranquilo por sus amigos mucho más que por sus cosas. No osaba abandonar a los niños y veía que la desgracia iba siempre en aumento.

Pasó algunas horas en esta angustiosa situación. Félix se había dormido sobre sus rodillas, Mignon estaba tendida a su lado y le oprimía fuertemente la mano. Por fin, las disposiciones adoptadas habían puesto dique al fuego. Veníanse abajo los edificios incendiados; acercábase la mañana; los niños comenzaron a sentir frío, y hasta a él, vestido ligeramente, le era casi insoportable el rocío que caía. Los llevó hacia los restos del arruinado edificio, y junto a un montón de carbones y ceniza encontraron calor muy agradable.

El naciente día fue poco a poco reuniendo a todos los amigos y conocidos. Todo el mundo se había salvado, nadie había perdido demasiadas cosas.

Volvió a encontrarse el baúl de Guillermo, y, hacia las diez, Serlo los impulsó a ensayar el Hamlet, por lo menos algunas escenas cuyos actores habían cambiado. Con respecto a ello tuvo, además, algunas discusiones con la policía. Los eclesiásticos deseaban que, después de tan patente castigo celeste, debía permanecer cerrado el teatro, y Serlo afirmaba que, ya para reponerse de lo que había perdido aquella noche, ya para serenar los espantados ánimos, estaba más indicada que nunca la representación de una obra interesante. Prevaleció esta última opinión y llenose el teatro. Los cómicos representaron con extraño fuego y más pasión y libertad que la primera vez. Los espectadores, cuya sensibilidad había sido exaltada por las espantosas escenas nocturnas, y que por el fastidio de un día lleno de desagradables ocupaciones estaban aún más ansiosos de un entretenimiento interesante, poseían mayor receptividad para lo extraordinario. La mayor parte del público era gente nueva, atraída por la fama de la obra, y, por tanto, no podía establecer ninguna comparación con la primera noche. El gruñón representó totalmente según la manera del desconocido fantasma, y el pedante también había observado muy minuciosamente a su antecesor; por otra parte, su deplorable aspecto sirvió de mucho para

que en realidad Hamlet no careciera de motivo cuando, a pesar de su manto de púrpura y su cuello de armiño, lo trata de harapiento rey de trapo.

Acaso nunca había ascendido al trono monarca más singular, y aunque los otros, en especial Filina, se mofaban extremadamente de su nueva dignidad, hizo él observar que el conde, como gran aficionado, le había predicho, al primer golpe de vista, aquella y aun muchas otras cosas; por el contrario, Filina lo amonestaba para que tuviera humildad y aseguraba que, llegada la ocasión, le empolvaría las mangas de la casaca para que recordara la desgraciada noche del castillo y supiera llevar con modestia la corona.

Capítulo XIV

Habían buscado con toda celeridad nuevos alojamientos, y la compañía quedó con ello muy desperdigada. Guillermo habíale cobrado afecto al pabellón del jardín, junto al cual había pasado la noche; obtuvo fácilmente su llave y se instaló en él; pero como Aurelia estaba muy estrecha en su nueva residencia, Guillermo tuvo que conservar consigo a Félix, y tampoco Mignon quería abandonar al chicuelo.

Los niños habían ocupado una linda habitación en el primer piso; Guillermo habíase instalado en la sala de abajo. Durmiéronse las criaturas, pero Guillermo no podía encontrar reposo.

Junto al delicioso jardín, magníficamente iluminado en aquellos momentos por la recién salida luna llena, alzábanse las tristes ruinas, de las cuales, aquí y allí, todavía se elevaba alguna humareda; el aire era grato y la noche extraordinariamente bella. Al salir del teatro, Filina habíale tocado ligeramente al codo, susurrando algunas palabras que no había él logrado comprender. Estaba confuso y enojado y no sabía lo que debía esperar o hacer. Filina había evitado encontrarse con él durante algunos días y sólo aquella noche había vuelto a hacerle una indicación. Por desgracia, estaba ahora quemada la puerta que debía él dejar abierta y las chinelitas habíanse convertido en humo. No sabía cómo podría llegar la bella hasta el jardín, si tal era su propósito. No deseaba verla, y, sin embargo, le habría gustado tener algunas explicaciones con ella.

Pero lo que le pesaba más gravemente sobre el corazón era la suerte del arpista, que no había vuelto a ser visto desde aquella noche. Temía Guillermo que lo encontraran muerto entre los escombros, al limpiar los solares. Ante todo el mundo había ocultado Guillermo sus sospechas de que fuera el viejo culpable del incendio. Pues él había sido el primero que bajó de los incendiados y humeantes desvanes, y su desesperación en la bóveda del jardín parecía consecuencia de un gran acaecimiento desdichado. Sin embargo, llegó a ser probable, en vista de las investigaciones que al punto hizo la policía, que el incendio no se hubiera producido en la casa que habitaban, sino en una de más lejos, y que se hubiera propagado deslizándose bajo los tejados.

Sentado en un cenador meditaba en todas estas cosas Guillermo, cuando oyó que alguien se deslizaba por una carrera inmediata. Reconoció al arpista por el triste canto que comenzó

a sonar en el mismo momento. La canción, que logró entender muy bien, expresaba el consuelo de un desgraciado que se siente próximo a la locura. Por desgracia, Guillermo sólo conservó en la memoria su última estrofa.

Iré de puerta en puerta, presentareme silencioso y prudente, manos piadosas me tenderán el sustento y seguiré mi marcha. Todos se tendrán por dichosos al compararse con mi imagen; derramarán lágrimas al verme y yo no comprenderé el motivo de su llanto.

Diciendo estas palabras, había llegado a una puertecilla del jardín que daba a una apartada calle; encontrándola cerrada, quiso encaramarse por los espaldares; pero Guillermo lo retuvo y le habló con cariño. El viejo le rogó que abriera la puerta porque quería y tenía que huir. Guillermo le hizo ver que bien podría salir del jardín, pero no de la ciudad, y le mostró lo sospechoso que se haría con semejante paso; pero todo fue en vano. El viejo insistía en su determinación. Guillermo no cejó, y por último, medio a la fuerza, lo metió en el pabellón del jardín, encerrose allí con él y tuvieron juntos una singular conversación, la cual nosotros, para no atormentar a nuestros lectores con ideas incoherentes y angustiadoras impresiones, preferimos pasar en silencio en vez de consignarla detalladamente.

Capítulo XV

Aquella misma mañana sacó Laertes a Guillermo de la gran perplejidad en que se encontraba acerca de lo que debía ser hecho con el desgraciado anciano que manifestaba tan claras muestras de locura. Laertes, que, según su antigua costumbre, solía frecuentar toda suerte de lugares, había visto en el café una persona que algún tiempo antes había sufrido los más violentos accesos de melancolía. Habíanlo confiado a los cuidados de un eclesiástico de aldea que había adoptado como especial ocupación la de ocuparse de tales enfermos. También con él había tenido éxito; el pastor se hallaba todavía en la ciudad y la familia del curado mostrábale los mayores respetos.

Guillermo corrió al instante en busca de aquel hombre, expúsole el caso y púsose de acuerdo con él. Supieron entregarle al viejo bajo ciertos pretextos. La separación fue profundamente dolorosa para Guillermo, y sólo la esperanza de volver a verlo restablecido pudo hacérsela hasta cierto punto soportable; tanta era su costumbre de ver al anciano en torno a sí y de escuchar sus canciones conmovedoras y espirituales. El arpa se había quemado en el incendio; buscaron otra, que le dieron para el viaje.

También el fuego había consumido el exiguo equipo de Mignon, y al querer proveerla de algo nuevo, Aurelia hizo la proposición de que por fin le pusieran ropas de mujer.

-De ningún modo -exclamó Mignon, e insistió con gran vivacidad en conservar su antiguo traje, cosa a la que tuvieron que acceder.

La compañía no tenía mucho tiempo para pensar en sí misma; las representaciones seguían su curso.

Guillermo escuchaba frecuentemente lo que se decía entre el público; pero rara vez llegaba a sus oídos una voz tal como él hubiera deseado oírla, y hasta a menudo oía cosas que lo entristecían o enojaban. Así, por ejemplo, inmediatamente después de la primera representación del Hamlet, refería un joven con gran ardimiento lo satisfecho que había estado aquella noche en el teatro. Guillermo prestó oído, y con gran confusión supo que aquel joven, con enojo de los que estaban detrás de él, había permanecido con el sombrero puesto y lo había conservado testarudamente durante toda la obra, acción heroica que recordaba con el mayor placer.

Aseguraba otro que Guillermo había desempeñado muy bien el papel de Laertes, pero que no podía mostrarse tan contento del actor que había tomado a su cargo el de Hamlet. Esta confusión no dejaba de ser natural, ya que Guillermo y Laertes no dejaban de asemejarse, aunque de modo algo remoto.

Un tercero alababa del modo más vivo su manera de representar, especialmente en la escena con la madre, y sólo lamentaba que justamente en aquel momento de pasión se hubiera mostrado un cordón blanco por debajo del chaleco, cosa que había perjudicado enormemente a la ilusión.

Mientras tanto, habían ocurrido toda suerte de cambios en el interior de la compañía. Filina, después de aquella noche que había seguido al incendio, no había vuelto a darle a Guillermo la menor muestra de desear una aproximación. En forma que parecía intencionada, había alquilado un lejano alojamiento; hizo gran amistad con Elmira, y rara vez venía a casa de Serlo, con lo que estaba muy contenta Aurelia. Serlo, que siempre mostraba inclinación hacia ella, visitábala algunas veces, en especial porque esperaba encontrar con ella a Elmira, y una noche llevó consigo a Guillermo. Ambos, al entrar, se quedaron muy admirados al ver a Filina, en el fondo de la segunda estancia, entre los brazos de un joven militar con casaca roja y pantalón blanco, pero cuyo rostro, dirigido hacia otro lado, no les fue posible descubrir. Filina salió a la primera habitación al encuentro de sus visitantes, y cerró la puerta de la otra cámara.

-Me sorprenden ustedes en una maravillosa aventura -exclamó.

-No tan maravillosa -dijo Serlo-; déjenos usted que veamos a ese lindo amigo, digno de envidia. De tal modo nos ha amaestrado usted a los dos, que no osaremos mostrarnos celosos.

-Aún tendré que dejarles algún tiempo con esa sospecha -dijo bromeando Filina-; pero puedo asegurarles que sólo se trata de una buena amiga que quiere permanecer algunos días junto a mí sin ser conocida de nadie. Más tarde sabrán ustedes su suerte, hasta quizá

conozcan a la interesante muchacha, y probablemente entonces tendré motivos para ejercitar mi modestia e indulgencia, porque temo que los señores olviden a su antigua amiga ante ese nuevo conocimiento.

Guillermo estaba como petrificado, pues ya desde el primer momento el uniforme rojo le había recordado la tan querida casaca de Mariana; era su misma figura, eran sus cabellos rubios; sólo le pareció que el militar presente era algo más alto.

-¡En nombre del cielo! -exclamó-, permita usted que sepamos algo más acerca de su amiga; deje usted que veamos a la disfrazada muchacha. Participamos ya en el secreto; le prometeremos, le juraremos conservarlo; pero déjenos usted verla.

-¡Oh cómo se inflama! -exclamó Filina-. Calma, paciencia; hoy no sabrá usted nada más.

-Déjenos siquiera que conozcamos cómo se llama -exclamó Guillermo.

-Pues sí que sería un hermoso modo de guardar secreto -repuso Filina.

-Aunque no el apellido, siquiera el nombre.

-Conforme, si lo adivina usted. Puede decir tres nombres, pero ninguno más; si no, sería capaz de recorrer todo el calendario.

-Bueno -dijo Guillermo-; ¿acaso Cecilia?

-Nada de Cecilia.

-¿Enriqueta?

-En modo alguno. Tenga usted cuidado; su curiosidad va a tener que quedarse para otro día.

Guillermo vacilaba y temblaba; quería abrir la boca pero le faltaba la voz.

-¿Mariana? -balbuceó, por fin-. ¿Mariana?

-¡Bravo! Queda acertado -exclamó Filina, dando como de costumbre una vuelta sobre sus tacones.

Guillermo no podía pronunciar palabra, y Serlo, que no advertía la conmoción de su ánimo, prosiguió instando a Filina para que abriera la puerta.

Pero ¿qué llenos de asombro no quedaron ambos cuando de pronto Guillermo, interrumpiendo violentamente su charla, se arrojó a los pies de Filina, rogándola y conjurándola con las más vivas expresiones de pasión?

-Permita usted que vea a esa muchacha -exclamó-; es mía, es mi Mariana. Aquella cuya presencia anhelé todos los días de mi vida; la que todavía sigue siendo para mí mejor que todas las demás mujeres del mundo. Vaya usted, siquiera, junto a ella; dígale que estoy aquí, que está aquí el hombre que le consagró su primer amor y toda la dicha de su juventud. Quiere justificarse por haberla abandonado cruelmente; quiere pedirle perdón; quiere perdonarle cuanto haya podido faltar ella contra él; hasta llega a acceder a no pretender ya cosa alguna de ella con tal de poder verla una vez más, con tal de poder comprobar que vive y es dichosa.

Filina meneaba la cabeza y dijo:

-Amigo mío, hable usted en voz baja. No nos engañemos; y si esta dama es realmente su amiga de usted, tenemos que tratarla con todo cuidado, pues en modo alguno sospecha encontrarle a usted aquí. Motivos muy diferentes son los que aquí la han conducido, y ya sabe usted que muchas veces preferiría uno ver ante sus ojos un fantasma que a un antiguo enamorado en indebido momento. Yo la interrogaré, la prepararé y ya pensaremos lo que se puede hacer. Mañana le escribiré una esquela diciéndole a qué hora debe usted venir, si es que debe hacerlo; obedézcame puntualmente, pues le juro que nadie debe ver a esta criatura encantadora contra mi voluntad y contra la suya. Tendré mejor cerradas mis puertas y usted no me visitará armado de un hacha.

Guillermo la conjuró, Serlo trató de convencerla; todo en vano. Ambos amigos tuvieron, por fin, que acceder a retirarse de la habitación y de la casa.

Todos podrán imaginarse la intranquila noche que pasó Guillermo. Compréndese fácilmente lo lentas que se deslizaron para él las horas del día en que esperaba la esquela de Filina. Por desgracia, tuvo que representar aquella misma noche; jamás había soportado mayor congoja. Después de terminada la obra corrió a casa de Filina, sin preguntar siquiera si se le había invitado para ello. Encontró su puerta cerrada, y las gentes de la casa le dijeron que la señorita había partido con un joven militar aquel día por la mañana; cierto que había dicho que volvería dentro de pocos días, pero no lo creían porque había dejado todo pagado y se había llevado su equipaje.

Guillermo púsose fuera de sí con la noticia. Corrió junto a Laertes y le propuso ir en su seguimiento, costara lo que costara, para adquirir noticias de su acompañante. Por el contrario, Laertes reprendió a su amigo por su apasionamiento y credulidad.

-Apostaría -dijo- a que no es otra persona sino Federico. Ese mancebo es de buena familia, lo sé muy bien; está locamente enamorado de la chica, y es probable que le haya sacado mucho dinero a sus parientes para poder volver a vivir algún tiempo con ella.

Estas objeciones no pudieron convencer a Guillermo, pero le hicieron dudar. Laertes le hizo ver lo inverosímil que era la historia que Filina le había contado; en cuánto coincidían la figura y el color de los cabellos con los de Federico, y que no sería tan fácil alcanzarles, ya que tenían doce horas de ventaja y, sobre todo, porque Serlo no podía prescindir de ninguno de los dos para sus representaciones.

Por todos estos motivos, Guillermo se dejó siquiera convencer de que renunciara a perseguirlos personalmente. Laertes supo encontrar aquella noche misma un hombre diligente a quien se le podía dar el encargo. Era un hombre prudente, que había servido en viaje a diversos señores en calidad de correo y guía y se encontraba sin ocupación en aquel momento. Diéronle dinero, enteráronle de todo el asunto, con encargo de que buscara y alcanzara a los fugitivos y no los perdiera después de vista, debiendo dar al punto noticias a ambos amigos de cómo y dónde los encontrara. Montó a caballo en el mismo instante y galopó en seguimiento de la equívoca pareja, y Guillermo quedó hasta cierto punto tranquilo con estas disposiciones.

Capítulo XVI

La ausencia de Filina no produjo sorprendente sensación en la compañía ni entre el público. Tomaba todo con poca seriedad; las mujeres la odiaban universalmente, y los hombres, en lugar de la escena, hubieran preferido verla a solas, y de este modo se perdían sus hermosos talentos, felices hasta para el teatro. Los otros miembros de la compañía tomáronse más trabajos por ello; madama Melina, sobre todo, distinguiose por su diligencia y atención. Aprendiose, como de costumbre, las máximas de Guillermo; guiose por sus teorías y por su ejemplo, y desde entonces tuvo no sé qué en su persona que la hacía más interesante. Alcanzó pronto una buena escuela de representar y adquirió plenamente el tono natural de la conversación y aun el sentimental. Supo acomodarse al humor de Serlo, y para agradarle aplicose a estudiar el canto, en lo que no tardó en hacer todos los progresos necesarios para poder entretener a una reunión.

La compañía hízose aún más completa mediante la llegada de algunos actores nuevamente contratados, y como Guillermo y Serlo, cada cual a su manera, actuaban sobre la compañía, insistiendo el primero en el espíritu y tono del conjunto de cada obra y el segundo ensayando concienzudamente cada trozo aislado, un laudable celo animó a los cómicos y el público se interesó vivamente por ellos.

-Estamos en buen camino -dijo cierta vez Serlo-, y si continuamos de este modo, también el público marchará por la debida senda. Es muy fácil extraviar a los hombres por medio de representaciones insensatas e indecorosas; pero si se les presenta de modo interesante lo razonable y digno, no dejarán de picar en ello.

-Lo que daña principalmente a nuestro teatro nacional, sin que, sin embargo, ni cómicos ni espectadores reparen en ello, es que generalmente se presenta con tonos demasiado abigarrados y en ningún sitio hallamos un límite en el que pueda uno apoyar sus juicios. No me parece que sea ventajoso para nosotros el que hayamos dilatado nuestro teatro hasta el punto de ser un ilimitado escenario de la Naturaleza; ni directores ni cómicos pueden reducirse a campo más estrecho, hasta que el propio gusto de la nación haya designado los debidos límites de la escena. Toda buena sociedad no existe sino bajo ciertas condiciones, y lo mismo ocurre con el buen teatro. Ciertos modales y modos de hablar, ciertos objetos y maneras de conducirse deben ser excluidos de ella. No se empobrece uno cuando establece un orden en su casa.

Acerca de tal cuestión, llegaron a ponerse de acuerdo hasta un grado mayor o menor. Guillermo y la mayor parte de los cómicos inclinábanse al bando del teatro inglés; Serlo y algunos otros, al del teatro francés.

Estuvieron conformes en que, durante las horas desocupadas, que por desgracia abundan tanto en la vida de un comediante, leerían en común las obras más célebres de ambos teatros, para observar lo que hubiera de mejor en ambos y más digno de ser imitado. Comenzaron, realmente, con algunas obras francesas. Aurelia se alejaba siempre tan pronto como comenzaba la lectura. Al principio tuviéronla por enferma; pero una vez preguntole Guillermo por qué lo hacía, ya que le había sorprendido tal conducta.

-No asistiré a ninguna de esas lecturas -respondió ella-, pues ¿cómo podría oír y juzgar si mi corazón está destrozado? Con toda mi alma odio la lengua francesa.

-¿Cómo puede uno ser enemigo de una lengua -exclamó Guillermo- a la que le debe la mayor parte de su cultura y a la cual todavía tendremos que ser deudores de otras muchas cosas, antes de que nuestra personalidad haya adquirido su forma propia?

-No es ningún prejuicio -respondió Aurelia-. Una impresión desgraciada, un odioso recuerdo de mi infiel amigo me ha privado de que pueda oír con placer ese hermoso y culto idioma. ¡Cómo lo odio ahora con todo mi corazón! Durante el tiempo de nuestras amistosas relaciones escribíame siempre en alemán, en un alemán sincero, fuerte y verdadero. Pero cuando quiso desprenderse de mí comenzó a escribir en francés, cosa que antes sólo por broma había hecho algunas veces. Sentí, comprendí lo que significaba aquello. Lo que se avergonzaba de escribir en su lengua materna podía redactarlo con tranquilidad de conciencia en aquel otro idioma. Es un lenguaje excelente para las reservas, las vacilaciones y las mentiras; es una lengua perfide. Gracias a Dios, no encuentro ninguna palabra alemana para decir «pérfido» en toda su extensión. Nuestro desdichado treulos es a su lado como un niño inocente. Perfide es una infidelidad que se goza en sí misma, que siente orgullo y maligna alegría de sí misma. ¡Oh! ¡Qué envidiable es la cultura de una nación que sabe expresar en una sola palabra matices tan finos! El francés es realmente la lengua mundana, digna de convertirse en idioma universal, a fin de que todos los hombres puedan engañarse y hacerse traición unos a otros. Sus cartas francesas eran siempre de agradable lectura. Queriendo hacerse ilusiones, sonaban todavía de un modo cálido y hasta apasionado; pero observadas de cerca no eran más que frases, malditas frases. Ha echado a perder en mí todo gusto por ese idioma, por la literatura francesa y hasta por las bellas y preciosas manifestaciones que han sido formuladas en esa lengua por muchas nobles almas; me estremezco cada vez que oigo una palabra francesa.

Podía continuar así durante horas enteras, mostrando su disgusto e interrumpiendo o desconcertando cualquier otra conversación. Más pronto o más tarde, con algunas amargas palabras, ponía término Serlo a estas caprichosas manifestaciones, pero de ordinario quedaba estropeado el coloquio para toda la noche.

En general, dase por desdicha el caso de que todo lo que debe ser producido con el concurso de diversos hombres y varias circunstancias no puede subsistir largo tiempo en un

estado de perfección. Tanto en una compañía de teatro como en un imperio, en un círculo de amigos lo mismo que en un ejército, puede de ordinario señalarse el momento en que se ha alcanzado el grado más alto de su perfección, de su buena inteligencia, de su actividad y satisfacción; pero con frecuencia cambia rápidamente el personal, surgen nuevos miembros, las personas no se acomodan ya con las circunstancias ni las circunstancias con las personas; todo llega a ser de otro modo, y lo que antes estaba unido no tarda en separarse. De este modo, puede decirse que la compañía de Serlo fue durante algún tiempo todo lo perfecta que podía alabarse de serlo cualquier compañía alemana. La mayor parte de los cómicos estaban en su debido puesto, y todos tenían bastante que hacer y todos cumplían gustosos lo que tenían que hacer. Eran tolerables las relaciones que se mantenían entre ellos, y cada cual parecía prometer mucho en su arte, porque todos daban los primeros pasos con calor y buen ánimo. Pero no tardó en descubrirse que una parte de ellos no eran más que autómatas, que sólo podían lograr lo que se podía producir sin sensibilidad, y bien pronto se mezclaron en todo ello las pasiones que de ordinario se atraviesan en el camino de toda buena institución y tan fácilmente descomponen todo lo que desearían mantener unido las gentes razonables y bienintencionadas.

La partida de Filina no había sido tan insignificante como se creyó al principio. Tenía la mayor habilidad para entretener a Serlo y sabía encantar, en grado mayor o menor, a todos los demás actores. Soportaba con gran paciencia las violencias de Aurelia y su ocupación principal era lisonjear a Guillermo. Había sido para el conjunto de la compañía una especie de lazo de unión, y su pérdida tenía que hacerse sensible bien pronto.

Serlo no podía vivir sin algún amorío. Elmira, que se había desarrollado en poco tiempo y que casi podía decirse que se había vuelto hermosa, hacía ya largo tiempo que excitaba su atención, y Filina era lo bastante cauta para advertir esta pasión y favorecerla. «Hay que acostumbrarse desde temprano -solía decir- a ejercer oficios de tercería; será lo único que nos quede cuando lleguemos a viejos». Por este medio, Serlo y Elmira se habían aproximado lo bastante para no tardar en ponerse de acuerdo después de la marcha de Filina, y aquella novela interesábales tanto más a los dos, ya que tenían toda suerte de motivos para mantenerla secreta ante el viejo gruñón, que no comprendía de bromas acerca de tales transgresiones. La hermana de Elmira estaba en el secreto, y por ello Serlo tenía que ser muy indulgente con ambas muchachas. Uno de los mayores defectos de las chicas era una ilimitada golosinería, y hasta, si se quiere, una insoportable glotonería, en lo cual en modo alguno se asemejaban a Filina, que cobraba nuevo encanto amoroso de que apenas vivía más que del aire, por decirlo así; comía muy poco y sólo sorbía, con la mayor gracia, la espuma de una copa de champagne.

Pero ahora, si Serlo quería agradar a su bella, tenía que unir el almuerzo con la comida y ligar ésta a la cena mediante una merienda. Además, Serlo tenía un plan cuya ejecución le preocupaba. Creía descubrir cierta inclinación entre Guillermo y Aurelia y deseaba mucho que llegara a ser algo serio. Esperaba descargar sobre Guillermo toda la parte mecánica de la administración del teatro y encontrar en él, como lo había hallado en su primer cuñado, un instrumento fiel y diligente. Ya le había ido confiando, insensiblemente y poco a poco, la mayor parte de los trabajos; Aurelia llevaba la caja, y Serlo, como en otros tiempos, vivía completamente a su capricho. No obstante, tanto a él como a su hermana había algo que les dolía secretamente.

El público tiene un modo especial de proceder con los hombres públicos de reconocido mérito; comienza poco a poco a mostrarse indiferente con ellos, y favorece mucho otros talentos inferiores, pero que se presentan de nuevo; impóneles a los primeros exageradas exigencias, y todo se lo consiente a los otros.

Serlo y Aurelia tuvieron en aquel momento hartas ocasiones en que formular esta observación. Los recién llegados, en especial si eran jóvenes y bien formados, atraían hacia sí toda la atención y todos los aplausos, y la mayor parte de las veces ambos hermanos, después de haberse impuesto las mayores molestias, tenían que retirarse sin oír el siempre grato batir de las palmadas. Cierto que aquello no se producía sin motivos especiales.

Era muy perceptible el orgullo de Aurelia y muchos estaban enterados de su desdén para con el público. Serlo, es cierto que lisonjeaba a cada cual en particular, pero sus punzantes frases sobre el conjunto de los espectadores también eran llevadas y traídas con mucha frecuencia de boca en boca. Por el contrario, los nuevos miembros de la compañía eran, de una parte, desconocidos y forasteros, y de otra, eran jóvenes, amables, necesitados de protección, y, por tanto, habían encontrado también favorecedores.

También hubo bien pronto discusiones internas y disgustos diversos; pues apenas se advirtió que Guillermo había tomado a su cargo las funciones de director de escena, cuando la mayor parte de los cómicos comenzaron a mostrarse tanto peor criados cuanto más deseaba él establecer orden y precisión en el conjunto, insistiendo especialmente en que la parte material marchara, ante todo, con puntualidad y exactitud.

En breve tiempo la situación de la compañía, que, en realidad, había sido casi ideal durante algunos momentos, llegó a trocarse en tan vulgar como la de cualquier teatro ambulante. Y, por desgracia, en el momento en que Guillermo, mediante molestias, trabajos y perseverancia, había llegado a conocer todo lo necesario del oficio, y había educado perfectamente tanto su persona como su actividad, pareciole, finalmente, en horas de tristeza, que aquella profesión merecía, menos que cualquier otra, el indispensable consumo de fuerzas y tiempo que exigía. El trabajo era pesado y escasa la recompensa. Hubiera preferido emprender cualquier oficio, en el cual, cuando la tarea es terminada, puede gozarse de tranquilidad de espíritu, y no aquel en el cual, después de soportar molestias corporales, aun hay que alcanzar la meta de la actividad mediante grandes esfuerzos de espíritu y sentimiento. Tenía que prestar oído a las quejas de Aurelia sobre la prodigalidad de su hermano; tenía que dejar de comprender las remotas insinuaciones de Serlo cuando éste trataba de impulsarlo a casarse con su hermana. Tenía, al mismo tiempo, que ocultar la pena que le angustiaba más profundamente, ya que el mensajero enviado tras el ambiguo militar no volvía ni daba noticias de sí, con lo cual nuestro amigo veíase preso del temor de haber perdido por segunda vez a Mariana.

Precisamente en aquel momento ocurrió un duelo público, con lo cual se vieron obligados a cerrar el teatro durante algunas semanas. Aprovechó aquella pausa para ir a visitar al eclesiástico que tenía como huésped al arpista. Encontrolo en una agradable comarca, y lo primero que descubrió en la rectoral fue a su viejo dándole lecciones de arpa

a un muchacho. Manifestó mucha alegría de volver a ver a Guillermo; levantose y le tendió la mano, diciendo:

-Ya ve usted que todavía soy útil para algo en el mundo; permita usted que continúe, pues tengo muy lleno mi tiempo.

El pastor saludó a Guillermo del modo más amistoso y le refirió que el viejo iba ya mucho mejor y que tenía esperanzas de curación total.

Su conversación recayó, naturalmente, sobre el método para curar locos.

-Aparte de lo físico -dijo el eclesiástico-, que con frecuencia nos opone dificultades invencibles, y acerca del cual oigo los consejos de un sensato médico, encuentro que es muy sencillo el método para curar a los locos. Es el mismo con el cual se impide que se vuelva loca la gente que está sana. Excítese su actividad personal, acostúmbreseles al orden, hágase que nazca en ellos el concepto de que su existencia y destino está en común con el de otros muchos hombres; que un talento extraordinario, la más grande dicha o la más profunda desgracia, sólo son pequeñas desviaciones del curso habitual de la existencia, y de este modo no se presentará ninguna locura, o, una vez aparecida, irá retirándose poco a poco. He distribuido las horas del viejo: le enseña el arpa a algunos niños, ayuda a trabajar en el jardín, y está ya mucho más sereno. Desea comer las coles que él mismo planta, y desea que mi hijo, a quien lega su arpa para cuando él se muera, se instruya muy diligentemente a fin de que también pueda aprovecharse de ella. Como eclesiástico, trato de hablarle poco de sus extraños escrúpulos, pero una vida de labor trae consigo tantos acontecimientos, que muy pronto tendrá que comprender que sólo por la actividad pueden ser removidas toda especie de dudas. Procedo dulcemente; si puedo lograr de él que renuncie a su larga barba y a su hábito, habré adelantado mucho, pues nada nos lleva tan cerca de la locura como el distinguirnos de los otros y nada conserva mejor el sentido común que vivir en el mismo espíritu que otros muchos hombres. Por desgracia, ¿cuántas cosas no hay en nuestra educación y en nuestras instituciones civiles que nos predisponen a la locura, a nosotros y a nuestros hijos?

Guillermo pasó algunos días en casa de este hombre sensato y supo las historias más interesantes no sólo de gente loca, sino de otras personas a las que se suele tener por cuerdas y hasta por sabias, y cuyas singularidades, sin embargo, limitan muy de cerca con la locura.

Pero la conversación fue mucho más animada cuando se presentó el médico, que visitaba con frecuencia a su amigo el eclesiástico y solía ayudarle en sus ejercicios humanitarios. Era un hombre ya anciano, que, aunque poseyendo una salud muy precaria, había pasado muchos años practicando los más nobles deberes. Era gran amigo de la vida campestre, y casi no podía estar sino al aire libre; al mismo tiempo era extraordinariamente sociable y activo, y desde hacía muchos años sentía especial afición a entablar amistad con todos los eclesiásticos de las parroquias aldeanas. Trataba de auxiliar en todas las formas a aquellos que sabía que ejercitaban una ocupación útil; procuraba inclinar hacia un trabajo de este tipo a aquellos otros que todavía permanecían vacilantes, y como al mismo tiempo estaba en relaciones con los nobles, con los gobernadores y jueces, en el espacio de veinte

años había contribuido mucho, calladamente, al cultivo de diversas ramas de la economía rural y había hecho avanzar cuanto puede ser provechoso tanto para el mejor aprovechamiento de las tierras de labor como para la explotación de los animales y la higiene del hombre, fomentando de este modo la verdadera cultura.

-La única desgracia para el ser humano -dijo- es que se asiente en su espíritu cualquier idea que no tenga influjo sobre su vida activa o lo aparte de ejercitarla. Tengo actualmente ejemplo de ello -añadió- en un matrimonio rico y distinguido, con el cual, hasta ahora, ha fracasado por completo todo mi arte; el caso pertenece casi a sus dominios, querido pastor, y este joven no divulgará lo que oiga. En ausencia de un hombre de calidad, para dar una broma nada laudable, disfrazaron a un mancebo con la bata de casa del señor. Su esposa debía ser engañada de ese modo, y aunque me lo han presentado sólo como una farsa, temo mucho que se abrigara el propósito que esa dama, noble y amable, fuera desviada del recto camino. El esposo regresó insospechadamente, penetró en el cuarto, creyó verse a sí propio, y cayó desde entonces en una melancolía en la cual sustenta el convencimiento de que se va a morir bien pronto. Se abandona a gentes que lo lisonjean con ideas religiosas, y no veo cómo podrá impedirse que ingrese, con su esposa, en una congregación de hermanos moravos, privando a sus parientes de la mayor parte de su fortuna, ya que no tienen hijos.

-¿Con su esposa? -exclamó Guillermo impetuosamente, a quien había espantado no poco semejante relato.

-Y, por desgracia -prosiguió el médico, que sólo había creído ver una expresión de humana piedad en la exclamación de Guillermo-, la dama es también presa de un dolor aún más hondo, que hace que no se oponga a una separación del mundo. Justamente cuando el joven que he dicho se despidió de ella, no fue la dama lo bastante prudente para ocultarle un naciente afecto; siéntese él lleno de osadía, estréchala entre sus brazos, oprimiendo violentamente contra su pecho el gran retrato de su marido cubierto de brillantes. Ella siente un violento dolor que se disipa poco a poco, dejando primero una pequeña rojez y después ninguna otra huella. Como persona humana, estoy convencido de que no tiene que reprocharse ninguna otra cosa; como médico, estoy seguro de que esa presión no tendrá ninguna mala consecuencia, pero no hay medio de convencerla de que no tiene allí una dureza, y cuando quiere quitársele esa manía mediante un reconocimiento, afirma que sólo en aquel instante es cuando no se nota nada; se ha imaginado firmemente que ese mal acabará en un cáncer, y de este modo su juventud y sus bondades quedan plenamente perdidas para ella y para los otros.

-¡Desgraciado de mí! -exclamó Guillermo, golpeándose la frente y apartándose de sus compañeros para correr por los campos. Aún no se había hallado nunca en situación semejante.

Al médico y al eclesiástico, altamente sorprendidos por aquel extraño descubrimiento, no les faltó trabajo, por la noche, cuando regresó a la rectoral, y se acusó del modo más vivo con una circunstanciada confesión de todos los acontecimientos. Ambos tomaron el más vivo interés por él, especialmente porque también les pintó su restante situación con los negros colores que le infundía su momentáneo estado de ánimo.

Al día siguiente el médico no se hizo rogar mucho tiempo para ir con él a la ciudad, acompañándole por si era posible prestar algún auxilio a Aurelia, a quien su amigo había dejado en graves circunstancias.

Encontráronla en realidad peor de lo que sospechaban. Tenía una especie de fiebre intermitente, en la cual era tanto menos posible valerle, ya que ella misma, dado su modo de proceder, mantenía y fortalecía deliberadamente los ataques. El desconocido no fue presentado como médico y se condujo de modo muy amable y prudente. Hablose de su situación de cuerpo y espíritu, y el nuevo amigo refirió diversas historias de personas, que, a pesar de tal enfermedad, habían podido alcanzar una edad avanzada; pero nada es más perjudicial, en tales casos, que renovar intencionadamente sentimientos apasionados. No ocultó, especialmente, que había hallado que eran muy felices aquellas personas que, aun en el caso de una enfermedad de que no se podían reponer del todo, se habían sentido inclinadas a sustentar en su pecho verdaderos sentimientos religiosos. Dijo esto de modo muy comedido y en forma de relato, y prometió a sus nuevos amigos que les procuraría la interesante lectura de un manuscrito que había recibido de manos de una excelente amiga ya muerta.

-Tiene para mí un valor infinito -dijo-, y les prestaré a ustedes el propio original. El título sólo ha sido puesto por mí: Confesiones de un alma hermosa.

Acerca del tratamiento dietético y medicinal de la desgraciada y violenta Aurelia, diole, además, el médico a Guillermo los mejores consejos; prometió escribirle, y, a ser posible, volver a visitarla.

Mientras tanto, durante la ausencia de Guillermo habíase preparado un cambio que no hubiera sido posible sospechar. Guillermo, en el tiempo que había regido el negocio, había procedido con cierta amplitud y liberalidad, había visto excelentemente las cosas, y, en especial en lo que se refería a vestuario, decoraciones y accesorios, se había proporcionado objetos ricos y hermosos; además, para conservar la buena voluntad de los actores, había lisonjeado su provecho, ya que no podía influir en ellos por motivos más nobles, y habíase hallado tanto más autorizado para ello, ya que el propio Serlo no tenía la menor pretensión de ser un administrador exacto, gustaba de oír alabar el esplendor de su teatro y se regocijaba con ello, y se daba ya por satisfecho cuando Aurelia, que dirigía los asuntos domésticos, después de haber pagado todos los gastos, aseguraba que no tenían ninguna deuda, y aun le entregaba el dinero necesario para satisfacer los débitos que mientras tanto hubiera podido echar sobre sí Serlo, ya por su extraordinaria liberalidad con sus amadas o por cualquier otro motivo.

Mientras tanto, Melina, que se ocupaba del vestuario, había observado las cosas con la frialdad y socarronería propias de él, y durante la ausencia de Guillermo y la agravación de la enfermedad de Aurelia, supo hacerle comprender a Serlo que realmente se podía ganar más, gastar menos y, al final de cuentas, ahorrar algún dinero o vivir de un modo aún más divertido, según se quisiera. Serlo oyó con gusto tales cosas y Melina osó exponerle sus planes.

-No quiero afirmar -dijo- que ninguno de nuestros cómicos tenga actualmente sueldos demasiado altos; son gente de mérito y serían bien recibidos en cualquier otro lugar; sólo que reciben demasiado dinero para los ingresos que nos proporcionan. Mi propósito sería establecer una ópera, y en lo que se refiere a drama, tengo que decirle que usted es hombre capaz de organizar solo un teatro excelente. ¿No tiene usted que soportar actualmente que se desconozcan sus merecimientos? No porque sus compañeros sean excelentes, sino sólo porque son buenos, deja ya de hacerse justicia a los extraordinarios talentos que usted posee. Colóquese solo en primer término, como ha ocurrido en otros tiempos; trate usted de tener a su lado, con escaso sueldo, gente mediana y hasta quizá mala, pero eduque usted a la masa en la parte mecánica del arte tal como usted sabe hacerlo; dedique usted a la ópera el resto del esfuerzo, y usted verá cómo con el mismo trabajo y los mismos gastos alcanza mayor satisfacción e incomparablemente más dinero del que ha ganado hasta ahora.

Serlo se sentía demasiado lisonjeado con todo aquello para poder oponer objeciones que poseyeran alguna fuerza. Confesole gustoso a Melina que hacía tiempo que deseaba algo así, dada su gran afición por la música; pero bien comprendía, a la verdad, que el gusto del público sería aún más descarriado con aquello, y que con tal mezcla de espectáculos, que no eran propiamente ópera ni comedia, tendría por necesidad que perder en absoluto el resto de inclinación que todavía conservara hacia una obra de arte plena y bien hecha.

Melina bromeó con escasa agudeza sobre los pedantescos ideales de Guillermo, sus pretensiones de educar al público, en lugar de dejarse llevar por él, y convinieron ambos, con gran convencimiento, en que sólo se debía tratar de adquirir dinero, hacerse rico o vivir alegremente, y apenas ocultaron que deseaban verse libres de aquellas personas que se opusieran a sus planes. Deploró Melina, aunque pensara exactamente lo contrario, que la débil salud de Aurelia no le prometiera ninguna larga existencia. Serlo pareció lamentar que no fuera cantante Guillermo, dando a entender con ello que estaba a punto de no considerarlo como indispensable. Melina se presentó con toda una lista de economías que se podían hacer, y Serlo vio en él un substituto que valía tres veces más que su cuñado. Bien comprendieron que tenían que guardar secreto sobre tal conversación, y con ello todavía quedaron más ligados uno a otro, y aprovecharon todas las ocasiones para conferenciar reservadamente sobre cuanto ocurría, para censurar lo que emprendían Aurelia y Guillermo, perfeccionando cada vez más en su pensamiento aquel nuevo proyecto.

Por muy secreto que pudieran tener ambos su plan y por muy escasa traición que le hicieran en sus palabras, no eran, sin embargo, lo bastante políticos para ocultar en su conducta sus sentimientos. Melina se opuso diversas veces a Guillermo en cosas que correspondían a su órbita de acción, y Serlo, que nunca había procedido suavemente con su hermana, hízose cada vez más agrio, conforme iba creciendo su enfermedad, y cuanto más ella, en su desigual humor febril, habría merecido más miramientos.

En aquellos momentos justamente, propusiéronse hacer Emilia Galotti. Esta obra fue repartida de modo muy feliz, y todos pudieron mostrar, en el limitado círculo de aquella tragedia, la diversidad de su modo de representar. Serlo estuvo muy en su lugar haciendo de Marinelli, Odoardo fue muy bien presentado, madama Melina hizo el papel de madre con mucha inteligencia, Elmira se distinguió en el personaje de Emilia, Laertes salió con mucho decoro haciendo de Appiani, y Guillermo había consagrado varios meses de estudio al

papel del príncipe. Con este motivo había examinado frecuentemente, ya entre sí mismo, ya tratando con Serlo y Aurelia, la cuestión de qué diferencia hay entre un porte noble y un porte distinguido, y hasta qué punto el primero debe ir comprendido en el segundo, pero el segundo no necesita ser contenido en el primero.

Serlo, que haciendo de Marinelli representaba al cortesano de un modo puro y sin caricatura, manifestó sobre este punto diversas buenas ideas.

-El porte distinguido -dijo- es difícil de imitar, porque, realmente, es negativo y presupone un ejercicio largo y sostenido; pues no debe uno mostrar en su conducta nada que muestre dignidad, porque fácilmente se cae en formas de orgullo; sólo se debe evitar todo aquello que es indigno y vulgar; nunca debe abandonarse uno, estar siempre atento a sí mismo y a los otros, no perdonarse cosa alguna, no hacer por los demás ni demasiado ni muy poco, no mostrarse afectado por ninguna cosa, no conmoverse por nada ni por nada apresurarse; saber ser dueño de sí en todo momento, y mantener de este modo un equilibrio exterior por mucha que pueda ser la tormenta que haya por dentro. El hombre noble debe descuidarse en algún instante; el distinguido, nunca. Es como un hombre muy bien vestido, que no se apoyará jamás en cosa alguna y todo el mundo se guardará de rozarse con él; distínguese de los otros, y, sin embargo, no debe permanecer aislado, porque, como en todo arte, también en éste, en último término, lo más difícil tiene que ser ejecutado con facilidad; de este modo el hombre distinguido, a pesar de todas las distancias, siempre debe aparecer unido con los otros, nunca envarado, siempre fácil, presentándose constantemente como el primero y no empujado nunca para que se le vea en tal lugar. Vese, pues, que, para parecer distinguido, hay que serlo realmente; vese por qué las mujeres, en general, pueden darse ese aspecto mejor que los hombres, y por qué son los cortesanos y los militares los que más pronto arriban a esta distinción.

Guillermo se desesperaba casi de su papel, pero Serlo volvió a auxiliarlo comunicándolo sobre cada detalle las más finas observaciones, y pertrechándolo en tal forma, que en la representación, siquiera a los ojos de la muchedumbre, apareció como un príncipe auténtico.

Habíale prometido Serlo que después de la representación le comunicaría las observaciones que todavía tuviera que hacer sobre su modo de representar el personaje; sólo que una desagradable disputa que surgió entre el hermano y la hermana impidió toda conversación crítica. Aurelia había hecho su papel de Orsina de un modo como acaso no vuelva a ser jamás visto. En general, érale muy familiar aquel personaje y lo había desempeñado con indiferencia en los ensayos; pero en la función abrió, por decirlo mí, todas las esclusas de su pena personal, y resultó de ello un modo de representar como apenas hubiera podido imaginárselo ningún poeta en el fuego primero de su inspiración. Ilimitados aplausos del público recompensáronla por sus dolorosos esfuerzos; pero cuando la buscaron, después de terminada la obra, yacía en un sillón casi sin sentido.

Serlo había mostrado ya su descontento por aquel modo de trabajar exagerado, como él lo llamaba, y aquel desnudar ante el público lo más secreto de su corazón, ya que, en un grado mayor o menor, era conocida de todos la fatal historia, y según solía proceder cuando se enojaba, había rechinado los dientes y dado patadas en el suelo.

-Déjenla ustedes -dijo al encontrarla en su sillón rodeada por el resto de la compañía-; algún día acabará por salir desnuda a escena, y entonces serán perfectos los aplausos.

-¡Desagradecido! ¡Inhumano! -exclamó ella-. Muy pronto me llevarán desnuda adonde no suene ya en mis oídos ningún aplauso.

Diciendo estas palabras, se levantó con rapidez y corrió hacia la puerta. La criada había olvidado llevarle su abrigo; no estaba allí la silla de manos; había llovido, y un rudo viento soplaba por las calles. En vano procuraron retenerla, pues estaba sobremanera sofocada; caminó con intencionada lentitud y alabó el aire fresco, que pareció aspirar con gran delicia. Apenas hubo llegado a su casa, cuando, con la ronquera, casi no pudo pronunciar ya ni una palabra, pero no confesó que sentía una gran rigidez en la nuca y por la espalda abajo. No mucho después fue atacada de una especie de parálisis a la lengua, en forma que no podía pronunciar ni una palabra; lleváronla al lecho; mediante rápidos remedios, oponíanse a un mal, mientras otro se mostraba. La fiebre era intensa y la situación peligrosa.

A la otra mañana tuvo una hora de tranquilidad. Hizo llamar a Guillermo y le tendió una carta.

-Este pliego -le dijo- hace ya mucho tiempo que espera este momento. Conozco que se acerca el término de mi vida; prométame usted que lo entregará usted mismo y que querrá vengarme del infiel, por mis sufrimientos, con lacónicas palabras. No es insensible, y mi muerte lo afligirá siquiera durante un momento.

Guillermo cogió la carta, tratando, sin embargo, de consolarla y apartar de ella el pensamiento de la muerte.

-No -repuso ella-; no me arrebate usted mi más próxima esperanza. Hace mucho tiempo que la espero, y quiero estrecharla alegremente entre los brazos.

Poco después llegó el manuscrito prometido por el médico. Invitó a Guillermo a que se lo leyera, y del efecto producido podrá juzgar mejor el lector una vez que haya entablado conocimiento con el libro siguiente. El carácter violento y obstinado de nuestra pobre amiga fue suavizado instantáneamente. Recogió su carta y escribió otra, en más dulce disposición de espíritu, según parece; también solicitó de Guillermo que consolara a su amigo si se entristecía con la noticia de su muerte y que le asegurara que lo había perdonado y le deseaba toda felicidad.

Desde este momento estuvo muy tranquila y sólo pareció ocuparse de muy pocas ideas que procuraba adquirir en el manuscrito que Guillermo tenía que leerle de tiempo en tiempo. No era visible la disminución de sus fuerzas, e inesperadamente, una mañana, al ir a visitarla, encontrola muerta Guillermo.

Dado el aprecio que había sentido por ella y la costumbre de vivir en su compañía, fuele muy dolorosa esta pérdida. Era la única persona entre los cómicos que realmente sentía

afecto hacia él, y en la última temporada le había herido en gran modo la frialdad de Serlo. Apresurose, por tal motivo, a desempeñar la misión que le había sido confiada, y deseó alejarse durante algún tiempo. Por otra parte, esta partida era muy deseada por Melina, pues éste, por medio de una extensa correspondencia que sostenía, habíase entendido ya con un cantor y una cantante, que, provisionalmente, con sus intermedios musicales, debían preparar al público para la ópera futura. En esta forma debería ser disimulada en los primeros tiempos la pérdida de Aurelia y la ausencia de Guillermo, y nuestro amigo mostrose satisfecho de todo lo que le facilitaba el permiso para estar ausente algunas semanas.

Habíase formado una idea singularmente importante del mensaje que le había sido confiado. La muerte de su amiga lo había conmovido en lo profundo, y al verla desaparecer tan prematuramente de la escena era necesario que sintiera enemistad hacia aquel que le había abreviado la vida y le había hecho tan penosa su breve existencia.

A pesar de las últimas palabras de dulzura de la moribunda, proponíase pronunciar un severo juicio sobre el infiel amigo al presentarle la carta, y como no quería confiarse en un casual estado de ánimo, imaginó un discurso, que, al redactarlo, resultó quizá más patético de lo que fuera conveniente. Así que estuvo plenamente convencido de que estaban bien compuestas aquellas frases, aprendiéndoselas de memoria, hizo las disposiciones para el viaje. Mignon hallábase presente mientras hacía sus maletas, y le preguntó si iba a ir hacia el Sur o hacia el Norte, y al saber que se encaminaría hacia este último punto, exclamó:

-Pues prefiero esperarte aquí.

Le pidió el collar de perlas de Mariana, cosa que no pudo él negar a la querida criatura; el pañuelo lo tenía ya desde hacía tiempo. En cambio, metiole en el saco de viaje el velo del espectro, aunque él le dijera que aquel tul no podía servirle para nada.

Melina se encargó de la administración, y su mujer prometió ocuparse con mirada maternal de los niños, de los que sólo de mala gana se separaba Guillermo. Félix estaba muy contento al despedirse, y cuando le preguntó qué quería que le trajera, el niño respondió:

-Oye; tráeme un padre.

Mignon cogió la mano del viajero, y poniéndose en las puntas de los pies imprimió en sus labios un beso cordial y vivo, aunque sin ternura, diciendo:

-Meister, no te olvides de nosotros, y vuelve pronto.

Y de este modo, dejemos que nuestro amigo comience su viaje en medio de mil ideas y sentimientos, y mostremos aquí como final una poesía que Mignon había recitado con gran expresión algunas veces, y que la urgencia de tantos y tan singulares acontecimientos impidió que antes de ahora fuera comunicada:

No me mandes hablar, mándame que calle, pues el secreto es un deber para mí; desearía mostrarte el fondo de mi alma, pero el destino no lo quiere.

El sol, en su carrera, a la hora debida, expulsa a la obscura noche y tienen que iluminarse las tinieblas; la dura roca abre su seno y no le niega a la tierra los profundos manantiales que se esconden en ella; cada cual busca reposo en los brazos de su amigo y allí su corazón puede derramarse en quejas; pero un juramento me sella los labios y sólo un dios sería capaz de hacérmelos abrir.

Libro sexto

Confesiones de un alma hermosa

Hasta los ocho años fui una niña por completo sana, pero me acuerdo tan escasamente de aquel tiempo como del día de mi nacimiento. Al comienzo de mi año octavo tuve una hemoptisis y en el mismo momento mi alma se llenó totalmente de memoria y sensibilidad. Todavía, como si hubiera ocurrido ayer, se alzan ante mis ojos las más pequeñas circunstancias de aquel accidente.

Durante los nueve meses que yací en el lecho, cosa que soporté con toda paciencia, estableciéronse, según me parece, los fundamentos de toda mi manera de pensar, ya que le fueron proporcionados a mi espíritu los primeros medios auxiliares para desarrollarse según su propio carácter.

Sufría y amaba; ese era el verdadero modo de ser de mi corazón. En medio del toser más violento y de la fiebre más extenuante, permanecía silenciosa como un caracol que se retira a su casa; tan pronto como podía respirar con algún desahogo, quería experimentar algo agradable, y ya que me eran negados todos los restantes goces, trataba de resarcirme mediante la vista y el oído. Me traían muñecas y libros de estampas y el que quisiera sentarse a la cabecera de mi cama tenía que contarme algo.

Gustábame oír historias bíblicas de labios de mi madre; mi padre me entretenía con objetos de la Naturaleza. Poseía un lindo gabinete de Historia Natural. Iba trayéndome anaquel tras anaquel, mostrábame las cosas y me las explicaba con toda verdad. Plantas secas, insectos y diversas clases de preparados anatómicos, piel humana, huesos, momias y otros análogos objetos fueron traídos al lecho donde sufría la pequeña; éranme mostrados las aves y cuadrúpedos que mataba en la caza antes de que los llevaran a la cocina; y para que también el príncipe del mundo no careciera de voz en aquella asamblea, mi tía me refería historias de amor y cuentos de hadas. Todo era aceptado por mí y todo echaba raíces. Había horas en las que conversaba vivamente con el ser invisible; aún sé algunos versos que le dicté entonces a mi madre.

Con frecuencia volvía a referirle a mi padre lo que había aprendido de él. No era fácil que tomara una medicina sin preguntar dónde crecían los simples de que estaba hecha, qué aspecto tenían y cómo se llamaban. Pero tampoco las narraciones de mi tía caían sobre peña. Imaginábame vestida con hermosos trajes y encontraba a los príncipes más encantadores, que no podían concederse calma ni reposo hasta saber quién era aquella hermosa desconocida. Proseguí durante tanto tiempo una aventura análoga con un delicioso angelito, que se ocupaba grandemente de mí, vestido de blanco y con alitas doradas, que mi fantasía casi elevó su imagen hasta la categoría de aparición.

Al cabo de un año, volví a estar bastante repuesta, pero no había quedado nada en mí de la rudeza de la infancia. Ni siquiera podía jugar con las muñecas; aspiraba a poseer criaturas que correspondieran a mi amor. Divertíanme mucho los perros, gatos y pájaros, de los que mi padre criaba muchas especies; pero ¡qué no hubiera dado yo por poseer una criatura que desempeñaba papel muy importante en una de las fábulas de mi tía! Era un corderillo recogido en el bosque por una moza aldeana y criado por ella; mas en aquel lindo animal escondíase un príncipe encantado, que, finalmente, volvía a presentarse como hermoso mancebo y recompensaba a su bienhechora dándole su mano. Un corderillo como aquél era lo que yo hubiera querido poseer.

Pero no quería aparecer ninguno, y como todas las cosas pasaban a mi alrededor de modo tan natural, poco a poco tuve que renunciar hasta a la esperanza de tan preciosa posesión. Mientras tanto, me consolaba leyendo libros en los que se describían maravillosos acaecimientos. Entre todos ellos, El Hércules Alemán y Cristiano era mi favorito; aquella piadosa historia de amor era totalmente conforme con mi espíritu. Ocurriérale lo que quisiera a su Valiska, y le ocurrían cosas bien crueles, antes de volar en su socorro poníase en oración, y aquellas plegarias hallábanse extensamente consignadas en el libro. ¡Cuánto me agradaba todo aquello! La inclinación hacia el Ser invisible, que siempre sentía en mí de manera obscura, acrecíase de aquel modo, pues había de llegar un día en que también Dios había de ser mi confidente.

Según fui creciendo, leí sabe Dios qué cosas de todo orden, pero La Romana Octavia obtuvo la preferencia sobre todas. Las persecuciones de los primeros cristianos, presentadas en forma novelesca, excitaron en mí el interés más vivo.

Entonces comenzó mi madre a reprenderme por aquel leer sin término; para complacerla, mi padre me quitaba un día los libros de la mano y volvía a dármelos al siguiente. Ella era lo bastante sensata para advertir que nada podía modificar en ello y sólo exigió que leyera también la Biblia con la misma asiduidad. Tampoco fue necesario que me impulsaran a hacerlo y leía los Libros Santos con mucho provecho, Al propio tiempo vigilaba siempre mi madre para que no llegara a mis manos ningún libro perjudicial, y yo misma habría rechazado todo escrito vergonzoso, pues mis príncipes y princesas eran todos extremadamente honestos y, por lo demás, acerca de la historia natural del género humano sabía yo más de lo que dejaba advertir, y aprendido en su mayor parte en la Biblia. Relacionaba los pasajes escabrosos con las palabras y cosas que ocurrían en mi presencia, y con mi afán de saber y mis dotes para combinar extraía la verdad felizmente. Si hubiera oído hablar de brujas, habría tenido también necesidad de llegar a conocer la hechicería.

A mi madre y a este afán de saber tengo que agradecerles el que, junto con este violento impulso hacia los libros, aprendiera a guisar igualmente; también allí había ocasión de ver alguna cosa. Trinchar una gallina o un cochinillo era una fiesta para mí. Llevábale las entrañas a mi padre y hablaba conmigo acerca de aquello como con un joven estudiante, y con frecuencia, no sin íntima alegría, solía llamarme su hijo fracasado.

De este modo había llegado a cumplir mis doce años. Aprendí francés, baile y dibujo y recibí las habituales clases de religión. Estas últimas suscitaron en mí muchos sentimientos y pensamientos, pero nada que guardara relación con mi estado. Gustábame oír hablar de Dios, enorgullecíame de poder discurrir acerca de Él mejor que mis coetáneos; leí celosamente diversos libros que me pusieron en disposición de poder charlar sobre religión, pero nunca se me ocurrió pensar en lo que pasaba en mi interior, en si también mi alma estaría formada de tal modo, que, a manera de un espejo, pudiera copiar los esplendores del eterno sol; eso lo daba yo ya por cierto de una vez para siempre.

Aprendía francés con gran ardor. Mi maestro de idiomas era un excelente hombre. No era un vano empírico ni un seco gramático; poseía ciencia y había visto mundo. Junto con las lecciones de idiomas satisfacía de diversos modos mi ansia de saber. Queríalo yo tanto, que esperaba siempre su llegada con palpitaciones de corazón. El dibujo no era difícil para mí, y hubiera llegado hasta lejos si mi maestro hubiera poseído cabeza y conocimientos; pero sólo tenía mano y rutina.

Al principio el baile fue mi diversión menor; mi cuerpo era demasiado delicado y sólo aprendía en compañía de mi hermana. Pero, gracias a la ocurrencia de nuestro maestro de danza de dar un baile a todos sus discípulos y discípulas, animose en mí muy de otro modo mi afición por aquel ejercicio.

Entre muchos mozuelos y muchachas distinguíanse dos hijos del Mariscal de Corte: el más joven, de la misma edad que yo; el otro, dos años mayor: criaturas de una hermosura tal, que, según voz de todos, excedían a cuanto se haya visto jamás en cuestión de belleza infantil. Apenas los hube yo también descubierto, cuando ya no vi a ningún otro de todo el tropel. En aquel instante comencé a bailar con atención y deseé bailar bellamente. ¿Cómo fue que también aquellos dos muchachos me distinguieran a mí entre todas las otras? En una palabra, ya desde el primer momento fuimos los mejores amigos, y aun no se había terminado la pequeña fiesta cuando ya habíamos convenido dónde podríamos volver a vernos pronto. ¡Gran alegría para mí! Pero quedé plenamente encantada a la mañana siguiente, cuando ambos, cada cual en una galante esquela, que venía acompañada de un ramo de flores, me preguntaron por mi salud. ¡Nunca volví a sentir lo que sentí entonces! Los agasajos fueron correspondidos con agasajos, cartitas con cartitas. Iglesia y paseos fueron desde entonces lugar de rendezvous; ya nuestros jóvenes amigos nos invitaban siempre juntos; pero nosotros éramos lo bastante astutos para ocultar la cosa hasta el punto de que los padres no vieran en ello más sino lo que nos pareciera bien a nosotros.

Había, pues, conseguido dos enamorados a la vez. Yo no estaba decidida por ninguno; gustábanme ambos y lo pasábamos muy bien juntos. De pronto, el mayor se puso muy enfermo; como yo misma había solido estar muy enferma, con el envío de diversos

obsequios y golosinas propias para un paciente supe divertirlo hasta el punto de que sus padres mostraron agradecimiento por mi atención, prestaron oídos a los ruegos de su querido hijo, y me invitaron, en unión de mis hermanas, tan pronto como hubo dejado el lecho. No era infantil la ternura con que me recibió, y desde aquel día me decidí por él. Me advirtió al punto que lo mantuviera secreto para su hermano; pero ya no había modo de ocultar el fuego por más tiempo, y los celos del más joven vinieron a completar la novela. Nos hacía mil jugarretas, gozaba en aniquilar nuestros goces, y de aquel modo aumentaba la pasión que trataba de perturbar.

Ahora había encontrado yo realmente el deseado corderillo, y aquella pasión, como antes la enfermedad, actuó sobre mí haciéndome callada y alejándome de toda bulliciosa alegría. Permanecía solitaria y emocionada y volví a pensar en Dios. Siguió siendo mi confidente, y bien sé con qué lágrimas rogué por el muchacho que seguía siendo enfermizo.

Por mucha puerilidad que hubiera en todo aquello, contribuyó mucho a formar mi corazón. En vez de las habituales traducciones, teníamos que escribirle diariamente a nuestro maestro de francés unas cartas de nuestra propia inventiva. Expuse mi historia de amor bajo los nombres de Filis y Damon. El viejo no tardó en conocer de qué se trataba, y para hacerme sincera, alabó mucho mi trabajo. Me hice cada día más osada, expúseselo todo abiertamente, y permanecí fiel a la verdad hasta en el detalle más pequeño. No recuerdo ya en qué pasaje, aprovechose él de la ocasión para decir:

-¡Qué lindo es todo esto, qué natural! Pero la buena Filis tiene que tener cuidado, pues bien pronto puede llegar a ser cosa seria.

Enojome que no la tuviera ya por cosa seria y le pregunté, en tono ofendido, qué quería decir con aquellas palabras. No dejó que se lo preguntara dos veces, y se explicó tan claramente, que apenas podía ocultar yo mi espanto. Pero como inmediatamente se aposentara en mí el enojo y le tomara a mal que pudiera abrigar tales pensamientos, recobré mis ánimos, quise justificar a mi bella, y exclamé, con enrojecidas mejillas:

-Pero, señor mío, Filis es una muchacha honrada.

Entonces él fue lo bastante maligno para mofarse de mi virtuosa heroína, y como hablábamos en francés, púsose a jugar con el vocablo honnête para hacer pasar la honradez de Filis por todas sus significaciones. Sentí el ridículo y me turbó extraordinariamente. Interrumpió él la conversación, ya que no quería intimidarme, pero en otras ocasiones volvió a llevar el coloquio hacia el mismo asunto. Las comedias o historietas que leía y traducía con él dábanle frecuente ocasión para mostrar la débil protección que ofrece lo que se llama una virtud contra las solicitaciones de un afecto. Yo ya no le contradecía; pero siempre me enojaba en secreto y sus observaciones se me hacían pesadas.

Ademas, vime poco a poco separada de mi buen Damon. Las trapacerías del pequeño habían roto nuestro trato. No mucho después murieron ambos florecientes mancebos. Diome pena, pero no tardaron en ser olvidados.

Filis desarrollose entonces prestamente; estaba sana por completo y comenzó a ver mundo. Casose el príncipe heredero y tomó a su cargo el gobierno, poco después de la muerte de su padre. En la Corte y la ciudad había el más vivo movimiento. Mi curiosidad tenía entonces sustento de toda especie. Había comedias, bailes y todo lo que guarda relación con ello, y, aunque los padres nos mantenían retiradas todo lo que era posible, tuvimos, sin embargo, que aparecer en la Corte, donde estaba yo presentada. Afluían los extranjeros; en todas las casas había grandes reuniones; a nosotros mismos nos habían sido recomendados algunos caballeros, otros nos fueron presentados, y en casa de mi tío podían encontrarse gentes de todas las naciones.

Mi honrado mentor prosiguió amonestándome de una manera humilde pero precisa y continué siempre tomándoselo a mal en secreto. En modo alguno estaba yo convencida de la verdad de sus afirmaciones, y acaso fuera yo entonces la que tenía razón, acaso se equivocara él, al tener a las mujeres por tan débiles en todas las circunstancias; pero hablaba de un modo tan insistente, que una vez temí que pudiera tener razón y le dije con mucha viveza:

-Ya que es tan grande el peligro y tan débil el corazón humano, rogarele a Dios que me guarde.

La ingenua respuesta pareció agradarle, alabó mi propósito; pero en modo alguno correspondía aquello a un serio propósito; por aquella vez no era más que una palabra vana, pues el sentimiento de lo invisible habíase extinguido en mí casi por completo. El gran torbellino de que estaba rodeada me distraía y arrebataba como un fuerte torrente. Fueron los años más vacíos de mi vida. Días enteros sin hablar de nada, sin tener ningún sano pensamiento; sólo andar de fiesta en fiesta era mi única ocupación. Ni una vez sola pensaba en mis libros queridos. Las gentes con quienes tenía trato no tenían ni idea de las ciencias; eran cortesanos alemanes y esa clase social no poseía entonces ni la menor cultura.

Tal medio ambiente, bien puede pensarse, hubiera debido llevarme al borde de la perdición. Sólo vivía en una animación exterior, no me recogía en mí misma, no oraba, no pensaba en mí ni en Dios; pero considero como protección especial suya el que no me agradara ninguno de aquellos muchos hombres, bellos, ricos y bien vestidos. Eran licenciosos y no lo ocultaban, cosa que me repugnaba en extremo; su conversación estaba adornada con términos equívocos que me ofendían, y me conducía fríamente con ellos; su ruindad excedía a veces a todo cuanto puede creerse y permitíame yo ser grosera con ellos.

Aparte de eso, mi viejo mentor me había comunicado una vez, confidencialmente, que con la mayor parte de aquellos muchachos despreciables estaba en peligro no sólo la virtud, sino también la salud de una muchacha. Desde entonces espanteme de ellos, y poníame ya en defensa cuando alguno se me acercaba demasiado de cualquier modo que fuera. Evitaba los vasos y tazas lo mismo que las sillas de que había hecho uso alguno de ellos. De este modo, estaba yo bastante aislada moral y físicamente, y todas las gentilezas que me decían recibíalas con orgullo como debido homenaje.

Entre los extranjeros que residían entonces entre nosotros distinguíase especialmente un mancebo a quien llamábamos por broma Narciso. Había adquirido buen nombre en la

carrera diplomática y esperaba ser colocado ventajosamente mediante diversos cambios que ocurrían en la nueva Corte. No tardó en entablar relaciones con mi padre, y sus conocimientos y conducta le abrieron paso para entrar en una cerrada sociedad de hombres del mayor mérito. Mi padre decía mucho en su alabanza, y su hermosa figura habría hecho todavía mayor impresión si en todo su ser no se mostrara una especie de alto concepto de sí mismo. Habíalo yo visto, tenía buena idea de él, pero nunca nos habíamos hablado.

En un gran baile, en que también él se encontraba, bailamos juntos un minué; pero tampoco esto estableció entre nosotros gran relación. Cuando comenzaron las danzas más movidas, que en obsequio a mi padre, que estaba preocupado por mi salud, solía yo evitar, dirigime a una sala vecina y conversé con algunas amigas de más edad que se habían sentado allí para jugar.

Narciso, que había girado y saltado durante algún tiempo, vino también impensadamente a la estancia en que yo me encontraba, y después de haber cortado una hemorragia nasal que se le había presentado bailando, comenzó a hablar conmigo de cosas diversas. Al cabo de media hora, el coloquio era tan interesante, aunque no se mezclara en él ninguna huella de galantería, que ninguno de los dos pudimos resistir ya más el baile. Pronto nos dieron matraca los otros a causa de nuestro alejamiento, sin que nos dejáramos arrancar de allí. A la noche siguiente pudimos anudar de nuevo nuestra charla, y de este modo reservamos mucho nuestra salud.

Con ello quedó establecida la amistad. Narciso vino a vernos a mí y a mis hermanas, y sólo entonces comencé otra vez a hacerme cargo de todo lo que yo sabía, de las cosas que pensaba, de lo que sentía y de lo que era capaz de expresar en una conversación. Mi nuevo amigo, que había vivido siempre en la mejor sociedad, aparte de su saber en historia y política, cuestiones que dominaba plenamente, poseía muy dilatados conocimientos literarios, y nada quedaba ignorado para él de cuanto se publicaba, sobre todo en Francia. Me llevó y me envió diversos libros agradables; pero aquello tenía que ser mantenido más en secreto que una pecaminosa relación de amor. Consideraban como ridículas a las mujeres sabias, y tampoco querían soportar a las instruidas, probablemente porque tenían por impolítico el que tantos hombres ignorantes tuvieran que abochornarse. Hasta mi padre, que consideraba como muy deseable esta nueva ocasión de cultivar mi espíritu, exigía terminantemente que permaneciera en secreto este comercio literario.

De este modo, nuestra relación duró casi un año, y no puedo decir que durante él Narciso me hubiera manifestado en forma alguna amor o ternura. Permanecía siempre amable y servicial, pero no mostraba ningún afecto; más bien parecía que no lo dejaban indiferente los atractivos de mi hermana menor, que era entonces extraordinariamente hermosa. Dedicábale por broma toda suerte de nombres afectuosos en lenguas extranjeras, de las que hablaba muy bien varias, y cuyas características maneras de hablar gustábale mezclar en su conversación alemana. Ella no correspondía de modo especial a sus gentilezas; estaba cogida en otras redes, y como, en general, era muy violenta y él muy susceptible, no era raro que estuvieran en desacuerdo sobre algunas nonadas. Sabía conducirse muy bien con nuestra madre y las tías, y así, poco a poco, había llegado a ser como un miembro de la familia.

¿Quién sabe cuánto tiempo hubiéramos proseguido de este modo si nuestras relaciones no hubieran sido transformadas de repente mediante un acaecimiento extraño? Fui invitada, con mis hermanas, a cierta casa adonde no me gustaba ir. La sociedad era allí muy mezclada y solían encontrarse personas, si no groseras, por lo menos muy vulgares. Aquella vez Narciso estaba convidado, y a causa de él me sentí inclinada a ir, pues, de este modo, estaba segura de encontrar a alguien con quien poder conversar a mi gusto. Ya a la mesa tuvimos que sufrir diversas cosas, pues algunos hombres habían bebido demasiado; después de la comida había que jugar a juegos de prendas. Todo fue transcurriendo de manera muy ruidosa y viva. Narciso tenía que rescatar una prenda; se le impuso como pena que fuera diciendo al oído a cada miembro de la reunión algo que le fuera grato. Acaso se detuvo un tiempo demasiado largo junto a mi vecina, que era mujer de un capitán. De repente, diole éste una bofetada, en forma que los polvos de su cabellera volaron a mis ojos, por estar yo allí inmediata. Cuando me hube limpiado los ojos y estuve un tanto repuesta de mi espanto vi a los dos hombres con las espadas desenvainadas. Narciso sangraba, y el otro, fuera de sí por la embriaguez, la cólera y los celos, apenas podía ser contenido por todo el resto de la reunión. Cogí a Narciso por un brazo y lo saqué de la sala y lo llevé a una habitación del piso superior, y por no creer que mi amigo ni aun allí estuviera seguro de su furioso adversario, corrí al instante los cerrojos de la puerta.

Consideramos ambos que su herida no era cosa de importancia, pues sólo veíamos un ligero rasguño en la mano; pero pronto advertimos un arroyo de sangre que le corría por las espaldas y se mostró una gran lesión en la cabeza. Entonces tuve miedo. Corrí a la antesala para pedir auxilio, pero nadie estaba visible, pues todos habían quedado abajo para dominar al hombre furioso. Por fin subió una hija de la casa y su alegría acongojome en gran manera, pues casi se moría de risa con el loco espectáculo y la maldita comedia. Roguele insistentemente que hiciera llamar al cirujano, y ella, con su carácter bravío, bajó al instante a saltos la escalera para llamar ella misma a uno.

Volví junto a mi amigo, vendele la mano con mi pañuelo y la cabeza con una toalla que encontré colgada en la puerta. Sangraba cada vez con mayor violencia; el herido palidecía y semejaba que iba a caer desvanecido. No había nadie en la vecindad que hubiera podido auxiliarme; con gran despreocupación cogilo en mis brazos y traté de reanimarlo con caricias y halagos. Pareció ejercer sobre él el efecto de un remedio espiritual; conservó sus sentidos, pero estaba mortalmente pálido.

Por fin apareció la activa señora de la casa y se llenó de espanto al ver a aquel amigo yaciendo en aquella forma entre mis brazos, cubiertos ambos de sangre; pues nadie se había imaginado que Narciso estuviera herido; todos pensaban que yo había logrado sacarlo de allí sano y salvo.

Trajeron entonces vino en abundancia, aguas de olor y todos los medios propios para restablecer y reanimar; llegó también el cirujano, y bien hubiera podido yo entonces retirarme; sólo que Narciso me mantenía firmemente cogida por la mano, y, aun sin que él me detuviera, también me hubiera estado allí a su lado. Durante la cura continué friccionándolo con vino y presté poca atención a que toda la reunión se hallara a nuestro alrededor. El cirujano había terminado, el herido me dirigió una callada y afectuosa despedida y fue llevado a su casa.

Entonces, la señora de la casa me condujo a su dormitorio; tuvieron que desnudarme totalmente, y no debo negar que, en el momento que limpiaban de mi cuerpo la sangre de Narciso, advertí por primera vez, mirándome casualmente al espejo, que, sin adornos, bien podía tenerme por hermosa. No pude volver a ponerme ninguna de las prendas de mi vestido, y como todas las personas de la casa eran más pequeñas o más gruesas que yo, llegué a casa con un extraño disfraz con gran sorpresa de mi padre. Enojáronse mucho con el susto que yo había llevado, las heridas de nuestro amigo, la locura del capitán y todo lo demás que había pasado. Faltó poco para que mi padre mismo fuera en el instante a vengar a su amigo, desafiando al capitán. Censuraba a los señores que habían estado presentes por no haber castigado en el acto aquel semiasesinato, pues era manifiesto que el capitán, inmediatamente después de haberle golpeado, había sacado la espada y había herido por la espalda a Narciso; la lesión de la mano no había sido hecha hasta que el propio Narciso desenvainó también. Yo estaba indeciblemente alterada y conmovida: ¿cómo podré decirlo?, la pasión que dormía en el más profundo fondo de mi corazón había estallado, de repente, como una llama que recibe un soplo de aire. Y si el placer y la alegría son propios para engendrar amor y nutrirlo en secreto, esta pasión, que es naturalmente intrépida, es muy fácilmente impulsada por el peligro a resolverse y a declararse. Diéronle calmantes a la niña y lleváronla a la cama. Por la mañana muy temprano mi padre corrió a casa de su amigo herido, que se hallaba muy mal, con una intensa fiebre, a consecuencia de la herida.

Mi padre me dijo poca cosa de lo tratado con él y procuró tranquilizarme respecto a las consecuencias que podía tener este accidente. Discutía la gente si podía darse por contento con una satisfacción pública o si el asunto tenía que ser tratado judicialmente y otras cosas análogas. Conocía yo demasiado bien a mi padre para creer que deseara ver terminada la cuestión sin un duelo; pero permanecí silenciosa, pues desde temprano había aprendido de mi padre que las mujeres no tenían que mezclarse en tales cuestiones. Por lo demás, no parecía que se hubiera tratado entre los dos amigos de nada que me concerniera; pero no tardó mi padre en confiarle a mi madre el contenido de su restante conversación. Narciso, según dijo mi padre, estaba altamente conmovido por el auxilio que yo le había prestado, habíalo abrazado, había declarado que tenía una eterna deuda conmigo, asegurando que no deseaba ninguna dicha si no había de compartirla conmigo, y le había suplicado que le diera permiso para poder considerarlo como a padre. Mamá me repitió todo esto fielmente, añadiendo la razonable reflexión que no debe darse gran valor a lo dicho en un primer movimiento.

-Sin duda -respondí yo con afectada frialdad, y Dios sabe lo que sentí, y cuánto, al decirlo.

Narciso estuvo enfermo dos meses; ni una vez siquiera pudo escribirme a causa de la herida en su mano derecha; pero, mientras tanto, me manifestaba su recuerdo mediante galantes atenciones. Todas estas amabilidades, mayores que las habituales, relacionábalas yo con lo que había sabido por mi madre y mi cabeza estaba totalmente llena de cavilaciones. Toda la ciudad comentaba el suceso. Habláronme de él en un tono especial, dedujéronse consecuencias que me tocaban muy de cerca, por mucho que tratara de alejarlas de mí. Lo que primero había sido niñería y costumbre convertíase ahora en un serio cariño. La intranquilidad en que yo vivía era tanto más violenta cuanto más

cuidadosamente procuraba ocultarla de toda mirada humana. Espantábame el pensamiento de perderlo y me hacía temblar la posibilidad de una relación más estrecha entre los dos. La idea del matrimonio tiene indudablemente algo espantoso para una muchacha semienterada.

Por medio de estas violentas sacudidas fui conducida otra vez a pensar en mí misma. Las abigarradas imágenes de una existencia de placeres, que en otro tiempo flotaban día y noche ante mis ojos, habíanse desvanecido de repente. Mi alma comenzó de nuevo a dar señales de vida; sólo que la muy interrumpida amistad con el amigo invisible no volvía a restablecerse tan fácilmente. Permanecíamos aún a bastante distancia uno de otro; volvía a haber algo, pero, comparado con lo de antes, era grande la diferencia.

Sin que yo hubiera sabido nada de ello, había tenido lugar un duelo en el que el capitán había resultado gravemente herido y la opinión pública estaba en todas las cuestiones de parte de mi amado, el cual, por último, volvió a reaparecer en el mundo. Ante todo, con la cabeza vendada y el brazo aún fatigado se hizo traer a nuestra casa. ¡Cómo me latía el corazón con aquella visita! Estaba presente toda la familia; no hubo por una y otra parte más que expresiones generales de agradecimiento y cortesía; no obstante, encontró ocasión para darme algunas calladas muestras de su ternura, con lo que mi inquietud creció en gran manera. Después de haberse repuesto totalmente, visitonos durante todo el invierno en el mismo plan que antes y todo seguía indeciso en medio de todos los leves signos de amor y sentimiento que me otorgaba.

De este modo, era yo mantenida en una permanente agitación. No podía confiarme a ninguna criatura humana y estaba demasiado alejada de Dios. Me había olvidado totalmente de Él durante cuatro años de hurañeza; ahora volvía a pensar en Él de cuando en cuando, pero las relaciones se habían enfriado; no eran más que visitas de ceremonia las que yo le hacía; y además, como siempre me presentaba ante Él con mis más hermosos trajes, mi virtud, mi honradez y las preeminencias que creía poseer en mayor grado que otras se las mostraba con contentamiento; pero Él, en medio de mis adornos, parecía no reparar en mí.

Un cortesano que fuera tratado de tal modo por el príncipe de quien espera su dicha mostraríase muy intranquilo; pero yo no sentía ningún daño en mi ánimo. Tenía todo lo que necesitaba: salud y comodidades; si Dios quería aceptar mis presentes, quedaba satisfecha; si no lo quería, pensaba yo, en todo caso habría cumplido con mi deber.

Cierto que entonces no me formulaba así mi pensamiento; pero éste era, no obstante, el verdadero estado de mi alma. Mas ya se habían adoptado entonces las medidas necesarias para cambiar y purificar mis sentimientos.

Llegó la primavera, y Narciso me visitó, sin anunciarse, en ocasión en que estaba yo completamente sola en casa. Entonces se presentó como enamorado y me preguntó si quería concederle mi amor, y también mi mano, en el caso de que obtuviera un honroso y bien dotado puesto.

Había sido, a la verdad, admitido entre nuestros funcionarios; sólo que al principio teníanlo algo postergado, en vez de elevarlo rápidamente, porque temían su ambición, y como tenía fortuna personal, lo dejaban reducido a un pequeño sueldo.

A pesar de todo mi cariño hacia él, sabía que no era persona con quien se pudiera proceder sin reservas. Por ello, supe dominarme y le dije que se dirigiera a mi padre, de cuya aprobación no parecía él dudar, y quería antes de hablarle ponerse de acuerdo conmigo. Acabé concediéndole el sí, aunque con la necesaria condición de la aprobación de mis padres. Habló entonces solemnemente con ambos; mostraron su satisfacción y se dieron palabra mutuamente, para el caso, que era de esperar no se dilataría, de que obtuviera él un ascenso. Notificóseles el pacto a las hermanas y a las tías, ordenándoles el más severo secreto.

De este modo, el amante se había trocado en prometido. La diferencia entre ambas cosas mostrose ser muy grande. Si alguien pudiera convertir en prometidos a los amantes de todas las muchachas sensatas sería gran beneficio para nuestro sexo, aun cuando de tal relación no debiera resultar un matrimonio. El amor entre ambas personas no disminuye con ello, pero se hace más razonable. Al punto desaparecen innumerables locurillas, todas las coqueterías y caprichos. Si el prometido nos manifiesta que le gustamos más con una cofia de mañana que con los más hermosos tocados, entonces una muchacha sensata se hace indiferente al peinado, y nada es más natural sino que también él piense sólidamente y más bien desee formar un ama de casa para sí que una muñeca para el mundo. Y lo mismo ocurre en todas las demás cuestiones.

Si la tal muchacha, al mismo tiempo, tiene la dicha de que su prometido sea persona inteligente e instruida, aprende más con él de lo que puede enseñar una universidad y el viajar por países extranjeros. No sólo acepta gustosa toda la instrucción que él le da, sino que también procura avanzar cada vez más por ese camino. El amor hace posibles muchos imposibles, y, por último, la acomoda desde el primer momento a la sumisión, tan necesaria y conveniente para el sexo femenino; el prometido no domina como el esposo; no hace más que rogar, y su amada trata de adivinar lo que desea y realizarlo antes de que él se lo haya suplicado.

De tal manera, la experiencia me ha enseñado cosas de cuyo conocimiento no querría carecer a ningún precio. Yo era feliz, verdaderamente feliz; todo cuanto se puede serlo en el mundo, es decir, por poco tiempo.

Pasó un verano en medio de estas tranquilas alegrías. Narciso no me dio ni la menor ocasión de queja; era cada vez más querido para mí; mi alma entera dependía de él; eso lo sabía él bien y sabía apreciarlo. Mientras tanto, de diversas pequeñeces, poco visibles, urdiose lo que poco a poco debía perjudicar a nuestras relaciones.

Narciso, como prometido, rodeábame constantemente de sus cuidados y jamás osaba pretender de mí lo que todavía nos estaba prohibido. Pero éramos de opiniones muy diferentes en cuanto a los límites de la virtud y la moralidad. Yo quería marchar con toda firmeza y no permitía ninguna libertad sino aquellas que en cualquier caso hubieran podido ser sabidas por todo el mundo. Él, acostumbrado a golosinas, encontraba este régimen

demasiado severo; de aquí se originaron perpetuas discusiones; él alababa mi conducta y trataba de zapar mi resolución.

Volví a acordarme de lo que llamaba «serio» mi antiguo maestro de idiomas, y, al mismo tiempo, del auxilio al cual, según le había indicado entonces, acudiría para defenderme de aquel peligro.

Había vuelto a entrar algo en relaciones con Dios. Me había dado un amable prometido y le estaba agradecida por ello. El propio amor terreno concentraba mi espíritu y lo ponía en conmoción, y el ocuparme de Dios no estaba en contradicción con ello. Fue muy natural que me quejara a Él de lo que me daba miedo y no observé que yo misma deseaba y apetecía lo que me lo inspiraba. Imaginábame ser muy fuerte y no imploraba: «No nos dejes caer en la tentación». En mi pensamiento estaba yo muy lejos de la tentación. Con estos vanos oropeles de virtud personal presentábame osadamente ante Dios; Él no me rechazó; después del más pequeño movimiento de acercarme a Él, dejaba en mi alma una impresión de dulzura y esta impresión me impulsaba a volver a buscarlo.

Todo el mundo estaba muerto para mí, excepto Narciso; fuera de él, nada tenía atractivo para mí. Hasta mi afición por las galas no tenía otro objeto que agradarle; si supiera que él no había de verme, no emplearía ningún cuidado en ello. Me gustaba bailar; pero cuando él no estaba presente me parecía como si no pudiera soportar la fatiga de aquellos movimientos. Para una brillante fiesta a la que no debiera asistir él no sabía procurarme un trajo nuevo ni hacer que me pusieran a la moda los antiguos. Un bailarín era tan grato para mí como cualquier otro, o, por mejor decir, tan fastidioso para mí como cualquier otro. Creía haber pasado bien mi velada si podía sentarme con las personas mayores a una mesa de juego, cosa en la cual no encontraba ni el placer más pequeño, y si algún antiguo y buen amigo me reprochaba por ello medio en broma, yo me sonreía, quizá por primera vez en toda la noche. Ocurríame lo mismo en los paseos y con todas las diversiones de sociedad que puedan imaginarse.

Sólo a él habíalo elegido mi corazón; parecíame que sólo para él había yo nacido; nada ansiaba sino su cariño.

De este modo, hallábame con frecuencia sola en las reuniones, y la soledad total era la preferida para mí. Sólo que mi activo espíritu no podía dormir ni soñar; sentía y pensaba, y poco a poco alcancé la capacidad de hablar con Dios de mis sentimientos y pensamientos. Entonces se desenvolvieron en mi alma sentimientos muy de otra clase que no contradecían a los primeros; pues mi amor hacia Narciso acomodábase a los planes totales de la Creación y no chocaba con ninguno de mis deberes. No se contradecían, aunque fueran infinitamente diferentes. Narciso era la única imagen que flotaba ante mí, a la que refería todo mi amor;

pero el otro sentimiento no se refería a ninguna imagen y era inefablemente grato. Ya no lo experimento y no puedo ya proporcionármelo.

Mi amado, que conocía en general todos mis secretos, no sabía nada de éste. No tardé en notar que pensaba muy de otro modo; con frecuencia me daba obras que, con armas pesadas o ligeras, atacaban lo que se puede llamar las relaciones con lo invisible. Leía yo esos libros porque procedían de él, y al final no sabía palabra de lo que estaba contenido en ellos.

Tampoco dejábamos de tener discusiones sobre la ciencia y los conocimientos; conducíase él como todos los hombres: mofábase de las mujeres sabias e instruíame infatigablemente. Solía hablar conmigo de todos los asuntos, excepto de las cuestiones jurídicas, y trayéndome constantemente libros de todas clases, repetíame con frecuencia la grave lección de que una mujer tiene que tener su ciencia más oculta que un calvinista su fe en país católico; y como realmente yo sabía mostrarme de modo natural ante el mundo, como si no fuera más sabia e instruida de lo que antes lo era, llegada la ocasión, era él quien no podía resistir a la vanidad de hablar de mis méritos.

Un hombre de mundo, célebre, muy apreciado entonces a causa de su influencia, sus talentos y su ingenio, tuvo gran acogida en nuestra Corte. Distinguió singularmente a Narciso y lo tenía constantemente junto a sí. Discutieron, entre otras cosas, sobre la virtud de las mujeres. Narciso me comunicó al detalle su conversación, no dejé yo de hacerle mis observaciones, y mi amigo deseó de mí que las consignara por escrito. Escribía yo en francés bastante fácilmente; había recibido de mi viejo maestro una enseñanza fundamental. La correspondencia con mi amigo era siempre en ese idioma, y una educación distinguida no podía adquirirse entonces más que en libros franceses. Mis notas gustáronle al conde; tuve que darle a conocer también algunas cancioncillas que había compuesto poco antes. En una palabra, Narciso pareció enorgullecerse de su amada, sin reserva alguna, y, con gran contento suyo, la historia terminó en una ingeniosa epístola en versos franceses, que el conde le envió al tiempo de partir, en la cual se aludía a sus amistosas disputas, y al fin de la cual mi amigo era celebrado por dichoso, porque, al cabo de tantas dudas y errores, aprendería del modo más firme lo que es la virtud entre los brazos de una esposa encantadora y honesta.

Esta epístola me fue mostrada antes que a nadie, y después casi a todo el mundo, y cada cual pensó lo que quiso de ello. Ocurrió lo mismo en diversas ocasiones, y en tal forma todos los forasteros a quienes él apreciaba tenían que ser presentados en nuestra casa.

Una familia condal residió durante algún tiempo entre nosotros a causa de nuestro hábil médico. También en esta casa era tratado Narciso como un hijo; llevome allí; encontrábase con estas dignas personas grato entretenimiento para el espíritu y el corazón, y hasta los más habituales pasatiempos de una reunión parecían en aquella casa menos vacíos que en otra. Todo el mundo sabía lo que había entre nosotros y nos trataban según lo impusieran las circunstancias sin referirse a la relación principal. Si cito esta nueva amistad es porque tuvo alguna influencia sobre mí en lo que ocurrió después en mi vida.

Había pasado así casi un año de nuestras relaciones y con él también había terminado nuestra primavera. Vino el verano y todo se hizo más grave y cálido.

Mediante algunos inesperados fallecimientos quedaron vacantes algunos empleos a los que podía pretender Narciso. Acercábase el momento en que debía decidirse todo mi destino; y mientras Narciso y todos los amigos realizaban en la Corte los posibles esfuerzos para hacer desaparecer ciertas impresiones que le eran desfavorables y proporcionarle el puesto deseado, dirigime yo con mis demandas hacia el amigo invisible. Fui recibida tan amistosamente que me gustó volver a visitarle. Confesé francamente mis deseos de que Narciso obtuviera aquel puesto; sólo que mi súplica no fue impetuosa y no solicitó que el hecho se produjera a consecuencia de mi ruego.

La plaza fuele dada a un solicitante muy inferior en méritos. Me sorprendí violentamente al leerlo en la Gaceta, y corrí a mi cuarto, cuya puerta cerré con cerrojos. El primer dolor disolviose en llanto; mi pensamiento inmediato fue el siguiente: lo ocurrido no lo fue por casualidad; y en seguida tomé la resolución de resignarme de modo perfecto, porque también aquel aparente mal se encaminaría hacia lo que fuera mejor para mí. Entonces penetraron en mí los más dulces sentimientos, disipando todas las nubes de la pesadumbre; sentí que todo era soportable con tal auxilio. Me presenté a la mesa con sereno semblante, con asombro de mis compañeros de casa.

Narciso tenía menos fuerza que yo y tuve que consolarlo. También en su familia ocurrieron contrariedades que lo afligieron mucho, y, dada la verdadera confianza que se había establecido entre nosotros, hízome confidencia de todo. Tampoco eran más dichosas sus negociaciones para pasar a servir al extranjero; por él y por mí sentíalo yo todo profundamente, y todo lo aportaba finalmente a aquel lugar donde eran tan bien acogidas mis peticiones.

Cuanto más suaves eran estas experiencias, tanto más procuraba yo renovarlas buscando consuelo donde tantas veces lo había encontrado; sólo que no siempre lo hallaba: me ocurría como a quien quiere calentarse al sol y encuentra en su camino algo que le hace sombra. «¿Qué es esto?», me preguntaba a mí misma. Investigué después celosamente y observé con claridad que todo dependía de la disposición de mi alma; permanecía fría si no se había encaminado hacia Dios en la dirección debida; no lo sentía actuar sobre mí y no podía percibir su respuesta. Entonces me formulé la segunda pregunta: «¿Qué me impide tomar la debida dirección?» Encontrábame aquí ante un dilatado campo y enmarañeme en una investigación que duró casi todo el segundo año de mi historia de amor. Hubiera podido terminarla antes, pues no tardé en dar con sus huellas; pero no quería confesármelo y buscaba mil efugios.

Hallé muy pronto que la recta dirección de mi alma era turbada por mis locas distracciones y mi preocupación por asuntos indignos; no tardó en ser cosa clara para mí el cómo y el dónde. Pero ¿cómo librarse de un mundo donde todo es indiferencia o locura? Con gusto habría dejado estar así las cosas y habría seguido viviendo al azar, como tanta otra gente que veía se encontraba muy a gusto; pero yo no debía hacerlo; mi interior me lo reprochaba con frecuencia. Si quería retirarme de la sociedad y mudar de relaciones no me era posible. De repente, hallábame encerrada como en un círculo; no podía librarme de

ciertas relaciones, y en las cosas que me tocaban más de cerca actuaban y se acumulaban fatales obstáculos. A menudo acosteme llorando y volví a levantarme así, al cabo de una noche sin sueño; necesitaba un auxilio poderoso, y Dios no me lo proporcionaba mientras corriera de un lado a otro con mi gorro de cascabeles de locura.

Entonces comencé a pesar todas y cada una de mis acciones; primero fueron examinados la danza y el juego. Jamás se dijo algo, jamás fue pensada o escrita alguna cosa en favor o en contra de estas distracciones, que yo no investigara, discutiera, leyera, pesara, aplaudiera o rechazara, atormentándome indeciblemente. Si renunciaba a aquellas cosas, de fijo que ofendía a Narciso, el cual temía extraordinariamente la posición ridícula que nos produce ante el mundo la manifestación de angustiosos escrúpulos. Y como yo hacía lo que yo consideraba locuras perjudiciales, no por gusto, sino sencillamente por agradarle a él, todo aquello llegó a hacérseme espantosamente difícil.

Sin desagradables prolijidades y repeticiones no podría exponer los esfuerzos que empleó para realizar aquellas acciones, que me disipaban y perturbaban mi paz interior, en forma que mi corazón quedara abierto a la actuación del ser invisible, y tuve que reconocer, dolorosamente, que la lucha no podía apaciguarse de aquel modo; porque tan pronto como me ponía los trajes de locura, ésta no era sólo una máscara, sino que penetraba toda mi persona al punto y por completo.

¿Podrá sobrepasar aquí la ley de un simple relato histórico y hacer algunas consideraciones sobre lo que ocurría en mi interior? ¿Qué podía ser lo que había cambiado hasta tal punto mis gustos y manera de pensar, que, a los veintidós años, y aun antes, no encontraba ningún placer en cosas que pueden regocijar inocentemente a las personas de esa edad? ¿Por qué no eran inocentes para mí? Bien puedo decir como respuesta: justamente por no ser inocentes para mí, porque mi alma no me era desconocida como suele serles la suya a las criaturas de mi edad. No; sabía yo, por experiencia que había adquirido sin buscarla, que hay sentimientos más altos, los cuales nos procuran placeres que en vano son buscados en las diversiones, y que estas alegrías más elevadas encierran al propio tiempo un secreto tesoro que nos fortalece en la desgracia.

Pero en los placeres de la vida social y las distracciones de la juventud tenía que residir necesariamente algún intenso encanto que actuaba sobre mí en forma que no me era posible entregarme a ellos como si no hiciera nada. ¡Cuántas cosas podría realizar yo ahora, con gran frialdad, sólo con querer hacerlas, que entonces me extraviaban y hasta amenazaban con hacerse señoras de mi persona! No podía mantenerme en un término medio; tenía que privarme de aquellos placeres seductores o de las restauradoras sensaciones internas.

Pero ya, sin que yo lo supiera, estaba decidida la lucha en el fondo de mi alma. Aunque hubiera algo en mí que anhelara los goces mundanos, ya no era capaz de gozar de ellos. Por mucho que ame uno el vino, perderá todas las ganas de beber si se encuentra en una bodega llena de toneles cuyo aire viciado amenaza ahogarlo. El aire puro es mejor que el vino, sentíalo yo vivamente, y ya desde el principio me habría costado muy pocas reflexiones el preferir lo bueno a lo atractivo, si no me hubiera detenido el miedo de perder el favor de Narciso. Pero como, por último, al cabo de mil especies de combates, después de meditaciones siempre repetidas, lanzara también una aguda mirada sobre los lazos que me

unían con él, descubrí que eran débiles y que podían romperse. Reconocí de pronto que eran solamente como una campana de cristal que me mantenía encerrada en un espacio privado de aire; sólo con tener la fuerza suficiente para romperla, estaría ya salvada.

Dicho y hecho. Me quité la careta y procedí en todos los casos según lo que me inspiraba mi corazón. Siempre había amado yo tiernamente a Narciso, pero el termómetro, que antes había estado sumergido en agua caliente, pendía ahora en el aire natural; no podía subir más arriba del grado de calor que poseyera la atmósfera.

Por desgracia, ésta enfriose mucho. Narciso comenzó a hacerse atrás y a conducirse como desconocido; era dueño de hacerlo; pero mi termómetro descendía a medida que se iba él retirando. Mi familia lo notó, interrogáronme, parecieron sorprenderse. Declaré, con viril obstinación, que me había ya sacrificado bastante hasta entonces; que estaba dispuesta a seguir compartiendo con él hasta el fin de mi vida todos los sacrificios, pero que pedía plena libertad para mis acciones; que mi hacer y dejar de hacer tenía que depender de mis convicciones; que sin duda no persistiría jamás tercamente en mi opinión; que, por el contrario, oiría gustosa toda razón que se me diera; pero como se trataba de mi propia dicha, la resolución que adoptara tenía que depender de mí misma y no soportaría ningún género de coacciones.

Así como los razonamientos del más sabio de los médicos no me inclinarían a tomar un manjar, acaso saludable y amado por muchos, tan pronto como me testimoniara mi experiencia que era dañino para mí, cosa que, por ejemplo, me ocurría con el uso del café, tampoco, y aún mucho menos, consentiría que me presentaran como moralmente tolerable una acción que me perturbara.

Como me había preparado en silencio durante tanto tiempo, las discusiones sobre aquel tema más bien fueron agradables que enojosas para mí. Ensanché mi corazón y sentí todo el valor de mi resolución. No cedí ni en el grueso de un cabello, y rechacé ásperamente a toda persona a quien no era deudora de un respeto filial. Pronto triunfé en mi casa. Mi madre había tenido análogos sentimientos desde su juventud; sólo que no habían llegado a madurez en ella; no la había oprimido ninguna necesidad, elevando su ánimo para que sacara adelante sus convicciones. Se alegraba de ver realizados por mí sus secretos deseos. La hermana más joven pareció ponerse de mi parte; la segunda escuchaba atentamente y en silencio. La tía fue quien expresó más objeciones. Las razones que aducía parecíanle irrefutables, y lo eran, en efecto, por ser totalmente vulgares. Vime por fin obligada a manifestar que bajo ningún concepto tenía voz en el asunto, y rara vez dejonos percibir que perseveraba en sus opiniones. También fue la única persona que vio de cerca el suceso y permaneció sin emocionarse en absoluto. No soy injusta con ella si digo que no tenía espíritu y era de muy limitada comprensión.

Mi padre se condujo de un modo totalmente conforme con su manera de pensar. Sin entrar en detalles, habló frecuentemente conmigo acerca del asunto y sus razones eran sensatas y, desde su punto de vista, irrefutables; sólo el hondo sentimiento de mi derecho me dio fuerza para disputar con él; pero pronto se cambió la escena y tuve que apelar a su corazón. Oprimida por su inteligencia, prorrumpí en las más tiernas explosiones de afecto. Di libre curso a mis palabras y a mis lágrimas. Mostré cuánto amaba a Narciso y cuánta

violencia me venía imponiendo desde hacía dos años; lo segura que estaba de proceder rectamente; que estaba dispuesta a sellar esta convicción con la pérdida del novio amado y de la felicidad aparente, y hasta, si fuera necesario, con la de todos mis bienes; que prefería abandonar mi país, padres y amigos y ganar mi pan en el extranjero a proceder contra mis convicciones. Ocultó él su emoción, guardó silencio durante algún tiempo, y, por último, se declaró abiertamente de mi lado.

Narciso, desde entonces, evitó venir a nuestra casa y mi padre renunció a ir a la reunión semanal donde se encontraban. La cosa produjo sensación en la Corte y la ciudad. Hablose de ello como es costumbre en tales casos, en los que el público suele tomar vivamente parte, porque tiene el mal hábito de ejercer cierta influencia en las resoluciones de los espíritus débiles. Conocía yo bastante bien el mando y sabía que con frecuencia somos precisamente censurados por las personas que nos han movido a hacer aquella cosa, y, aun sin eso, habrían sido menos que nada para mi íntima resolución todas esas opiniones transitorias.

En cambio, no me privé a mí misma de conservar mi cariño por Narciso. Se había hecho invisible para mí y mi corazón no había cambiado con respecto a él. Amábalo tiernamente, de un modo nuevo y mucho más reposado que antes. Sería suya si no pretendía él perturbar mis convicciones; sin esta condición, renunciaría hasta a un reino que tuviera que compartir con él. Durante varios meses mantuve en mi interior estos sentimientos o ideas, y, por último, como me sintiera ya bastante fuerte y serena para actuar con tranquilidad y reposo, escribile una esquela, cortés pero no tierna, preguntándole por qué no venía ya a verme.

Como conocía su modo de ser y sabía que no le gustaba dar explicaciones ni en las cosas pequeñas, sino hacer en silencio lo que le pareciera bien, con toda premeditación tomé esta iniciativa con él. Recibí una respuesta larga y que me pareció insípida, escrita en un estilo difuso con frases insignificantes: decía que sin obtener un puesto mejor no podía ofrecerme su mano; que yo sabía como nadie os obstáculos que se le habían opuesto hasta entonces; que creía que unas relaciones tan largamente continuadas y sin resultado alguno podrían perjudicar mi renommée, y que le permitiera mantenerse en el actual alejamiento; tan pronto como estuviera en situación de hacerme feliz, sería sagrada para él la palabra que me había dado.

Respondile al instante que el asunto era conocido de todo el mundo; que acaso era un poco tarde para proteger mi renommée, la cual tenía en mi conciencia e inocencia sus más firmes fiadores; pero le devolvía sin vacilar su promesa y deseaba que con ello pudiera encontrar su dicha.

Antes de una hora recibí una breve respuesta que en lo esencial sonaba plenamente como la primera. Insistía en que una vez obtenida una colocación me preguntaría si quería compartir con él su destino.

Para mí aquello fue lo mismo que nada. Declaré a mis parientes y conocidos que la cuestión estaba terminada, y estábalo así realmente. Pues nueve meses después, al ser promovido al cargo deseado, ofreciome de nuevo su mano, pero, a la verdad, con la condición de que había de cambiar de opiniones, como esposa de un hombre que tenía que

recibir gente en su casa. Dile atentamente las gracias y me apresuré a apartar el corazón y el pensamiento de tal historia, como anhelamos vernos fuera del teatro una vez que ha caído el telón. Y como poco tiempo después, cosa que le era entonces muy fácil, hubiera encontrado un partido rico y brillante, y supiera yo que era feliz a su manera, mi tranquilidad llegó a ser perfecta.

No debo pasar en silencio que antes de que hubiera obtenido él su empleo, y también después, me fueron hechas honrosas proposiciones matrimoniales, que yo rechacé sin reflexión, aunque mi padre y mi madre hubieran deseado más condescendencia de mi parte.

Pareciome entonces que después de unos tormentosos meses de marzo y abril, érame deparado el más hermoso tiempo de mayo. Con excelente salud, gozaba de una indescriptible paz de ánimo; miráralo como quisiera, no había hecho más que ganar con aquella pérdida. Joven y llena de sensibilidad como yo era, encontraba la Creación mil veces más hermosa que en aquellos tiempos en que tenía necesidad de compañía y juego para que no se me hicieran largas las horas en un hermoso jardín. No habiéndome ni una sola vez avergonzado de mi devoción, no tenía alma para ocultar mi amor por las artes y las ciencias. Dibujaba, pintaba, leía y encontraba bastantes gentes para prestarme apoyo; en lugar del gran mundo que había abandonado, o más bien del que había sido abandonada, formose uno pequeño en torno a mí, que era mucho más rico y entretenido. Sentía yo afición por la vida social, y no niego que me espantaba la soledad al renunciar a mis antiguas relaciones. Ahora me encontré bastante compensada, acaso demasiado. Mis relaciones comenzaron entonces a hacerse muy extensas no sólo entre compatriotas cuyo modo de pensar coincidía con el mío, sino entre extranjeros. Mi historia había hecho ruido y había mucha gente curiosa de ver a la muchacha que había estimado en más a Dios que a su novio. Notábase, en general, entonces cierta predisposición religiosa en Alemania. En muchas casas de príncipes y condes había una viva preocupación por la salud del alma. No faltaban gentes nobles que abrigaran iguales intereses, y entre las clases inferiores estaban plenamente extendidos tales sentimientos.

La familia condal que he mencionado arriba buscó entonces más mi trato. Habíase extendido mientras tanto, ya que algunos parientes suyos también habían venido a vivir en la ciudad. Estas excelentes personas buscaron mi sociedad como yo la suya. Tenían gran parentela, y en aquella casa conocí a gran parte de los príncipes, condes y señores del imperio. Mi modo de pensar no era secreto para nadie, y ya lo admiraran, o sólo lo toleraran, alcanzaba yo mi objeto y quedaba sin contienda.

No obstante, aún había yo de volver a ser llevada al mundo muy de otra manera. Precisamente entonces asentose por largo tiempo entre nosotros un medio hermano de mi padre, que, en general, sólo de paso nos había visitado. Habíase apartado del servicio de una Corte, donde era muy querido y tenía gran influencia, sólo porque no iban allí todas las cosas según sus opiniones. Su razón era recta y severo su carácter, siendo en ello muy semejante a mi padre; sólo que éste poseía al mismo tiempo cierto grado de flexibilidad, por lo cual le era más fácil ceder en los asuntos, y sin hacer cosa alguna contra su opinión, dejar que fuera hecha por otros, devorando el disgusto que esto le producía, ya silenciosamente, consigo mismo, o en la intimidad de su familia. Mi tío era mucho más joven y su independencia de carácter era no escasamente fortalecida por su posición

económica. Había tenido una madre muy rica y todavía debía esperar mayor fortuna de parientes cercanos y lejanos; no necesitaba de ningún recurso ajeno, mientras que mi padre, con su módico caudal, estaba ligado al servicio por el sueldo.

Mi tío se había hecho aún más inflexible por sus desgracias domésticas. Había perdido tempranamente a una mujer encantadora y un hijo lleno de esperanzas y pareció, desde aquel tiempo, querer alejar de sí todo lo que no dependiera de su voluntad.

En la familia susurrábase a veces, con cierta complacencia, que probablemente no volvería a casarse, y que nosotros, los hijos de su hermano, podíamos considerarnos ya como herederos de su gran fortuna. No presté gran atención a ello; pero la conducta de los demás estaba no poco determinada por estas esperanzas. A pesar de su firmeza de carácter, tenía por costumbre no contradecir a nadie en la conversación, más bien escuchaba benévolamente las opiniones de cada cual y hasta las apoyaba con razones y ejemplos conformes con el modo como consideraba el asunto su interlocutor. Quien no le conocía pensaba siempre estar de acuerdo con él; pues poseía un espíritu superior y podía colocarse en todos los puntos de vista. No tuvo igual suerte conmigo, pues aquí se trataba de sentimientos, materia sobre la cual no tenía en absoluto ninguna idea; aunque me hablara con mucha consideración, simpatía e inteligencia acerca de mis convicciones, me sorprendía mucho que manifiestamente careciera de todo concepto de Aquel en quien descansaba la base de todas mis acciones.

Por muy secreto que fuera, al cabo de algún tiempo descubriose el objeto de su desacostumbrada permanencia en nuestra casa. Según pudo por fin observarse, había puesto los ojos en nuestra hermana más joven, para casarla a su gusto y hacerla feliz; y, ciertamente, con sus dones corporales y espirituales, y sobre todo si además le era dado colocar en el platillo de la balanza una considerable fortuna, podía aspirar a los mejores partidos. También dio a conocer, como en pantomima, su opinión acerca de mí, haciendo que obtuviera un cargo de canonesa, del que muy pronto comencé a cobrar las rentas.

Mi hermana no estaba tan satisfecha ni agradecida a sus cuidados como yo. Me descubrió que tenía unos amoríos que hasta entonces había sabido ocultar prudentemente, pues temía mucho, como así ocurrió en efecto, que de todas las maneras posibles le desaconsejara yo las relaciones con un hombre que no hubiera debido agradarle. Hice cuanto pude y logré triunfar. Las intenciones del tío eran demasiado serias y claras y la perspectiva ofrecida a mi hermana demasiado seductora, desde su punto de vista mundano, para que no hubiera debido tener fuerzas para renunciar a una inclinación que su propia razón desaprobaba.

Cuando vio el tío que ya no se esquivaba como antes a su suave dirección, no tardó en quedar asentado el fundamento de sus planes. Fue nombrada dama de honor en una Corte vecina, donde podía ser confiada a la vigilancia y dirección de una amiga del protector que gozaba de gran consideración como camarera mayor de palacio. Acompañela al lugar de su nueva residencia. Ambas pudimos quedar muy satisfechas con el recibimiento que se nos hizo, y a veces tenía yo que sonreírme del personaje que representaba en el mundo, dada mi personalidad de canonesa, de joven y piadosa canonesa.

En años anteriores, tal situación me habría confundido mucho y hasta quizá me habría hecho perder la cabeza; pero entonces permanecí yo muy serena en medio de todo lo que me rodeaba. Con gran resignación dejaba que me peinaran durante un par de horas, me componía, y en nada pensaba, en medio de todo ello, sino que, dada mi situación, no tenía más remedio que ponerme aquella librea de gala. En los salones llenos de gente hablaba yo con todos y con cada uno sin que ninguna figura ni persona dejara en mí fuerte impresión. Cuando regresaba a casa, el cansancio de las piernas era en general la única sensación que traía conmigo. Para mi inteligencia, sin embargo, fueron útiles las muchas personas que veía, y, como modelo de todas las virtudes humanas, de una conducta noble y excelente, conocí allí diversas damas, en especial la camarera mayor de palacio bajo cuya dirección tenía la suerte de educarse mi hermana.

No obstante, a mi regreso advertí que para mi salud no había tenido muy dichosas consecuencias aquel viaje. En medio de la mayor sobriedad y el régimen más severo, no había sido yo, como de costumbre, dueña de mi tiempo y de mis fuerzas. La comida, el movimiento, el levantarse y el acostarse, el vestirse y el salir en coche no habían dependido, como en mi casa, de mi voluntad y de mis sensaciones. En el curso de la vida de sociedad no puede uno detenerse sin ser descortés, y todo lo necesario cumplíalo yo con gusto, porque lo consideraba como un deber, porque sabía que pronto dejaría de hacerlo y porque me encontraba más fuerte que nunca. No obstante, aquella vida agitada, extraña a mis costumbres, debió actuar más fuertemente en mí de lo que lo notaba; pues apenas hube regresado a mi casa y alegrado a mis padres con un tranquilizador relato, cuando me atacó una hemoptisis, que, aunque no fuera peligrosa y estuviera pronto dominada, dejó tras sí durante largo tiempo una notoria debilidad.

Con ello tuve que aprender otra vez una nueva lección. Hícelo con alegría. Nada me atraía en el mundo, y estaba convencida de que nunca encontraría en él lo conveniente; por tanto, hallábame en la más serena y tranquila situación y lograba vida al renunciar a la vida.

Tuve que soportar una nueva prueba, ya que mi madre fue acometida por una dolencia abrumadora que sufrió durante cinco años antes de pagar su tributo a la naturaleza. En aquel tiempo tuve que hacer muchos ejercicios. Con frecuencia, cuando su congoja se hacía demasiado fuerte, nos hacía llamar a todos por la noche, al lado de su lecho, para ser siquiera distraída, ya que no mejorada, por nuestra presencia. Más grave aún y apenas soportable hízose la carga cuando también el padre comenzó a ponerse enfermo. Desde la juventud había padecido con frecuencia violentos dolores de cabeza, que, cuando más, le duraban treinta y seis horas. Pero entonces se hicieron permanentes, y cuando llegaban hasta el más alto grado me desgarraban el corazón sus quejas. En medio de estas tormentas fue cuando más sentí mi debilidad corporal, porque me impedía cumplir mis más santos y queridos deberes o me hacía su ejercicio extraordinariamente penoso.

Entonces pude examinarme para ver si el camino que había yo emprendido era el de la verdad o el de la fantasía; si acaso sólo había guiado yo mi pensamiento por el de los otros, o si tenía realidad el objeto de mi fe; y para gran consuelo mío, siempre descubrí en mi interior esto último. Había buscado y encontrado el recto rumbo de mi corazón hacia Dios, el trato con los beloved ones, y esto era lo que me lo facilitaba todo. Lo mismo que busca la

sombra el caminante, corría mi alma en demanda de aquel asilo protector cuando todo lo exterior me abrumaba, y nunca volvía con las manos vacías.

En tiempos recientes, algunos defensores de la religión, que parecen poseer más celo que sensibilidad para experimentarlo, han solicitado de sus compañeros de fe que den a conocer los casos en que realmente hayan sido exaudidos sus ruegos, probablemente porque desean tener documentos legalizados para atacar diplomática y jurídicamente a sus adversarios. ¡Qué desconocido tiene que ser para ellos el verdadero sentimiento religioso y qué poco auténticas deben ser las experiencias por ellos realizadas!

Bien puedo decirlo: jamás volví con las manos vacías cuando busqué a Dios con angustia y dolor. Esto es decir muchísimo, pero ni puedo ni me es dado decir más. Cuanta mayor fuera la importancia que para mí tuviera cada experiencia, tanto mas apagado, insignificante e inverosímil sería su relato, si quisiera citar casos particulares. Qué feliz era yo de que mil pequeños hechos me probasen a la vez, con igual certidumbre que la de que respirar es signo de vida, que no estaba yo sin Dios en el mundo. Estaba cerca de mí; yo estaba ante Él. Esto es lo que puedo decir con gran verdad, evitando diligentemente todo el sistemático lenguaje de la Teología.

¡Cuánto habría deseado yo que también entonces hubiera sido totalmente ajena a todo sistema! Pero ¿quién arriba pronto a la felicidad de tener conciencia de su propio yo, en una pura armonía, sin mezcla de formas extrañas? Era asunto grave para mí el de mi salud espiritual. Me fiaba modestamente de ajenas autoridades; me entregué por completo al sistema confesional de Halle, aunque todo mi ser no quisiera en modo alguno acomodarse con él.

Según esta doctrina, el cambio del corazón tiene que comenzar con un profundo horror del pecado; en esta angustia, el corazón tiene que reconocer ya, en grado mayor o menor, los castigos que ha merecido, y sentir ese pregusto del infierno que amarga los placeres pecaminosos. Por último, tiene que sentir una seguridad muy fuerte en la gracia, la cual, en adelante, ocúltase, no obstante, con frecuencia, teniendo que volver a ser buscada con el celo más grande.

Ni de cerca ni de lejos ocurríame a mí nada de ello. Cuando buscaba sinceramente a Dios, dejábase hallar y no me reprendía por las cosas pasadas. Bien veía yo, en mi pasado, en qué cosas había sido indigna culpable, y sabía también en qué lo era todavía; pero la confesión de mis faltas hacíase sin congoja. Ni por un momento se me presentó el temor al infierno, y hasta la idea de un espíritu maligno y un lugar de castigo y tormento después de la muerte no podía en modo alguno encontrar puesto en el círculo de mis pensamientos. Encontraba ya tan desgraciados a los hombres que vivían sin Dios, cuyo corazón estaba cerrado a la confianza y al amor de lo invisible, que un infierno y las penas exteriores más bien parecían prometerme una dulcificación que amenazarme con un recargo de castigo. Sólo necesitaba ver en este mundo a los hombres que dan espacio en su pecho a sentimientos de odio; que se endurecen contra el bien, de cualquier clase que sea, y quieren imponer el mal a los otros; que prefieren cerrar durante el día los ojos sólo para poder afirmar que el sol no derrama ningún resplandor... ¡Desgraciados sobre toda expresión me

parecían tales hombres! ¿Quién hubiera podido crear un infierno para empeorar su situación?

Esta disposición de ánimo perseveró en mí, un día tras otro, durante diez años. Conservose a través de muchas pruebas, y hasta a la cabecera atormentadora del lecho de muerte de mi querida madre. Fui lo bastante franca en aquella ocasión para no ocultar el sereno estado de mi ánimo a gentes piadosas, pero de una piedad completamente oficial, y tuve que soportar diversos amistosos reproches. Creían hacerme ver a tiempo bastante la seriedad con que hay que proceder, en los días de salud, para fundamentar nuestra fe sobre sólidos cimientos.

Seriedad no quería yo que me faltara. Dejéme convencer por el momento, y me habría gustado estar triste y llena de espanto al pensar en mi vida eterna; pero ¡cuánto no me asombré al ver que en modo alguno me era posible conseguirlo! Si pensaba en Dios, sentíame serena y contenta; aun al ver el doloroso fin de mi querida madre no me estremecía ante la muerte. Sin embargo, en horas tan solemnes aprendí mucho y muy de otro tono de lo que creían ser conveniente para mí mis espontáneos maestros.

Poco a poco pareciéronme dudosos los puntos de vista de tan famosos personajes y conservé secretamente mis opiniones. Cierta amiga, a quien al principio había consentido yo muchas cosas, quería, por último, injerirse constantemente en mis asuntos; también me vi obligada a librarme de ella, y cierta vez díjele muy resuelta que debía evitarse aquella molestia, ya que no necesitaba yo de sus consejos: «Conozco a mi Dios y sólo a él quiero tenerlo por guía». Sintiose muy ofendida, y creo que jamás me lo ha perdonado por completo.

Esta resolución de substraerme a los consejos y a la influencia de mis amigos en cosas espirituales tuvo por consecuencia el que también adquiriera ánimos para seguir mi propio camino en las relaciones de la vida social. Sin la asistencia de mi guía fiel e invisible hubiera podido irme mal, y, además, tengo que maravillarme de la sabia y feliz dirección que supo imprimirme. Nadie sabía exactamente lo que yo necesitaba, y lo ignoraba yo misma.

La cosa, la cosa mala, todavía nunca explicada, que nos aparta del Ser a quien debemos la existencia, del Ser en quien tiene que sustentarse todo lo que se llama vida, la cosa titulada pecado, no era todavía conocida para mí.

En el trato con el amigo invisible sentía el más dulce goce de todas las fuerzas de mi vida. El deseo de gozar siempre de esa felicidad era tan grande, que abandonaba gustosa cuanto perturbara ese comercio, y en ello, la experiencia era mi mejor maestra. Sólo que pasaba conmigo lo mismo que con los enfermos que no poseen ningún medicamento y tratan de valerse con un régimen dietético. Sirve para algo, pero ni con mucho es suficiente.

En la soledad no podía permanecer yo siempre, aunque encontrara en ella el mejor remedio contra las distracciones del pensamiento, tan propias de mí. Si desde ella salía a los tumultos del mundo, hacían sobre mí una impresión mucho más grande. Mi ventaja más característica consistía en que el amor por el retiro era dominante, y, al final, siempre

acababa por volverme a él. Como en una especie de crepúsculo, reconocía mi miseria y mi debilidad, y para valerme contra ellas procuraba reservarme, no exponerme.

Durante siete años había practicado yo mis prescripciones dietéticas. No me tenía por mala y encontraba mi situación digna de envidia. Sin circunstancias y relaciones especiales habría permanecido en este grado, y si caminé más adelante fue sólo por una vía muy singular. Hice una amistad nueva contra el consejo de todos mis amigos. Al principio hacíanme vacilar sus objeciones; pero en seguida volvime hacia mi guía invisible, y como éste me lo aprobara, proseguí sin reflexionar por mi senda.

Un hombre de espíritu, de corazón y talentos había comprado fincas en la vecindad. Entre los extranjeros a quienes conocí figuraban también su familia y él. Coincidimos en nuestras costumbres, hábitos y disposiciones domésticas, y por ello pronto pudimos hermanar uno con otro.

Filo, así quiero llamarlo, era ya persona de alguna edad, y mi padre, cuyas fuerzas comenzaban a menguar, recibió de él el mayor auxilio en diversos asuntos. Pronto se hizo amigo especial de nuestra casa; y como, según decía, encontraba en mí una persona que no tenía ni la disipación y el vacío del gran mundo ni la sequedad y escrúpulos de los devotos, no tardamos en ser íntimos amigos. Era para mí muy agradable y útil.

Aunque no tuviera yo ninguna disposición ni tendencia a mezclarme en asuntos mundanos ni a buscar ningún influjo en ellos, con gusto oía hablar de todo aquello y me agradaba saber lo que pasaba cerca y lejos. Sobre las cosas del mundo me gustaba adquirir un frío y claro conocimiento; sentimientos, ternura, afectos reservábalos yo para mi Dios, para los míos y para mis amigos.

Estos últimos, si me es lícito hablar así, estaban celosos de mi nueva relación con Filo, y en más de un sentido tenían razón al amonestarme por ello. Sufrí mucho en silencio, pues yo misma no podía considerar sus objeciones como cosa totalmente vacía o interesada. Desde siempre estaba acostumbrada a subordinar a los ajenos mis personales puntos de vista, y, no obstante, aquella vez mi convicción no quería ceder. Rogué a mi Dios que también me amonestara en aquello, me opusiera obstáculos y me guiara; pero como mi corazón no me lo disuadió, proseguí consolada por mi senda.

Filo tenía, en términos generales, una remota semejanza con Narciso; sólo que una educación piadosa había dado más consistencia y vida a sus sentimientos. Tenía menos vanidad, más carácter, y si el primero era fino, exacto, perseverante e infatigable en asuntos mundanos, éste era claro, agudo, rápido y trabajaba con una increíble facilidad. Por él conocí las circunstancias íntimas de casi todas las personas de calidad cuyo exterior había conocido en la vida social, y estaba contenta de contemplar desde mi atalaya, aquella lejana turbulencia. Filo no tenía para mí secreto alguno; hízome conocer poco a poco sus relaciones públicas y secretas. Temí por él, pues preví ciertos lances y complicaciones, y el mal vino con rapidez mayor de la que había yo sospechado; pues siempre se había reservado ciertas confidencias y, por último, sólo me reveló lo indispensable para que yo pudiera adivinar lo peor.

¡Qué efecto produjo sobre mi corazón! Llegaba yo a experiencias completamente nuevas para mí. Con una indescriptible melancolía vi un Agatón, educado en los boscajes de Delfos, que aún era deudor del precio de su aprendizaje y lo pagaba ahora con los más onerosos intereses, y este Agatón era el amigo tan estrechamente ligado a mí. Mi simpatía fue viva y completa; sufrí con él y nos encontramos ambos en la situación más extraña.

Después de haberme ocupado largo tiempo de la situación de su ánimo, dirigí mis reflexiones hacia mí misma. La idea de que no era yo mejor que él elevose ante mí como una nubecilla, extendiose poco a poco y entenebreció toda mi alma.

Entonces ya no me atuve a decirme que no era yo mejor que él; lo sentí, y lo sentí de tal manera, que no quisiera sentirlo otra vez. Y no fue una rápida transición; tuve que experimentarlo durante más de un año, en tal forma, que, si una mano invisible no me hubiera mantenido guardada, habría podido convertirme en un Girard, un Cartouche, un Damiens, o cualquier otro monstruo que se quiera citar: sentía claramente en mi corazón disposiciones para ello. ¡Dios mío, qué descubrimiento!

Si hasta entonces ni del modo más débil había podido advertir en mí, por experiencia, la realidad del pecado, ahora habíaseme hecho espantosamente clara, en el pensamiento, la posibilidad del mismo, y no obstante, yo no conocía el mal, no hacía más que temerlo; sentía que podía llegar a ser culpable y no tenía de qué acusarme.

Por muy profundamente convencida que estuviera yo de que una disposición de espíritu tal como la tenía que reconocer en mí no podía convenir a la unión con el Ser Supremo que esperaba para después de la muerte, no temía caer en tal alejamiento. A pesar de todo lo malo que descubría en mí, amaba a ese Ser y odiaba lo que en mí sentía, deseaba odiarlo aún más vivamente, y todos mis deseos eran ser librada de aquella enfermedad y de aquella disposición enfermiza, y estaba segura de que el gran médico no me negaría su auxilio.

La única cuestión era saber cómo se curaba aquel mal. ¿Ejercicios de virtud? Ni siquiera podía pensar en ello; pues durante diez años había ido más allá de ejercitar la simple virtud, y las iniquidades, ahora conocidas, habían estado ocultas para mis ojos en lo profundo de mi alma. ¿No habrían podido estallar de repente, como en David, a pesar de ser amigo de Dios, cuando descubrió a Betsabé, y no estaba yo también convencida en lo más íntimo de que Dios era mi amigo?

¿Serían por tanto una incurable flaqueza de la humanidad? ¿Tenemos que resignarnos a sufrir alguna vez el señorío de nuestras inclinaciones y a que, con la mejor voluntad, no nos quede otra cosa sino detestar la caída que hemos dado y volver a caer de nuevo al presentarse análoga ocasión?

De la moral no podía extraer ningún consuelo. Ni la severidad con que pretende dominar nuestras inclinaciones, ni la complacencia con que querría convertirlas en virtudes podían serme suficientes. Los principios fundamentales que me había infundido mi comercio con el amigo invisible tenían ya para mí un valor mucho más decisivo.

Estudiando una vez yo los salmos que compuso David después de su horrible catástrofe, fue muy sorprendente para mí el que descubriera el mal que habitaba en él como residiendo ya en la substancia misma de que estaba él formado, pero que quería ser redimido del pecado y que imploraba del modo más ardiente un puro corazón.

Mas ¿cómo llegar a obtenerlo? Bien conocía yo la respuesta de los libros simbólicos; era también para mí una verdad bíblica que la sangre de Jesucristo nos purifica de todo pecado. Pero sólo entonces advertí que jamás había comprendido yo aun aquella sentencia tan frecuentemente repetida. Las preguntas de ¿qué quiere decir esto?, ¿cómo puede ocurrir tal cosa? formulábanse sin cesar en mí noche y día. Por último, creí ver, en un débil resplandor, que lo que yo buscaba hay que buscarlo en la encarnación del Verbo Divino, mediante la cual todas las cosas fueron creadas y nosotros mismos con ellas. Fueme entonces revelado, como en una crepuscular lejanía, que el Eterno dirigiose una vez, como habitante, hacia las profundidades donde nos escondemos nosotros, penetrándolas y abarcándolas; que recorrió, de grado en grado, toda nuestra humana situación, desde la concepción y el nacimiento hasta la muerte, y que por este extraño rodeo volvió a ascender otra vez a las lucientes alturas donde también nosotros debemos habitar para ser dichosos.

¡Oh! ¿Por qué para hablar de tales cosas tenemos que valernos de imágenes que sólo expresan circunstancias exteriores? ¿Qué cosa hay para Él que sea altura o profundidad, obscuridad o resplandor? Sólo nosotros tenemos un arriba y un abajo, un día y una noche. Y precisamente por ello se hizo semejante a nosotros, porque de otro modo no podríamos tener ninguna participación en Él.

Pero ¿cómo podemos participar en este inestimable beneficio? Mediante la fe, nos responde la Escritura. ¿Qué es, pues, la fe? El juzgar verdadero el relato de un acontecimiento, ¿de qué puede servirme? Es preciso que pueda apoderarme de sus efectos, de sus consecuencias. Esta fe apropiadora tiene que ser un estado muy singular del ánimo, desacostumbrado en el hombre natural.

-¡Pues bien, Todopoderoso, dame la fe! -imploré una vez, con la mayor angustia de corazón. Apoyeme en una mesilla, ante la cual estaba sentada, y cubrí con las manos mi semblante, bañado en lágrimas. Hallábame yo en la situación en que tenemos que estar para que Dios atienda a nuestras súplicas, y en la que nos encontramos rara vez.

¿Quién podría describir ahora lo que yo sentía? Un arrebato lanzó mi alma hacia la cruz, en la que en otro tiempo agonizó Jesús; era un arrebato, no puedo darle otro nombre, totalmente análogo al que conduce nuestra alma hacia una persona querida y ausente, acercamiento acaso mucho más esencial y verdadero de lo que nosotros sospechamos. De este modo, mi alma llegose al que se hizo hombre y falleció en la cruz, y en el mismo momento supe lo que era fe.

-¡Es la fe! -prorrumpí, alzándome de pronto, medio espantada. Trataba de asegurarme de mi sentimiento, de mi intuición, y en breve tiempo estuve convencida de que mi espíritu había recibido una capacidad de remontarse que era completamente nueva para él.

La palabra nos abandona al llegar a tales sentimientos. Puedo distinguirlos con perfecta claridad de toda fantasía; no eran una fantasía, no eran una imagen, y, sin embargo, daban una certeza del objeto a que se referían como no la da la imaginación cuando pinta ante nosotros los rasgos de un querido ausente.

Cuando hubo pasado el primer transporte noté que aquella situación de ánimo me era ya conocida desde antes; sólo que jamás la había sentido con tanta intensidad. Nunca me la había apropiado ni nunca había podido retenerla. Creo, en general, que toda alma humana, una vez u otra, habrá experimentado algo semejante. Sin duda, eso es lo que enseña a cada cual que hay un Dios.

Hasta entonces había estado yo muy contenta con aquella fuerza pasajera, que sólo se presentaba de tiempo en tiempo, y si, por un destino especial, no hubiera sufrido desde hacía años inesperados tormentos; si con ello no hubieran llegado a carecer de todo crédito dentro de mí misma mi capacidad y mi energía, acaso en tal situación habría quedado contenta para siempre.

Pero me habían nacido como alas desde aquel momento. Podía volar por encima de lo que me había amenazado hasta entonces, lo mismo que vuela un ave sobre el torrente más rápido, cantando y sin fatiga, ante el cual se detiene el perrillo, ladrando angustiosamente.

Era indescriptible mi alegría, y aunque a nadie descubrí nada de ello, notaron en mí los míos una serenidad desacostumbrada, sin poder comprender la causa de mi contento. ¡Si siempre hubiera guardado silencio y tratado de mantener encerrada en mi alma aquella pura armonía! ¡Si no hubiera dejado que las circunstancias me arrastraran a revelar mi secreto! En ese caso, habríame ahorrado de nuevo otro gran rodeo.

Como en el curso de los diez años precedentes de mi vida cristiana no había habido en mi alma esa fuerza necesaria, me había encontrado en el caso de otras gentes honradas; me había sostenido llenándome la fantasía con imágenes que se referían a Dios, y ya esto es cosa verdaderamente útil, pues con ello serán rechazadas las imágenes perniciosas y sus malos efectos. Además, con frecuencia se apodera nuestra alma de una u otra de esas imágenes espirituales, y merced a ella asciende algo hacia la altura, lo mismo que un pajarillo revolotea de una rama en otra. En cuanto no se posea nada mejor, no hay que rechazar ese ejercicio por completo.

Imágenes e impresiones que llevan hacia Dios nos las proporcionan las instituciones eclesiásticas: campanas, órgano y cánticos y, especialmente, las predicaciones de nuestros maestros. De un modo indefinible sentíame ansiosa de ellas; el mal tiempo ni ninguna debilidad corporal reteníanme de visitar las iglesias, y ya el solo repique dominguero, estando yo en mi lecho de enferma, podía producir en mí alguna impaciencia. A nuestro primer predicador de la Corte, que era un hombre excelente, oíalo yo con el mayor cariño; también estimaba a sus colegas, y sabía escoger las manzanas de oro de la palabra divina, aun hallándose en un vaso de arcilla, entre otras vulgares frutas. A los ejercicios públicos añadía yo, como suele decirse, toda otra suerte de medios particulares de edificación, alimentando con ello sólo mi fantasía y mi delicado sensualismo. Estaba tan acostumbrada a este orden de cosas, respetábalo tanto, que ni aun ahora imagino nada más alto. Pues mi

alma sólo tiene antenas, y no ojos; camina a tientas, y no ve. ¡Ah! ¡Si le fueran concedidos ojos y se le permitiera contemplar!

También ahora volví llena de ardor a los sermones; pero, ¿qué me ocurrió? ¡Ay! No encontré ya allí lo que hallaba en otro tiempo. Aquellos predicadores se gastaban los dientes mordiendo la corteza, mientras yo gozaba del fruto. Pronto tuve que cansarme de ellos; pero estaba demasiado viciada para atenerme sólo a Aquel a quien sabía cómo hallar. Quería imágenes, necesitaba impresiones exteriores y creía experimentar una necesidad puramente espiritual.

Los padres de Filo habían estado en relación con los hermanos moravos; en su biblioteca encontrábanse aún muchas obras del Conde. Algunas veces habíame hablado de ello de un modo muy claro y favorable y me había incitado a hojear algunos de aquellos escritos, aunque no fuera más que para tener noticia de un fenómeno psicológico. Consideraba yo al Conde como hereje empedernido, y así dejé también de abrir el libro de cánticos de Ebersdorf, que mi amigo me había obligado a tomar con idéntico propósito.

En mi total carencia de todo medio exterior de edificación, eché mano, como por casualidad, del citado libro de cánticos, y con gran sorpresa mía encontré allí canciones que, aunque bajo una forma muy singular parecían aludir a lo que yo experimentaba, me atrajeron la originalidad e ingenuidad de la expresión. Parecían ser impresiones individuales traducidas de una manera individual; no había en ellas una terminología de escuela que recordara nada envarado o vulgar. Quedé convencida de que aquellas gentes sentían lo que yo sentía, y me hallé muy feliz aprendiéndome de memoria alguno de aquellos versículos y recitándomelos a mi misma durante algunos días.

Desde el momento en que me había sido donada la verdad habrían transcurrido, aproximadamente, de este modo unos tres meses. Por último, tomé la resolución de descubrirle todo a mi amigo Filo y pedirle que me diera a conocer aquellos escritos, por los que entonces me sentía sobremanera interesada. Hícelo así, aunque había algo en mi corazón que me lo desaconsejaba gravemente.

Referile a Filo circunstanciadamente toda la historia, y como su persona representaba en ella un papel principal, como mi relato contenía para él también la más severa exhortación a la penitencia, quedose extraordinariamente emocionado y conmovido. Se deshizo en llanto. Alegreme con ello, y creí que también en él se había realizado una completa conversión.

Me proporcionó todas las obras que deseaba, y tuve entonces alimento sobreabundante para la imaginación. Hice grandes progresos en la manera de pensar y de expresarse de Zinzendorf. No se crea que, aun ahora mismo, no sé apreciar el modo de ser del Conde; con gusto le hago justicia; no es un vano chiflado; pronuncia, en general, grandes verdades con una osada fuerza de imaginación, y los que le han contradicho no supieron apreciar ni discernir sus merecimientos.

Sentí hacia él un afecto indescriptible. Si yo hubiera sido dueña de mí misma, de fijo que habría abandonado patria y amigos y me habría dirigido hacia él; es indudable que nos habríamos comprendido, pero difícil que nos soportáramos durante mucho tiempo.

Gracias sean dadas a mi genio protector, que tan encadenada me tenía entonces a mis deberes domésticos. Ya era para mí gran viaje sólo el poder ir al jardín de la casa. El cuidar a mi padre, anciano y enfermizo, me daba bastante trabajo, y en mis horas de recreo, la más noble fantasía era mi pasatiempo. Filo era la única persona a quien yo veía, ya que mi padre lo quería mucho, aunque sus francas relaciones conmigo hubieran decaído algún tanto desde la última explicación. En él no había arraigado profundamente la emoción, y como no le habían salido bien algunas tentativas de hablar en mi lenguaje, evitaba tocar esa materia, cosa tanto más fácil, ya que, dados sus extensos conocimientos, siempre sabía introducir nuevos asuntos en la conversación.

Era yo, por tanto, una hermana morava a mi manera, y tenía que ocultar muy en especial este nuevo giro de mi ánimo y de mis inclinaciones ante el primer predicador de la Corte, a quien tenía grandes motivos para apreciar como confesor mío y cuyos grandes méritos todavía no habían sido debilitados ante mis ojos por su extrema repugnancia hacia la comunidad morava. Por desgracia, este digno varón debía padecer muchas aflicciones por mí y por otros.

Varios años antes había conocido a un caballero forastero, considerándolo como persona piadosa y excelente, y siempre había conservado con él una ininterrumpida correspondencia, como con uno de los que buscaban a Dios de un modo más serio. ¡Qué doloroso fue, pues, para su guía espiritual cuando, más tarde, este caballero se ligó con la comunidad morava y se mantuvo largo tiempo entre los hermanos! ¡Qué agradable, por el contrario, cuando su amigo se puso en desacuerdo con la comunidad y se decidió a vivir cerca del predicador de Corte, pareciendo nuevamente abandonarse por completo a su dirección!

Entonces, el recién llegado fue presentado, como en triunfo, a todas las ovejas, a quienes el primer pastor quería de modo especial. Nuestra casa fue la única que no recibió su vista, porque mi padre no solía ya ver a nadie. El caballero encontró gran aprobación; tenía las buenas maneras cortesanas y la unción eclesiástica, junto con muy hermosas dotes naturales, y pronto fue el santo mayor para todos los que le conocían, de lo que se alegró extraordinariamente su protector espiritual. Por desgracia, no estaba enojado con la comunidad más que por circunstancias exteriores, y en su corazón aún se sentía por completo hermano moravo. Siempre se sentía muy inclinado hacia la realidad de aquella fe, y hasta las futesas que el Conde le ha añadido eran altamente acomodadas con su carácter. Estaba ya para siempre habituado a aquel modo de exponer y hablar, y si tenía que ocultarlo cuidadosamente ante su viejo amigo, tanto más necesario le era, no bien veía en torno a sí un grupito de gentes de confianza, sacar sus versículos, letanías y estampitas, encontrando gran aprobación, como puede pensarse.

Yo no sabía nada del asunto y continuaba divagando por mi propio camino. Permanecimos mucho tiempo sin conocernos.

Una vez, en una hora sobrante, fui a visitar a una amiga enferma. Encontré allí a diversos conocidos, y no tardé en advertir que los había perturbado en su conversación. No manifesté nada, pero, con gran asombro mío, vi colgadas en la pared, con muy lindos

marcos, algunas estampas moravas. Adiviné rápidamente lo que debía haber ocurrido en los momentos anteriores a mi llegada a la casa, y saludé aquella nueva aparición con algunos apropiados versos. Piénsese la sorpresa de mis amigas. Nos dimos explicaciones, y al punto estuvimos de acuerdo y sentimos confianza.

Desde entonces con mayor frecuencia busqué ocasiones en que salir. Por desgracia, sólo las encontraba cada tres o cuatro semanas; entablé conocimiento con el noble apóstol y, poco a poco, con toda la secreta comunidad. Cuando podía visitaba sus reuniones, y, dado mi carácter sociable, era infinitamente grato para mí oír de ajenos labios y comunicar a otros todo lo que hasta entonces había cavilado sola y entre mí.

No estaba tan apasionada que no advirtiera que sólo muy contadas personas comprendían el sentido de las delicadas palabras y expresiones, y que no eran más edificadas con ello de lo que lo habían sido hasta entonces con el simbólico lenguaje de la iglesia oficial. A pesar de ello, proseguí en su compañía y no me dejé perturbar. Pensaba que no era yo llamada a examinar y probar corazones. Yo misma había sido preparada para la enmienda mediante diversas inocentes experiencias. Tomé mi partido: cuando me tocaba hablar, ateníame al sentido de las cosas, que en materia tan delicada más bien es obscurecido que aclarado por las palabras, y, con silenciosa tolerancia, dejaba que cada cual procediera a su modo.

A estos tranquilos tiempos de secretos goces sociales siguieron bien pronto las tormentas de públicas discusiones y hostilidades, que produjeron gran conmoción en la Corte y la ciudad, y, casi puede decirse así, provocaron diversos escándalos. Había llegado el momento en el que nuestro primer predicador de Corte, ese gran adversario de la comunidad morava, debía descubrir, para su piadosa humillación, que sus mejores y más fieles oyentes inclinábanse totalmente del lado de la comunidad. Sintiose extraordinariamente ofendido, olvidó toda prudencia en el primer momento, y después no le fue ya posible volverse atrás, aun cuando hubiera querido hacerlo. Hubo violentos debates, en los que, felizmente, no fue citado mi nombre, ya que sólo había sido miembro accidental de aquellas tan detestadas reuniones, y que nuestro celoso director espiritual no podía prescindir en asuntos civiles de mi padre y de mi amigo. Mantuve con callada satisfacción mi neutralidad, pues si ya era enojoso para mí conversar sobre tales sentimientos y materias con gente de buena voluntad, si no eran capaces de percibir su sentido profundo y sólo se detenían en la superficie, tanto más me parecía inútil y hasta pernicioso discutir con adversarios sobre cosas acerca de las cuales apenas se entiende uno con sus amigos. Pronto pude notar que mucha gente noble y bondadosa, que en aquella ocasión no supieron mantener su corazón limpio de mala voluntad u odio, cayeron bien pronto en la injusticia, y para defender una forma exterior casi destrozaron sus mejores y más íntimos sentimientos.

Por muchos errores e injusticias que en este caso hubiera cometido el digno eclesiástico, y por mucho que trataran de excitarme contra él, nunca conseguía negarle una cordial estima en mi corazón. Lo conocía perfectamente; podía situarme con justicia en su manera de considerar el asunto. Jamás había visto yo un hombre sin flaquezas; sólo que son más asombrosas en los hombres eminentes. Deseamos y queremos de una vez para siempre que los que gozan de tales privilegios no tengan que pagar ningún tributo ni gabela a la debilidad humana. Venerábalo como a hombre excelente, y esperaba que la influencia de

mi silenciosa neutralidad serviría, si no para establecer la paz, siquiera para una suspensión de hostilidades. No sé lo que habría obtenido; Dios acabó el asunto de un modo más rápido y llamolo a sí. En su entierro lloraron todos los que poco tiempo antes habían disputado con él por cuestión de palabras. Su rectitud y su temor de Dios no habían sido puestos en duda por nadie.

También por este tiempo tuve yo que renunciar al juego de muñecas que tales discusiones me habían presentado, hasta cierto punto, bajo una luz nueva. Mi tío había proseguido calladamente sus planes respecto a mi hermana. Presentole como novio un joven de calidad y fortuna, y mostró, en una rica dote, lo que se podía esperar de él. Mi padre dio su consentimiento con alegría; mi hermana estaba libre y preparada y cambió gustosa de estado. Las bodas fueron dispuestas en el castillo del tío; familia y amigos fueron invitados, y llegamos todos con gozoso espíritu.

Por primera vez en mi vida produjo en mí admiración el entrar en una vivienda. Bien había oído yo hablar del gusto del tío, de la arquitectura italiana de su palacio, de sus colecciones y de su biblioteca; pero había comparado lo que me habían referido con lo que ya tenía yo visto, y me había formado una imagen muy abigarrada en el pensamiento. ¡Qué admirada quedé por ello al recibir en mí la solemne y armoniosa impresión que producía el ingreso en aquella morada, y que se acreció al contemplar cada sala y cada estancia! Si hasta aquel día el esplendor y los adornos no habían hecho otra cosa que distraerme, sentime entonces abstraída y recogida en mí misma. Además, en todos los preparativos de las solemnidades y fiestas, la dignidad y magnificencia provocaban un agrado secreto, y era tan incomprensible para mí el que un hombre solo hubiera podido inventar y ordenar todo aquello como que se hubieran reunido varios para realizar en común tan gran pensamiento. Y en medio de todo ello, el señor de la casa y los suyos se presentaban de modo tan natural que no podía notarse en ellos ninguna huella de hinchazón y vana ceremonia.

El matrimonio mismo fue celebrado de improviso, de modo emocionante; fuimos sorprendidos por una excelente música vocal, y el eclesiástico supo dar a aquella ceremonia toda la solemnidad de lo verdadero.

Hallábame yo al lado de Filo, y, en vez de felicitarme, me dijo, con un profundo suspiro:

-Cuando vi cómo tendía la mano su hermana, fue para mí como si me hubieran rociado con agua hirviendo.

-¿Por qué? -pregunté yo.

-Siempre me pasa lo mismo cuando presencio un enlace -respondió.

Reíme de él, y después no me faltaron ocasiones en que pensar en sus palabras.

La alegría de una sociedad en la que se encontraban muchos jóvenes parecía tanto más brillante, ya que todo lo que nos rodeaba era digno y noble. Todos los utensilios domésticos, servicio de mesa, vajilla, mantelerías y decorado concordaban con el conjunto, y si otras veces los arquitectos me pareció que habían salido de la misma escuela que los

reposteros, esta vez el repostero y el mozo de comedor que ponía la mesa habíanse formado en la escuela del arquitecto.

Como íbamos a permanecer juntos varios días, el comprensivo e ingenioso señor de la casa había procurado el entretenimiento de la sociedad en las formas más diversas. No repetí allí la triste observación, que con tanta frecuencia había tenido que hacer en mi vida, de lo mal que se encuentra una reunión grande y mezclada, la cual, abandonada a sí misma, tiene que acudir a los más vulgares y vanos pasatiempos, para que antes sientan la falta de diversión sus miembros mejores que los menos valiosos.

Muy de otro modo lo había dispuesto el tío. Había nombrado dos o tres mariscales, si me es dado decirlo así; el uno tenía que ocuparse de los placeres de la gente joven; los bailes, los paseos en coche, los juegos de sociedad eran de su invención y estaban bajo su gobierno, y como la gente joven vive con gusto al aire libre y no teme las influencias del aire, le habían sido entregados el jardín y su gran sala, junto a la cual habían construido, además, con este objeto, algunas galerías y pabellones, cierto que de tablas y lienzo, pero con tan nobles proporciones que sólo le hacían pensar a uno en mármol y piedra.

¡Qué raras son las fiestas en las que aquel que convoca a los huéspedes siente también el deber de cuidar en todas formas de sus necesidades y comodidades!

Caza y partidas de juego, paseos cortos, refugios para íntimas conversaciones solitarias habían sido dispuestos para las personas mayores, y aquellos que se iban a la cama muy temprano, de fijo que estaban alojados lo más lejos posible de todo estruendo.

Gracias a esta buena disposición, el espacio en que nos encontrábamos parecía ser un pequeño mundo, y, sin embargo, considerándolo bien al detalle, el castillo no era grande, y sin un perfecto conocimiento del mismo, y sin el talento del señor de la casa, hubiera sido muy difícil dar alojamiento allí a tanta gente, hospedando a cada cual según sus gustos.

El mismo agrado que provoca en nosotros el ver a una criatura humana hermosamente formada, provócalo también una instalación de cosas en la que se nos hace sensible la actuación de un espíritu prudente y razonable. Ya es un placer el entrar en una casa limpia, aunque esté construida y adornada sin el menor gusto, pues nos muestra la presencia de gentes civilizadas, siquiera en un sentido. Pero es doblemente grato cuando en una habitación humana todo nos habla del espíritu de una cultura superior, aunque sólo esté referida a las cosas materiales.

Con gran intensidad percibía yo todo esto en el castillo de mi tío. Había yo oído hablar y leído mucho sobre arte; el mismo Filo era gran aficionado a pintura y tenía una hermosa colección; yo misma había dibujado también mucho; pero, de un lado, estaba demasiado ocupada de mis sentimientos, y sólo trataba de poner en claro lo único que es indispensable para el alma, y de otro, todas las cosas que había visto anteriormente sólo me parecían propias para distraerme, como las restantes cosas mundanas. Por primera vez, ahora era llevada a recogerme en mí misma por los objetos exteriores, y, con gran asombro mío, aprendí a distinguir la diferencia que hay entre el excelente canto natural del ruiseñor y un aleluya a cuatro voces cantado por gargantas humanas llenas de expresión.

No le oculté a mi tío mi alegría por estas nuevas intuiciones, el cual, cuando los otros se habían ido cada cual por su lado, solía conversar particularmente conmigo. Hablaba con gran modestia de lo que poseía y había creado, y con la mayor seguridad del espíritu con que había coleccionado y dispuesto todos los objetos; bien podía notar yo que ponía en sus palabras ciertos miramientos, ya que, según su antigua costumbre, parecía creerse en la obligación de subordinar aquellos bienes, de que era amo y señor, a lo que fuera justo y bueno, según mis opiniones.

-Si podemos pensar como posible -díjome una vez- que el Creador del Universo haya tomado la forma de sus criaturas y, según el modo y manera de éstas, haya residido algún tiempo en el mundo, con ello ya tiene que aparecérsenos como infinitamente perfecta esta criatura, puesto que el Creador ha podido unirse de modo tan íntimo con ella. Por tanto, no debe existir ninguna oposición entre la esencia humana y la esencia de la divinidad; y si a veces sentimos cierto alejamiento y desemejanza entre ella y nosotros, tanto más es deber nuestro no considerar siempre únicamente, como el abogado del diablo, las debilidades y flaquezas de nuestra naturaleza, sino buscar más bien en ella todas las perfecciones con las que podemos justificar nuestra pretensión de semejanza con Dios.

Yo me sonreí y repuse:

-No me abochorne usted tanto, querido tío, llevando su complacencia hasta hablar mi lenguaje. Lo que tiene usted que decirme es para mí de tanta importancia, que desearía oírselo enunciar en la forma que le es a usted propia, y lo que no pueda adoptar totalmente por mío, trataré de interpretarlo por lo menos.

-Podré continuar hablando de la manera que me es más mía -repuso a ello-, sin tener que cambiar de tono. El mayor mérito del hombre consiste, según me parece, en dominar las circunstancias tanto como le sea posible y en dejarse determinar por ellas lo menos que pueda. Todo el Universo se tiende ante nosotros, como una gran cantera ante el arquitecto, el cual sólo merece tal nombre si, con la mayor economía, acomodación a su fin y solidez más grandes, sabe formar, utilizando estas masas naturales, hijas del azar, el modelo que ha brotado en su espíritu. Fuera de nosotros, y aun, puedo decirlo así, hasta dentro de nosotros, todas las cosas no son más que elementos; pero en el fondo de nuestra alma yace esa fuerza creadora que es capaz de producir lo que debe ser, y no nos deja descanso, paz ni tregua hasta que de una u otra manera lo hemos ejecutado fuera o en nosotros. Usted, querida sobrina, ha elegido quizá la mejor parte; usted ha tratado consigo misma y con el Ser Supremo su persona moral, su naturaleza profunda y delicada, mientras que nosotros tampoco somos de censurar si tratamos de conocer el hombre en toda su extensión, llevándolo activamente a una unidad.

Mediante tales conversaciones nos hicimos cada vez más íntimos, y le supliqué que hablara conmigo sin condescendencias, como se hablaba a sí mismo.

-No crea usted -díjome el tío- que la lisonjeo si alabo su manera de pensar y proceder. Yo venero a la criatura humana que sabe claramente lo que quiere, avanza sin cesar, conoce los medios convenientes para su fin y sabe utilizarlos, apoderándose de ellos; sólo tengo en

cuenta después el saber si su fin es grande o pequeño, si merece alabanza o censura. Crea usted, querida mía, que la mayor parte del mal y de eso que se llama malo en el mundo procede sólo de que los hombres son harto negligentes para estudiar bien sus fines, y cuando ya los conocen, trabajar seriamente por realizarlos. Me parece que son como gentes que poseen la idea de que podrían y deberían construir una torre y, sin embargo, no emplean en sus cimientos más piedra ni trabajo del que gastarían en asentar una cabaña. Si usted, querida amiga, cuya más alta necesidad era llegar a conocer su íntima naturaleza moral, si en vez de los grandes y osados sacrificios, que se ha impuesto por dar gusto a su familia, se hubiera procurado un novio y acaso un esposo, habría estado en perpetua contradicción consigo misma y nunca habría gozado de un momento feliz.

-Emplea usted la palabra sacrificio -repuse yo entonces-, y a veces he pensado que, ante un fin superior, ofrecemos en holocausto lo pequeño, aunque nos sea querido, lo mismo que al altar de una divinidad llevaríamos con gusto y buen deseo un cordero favorito para lograr la salud de un venerado padre.

-Ya sea la razón o el sentimiento -replicó él- lo que nos manda renunciar a una cosa por otra o elegir lo uno por lo otro, la decisión y perseverancia es, a mi ver, lo más digno de veneración que hay en el hombre. No puede poseerse al propio tiempo la mercancía y el dinero, y le va tan mal al que siempre anhela tener la mercancía sin tener corazón para desprenderse del dinero como al que se arrepiente de la compra cuando ya está en sus manos la mercancía. Pero estoy muy lejos de censurar por eso a los hombres, pues, en realidad, no es culpa suya, sino de las confusas circunstancias en que se encuentran y en las que no saben cómo gobernarse. Así, por ejemplo, encontrará usted, en comparación, mejores administraciones domésticas en el campo que en las ciudades, y mejores en las ciudades pequeñas que en las grandes. Y ¿por qué? El hombre ha nacido para una posición limitada; puede descubrir los fines sencillos, próximos y determinados, y se habitúa a utilizar los medios que tiene a mano; pero tan pronto como halla en amplitud, ya no sabe lo que quiere ni lo que debe hacer, y es indiferente que sea distraído por la muchedumbre de los objetos o que sea sacado fuera de sí mismo por su alteza y dignidad. Siempre es una desgracia para él el ser impulsado a aspirar a alguna cosa con la que no puede unirse por una actividad regular y espontánea.

-A la verdad -prosiguió diciendo-, nada es posible en el mundo sin un serio esfuerzo, y entre aquellos a los que llamamos gentes educadas encuéntrase realmente poco esfuerzo; podría decirse que se consagran a los trabajos y a los negocios, a las artes como a los placeres, como manteniéndose a la defensiva; viven como quien lee un paquete de gacetas, sólo para acabar con ellas, y, al hablar así, me acuerdo de un joven inglés, en Roma, que, por la noche, refería muy contento en una reunión que aquel día se había librado ya de seis iglesias y dos museos. Queremos saber y conocer toda suerte de cosas, y precisamente aquellas que menos nos importan, y no observamos que no hay manera de calmar el hambre si no tragamos más que aire. Cuando conozco a una persona, pregunto al punto en qué se ocupa y cómo y con qué resultados, y la respuesta a estas preguntas también decide el interés que he de tomar por él durante la vida.

-Acaso es usted demasiado severo, querido tío -repliqué al oírlo-, y rechaza a muchas buenas personas a quien podría usted ser útil con tenderles su mano generosa.

-¿Hay que reprochar tal cosa -respondió él -a alguien que durante tanto tiempo ha trabajado en vano para ellos y por ellos? ¿Cuánto no sufre uno en su juventud por personas que creen invitarnos a una agradable fiesta si prometen llevarnos a la sociedad de las Danaides o de Sísifo? Gracias a Dios, estoy libre de ellos, y si, por desgracia, se muestra alguno en mi círculo, procuro despedirlo de la manera más cortés, pues precisamente, es de boca de esas gentes de donde se oyen las quejas más amargas del embrollado curso de los asuntos mundanos, la futilidad de las ciencias, la ligereza de los artistas, la vaciedad de los poetas y todas las demás cosas de este tipo. No reflexionan ni lo más mínimo en que precisamente ellos mismos, y la muchedumbre que se les parece, no leerían el libro que fuera escrito tal como ellos lo requieren, que es ajena a ellos la verdadera poesía y que hasta una buena obra de arte sólo por prejuicio puede alcanzar su aplauso. Pero dejemos esto, ya que no es momento de reprender ni de quejarse.

Dirigió mi atención hacia los diversos cuadros que pendían en las paredes; cautivaron mis miradas aquellos cuyo aspecto era atractivo o cuyo asunto poseía significación; dejómelos contemplar durante un instante, y después me dijo:

-Conceda usted también cierto interés al genio que ha producido estas obras. Las buenas almas gustan de considerar el dedo de Dios en la Naturaleza; ¿por qué no han de conceder también algún aprecio a la mano de su imitador?

Llamó al punto mi atención hacia algunos cuadros poco vistosos y trató de hacerme comprender que sólo la historia del arte puede darnos idea del valor y la dignidad de una obra; que primeramente tienen que ser conocidos los penosos progresos del mecanismo y del oficio en los que el hombre bien dotado tuvo que trabajar durante siglos, para comprender después cómo es posible que el genio se mueva libre y alegremente en las cumbres cuya pura contemplación nos da vértigos.

Con tal concepto había reunido una hermosa serie de cuadros, y no pude evitar, cuando me la mostró, el ver ante mí, como en un símbolo, la formación de la cultura moral. Al expresarle mi pensamiento respondiome de este modo:

-Tiene usted perfecta razón, y vemos por ello que no se procede como es debido al dedicarse a la formación ética de una manera aislada y como cerrada en sí misma; resultará más bien que, aquellos cuyo espíritu anhela una cultura moral, tienen toda suerte de motivos para cultivar al mismo tiempo sus más delicadas sensaciones, a fin de no verse en peligro de resbalar desde su altura moral, entregándose a los caprichos de una irregular fantasía y, llegado el caso, exponiéndose a degradar su noble naturaleza por el placer que sentirán con insípidas naderías, si no con algo peor.

No había sospechado que apuntaba hacia mí; pero sentí que había dado en el blanco al recordar que entre las canciones que me habían edificado, podía haber algunas de mal gusto, y que los cuadritos que se relacionaban con mis ideas religiosas difícilmente hubieran podido encontrar merced ante los ojos de mi tío.

Mientras tanto, Filo había solido permanecer en la biblioteca, y por último llevome también a mí a ella. Admiramos la selección y la muchedumbre de libros. Estaban coleccionados con un mismo espíritu, pues apenas se podían encontrar allí sino aquellas obras que nos conducen a claros conocimientos o que nos enseñan un debido orden en nuestras ideas, que nos suministran buenos materiales o nos convencen de la unidad de nuestro espíritu.

Había leído yo muchísimo durante mi vida, y en ciertas cuestiones apenas me era desconocido ningún libro; tanto más agradable fue para mí hablar allí del panorama del conjunto y observar lagunas donde en otro caso sólo habría considerado una limitada confusión o una extensión indefinida.

Al mismo tiempo trabamos relación con un hombre pacífico y muy interesante. Era médico y naturalista, y más bien parecía pertenecer a los dioses penates que a los habitantes vivientes de la casa. Nos mostró el gabinete de historia natural, que, lo mismo que la biblioteca, estaba contenido en armarios cerrados de cristales, y de tal modo, a un tiempo decoraba los muros de la habitación y ennoblecía, sin estrecharlo, el recinto. Recordé allí alegremente algunas horas de mi infancia, y mostrele a mi padre diversos objetos que había llevado entonces junto al lecho de su niña enferma, que apenas podía aún mirar el mundo. Durante esta entrevista, lo mismo que en sucesivas conversaciones, estuvo muy lejos de ocultar el médico que se acercaba a mí en cuanto a sentimientos religiosos; alabó extraordinariamente al tío a causa de su tolerancia y del aprecio que hacía de todo cuanto mostraba y favorecía el valor y la unidad de la naturaleza humana, pidiendo sólo igual trato de todos los demás hombres y no condenando ni apartando de sí ninguna otra cosa tanto como la vanidad individual y de los puntos de vista limitados y exclusivos.

Después del matrimonio de mi hermana veíase brillar la alegría en los ojos del tío, y habló diversas veces conmigo acerca de lo que pensaba hacer por ella y por sus hijos. Tenía hermosas fincas, que administraba él mismo y que esperaba transmitir en el mejor estado a sus sobrinos. En cuanto a la pequeña propiedad en que nos encontrábamos, parecía abrigar respecto a ella una idea singular.

-Sólo se la dejaré -dijo- a una persona que sepa conocer, apreciar y gozar de lo que contiene, y reconozca cuántos motivos tiene un hombre rico y noble, especialmente en Alemania, para coleccionar algo que pueda servir de modelo.

Ya se habían ido diseminando poco a poco la mayor parte de los huéspedes, nos preparábamos para la despedida y creíamos haber asistido a la última escena de la solemnidad, cuando fuimos sorprendidos de nuevo por su interés por proporcionarnos un noble placer. No habíamos podido ocultarle nuestro encanto de que en las bodas de mi hermana se hubiera dejado oír un coro de voces humanas sin acompañamiento de instrumentos de ninguna clase. Le expusimos poco después nuestro deseo de que nos proporcionara otra vez aquel placer; pareció no fijarse en ello. Qué grande no fue por ello nuestra sorpresa cuando nos dijo una noche:

-Ha partido ya la orquesta de baile; nos han abandonado nuestros jóvenes y voltarios amigos; hasta los nuevos esposos parecen ya más serios que hace algunos días, y en tal

momento, separarnos para no vernos acaso jamás o, por lo menos, para volver a vernos de otra manera, provoca en nosotros un estado de ánimo solemne, que no puedo alimentar de modo más noble que con la música cuya repetición pareció usted desear hace poco tiempo.

Hizo que el coro entonara cánticos a cuatro y ocho voces; durante aquel tiempo había hecho que se aumentara éste y que ensayara en secreto unas canciones; bien puedo decir que nos dieron realmente una anticipación de la bienaventuranza celeste. Hasta entonces no había conocido yo otros cánticos piadosos sino aquellos con los que las buenas almas, a menudo con roncas voces, creen alabar a Dios, como los pajarillos del bosque, porque se procuran a sí mismos una sensación agradable; después la vana música de concierto, la cual, en el mejor caso, nos lleva a admirar un talento, pero rara vez nos produce un goce, siquiera pasajero. Ahora oía yo una música brotada de lo más profundo del sentimiento de la naturaleza humana más excelente, la cual música, por medio de órganos bien acordados y ensayados en una armónica unidad, hablaba al más profundo y mejor de los sentimientos del hombre, haciéndole sentir en aquel instante real y vivamente su semejanza con la divinidad. Todos eran cánticos eclesiásticos latinos, que se destacaban como piedras preciosas en el áureo anillo de una sociedad fina y mundana, y, sin pretender realizar lo que se llama edificación, me levantaron a lo más espiritual y me hicieron dichosa.

Al partir, todos recibimos nobles presentes. A mí me regaló la cruz de la orden de mi canonjía, más artística y bellamente trabajada y esmaltada de lo que suele verse. Pendía de un gran brillante, por medio del cual estaba sujeta a su cinta, y mi tío me rogó que considerara aquella gema como la más noble piedra de un gabinete de historia natural.

Mi hermana, con su marido, dirigiose hacia sus fincas, y nosotros regresamos todos a nuestras moradas, y nos pareció, en lo que se refería a las circunstancias exteriores, haber vuelto a entrar en una vida totalmente vulgar. Estábamos como si desde un palacio de hadas nos hubieran llevado a la tierra llana, y tuvimos que volver a conducirnos y satisfacernos según nuestra antigua manera.

Las notables experiencias que había hecho en aquel nuevo círculo social dejaron en mí una hermosa impresión; pero no se conservó largo tiempo en toda su vivacidad, aunque mi tío tratara de sustentarla y renovarla enviándome de cuando en cuando algunas de sus obras de arte mejores y más agradables, y cambiándolas por otras cuando ya había gozado de las primeras durante largo tiempo.

Estaba yo demasiado acostumbrada a ocuparme de mí misma, a poner en orden el estado de mi corazón y de mi ánimo y a conversar acerca de ello con personas de análogos sentimientos para que hubiera podido considerar con atención una obra de arte sin volver al punto a pensar en mí misma. Estaba acostumbrada a considerar un cuadro o un grabado como las letras de un libro. Cierto que es agradable una hermosa impresión; pero, ¿quién tomará un libro en sus manos a causa del modo como está impreso? De este modo, también una representación en imágenes debía decirme algo, debía instruirme, emocionarme, hacerme mejor; y, dijérame lo que quisiera el tío en las cartas con que explicaba sus obras de arte, siempre permanecí en mi antiguo sentimiento.

No obstante, más que mi propia naturaleza, las circunstancias exteriores, los cambios que ocurrieron en mi familia, me sustrajeron a tales consideraciones y hasta, durante algún tiempo, a mí misma; tenía que sufrir y trabajar más de lo que parecían poder soportarlo mis débiles fuerzas.

Mi otra hermana soltera había sido mi brazo derecho hasta entonces; sana, fuerte e indeciblemente bondadosa, había tomado a su cargo las preocupaciones del gobierno doméstico, lo mismo que a mí me ocupaban los cuidados personales del anciano padre. Atacola un catarro, del que resultó una enfermedad al pecho, y al cabo de tres semanas estaba en el ataúd; su muerte me produjo heridas cuyas cicatrices ni aun ahora me gusta contemplar.

Caí enferma en el lecho antes aún de que fuera enterrada; mis antiguos males al pecho parecieron despertarse de nuevo: tosía violentamente y estaba tan ronca que apenas era capaz de producir ningún sonido.

La hermana casada, de puro espanto y aflicción, tuvo un aborto a consecuencia de ello. Mi anciano padre temió perder de repente a todas sus hijas y la esperanza de una descendencia; su justo dolor aumentaba mi pena. Rogaba yo a Dios pidiéndole que me concediera una salud soportable, suplicándole que aplazara mi muerte hasta después de la del padre. Sané, y encontrándome bien a mi manera, pude volver a realizar mis deberes, aunque de modo muy penoso.

Mi hermana volvió a sentirse encinta. Diversas preocupaciones, que en tales casos le son confiadas a la madre, fueron consultadas conmigo; no era muy feliz con su marido, cosa que debía permanecer oculta para el padre; tuve que ser árbitro entre ellos, y tanto mejor pude desempeñar aquel papel, ya que mi cuñado tenía en mí confianza y los dos eran, en realidad, buenas personas; sólo que discutían entre sí en lugar de tolerarse mutuamente, y con el deseo de vivir en pleno acuerdo no lograban nunca entenderse. Aprendí entonces a ocuparme también con gravedad de las cosas del mundo y a practicar aquello que hasta entonces no había hecho más que cantar.

Mi hermana dio a luz un niño; los sufrimientos de mi padre no le impidieron ir a su lado; al ver a la criatura púsose increíblemente alegre y contento, y durante el bautizo pareciome hallarse como fuera de su estado ordinario: estaba como inspirado; podría decirse que era un genio con dos semblantes. Con el uno miraba alegremente hacia adelante, hacia aquellas regiones en las que pronto esperaba ingresar; con el otro contemplaba la nueva vida terrestre, llena de esperanzas, que había brotado con aquel mozuelo, descendiente suyo. Durante el regreso no se cansaba de hablarme del niño, de su figura, de su salud y del deseo de que fueran cultivadas felizmente las disposiciones de aquel nuevo ciudadano del mundo. Sus reflexiones acerca de este punto prosiguieron cuando hubimos llegado a casa, y sólo al cabo de algunos días advirtiose en él una especie de fiebre que se manifestó después de comer, sin escalofrío, en forma de algún calor que lo abrumaba. Pero no se acostó; salió a la otra mañana en coche y desempeñó fielmente las funciones de su cargo, hasta que, por último, apartáronlo de ello síntomas graves y persistentes.

Nunca olvidaré la paz de espíritu, la claridad y lucidez con que dispuso, con el orden más perfecto, los asuntos de su casa y los cuidados de su enterramiento, como si se tratara de una cuestión ajena.

Con una alegría que, en general, no había sido propia de él, y que fue ascendiendo hasta convertirse en vivo gozo, díjome de este modo:

-¿Adónde ha ido a parar el temor de la muerte que experimentaba en otro tiempo? ¿Por qué he de temer morir? Poseo un Dios piadoso; la sepultura no provoca en mí ningún espanto; tengo una vida eterna.

Evocar en mi memoria las circunstancias de su muerte, que ocurrió poco después, es uno de mis más gratos entretenimientos en mi soledad, y nadie me convencerá de que no actuaban en ella los visibles efectos de una potencia más alta.

La muerte de mi querido padre cambió el género de vida que había llevado hasta entonces. De la más extrema obediencia, de la mayor limitación pasé a la libertad más grande, y gocé de ella como de un manjar de que se ha carecido durante largo tiempo. Antes, rara vez había estado dos horas fuera de casa; ahora apenas pasaba un solo día en mi habitación. Mis amigos, a quienes antes sólo podía hacer breves visitas, querían disfrutar de mi trato permanente, como yo del suyo; con frecuencia fui invitada a comer, y a ello se añadieron excursiones en coche y hasta viajecillos de placer, y nunca dije que no. Pero cuando hube recorrido todo el círculo, conocí que la inapreciable dicha de la libertad no consiste en que se haga todo lo que se quiera hacer, ya que nos invitan a ello las circunstancias, sino en que se pueda conducir por el camino recto, sin obstáculo ni rémora, lo que sea considerado como justo y conveniente, y yo tenía bastante edad para llegar a ese hermoso convencimiento sin pagar el aprendizaje.

No podía negarme a continuar y establecer de modo más firme, tan pronto como fuera posible, el trato con los miembros de la comunidad morava, y me apresuré a visitar algunos de sus establecimientos más próximos; pero tampoco allí encontré, de ningún modo, lo que me había imaginado. Fui lo bastante franca para dejar que se transparentara mi opinión, y trataron de persuadirme de que aquellas instituciones no eran nada al lado de una comunidad regularmente establecida. Podía aceptarlo; pero, según mi propio convencimiento, opinaba que el verdadero espíritu lo mismo debía brillar en una gran institución que en una pequeña.

Uno de sus obispos, que se hallaba presente, discípulo inmediato del Conde, ocupose mucho de mí; hablaba perfectamente inglés, y como yo lo comprendía un poco, creyó que aquello era señal de que estábamos hechos el uno para el otro; no lo pensé yo así, en modo alguno; ni en lo más mínimo me agradaba su trato; era un cuchillero, natural de Moravia; su manera de pensar no ocultaba lo propio del oficio. Me habría entendido mejor con Herrn von L., que había sido comandante al servicio de Francia; pero sentíame yo totalmente incapaz del vasallaje que mostraba él ante sus superiores; era para mí como si me dieran de bofetadas cuando veía a la comandanta y a las otras señoras más o menos distinguidas besar la mano del obispo. No obstante, nos habíamos puesto de acuerdo para hacer un viaje a Holanda, el cual, sin embargo, de fijo que para mi bien, nunca llegó a realizarse.

Mi hermana había dado a luz una hija, y ahora nos tocaba a nosotras, las mujeres, mostramos satisfechas y pensar que, en algún tiempo, debería ser educada de modo semejante al nuestro. Por el contrario, mi cuñado mostrose muy descontento cuando al año siguiente nació otra vez una niña; deseaba verse rodeado de muchachos en sus grandes posesiones, que pudieran ayudarle algún día en la administración.

Manteníame tranquila a causa de mi débil salud, y con mi reposado género de vida conservaba bastante bien mi equilibrio; no temía a la muerte, hasta deseaba morir, pero sentía en lo secreto que Dios me daría tiempo bastante para explorar mi alma y poder acercarme cada vez más a Él. En mis numerosas noches sin sueño sentí especialmente algo que no puedo describir de modo claro.

Era como si mi alma pensara sin la compañía del cuerpo; consideraba al cuerpo como a un ser extraño, algo a modo de como se estima un vestido. Con extraordinaria vivacidad representábase los tiempos y acaecimientos pasados, y sentía, a través de ellos, lo que debía suceder más tarde. Todos estos tiempos han pasado; los que los siguen pasarán también; el cuerpo se desgarrará como un vestido; pero yo, el yo que conozco tan profundamente, ese yo existe.

Un noble amigo, que se había ligado conmigo de un modo cada vez más estrecho, me enseñó a que me abandonara lo menos posible a estos grandes sentimientos, sublimes y consoladores; fue el médico a quien había conocido en casa de mi tío, y que estudió muy bien la constitución de mi cuerpo y de mi espíritu; mostrome hasta qué punto esas sensaciones que alimentamos en nosotros independientemente de los objetos exteriores nos vacían, por decirlo así, y minan el fondo de nuestra existencia.

-Desarrollar la actividad -decía- es el primer destino del hombre, y todos los intervalos en que se ve forzado al reposo debe emplearlos en adquirir claro conocimiento de las cosas exteriores, que más adelante volverán a facilitarle el ejercicio de su actividad.

Como aquel amigo conocía mi costumbre de considerar mi propio cuerpo como un objeto exterior, y como sabía que conocía bastante bien mi constitución, mis enfermedades y los medios medicinales contra ellas, y como, realmente, a fuerza de permanentes sufrimientos, propios y ajenos, había llegado a ser medio médica, dirigió mi atención desde el conocimiento del cuerpo humano y las substancias terapéuticas hacia otros objetos próximos de la creación, y me llevó como a pasear por el paraíso, y, por último, si me es lícito proseguir con mi comparación, dejome adivinar, en la lejanía, al Creador vagando por el jardín en la frescura de la tarde.

¡Con qué gusto vi yo desde entonces en la Naturaleza a ese Dios que con tanta seguridad llevaba en mi corazón! ¡Qué interesante fue para mí la obra de sus manos, y qué agradecida le estaba por haber querido darme vida con el aliento de su boca!

Esperábamos de nuevo que mi hermana tendría el hijo varón que tan ansiosamente deseaba mi cuñado, y cuyo nacimiento, por desdicha, no presenció. Aquel bravo hombre falleció a consecuencia de una desgraciada caída de caballo, y mi hermana lo siguió

después de haber echado al mundo un hermoso niño. Yo no podía contemplar sin dolor los cuatro huérfanos que habían dejado. Tantas personas robustas habían partido antes que yo, que estaba enferma; ¿no debería, acaso, ver caer también alguna de aquellas flores llenas de esperanza? Conocía bastante bien el mundo para saber bajo cuántos peligros se desarrolla un niño, en especial si pertenece a las clases altas, y me parecía que esos peligros habían aumentado todavía, en el mundo actual, desde los tiempos de mi niñez. Sentía que con mi debilidad no me hallaba en situación de hacer casi nada por los niños, y por ello fue tanto mejor recibida por mí la resolución del tío nacida naturalmente de su manera de pensar, de consagrar toda su atención a la educación de aquellas lindas criaturas. Y de fijo que lo merecían en todos sentidos: estaban bien formados, y, en medio de su gran diferencia, prometían ser todos ellos criaturas buenas y razonables.

Desde que mi buen médico me había hecho prestar atención a ello, gustábame considerar las semejanzas de familia entre los niños y sus parientes. Mi padre había conservado cuidadosamente los retratos de sus antepasados, y había encargado su retrato y el de sus hijos a unos estimables pintores; tampoco había sido olvidada mi madre, lo mismo que sus parientes. Conocíamos bastante los caracteres de toda la familia, y como con frecuencia los habíamos comparado unos con otros, volvíamos a buscar ahora en los niños las semejanzas externas e internas. El hijo mayor de mi hermana parecía ser semejante a su abuelo paterno, del cual se conservaba un retrato juvenil, muy bien pintado, en la colección de nuestro tío; también, como a aquél, que siempre se había mostrado como valiente militar, no había nada que le gustara tanto como las armas, de las que siempre se ocupaba cuantas veces venía a verme, pues mi padre había dejado una hermosa armería, y el pequeño no se dio reposo hasta que yo le hube regalado un par de pistolas y un fusil de caza y haber averiguado cómo se montaba el gatillo de un arma alemana. Por lo demás, no era nada rudo ni en sus acciones ni en su carácter, sino más bien dulce y sensato.

La hija mayor había ganado todo mi afecto, y bien pudiera ser porque era semejante a mí, y porque de los cuatro era la que estaba conmigo más encariñada; pero bien puedo decir que cuanto más detenidamente la observaba, según iba creciendo, tanto más me avergonzaba de mí misma, y no podía contemplar a la niña sin admiración y, casi puedo decirlo así, sin respeto. No es fácil ver una figura más noble, un ánimo más sereno y una actividad siempre análoga, no limitada a un solo objeto. No estaba ociosa en ningún momento de su vida, y cualquier ocupación cobraba dignidad entre sus manos. Todo parecía serle igual, con tal de poder realizarlo a su debido tiempo y en su debido lugar, y del mismo modo podía permanecer tranquila, sin impacientarse, si no encontraba nada que hacer. En toda mi vida no he vuelto a encontrar, como en ella, esta actividad, que no necesita ocupación. Desde su niñez era incomparable en su conducta con los necesitados y pobres. Confieso gustosa que nunca tuve disposiciones para ocuparme de la beneficencia; yo no era avara con los pobres, y hasta con frecuencia les daba mucho, dada mi situación; pero, hasta cierto punto, esto no era más que redimir mi conciencia, y quien quisiera ser objeto de mis cuidados tenía que haber nacido en mi familia. Justamente lo contrario es lo que alabo en mi sobrina. Jamás la vi dar dinero a un pobre, y lo que recibía de mí con este objeto siempre lo transformaba primero en objetos de primera necesidad. Nunca me parecía más encantadora que cuando saqueaba mis armarios de trajes y ropa blanca; siempre encontraba algo que yo no me ponía y no necesitaba, y hacer con aquellas viejas cosas algo que le sirviera a un niño harapiento era su mayor felicidad.

Las inclinaciones de su hermana mostrábanse ya muy diferentes: tenía mucho de su madre, y prometía, ya desde temprano, ser muy linda y seductora, y parece que cumplirá su promesa; se ocupa mucho de su exterior, y supo, desde su edad más temprana, adornarse y llevar la ropa de manera que llame la atención. Acuérdome siempre del encanto con que se contemplaba al espejo, siendo niña pequeña, una vez que tuve que ponerle al cuello las hermosas perlas que me había dejado mi madre, y que, por casualidad, encontró entre mis cosas.

Cuando consideraba estas diversas inclinaciones, era para mí agradable pensar cómo serían repartidos y mantenidos vivos, después de mi muerte, los objetos de mi propiedad. Veía los fusiles de caza de mi padre vagando otra vez por el campo sobre el hombro de mi sobrino y volviendo a hacer caer muchas perdices en su morral de caza; veía ya todo mi guardarropa acomodado para las fiestas de la confirmación pascual, vistiendo a unas muchachillas que salían de la iglesia, y veía adornada con mis mejores galas una honesta moza artesana el día de sus bodas, porque el equipar a tales niñas y a tales honradas muchachas había sido siempre una especial inclinación de Natalia, si bien tengo que hacer constar aquí que no se advierte en modo alguno en ella ninguna especie de amor, y, si oso decirlo así, ninguna necesidad de dependencia de un ser visible o invisible como la que se había mostrado tan vivamente en mí desde la niñez.

Si pensaba después que, en el mismo día, la más joven llevaría a la corte mis perlas y alhajas, veía con tranquilidad cómo otra vez eran devueltos a los elementos los objetos de mi propiedad, al igual de mi cuerpo.

Los niños han crecido, y, para contento mío, son criaturas sanas, hermosas y llenas de vida. Soporto con paciencia que el tío las mantenga alejadas de mí y el verlas raramente, aunque estén en las proximidades o en mi misma ciudad.

Un hombre singular, a quien se tiene por eclesiástico francés, sin que nadie esté bien enterado de su procedencia, ejerce vigilancia sobre todos los niños que son educados en diversos lugares y tenidos en pensiones, ya en un sitio, ya en otro.

Al principio no descubría yo ningún plan en esta educación, hasta que, por último, revelome mi médico que el tío se había dejado convencer por el abate de que, si se quiere obtener algo de la educación del hombre, hay que ver hacia dónde se encaminan sus inclinaciones y deseos. Es preciso, pues, colocarlo en posición de que pueda satisfacer aquéllas tan pronto como sea posible y alcanzar el objeto de éstos no bien se pueda, a fin de que la criatura humana, si se ha equivocado, advierta bastante pronto sus errores, y si ha acertado con lo que le conviene, se adhiera a ello tanto más celosamente y se desenvuelva con tanta mayor asiduidad. Deseo que pueda tener éxito en este singular ensayo; acaso sea posible, habiendo tropezado con tan buenos caracteres.

Pero lo que no puedo aprobar en estos educadores es que tratan de alejar de los niños todo lo que podría ponerlos en relación consigo mismos y con el invisible, único y fiel amigo. Sí; hasta me enoja con frecuencia saber que por eso el tío me considera como

peligrosa para los niños. En la práctica no hay ningún hombre tolerante. Porque el mismo que asegura que dejará con gusto a cada cual con su propia manera y carácter, siempre trata de excluir la influencia de los que no piensan como él.

Esta resolución de alejar de mí a los niños me aflige tanto más cuanto más convencida puedo estar de la realidad de mi fe. ¿Por qué no habría de proceder de origen divino, por qué no había de tener un objeto real, ya que en la práctica muestra tanta eficacia? Si gracias a la práctica llegáramos a la certeza total de nuestra existencia, ¿por qué no habríamos de poder convencernos por el mismo camino de la de aquel Ser que nos tiende la mano para todo lo bueno?

El que yo vaya siempre hacia adelante y nunca hacia atrás; el que mis acciones sean cada vez más semejantes a la idea que me he formado de la perfección; el que sienta cada día mayor facilidad para hacer lo que tengo por justo, aun dadas las debilidades de mi cuerpo, que tantas veces me niega sus servicios, todo esto, ¿puede explicarse por la naturaleza humana, cuya corrupción he considerado tan profundamente? Para mí, de ningún modo.

Apenas me acuerdo de un mandamiento; nada se me presenta en forma de una ley; un impulso es lo que me dirige y me guía siempre rectamente; sigo con libertad mis sentimientos, y tanto ignoro la sujeción como el arrepentimiento. Gracias a Dios que reconozco a quién le soy deudor de esta dicha y que sé que no debo pensar en tales ventajas sino con humildad. Pues nunca estaré en peligro de llegar a sentirme orgullosa de mi poder y capacidad, ya que tan claramente he reconocido qué monstruos pueden engendrarse y nutrirse en cada pecho humano si no nos guarda una potencia superior.

FIN DEL TOMO II

Tomo tercero y último

Libro séptimo

Capítulo primero

La primavera se había presentado en toda su magnificencia; una tormenta temprana, que había amenazado durante todo el día, descargó ruidosamente sobre las montañas; la lluvia llegó hasta la tierra llana; volvió a aparecer el sol en todo su esplendor, y sobre el grisáceo fondo de la lejanía apareció un magnífico arco iris. Guillermo cabalgaba en aquella dirección y lo contemplaba con melancolía.

-¡Ah! -se decía-. Los más hermosos colores de la vida, ¿no tienen que presentársenos también de este modo, sobre un obscuro fondo? ¿Y es preciso que caiga lluvia de lágrimas para que nos sintamos dichosos? Un día alegre es como un día nebuloso si lo contemplamos sin emoción, y ¿qué cosa puede emocionarnos más que la callada esperanza de que los innatos afectos de nuestro corazón no quedarán sin ser satisfechos? Nos impresiona el relato de toda buena acción; nos conmueve la contemplación de todo armonioso objeto; sentimos con ello que no estamos totalmente en tierra extraña; presumimos hallarnos vecinos a una patria por la que suspira impacientemente lo mejor de nuestro pecho.

Mientras tanto, habíale alcanzado un peatón, que se unió a él, marchando con fuertes pasos al lado del caballo; después de algunas frases insignificantes, díjole al jinete:

-Si no me equivoco, debo haberle visto a usted en alguna parte.

-También yo me acuerdo de usted -respondió Guillermo-. ¿Acaso no habremos hecho juntos alguna divertida excursión acuática?

-Exacto -replicó el otro.

Guillermo lo consideré con mayor atención, y díjole al cabo de un instante de silencio:

-No sé qué cambio puede haberse producido en usted; aquella vez túvele a usted por un pastor luterano de aldea, y ahora más bien me parece usted un cura católico.

-Hoy, por lo menos, no se equivoca usted -respondió el otro, quitándose el sombrero y dejando ver la tonsura-. ¿Qué ha sido de su compañía? ¿Aún permaneció usted largo tiempo con ella?

-Más del que hubiera debido, pues, por desgracia, cuando pienso en aquellos tiempos que pasé con ellos, paréceme ver un infinito vacío; no me ha quedado nada de todo ello.

-En eso se equivoca. Todo lo que nos ocurre deja huella; todo contribuye imperceptiblemente a nuestra formación; pero es peligroso querer darse cuenta de ello. Nos hacemos orgullosos y negligentes, o abatidos y pusilánimes, y lo uno es tan perjudicial para el porvenir como lo otro. Siempre lo más seguro es no hacer sino lo que se halla más próximo, y en este momento -añadió con una sonrisa- lo que urge es apresuramos por llegar a nuestro alojamiento.

Guillermo preguntó cuánto camino faltaba aún para llegar a la finca de Lotario, y el otro le aseguró que estaba detrás de la montaña.

-Acaso le encuentre a usted allí -prosiguió-; pero aun tengo que hacer algo en la cercanía. Hasta la vista, pues.

Y con estas palabras marchó por un escarpado sendero, que parecía llevar rápidamente al otro lado de la montaña.

-No hay duda de que tiene razón -díjose Guillermo al continuar su camino a caballo-; debe pensarse en lo más inmediato, y ahora, para mí, no hay ninguna otra cosa sino la triste comisión que debo realizar. Veamos si todavía tengo completamente en la memoria el discurso con que quiero avergonzar a ese amigo cruel.

Comenzó entonces a recitar esa obra de arte; no le faltaba ni una sílaba, y cuanto mejor se la presentaba su memoria, tanto más crecía su ardor y sus ánimos. La pasión y la muerte de Aurelia presentábanse vivamente ante su alma.

-¡Espíritu de mi amiga! -exclamó-. Ciérnete en torno a mí y, si te es posible, dame a conocer que estás satisfecha, que estás apaciguada.

Con tales pensamientos y palabras había alcanzado lo alto de la montaña, y en la vertiente del otro lado vio un singular edificio, que al punto tuvo por la morada de Lotario. Un antiguo castillo irregular, con algunas torres y gabletes, parecía haber constituido su primera base; sólo que, con mayor irregularidad todavía, habían sido erigidas nuevas construcciones, unas inmediatas y otras a cierta distancia de aquél, unidas al edificio principal por galerías y pasajes cubiertos. Toda simetría exterior, toda apariencia arquitectónica parecía haber sido sacrificada a las necesidades de la comodidad interna. No podían verse señales de murallas ni fosos, ni tampoco de jardines artísticos y grandes avenidas. Campos de hortalizas y frutales llegaban hasta las casas, y en el espacio que quedaba entre ellas también se veían pequeños huertos útiles. Un tanto alejada había una alegre aldehuela; huertos y labradíos parecían en la mejor situación.

Sumido en sus propias reflexiones apasionadas, siguió adelante Guillermo sin prestar gran atención a lo que veía, dejó su caballo en una posada y, no sin emoción, se dirigió hacia el castillo.

Un viejo servidor lo recibió a la puerta y le informó, con mucha bondad, de que era difícil que aquel día llegara a ver al señor, pues el señor tenía muchas cartas que escribir y ya había despedido, sin recibirlos, a diversos hombres de negocios. Guillermo se mostró más insistente y, por último, el viejo tuvo que ceder e ir a anunciar su visita. Volvió otra vez y condujo a Guillermo a una gran sala antigua. Requiriole allí para que tuviera paciencia, porque quizá el señor todavía tardaría algún tiempo en presentarse. Guillermo paseó inquietamente de un extremo a otro de la habitación y lanzó algunas miradas a los caballeros y damas cuyas viejas imágenes pendían alrededor por las paredes, repitiéndose el principio de su discurso, que le parecía muy en su sitio en presencia de aquellas armaduras y rizados cuellos. Cada vez que oía algún rumor poníase en postura para recibir con dignidad a su adversario, tenderle primero la carta y atacarlo después con las armas del reproche.

Varias veces se había ya equivocado, y comenzaba realmente a sentir enojo y mal humor cuando, por último, por una puerta lateral, entró un hombre de buena figura, con botas altas y un sencillo sobretodo.

-¿Qué me trae usted de bueno? -díjole en tono amable a Guillermo-. Perdone usted que le haya hecho esperar.

Al pronunciar esto doblaba una carta que tenía en la mano. Guillermo, no sin perplejidad, tendiole el pliego de Aurelia y dijo:

-Le traigo las últimas palabras de una amiga, que no serán leídas por usted sin emoción.

Lotario cogió la carta y se retiró al instante a su habitación, donde, como Guillermo podía ver muy bien por la puerta, abierta todavía, cerró y puso la dirección a algunas cartas antes de abrir y enterarse de la de Aurelia. Pareció leer el papel diversas veces, y Guillermo, aunque sentía que su patético discurso no se acomodaba muy bien con aquel natural recibimiento, recogió, no obstante, sus fuerzas, dirigiose hacia el umbral y quería comenzar su arenga cuando se abrió el tapiz que cubría una de las entradas del gabinete y penetró el eclesiástico.

-Recibo el más singular mensaje del mundo -díjole Lotario, yendo a su encuentro-. Dispénseme usted -añadió, dirigiéndose a Guillermo-; pero en este momento no estoy en disposición de seguir conversando con usted. Pasará usted la noche con nosotros; ocúpese usted de nuestro huésped, abate, para que no carezca de nada.

Diciendo estas palabras, hizo una reverencia a Guillermo; el eclesiástico tomó a nuestro amigo por la mano, quien le siguió, no sin resistencia.

Silenciosamente recorrieron extraños pasadizos y llegaron a una habitación muy bonita. El eclesiástico introdújolo en ella y lo abandonó sin otra explicación. Poco después apareció un bravo mozo, que se presentó a Guillermo como servidor suyo y que le sirvió la cena, refiriéndole, al servirle, diversas cosas acerca de los usos de la casa, cómo se almorzaba y se comía, cómo se trabajaba y se gozaba, enunciando en especial muchas cosas en alabanza de Lotario.

Por agradable que fuera el muchacho, pronto trató Guillermo de verse libre de él. Deseaba estar solo, pues se sentía muy angustiado y afligido en su situación. Hacíase reproches por haber desempeñado tan mal su designio y no haber cumplido su comisión más que a medias. Tan pronto se proponía realizar, a la mañana siguiente, lo omitido, como advertía que la presencia de Lotario lo disponía para muy otros sentimientos. La casa donde se encontraba parecíale también tan extraña, que no sabía cómo acomodarse a su posición. Quiso desnudarse y abrió su portamantas; con su ropa de noche sacó también el velo del fantasma que Mignon había puesto en el equipaje. El verlo aumentó la triste situación de su ánimo.

-¡Huye, huye, mancebo! -exclamó-. ¿Qué quieren decir estas místicas palabras? ¿Huir de qué? ¿Huir adónde? Mejor habría podido gritarme el espíritu: ¡Vuelve a entrar en ti mismo!

Consideró los grabados ingleses que, dentro de sus marcos, pendían de las paredes; con indiferencia apartó la vista de la mayor parte de ellos, pero, por fin, encontró representado en uno de ellos el naufragio de un desdichado navío: un padre, con sus hermosas hijas, esperaba la muerte de las amenazadoras olas. Una de las doncellas parecía tener semejanza con aquella su amazona; una indecible compasión se apoderó de nuestro amigo; sintió una irresistible necesidad de aliviar su corazón; las lágrimas se derramaron de sus ojos, y no pudo volver a ser dueño de sí hasta que lo dominó el sueño.

Extraños ensueños se le presentaron hacia la mañana. Encontrose en un jardín, en el que, cuando niño, había estado muchas veces, y vio con placer los conocidos paseos, setos y canastillas de flores; Mariana vino a su encuentro; hablole él amorosamente y sin recordar ninguna mala inteligencia pasada. Inmediatamente después presentósele su padre, en traje de casa y con un aire de intimidad que era raro en él; mandó a su hijo que trajera dos sillas del pabellón del jardín, cogió a Mariana por la mano y condújola bajo un cenador.

Guillermo corrió hacia el pabellón, pero lo encontró totalmente vacío; sólo vio a Aurelia, de pie, en la ventana opuesta a la puerta; se acercó para hablarle, pero ella permaneció sin volver la cabeza, y aunque se le colocara muy cerca no podía verle el rostro. Miró por la ventana y, en un jardín desconocido, vio muchas gentes, entre las cuales reconoció a algunas al instante: madama Melina estaba sentada bajo un árbol y jugaba con una rosa que tenía en la mano; Laertes se hallaba a su lado y contaba monedas de oro, pasándolas de una a otra mano; Mignon y Félix estaban acostados en la hierba: ella de espaldas, él de cara al suelo. Entró Filina y palmeó sobre los niños; Mignon siguió sin moverse, pero Félix se levantó de un salto y huyó de Filina. Al principio se reía, al correr, mientras Filina lo perseguía; después gritó acongojado, cuando el arpista iba tras él con grandes y lentos pasos. El niño corría directamente hacia un estanque; Guillermo se apresuró a seguirlo, pero llegó tarde: el niño estaba en el agua. Guillermo se quedó como si hubiera echado raíces. Entonces vio a la hermosa amazona a la otra orilla del estanque; tendía hacia el niño su mano derecha y caminaba por el borde; el niño cruzó el estanque siguiendo la dirección que le señalaba su dedo, y la siguió según ella marchaba; por último, tendiole ella su mano y lo sacó del agua. Mientras tanto habíase acercado Guillermo; el niño ardía totalmente, y de su cuerpo caían gotas inflamadas. Guillermo estaba cada vez más angustiado; pero la amazona quitose rápidamente un velo blanco de la cabeza y cubrió con él al niño. Al punto quedó extinguido el fuego. Cuando levantó el velo salieron saltando dos mozuelos, que jugaban juntos caprichosamente, yendo de un lado a otro, mientras Guillermo marchaba por el jardín llevando de la mano a la amazona, y en la lejanía veía a su padre paseando con Mariana en una avenida de grandes árboles que parecía rodear todo el jardín. Dirigió sus pasos hacia aquella parte, y con su hermosa acompañante recorría transversalmente el jardín cuando, de pronto, salioles al encuentro el rubio Federico y los detuvo con grandes carcajadas y toda suerte de bromas. A pesar de ello, querían proseguir su camino; entonces Guillermo apresuró el paso y corrió hacia aquella remota pareja; su padre y Mariana parecían huir de él; corrió cada vez más de prisa, y los vio cómo casi levantaban el vuelo para desaparecer por la gran avenida. La naturaleza y el cariño lo instaban a correr para impedirlo, pero lo detenía la mano de la amazona. Y ¡con qué gusto se dejaba detener! En medio de estas complejas sensaciones despertose, y encontró su habitación iluminada ya por un luciente sol.

Capítulo II

El mozo invitó a Guillermo para el almuerzo, y éste encontró ya al abate en la sala; Lotario, según le dijo, había salido a caballo; el abate no era muy comunicativo, y semejaba estar bastante preocupado; preguntó por la muerte de Aurelia y oyó con piedad el relato de Guillermo.

-¡Ay! -exclamó-, quien se represente vivamente la infinidad de operaciones que tienen que realizar la Naturaleza y el arte hasta ver a una criatura humana ya formada; el que se ocupe tanto como le sea posible de la educación de sus hermanos, los hombres, podría desesperarse al ver el modo criminal como el hombre se destroza a sí propio, poniéndose con tanta frecuencia en el caso de ser destruido, con o sin culpa. Cuando reflexiono en ello, la vida misma me parece un don tan casual que querría alabar a todo aquel que no la aprecie en más de lo que vale.

Apenas había acabado de hablar cuando se abrió con violencia la puerta y entró precipitadamente una joven dama rechazando al viejo sirviente, que quería cerrarle el paso. Corrió hacia el abate y, cogiéndolo por un brazo, apenas pudo, entre llantos y sollozos, pronunciar estas escasas palabras:

-¿Dónde está? ¿Dónde lo tenéis? ¡Es una traición espantosa! ¡Confesadlo! ¡Sé lo que ocurre! ¡Quiero ir con él! ¡Quiero saber dónde se halla!

-Tranquilícese usted, hija mía -dijo el abate con afectada calma-; vuelva usted a su cuarto; lo sabrá todo, pero tiene que estar en situación de poder oír lo que le sea narrado.

Ofreciole la mano, con intención de sacarla fuera.

-No iré a mi cuarto -exclamó ella-; odio las paredes entre las que hace ya tanto tiempo me tenéis cautiva. Y, sin embargo, lo he sabido todo: el coronel lo desafió; ha salido a caballo en busca de su adversario y acaso en este mismo momento... Algunas veces me pareció como si oyera disparos. Haga usted que enganchen y venga usted conmigo, o si no, llenaré la casa y toda la aldea con mis gritos.

Corrió a la ventana llorando del modo más violento; el abate la detuvo, y en vano trató de serenarla.

Oyose el rodar de un carruaje, y la damita abrió bruscamente la ventana.

-¡Está muerto! -clamó-. ¡Ahí lo traen!

-Se apea por su pie -dijo el abate-; ya ve usted que vive.

-Está herido -replicó ella violentamente-; si no, volvería a caballo. Lo sostienen; está gravemente herido.

Salió corriendo por la puerta y se precipitó por las escaleras abajo; el abate se apresuró a seguir sus pasos, y Guillermo fue tras ellos; presenció el encuentro de la bella con su amado en la escalera.

Lotario se apoyaba en su acompañante, en el cual, al punto, reconoció Guillermo a su antiguo protector Yarno; hablaba muy tierna y afectuosamente con la inconsolable dama, y, sostenido por ella, subió lentamente las escaleras, saludó a Guillermo y fue conducido a su gabinete.

Poco tiempo después volvió a salir Yarno y se acercó a Guillermo.

-Según parece -dijo-, está usted predestinado a encontrar por todas partes comediantes y teatro; en este momento estamos cogidos en un drama que no es muy divertido.

-Me alegro mucho de volver a encontrarle a usted en este singular momento -repuso Guillermo-; estoy admirado y espantado, y su presencia vuelve a darme calma y sosiego. Dígame usted, ¿hay peligro? El barón, ¿está herido gravemente?

-No lo creo -respondió Yarno.

Al cabo de algún tiempo salió de la habitación el joven cirujano.

-Vamos, ¿qué dice usted? -exclamó Yarno, saliéndole al encuentro.

-Que es un caso muy peligroso -respondió el otro, guardando algunos instrumentos en su cartera de cuero.

Guillermo consideró la cinta que pendía de la cartera y creyó reconocerla. Colores vivos y chillones, un dibujo extraño, hilos de oro y plata formando extrañas figuras; todo ello diferenciaba aquella cinta de todas las otras cintas del mundo. Guillermo estaba convencido de tener ante sus ojos la cartera de instrumentos del viejo cirujano que lo había vendado en aquel bosque, y la esperanza de encontrar una huella de su amazona después de tanto tiempo cruzó como una llama a través de todo su ser.

-¿De dónde procede esa cartera? -exclamó-. ¿A quién perteneció antes que a usted? Le suplico que me lo diga.

-La compré en una almoneda -repuso el otro-. ¿Qué me importa a quién haya pertenecido?

Alejose al pronunciar estas palabras, y Yarno dijo:

-¡Si fuera posible que este joven tuviera alguna vez una palabra de verdad en sus labios!

-¿No adquirió la cartera en una almoneda? -preguntó Guillermo.

-Tan verdad es eso como que esté en peligro Lotario -respondió Yarno.

Guillermo se hallaba sumido en diversas reflexiones cuando Yarno le preguntó cómo le había ido desde su separación. Guillermo le refirió, en términos generales, su historia, y, por último, cuando habló de la muerte de Aurelia y de su embajada, exclamó el otro:

-¡Es extraño, muy extraño!

El abate salió de la habitación, hízole seña a Yarno para que fuera a ocupar su puesto y díjole a Guillermo:

-El barón le suplica que permanezca aquí durante algunos días para aumentar la compañía y contribuir en estas circunstancias a su entretenimiento. Si necesita comunicar algo a los suyos, prepare usted su carta inmediatamente, y para que comprenda esta singular aventura, de que ha sido testigo ocular, tengo que referirle lo que, por lo demás, no es un secreto. El barón tenía cierta aventurilla con una dama, que hacía más ruido con ella del que fuera debido, porque quería gozar demasiado vivamente del triunfo de habérselo arrebatado a una rival. Por desgracia, al cabo de algún tiempo, no encontró él en la señora el mismo atractivo; evitó verla; sólo que a la dama, con su carácter violento, le fue imposible someterse con ánimo reposado a su destino. Hubo manifiesta ruptura en un baile; creyose ella extraordinariamente ofendida y deseó ser vengada; no se encontró caballero que tomara su defensa, hasta que, por último, el marido, de quien estaba separada desde hacía largo tiempo, conoció el asunto y lo tomó por su cuenta; desafió al barón, y hoy lo ha herido; no obstante, el coronel, según oigo decir, ha salido todavía peor librado.

Desde este momento, nuestro amigo fue tratado en la casa como si perteneciera a la familia.

Capítulo III

Algunas veces leíanle al enfermo; Guillermo prestaba alegremente este pequeño servicio. Lidia no se apartaba del lecho; sus cuidados hacia el herido consumían toda su atención; pero aquel día también Lotario parecía distraído, y hasta rogó que no le leyeran más.

-Siento hoy vivamente -dijo- cuán locamente deja la criatura humana que se escape el tiempo. ¡Cuántas cosas no he proyectado, cuántas he pensado y cuánto vacila uno antes de ejecutar sus mejores propósitos! He vuelto a leer los planes de las modificaciones que quiero realizar en mis dominios, y puedo decir por ello que me alegro altamente de que la bala no haya tomado un camino más peligroso.

Lidia lo miró tiernamente, hasta con lágrimas en los ojos, como si quisiera preguntarle si ella y si sus amigos no podrían reclamar también una parte en su alegría de vivir. Por el contrario, Yarno replicó:

-Cambios como los que usted se propone tienen que ser meditados en todos sus aspectos antes de decidirse a hacerlos.

-Largas reflexiones -replicó Lotario- muestran habitualmente que no se conoce bien la cuestión de que se trata; acciones precipitadas, que no se la conoce en modo alguno. Veo muy claramente que, para muchos trabajos de la explotación de mis dominios, no puedo privarme de los servicios de mis aldeanos, y que tengo que mantener severa y resueltamente ciertos derechos; pero veo también que otras prerrogativas, cierto que me son ventajosas, pero no del todo indispensables, de modo que puedo ceder a mis gentes algo de ellas. No siempre se pierde cuando se priva uno de algo. ¿No cultivo yo mis fincas mucho mejor que mi padre? ¿No haré que mis rentas vayan aún más hacia lo alto? Pues ¿debo gozar yo solo de esta prosperidad creciente? A aquel que trabaja conmigo y para mí, ¿no debo también concederle su parte en los beneficios que nos ofrecen los conocimientos más dilatados y el progreso de los tiempos?

-¡El hombre es así! -exclamó Yarno-, y no me censuro si a veces sorprendo en mí tales singularidades; el hombre aspira a adueñarse de todo, para poder disponer de ello a su capricho; el dinero que gasta otro, rara vez le parece bien empleado.

-¡Oh, sí! -repuso Lotario-. Podríamos prescindir de una parte del capital si procediéramos menos caprichosamente con los intereses.

-Lo único que debo recordar -dijo Yarno-, y por lo cual no puedo aconsejarle que haga usted ahora esas modificaciones, con las que perdería usted, siquiera momentáneamente, es que usted mismo tiene todavía deudas, cuyo pago le agobia. Yo te aconsejaría que difiriera sus planes hasta estar completamente libre de todo ello.

-Y mientras tanto confiar en que una bala o una teja no querrán aniquilar para siempre los resultados de mi vida y de mi actividad. ¡Oh, amigo mío! -prosiguió Lotario-, esa es una de las principales faltas del hombre civilizado, que todo quiere sacrificarlo por una idea y poco o casi nada por la realidad. ¿Por qué he contraído esas deudas? ¿Por qué me disgusté con mi tío? ¿Por qué dejé tanto tiempo entregados a sí mismos a mis hermanas y hermano, sino por una idea? Creía poder actuar en América, creía ser útil y necesario en Ultramar; si una acción no estaba rodeada de mil peligros no me parecía digna ni importante: ¡Qué de otro modo veo ahora las cosas, y cómo lo más próximo ha llegado a ser lo más querido y valioso para mí!

-Aún recuerdo muy bien -repuso Yarno- la carta que recibí de usted cuando todavía estaba en Ultramar. Usted me escribía: «Regresaré y diré en mi casa, en mi huerto de frutales, en medio de los míos: aquí, o en ninguna parte, está América».

-Sí, amigo mío, y aún repito hoy lo mismo; pero me reprendo al mismo tiempo porque aquí no soy tan activo como allí. Para mantenernos en una situación fija e igual sólo necesitamos de la razón, y nos vamos haciendo tan razonables que ya no vemos lo extraordinario que cada monótono día requiere de nosotros, y si lo vemos, encontramos mil disculpas para no hacerlo. Un hombre sensato es mucho para sí, pero poco para la Humanidad.

-No agraviemos a la razón -dijo Yarno-, y confesemos que lo extraordinario que acontece es, en general, irrazonable.

-Sí, y justamente porque los hombres hacen lo extraordinario fuera del orden. De este modo, mi cuñado entrega su fortuna, en cuanto puede disponer de ella, a la comunidad de hermanos moravos, y cree con ello asegurar la salvación de su alma; si hubiera sacrificado una pequeña parte de sus rentas, habría hecho felices a muchos hombres y habría podido crear un cielo en la tierra para él y para los otros. Rara vez son activos nuestros sacrificios; renunciamos a lo que nos es forzoso abandonar. No de un modo magnánimo, sino con desesperación, cedemos lo que poseemos. En estos días, lo confieso, tengo siempre al Conde ante los ojos, y estoy firmemente resuelto a realizar por convencimiento aquello a que a él le ha llevado una congojosa locura; no quiero esperar a mi curación; aquí están los papeles; sólo tienen que ser puestos en limpio. Consulte usted al juez; nuestro huésped también querrá ayudamos; usted sabe igual que yo de lo que se trata, y, ya sane o me muera, quiero mantenerme firme en ello y exclamar: aquí, o en ninguna parte, está la comunidad morava.

Cuando Lidia oyó que su amigo hablaba de la muerte se precipitó ante su lecho, colgose de sus brazos y lloró amargamente. Entró el cirujano; Yarno le entregó a Guillermo los papeles y obligó a Lidia a que se alejara.

-¡En nombre del cielo! -exclamó Guillermo, cuando estuvieron solos en la sala-, ¿qué historia del Conde es esa? ¿Qué Conde es el que se retira entre los hermanos moravos?

-Uno a quien conoce usted muy bien -repuso Yarno-. Usted es el fantasma que lo ha arrojado en brazos de la devoción; usted es la mala persona que puso en tal situación a su encantadora esposa, que encuentra soportable acompañar a su marido.

-¿Y es hermana de Lotario? -exclamó Guillermo.

-Exactamente.

-¿Y sabe Lotario...?

-Todo.

-¡Oh!, déjeme usted que huya -exclamó Guillermo-. ¿Cómo podré presentarme ante él? ¿Qué podrá decirme?

-Que nadie debe lanzar una piedra contra otra persona, y que nadie debe componer largos discursos para avergonzar a las gentes si primero no se los recita a sí mismo delante del espejo.

-¿También sabe usted eso?

-Como otras muchas cosas -replicó Yarno, sonriéndose-; pero esta vez -añadió- no le dejaré escapar tan fácilmente como la anterior, y usted no tiene ya por qué temer encontrar en mí un reclutador. Ya no soy militar, y aun como militar no hubiera debido inspirarle a usted esa sospecha. Desde el tiempo en que no nos hemos visto han cambiado mucho las cosas. Después de la muerte de mi príncipe, mi único amigo y bienhechor, me retiré del mundo y de todas las ocupaciones mundanas. Ayudaba yo con gusto a todo lo que era razonable; no guardaba silencio si encontraba algo absurdo, y la gente siempre tenía que hablar de mi inquieta cabeza y mi mala lengua. El vulgo de los hombres nada teme tanto como a la razón; es a la tontería a la que debería temer si comprendiera lo que es temible; pero aquélla es molesta y hay que dejarla a un lado; ésta no es más que dañina, y eso puede sufrirse con paciencia. Pero, sea lo que quiera, tengo lo bastante para vivir, y ya oirá usted hablar más de mis planes. Usted debe participar en ellos, si le conviene; pero, dígame usted cómo le ha ido. Veo y siento que también usted se ha cambiado. ¿Qué fue de su antigua manía de crear algo bello y bueno con una compañía de bohemios?

-Estoy bastante castigado -exclamó Guillermo-; no me recuerde de dónde vengo y adónde voy. Háblase mucho de teatro; pero quien no estuvo en la escena no puede formarse ninguna idea de ella. No se tiene ni siquiera sospecha del grado hasta el cual se desconocen a sí mismos esos hombres, de cómo ejecutan sin reflexión su oficio, de hasta qué punto son ilimitadas sus pretensiones. Cada uno de ellos, no sólo quiere ser el primero, sino que quiere ser el único; cada cual querría excluir a todos los otros, y no ve que apenas es capaz de producir algún efecto junto con ellos; todos se imaginan ser un prodigio de originalidad, y son incapaces de encontrar algo que salga de la rutina; y con ello, una necesidad, siempre cambiante, de algo nuevo. ¡Con qué violencia proceden unos contra otros! Y sólo es el más insignificante amor propio, el más estrecho egoísmo lo que puede hacer que se reúnan para una acción común. No existe buen porte mutuo; una desconfianza eterna es sostenida por secretas perfidias y frases deshonrosas; quien no vive lascivamente vive como un tonto. Cada cual pretende obtener la estima más incondicional; cada cual se siente herido por la menor censura. ¡Sabe aquello mucho mejor que todos! Y si es así, ¿por qué, pues, hizo siempre lo contrario? Siempre necesitados y siempre desconfiados; parece que nada temen tanto como la razón y el buen gusto, y nada tratan de conservar tanto como la regia prerrogativa de su arbitrariedad personal.

Tomaba alientos Guillermo para proseguir más adelante aún con sus letanías cuando Yarno lo interrumpió con una desmedida carcajada.

-¡Pobres comediantes! -exclamó, y se arrojó en un sillón y continuó riéndose-. ¡Pobres y buenos comediantes! Pero ¿no sabe usted, amigo mío -prosiguió, después de haberse calmado algún tanto-, no sabe usted que no ha descrito el teatro, sino el mundo, y que en todas las clases de la sociedad le encontraría yo bastantes figuras y acciones que merecerían sus severas pinceladas? Perdóneme usted, pero tengo que reírme de que crea que esas hermosas cualidades están sólo relegadas a la escena.

Guillermo se hizo dueño de sí, pues en realidad le había ofendido la inmoderada e intempestiva risa de Yarno.

-No puede ocultar usted del todo su misantropía -dijo- al afirmar que esas faltas son universales.

-Y muestra usted su desconocimiento del mundo al contar tales manifestaciones como tan altamente características del teatro. A la verdad, yo le perdono gustoso al comediante todas las faltas que proceden de su amor propio y del deseo de agradar, pues no es nada si no parece valer algo ante sí mismo y los otros. Está destinado para las apariencias; tiene que apreciar altamente el aplauso momentáneo, pues no recibe ninguna otra recompensa; tiene que tratar de brillar, pues no está en escena para otra cosa.

-Permita usted -repuso Guillermo- que, por mi parte, me sonría siquiera. Jamás hubiera creído que pudiera usted ser tan equitativo e indulgente.

-¡No, por Dios! Hablo con la mayor y más reflexiva seriedad. Todos los defectos del hombre se los dispenso al comediante; ningún defecto del comediante se lo perdono al hombre. No haga usted que entone mis endechas sobre tal tema; serían más violentas que las suyas.

El cirujano salió del gabinete, y a la pregunta de cómo se encontraba el enfermo, respondió con viva amabilidad:

-Muy bien; espero verle pronto totalmente repuesto.

Al punto se apresuró a salir de la sala, sin esperar las preguntas de Guillermo, que ya abría la boca para informarse otra vez y con insistencia acerca de la cartera. Comunicole reservadamente a Yarno su deseo de saber algo de la amazona; descubriole el caso y le suplicó su auxilio.

-Sabe usted tantas cosas -le dijo-, ¿no podría también saber algo de esto?

Yarno estuvo pensativo durante un instante; después díjole así a su joven amigo:

-Esté usted tranquilo y no revele nada de esto; ya encontraremos huellas de la bella. Ahora me inquieta el estado de Lotario; el caso es peligroso, según deduzco de la amabilidad y esperanzas que da el cirujano. Me gustaría ver ya a Lidia fuera de aquí, pues no sirve para nada, pero no sé cómo hacer. Hoy, por la noche, espero que debe venir nuestro viejo médico, y ya entonces seguiremos deliberando.

Capítulo IV

Llegó el médico; era el bueno y anciano doctorcillo a quien ya conocemos y a quien debemos el conocimiento del interesante manuscrito. Ante todo visitó al herido, y en modo alguno pareció satisfecho de su situación. Después tuvo una larga conversación con Yarno, pero no dejaron que se transparentara nada de ella cuando por la noche se reunieron para cenar.

Guillermo lo saludó del modo más afectuoso y se informó de la situación de su arpista.

-Conservaremos siempre esperanzas de traer a la razón a ese desgraciado -respondió el médico.

-Ese hombre era un triste apéndice de su limitada y extraña existencia -dijo Yarno-. ¿Qué se hizo de él? Hágamelo usted saber.

Después que hubo sido satisfecha la curiosidad de Yarno siguió diciendo el médico:

-Jamás he visto un ánimo en tan singular disposición. Desde muchos años antes no participaba en absoluto en cuanto ocurría fuera de él, ni casi lo notaba; puramente replegado sobre sí mismo, sólo consideraba su hueco y vacío yo, que le parecía como un abismo sin fondo. ¡Qué conmovedor era oírle hablar de esta triste situación! «No veo nada ante mí, nada a mis espaldas -exclamaba-, sino una noche infinita, en la que me hallo en la más espantosa soledad; no me queda ningún sentimiento sino el sentimiento de mi crimen, el cual, no obstante, tampoco se deja ver sino muy de lejos, como un remoto e informe fantasma; pero no hay ninguna altura ni ninguna profundidad, nada hacia adelante ni hacia atrás, ninguna palabra puede expresar esta situación, siempre igual. A veces clamo, en la miseria de esta indiferencia: ¡Eternidad, eternidad! Y esta palabra, extraña e incomprensible, es luminosa y clara comparada con las tinieblas de mi situación. Ni un resplandor de divinidad se me presenta en esta noche; lloro todas mis lágrimas conmigo y por mí mismo. Nada es más cruel para mí que la amistad y el amor, pues suscitan en mí el deseo de que puedan ser reales las apariciones que me rodean. Pero también esos dos fantasmas no salieron del abismo más que para acongojarme y arrebatarme, finalmente, hasta la preciosa conciencia de este monstruoso existir». Tendrían ustedes que haberlo oído -prosiguió el médico- cuando, en sus horas de confianza, alivia su corazón de esta manera. Con la mayor emoción lo escuché algunas veces. Si algo le fuerza, le obliga a reconocer por un instante que ha pasado el tiempo, se queda como asombrado, y vuelve después a rechazar todo cambio en las cosas como una aparición de apariciones. Una noche cantó una canción sobre sus grises cabellos; todos estábamos sentados en torno a él y lloramos.

-¡Oh, procúremela usted! -exclamó Guillermo.

-Pero ¿no ha descubierto usted nada acerca de lo que él llama su crimen, del motivo de su singular atavío, de su conducta durante el incendio y de su furor contra el niño?

-Sólo por conjeturas podemos acercarnos al conocimiento de su destino; interrogarle directamente iría contra nuestros principios. Como notamos muy bien que había sido educado en la religión católica, hemos creído que una confesión le procuraría algún alivio; pero aléjase, de modo singular, cada vez que tratamos de acercarlo a un eclesiástico. No obstante, para que el deseo que usted manifiesta de saber algo acerca de él no quede totalmente insatisfecho, descubrirele, por lo menos, nuestras suposiciones. Ha debido pasar su juventud en el estado monástico; por eso parece querer conservar sus largas vestiduras y su barba. Las alegrías del amor permanecieron desconocidas para él durante la mayor parte de su vida. Sólo muy tarde debe haber tenido un descarrío con una dama, próxima parienta

suya, y la muerte de ésta, al dar la existencia a una desdichada criatura, fue lo que turbó su cerebro por completo. Su mayor locura consiste en creer que lleva la desgracia a todas partes, y que la muerte le amenaza por mano de un inocente niño. Primero tuvo miedo de Mignon, hasta que supo que era una muchacha; después le acongojó Félix, y, como en medio de todas sus desdichas ama infinitamente la vida, de aquí parece haberse originado su desafecto contra el niño.

-¿Qué esperanzas tiene usted de curarlo? -preguntó Guillermo.

-Progresa muy despacio -respondió el médico-, pero nunca retrocede. Prosigue siempre con las ocupaciones que le fueron destinadas, y lo hemos acostumbrado a leer las gacetas, que, con gran afán, espera siempre ahora.

-Tengo curiosidad por conocer sus canciones -dijo Yarno.

-Podré darle a usted varias de ellas -dijo el médico-. El hijo mayor del eclesiástico, que está acostumbrado a escribir los sermones de su padre, ha tomado por escrito diversas estrofas sin que el viejo lo advirtiera, formando así, poco a poco, varias canciones.

A la otra mañana Yarno vino en busca de Guillermo y le dijo:

-Tiene usted que prestarnos un servicio; Lidia tiene que ser alejada de aquí durante algún tiempo; su amor y su pasión, violentos o importunos, si puedo calificarlos así, impiden la mejoría del barón. Su herida, aunque no sea peligrosa, dada su buena naturaleza, requiere calma y reposo. Ya vio usted cómo lo atormenta Lidia con sus cuidados ardientes, su irreprimible temor y sus lágrimas, nunca dominadas, y... En una palabra -añadió, con una sonrisa, después de una pausa-, el médico exige terminantemente que abandone la casa durante algún tiempo. Le hemos hecho creer que una excelente amiga suya se encuentra en estas cercanías, que desea verla y que la espera de un momento a otro. Se ha dejado convencer para ir a casa del juez, que sólo vive a dos leguas de aquí. Está éste advertido, y lamentará cordialmente que la señorita Teresa acabe de partir en aquel momento; presentará como verosímil el que todavía pueda alcanzársela en el camino; Lidia querrá correr tras ella, y, si se tiene suerte, será posible pasearla de aldea en aldea. Por último, cuando insista mucho en regresar, no debe contradecírsela; hay que aprovecharse de la noche; el cochero es mozo inteligente, con el cual hay que ponerse de acuerdo. Usted se sentará con ella en el coche, la distraerá y dirigirá la aventura.

-Me confía usted una comisión extraña y delicada -repuso Guillermo-. ¡Qué acongojante es siempre la presencia de un fiel amor engañado! ¿Y debo ser yo mismo el instrumento de tal acción? Será la primera vez en mi vida en que yo engañe de esa suerte a alguien, pues siempre creí que puede descarriársenos hasta muy lejos si comenzamos a mentir, aunque sólo sea para realizar lo útil y bueno.

-Pues no podemos educar de otro modo a los niños -replicó Yarno.

-Con los niños aún podría pasar -dijo Guillermo-, ya que los amamos de modo tan tierno y les somos superiores manifiestamente; pero con nuestros iguales, con los que no siempre

nos exige tantos miramientos nuestro corazón, podría ser con frecuencia peligroso. Pero no crea usted -prosiguió, al cabo de una breve reflexión- que rechace esta comisión por ese motivo. El respeto que me inspira su prudencia de usted, el cariño que siento por su excelente amigo, el vivo deseo de que su curación sea fomentada por todos los posibles medios hacen que gustosamente me olvide de mis propias ideas. No basta que pueda uno arriesgar su vida por un amigo; en caso de necesidad también hay que renunciar por él a nuestras convicciones. Debemos sacrificar por él nuestras pasiones más queridas y nuestros mejores deseos. Tomo a mi cargo la comisión, aunque ya preveo los tormentos que tendré que sufrir al ver las lágrimas de Lidia y su desesperación.

-Pero también le espera a usted una no pequeña recompensa -repuso Yarno-, ya que conocerá usted a la señorita Teresa, dama como hay muy pocas; avergüenza a cien hombres, y podría llamarla una verdadera amazona si no vagaran otras por ahí, como lindas hermafroditas, con ese ambiguo traje.

Sorprendiose Guillermo; cobró esperanzas de volver a encontrar en Teresa a su amazona, tanto más que Yarno, a quien pidió algunas explicaciones, cortó la conversación y se alejó de su lado.

La nueva y próxima esperanza de volver a ver a aquella venerada y querida figura produjo en él las emociones más singulares. Consideró desde entonces la comisión que le había sido dada como obra de un destino expreso, y el pensamiento de que iba a separar astutamente a una pobre muchacha del objeto de su más sincero y ardiente amor no se le presentó más que transitoriamente, como se desliza la sombra de un pájaro sobre la soleada tierra.

El coche se hallaba delante de la puerta; Lidia vaciló un momento antes de subir a él.

-Salude usted otra vez a su señor de mi parte -díjole al viejo criado-; antes de la noche estaré de vuelta.

Con lágrimas en los ojos, volviose varias veces al partir el carruaje. Dirigiose después a Guillermo, logró serenarse y le dijo:

-Conocerá usted en la señorita Teresa a una persona muy interesante. Me maravilla que esté en esta comarca, pues ya debe usted saber que ella y el barón se aman apasionadamente. A pesar de la distancia, Lotario iba con frecuencia junto a ella; yo estaba entonces en su compañía, y parecía como si sólo vivieran el uno para el otro. Pero de pronto se rompió su trato, sin que nadie pudiera comprender el motivo. Habíame conocido, y no niego que envidiaba yo sinceramente a Teresa, que apenas ocultaba mi cariño hacia él y que no lo rechacé cuando, de repente, pareció elegirme a mí en vez de a Teresa. Ella se portó conmigo como no hubiera podido desearse mejor, aunque pareciera como si le hubiera yo robado un digno amante. Pero también, ¡cuántos millares de lágrimas y dolores no me ha costado ya este amor! Al principio sólo nos veíamos de cuando en cuando, a escondidas, en otro lugar, pero yo no pude soportar aquella vida largo tiempo; sólo en su presencia era feliz, completamente feliz. Lejos de él, no tenía enjutos los ojos ni tranquilo el corazón. Una vez retrasose varios días; estuve en la desesperación, púseme en camino y

vine aquí a sorprenderlo. Acogiome amorosamente, y si esta desdichada cuestión no hubiera venido a interponerse, habría tenido yo una celestial vida; pero, ¡lo que he soportado desde que está en peligro, desde que sufre, no puedo decirlo, y aun en este momento me hago vivos reproches por haber podido alejarme de él siquiera un día!

Guillermo quería informarse más detalladamente sobre Teresa, cuando pasaron por casa del juez, quien se acercó al coche y lamentó que la señorita Teresa hubiera ya partido. Ofreció un almuerzo a los viajeros, pero añadió en seguida que aún podrían alcanzar al coche en la próxima aldea. Decidieron seguir tras él, y el cochero no lo defirió; habían dejado ya tras de sí algunas aldeas sin encontrar a nadie. Lidia se esforzó para que regresaran; pero el cochero seguía adelante, como si no comprendiera. Por último, exigiolo ella con la mayor violencia; Guillermo lo llamó y le hizo la señal convenida. El cochero respondió:

-No es necesario que volvamos por el mismo camino; conozco uno más corto y más cómodo al propio tiempo.

Metió entonces el coche por un camino lateral, entre bosques y dilatadas praderas. Finalmente, como no se descubriera ningún objeto conocido, confesó el cochero que, por desgracia, se había extraviado, pero que pronto hallaría el debido camino, ya que veía una aldea a lo lejos. Llegó la noche, y el cochero hizo las cosas de modo tan hábil que preguntaba en todas partes y en ninguna esperaba respuesta. Siguieron así rodando toda la noche; Lidia no pegó ojo; a la luz de la luna creía encontrar cosas conocidas en todas partes, pero siempre volvían a eclipsarse. Por la mañana pareciole familiar lo que los rodeaba, pero muy inesperado. El coche se detuvo delante de una casita de campo, lindamente edificada; una dama salió de la puerta y abrió la portezuela del coche. Lidia la miró fijamente, dirigió los ojos en torno, volvió a contemplar a la señora y cayó desmayada en brazos de Guillermo.

Capítulo V

Guillermo fue llevado a un cuartito de la guardilla; la casa era nueva, y tan pequeña que casi no era posible que lo fuera más, pero extraordinariamente limpia y arreglada. En aquella Teresa que había salido a recibirlos a Lidia y a él al pie del coche no encontró Guillermo a su amazona; era una criatura grandemente distinta de ella. Bien formada, sin ser alta, movíase con mucha vivacidad, y nada de cuanto ocurría parecía permanecer oculto para sus grandes ojos, claros y azules.

Entró en la habitación de Guillermo y le preguntó si necesitaba algo.

-Perdone usted -dijo- que lo aloje en una habitación que todavía es desagradable por el olor de la pintura; mi casita acaba de ser terminada, y usted es quien estrena este cuartito, que está destinado para mis huéspedes. Ojalá que hubiera usted venido en una ocasión más agradable. La pobre Lidia no nos dará ni un solo día bueno y, en general, tendrá usted que contentarse con muy poco; mi cocinera acaba justamente de dejarme en el momento más

inapropiado, y uno de los criados se ha magullado una mano. Será necesario que haga yo todo por mí misma, y, en último término, si se gobernara uno de ese modo marcharían bien las cosas. Nadie nos atormenta más que la servidumbre; nadie quiere servir ni siquiera a sí mismo.

Dijo todavía diversas cosas sobre diferentes asuntos, y en general pareció que le gustaba hablar. Guillermo le preguntó por Lidia, diciendo si no podría ver a la buena muchacha y presentarle sus excusas.

-El hacerlo no produciría ahora ningún efecto sobre ella -repuso Teresa-; el tiempo presenta excusas lo mismo que consuela; en ambos casos, las palabras poseen poca fuerza. Lidia no quiere verle a usted. «¡Que no se presente delante de mi vista! -exclamó cuando la dejé-; tendría que desesperar de la humanidad. ¡Un rostro tan noble, una conducta tan abierta y esa malicia secreta!» A Lotario se lo perdona todo; verdad es que también él le dice a la pobre muchacha en una carta: «Mis amigos me convencieron, mis amigos me han obligado». Lidia le cuenta a usted también entre ellos y le maldice con todos los otros.

-Me dispensa demasiado honor al censurarme -respondió Guillermo-; aún no tengo derecho a pretender a la amistad de ese hombre excelente, y por esta vez no he sido más que inocente instrumento. No quiero alabarme de mi acción; basta que haya podido hacerla. Tratábase de la salud, tratábase de la vida de una persona a la que tengo que apreciar más altamente que a cuantas conocí antes de ahora. ¡Oh! ¡Qué clase de hombre es éste, señorita, y de qué personas está rodeado! Bien puedo decir que, en su compañía, es donde por primera vez he sostenido una conversación; donde, por primera vez, el sentido más íntimo de mis palabras volvió hacia mí desde una boca ajena, con un contenido más rico, mayor y más pleno; lo que yo había presentido hacíaseme claro, y lo que pensaba convertíaseme en evidente. Por desgracia, este goce fue perturbado, primeramente por toda suerte de preocupaciones y caprichos; después, por esta desagradable comisión. Tomela con abnegación a mi cargo, pues consideré deber mío, aun sacrificando mis propios sentimientos, prestar mi concurso a aquel círculo de personas excelentes.

Durante estas palabras, Teresa había contemplado a su huésped con gran afecto.

-¡Oh! ¡Qué grato es -exclamó- oír nuestras propias ideas expresadas por ajenos labios! Sólo llegamos a ser plenamente nosotros mismos cuando otra persona nos da por completo la razón. También yo pienso acerca de Lotario exactamente lo mismo que usted; no todo el mundo le hace justicia; pero todos los que le conocen íntimamente son entusiastas suyos, y el doloroso sentimiento que en mi corazón se mezcla a sus recuerdos no puede impedir que piense en él diariamente.

Un suspiro dilató su pecho al decir tales palabras, y en su ojo derecho centelleó una hermosa lágrima.

-No crea usted -prosiguió- que soy tan blanda y fácilmente emocionable. No son más que los ojos los que lloran. Tuve una pequeña verruga en el párpado inferior y me la han extirpado felizmente; pero desde entonces quedome ese ojo muy débil, y el menor motivo provoca en él una lágrima. Aquí estaba la verruguilla; ya no verá usted huella de ella.

No vio ninguna cicatriz, pero mirole a los ojos, y eran claros como cristal, y creyó ver hasta el fondo de su alma.

-Hemos pronunciado el santo y seña de nuestra alianza -dijo ella-; hagamos de modo que nos conozcamos lo más rápidamente posible uno a otro. La historia de cada hombre forma su carácter. Quiero referirle lo que me ha ocurrido; concédame usted alguna confianza y, cuando estemos lejos, permanezcamos también unidos. ¡El mundo está tan vacío si sólo vemos en él montañas, ríos y ciudades! Pero si sabemos que en un sitio o en otro hay alguien que concuerda con nosotros y con el cual continuamos viviendo calladamente, eso es lo único que convierte en habitado jardín para nosotros este globo terráqueo.

Salió corriendo, con la promesa de que pronto vendría a buscarlo para ir de paseo. Su presencia había actuado de modo muy grato sobre Guillermo, y deseaba conocer sus relaciones con Lotario. Lo llamaron, y ella salió de su habitación al encuentro de su huésped.

Al tener que bajar, uno detrás de otro, por la estrecha y casi vertical escalera, díjole Teresa:

-Todo esto podría haber sido mucho más ancho y cómodo si hubiera querido escuchar los ofrecimientos de su generoso amigo de usted; pero, para seguir siendo digna de él, tengo que atenerme a lo que me hizo valer ante sus ojos. «¿Dónde está el administrador»?, preguntó cuando hubo llegado, al fin de la escalera. No debe creer usted -prosiguió- que soy tan rica que necesite quien me administre. Los escasos labrantíos de mi pequeña propiedad puedo administrarlos yo por mí misma. El administrador pertenece a un nuevo vecino, que ha comprado un hermoso dominio, que conozco de arriba abajo; el buen viejo está en la cama, enfermo de gota; sus servidores son nuevos en el país y me gusta ayudarles en sus disposiciones.

Dieron un paseo por sembrados, praderas y huertos de frutales. Teresa explicábale todas las cosas al administrador. Podía enterarlo hasta de la última pequeñez, y Guillermo tuvo motivos bastantes para admirarse de sus conocimientos, de su precisión y de la habilidad con que sabía hallar una solución para cada caso. No se detenía en ningún sitio. Corría siempre hacia los puntos importantes, y de este modo bien pronto tuvo terminadas sus explicaciones.

-Salude usted a su señor -dijo al despedir a aquel hombre-; iré a visitarlo tan pronto como sea posible, y le deseo un total restablecimiento. Sólo dependería de mí -añadió con una sonrisa cuando se hubo marchado el otro- el ser muy pronto rica y poderosa, pues mi buen vecino no dejaría de estar dispuesto a ofrecerme su mano.

-¿Ese viejo enfermo de gota? -exclamó Guillermo-. No sería comprensible para mí cómo usted, a su edad, pudiera adoptar una resolución tan desesperada.

-No siento ni la tentación más mínima -repuso Teresa-. Ya se es bastante rico si se sabe gobernar lo que se posee; grandes propiedades son una pesada carga cuando no se las sabe llevar.

Guillermo mostró su admiración sobre los conocimientos de economía rural que había mostrado la dama.

-Una afición decidida, tempranas ocasiones, impulsos externos y la práctica seguida de un trabajo útil, hacen que sean posibles en el mundo cosas aún mucho más difíciles -repuso Teresa-; y si hubiera usted sabido primero lo que me impulsó por este camino no se admiraría ya de esos talentos, que parecen tan extraños.

Cuando llegaron a casa dejolo en su jardinillo, en el que apenas podía él moverse; tan estrechas eran las sendas y tan ricamente estaba todo cubierto de plantas. Tuvo que sonreírse al pasar por el patio, pues estaba allí la leña tan concienzudamente aserrada, partida y apilada como si formara parte del edificio y siempre debiera permanecer de aquel modo. Todas las herramientas estaban limpias y puestas en su sitio; la casita estaba pintada de blanco y rojo y ofrecía un risueño aspecto. Todo cuanto puede producir una industria que no se preocupa de lograr bellas proporciones, sino que trabaja buscando lo útil, lo duradero y alegre, parecía haberse reunido en aquel lugar. Sirviéronle la comida en su cuarto y tuvo tiempo suficiente para formular bastantes reflexiones. En especial, sorprendiole conocer otra vez a una persona interesante que había estado en tan estrecha relación con Lotario.

-Es equitativo -se dijo- que un hombre excelente atraiga también hacia sí excelentes almas de mujer. ¡Hasta qué lejos se extiende el efecto de una digna virilidad! ¡Si los otros no resultáramos tan pequeños junto a él! Sí, confiésatelo con temor. Si alguna vez vuelves a hallar a tu amazona, esa hermosa entre las hermosas, a pesar de todas tus esperanzas y sueños, para vergüenza y humillación tuyas, te encontrarás, al final de cuentas..., con que es novia de Lotario.

Capítulo VI

Guillermo había pasado una tarde inquieta, y no sin fastidio, cuando, hacia el anochecer, abriose su puerta y entró, saludándole, un joven y lindo cazador.

-¿Vamos a dar un paseo? -dijo el mozo, y al instante Guillermo reconoció a Teresa por sus hermosos ojos-. Perdóneme usted esta mascarada -comenzó a decir ella-, pues, por desgracia, ahora no es más que una mascarada. Pero como debo hablarle de los tiempos en que me encontraba tan a gusto con este juboncillo, he querido que aquellos días volvieran a hacérseme presentes de todos los modos posibles; venga usted hasta el lugar donde tan frecuentemente hemos descansado de nuestras cazas y paseos; debe contribuir a este efecto.

Salieron, y por el camino díjole Teresa a su acompañante.

-No sería justo que dejara usted que hablara yo sola; ya sabe usted bastante acerca de mí, y todavía no sé yo lo más mínimo sobre usted; refiérame ahora algo de su vida, a fin de que tenga ánimos para exponerle mi historia y mi situación.

-Por desdicha -repuso Guillermo-, nada tengo que referir sino errores sobre errores y extravíos tras extravíos, y no conozco nadie a quien quisiera ocultarle, más que a usted, las confusiones en que me encontré y me encuentro. Su mirada y todo lo que la rodea, todo su ser y su conducta, me muestran que usted puede regocijarse de su vida pasada, que usted ha caminado con seguro paso por un hermoso y puro camino, que usted no ha perdido el tiempo y que no tiene nada que reprocharse.

Teresa se sonrió y repuso:

-Esperemos a ver si todavía piensa usted de ese modo cuando haya conocido mi historia.

Siguieron adelante y, en medio de algunas generales conversaciones, preguntole Teresa a Guillermo:

-¿Es usted dueño de sí?

-Creo serlo -respondió él-, pero no lo deseo.

-Muy bien-dijo ella-; eso anuncia una complicada novela, y me muestra que también usted tendrá algo que referir.

Diciendo estas palabras ascendieron a una colina y se instalaron al pie de un gran roble que tendía su sombra muy a lo lejos.

-Aquí -dijo Teresa-, bajo este árbol alemán, referirele a usted la historia de una muchacha alemana: escúcheme pacientemente. Mi padre era un bien acomodado noble de esta provincia; un hombre sereno, despierto, activo y trabajador; un tierno padre, un honrado amigo, un huésped excelente, al cual no le conocí sino el solo defecto de ser excesivamente indulgente con una mujer que no sabía apreciarlo. Por desgracia, tengo que hablar así de mi propia madre. Su personalidad era totalmente opuesta a la del marido. Era brusca y voluble, sin cariño ni hacia su casa ni hacia mí, su única hija; gastadora, pero hermosa, espiritual, llena de talento, el encanto de un círculo de amigos que sabía reunirse en torno a ella. A la verdad, su sociedad no era nunca grande, o no seguía siéndolo durante largo tiempo. Aquel círculo se componía, en su mayor parte, de hombres, pues ninguna mujer hallábase a gusto junto a ella, y tampoco ella podía soportar los méritos de ninguna otra persona de su sexo. Yo me parecía a mi padre en figura e inclinaciones. Lo mismo que un patito busca inmediatamente el agua, así, desde mi primera niñez, la cocina y la despensa, los graneros y bodegas fueron mi elemento. El orden y la limpieza de la casa parecieron ser mi único instinto y mi único objeto ya en los tiempos en que todavía jugaba. Mi padre alegrose de ello y fue dando gradualmente las debidas ocupaciones a mi ardor infantil; mi madre, por el contrario, no me quería, y no lo ocultaba ni un solo momento. Fui desarrollándome, y con los años se acreció mi actividad y el amor de mi padre hacia mí. Cuando estábamos solos, yendo por los campos o ayudándole a revisar las cuentas,

entonces podía comprender yo muy bien lo feliz que era él. Cuando le miraba a los ojos era como si me hubiera mirado a los míos propios, porque precisamente por los ojos era por lo que yo me parecía a él por completo. Pero no conservaba el mismo brío ni la misma expresión en presencia de mi madre; disculpábame suavemente cuando ella me reprendía con violencia e injusticia; tomaba mi partido, no como si pudiera protegerme, sino sólo como si quisiera disculpar mis buenas cualidades. De este modo, tampoco ponía obstáculos a ninguno de los deseos de su esposa: comenzó a entregarse ella, con gran pasión, al arte dramático; fue construido un teatro; no faltaban hombres de todas las edades y figuras que se presentaran en escena con ella, pero con frecuencia faltaban las mujeres. Lidia, una linda muchacha que era educada conmigo, y que ya desde su niñez prometía ser encantadora, tuvo que tomar a su cargo los segundos papeles, y una vieja camarera debió representar los personajes de madres y tías, mientras que mi madre se reservaba las primeras enamoradas, las heroínas y pastoras de toda especie. No puedo decirle lo ridículo que me parecía el que todas aquellas gentes, a quienes conocía yo muy bien, se hubieran disfrazado y se presentaran en lo alto del escenario queriendo ser tomadas por otra cosa de lo que eran realmente. Yo nunca veía otra cosa sino a mi madre y a Lidia, a este barón o a aquel secretario, ya se presentaran como príncipes y condes o como aldeanos, y no podía comprender cómo querían persuadirme de que les iba bien o mal, estaban enamorados o indiferentes, eran avaros o generosos, ya que, en general, estaba yo muy bien enterada de lo opuesto. Por eso, permanecía yo muy rara vez entre los espectadores; les despabilaba las luces, a fin de tener algo que hacer; me ocupaba de la cena y, a la otra mañana, mientras ellas dormían aún por largo tiempo, ya había puesto yo en orden los vestidos, que habitualmente, por la noche, habían dejado tirados de cualquier manera. Esta actividad pareció convenirle mucho a mi madre, pero no pude adquirir su afecto; me despreciaba, y sé muy bien que más de una vez repitió con amargura: «Si la madre pudiera ser tan incierta como el padre, de fijo que sería difícil que se tuviera por hija mía a esta sirvienta». No niego que su conducta me alejaba poco a poco totalmente de ella; consideraba yo sus acciones como acciones de una persona extraña, y como estaba acostumbrada a observar como un águila a los criados, pues, dicho sea de paso, en ello reside propiamente el fundamento de todo régimen doméstico, de igual modo observé también espontáneamente las relaciones de mi madre con su sociedad. Pudo notarse fácilmente que no miraba a todos los hombres con los mismos ojos; agudicé mi atención y pronto advertí que Lidia era su confidente, y, con tal motivo, llegaba ésta a conocer mejor aquella pasión que con tanta frecuencia había representado en las tablas desde su edad más tierna. Conocí todas sus entrevistas, pero guardé silencio y no le dije nada a mi padre, a quien temí afligir; pero, por último, vime forzada a ello. Muchas cosas no podía realizarlas sin corromper a los criados; éstos comenzaron a rebelarse, a descuidar las órdenes de mi padre y a no ejecutar mis mandatos; el desorden que se originó de ello fue insoportable para mí; reveléselo, quejándome de todo a mi padre. Escuchome tranquilamente. «Querida niña -dijo por fin, con una sonrisa-, lo sé todo; estate tranquila, sopórtalo con paciencia, pues sólo por ti es por quien yo lo sufro». Yo no estaba tranquila ni tenía paciencia. Acusaba en secreto a mi padre, pues no creía que necesitara sufrir tales cosas por ninguna clase de motivos; me aferré al buen orden y estuve resuelta a llevar las cosas hasta el último extremo. Mi madre era rica por su casa, pero gastaba mucho más de lo que debía, y este hecho, según pude observar muy bien, dio lugar a muchas explicaciones entre mis padres. Durante largo tiempo no pudo ponerse remedio a semejante cosa, hasta que las propias pasiones de mi madre trajeron una especie de solución. Su primer enamorado habíale sido infiel de modo

ostentoso; su casa, el país y sus amistades tomaron partido contra ella. Quiso trasladarse a otra finca, pero aquello era demasiado solitario para ella; quiso dirigirse a la ciudad, y no le sirvió de nada. No sé lo que habría ocurrido entre mi padre y ella; en una palabra, por fin, bajo ciertas condiciones que no llegué a saber, decidiose a consentir un viaje que quería hacer ella al sur de Francia. Entonces estuvimos libres y vivimos como en el cielo; hasta creo que no perdió nada mi padre, aunque se libró de la presencia de su esposa mediante una suma considerable. Fue despedida toda la servidumbre inútil, y la suerte pareció favorecer nuestras disposiciones de orden; tuvimos algunos años muy buenos, todo se realizó según nuestros deseos; pero, por desgracia, no duró mucho tiempo aquella alegre situación. Inesperadamente, fue atacado mi padre de un ataque cerebral que lo dejó paralizado del lado derecho y le impidió el claro uso de la palabra. Había que adivinar todo lo que deseaba, pues nunca pronunciaba la palabra que tenía en su espíritu. Muy congojosos fueron para mí, por tal motivo, diversos momentos, en los que exigió expresamente quedarse solo conmigo; indicaba con violentos ademanes que todo el mundo debía retirarse, y cuando, por fin, nos veíamos solos, no se hallaba en situación de pronunciar la debida palabra. Su impaciencia se acrecía hasta lo más extremo, y su situación me afligía en lo más profundo del corazón. Pareciome indudable que tenía que revelarme algo que me afectaba especialmente. ¡Qué deseos no sentía yo de conocerlo! Antes podía yo leerlo todo en sus ojos; pero ahora era inútil pretenderlo. ¡Hasta sus ojos habían dejado de hablar! Sólo una cosa era clara para mí: no quería nada, no apetecía nada; sólo aspiraba a descubrirme algo que, por desgracia, no llegué a saber. Repitiose el ataque, quedó totalmente impedido, y, sin conciencia, falleció no mucho después. No sé cómo se había asentado en mí el pensamiento de que en alguna parte debía tener escondido algún tesoro, el cual, después de su muerte, prefería que fuera disfrutado por mí que no por mi madre; viviendo él todavía hice rebuscas, pero no encontré nada; después de su fallecimiento todo fue sellado. Escribile a mi madre y propúsele quedarme en la casa como administradora; rechazolo y tuve que salir de la finca. Fue presentado un testamento mutuo, por el cual entraba ella en el uso y disfrute de todo, y yo quedaba dependiendo de ella por toda la duración de su vida. Sólo entonces creí comprender rectamente las señas de mi padre; lo compadecí por haber sido débil hasta el punto de mostrarse injusto conmigo aun después de su muerte, pues llegaban a decir algunos de mis amigos que aquello era casi lo mismo que si me hubiera desheredado, y deseaban que impugnara el testamento, cosa a la que, sin embargo, no pude resolverme. Veneraba demasiado la memoria de mi padre; me confié en el destino y confié en mí misma. Siempre había estado yo en buenas relaciones con una señora de la vecindad que poseía grandes fincas; acogiome con gusto en su casa, y me fue fácil ponerme al frente del gobierno de su hacienda. Vivía con mucha regularidad y le gustaba el orden en todo, y yo la ayudé fielmente en su lucha con administrador y servidumbre. No soy avara ni malévola, pero nosotras las mujeres, con mucha mayor severidad de lo que puede hacerlo un hombre, exigimos que ninguna cosa sea derrochada. Nos es insoportable toda malversación; queremos que cada cual disfrute de las cosas sólo en cuanto tenga derecho a ellas. Entonces volví a encontrarme en mi elemento, y lamentaba en silencio la muerte de mi padre. Mi protectora hallábase contenta conmigo; sólo perturbaba mi paz una pequeña circunstancia. Había vuelto Lidia; mi madre había sido lo bastante cruel para rechazar a la pobre muchacha después de haberla perdido por completo. Había aprendido con mi madre a considerar como regla las pasiones; estaba habituada a no moderarse en nada. Cuando volvió a aparecer inesperadamente, mi bienhechora la recibió también a ella; quiso ayudarme y no podía adaptarse a nada. Por estos tiempos, los parientes y futuros herederos

de mi dama venían frecuentemente a su casa para divertirse con la caza. También Lotario llegaba alguna vez con ellos; noté muy pronto, aunque no tuviera el menor trato conmigo, cuánto sobresalía sobre todos los otros. Era cortés con todo el mundo, y pronto pareció que Lidia había atraído su atención. Yo tenía siempre que hacer, y rara vez estaba en las tertulias; en su presencia hablaba menos que de costumbre, pues no quiero negar que una animada conversación fue siempre para mí el condimento de la vida. Me había gustado hablar con mi padre sobre todo lo que ocurría. Lo que no se expresa en palabras no es rectamente pensado. A nadie había escuchado yo jamás con más gusto que a Lotario cuando hablaba de sus viajes y de sus campañas. El mundo presentábase ante él de un modo tan luminoso y abierto como ante mí los dominios que administraba. No oía yo cosa alguna de sus labios que tuviera que ver con los singulares accidentes de un aventurero ni con las exageraciones y semimentiras de un viajero de espíritu limitado, que siempre habla sólo su persona en lugar de describir el país del que ha prometido trazarnos una imagen; él no relataba, nos conducía a los propios lugares; no es fácil que jamás haya sentido yo placeres tan puros. Pero mi satisfacción fue indecible una noche en que le oí hablar acerca de las mujeres. La conversación iniciose de un modo plenamente natural: algunas señoras de la vecindad nos habían visitado, y la conversación habitual fue dirigida hacia el tema de la educación de las mujeres. «Procédese injustamente con nuestro sexo -fue dicho-; los hombres quieren retener para sí toda la cultura superior, no quieren permitirnos ninguna ciencia; se desea que seamos amas de casa o fútiles muñecas». Lotario respondió poca cosa a todo ello; pero después, como la reunión fuera más reducida, dijo abiertamente su opinión: «Es extraño -exclamó- que se reproche al hombre porque quiera colocar a la mujer en el lugar más alto que es capaz de ocupar; pues ¿qué cosa hay superior al gobierno de la casa? Mientras el hombre se atormenta con los asuntos exteriores; mientras tiene que adquirir y conservar las propiedades y llega a tomar parte en la gobernación del Estado, dependiendo en todo de las circunstancias, y, bien puedo decirlo, no gobernando nada cuando cree gobernar; mientras se ve obligado a ser sólo político, donde querría ser razonable, reservado donde querría ser franco, y falso donde querría ser honrado; mientras que por una meta, que nunca llega a alcanzar, tiene que renunciar en cada momento al más hermoso objeto de las acciones humanas, que es la armonía consigo mismo, una prudente ama de casa domina realmente en lo interior y hácele posible a una familia completa toda actividad y todo contento. ¿Cuál es la mayor felicidad para el ser humano sino ejecutar lo que considera justo y bueno? Saber que somos realmente señores de los medios para alcanzar nuestros fines. Y ¿dónde deberán, dónde podrán hallarse más próximos nuestros fines sino en el interior de la casa? Todas las necesidades imprescindibles y siempre renacientes, ¿dónde esperamos satisfacerlas, dónde exigimos su satisfacción, sino allí donde nos acostamos y levantamos, donde la cocina y la bodega y toda suerte de provisiones deben estar siempre preparadas para nosotros y para los nuestros? ¿Qué regulada actividad no se requiere para realizar este orden, siempre renaciente, en una marcha viva e invariable? ¿A qué pocos varones les ha sido otorgado el poder presentarse siempre, de modo regulado, lo mismo que los astros, y gobernar tanto el día como la noche, formar sus utensilios domésticos, sembrar y recolectar, conservar y gastar, y recorrer siempre el mismo círculo con calma, amor y acomodación al objeto? Una vez que una mujer ha tomado a su cargo este dominio, sólo entonces hace señor de todo ello al hombre a quien ama; su atención adquiere todos los conocimientos y su actividad sabe aprovecharlos. De este modo no depende de nadie y proporciona a su marido la verdadera independencia, la independencia doméstica, interna; lo que él posee velo asegurado, lo que adquiere lo ve

bien empleado, y así puede dirigir su ánimo hacia objetos mayores, y si la suerte le favorece, puede ser para el Estado lo que su esposa es para él en la casa». Hizo después una descripción de cómo deseaba que fuera su mujer. Me ruboricé, pues me describió a mí tal como vivía y como era. Gocé en silencio de mi triunfo, tanto más que comprendí, dadas las circunstancias, que no se había referido a mí personalmente, a quien no conocía en realidad. No recuerdo en toda mi vida ninguna sensación más agradable que la de que un hombre a quien apreciaba tanto diera la preferencia no a mi persona, sino a lo más íntimo de mi naturaleza. ¡Qué recompensada me sentí! ¡Qué fortalecimiento recibía! Cuando se hubieron marchado, mi noble amiga me dijo, sonriéndose: «Lástima que los hombres piensen y digan con frecuencia lo que no ponen en ejecución; si no, habríase encontrado un excelente partido para mi querida Teresa». Bromeó sobre tales manifestaciones y añadí que era cierto que la razón de los hombres los llevaba a buscar buenas amas de casa, pero que su corazón y fantasía anhelaban otras cualidades, y que nosotras, las amas de casa, no podíamos realmente ponernos en parangón con las muchachas amables y encantadoras. Estas palabras las dije para que las oyera Lidia, pues no ocultaba que Lotario había hecho gran impresión sobre ella, y también él parecía, a cada nueva visita, prestarle mayor atención. Era pobre, no de familia hidalga; no podía pensar en un matrimonio con Lotario; pero no podía defenderse de la delicia de atraerlo y ser atraída por él.

Yo no había amado nunca, ni tampoco amaba entonces; pero aunque fuera ya para mí infinitamente grato el ver a qué altura era colocado y estimado mi carácter por un hombre tan admirado, no negaré que no estaba totalmente satisfecha con ello. También deseaba entonces que llegara a conocerme y se interesara por mi persona. Originose en mí este deseo sin ningún determinado pensamiento de lo que debería resultar de él. El mayor servicio que le prestaba yo a mi protectora era el de procurar poner en orden la explotación de los hermosos bosques de sus dominios. En estas preciosas posesiones, cuyo gran valor va siempre aumentando por acción del tiempo y las circunstancias, todo marchaba, por desgracia, según la antigua rutina; en ninguna parte había plan ni orden, y no tenían fin los robos y los fraudes. Varias montañas estaban desarboladas, y sólo las más antiguas cortas habían sido hechas en forma de lograr análogo crecimiento. Recorrí todo por mí misma con un hábil técnico de montes; hice medir los bosques, mandé cortar, sembrar, plantar, y en breve tiempo todo estuvo en el debido orden. Para montar con más facilidad a caballo, y también para no ser estorbada por nada yendo a pie, me había mandado hacer ropa de hombre; me dejaba ver en muchos sitios y era temida en todas partes. Oí decir que aquella sociedad de jóvenes amigos a que pertenecía Lotario habían dispuesto de nuevo una partida de caza; por primera vez en mi vida ocurrióseme figurar o, para no ser injusta conmigo misma, presentarme a los ojos de aquel hombre excelente tal como yo era. Púseme mis vestidos masculinos, echeme el fusil al hombro y salí con nuestro montero para esperar a la sociedad en los límites del dominio. Llegaron. Lotario ni me conoció al principio; uno de los sobrinos de mi bienhechora presentome a él como un entendido perito de montes, bromeó acerca de mi juventud y prosiguió su juego hasta el instante en que acabó por reconocerme Lotario. El sobrino secundaba mis intenciones como si nos hubiéramos puesto de acuerdo. Relató circunstanciadamente y con gratitud lo que había hecho yo por los dominios de su tía, y también en favor suyo, por lo tanto. Lotario lo escuchó con atención, conversó conmigo, preguntó por todas las características de los dominios y de la comarca y yo me sentí feliz con poder desarrollar mis conocimientos ante él; sufrí muy bien el examen: le expuse algunos proyectos de mejoras, los aprobó, refiriome análogos ejemplos y

fortificó mis razones con el enlace que estableció entre ellas. A cada instante crecía mi contento. Pero, felizmente, sólo quería yo ser conocida, no quería ser amada, pues, cuando llegamos a la casa, noté, más que de costumbre, que la atención que dirigía hacia Lidia parecía revelar un secreto afecto. Había alcanzado mi objeto, y no estaba tranquila, sin embargo; desde aquel día mostró un verdadero aprecio y una bella confianza en mí; de costumbre me dirigía sus palabras cuando hablaba en las tertulias, preguntábame por mi opinión y parecía tener gran confianza en mí, especialmente en asuntos de economía doméstica, como si yo lo supiera todo. Su interés me animó de modo extraordinario; hasta cuando se trataba de economía política y cuestiones financieras hacíame entrar en la conversación, y en ausencia suya trataba yo de adquirir mayores conocimientos sobre la provincia y sobre todo el país en general; cosa que era fácil para mí, pues sólo se trataba de repetir en grande lo que yo sabía y conocía tan al detalle en lo pequeño. Desde aquel tiempo vino frecuentemente a nuestra casa. Hablábamos de todo, bien puedo decirlo; pero, hasta cierto punto, nuestras conversaciones acababan por dirigirse a lo económico, aunque no en sentido riguroso. Hablábase mucho de los efectos maravillosos que puede producir el hombre mediante un consecuente empleo de sus fuerzas, su tiempo y su dinero, aun con medios aparentemente escasos. Yo no me resistía al afecto que me arrastraba hacia él, y, por desgracia, bien pronto sentí todo lo intenso, lo cordial, lo puro y sincero que era mi amor, aunque siempre creía notar que sus frecuentes visitas eran motivadas por Lidia y no por mí. Ella, por lo menos, del modo más vivo, estaba convencida de tal cosa; me convirtió en su confidente, y de este modo encontreme algún tanto consolada. Lo que ella interpretaba tan en su favor no me parecía tan significativo; no se mostraba en él huella alguna del propósito de una seria y permanente relación, pero tanto más clara veía yo la tendencia de aquella muchacha apasionada a hacerlo suyo a cualquier precio que fuera. Hallábanse así las cosas cuando la señora de la casa me sorprendió con una inesperada proposición. «Lotario -me dijo- le pide a usted su mano y desea que durante su vida se encuentre usted siempre a su lado». Extendiose largamente tratando de mis cualidades, y me dijo lo que con tanto gusto era oído por mí. Lotario estaba convencido de haber encontrado en mí la persona anhelada por él durante tanto tiempo. Entonces fue alcanzada por mí la más alta dicha: deseábame un hombre a quien estimaba yo tanto, junto al cual y con el cual veía yo que darían su libre, pleno, dilatado y útil efecto mis inclinaciones naturales y los talentos adquiridos por mí mediante el ejercicio; la suma de toda mi existencia parecía haberse aumentado hasta lo infinito. Di mi consentimiento, vino él en persona, habló conmigo a solas, me tendió su mano, mirome a los ojos, me abrazó e imprimió un beso en mis labios. Fue el primero y el último. Me comunicó toda su situación, lo que le había costado su campaña de América, con qué deudas había gravado sus dominios, cómo por este motivo se había enemistado, en cierto modo, con su tío abuelo y cómo este hombre excelente quería ocuparse de él, pero a su manera: quería darle una mujer rica, cuando un hombre cuerdo sólo puede hallarse a gusto con un ama de casa; esperaba convencer al viejo por medio de su hermana. Expúsome la situación de su fortuna, sus planes, sus puntos de vista y suplicó mi colaboración. Sólo hasta lograr el consentimiento de su tío debían permanecer secretas nuestras relaciones. Apenas se hubo alejado cuando me preguntó Lidia si me había dicho algo de ella. Díjele que no, y la aburrí con el relato de asuntos económicos. Estaba inquieta, de mal humor, y su conducta, cuando Lotario volvió a presentarse, no mejoró en nada la situación de la muchacha. Pero veo que el sol se acerca a su ocaso. Es una suerte para usted, amigo mío; que si no fuera así, habría tenido que escuchar, con todos sus mínimos detalles, la historia que me refiero a mí misma

con tanto agrado. Apresurémonos; nos acercamos a una época en la que no es agradable detenerse. Lotario me hizo conocer a su excelente hermana, y ésta supo introducirme de hábil manera en casa de su tío; gané el afecto del viejo, aprobó nuestros deseos y regresé con una feliz noticia junto a mi bienhechora. La cosa no era ya un secreto en nuestra casa; súpola Lidia y creyó oír algo imposible. Por último, cuando ya no pudo dudar más, desapareció de repente y no se supo dónde podía haberse refugiado. Acercábase el día de nuestra unión; con frecuencia habíale pedido yo su retrato, y le recordé una vez más esta promesa cuando estaba a punto de partir a caballo. «Ha olvidado usted -me dijo- darme el medallón donde quiere usted que sea colocado». Era así: poseía uno, regalo de una amiga, que estimaba en muy alto grado. Bajo el vidrio exterior estaban colocadas unas iniciales tejidas con los cabellos de la querida muchacha, y por dentro tenía una blanca lámina de marfil en la que debía haber sido pintado su retrato cuando, por desgracia, nos había sido arrebatada por la muerte. El cariño de Lotario me hacía feliz en el momento en que todavía era dolorosa para mí aquella pérdida, y deseaba ocupar con la imagen de mi amigo el vacío que había dejado la pobre en su regalo. Corrí a mi habitación, cogí mi estuchito de alhajas y lo abrí en su presencia; apenas hubo mirado Lotario en su interior, cuando descubrió mi medallón con la imagen de una dama; cogiolo en sus manos, considerolo con atención y preguntó atropelladamente: «¿De quién es este retrato?» «De mi madre» -respondí yo. «Habría podido jurar -exclamó él- que era el retrato de una señora de Saint Alban, a quien hace algunos años encontré en Suiza». «Es la misma persona -repliqué yo, sonriendo-, y, por tanto, usted ha conocido a su suegra sin saberlo. Saint Alban es el nombre novelesco con el que viaja mi madre; haciéndose llamar de ese modo se encuentra actualmente en Francia». «¡Soy el más desgraciado de todos los hombres!» -exclamó él, arrojando la imagen en la cajita, cubriéndose los ojos con la mano y abandonando la habitación al instante. Saltó a caballo; corrí al balcón y lo llamé; volviose, díjome adiós con la mano y se alejó apresuradamente... Nunca más volví a verlo.

Poníase el sol; Teresa contemplaba con mirada inmóvil aquel incendio, y sus dos hermosos ojos se llenaron de lágrimas.

Quedose silenciosa y apoyó su mano sobre las de su nuevo amigo; besósela él con compasión, enjugose ella las lágrimas y se puso en pie.

-Volvamos a casa -dijo- y ocupémonos de los nuestros.

No fue animada la conversación durante el camino; llegaron a la puerta del jardín y vieron a Lidia sentada en un banco; levantose para evitar su encuentro y se retiró a la casa; tenía un papel en la mano, y dos muchachillas se hallaban a su lado.

-Veo -dijo Teresa- que aún lleva siempre consigo su único consuelo, la carta de Lotario. Su amigo le promete que tan pronto como se encuentre bien volverá a llevarla a su lado; le suplica que, mientras tanto, permanezca tranquila junto a mí. Acógese ella a estas palabras, consuélase con estas líneas manuscritas, pero a los amigos de Lotario los considera mal.

Mientras tanto se habían acercado las dos niñas, saludaron a Teresa y le dieron cuenta de todo lo que había pasado en la casa durante su ausencia.

-Aquí tiene usted -dijo Teresa- una parte de mis ocupaciones. Me asocié con la excelente hermana de Lotario; educamos en común cierto número de niñas; yo tomo a mi cargo las más vivas y mejor dispuestas para los trabajos de la casa, y ella se encarga de las que muestran un talento más fino y delicado, pues es conveniente cuidar de todas maneras de la dicha de los hombres y del gobierno de los hogares. Cuando conozca a mi noble amiga comenzará para usted una vida nueva: su belleza y su bondad la hacen acreedora a la adoración de todo el mundo.

Guillermo no osó decir que, por desgracia, conocía ya a la hermosa condesa, y que sus pasajeras relaciones le dolerían eternamente; celebró mucho que Teresa no continuase la conversación y que sus ocupaciones la obligaran a retirarse a la casa. Hallose entonces solo, y la última noticia de que la joven y hermosa condesa veíase también obligada a suplir, por medio de la beneficencia, la privación de su propia felicidad, prodújole una extrema tristeza; comprendía que para ella tal cosa no era más que necesidad de distraerse y colocar en el puesto de un alegre disfrute de la vida las esperanzas de la ajena felicidad. Tuvo por dichosa a Teresa de que, aun en aquel inesperado y triste cambio, no había necesitado mudar nada en sí misma.

-¡Qué dichoso es, por encima de todo -exclamó-, aquel que, para ponerse en armonía con su destino, no necesita arrojar de sí toda su pasada existencia!

Teresa salió de su habitación y le suplicó que dispensara que volviera a molestarlo.

-Aquí, en este armario de pared -dijo-, está toda mi biblioteca; más bien son libros que no tiro que no libros que conservo. Lidia desea un libro de piedad; bien puede haber alguno entre éstos. Las gentes que son mundanas todo el año se imaginan que tienen que ser devotas en las horas de aflicción; consideran todo lo bueno y moral como una medicina que se toma con repugnancia cuando se siente uno enfermo; ven en un escritor místico, en un moralista, algo a modo de un médico de quien no sabría uno cómo librar bastante a la casa. En lo que a mí toca, confieso, gustosa, que tengo un concepto de la moral que me la representa como un régimen dietético, que sólo es tal en cuanto lo adopto como regla de vida y no lo pierdo de vista en todo el año.

Buscaron entre los libros y encontraron algunas de las que son llamadas obras de edificación.

-El refugiarse en tales libros lo ha aprendido Lidia de mi madre: comedias y novelas llenaban su vida mientras le permanecía fiel el enamorado; si se alejaba, al punto volvía a restaurarse el crédito de estos libros. En general, no puedo comprender -prosiguió- cómo puede creerse que Dios nos habla a través de libros e historias. Si el mundo no nos revela directamente las relaciones que tiene con Él, si el corazón no nos dice lo que nos debemos a nosotros mismos y a los demás, será difícil aprenderlo en libros que, realmente, no son propios más que para dar un nombre a nuestros errores.

Dejó solo a Guillermo, quien empleó la velada haciendo la revisión de la pequeña biblioteca; verdaderamente sólo había sido formada por la casualidad.

Teresa siguió siendo siempre la misma en los pocos días que Guillermo se detuvo en su casa; en diversas veces y con muchos detalles refiriole el resto de los acontecimientos de su historia. En su memoria estaban presentes días y horas, sitios y palabras, y de todo ello, lo que es necesario que sea conocido por nuestros lectores, insertámoslo aquí abreviadamente.

La causa de la rápida partida de Lotario puede, por desgracia, comprenderse fácilmente: había encontrado en sus viajes a la madre de Teresa. Atrajéronle sus encantos, no se mostró ella esquiva, y ahora aquella desdichada aventura, rápidamente terminada, alejábalo de la unión con una dama que la misma Naturaleza parecía haber formado para él. Teresa permaneció en el puro círculo de sus ocupaciones y deberes. Súpose que Lidia se había instalado secretamente en la vecindad. Fue feliz cuando supo que, aunque por desconocidas causas, no podía verificarse aquel matrimonio; procuró acercarse a Lotario, y parece que él fue al encuentro de sus deseos, más por desesperación que por cariño, más por sorpresa que por reflexión, más por aburrimiento que de propósito meditado.

Teresa permaneció tranquila a pesar de ello; ya no tenía ninguna pretensión sobre Lotario, y, aunque hubiera sido su marido, quizá habría tenido el valor suficiente para soportar tales relaciones con tal de que su orden doméstico no fuera perturbado; por lo menos, expresaba frecuentemente que una mujer que gobierna bien su casa puede perdonarle a su marido alguna pequeña fantasía y estar siempre segura de que habrá de volver.

La madre de Teresa tuvo desbaratados bien pronto sus negocios y fortuna; su hija hubo de sufrirlo, pues recibió pocos socorros de ella; la anciana señora protectora de Teresa falleció después, dejándole la pequeña finca y un capitalito como legado. Al punto Teresa supo acomodarse a su estrecha situación; Lotario le ofreció unos bienes mejores, Yarno sirvió de intermediario, pero ella los rechazó.

-Quiero -dijo- mostrar en lo pequeño que merecía compartir con él lo grande; pero me propongo acudir sin vacilar a mi noble amigo si, por casualidad, me encuentro en algún apuro por mí o por algún otro.

Nada permanece menos oculto y desaprovechado que una actividad bien dirigida. Apenas se había establecido en su pequeña finca cuando ya los vecinos trataron de entablar más inmediato conocimiento con ella y de oír sus consejos, y el nuevo dueño del dominio inmediato dio a entender, de modo no dudoso, que no dependía más que de ella el recibir su mano y ser heredera de la mayor parte de su hacienda. Ya le había revelado aquella situación a Guillermo, y bromeaba algunas veces con él acerca de matrimonios bien y mal proporcionados.

-No hay nada que haga hablar tanto a las gentes -dijo ella- como el que se celebre un matrimonio que, según el modo de juzgar general, puede llamarse desproporcionado, y, no obstante, esos matrimonios son mucho más frecuentes que los otros, pues, por desgracia, al cabo de breve tiempo la mayor parte de las uniones resultan desgraciadas. La mezcla de clases sociales mediante el matrimonio sólo merece el nombre de casamiento desigual en cuanto una de las partes no puede participar en la manera de existir que es natural, acostumbrada y ha llegado a ser indispensable para la otra. Las diferentes clases sociales

tienen diferentes modos de vivir, que no pueden compartirse ni mezclarse, y ese es el motivo por el cual es mejor que no se concierten enlaces de esta clase; pero las excepciones son posibles, y aun las excepciones muy dichosas. Por el mismo motivo hay siempre que desconfiar del matrimonio de una muchacha con un hombre de edad, y, sin embargo, los he visto que han resultado muy bien. En lo que me afecta, sólo sería un matrimonio desproporcionado aquel que me hiciera estar ociosa y hacer vida de aparato; preferiría dar mi mano a cualquier honrado campesino de la vecindad.

Guillermo pensó entonces en su regreso y le rogó a su nueva amiga que le proporcionara ocasión de decirle a Lidia unas palabras de despedida. Dejose convencer la apasionada muchacha, díjole él algunas amistosas frases, a lo que ella replicó:

-Me sobrepuse al primer dolor; Lotario será eternamente querido para mí; pero conozco a sus amigos y me duele que esté tan mal rodeado. El abate sería capaz, por un capricho, de dejar en la miseria a las gentes o de precipitarlas en ella; el médico querría equilibrarlo todo; Yarno no tiene corazón, y en cuanto a usted..., por lo menos no tiene carácter. Continúe usted de ese modo y déjese utilizar como instrumento por esos tres hombres; aún le encargarán alguna otra vez que les sirva de verdugo. Hace mucho tiempo que sabía muy bien que les era desagradable mi presencia; no había descubierto yo su secreto, pero había observado que ocultaban alguno. ¿Por qué esas habitaciones cerradas? ¿Por qué esos extraños pasadizos? ¿Por qué no puede entrar nadie en la gran torre? ¿Por qué siempre que les era posible me confinaban en mi habitación? Confesaré que primero fueron los celos los que me llevaron a este descubrimiento; temía que en cualquier lugar estuviera oculta alguna rival afortunada. Ahora ya no lo creo; estoy convencida de que Lotario me ama, de que tiene honrados pensamientos con relación a mí, pero, con igual certeza, estoy convencida de que es engañado por sus artificiosos y falsos amigos. Si quiere usted adquirir merecimientos ante sus ojos y que le perdone yo lo que ha hecho conmigo, líbrelo de las manos de esos hombres. Pero ¿cómo esperarlo? Entréguele usted esta carta, repítale usted lo que ella contiene: que lo amaré eternamente y que me fío de su palabra. ¡Ay! -exclamó, levantándose y arrojándose llorosa al cuello de Teresa-, está rodeado de mis enemigos; tratarán de convencerlo de que nada he sacrificado en favor suyo. ¡Oh!, el mejor hombre oirá con gusto que es merecedor de cualquier sacrificio sin que tenga que estar agradecido por ello.

Fue más alegre la despedida de Guillermo y Teresa; manifestó ella sus deseos de volver pronto a verle.

-Usted me conoce por completo -le dijo-. Usted me dejó hablar siempre; la próxima vez será deber suyo corresponder a mi sinceridad.

En su viaje de regreso tuvo tiempo suficiente para considerar vivamente en su recuerdo esta nueva y radiante aparición. ¡Qué confianza le había infundido! Pensaba en Mignon y en Félix, en lo felices que podrían ser los niños bajo tal vigilancia; después pensaba en sí mismo y pensaba en la dicha que tenía que ser el poder vivir cerca de un ser humano tan en absoluto claro. Al acercarse al castillo llamó más que de costumbre su atención la torre con las muchas galerías y edificios accesorios; propúsose, en la primera ocasión, interrogar acerca de ello a Yarno o al abate.

Capítulo VII

Cuando Guillermo llegó al castillo encontró al noble Lotario en camino de una plena curación; el médico y el abate no estaban presentes, no había quedado más que Yarno. Al cabo de breve tiempo, el convaleciente pudo volver a salir a caballo, ya solo, ya con sus amigos. Su lenguaje era serio y agradable; su conversación, instructiva y entretenida; con frecuencia notábanse en él huellas de una tierna sensibilidad, aunque al punto tratara de ocultarla, pareciendo casi desaprobarla cuando se mostraba contra su voluntad.

De este modo, una noche permaneció silencioso durante la cena, aunque era alegre su semblante.

-De fijo que ha tenido usted hoy una aventura -díjole, por fin, Yarno-, y seguramente agradable.

-¡Qué bien conoce usted a su gente! -respondió Lotario-. Sí, me ha ocurrido una aventura muy agradable. En otros tiempos acaso no me hubiera parecido tan encantadora como hoy, que me hallo fácilmente conmovido. Al anochecer cabalgué por la otra orilla del río, a través de las aldeas, por un camino que frecuenté mucho en mis tempranos años. Mis sufrimientos corporales deben haberme hecho más delicado de lo que yo creía; me sentía débil y como recién nacido, con fuerzas nuevamente reavivadas. Todos los objetos se me presentaban bajo la misma luz a la que los había contemplado en aquellos antiguos años; todo tan amable, tan gracioso, tan encantador como hacía mucho tiempo que no se me había aparecido. Bien advertí que era la debilidad, pero con gusto me entregué a ello; cabalgué despacio y se me hizo plenamente comprensible cómo los hombres pueden cobrar afecto hacia una enfermedad que los predispone a dulces sensaciones. ¿Acaso sabe usted lo que en otro tiempo me llevaba con tanta frecuencia por aquel camino?

-Sí, bien lo acuerdo -respondió Yarno-; era un pequeño amorío que tenía usted con la hija de un colono.

-Bien puede decirse un gran amor -respondió Lotario-, pues nos queríamos mucho y con mucha seriedad, y la cosa duró bastante tiempo. Por casualidad, presentose hoy todo en tal forma que me recordó muy vivamente los primeros tiempos de nuestro amor. Los mozuelos espantaban mariposas de los árboles, y el follaje de los robles no estaba más desarrollado que el día en que la vi por primera vez. Hacía mucho tiempo que no había visto a Margarita, pues se casó muy lejos de aquí; ahora oí decir casualmente que había venido con sus hijos, hace pocas semanas, para ver a su padre.

-Por lo tanto, ¿ese paseo no fue cosa puramente casual?

-No negaré -dijo Lotario- que deseaba encontrarla. Al hallarme cerca de la vivienda, vi a su padre sentado delante de la puerta; un niño, como de un año, hallábase a su lado. Al acercarme vi a una mujer que se asomaba rápidamente a una ventana de arriba, y al llegar

cerca de la puerta oí a alguien que bajaba con precipitación las escaleras. No dudé de que era ella, y confesaré que me lisonjeaba el que me hubiera reconocido y que viniera tan de prisa a mi encuentro. Pero ¡cuál no fue mi confusión cuando se lanzó fuera de la puerta, cogió rápidamente al niño, al que se habían acercado los caballos, y lo metió dentro de la casa! Fue para mí una impresión desagradable, y mi vanidad, sólo hasta cierto punto pudo consolarse, creyendo observar, cuando entraba ella en la casa, un rubor bastante perceptible en su cuello y orejas. Me detuve y hablé con el padre, y miraba de soslayo a las ventanas para observar si se dejaba ver en alguna de ellas; pero no advertí ningún vestigio suyo. Tampoco quise preguntar, y seguí cabalgando. Mi disgusto fue un tanto dulcificado por la admiración, pues, aunque casi no hubiera visto su semblante, pareciome que apenas había cambiado nada, y, sin embargo, diez años son ya un tiempo bastante largo; hasta me pareció más joven, más esbelta, más ligera en sus pasos; el cuello, a ser posible, aun más lindo que antes, y sus mejillas, tan capaces como entonces del más gracioso rubor, y todo eso en una madre de seis hijos y acaso más. Concordaba de tal modo esta aparición con el resto del encantado mundo que me rodeaba, que proseguí mi cabalgada con sensibilidad rejuvenecida, y sólo di vuelta en el inmediato bosque cuando el sol estaba ya poniéndose. Por mucho que el rocío, que comenzaba ya a caer, me recordara las prescripciones del médico, y hubiera sido más razonable regresar directamente a casa, volví a tomar otra vez aquel camino que pasa por junto a la granja. Vi que una criatura femenina iba y venía por el jardín, que está rodeado de un ligero seto. Dirigí mi caballo por el sendero hacia el seto, y me encontré bastante cerca de la persona a quien deseaba ver. Aunque el sol poniente me diera en los ojos, vi que estaba cogiendo algo al pie de la cerca, que sólo la cubría ligeramente. Creí reconocer a mi antigua amante. Detúveme al pasar junto a ella, no sin que me latiera el corazón. Algunas altas ramas de escaramujo, balanceadas de un lado a otro por el viento, impedíanme distinguir claramente su figura. Dirigile la palabra y le pregunté cómo se encontraba. Respondiome a media voz: «Muy bien». Mientras tanto observé que detrás del seto había un niño ocupado en coger flores, y aproveché la ocasión para preguntarle dónde estaban sus otros hijos. «No es mío el niño -dijo ella-; sería demasiado pronto». En aquel momento colocose, en tal forma que, a través de las ramas, pude ver con toda claridad su semblante, y ya no supe lo que debía pensar de aquella aparición. Era mi amada y no lo era. Casi más joven, casi más hermosa de como la había conocido yo diez años antes. «¿No es usted la hija del casero?» -preguntele, semiconfuso. «No -dijo ella-, soy su sobrina.» «Pero se le parece usted extraordinariamente» -respondí yo. «Eso dicen todos los que la han conocido hace diez años». Proseguí preguntándole diferentes cosas; érame agradable mi error, aunque estuviera ya descubierto. No podía separarme de la viviente imagen de mi pasada felicidad, que se alzaba ante mis ojos. Mientras tanto, el niño se había alejado y había ido hacia el estanque para buscar flores. Ella se despidió y corrió tras el niño. De este modo había descubierto yo que mi antigua amada hallábase aún verdaderamente en casa de su padre, y al seguir a caballo vine haciendo hipótesis de si habría sido ella o la sobrina quien había apartado al niño de delante del caballo. Repetime toda la historia varias veces con el pensamiento, y no sería fácil que supiera señalar una cosa que haya producido jamás en mí una impresión más agradable. Pero bien comprendo que todo depende de que estoy aún enfermo, y suplicaremos al médico que aparte de mí este resto de emoción.

Ocurre con las confidencias de graciosos acontecimientos amatorios lo mismo que con las historias de aparecidos: con que se cuente una sola, manan ya por sí mismas las otras.

Nuestra pequeña reunión encontró en sus recuerdos de pasados tiempos diversas materias de este tipo. Lotario fue quien tenía más que narrar. Las historias de Yarno ostentaban todas su personal carácter, y ya sabemos lo que tenía que confesar Guillermo. Temía que pudieran recordarle su historia con la condesa, pero nadie pensó en ello, ni aun de la manera más remota.

-En verdad -dijo Lotario- que ninguna sensación en el mundo puede sernos más grata que cuando vuelve a abrirse el pecho al amor de un objeto nuevo, después de una pausa de indiferencia, y, sin embargo, querría haber renunciado a esta dicha por toda mi vida si el destino me hubiera unido con Teresa. No se es siempre joven, y no se debería ser siempre niño. Para el hombre que conoce el mundo, que sabe lo que tiene que hacer en él y lo que puede esperar de él, ¿qué puede serle más deseable que encontrar una esposa que trabaje en todas partes con él y sepa prepararle todo, cuya actividad tome a su cargo aquello que tiene que descuidar la del marido, cuya diligencia se extienda a todas partes, mientras que la de él sólo puede proseguir en línea recta? ¡Qué paraíso me había soñado yo con Teresa! No el paraíso de una vehemente dicha, sino de una vida segura sobre la tierra: orden en la felicidad, ánimo en la desgracia, cuidado por lo más mínimo y un alma capaz de abarcar las mayores cosas y de volver a renunciar a ellas. ¡Oh! Bien descubría yo en ella los talentos cuyo desarrollo admiramos en esas mujeres que nos presenta la historia, mostrándonoslas como muy superiores a todos los hombres; esa claridad de juicio en todas las circunstancias, esa habilidad en todas los casos, esa seguridad en los detalles, con lo cual el conjunto siempre resulta bien, sin que nadie parezca pensar jamás en ello. Bien podrá usted perdonar -prosiguió, dirigiéndose con una sonrisa a Guillermo- el que Teresa me haya hecho olvidar a Aurelia: con la primera podía esperar una vida de serenidad, mientras que con la otra no podía pensarse ni en una hora dichosa.

-No le negaré -replicó Guillermo- que vine aquí con gran amargura de corazón contra usted, y que me había propuesto reprender del modo más severo su conducta con Aurelia.

-Merece reproches -dijo Lotario-; nunca hubiera debido yo convertir mi amistad hacia ella en un sentimiento de amor; no hubiera debido dejar que se introdujera, en el sitio del aprecio que ella merecía, un cariño que ni podía suscitar ni mantener. ¡Ay!, no era amable cuando amaba, y esa es la mayor desgracia que puede ocurrirle a una mujer.

-Sea así -replicó Guillermo-; no siempre podemos evitar el cometer lo digno de censura, no siempre podemos evitar que nuestras opiniones y acciones se aparten de modo singular do su dirección buena y natural; pero nunca debemos perder de vista ciertos deberes. Descansen dulcemente las cenizas de nuestra amiga; sin querellarnos ni censurarla, esparciremos piadosas flores sobre su sepultura. Pero, junto a la tumba en que reposa la desgraciada madre, ¿me permitirá usted que le pregunte por qué no recoge al niño, un hijo que constituiría la alegría de cualquiera, y a quien usted por completo parece desatender? ¿Cómo puede usted, con su sensibilidad pura y tierna, carecer en absoluto de un corazón paternal? En todo este tiempo, todavía no ha dicho usted una palabra de la preciosa criatura, acerca de cuyas gracias tanto habría que contar.

-¿De quién habla usted? -replicó Lotario-. No le comprendo.

-¿De quién, sino de su hijo de usted, del hijo de Aurelia, de la hermosa criatura para cuya felicidad nada falta sino un tierno padre que lo recoja?

-Se equivoca usted, amigo mío -exclamó Lotario-. Aurelia no tuvo hijos; por lo menos, míos; no sé nada de ningún niño; en otro caso, me encargaría alegremente de él; pero también en el presente quiero considerar gustoso a la criaturita como una herencia suya y ocuparme de su educación. ¿Ha podido notarse alguna vez en algo que el chico fuera de Aurelia y que me perteneciera?

-No recuerdo haberle oído ninguna palabra sobre ello; pero así era creído por todos, y no lo puse en duda ni un solo momento.

-Puedo hacerle a usted algunas aclaraciones -expresó Yarno-. Una vieja, a la que debe usted haber visto con frecuencia, llevole el niño a Aurelia; acogiolo ésta con pasión, esperando aminorar sus dolores con su presencia, y, en efecto, le proporcionó muchas horas placenteras.

Guillermo sentíase muy intranquilo con aquel descubrimiento; recordaba vivamente a la buena Mignon junto al hermoso Félix y mostró sus deseos de sacar a ambos niños de la posición en que se encontraban.

-Pronto estará hecho -respondió Lotario-. La singular muchachilla se la entregaremos a Teresa; sería imposible que cayera en mejores manos; y en lo que se refiere al mozuelo, pienso que debe llevarlo usted consigo, pues lo que hasta las mujeres dejan sin formar en nosotros, fórmanlo los niños cuando nos ocupamos de ellos.

-Sobre todo -aseveró Yarno-, soy de opinión que renuncie usted pura y simplemente al teatro, para el cual no posee talento alguno.

Guillermo sintiose molesto; necesitó hacerse dueño de sí, pues las duras palabras de Yarno habían herido bastante su amor propio.

-Si puede usted convencerme de ello -replicó con forzada sonrisa- me prestará usted un buen servicio, aunque sea un triste servicio el de despertar a las gentes de su sueño favorito.

-Sin hablar más de tal cosa -replicó Yarno-, querría impulsar a usted a que trajera primero a los niños; el resto marchará por sí solo.

-Estoy a ello dispuesto -repuso Guillermo-; me siento inquieto e impaciente por saber si puedo descubrir algo más acerca del destino de ese niño; anhelo volver a ver a la muchacha que se ha consagrado a mí de modo tan singular.

Estuvieron de acuerdo en que debía partir en breve.

A la otra mañana ya tenía hechos sus preparativos: el caballo estaba ensillado; sólo le faltaba despedirse de Lotario. Cuando llegó la hora de la comida pusiéronse, como de

costumbre, a la mesa sin esperar al señor de la casa; no llegó sino más tarde y se sentó junto a ellos.

-Apostaría -dijo Yarno- a que ha vuelto usted a poner hoy a prueba su tierno corazón; no pudo resistir al deseo de volver a ver a su amada de aquel tiempo.

-¡Lo ha adivinado! -respondió Lotario.

-Háganos saber cómo fueron las cosas -dijo Yarno-. Estoy lleno de curiosidad.

-No negaré -repuso Lotario- que la aventura me llegaba al corazón más de lo conveniente; por eso tomé la decisión de volver otra vez allí y ver realmente a la persona cuya imagen rejuvenecida me había producido tan grata ilusión. A alguna distancia de la casa apeeme del caballo e hice que lo apartaran para no estorbar a los niños que jugaban delante de la puerta. Entré en la casa y, por casualidad, salió ella a mi encuentro, pues esta vez era ella misma, y la reconocí, a pesar de los grandes cambios operados en ella. Había engruesado y parecía más alta; su gracia centelleaba a través de un reposado porte, y su vivacidad habíase convertido en una silenciosa reflexión. Su cabeza, que en otro tiempo llevaba con tanta ligereza y libertad, hallábase algo inclinada; y sobre su frente habíanse trazado leves arrugas. Bajó, al verme, los ojos; pero ningún rubor anunció una interna agitación de su pecho. Tendile la mano; diome la suya; preguntele por su marido; estaba ausente; por sus niños; salió a la puerta y los llamó; vinieron todos y se reunieron en torno a ella. No hay nada más delicioso que ver a una madre con un niño en los brazos, ni nada más venerable que una madre en medio de muchos hijos. Preguntele por los nombres de los pequeños, sólo por decir algo; me rogó que entrara en la casa y esperara a su padre. Acepté; condújome a la sala, donde todavía estaba casi todo en su antiguo puesto, y, ¡cosa singular!, la bella prima, su viviente imagen, hallábase sentada en el escabel, detrás de la rueca, donde tantas veces había encontrado yo a mi amada, precisamente en aquella actitud. Habíanos seguido una muchachilla, que se asemejaba plenamente a su madre, y de este modo, en el más raro presente, me encontraba yo entre el pasado y el porvenir al igual que en un naranjal, donde, en un reducido espacio, flores y frutos en diversos grados de madurez, viven los unos al lado de los otros. Salió la sobrina para ir a buscar algunos refrescos; tendile la mano a la criatura tan amada por mí en otro tiempo y le dije: «Tengo una verdadera alegría en volver a verla». «Es usted muy bueno en decírmelo -repuso ella-; pero también yo puedo asegurarle que siento una alegría inexplicable. ¡Cuántas veces he deseado volver a ver a usted en este mundo; lo deseé en momentos que creía los postreros!» Díjolo con voz reposada, sin emoción, con aquella naturalidad que en otro tiempo tanto me había encantado en ella. Volvió la sobrina, además el padre... y os dejo imaginar con qué sentimientos permanecí allí y con cuáles me alejé.

Capítulo VIII

Guillermo, en su camino de regreso a la ciudad, llevaba fijo su pensamiento en las nobles criaturas femeninas que conocía y en las de que había oído hablar; presentábansele

dolorosamente ante el espíritu sus singulares destinos, que contenían pocos elementos agradables.

-¡Ay, pobre Mariana! -exclamó-. ¿Qué deberé descubrir aún sobre tu suerte? Y tú, hermosa amazona, noble espíritu protector a quien tanto debo y a quien espero encontrar en todas partes sin encontrarte nunca, por desgracia, ¿en qué tristes circunstancias te hallaré quizá si alguna vez vuelves a presentarte ante mi persona?

En la ciudad, ninguno de sus conocidos estaba en casa; corrió al teatro, creyó encontrarlos en el ensayo; todo estaba silencioso; el local parecía vacío, pero vio una contraventana abierta. Cuando llegó al escenario encontró a la vieja servidora de Aurelia ocupada en coser lienzos para una nueva decoración; no penetraba allí más luz sino la indispensable para alumbrar su trabajo. Félix y Mignon estaban sentados en el suelo, a su lado; ambos sostenían juntos un libro, y mientras Mignon leía en voz alta, Félix repetía todas las palabras, como si conociera las letras, como si supiera leer por sí mismo.

Los niños se alzaron prestamente y saludaron al recién llegado; abrazolos él del modo más tierno y llevolos más cerca de la vieja.

-¿Eres tú -díjole con gravedad- quien le llevó este niño a Aurelia?

Alzó ella la vista de su trabajo y dirigió su rostro hacia Guillermo; viola él a plena luz, se espantó y retrocedió algunos pasos: era la anciana Bárbara.

-¿Dónde está Mariana? -exclamó.

-Muy lejos de aquí -respondió la vieja.

-¿Y Félix?

-Es el hijo de aquella infeliz muchacha, enamorada con excesiva ternura. Ojalá que nunca experimente usted lo que nos costó. Ojalá que el tesoro que le entrego le haga tan feliz como nos ha hecho a nosotras desgraciadas.

Levantose para salir. Guillermo la retuvo.

-No pienso en escaparme -dijo ella-; déjeme que vaya a buscar un documento que a un tiempo le producirá alegría y dolor.

Alejose, y Guillermo contempló al niño con acongojada alegría; aún no le era lícito considerarlo suyo.

-¡Es tuyo, es tuyo! -exclamó Mignon, y apretó al niño contra las rodillas de Guillermo.

Volvió la vieja y le tendió una carta.

-Aquí tiene usted las últimas palabras de Mariana -dijo ella.

-Pero ¿ha muerto? -exclamó él.

-Sí -dijo la vieja-. Ojalá pudiera yo ahorrarle todos los reproches que tendrá usted que hacerse.

Sorprendido y confuso, abrió la carta Guillermo; pero apenas había leído las primeras palabras cuando un amargo dolor se apoderó de él; dejó caer el papel, dejose caer en un banco rústico y estuvo sin moverse durante algún tiempo. Mignon esforzábase por tranquilizarlo. Mientras tanto, Félix había recogido la carta y hostigó a su compañera hasta que ésta se avino a lo que él quería; arrodillose junto al niño y le leyó la carta. Félix repetía sus palabras, y Guillermo se vio obligado a oírla dos veces.

«Si este papel llega alguna vez a tus manos, compadece a tu desgraciada amante; tu amor le ha dado muerte. Es tuyo el niño, a cuyo nacimiento sólo sobreviviré pocos días; muero manteniéndome siempre fiel a ti, por mucho que las apariencias puedan hablar en contra mía; contigo perdí todo lo que me ligaba a la vida. Muero contenta, ya que me aseguran que el niño es robusto y que vivirá. Escucha a la vieja Bárbara, perdónala, adiós, y no me olvides».

¡Qué carta dolorosa! y, además, para consuelo suyo, semienigmática, según le pareció en el primer momento. De su contenido no llegó a hacerse cargo por completo sino cuando la repitieron los niños, balbuceando y tartamudeando.

-¡Ahí tiene usted todo! -exclamó la vieja, sin esperar a que Guillermo se hubiera un tanto rehecho-; agradézcale al cielo que, tras de la pérdida de tan buena compañera, todavía le haya conservado a este delicioso hijo. Nada igualará a su dolor cuando sepa de qué modo le permaneció fiel hasta el fin la pobre muchacha, lo desgraciada que llegó a ser y todo lo que sacrificó por usted.

-Hágame usted que beba de un solo trago el cáliz del dolor y de la alegría -exclamó Guillermo-. Convénzame usted, o, por lo menos, hágame creer que era una buena muchacha, que merecía mi aprecio tanto como mi amor, y abandóneme después a mi dolor por tan irreparable pérdida.

-No es ahora el momento -respondió la vieja-; tengo que hacer y no deseo que nos encuentren juntos. Deje usted que siga siendo un secreto el que Félix le pertenece; tendría que soportar muchos reproches de toda la compañía por mi fingimiento. Mignon no nos hará traición, es buena y callada.

-Lo sabía desde hacía mucho tiempo y no decía nada -replicó Mignon.

-¿Cómo es posible? -exclamó la vieja.

-¿Cómo? -repitió Guillermo.

-Me lo dijo el espíritu.

-¿Cómo? ¿Dónde?

-Bajo la bóveda, cuando el viejo sacó el cuchillo, me gritó: «¡Llama a su padre!», y pensé en ti entonces.

-¿Quién te lo gritó?

-No lo sé; dentro del corazón, en la cabeza; estaba llena de angustia, temblaba, imploraba; entonces oí ese grito y lo comprendí.

Guillermo la estrechó contra su corazón; le recomendó a Félix y se alejó. Sólo en el último instante había observado que Mignon estaba mucho más pálida y delgada que cuando la había dejado. Entre sus amistades, fue a madama Melina a quien encontró primero; saludolo del modo más amistoso.

-¡Oh! -exclamó-, si pudiera usted hallar todo entre nosotros tal como lo habría deseado.

-Ya lo sospechaba y no lo esperaba -dijo Guillermo-. Confiese usted que se ha dispuesto todo en forma que sea fácil prescindir de mí.

-¿Por qué, pues, se alejó usted de nuestro lado? -replicó la amiga.

-Nunca es demasiado pronto para hacer la experiencia de que no es uno imprescindible en el mundo. ¡Qué importantes personajes creemos todos ser! Pensamos que somos los únicos que dan vida al círculo en el que actuamos; nos imaginamos que todo tiene que quedar suspendido en nuestra ausencia, vida, sustento y aliento, y, sin embargo, apenas se nota el vacío originado por ella, el cual vuelve a llenarse con toda celeridad, y a veces, aquel hueco llega hasta a ser ocupado por algo, si no mejor, por lo menos más agradable.

-¿Y los dolores de nuestros amigos no deben ser tenidos en cuenta?

-Nuestros amigos procederán como es debido si descubren prontamente y se dicen que allí donde estuvieres, allí donde te encontrares, haz lo que puedas, sé activo y servicial y goza de lo presente.

Por nuevas explicaciones descubrió Guillermo lo que ya había sospechado: la ópera había sido montada y atraía hacia sí toda la atención del público. Mientras tanto, sus papeles habían sido desempeñados por Laertes y Horacio, y ambos arrancaban de los espectadores aplausos mucho más vivos de lo que jamás hubiera podido alcanzarlos él.

Entró Laertes, y madama Melina exclamó:

-¡Mire usted al hombre dichoso, que muy pronto será capitalista y sabe Dios qué cosas!

Guillermo lo abrazó, y notó que su casaca era del paño más excelente y fino; el resto de su traje era sencillo, pero todo él del mejor tejido.

-Explíqueme usted este enigma -exclamó Guillermo.

-Tendrá usted tiempo bastante para saber que ahora son pagadas mis idas y venidas -respondió Laertes-; que el jefe de una gran casa de comercio saca provecho de mi inquietud, de mis conocimientos y de mis amistades, entregándome por ello una parte de sus beneficios; daría mucho por poder adquirir también con ello la confianza de las mujeres, pues hay en la casa una bonita sobrina, y veo muy bien que, si quisiera, podría ser muy pronto un hombre importante.

-Acaso tampoco sepa usted -dijo Madama Melina- que, mientras tanto, también se ha hecho un matrimonio entre nosotros. Serlo se ha casado real y públicamente con la hermosa Elmira, ya que el padre no quería aceptar sus secretos tratos.

Conversaron así sobre diversas cosas que habían ocurrido en ausencia de Guillermo, y muy bien pudo observar éste que, conforme al espíritu y pensamiento de la compañía, hacía ya mucho tiempo que le habían dado el cese.

Con impaciencia esperó a la vieja, que le había anunciado su extraña visita para altas horas de la noche. Quería venir cuando todo durmiera, y deseaba iguales preparativos que si la más joven muchacha quisiera deslizarse junto a un amante. Mientras tanto, leyó más de cien veces la carta de Mariana, leyó con indecible encanto la palabra fiel escrita por su querida mano y con horror el anuncio de su muerte, cuya proximidad no parecía temer ella.

Era más de medianoche cuando hubo un leve rumor en la entreabierta puerta y entró la vieja con un cestillo en la mano.

-Tengo que contarle a usted la historia de nuestras desdichas -dijo-, y debo esperar que no permanecerá usted inconmovible, y que no sólo para satisfacer su curiosidad me ha esperado puntualmente, y que esta vez, como entonces, no se escudará usted en su frío egoísmo cuando estalle nuestro corazón. Pero, mire usted, lo mismo que en aquella noche dichosa, traigo una botella de champagne, coloco los tres vasos sobre la mesa y, así como entonces comenzó usted a engañarnos y adormecernos con sus gratos cuentos infantiles, también yo ahora tengo que mantenerle a usted despierto y en vela con muy tristes verdades.

Guillermo no sabía lo que debía decir, cuando la vieja hizo saltar el tapón y llenó hasta los bordes los tres vasos.

-Beba usted -exclamó ella, después de haber vaciado rápidamente su espumeante vaso-, beba usted antes de que el espíritu se evapore. Este tercer vaso debe quedar intacto, agotando su espuma en memoria de mi desgraciada amiga. ¡Qué rojos eran sus labios cuando correspondió entonces a su brindis de usted! ¡Ay, y ahora pálidos y helados para siempre!

-¡Sibila! ¡Furia! -exclamó Guillermo, alzándose de repente y golpeando la mesa con el puño-. ¿Qué mal espíritu te posee y te impulsa? ¿Por quién me tomas, si piensas que el más

sencillo relato de los dolores y la muerte de Mariana no me afligirán bastante hondamente, sino que aún necesitas emplear esta astucia infernal para redoblar mi martirio? Si tu insaciable embriaguez se extiende hasta tal punto que tienes que emborracharte en un banquete funeral, entonces bebe y habla. Siempre me has causado horror, y aun ahora no puedo imaginarme la inocencia de Mariana sólo con considerarte a ti como compañera suya.

-Poco a poco, caballero -respondió la vieja-. No me hará perder usted mi tranquilidad. Todavía tiene usted una gran deuda con nosotras, y no se deja una tratar mal por un deudor. Pero tiene usted razón: también el relato más sencillo será para usted castigo suficiente. Escuche, pues, el relato del combate y la victoria de Mariana para seguir siendo suya.

-¿Mía? -exclamó Guillermo-. ¿Con qué fábula quieres comenzar?

-No me interrumpa usted -dijo la otra-; escúcheme, y después crea lo que quiera; ahora todo es ya indiferente. La última noche que estuvo usted en nuestra casa, ¿no encontró usted y llevó consigo una esquela?

-No encontré el plieguecillo sino después de haberlo llevado; estaba envuelto en la pañoleta, que cogí y escondí en mi bolsillo en un arrebato de amor.

-¿Qué decía el papel?

-Las esperanzas de un enojado amante de ser recibido en la siguiente noche mejor de lo que lo había sido en la anterior. Y vi con mis propios ojos que le fue cumplida la palabra, pues poco antes del día se deslizaba fuera de vuestra casa.

-Bien puede usted haberlo visto; pero lo que ocurrió en nuestra casa, lo triste que pasó Mariana aquella noche y lo enojosa que fue también para mí, sólo ahora debe usted saberlo. Quiero ser plenamente sincera; no ocultaré ni disimularé que había tratado de convencer a Mariana para que se entregara a un tal Norberg; cumplió lo que yo quería, y hasta puedo decir que me obedeció con repugnancia. Él era rico, parecía muy enamorado, y esperaba yo que sería constante. Poco después tuvo que hacer él un viaje, y Mariana lo conoció a usted. ¡Qué de cosas tuve yo que sufrir, cuántas tuve que impedir, cuántas que soportar! «¡Oh!, -exclamaba ella muchas veces-, sólo con que hubieras respetado mi juventud y mi inocencia durante cuatro semanas más, habría encontrado un objeto digno de mi amor, habría sido digna de él, y el amor habría podido dar con tranquila conciencia lo que vendió de mala voluntad». Se abandonó por completo a su cariño, y no tengo que preguntarle a usted si fue feliz. Poseía yo un poder ilimitado sobre su pensamiento, porque conocía todos los medios de satisfacer sus pequeñas inclinaciones; no tenía ninguna fuerza sobre su corazón, porque nunca aprobaba ella lo que por ella hacía; aquello hacia lo cual procuraba inclinarla con repugnancia de su corazón; sólo cedió ante la imperiosa necesidad, y la necesidad pareciole bien pronto extrema. En los primeros años de su juventud no había carecido de nada; su familia había perdido su fortuna por un enmarañado conjunto de circunstancias, y la pobre muchacha estaba habituada a muchas comodidades, y habían sido impresos en su almita ciertos buenos principios, que la intranquilizaban sin servirle de mucho. No tenía la menor disposición para las cosas mundanas; era inocente en el sentido propio de la palabra; no

tenía idea de que se puede adquirir sin pagar; nada le acobardaba tanto como tener deudas; siempre había preferido dar en vez de recibir, y sólo tal situación hizo posible que se viera obligada a entregarse a sí misma para librarse de una porción de pequeñas deudas.

-¿Y no hubieras podido tú salvarla? -prorrumpió Guillermo.

-¡Oh, sí! -repuso la vieja-; con hambre y miseria, penas y privaciones, y a eso no estaba yo dispuesta.

-¡Abominable, vil, alcahueta! Por tanto, sacrificaste tú a la infortunada criatura; la inmolaste a tu garganta para satisfacer tu insaciable glotonería.

-Haría mejor en moderarse y reprimir esas palabras injuriosas -replicó la vieja-. Si quiere usted decir insultos, váyase a sus grandes casas distinguidas y allí encontrará madres que se preocupan, muy congojosamente, de cómo podrán encontrar para su preciosa y celestial niña el marido más abominable, con tal de que sea el más rico. Vea usted cómo la pobre criatura tiembla y se estremece ante el destino que le está reservado, y no encuentra ningún consuelo hasta que cualquier amiga experimentada le hace comprender que, mediante el matrimonio, adquiere el derecho de disponer a su antojo de su corazón y su persona.

-¡Cállate! -exclamó Guillermo-. ¿Crees tú que puede disculparse un crimen con otro? Haz tu relato sin más observaciones.

-Pues escúcheme usted sin censurarme. Mariana fue suya contra mi voluntad. Siquiera en esta aventura no tengo nada que reprocharme. Regresó Norberg, corrió a ver a Mariana, que lo recibió fría y enojada y ni siquiera le permitió darle un beso. Empleé todo mi arte para disculpar su conducta; hícele creer que un confesor había agudizado la conciencia de la niña, y que una conciencia, mientras hable, tiene que ser respetada. Conseguí que se fuera y le prometí hacer cuanto me fuera posible. Era rico y rudo, pero tenía un fondo de bondad y amaba a Mariana del modo más extremo. Me prometió tener paciencia, y trabajé con la mayor vivacidad para que no tuviera que ejercitarla mucho tiempo. Tuve un rudo combate con Mariana; la persuadí, y hasta puedo decir que, por último, la obligué, mediante amenazas de abandonarla, a que le escribiera a su amante y lo invitara para aquella noche. Vino usted y, por casualidad, rapiñó la respuesta con la pañoleta. Su inesperada presencia hízome representar un papel difícil. Apenas hubo usted partido cuando de nuevo comenzaron las angustias de la niña; juraba que no podía serle infiel, y estaba tan exaltada, tan fuera de sí, que suscitó en mí sincera piedad. Prometile, por último, que también por aquella noche calmaría a Norberg y lo alejaría con toda suerte de pretextos; le rogué que se fuera a la cama, pero no pareció fiarse de mí: permaneció vestida y acabó por dormirse con su traje puesto, agitada y llorosa como estaba. Llegó Norberg; traté de contenerlo, le representé con los más negros colores sus remordimientos de conciencia y su arrepentimiento; sólo deseó verla, y entré en la habitación para prepararla; me siguió, y al mismo tiempo aparecimos ambos al lado de su lecho. Se despertó, levantose furiosa y se arrancó de nuestros brazos; imploro y rogó, suplicó, amenazó y aseguró que no cedería. Fue lo bastante imprudente para dejar que se le escaparan algunas palabras acerca de su verdadera pasión, las cuales, el pobre Norberg tenía que interpretarlas en un sentido

espiritual. Por último, la dejó, y ella se encerró en su cuarto. Detúvele aún conmigo largo tiempo, y hablé con él acerca de su estado, diciéndole que se hallaba encinta y que había que tratar con miramientos a la pobre muchacha. Sintiose tan orgulloso de su paternidad, alegrose tanto con la esperanza de tener un hermoso niño, que consintió en todo lo que se exigía de él, y prometió viajar todavía algún tiempo, antes que atormentar a su amada y perjudicarla con aquellas emociones violentas. Con tales sentimientos apartose al amanecer de mi lado, y usted, señor mío, si estuvo de centinela, no habría necesitado más, para su dicha, que poder haber visto el pecho del rival a quien usted creyó tan feliz, y cuya presencia lo redujo a la desesperación.

-¿Dices verdad? -dijo Guillermo.

-Tan verdad como lo es que todavía espero que vuelva usted a desesperarse de nuevo -dijo la vieja-. Sí, de fijo que se desesperará usted si logro hacerle ver de modo bastante vivo el cuadro de la siguiente mañana. ¡Qué alegre fue su despertar! ¡Qué afectuosamente me mandó entrar! ¡Con qué calor me dio las gracias, que cordialmente me estrechó contra su pecho! «Ahora -me dijo, al acercarse, sonriente, a su espejo- puedo gozar otra vez de mí misma, gozar de mi figura, ya que de nuevo soy mía, soy de mi único y querido amigo. ¡Qué dulce es haber triunfado! ¡Qué celestial sensación la de seguir los impulsos del propio pecho! ¡Cómo te agradezco que hayas tenido lástima de mí, que, por una vez, hayas empleado en provecho mío tu prudencia y tu saber! Auxíliame y piensa en lo que puede hacerme totalmente feliz». Accedí a ello, no queriendo irritarla; lisonjeé sus esperanzas, y ella me acarició del modo más gracioso. Si se alejaba un momento de la ventana, tenía que quedarme yo de centinela, porque usted no podía menos de pasar, y quería siquiera verlo; mantúvose así inquieta todo el día. Por la noche, a la hora habitual, le esperábamos a usted con toda seguridad. Ya acechaba yo en la escalera; el tiempo se me hizo largo; volví a entrar junto a ella. Con gran asombro, encontrela con su traje de militar; estaba increíblemente alegre y seductora. «¿No merezco presentarme hoy en traje de hombre? -dijo-. ¿No me porté bravamente? Mi amigo debe verme hoy como la primera vez; con tanta ternura y con más libertad que entonces lo estrecharé contra mi pecho; pues ahora, ¿no soy mucho más suya que entonces, cuando una noble resolución aún no me había hecho libre por completo? Pero -añadió, después de reflexionar algún tiempo- todavía no he triunfado por completo; todavía tengo que atreverme a lo más extremo para ser digna de él, para estar segura de su posesión; tengo que descubrirle todo, revelarle mi situación y dejarle después que me conserve o me rechace. Esa es la escena que le preparo, que me preparo a mí misma, y si entonces sus sentimientos lo hicieran capaz de rechazarme, ya no me pertenecería yo más que a mí misma, encontraría mi consuelo en mi castigo y soportaría todo lo que me impusiera el destino». Con estas ideas, con estas esperanzas, señor mío, esperábale a usted la encantadora muchacha; usted no vino. ¡Oh! ¿Cómo podré describir el estado de su ánimo durante su espera? ¡Todavía te veo delante de mí; todavía siento con qué amor, con qué fuego hablabas del hombre cuya crueldad no habías experimentado todavía!

-Mi buena y querida Bárbara -exclamó Guillermo, alzándose de repente y cogiendo las manos de la vieja-, basta ya de fingimientos, basta ya de preparación. Te ha hecho traición tu tono indiferente, tranquilo y contento. ¡Devuélveme a Mariana! Vive, y está cerca de aquí. No en vano has elegido esta hora solitaria y tardía para tu visita; no en vano me has

preparado por medio de este delicioso relato. ¿Dónde la tienes? ¿Dónde la escondes? Te lo creeré todo, te prometo creerlo todo si me la haces ver, si la devuelves a mis brazos. Ya vi pasar su sombra como volando; deja que otra vez vuelva a estrecharla entre mis brazos. Quiero postrarme de rodillas ante ella, quiero pedirle perdón, quiero felicitarla por su lucha y su victoria sobre ti y sobre ella misma, quiero presentarla a mi Félix. ¡Ven! ¿Dónde la has escondido? No la dejes, y no me dejes más tiempo en esta incertidumbre. Has logrado tu objeto. ¿Dónde la tienes oculta? Ven; te alumbraré con esta luz; haz que otra vez vuelva a ver su celestial semblante.

Había arrancado a la vieja de su asiento, y ella lo miraba fijamente; brotaban a raudales lágrimas de sus ojos, y un espantoso dolor se apoderó de ella.

-¿Qué desgraciado error le permite esperar tal cosa ni un momento? -exclamó-. Sí, la tengo escondida, pero debajo de la tierra; ni la luz del sol ni una discreta lámpara volverán jamás a alumbrar su hermoso semblante. Lleve usted ante su tumba al buen Félix y dígale que allí yace su madre, a quien su padre condenó sin oírla. Su corazón amante no palpita ya con la impaciencia de verle a usted; no espera en una habitación inmediata el término de mi historia o de mi cuento; el más negro calabozo se ha apoderado de ella, adonde no desciende nunca ningún novio y de donde no retorna jamás ninguna amada.

Dejose caer en tierra delante de una silla y lloró amargamente; Guillermo hallose, por primera vez, plenamente convencido de que Mariana había muerto; estaba en la más triste situación. Levantose la vieja.

-No tengo más que decirle exclamó, arrojando un paquete sobre la mesa-. Estos escritos le harán sentir plenamente toda la vergüenza de su crueldad; lea usted esos papeles con enjutos ojos, si le es posible hacerlo.

Salió sin hacer ruido, y por aquella noche Guillermo no tuvo valor para abrir la cartera; él mismo se la había regalado a Mariana; sabía que había recogido cuidadosamente en ella la hojilla más pequeña que hubiera recibido de él. A la otra mañana logró dominarse; desató la cinta y cayeron una porción de esquelillas escritas con lápiz, con su propia letra, que volvieron a evocar ante él cada uno de los instantes pretéritos, desde los primeros días de su gracioso conocimiento hasta los últimos de su cruel separación. Pero no sin el dolor más vivo leyó una pequeña colección de cartas que le habían sido dirigidas por Mariana, las cuales, según comprendió por su contenido, habían sido devueltas por Werner.

«Ninguno de mis escritos ha podido penetrar hasta ti; mis ruegos y súplicas no te han alcanzado. ¿Has dado tú mismo esas órdenes crueles? ¿No debo volver a verte nunca? Una vez más lo intento, y te suplico: ¡Ven, oh, ven!... No deseo detenerte, con tal de que aún, por última vez, pueda estrecharte contra mi corazón».

«Cuando, en otro tiempo, estaba sentada junto a ti, tenía cogidas tus manos, te miraba a los ojos y, con el corazón lleno de amor y confianza, te decía: ¡Oh, tú, mi querido y el mejor de los hombres!..., lo oías con gusto, y tenía que repetírtelo con frecuencia; te lo repito aún otra vez: ¡Oh, tú, mi querido y el mejor de los hombres!, sé bueno, como lo eras entonces, y no me dejes perecer en mi abandono».

«Me consideras culpable, y lo soy; pero no como tú piensas. Ven, para que tenga el único consuelo de ser totalmente conocida por ti, ocúrrame después lo que quiera».

«No sólo por mí, sino también por ti mismo, te suplico que vengas. Siento los insoportables dolores que sufres al huir de mí; ven, pues, para que nuestra separación pueda ser menos cruel. Acaso nunca fui más digna de ti que en el momento en que me rechazaste hacia una ilimitada miseria».

«Por todo lo más santo, por todo lo que puede conmover un corazón humano, te lo suplico. ¡Trátase de un alma, trátase de una vida! Mejor dicho, de dos vidas, una de las cuales tiene que serte eternamente querida. Tu desconfianza no querrá creerlo y, sin embargo, en la hora de la muerte podré declararte: es tuyo el niño que llevo en mis entrañas. Desde que te amé, ningún otro me tocó ni siquiera la mano. ¡Oh, si tu amor, si tu lealtad hubieran sido los compañeros de mi juventud!»

«¿No quieres oírme? Pues entonces tendré que acabar por enmudecer, pero estas hojas no perecerán; acaso todavía puedan hablarte cuando el sudario cubra ya mis labios y cuando la voz de tu arrepentimiento no pueda llegar ya a mis oídos. Durante mi triste vida, y hasta mi último momento, será mi único consuelo el de no haber cometido ninguna culpa contra ti, aun cuando no me sea lícito llamarme inocente».

Guillermo no pudo continuar; abandonose por completo a su dolor; pero todavía se sintió más oprimido cuando entró Laertes, ante quien se esforzó por ocultar sus sentimientos. Este sacó una bolsa con ducados, los contó y recontó y aseguró a Guillermo que no había en el mundo nada más hermoso que verse en camino de llegar a rico; que nada

puede entonces perturbarnos o detenernos. Guillermo se acordó de su sueño y se sonrió; pero al mismo tiempo pensó con espanto que, en aquel mismo sueño, Mariana lo había abandonado para seguir a su padre muerto, y que, por último, flotando ambos como espíritus, habían desaparecido deslizándose en torno al jardín.

Laertes lo arrancó a sus reflexiones y lo llevó a un café, donde, al momento, diversas personas, de aquellas que en otro tiempo habían gustado de verlo en el teatro, se reunieron a su alrededor; celebraron su presencia, pero lamentaron que, según oían decir, quisiera abandonar el teatro; hablaron con tanta justeza y sensatez acerca de él y su modo de representar, del grado de su talento y de las esperanzas que les había hecho concebir, que, por último, Guillermo, no sin emoción, exclamó:

-¡Oh! ¡De qué infinito valor hubiera sido ese interés para mí hace pocos meses! ¡Cómo me habría regocijado e instruido! No habría apartado tan por completo mi espíritu de la escena, y nunca habría llegado a verme en el caso de desesperar del público.

-En general, nunca debe llegarse a eso -dijo un hombre ya de edad, que se acercó entonces-. El público es grande; una verdadera comprensión y un verdadero sentimiento no son tan raros como se cree; sólo que el artista no debe exigir nunca un aplauso incondicional para lo que crea, pues precisamente esa adhesión incondicional es la que menos vale, y la condicionada no es del gusto de los señores. Bien sé que, tanto en la vida como en el arte, hay que consultarse a sí mismo, si se quiere hacer y producir algo; pero, una vez hecho y terminado, sólo se debe oír con atención a alguna gente, y, después de cierta práctica, pronto se llega a componer un juicio total con todas estas voces, ya que aquellos que podrían ahorrarnos esta molestia se mantienen, por lo general, en silencio.

-Eso es precisamente lo que no debían hacer -dijo Guillermo-. Con frecuencia he observado que las personas que guardan silencio sobre las buenas obras se quejan y lamentan de que no hablen otros.

-Pues hablaremos hoy en voz alta -exclamó un joven-. Tiene usted que comer con nosotros, y pagaremos todo lo que le hemos quedado a deber a usted y, a veces, a la buena Aurelia.

Guillermo no aceptó la invitación y se dirigió a casa de madama Melina, a quien quería hablar respecto a los niños, que pensaba llevar de su lado.

No guardó por completo el secreto de la vieja. Se hizo traición cuando, al volver a encontrar ante sus ojos al hermoso Félix, exclamó:

-¡Oh hijo mío! ¡Querido hijo mío!

Lo cogió en brazos y lo estrechó contra su corazón.

-Padre, ¿qué me has traído? -exclamó el niño.

Mignon miraba a ambos, como si quisiera advertirles que no se hicieran traición.

-¿Qué nueva comedia es ésta? -dijo madama Melina.

Trataron de alejar a los niños, y Guillermo, que no creía deber a la vieja el más severo secreto, descubriole a su amiga toda la situación. Madama Melina lo contemplaba sonriéndose.

-¡Oh! ¡Qué crédulos son los hombres! -exclamó-. Es muy fácil hacerles cargar con cualquier cosa que se encuentre en su camino; pero no por eso miran otra vez a derecha ni a izquierda, ni saben apreciar nada sino aquello que primero han marcado con el sello de una arbitraria pasión.

No pudo reprimir un suspiro, y si Guillermo no hubiera estado totalmente ciego habría tenido que reconocer en su conducta un afecto nunca del todo dominado.

Habló entonces con ella acerca de los niños, diciéndole cómo pensaba conservar a Félix consigo, colocando a Mignon en una casa de campo. La señora de Melina, que aunque de mala gana se separaba a la vez de ambos, encontró que el proyecto era bueno y hasta necesario. Félix se hacía indómito junto a ella y Mignon parecía necesitar el aire libre y otra compañía; la pobre niña estaba delicada y no lograba reponerse.

-No se sienta usted turbado -prosiguió madama Melina- por las dudas que irreflexivamente he expresado sobre la cuestión de si realmente le pertenece a usted el niño. Cierto que la vieja es poco de fiar; pero quien puede inventar la mentira para su provecho, también puede alguna vez decir la verdad cuando la verdad le parezca que le conviene. La vieja había hecho creer a Aurelia que Félix era hijo de Lotario, y nosotras las mujeres tenemos la propiedad de amar muy tiernamente a los hijos de nuestros enamorados, con tal de que no conozcamos a la madre o de que la odiemos con todo el corazón.

Félix entró entonces saltando, y ella lo estrechó contra sí con una vivacidad que no le era antes habitual.

Guillermo corrió a su casa e hizo llamar a la vieja, que prometió venir, pero no antes de la noche, sin embargo; la recibió muy enojado y le dijo:

-Nada hay más vergonzoso en este mundo que vivir de mentiras e invenciones. Ya has producido mucho daño, y ahora, que tu palabra puede determinar la dicha de mi vida, me encuentro dudoso y no me atrevo a estrechar en mis brazos al niño cuya tranquila posesión me haría extremadamente feliz. Infame criatura, no puedo verte sin odio y desprecio.

-Si he de hablarle francamente -repuso la vieja-, su conducta me es totalmente insoportable. Y aunque no fuera hijo de usted, ¿dejaría de ser el más hermoso y agradable niño del mundo, a quien querría uno comprar a cualquier precio para tenerlo siempre consigo? ¿No es merecedor de que lo adopte usted? ¿No merezco yo, por mis cuidados, por los trabajos que tomé por él, un poco de sustento para el resto de mis días? ¡Oh! Ustedes los señores, a quienes nada falta, bien pueden hablar de verdad y franqueza; pero de qué modo

una pobre criatura, que no encuentra nada con que satisfacer la menor de sus necesidades, que en su aflicción se ve sin amigos, sin consejo y sin auxilio, tiene que abrirse paso entre los hombres egoístas y morirse de hambre en silencio... de eso habría mucho que hablar si usted quisiera y pudiera oírlo. ¿Ha leído las cartas de Mariana? Son las mismas que le escribió a usted en aquellos tiempos desgraciados. Vanamente traté yo de llegar hasta usted, vanamente procuré remitírselas; su cruel cuñado le tenía tan sitiado, que era inútil toda astucia y prudencia, y, por último, cuando nos amenazó con la prisión a mí y a Mariana, tuve que renunciar a toda esperanza. ¿No coincide todo eso con lo que le he referido? Y la carta de Norberg, ¿no deja fuera de duda todo el relato?

-¿Qué carta? -preguntó Guillermo.

-¿No la ha encontrado usted en la cartera? -replicó la vieja.

-Todavía no lo he leído todo.

-Deme usted la cartera; todo depende de ese documento. Una desgraciada esquela de Norberg ha producido la triste confusión; otro escrito de su mano puede deshacer el nudo en cuanto todavía tenga valor el hilo.

Sacó un papel de la cartera, Guillermo reconoció aquella odiada letra, recogiose en sí mismo y leyó:

«Dime, muchacha, cómo tienes tanto poder sobre mí. No hubiera yo creído que ni una diosa pudiera convertirme en un suspirón amante. En lugar de precipitarte hacia mí con los brazos abiertos, te haces atrás; verdaderamente hubiera podido tomarse a desprecio el modo como te condujiste. ¿Es lícito hacerme pasar la noche con la vieja Bárbara sentado en un baúl de su cuarto? Y sólo dos puertas me separaban de mi amada moza. Eso es demasiado, te digo. He prometido dejarte reflexionar algún tiempo, no apremiarte inmediatamente, y podría volverme loco por cada cuarto de hora perdido. ¿No te regalé todo lo que supe y pude? ¿Dudas todavía de mi amor? ¿Qué quieres que te dé? Dímelo. No debe faltarte nada. Querría que se volviera mudo y ciego el clérigo que te puso tales cosas en la cabeza. ¿Era indispensable que te buscaras como confesor uno de esa clase? ¡Hay tantos que saben disculpar algo en la gente joven! Bueno, te lo repito, las cosas tienen que ir de otro modo; dentro de un par de días tengo que tener una respuesta, pues volveré a partir muy pronto, y si no eres amable y complaciente no volverás a verme...»

En este tono extendíase largamente la carta, girando siempre en torno al mismo tema, para dolorosa satisfacción de Guillermo, y atestiguando la verdad de la historia que había escuchado de labios de Bárbara. Un segundo pliego probaba claramente que Mariana no

había cedido tampoco en adelante; y por estos y otros papeles, no sin profundo dolor, fue conociendo Guillermo la historia de la desdichada muchacha hasta la hora de su muerte.

La vieja había ido domesticando poco a poco a aquel hombre rudo, anunciándole la muerte de Mariana y haciéndole creer que Félix era hijo suyo; algunas veces le había enviado dinero, que ella se había reservado, ya que había persuadido a Aurelia de que tomara a su cargo la educación del niño. Pero, por desgracia, no duraron mucho estas secretas ganancias. Norberg, en una vida de disipación, había consumido la mayor parte de su fortuna, y nuevas historias de amor endurecieron su corazón contra aquel primer supuesto hijo.

Aunque todo esto pareciera verosímil y concertara tan bellamente, todavía no osaba Guillermo abandonarse a la dicha; parecía sentir temor ante un regalo que le presentaba un mal espíritu.

-Las dudas que a usted le aquejan -díjole la vieja, que adivinaba su estado de espíritu- sólo pueden ser curadas por el tiempo. Considere usted al niño como extraño y préstele una atención tanto más minuciosa; observe usted sus dones, su carácter, sus capacidades, y si poco a poco no se va usted reconociendo a sí mismo es que tiene usted que poseer mala vista; porque le aseguro que si yo fuera hombre nadie me colgaría un hijo ajeno; pero es una suerte para las mujeres que los hombres no tengan tanta penetración en esos casos.

Después de todo esto despidió Guillermo a la vieja; quería llevar consigo a Félix, ella debía conducir a Mignon junto a Teresa, y después iría a consumir donde quisiera una pequeña pensión que le prometía.

Hizo llamar a Mignon para prepararla a estos cambios.

-Meister -dijo ella-, consérvame contigo; será mi dicha y mi tormento.

Hízole ver él que estaba ya muy desarrollada, y que era preciso hacer algo para continuar su instrucción.

-Estoy bastante instruida para amar y para sufrir -replicó ella.

Díjole él que prestara atención a su salud, que exigía cuidados permanentes y la dirección de un buen médico.

-¿Por qué preocuparse de mí, cuando hay tantas otras cosas de que hacerlo? -dijo ella.

Después de haberse tomado muchas molestias para convencerla de que no podía entonces llevarla consigo y de que la establecería en casa de excelentes personas, donde iría él a verla con frecuencia, pareció que la niña no había oído nada de todo ello.

-¿No me quieres contigo? -dijo-. Acaso lo mejor será que me envíes junto al viejo arpista; el pobre está muy solo.

Guillermo trató de hacerle comprender que el viejo estaba bien cuidado.

-A cada instante siento soledades de él -replicó la niña.

-No obstante, bien tengo observado -dijo Guillermo- que no te sentías tan inclinada hacia él cuando todavía vivía con nosotros.

-Le tenía miedo cuando estaba despierto; no podía resistir sus ojos; pero cuando dormía me gustaba sentarme a su lado, le oxeaba las moscas y no me cansaba nunca de mirarlo.¡Oh! Me fue útil en terribles momentos; nadie sabe lo que le debo. Si hubiera sabido el camino, ya habría corrido junto a él.

Guillermo le explicó detalladamente las circunstancias y le dijo que ella era una niña razonable y que también aquella vez, sin duda, habría de cumplir sus deseos.

-La razón es cruel -replicó ella-, el corazón es mejor. Iré donde tú quieras, pero déjame conmigo a tu Félix.

Después de mucho discutir, persistía aún en su idea y, por último, Guillermo tuvo que decidirse a confiar las dos criaturas a la vieja y enviarlas reunidas junto a la señorita Teresa. Fuele tanto más fácil hacerlo, ya que todavía temía apropiarse en el hermoso Félix un hijo ajeno. Tomolo en brazos y paseolo por la habitación; al niño le agradaba que lo levantaran hasta el espejo y, sin confesárselo, poníalo con gusto Guillermo delante de su alinde, tratando de descubrir las semejanzas que pudiera haber entre ellos. Si por un momento le parecían éstas altamente verosímiles, estrechaba al niño contra su pecho; pero de pronto se espantaba con el pensamiento de poder engañarse, colocaba al mozalbete en el suelo y lo dejaba correr.

-¡Oh! -exclamaba-, si llegara a considerar como propio este inapreciable tesoro y me fuera después arrebatado, sería el más desdichado de todos los hombres.

Habían partido los niños, y Guillermo quiso despedirse entonces solemnemente del teatro; pero comprendió que estaba ya despedido y que no tenía para qué volver a él. Ya no existía Mariana; sus dos espíritus guardianes se habían alejado y sus pensamientos corrían tras ellos. El bello chicuelo flotaba ante su imaginación como una figura vaga y deliciosa; veíalo de la mano de Teresa corriendo a través de campos y bosques, formándose al aire libre y junto a una libre y alegre compañera; Teresa había llegado a ser todavía mucho más valiosa para él desde que imaginaba que el niño estaba en su compañía. Hasta cuando se hallaba como espectador en el teatro, acordábase de ella con una sonrisa, y casi se hallaba ya en su caso de que las representaciones escénicas no le produjeran ninguna ilusión.

Serlo y Melina se mostraron extraordinariamente corteses con él tan pronto como notaron que no pretendía ya volver a ocupar su antiguo puesto. Parte del público deseaba verlo aparecer otra vez; hubiérale sido imposible hacerlo, y en la compañía nadie lo deseaba sino quizá madama Melina.

Al despedirse de esta amiga sintiose conmovido y le dijo:

-¿Por qué ha de jactarse el hombre de prometer ninguna cosa para lo por venir? No es capaz de cumplir ni lo más pequeño; no hay que decir cuando su propósito es cosa de significación. ¡Qué vergüenza siento cuando pienso en lo que les prometí a todos ustedes aquella noche desgraciada en que habíamos sido saqueados, y estábamos enfermos, afligidos y heridos en una miserable taberna! ¡Cómo alzaba entonces la desgracia mis ánimos y qué tesoro creía encontrar yo en mi buena voluntad! Ahora veo que de todo ello no ha resultado nada, nada en absoluto. Me separo de ustedes siendo deudor suyo, y mi única suerte es que nadie concede a mi promesa más valor del que merecía y que nadie ha vuelto a hacerme pensar en ella.

-No sea usted injusto consigo mismo -replicó, madama Melina-; si nadie reconoce ya lo que usted ha hecho por nosotros, basto yo para reconocerlo, pues nuestra situación habría sido muy otra si no le hubiéramos tenido a usted con nosotros. Ocurre con nuestros propósitos lo que con nuestros deseos: no parecen ya los mismos cuando están ejecutados, cuando están cumplidos, y creemos no haber hecho nada ni haber alcanzado cosa alguna.

-Con esas amistosas explicaciones -replicó Guillermo- no tranquilizará usted mi conciencia y siempre me consideraré como deudor suyo.

-También es posible que lo sea -respondió madama Melina-, pero no de la manera que usted se imagina. Consideramos como una deshonra no cumplir una promesa que hemos hecho con nuestros labios. ¡Oh amigo mío! Un hombre bueno siempre promete ya demasiado con su sola presencia. La confianza que provoca, el afecto que inspira, las esperanzas que suscita son ilimitadas; sin saberlo, se convierte en deudor y sigue siéndolo siempre. Adiós. Si nuestra posición exterior se ha restablecido muy dichosamente bajo la dirección de usted, su despedida origina un vacío en mi interior que no será fácil que vuelva a ser colmado.

Antes de partir de la ciudad todavía le escribió Guillermo una extensa carta a Werner. Cierto que habían cambiado algunas epístolas pero como no podían ponerse de acuerdo, habían dejado, por último, de escribirse. Ahora Guillermo se aproximaba otra vez a su amigo, tenía pensamiento de hacer lo que deseaba el otro, podía decirle: «Abandono el teatro y me junto con hombres cuyo trato tiene que conducirme, en todos sentidos, a una actividad más pura y firme». Preguntaba por el estado de su fortuna y parecíale ahora extraño no haberse preocupado en tanto tiempo de ella. No sabía que es propio de todos los hombres que conceden mucho valor a su interna formación descuidar en absoluto su posición externa. Guillermo se había encontrado en este caso; ahora, por primera vez, parecía notar que necesitaba exteriores medios de acción para actuar de modo permanente. Partió con muy otras ideas que la primera vez; las perspectivas que se le mostraban eran deliciosas, y por aquel camino esperaba llegar a encontrar alguna dicha para su vida.

Capítulo IX

Al llegar a los dominios de Lotario encontró grandes cambios. Yarno salió a su encuentro con la noticia de que había fallecido el tío y que Lotario se había puesto en camino para tomar posesión de los bienes de la herencia.

-Llega usted en el debido momento -le dijo- para ayudamos al abate y a mí. Lotario nos ha confiado las negociaciones para adquirir importantes dominios en estas cercanías. Es asunto que estaba ya preparado desde hace tiempo, y ahora, en el debido momento, encontramos dinero y crédito. Lo único que hacía cavilar sobre tal cuestión era que una casa de comercio de fuera abrigaba también intenciones respecto a dichos bienes; ahora estamos resueltos a hacer la operación de acuerdo con ella, pues de otro modo nos habría hecho subir el precio sin necesidad y sin motivo. Según parece, tenemos que vérnoslas con un hombre cauto. Estamos haciendo cálculos y proyectos; también hay que considerar en lo económico cómo pueden dividirse los dominios de modo que cada cual obtenga una hermosa propiedad.

Fuéronle presentados a Guillermo todos los papeles; consideraron las tierras de siembra, praderas y castillos, y aunque Yarno y el abate parecían entender muy bien el asunto, deseaba Guillermo que la señorita Teresa también pudiera haberse hallado en su compañía. Pasaron varios días en aquellos trabajos, y apenas tuvo tiempo Guillermo para referir sus aventuras y su dudosa paternidad a sus amigos, los cuales trataron con indiferencia y ligereza un asunto tan importante para él.

Había observado que diversas veces, en conversaciones familiares, a la mesa o en paseo, guardaban silencio los otros de repente o daban otro giro a su conversación, mostrando así, por lo menos, que tenían que realizar entre ellos diversas cosas que permanecían ocultas para Guillermo. Acordose de lo que había dicho Lidia, y tanto más creyó en ello, cuanto que todo un lado del castillo había sido siempre inaccesible para él. Hasta entonces había buscado en vano el camino y la entrada para ciertas galerías y en especial para la vieja torre que por fuera conocía tan bien.

Una noche díjole Yarno:

-Con tanta seguridad podemos considerarle a usted ahora como uno de los nuestros, que sería injusto no introducirlo más hondamente en nuestros secretos. Está bien que el hombre que acaba de entrar en el mundo cuente mucho consigo mismo, piense adquirir para sí muchas ventajas, procure hacer que todo le sea posible; pero si ya se encuentra en cierto grado de su desenvolvimiento, es conveniente que aprenda a perderse en una gran masa, que aprenda a vivir para otros y a olvidarse de sí mismo en el ejercicio de una regulada actividad. Sólo entonces aprende a conocerse a sí mismo, pues, realmente, es el trato con los demás lo que nos hace compararnos con ellos. Pronto sabrá usted cuál es el pequeño mundo que se encuentra en su proximidad y lo bien conocido que es en él; mañana temprano, antes de la salida del sol, esté usted vestido y dispuesto para seguirme.

Yarno vino a la hora fijada y lo llevó por conocidas y desconocidas habitaciones del castillo, después por algunas galerías y, por último, llegaron ante una gran puerta antigua que estaba sólidamente guarnecida de hierro. Yarno la golpeó; la puerta se entreabrió de modo que una persona pudiera deslizarse dentro. Yarno empujó a Guillermo para que

entrara, absteniéndose de seguirlo. Este se halló en un obscuro y estrecho lugar; a su alrededor reinaban las tinieblas, y si quería dar un paso hacia adelante chocaba ya cori el muro. Una voz, no del todo desconocida, le gritó:

-¡Entra!

Y sólo entonces observó que ambos lados del espacio en que se hallaba sólo estaban cerrados por tapices a través de los cuales brillaba una débil luz.

-¡Entra! -repitieron otra vez.

Levantó el tapiz y pasó al otro lado.

La sala en que ahora se hallaba parecía haber sido una capilla en otro tiempo; en vez de altar, alzábase una gran mesa cubierta con un tapete verde, en lo alto de una gradería; tras ella un telón corrido parecía cubrir un cuadro; en los muros laterales había unos armarios bellamente esculpidos, cerrados con finas alambreras, como los que suelen verse en las bibliotecas, sólo que en vez de libros contenían muchos rollos. No se encontraba nadie en la sala; el sol naciente penetraba por las ventanas de colores e iluminaba de frente a Guillermo saludándolo afectuosamente.

-¡Siéntate! -gritó una voz que parecía llegar desde el altar.

Guillermo sentose en un pequeño sillón que se alzaba junto al cancel de la entrada; no había ningún otro asiento en la habitación, y tuvo que conformarse con éste, aunque ya le cegaba el sol de la mañana; el asiento estaba sujeto al suelo y no pudo hacer otra cosa que ponerse la mano delante de los ojos.

Mientras tanto, con escaso rumor, abriéronse las cortinas de delante del altar y dejaron ver, dentro de un marco, un espacio obscuro y vacío. Presentose un hombre con traje corriente que lo saludó y le dijo:

-¿No me reconoce usted otra vez? Entre tantas cosas como querría usted saber, ¿no desearía también conocer dónde se encuentra actualmente la colección de obras de arte de su abuelo? ¿Ya no se acuerda usted del cuadro que tan atractivo era para usted? ¿Dónde es posible que languidezca actualmente el enfermo hijo de rey?

Guillermo reconoció fácilmente al extranjero que, en aquella noche tan importante, había conversado con él en la posada.

-Acaso -prosiguió el otro- podamos ahora ponernos de acuerdo sobre destino y carácter.

Guillermo quería responderle cuando el telón volvió a cerrarse rápidamente.

-Cosa extraña -díjose a sí mismo-; ¿acaso los acontecimientos fortuitos estarán en relación unos con otros? Lo que llamamos suerte, ¿será pura casualidad? ¿Dónde podrá hallarse la colección de mi abuelo? ¿Y por qué me la recuerdan en este solemne momento?

No tuvo tiempo para seguir pensando, pues volvió a abrirse el telón y alzose ante él un hombre en quien al punto reconoció al pastor protestante rural que había hecho con él y la divertida compañía una excursión por el río; se asemejaba al abate, aunque no pareciera ser la misma persona. Con rostro sereno y digna expresión comenzó a decir aquel hombre:

-El deber del educador de hombres no es defenderlos del error, sino dirigir a quien ha errado; hasta el dejarle que beba a plenos tragos su error viene a ser la prudencia del maestro. Quien no ha hecho más que mojar sus labios en el engaño, vive con él largo tiempo, goza de él como de una rara dicha; pero el que lo ha agotado por completo tiene que llegar a conocerlo, a menos de ser un insensato.

Volvió a cerrarse el telón y Guillermo tuvo tiempo para reflexionar.

-¿De qué error quiere hablar este hombre -díjose a sí mismo- sino del que me ha perseguido toda la vida cuando buscaba una cultura donde ninguna puede encontrarse y me figuraba poder adquirir un talento para el cual no poseía la menor disposición?

Abriose el telón aún con mayor rapidez; apareció un militar y dijo al pasar:

-Aprenda a conocer a los hombres en quienes se puede tener confianza.

La cortina se cerró de nuevo, y Guillermo no necesitó reflexionar largamente para reconocer en aquel militar al que le había abrazado en el parque del Conde y había sido culpable de que Yarno le hubiera parecido ser un reclutador. Cómo podía haber llegado hasta allí y quién era, era pleno enigma para Guillermo.

-Si tantos hombres se interesaban por ti, conocían el curso de tu vida y sabían lo que tendrías que hacer, ¿por qué no te dirigieron de modo más severo, de un modo más serio? ¿Por qué favorecieron tus juegos en vez de apartarte de ellos?

-¡No discutas con nosotros! -exclamó una voz-. Estás salvado y dirigido hacia tu fin. No te arrepentirás de ninguna de tus locuras y no desearás que vuelva ninguna de ellas; ningún hombre puede tener un destino más feliz.

Descorriose velozmente el telón y, cubierto con su armadura, apareció dentro del marco el viejo rey de Dinamarca.

-Soy el espíritu de tu padre -dijo la figura-, y me voy consolado porque mis deseos de tu bien están cumplidos aun en mayor grado de lo que deseaba yo mismo. A las comarcas escarpadas no se puede trepar más que dando rodeos; rectos caminos llevan por las llanuras de un lugar a otro. Adiós, y acuérdate de mí cuando goces de lo que te he preparado.

Guillermo estaba extremadamente emocionado; creía oír la voz de su padre y, sin embargo, tampoco lo era; hallose en la confusión más grande, por lo presente y por los recuerdos.

No pudo reflexionar mucho tiempo, porque entró el abate y se sentó detrás de la mesa verde.

-¡Acérquese usted! -gritole a su asombrado amigo.

Acercose éste y subió al estrado. Sobre el tapete había un pequeño rollo.

-Aquí está su carta de aprendizaje -dijo el abate-; medítela usted, pues tiene un importante contenido.

Guillermo la cogió en sus manos, abriola y leyó:

«CARTA DE APRENDIZAJE

»El arte es largo, la vida breve, el juicio difícil, la ocasión fugitiva. Hacer es fácil, pensar difícil; hacer según lo pensado es penoso. Todo principio es grato. El umbral es el puesto de la esperanza. El mozo se asombra, la impresión le determina, aprende jugando, lo serio le sorprende. La imitación es natural en nosotros; lo que hay que imitar no es fácil de conocer. Rara vez es hallado lo excelente, más rara vez apreciado. La altura nos atrae, no los grados para llegar a ella; con los ojos en la cumbre recorremos gustosos la llanura. Sólo una parte del arte puede ser aprendido, pero el artista necesita del arte todo entero. Quien lo conoce a medias está siempre perdido y habla mucho; quien lo posee por completo, actúa y habla pocas veces o nunca. Los primeros no tienen secretos ni fuerza; su doctrina es como el pan cocido, sabroso y nutritivo para un día; pero no se puede sembrar la harina, y la simiente no debe ser molida. Las palabras son buenas, pero no son lo mejor. Lo mejor no se explica con las palabras. El espíritu que nos hace actuar es el más alto. La acción sólo es comprendida y reproducida por el espíritu. Nadie sabe lo que hace cuando procede rectamente, pero siempre tenemos conciencia de lo indebido. El que no actúa más que por medio de signos es un pedante, un hipócrita o un chapucero. Hay muchos de éstos y se entienden bien unos con otros. Su charla aleja al discípulo y su terca medianía angustia a los mejores. La enseñanza del verdadero artista revela el sentido, pues donde faltan palabras habla la acción. El auténtico discípulo aprende a deducir lo desconocido de lo conocido y se acerca así al maestro».

-Basta -dijo el abate-; el resto, a su debido tiempo. Ahora recorra usted con la vista estos armarios.

Acercose Guillermo y leyó los rótulos de los rollos. Con admiración encontró colocados allí los años de aprendizaje de Lotario, los años de aprendizaje de Yarno y los suyos propios, entro otros muchos cuyos nombres le eran desconocidos.

-¿Puedo esperar que alguna vez podré examinar esos rollos?

-Ahora ya no hay nada cerrado para usted en esta habitación.

-¿Me es permitido hacer una pregunta?

-Sin vacilar; y puede usted esperar una respuesta decisiva si se trata de algo que le afecte, que importe mucho a su corazón y que deba importarle.

-Pues bien; ¡oh vosotros, hombres singulares y prudentes, cuya vista penetra tantos secretos!, ¿podéis decirme si Félix es realmente mi hijo?

-¡Dichoso usted por hacer esa pregunta! -exclamó el abate, batiendo palmas de alegría-. Félix es su hijo. Por lo más sagrado que está oculto entre nosotros le juro que Félix es su hijo, y por sus sentimientos, su difunta madre no era indigna de usted. Reciba de nuestras manos a la querida criatura, vuélvase usted y atrévase a ser dichoso.

Guillermo oyó un rumor tras sí, dio la vuelta y vio un malicioso rostro infantil que curioseaba por entre los tapices de la entrada: era Félix. El mozuelo escondiose al punto bromeando, después de haber sido visto.

-¡Déjate ver! -exclamó el abate.

Entró corriendo; su padre se precipitó a su encuentro, cogiolo en brazos y lo estrechó contra su corazón.

-Sí -exclamó-, conozco que eres mío. ¡Qué don celestial tengo que agradecer a mis amigos! ¿De dónde vienes, hijo mío, para llegar precisamente en tal momento?

-No pregunte usted -dijo el abate-. Dichoso tú, joven: tus años de aprendizaje están pasados; la Naturaleza te ha hecho libre.

Libro octavo

Capítulo primero

Félix había corrido al jardín; Guillermo lo seguía con entusiasmo; la más bella mañana mostraba en cada objeto nuevos encantos y Guillermo gozó de un dichosísimo instante. El mundo, libre y magnífico, era cosa nueva para Félix, y su padre no conocía mucho mejor las cosas por las que preguntaba el niño repetida e infatigablemente. Juntáronse por último al jardinero, quien tuvo que referirles el nombre y usos de diversas plantas; Guillermo veía la Naturaleza a través de un nuevo órgano, y la curiosidad, el afán de saber del niño hiciéronle comprender por vez primera qué débil interés había tomado por las cosas exteriores y lo poco que conocía y sabía de ellas. En aquel día, el más alegre de su vida, pareció comenzar también su propia educación; sentía la necesidad de instruirse al ser llamado a enseñar.

Yarno y el abate no habían vuelto a dejarse ver; regresaron por la noche y trajeron consigo a un forastero. Guillermo fue con asombro a su encuentro, no quería creer a sus

ojos. Era Werner, quien también vaciló un momento antes de reconocerle. Ambos se abrazaron del modo más tierno y no pudieron ocultar que se encontraban mutuamente cambiados. Werner afirmaba que su amigo se había hecho mayor, más fuerte, más derecho, mejor formado en toda su persona y más agradable de modales.

-Sólo echo de menos algo de su antigua cordialidad -añadió.

-Ya volverá a aparecer cuando nos hayamos repuesto de la primera sorpresa -dijo Guillermo.

Werner estaba muy lejos de haber hecho sobre Guillermo una impresión igualmente favorable. El buen hombre más bien parecía haber marchado hacia atrás que hacia adelante. Estaba mucho más flaco que antes: su agudo rostro parecía ser más afilado, su nariz más larga, su frente y su cráneo estaban desprovistos de cabellos, su voz era aguda, violenta y chillona, y su pecho hundido; sus hombros encorvados, sus mejillas descoloridas no dejaban duda alguna de que se hallaba uno en presencia de un industrioso hipocondríaco.

Guillermo fue lo bastante discreto para explicarse con mucha reserva sobre aquellos grandes cambios, mientras que, por el contrario, el otro daba pleno curso a su amistosa alegría.

-Verdaderamente -exclamó-, si has empleado mal tu tiempo, y como sospecho no has ganado nada, te has hecho, en cambio, una personilla que puede y debe labrar su propia dicha; pero no pierdas el tiempo ni dilapides otra vez el dinero; con esa figura tienes que adquirirnos una rica y bella heredera.

-Nunca negarás tu carácter -repuso Guillermo sonriendo-. Apenas vuelves a encontrar a tu amigo al cabo de largo tiempo, cuando ya lo consideras como una mercancía, como objeto de tus especulaciones con el cual puede ganarse algo.

Yarno y el abate no parecieron en modo alguno sorprendidos de este reconocimiento y dejaron que ambos amigos se explayaran a su gusto sobre el pasado y el presente. Werner daba vueltas en torno a su amigo, lo hacía girar de un lado a otro, de modo que casi llegó a molestarlo.

-No, no -exclamaba-; nunca me ha ocurrido nada análogo, y, sin embargo, bien sé que no me equivoco. Tus ojos se han hecho más profundos, tu frente más ancha, tu nariz más fina y tu boca más amable. ¡Miren ustedes cómo se mantiene en pie! ¡Cómo todo ello concierta y se acomoda! ¡Oh, cómo hace prosperar la pereza! Mientras que yo, pobre diablo... -Mirose entonces a un espejo-. Si en este tiempo no hubiera ganado mucho dinero, habría que convenir en que no servía para nada.

Werner no había recibido la última carta de Guillermo; estaba asociado con la casa mercantil extranjera con la que Lotario se proponía comprar en común aquellos dominios. Este asunto era lo que llevaba allí a Werner; no tenía ni la menor sospecha de que encontraría en su camino a Guillermo. Vino el escribano, fueron mostrados los documentos y Werner encontró que eran justas las proposiciones.

-Si, como parece, tienen ustedes interés por este joven -les dijo-, cuiden ustedes mismos de que no sea muy rebajada nuestra parte; pues no dependerá más que de mi amigo el tomar para sí esas fincas empleando en ellas parte de su fortuna.

Yarno y el abate aseguraron que no era necesaria aquella advertencia. Apenas estuvo convenido, en general, el asunto, cuando Werner sintió deseos de jugar una partida de hombre, a lo cual al instante Yarno y el abate se prestaron; estaba habituado a ello y no podía pasar una noche sin juego.

Cuando ambos amigos se encontraron solos después de la cena se interrogaron y charlaron muy vivamente sobre todo lo que deseaban comunicarse. Guillermo alabó su posición y la dicha de ser admitido entre tan excelentes personas. Por el contrario, Werner meneó la cabeza y dijo:

-No debería uno creer nunca cosa alguna si no la ve por sus propios ojos. Más de un oficioso amigo me ha asegurado que vivías con un joven hidalgo licencioso, que le procurabas comediantas, le ayudabas a agotar su dinero y eras culpable de que estuviera disgustado con toda su familia.

-Me enojaría, por estas buenas gentes y por mí -repuso Guillermo-, el ser tan mal conocido, si mi carrera dramática no me hubiera hecho indiferente a toda murmuración. ¡Cómo podrán las gentes juzgar nuestras acciones, ya que nunca se les presentan sino aisladas y por fragmentos, y sólo ven de ellas la parte más pequeña, porque lo bueno y lo malo se operan en lo secreto, y, en general, lo que sale a luz no es más que una indiferente apariencia! Tráiganseles comediantas y comediantes y muéstrenseles sobre un tablado, enciéndanse luces por todas partes, que toda la obra quede representada en muy pocas horas, y, sin embargo, rara vez hay alguien que sepa propiamente lo que debe pensar acerca de ella.

Pasó después a preguntas sobre su familia, amigos de la niñez y la ciudad natal. Werner se apresuró a referirle los cambios que se habían hecho, lo que subsistía aún de lo antiguo y lo que había ocurrido en aquel tiempo.

-Las señoras de la casa -dijo- están alegres y son felices; nunca les falta dinero. La mitad del tiempo lo pasan en componerse y la otra mitad en dejarse ver compuestas. Gobiernan la casa todo lo que es preciso. Mis hijos se manifiestan como chicos despejados. Con los ojos del espíritu véolos ya sentarse ante el pupitre y escribir, calcular, correr de un lado a otro, regatear y comprar; cada uno de ellos, tan pronto como sea posible, tendrá su propia industria aparte, y, en lo que se refiere a nuestra fortuna, verás cosas que te serán gratas. Cuando hayamos terminado con el asunto de las fincas tienes que venir en seguida conmigo a casa, pues parece que podrás intervenir en los asuntos mercantiles con alguna inteligencia. Tus nuevos amigos merecen toda alabanza por haberte traído a camino recto. Soy un botarate y sólo ahora advierto cuánto te quiero al no poder sentirme nunca harto de contemplarte, admirando lo bien que te encuentras. Tienes, pues, una figura muy diferente de la que mostrabas en el retrato que enviaste una vez a tu hermana y acerca del cual hubo gran discusión en casa. Madre e hija encontraban encantador a aquel caballerete con el

pescuezo al aire, pecho casi descubierto, gran cuello, cabellos flotantes, sombrero redondo, chaleco corto y un largo pantalón bamboleante, mientras que yo afirmaba que tal traje no estaba ni a dos dedos del de un payaso. Ahora te presentas como un hombre; no te falta más que coleta, en la que te ruego que sueltes tus cabellos; si no, en tus viajes van a tomarte por judío y te exigirán peajes y escolta.

Mientras tanto, Félix había entrado en el cuarto y, sin que le prestaran atención, se había tendido en el canapé, quedándose dormido.

-¿Quién es ese bichillo? -preguntó Werner.

Por el momento, Guillermo no tuvo valor para decir la verdad ni gusto para referir una ambigua historia a aquel hombre, que por su natural no tenía nada de crédulo.

Toda la compañía dirigiose después hacia los dominios para examinarlos y cerrar tratos. Guillermo no apartaba a Félix de su lado, y, por el niño, alegrábase mucho de la posesión que lo esperaba. La avidez del niño por las cerezas y fresas que pronto estarían maduras recordábanle los tiempos de su niñez y hacíanle pensar en los múltiples deberes de un padre para buscar el bienestar de los suyos, procurárselo y conservárselo. ¡Con qué interés consideraba los viveros y edificios! ¡Con qué vivacidad pensaba en reparar lo abandonado y renovar lo caído en ruinas! Ya no consideraba el mundo con ojos de ave de paso; un edificio no era ya para él como una choza de ramaje rápidamente armada que se sepa antes de que se la abandone. Todo lo que pensaba establecer debía desarrollarse para el niño y todo lo que quería fundar debía tener una duración de varias generaciones. En aquel sentido, estaban terminados sus años de aprendizaje, y, con los sentimientos de padre, había adquirido también todas las virtudes del ciudadano. Sentíalo así y nada podía igualarse con su alegría.

-¡Oh, inútil severidad de la moral! -exclamó-, ya que la Naturaleza nos forma de su amable manera para todo lo que debemos ser. ¡Oh extrañas pretensiones de la sociedad burguesa, que primero nos confunden y extravían y después exigen más de nosotros que la propia Naturaleza! ¡Ay de toda educación que destruya los medios más eficaces para la educación verdadera y que nos muestre el término en lugar de hacernos felices por el camino!

Por muchas cosas que hubiera visto ya en su vida, parecíale que sólo observando al niño se hacía claro para él el conocimiento de la naturaleza humana. El teatro, como el mundo, sólo había sido para él como cierto número de dados lanzados el aire, cada uno de los cuales, en su superficie, lleva una cifra mayor o menor, pero formando siempre una suma igual todos reunidos. Mas ahora podría decirse que el niño era para él como un dado único en cuyas múltiples caras estaban grabadas claramente las cualidades y defectos de la naturaleza humana.

Aumentaba de día en día en el niño su afán de distinguir las cosas. Una vez que hubo sabido que los objetos tenían nombre, quería oír el nombre de todos; no creía otra cosa sino que su padre tenía que saberlo todo; abrumábalo a preguntas y dábale ocasión para informarse sobre cosas a las que siempre había prestado poca atención hasta entonces.

También se mostró tempranamente en el niño el natural impulso de saber la procedencia y fin de las cosas. Cuando preguntaba de dónde venía el viento y adónde iba la llama, era por primera vez sensible para su padre su propia limitación; deseaba conocer hasta qué punto se atreve a elevarse el hombre con sus pensamientos y de qué cosas podía esperar que llegaría a darse cuenta, para sí y para los otros. La cólera del niño cuando veía que se hacía injusticia a algún ser vivo alegraba en extremo al padre, como signo de corazón excelente. El niño golpeaba vivamente cierta vez a la moza de cocina porque había matado algunas palomas. Pero esta hermosa idea pronto volvió a ser destruida cuando vio al muchacho que mataba ranas sin piedad y destrozaba mariposas. Este rasgo hízole pensar en tantos hombres que parecen muy justos mientras están sin pasión y observan las ajenas acciones.

Esta grata sensación de que el mozuelo ejercía una bella y auténtica influencia sobre su propio ser quedó un momento turbada al observar Guillermo que realmente más le educaba el niño a él que él al niño. No tenía nada que censurar en la criatura, no se hallaba en situación de imponerle una dirección que él no poseía, y hasta los caprichos, contra los que tanto se había esforzado Aurelia, habían vuelto a recobrar todos sus antiguos derechos después de la muerte de aquella amiga. Todavía seguía el niño dejando las puertas abiertas; todavía no quería comer lo que le había sido servido en el plato, y nunca era mayor su satisfacción que cuando se toleraba que cogiera sus bocados directamente de la fuente, que dejara intacto su vaso y bebiera de la botella. Era también delicioso cuando se ponía en un rincón con un libro en la mano y decía muy seriamente: «Tengo que estudiar mi lección», aunque estuviera aún muy lejos de poder ni querer distinguir las letras.

Si reflexionaba Guillermo en lo poco que había hecho hasta entonces por el niño y en lo poco que era capaz de hacer, producíase en él una inquietud que era capaz de contrapesar toda su dicha.

-¿Somos innatamente tan egoístas los varones -se decía-, que nos es imposible ocuparnos de otro ser aparte de nosotros? ¿No estoy en camino de llegar a hacer con el niño lo mismo que hice con Mignon? Atraje a la querida criatura, gocé de su presencia, y, sin embargo, la descuidé del modo más cruel. ¿Qué hice por su instrucción, aunque con tanta ansia aspiraba ella a saber? ¡Nada! La abandoné a sí misma y a todos los azares a que podía estar expuesta en una sociedad de gentes mal educadas; y en cuanto a este mozuelo que tanto atrajo tu atención antes de que pudiera llegar a serte querido, ¿te mandó nunca tu corazón que hicieras lo más mínimo por él? Ya no es tiempo de que dilapides tus propios años y los ajenos; recógete en ti mismo y piensa en lo que tienes que hacer por la buena criatura que tan firmemente ha ligado contigo la Naturaleza y el cariño.

A la verdad, este monólogo no era más que un preámbulo para decirse que había ya reflexionado, cavilado, buscado y elegido; no podía vacilar más tiempo en confesárselo a sí mismo. Después de tantos vanos y repetidos dolores por la pérdida de Mariana, sentía ahora claramente que tenía que buscar una madre para el muchacho, y que en nadie la encontraría con más seguridad que en Teresa. Conocía por completo a aquella dama excelente. Aquella esposa y compañera parecía ser la única a quien pudiera confiar el cuidado de su persona y de la de los suyos. El noble afecto de Teresa hacia Lotario no le daba que pensar. Estaban para siempre separados por un extraño destino; Teresa considerábase como libre y había

hablado de casarse, cierto que con indiferencia, pero como de una cosa perfectamente natural.

Después de haber meditado entre sí largo tiempo, propúsose decirle cuanto supiera de sí mismo. Ella debía llegar a conocerlo como la conocía él a ella, y entonces comenzó a recordar su propia historia; parecíale tan vacía de acontecimientos, y, en su conjunto, tan poco favorable para él aquella confesión, que más de una vez estuvo a punto de renunciar a su propósito. Por último, resolviose a pedir a Yarno que sacara de la torre el rollo de sus años de aprendizaje. Este le dijo:

-Es el debido momento -y se lo entregó a Guillermo.

No deja de experimentar un sentimiento de terror todo hombre noble y de conciencia que está a punto de recibir luces acerca de sí mismo. Todas las transiciones son crisis, y la crisis, ¿no es una enfermedad? De qué mala gana se acerca uno al espejo después de haber estado enfermo. Siente uno su mejoría, y, no obstante, sólo ve el efecto del pasado mal. Mientras tanto, Guillermo estaba ya bastante preparado; las circunstancias le habían hablado ya vivamente, sus amigos no habían gastado miramientos con él, y aunque desarrolló el pergamino con cierta precipitación, fue tranquilizándose según iba avanzando en su lectura. Encontró una exacta historia de su vida, trazada a grandes y agudos rasgos; ni sucesos nimios ni estrechos sentimientos confundían su mirada; bondadosas consideraciones generales lo dirigían sin avergonzarlo, y por primera vez vio su imagen fuera de sí mismo, cierto que no como un segundo yo en un espejo, sino como un otro yo en un retrato: no se reconoce uno a la verdad en todos los rasgos, pero alégrase de que un espíritu pensante nos haya comprendido, de que un gran talento haya querido representarnos, y todavía subsista una imagen de lo que fuimos que podrá durar mayor tiempo que nosotros.

Guillermo ocupose entonces en redactar para Teresa la historia de su vida, habiendo evocado en su memoria todas las circunstancias por medio de aquel manuscrito, y casi se avergonzaba de no tener que aducir, frente a las grandes virtudes de aquella mujer, nada que pudiera atestiguar una bien dirigida actividad. Cuanto más circunstanciado fue su relato, tanto más brevemente redactó la carta que le dirigió con él; pedíale su amistad, su amor si era posible; ofrecíale su mano y le suplicaba una pronta decisión.

Después de algunas vacilaciones internas sobre si debería aconsejarse primero con sus amigos, Yarno y el abate, acerca de aquella importante cuestión, optó finalmente por guardar silencio. Estaba harto firmemente decidido; el asunto era demasiado importante para él para que todavía hubiera podido someterlo al juicio del más sensato y del mejor de los hombres; hasta empleó la precaución de llevar él mismo su carta hasta la más próxima oficina de correos. Acaso habíale producido cierto desagradable sentimiento la idea de que en tantas circunstancias de su vida, en que creía proceder libre y secretamente, había sido observado y hasta dirigido, como se le manifestaba de modo claro por lo escrito en el pergamino, que ahora, por lo menos, quería hablar con Teresa de corazón a corazón, y deber a su arbitrio y resolución el destino de su vida, con lo que no se hizo escrúpulo alguno de burlar a sus guardianes y vigilantes, siquiera en aquel importante asunto.

Capítulo II

Apenas fue expedida la carta cuando estuvo de regreso Lotario. Todos celebraban poder ver pronto arreglados y concluidos los importantes asuntos dispuestos, y Guillermo esperaba con ansiedad cómo se volverían a anudar en parte, y en parte serían cortados, tantos hilos de los que debían determinar su propia situación en lo porvenir. Lotario los saludó a todos del mejor modo; estaba completamente restablecido y alegre; tenía el aspecto de un hombre que sabe lo que debe realizar y a quien nada se opone en el camino de todo lo que quiere hacer.

Guillermo no pudo corresponder a su cordial saludo.

-Este es el amigo, el amado, el novio de Teresa, en cuyo puesto quieres tú suplantarlo -tuvo que decirse a sí mismo-. ¿Crees tú, pues, que nunca podrás extinguir o borrar la impresión que él ha dejado?

Si la carta no hubiera sido todavía enviada, acaso no se habría atrevido a remitirla. Pero, felizmente, el dado estaba ya echado; acaso Teresa estaba ya decidida, y sólo la distancia, con sus velos, cubría todavía una feliz terminación. Ganancia o pérdida, habían de resolverse prontamente. Trató de tranquilizarse mediante todas estas consideraciones, y, no obstante, los movimientos de su corazón eran casi febriles. Sólo podía conceder una escasa atención al importante asunto de que en cierto modo dependía el destino de toda su fortuna. ¡Ay, en momentos apasionados, qué insignificante le parece al ser humano todo lo que le rodea, todo lo que le pertenece!

Por dicha suya, Lotario trató en grande el asunto y Werner con facilidad. En su violento afán de ganancias, éste experimentaba una viva alegría por la adquisición de la hermosa propiedad que debía ser suya, o, más bien, de su amigo. Lotario, por su parte, parecía hacerse muy otras consideraciones.

-No me alegro tanto de la posesión -dijo- como de su legitimidad.

-¡Cómo! ¡En nombre del cielo! -exclamó Werner-. Esta propiedad nuestra, ¿no será bastante legítima?

-No del todo -respondió Lotario.

-¿No damos por ella nuestro buen dinero?

-Exacto -dijo Lotario-; y por ello acaso considere usted como vano escrúpulo lo que tengo que recordarle. A mí no me parece del todo legítima, del todo pura, ninguna propiedad que no contribuye a pagar al Estado su parte de deuda.

-¿Qué dice usted? -exclamó Werner-. ¿Preferiría usted, por tanto, que nuestras tierras, compradas como libres, estuvieran sometidas a impuestos?

-Sí, en cierto grado -respondió Lotario-; pues únicamente de esta igualdad con todas las restantes posesiones se origina la seguridad de la propiedad. En los tiempos nuevos, en que tantos conceptos tienen que vacilar, ¿dónde tiene el principal motivo el labrador para considerar la propiedad de la nobleza como menos fundamentada que la suya? Sólo en que aquélla no está gravada y ésta lo está.

-¿Pero qué ocurrirá entonces con las rentas de nuestro capital? -repuso Werner.

-Nada malo -dijo Lotario-, si el Estado, a cambio de un impuesto regular y equitativo, nos dispensa de nimiedades feudales y nos permite disponer a nuestro antojo de nuestros dominios de modo que no tengamos que agruparlos en tan grandes masas, y podamos repartirlos por igual entre nuestros hijos para asegurar a todos una viva y libre actividad, en lugar de legarles privilegios, restrictivos y restringidos, para disfrutar de los cuales siempre tenemos que evocar el espíritu de nuestros antepasados. ¡Cuánto más felices serían hombres y mujeres si miraran a su alrededor con libres ojos, y si, con su elección, sin otras consideraciones, pudieran elevar hasta su altura, ya a una digna muchacha, ya a un excelente mancebo! El Estado tendría más ciudadanos, y acaso mejores, y no carecería con tanta frecuencia de cabezas y manos.

-Puedo asegurarle -dijo Werner- que en mi vida entera jamás pensé en el Estado; sólo he pagado mis contribuciones, aduanas y derechos de escolta porque es así costumbre.

-Pues bien -dijo Lotario-; todavía espero hacer de usted un buen patriota; pues lo mismo que a la mesa un buen padre sirve siempre a sus hijos antes que a sí, igual ocurre con un buen ciudadano, el cual, antes de todos los otros gastos, pone aparte lo que tiene que tributar al Estado.

Estas consideraciones generales no paralizaban la marcha de sus asuntos particulares, sino que más bien la aceleraban. Cuando estuvieron ya casi terminados, díjole Lotario a Guillermo:

-Tengo que enviarle a usted ahora a un lugar donde es más necesario que aquí: mi hermana le suplica que vaya junto a ella tan pronto como le sea posible; la pobre Mignon parece consumirse y se cree que quizá su presencia pueda todavía detener el mal. Mi hermana me ha enviado además esta esquela por la que puede ver usted cuánto le interesa el asunto.

Lotario le tendió un papel. Guillermo, que ya lo había escuchado con la mayor confusión, reconoció al instante en aquellos fugitivos trazos de lápiz la letra de la condesa y no supo lo que debía responder.

-Lleve usted consigo a Félix -dijo Lotario-, a fin de que los niños se diviertan mutuamente. Tendrá usted que salir mañana temprano; el coche de mi hermana, en el que han venido mis servidores, está aquí todavía; le daré a usted caballos hasta mitad de camino; después tómelos usted en la posta. Adiós, y dé usted muchos saludos de mi parte. Dígale a mi hermana que pronto volveré a verla, y que, en todo caso, debe prepararse para

recibir algunos huéspedes. El amigo de nuestro tío abuelo, el marchese Cipriani, está en camino para venir a nuestro país; aún espera encontrar con vida al anciano y deberían divertirse juntos con el recuerdo de sus antiguas relaciones y gozar de su común afición al arte. El marqués es mucho más joven que mi tío y le debe la mejor parte de su educación; tenemos ahora que emplear todas nuestras fuerzas para llenar hasta cierto punto el vacío que habrá de encontrar, y sólo podremos conseguirlo del mejor modo apelando al recurso de reunir en torno suyo una gran sociedad.

Después de ello, Lotario se retiró a su habitación con el abate. Yarno se había marchado ya antes a caballo: Guillermo corrió a su cuarto; no tenía nadie a quien confiarse, nadie a quien hubiera podido dirigirse antes de dar un paso que le producía tanto temor. Entró el joven sirviente y solicitó permiso para hacer el equipaje porque querían cargar el coche aquella noche misma para ponerse en camino al romper el alba. Guillermo no sabía lo que resolver; por fin se dijo:

-Debes comenzar por salir de esta casa; ya deliberarás por el camino sobre lo que hay que hacer, y, en todo caso, te quedarás, o puedes quedarte, a mitad de camino, envías desde allí un mensajero, escribes lo que no te atreves a decir y ocurra después lo que quiera.

A pesar de esta resolución, pasó en vela la noche; sólo el contemplar a Félix, tan bellamente dormido, le dio algunos ánimos.

-¡Oh! -exclamó-. ¡Quién sabe qué pruebas me esperan todavía; quién sabe cuánto me atormentarán aún las faltas cometidas; cuántas veces habrán de salirme mal planes de porvenir buenos y sabios! Pero ¡consérvame este tesoro que por fin poseo, destino piadoso o despiadado! Si fuera posible que esta mejor parte de mí mismo fuera destruida antes de serlo yo, que este corazón de mi corazón me fuera arrebatado, entonces, adiós razón y prudencia, adiós cuidado y cautela, adiós instinto de conservación. Perdería todo lo que nos diferencia de los animales, y si no es permitido terminar voluntariamente nuestros tristes días, que una pronta locura me arrebate la conciencia, antes de que la muerte, que la destruye para siempre, traiga su larga noche.

Guillermo cogió al niño en sus brazos, lo besó, lo estrechó contra sí y vertió sobre él abundantes lágrimas. Despertose el niño. Sus serenos ojos, su apacible mirada conmovieron al padre hasta lo más hondo.

-Qué escena me espera -exclamó- si tengo que presentarte a la hermosa y desdichada condesa; si debe estrecharte ella contra su pecho, tan profundamente herido por tu padre. ¿No tengo que temer que te rechace de su lado con un grito, tan pronto como tu contacto renueve su dolor real e imaginario?

El cochero no le dejó tiempo para seguir reflexionando o eligiendo; obligole a montar en el coche antes del día. Envolvió bien en una capa a su Félix; la mañana era fría, pero alegre; el niño vio, por primera vez en su vida, la salida del sol. Su asombro ante los primeros arreboles de la mañana, ante la creciente fuerza de la luz; su alegría y sus singulares observaciones encantaron al padre y le permitieron lanzar una mirada dentro de aquel

corazón, en cuya presencia el sol se elevaba y se cernía como sobre un puro y tranquilo lago.

En una pequeña ciudad, el cochero desenganchó los caballos y regresó con ellos. Guillermo tomó al punto habitación en la posada y se preguntó si debía permanecer allí o seguir adelante. En esta indecisión, osó volver a sacar la esquelita que hasta entonces aún no se había atrevido a contemplar. Contenía las siguientes palabras: «Envíame pronto a tu joven amigo; más bien ha empeorado Mignon en estos dos últimos días. Por triste que sea la ocasión, me alegraré de conocerlo».

Estas últimas palabras no las había visto Guillermo a la primera ojeada. Espantose de ellas y al instante resolvió que no quería ir adelante.

-¿Cómo? -exclamó-. Lotario, que conoce la situación, ¿no le ha descubierto quién soy yo? No es que espere, con ánimo tranquilo, a un conocido a quien preferiría no volver a ver; aguarda a un extraño y me presentaré yo en su lugar. La veo retroceder espantada, la veo ruborizarse. No; me es imposible afrontar tal escena.

Acababan precisamente de sacar los caballos y de engancharlos; Guillermo estaba decidido a descargar sus equipajes y a quedarse allí. Hallábase en la mayor agitación. Al oír a una moza que subía la escalera para decirle que todo estaba dispuesto, buscó rápidamente una causa que la obligara a quedarse y sus miradas se posaron distraídamente en la esquela que tenía en la mano.

-¡Cielo santo! ¿Qué es esto? -exclamó-. ¡Esta no es la letra de la condesa! ¡Es la letra de la amazona!

Entró la moza, rogole que bajara y llevó a Félix consigo.

-¿Es esto posible? -exclamó Guillermo-. ¿Es verdad esto? ¿Qué debo hacer? ¿Quedarme y esperar las explicaciones, o correr, correr cuanto pueda y precipitarme hacia un desenlace? Te encuentras en camino para ir a su lado, y ¿puedes vacilar? Debes verla esta noche y ¿quieres encerrarte voluntariamente en esta prisión? ¡Es su letra, sí, lo es! Esta mano te llama; su coche está enganchado para conducirte a ella; ahora se resuelve el enigma. Lotario tiene dos hermanas. Sabe mis relaciones con la una; es desconocido para él de cuánto soy deudor a la otra. Tampoco ella sabe que el vagabundo herido que la debe, si no su vida, por lo menos la salud, ha sido admitido bondadosamente en casa de su hermano y de modo tan inmerecido.

Félix, que se balanceaba abajo en el coche, exclamó:

-¡Ven ven, padre! Mira las hermosas nubes, los bellos colores.

-Sí, ya voy -exclamó Guillermo, bajando a saltos la escalera-; y todas las maravillas del cielo que tú, buen niño, todavía admiras tanto, no son nada al lado del espectáculo que yo espero.

Sentándose en el coche, evocó en su memoria todas las circunstancias.

-Por tanto, ésta es también la Natalia amiga de Teresa. ¡Qué descubrimiento! ¡Qué esperanza y qué perspectiva! ¡Qué extraño que el temor de oír hablar de una hermana haya podido ocultarme por completo la existencia de la otra!

Con qué alegría miró a su Félix; esperaba la mejor acogida tanto para el niño como para sí.

Acercábase la noche, el sol se había puesto, el camino no era de los mejores, el postillón avanzaba lentamente. Félix se había dormido y nuevas dudas y cuidados se suscitaron en el pecho de nuestro amigo.

-¿Qué locuras, qué ilusiones te han dominado? -se dijo-. Una incierta semejanza de la letra te tranquiliza de repente y te da ocasión para imaginar la fábula más maravillosa.

Volvió a sacar la esquela y a la menguante luz del día creyó volver a reconocer la escritura de la condesa; sus ojos no podían ya encontrar en detalle lo que su corazón le había revelado de repente ante el conjunto.

-Por tanto, estos caballos te llevan hacia una escena espantosa. ¿Quién sabe si dentro de pocas horas no volverán a traerte de nuevo? Y ¡aún menos mal si la encontraras sola!; pero acaso esté presente el marido, acaso lo esté la baronesa. ¡Qué cambiada la encontraré! ¿Podré sostenerme en pie ante ella?

Sólo una débil esperanza de ir al encuentro de su amazona podía aún brillar a veces en medio de sus sombrías imaginaciones. Había anochecido; el coche hizo ruido al rodar sobre el pavimento de un patio y se detuvo; un criado con un gran cirio salió de un magnífico portal y descendió la ancha escalinata hasta el coche.

-Hace ya mucho que se le espera -dijo al abrir el cuero de la portezuela.

Guillermo, después de haberse apeado, cogió en brazos al dormido Félix, y el primer sirviente gritole a un segundo, que se hallaba con una luz a la puerta:

-Conduce al punto al señor junto a la baronesa.

Como un relámpago surcó este pensamiento por el alma de Guillermo:

-¡Qué dicha! Ya intencionadamente o ya por casualidad, hállase aquí la baronesa. La veré a ella primero. Probablemente duerme ya la condesa. ¡Socorredme, espíritus benévolos, para que pase de modo tolerable estos instantes de gran confusión!

Penetró en la casa y se encontró, a su parecer, en el lugar más severo y santo que jamás hubiera pisado. Una deslumbradora lámpara colgante iluminaba una ancha y suave escalera que se tendía ante él, y que, en lo alto, se dividía en dos brazos. Estatuas y bustos de mármol hallábanse colocados en pedestales y nichos; algunos le parecieron conocidos. Las

impresiones de la niñez no se extinguen ni aun en sus más pequeños detalles. Reconoció una musa que había pertenecido a su abuelo, cierto que no por su figura ni por su mérito, sino por un brazo restaurado y ciertos trozos añadidos en el ropaje. Era como si viviera en una fábula. El niño le pesaba; ronceó en los escalones y se arrodilló como si quisiera colocarlo de modo más cómodo, pero en realidad era que necesitaba de un instante para reponer su ánimo. Apenas pudo volver a levantarse. El criado, que le alumbraba, quiso cogerle al niño, pero Guillermo no fue capaz de apartarlo de sí. Después entró en la antesala, y, con asombro cada vez mayor, descubrió en la pared el tan conocido cuadro del príncipe enfermo. Apenas había tenido tiempo para lanzarle una mirada, cuando el criado le obligó a cruzar por algunas habitaciones y lo llevó a un gabinete. Allí, tras de una pantalla que le hacía sombra, estaba sentada y leyendo una dama.

-¡Oh, si fuera ella! -díjose Guillermo en aquel momento decisivo.

Puso en pie al niño, que parecía despertar, y quiso acercarse a la dama, pero el niño se cayó al suelo borracho de sueño y la dama se alzó y vino a su encuentro. ¡Era la amazona! No pudo mantenerse en pie Guillermo, postrose de hinojos y exclamó:

-¡Es ella! -cogiéndole la mano y besándosela con indecible encanto.

El niño estaba tendido sobre la alfombra entre ambos y dormía dulcemente.

Félix fue llevado al canapé; Natalia se sentó a su lado; díjole a Guillermo que ocupara un asiento que estaba allí vecino. Ofreciole algunos refrigerios, que él rechazó, ocupándose solamente en asegurarse de que era ella y en volver a contemplar detenidamente los rasgos de su semblante a la sombra de la pantalla y acabar de reconocerla por completo. Hablole ella, en general, de la enfermedad de Mignon, diciéndole que la niña iba, lentamente, siendo consumida por algunos sentimientos profundos; los cuales, al reprimirlos, dada su gran excitabilidad, hacían que su pobre corazón padeciera con frecuencia violentas y peligrosas convulsiones; que, algunas veces, aquel primer órgano vital se detenía de repente, por desconocidos movimientos del ánimo, y que no se podía advertir en el pecho de la buena niña ni la menor huella de un saludable latido vital; al pasar aquel congojoso desmayo, la vuelta de las fuerzas de la naturaleza exteriorizábase por medio de violentas pulsaciones que atormentaban por su exceso a la niña como antes había sufrido por su falta.

Acordose Guillermo de una escena análoga de convulsiones y Natalia se remitió a las palabras del médico, que hablaría más con él acerca del asunto y le expondría circunstanciadamente por qué se había hecho llamar al amigo y bienhechor de la niña.

-Encontrará usted en ella un extraño cambio -prosiguió diciendo Natalia-; ahora lleva traje de mujer, hacia el cual parece haber sentido tan gran horror en otro tiempo.

-¿Cómo logró usted eso? -dijo Guillermo.

-Si fuera una cosa deseable, sólo se la deberíamos a la casualidad. Oiga usted lo que ha ocurrido: Acaso sepa usted ya que siempre tengo a mi alrededor cierto número de muchachas cuyos ánimos trato de formar para lo bueno y lo justo mientras crecen a mi

lado. De mi boca no oyen nada sino lo que yo misma tengo por verdadero, pero no puedo ni quiero impedir que aprendan también diversas cosas de otras personas, que, aunque sean errores y prejuicios, gozan de curso y crédito en el mundo. Si me preguntan sobre tales cuestiones, siempre procuro, en cuanto sea posible, relacionar aquellas ideas, extrañas y falsas, con alguna justa, para de este modo hacerlas, si no útiles, por lo menos indiferentes. Hace ya algún tiempo que mis muchachas habían oído decir a los chicos de la aldea que los ángeles, el siervo Ruprecht y el Niño Jesús se presentaban en persona, en ciertos momentos, y traían regalos a los niños buenos y castigaban a los malos. Sospechaban que debían ser personas disfrazadas, idea que fortalecí en ellas, y sin meterme en muchas explicaciones, me propuse, en la ocasión primera, proporcionarles tal espectáculo. Ocurrió precisamente que se acercaba el cumpleaños de dos hermanas mellizas que siempre se habían conducido muy bien; prometí que aquella vez un ángel les traería un pequeño obsequio, cosa que tan bien merecida tenían. Estaban muy intrigadas con tal aparición. Había escogido a Mignon para representar aquel papel, y, en el día debido, fue dignamente vestida con una túnica larga, ligera y blanca No faltaba un dorado cinturón alrededor de su pecho ni una diadema análoga en los cabellos. Al principio quise prescindir de las alas; pero insistieron las doncellas que la vestían en ponerle un par de alas grandes, doradas, en las que querían mostrar toda su habilidad. Presentose, pues, de este modo esta maravillosa aparición en medio de las muchachas con una azucena en una mano y una cestita en la otra, y me sorprendió hasta a mí misma. «¡Ahí viene el ángel!» -les dije. Todas las niñas se hicieron atrás; por fin exclamaron: «¡Es Mignon!»; y, no obstante, no se atrevían a acercarse a la maravillosa figura. «Aquí están vuestros presentes» -dijo ella, tendiéndoles la canastilla. Reuniéronse a su alrededor, la observaban, la tocaban, la interrogaban. «¿Eres un ángel?» -preguntole una niña. «Quisiera serlo» -respondió Mignon. «¿Por qué llevas una azucena?» «¡Oh, si mi corazón fuera tan abierto y puro como ella, entonces sería dichosa!» «¿Cómo están hechas tus alas? Déjanos verlas». «Representan unas más hermosas todavía que aún no están desplegadas». Y de este modo respondía significativamente a las más inocentes y frívolas cuestiones. Cuando estuvo satisfecha la curiosidad de la reunión y comenzaba a debilitarse el efecto de aquella aparición quisieron volver a desnudarla. Ella no lo consintió, cogió su cítara, sentose aquí, en lo alto de esta mesa de escribir, y cantó una canción, con increíble suavidad.

Dejad que lo parezca hasta que lo sea; no me quitéis las blancas vestiduras. Huyo de la hermosa tierra y desciendo hacia aquella firme morada.

Descanso allí por breve tiempo; luego vuelven a abrirse mis renovadas pupilas, abandono entonces los puros velos, el cinturón y la guirnalda.

Y aquellas figuras celestiales no preguntan si soy hombre o mujer, y ningún vestido, ningún pliegue envuelve el cuerpo glorioso.

Cierto que viví sin cuidados ni trabajos, mas sentí dolores harto profundos; de pura pena envejecí temprano: haced que para siempre vuelva otra vez a ser joven.

-Resolvime en seguida -prosiguió Natalia- a dejarle el vestido y a proporcionarle además otros análogos con los que anda ahora, y, según me parece, imprimen a su ser una expresión muy diferente.

Como ya era tarde, Natalia despidió al recién llegado, que no se apartó de ella sin alguna perplejidad.

-¿Está casada o no? -pensaba entre sí mismo.

Cada vez que oía algún movimiento había temido que se abriera la puerta y entrara el marido. El sirviente que lo llevó a su habitación alejose con demasiada rapidez para que hubiera él podido tener la presencia de ánimo suficiente para preguntarle por aquella cuestión. La inquietud túvolo aún en vela durante cierto tiempo y se ocupó en comparar la imagen de la amazona con la de su nueva amiga presente. Todavía no coincidían una con otra; la primera, en cierto modo, había sido creada por él y ésta casi parecía querer transformarla.

Capítulo III

A la otra mañana, cuando todo estaba todavía silencioso y tranquilo, salió de su cuarto para examinar la casa. Era la edificación más pura, hermosa y noble que había visto jamás.

-Ocurre con el arte verdadero como con la buena sociedad -exclamó-; del modo más agradable nos obliga a reconocer el canon según el cual y por el cual nuestro ser interior fue formado.

Indeciblemente agradable fue la impresión que sobre él hicieron las estatuas y bustos de su abuelo. Lleno de ansiedad se dirigió rápidamente hacia la imagen del príncipe enfermo y siempre la encontró encantadora y emocionante. El criado le abrió otras diversas salas; encontró una biblioteca, una colección de historia natural, un gabinete de física. Sentíase muy ajeno a todos aquellos objetos. Mientras tanto, Félix se había despertado y corría tras él; preocupábale a Guillermo el pensamiento de cómo y cuándo recibiría carta de Teresa; temía el encuentro con Mignon y hasta cierto punto el de Natalia. ¡Qué distinta era su situación presente de la del momento en que había cerrado la carta de Teresa, y, con alegre ánimo, se había consagrado por completo a aquel noble ser!

Natalia hízole llamar para el almuerzo. Entró en una habitación, en la que diversas mozuelas, limpiamente vestidas, y todas, según parecía, de menos de diez años, ponían la mesa, mientras una persona de más edad traía diversas clases de manjares y bebidas.

Guillermo contempló atentamente un retrato que pendía sobre el canapé, y tuvo que reconocerlo como un retrato de Natalia, por muy poco que le satisfaciera. Acercose Natalia, y el parecido semejó desaparecer por completo.

Felizmente, la imagen tenía una cruz de canonesa sobre el pecho y otra igual se veía en el de Natalia.

-He contemplado este retrato -díjole Guillermo-, y me asombro de que un pintor pueda ser al mismo tiempo tan verdadero y tan falso. El retrato, en general, se le parece a usted mucho, y, no obstante, no son ni sus rasgos ni su expresión.

-Más bien hay que asombrarse -repuso Natalia- de que tenga tanta semejanza, pues no es retrato mío; es el retrato de una tía mía a quien ya me parecía, siendo ella de edad, cuando era yo una niña. Fue pintado, aproximadamente, cuando tenía mis años actuales, y en el primer momento todos creen verme a mí. Hubiera usted debido conocer a esta excelente persona. Le debo muchas cosas. Una salud muy débil, acaso demasiada inclinación a concentrarse en sí misma, y junto con ello, preocupaciones morales y religiosas, no le permitieron ser para el mundo lo que hubiera podido ser en otras circunstancias. Era una luz que sólo resplandecía para unos pocos amigos y para mí.

-¿Sería posible -repuso Guillermo después de haber reflexionado un momento, pareciendo hacerse cargo de pronto del concurso de tan diversas circunstancias-, sería posible que fuera tía suya aquella hermosa alma egregia, cuyas pacíficas confesiones también a mí me fueron comunicadas?

-¿Ha leído usted el cuaderno? -preguntó Natalia.

-Sí -repuso Guillermo-, con el mayor interés y no sin provecho para la totalidad de mi vida. Lo que más me sorprendió en ese escrito fue, por decirlo así, la pulcritud de existencia, no sólo suya, sino de todo lo que la rodeaba; aquella independencia de su carácter y la imposibilidad de admitir en sí cosa alguna que no estuviera en armonía con su ánimo noble y afectuoso.

-Pues es usted más equitativo -respondió Natalia-, y hasta debo decir que más justo, hacia aquel hermoso carácter que muchos otros a quienes también fue comunicado ese manuscrito. Todo hombre cultivado sabe cuánto tiene que luchar con ciertas rudezas en sí mismo y en los otros; cuánto le ha costado su educación, y cómo, sin embargo, en ciertos casos sólo piensan en sí mismo, olvidando lo que debe a los otros. Cuántas veces se reprocha al hombre bueno por no haber procedido con suficiente delicadeza, y, no obstante, cuando un hermoso carácter le inspira excesiva ternura, excesivos escrúpulos de conciencia y, hasta si se quiere, lo sobreeduca, ya no parece haber en el mundo ninguna indulgencia ni ninguna tolerancia para esta persona. Sin embargo, las gentes de esta especie son, fuera de nosotros, lo que son los ideales en nuestro interior: modelos, no para imitados, sino para que nos esforcemos por lograr nuestra perfección. Se ríe uno de la limpieza de las holandesas; pero ¿sería lo que es nuestra amiga Teresa si en su gobierno doméstico no flotara siempre ante su espíritu una idea semejante?

-Por tanto -exclamó Guillermo-, en la amiga de Teresa hallo ante mí a aquella Natalia tan cara al corazón de su valiosa pariente; a aquella Natalia que, desde su niñez, era tan compasiva, tan bondadosa y caritativa. Sólo en una familia como ésta podría haberse originado tal carácter. ¡Qué perspectivas se abren ante mí, ya que pude contemplar de una ojeada a sus antepasados y a todo el círculo a que usted pertenece!

-Sí -respondió Natalia-; en cierto sentido, no podría usted estar mejor informado de nuestra familia que por el relato de nuestra tía. Cierto que su cariño hacia mí le ha hecho hablar demasiado bien de aquella niña. Cuando se habla de un niño, nunca se expresa lo que realmente es, sino lo que de él se espera.

Guillermo había reflexionado rápidamente que también estaba enterado de la ascendencia y de la niñez de Lotario. La hermosa condesa presentósela como la niña que llevaba al cuello las perlas de su tía; también él había estado cerca de aquellas perlas cuando los tiernos labios amorosos de la dama se habían posado en los suyos; trató de alejar este hermoso recuerdo por medio de otros pensamientos. Pasó revista a los otros conocimientos de persona que lo había proporcionado aquel escrito.

-Por tanto -exclamó-, estoy en casa del venerable tío. No es una casa, es un templo, y usted es la digna sacerdotisa, y hasta, por decirlo así, el genio del lugar; en toda mi vida no olvidaré la impresión de ayer noche, cuando, al entrar, volvieron a alzarse ante mi vista las antiguas obras de arte de mi primera infancia. Me acordé de las compasivas estatuas de mármol de la canción de Mignon; pero estas figuras no tenían que dolerse de mi suerte; me contemplaban con la más alta gravedad y enlazaban directamente mi edad más temprana con el actual momento. Este antiguo tesoro de nuestra familia, esta fuente de placeres que llenó la vida de mi abuelo encontrábalo aquí, entre tantas otras nobles obras de arte, y yo, hecho por la Naturaleza para ser el favorito de aquel buen anciano, yo, aunque indigno, me encontraba también en medio de ellas. ¡Oh, Dios mío, y en qué relaciones y en qué sociedad!

Las niñas habían ido abandonando la estancia poco a poco para vacar a sus pequeñas ocupaciones. Guillermo, que había quedado solo con Natalia, tuvo que explicarle más claramente sus últimas palabras. El descubrimiento de que una valiosa parte de las obras de arte de la colección había pertenecido a su abuelo dio un tono muy alegre a su conversación. Lo mismo que Guillermo había entrado en relaciones con la familia a través de aquel manuscrito, volvía a encontrarse ahora, por decirlo así, con su herencia. Entonces deseó ver a Mignon; la amiga le rogó que tuviera aún paciencia hasta que regresara el médico, que había sido llamado a las cercanías. Puede pensarse fácilmente que era aquel mismo activo hombrecillo a quien ya conocemos, y que también es citado en las Confesiones de un alma hermosa.

-Ya que vengo a encontrarme en medio de aquel círculo familiar -prosiguió diciendo Guillermo-, el abate que menciona aquel escrito también será, sin duda, el hombre extraño e inexplicable a quien he vuelto a encontrar en casa de su hermano de usted, después de los más singulares acontecimientos. ¿Acaso podrá usted darme algunas explicaciones sobre su persona?

Respondió Natalia:

Habría mucho que decir acerca de él; de lo que estoy más al detalle enterada es de la influencia que tuvo en nuestra educación. Estuvo convencido, por lo menos durante algún tiempo, de que la educación tiene que fundarse en las tendencias naturales; no puedo decir lo que ahora piense. Afirmaba que, en el hombre, lo primero y lo último es la actividad, y que no se puede hacer nada sin tener disposición para ello, sin que el instinto nos impulse a realizarlo. Conviénese que se nace poeta -solía decir-; lo mismo hay que conceder para las restantes artes, porque es preciso reconocerlo así y porque esas obras de la naturaleza humana apenas pueden ser falsificadas; pero si se observa detenidamente, también habrá que reconocer como innata en nosotros hasta nuestra mínima capacidad, y que no hay capacidades indeterminadas. Sólo nuestra educación, equívoca y dispersa, hace indecisos a los hombres; despierta en ellos deseos en vez de suscitar impulsos, y en vez de ayudar a las disposiciones reales, dirige su aspiración hacia objetos que frecuentemente no concuerdan con el carácter natural de quien se esfuerza por alcanzarlos. Prefiero ver un niño o un joven que marchen equivocadamente por su propio camino, que otros que caminen rectamente por ajena vía. Cuando los primeros, ya por sí mismos o ya por indicaciones que se les hagan, encuentren el recto sendero que les ha designado su naturaleza, no lo abandonarán jamás, mientras que los otros están a cada momento en peligro de sacudir de sí un extraño yugo y entregarse a una ilimitada libertad.

-Es extraño -dijo Guillermo- que ese hombre importante se haya interesado también por mí, y, según me parece, si no me dirigió, con su modo de proceder, por lo menos me fortaleció durante algún tiempo en mis errores. Cómo podrá justificarse en lo futuro por haberse, en cierto modo, burlado de mí junto con otros varios, es problema cuya solución tengo que esperar con paciencia.

-En cuanto a mí -dijo Natalia-, no tengo que quejarme de su manía, si es tal, porque, entre todos mis hermanos, soy la que ha salido mejor librada. Tampoco veo cómo hubiera podido ser más bellamente educado mi hermano Lotario; sólo quizá hubiera debido ser tratada de otro modo mi buena hermana la condesa, y acaso hubiera podido infundirse en su carácter algo más de fortaleza y gravedad. No hay manera de imaginarse lo que será de mi hermano Federico; temo que va a ser la víctima de este ensayo pedagógico.

-¿Tiene usted otro hermano? -exclamó Guillermo.

-Sí -respondió Natalia-, y de un carácter muy divertido y ligero; y como no le han impedido correr mundo, no sé lo que llegará a ser de su persona frívola y traviesa. Hace mucho tiempo que no lo vi. Lo único que me tranquiliza es que el abate y, en general, la sociedad de mi hermano están siempre enterados de dónde se halla y lo que hace.

Guillermo estaba a punto, tanto de explorar las ideas de Natalia sobre aquellas paradojas, como de pedirle algunas explicaciones sobre la sociedad secreta, cuando entró el médico y, después de los primeros saludos, comenzó en seguida a hablar del estado de Mignon.

Natalia, que al instante cogió a Félix de la mano, dijo que quería llevárselo a Mignon para preparar a la niña a que volviera a ver a su amigo.

El médico se quedó entonces solo con Guillermo, y prosiguió hablando:

-Tengo que referirle extraños sucesos que usted apenas sospecha. Natalia nos deja lugar para que podamos hablar libremente de cosas que, aunque las haya sabido yo por ella misma, no podrían ser tratadas con tanta libertad en su presencia. El extraño carácter de la buena niña a quien nos referimos ahora consiste, casi únicamente, en una profunda nostalgia; el deseo de volver a ver su patria y su pasión por usted, amigo mío, constituyen, casi podría decirlo, lo único terrestre que hay en ella; ambas cosas actúan sobre ella desde una ilimitada lejanía, ambas son inalcanzables para esta alma selecta. Debe ser originaria de la región de Milán, y fue arrebatada a sus padres en niñez muy temprana por una compañía de saltimbanquis. No puede saberse de ella nada más detallado, ya porque era demasiado joven para poder indicar con precisión su nombre de familia y el lugar de su nacimiento, y ya, en especial, porque hizo juramento de no indicar con claridad a ningún viviente ni su ascendencia ni morada; pues precisamente aquellas gentes que la encontraron perdida, y a las que descubrió su mansión con el insistente ruego de que la condujeran a ella, con tanta mayor diligencia se la llevaron consigo, y por la noche, en la posada, cuando ya creían dormida a la niña, bromearon sobre la buena presa que habían hecho, asegurando que no volvería a encontrar el camino de regreso. Entonces la pobre criatura cayó en una espantosa desesperación, en la que, por último, se le apareció la Madre de Dios y le aseguró que quería tomarla bajo su protección. Pronunció entonces ante sí misma un juramento sagrado de que, en adelante, nunca más se confiaría a nadie, nunca referiría su historia y viviría y moriría en la esperanza de aquel directo auxilio divino. Aun esto mismo que le refiero no se lo confió expresamente a Natalia; nuestra digna amiga fue deduciéndolo de diversas palabras sueltas, de canciones e indiscreciones infantiles, que precisamente revelan lo que querrían callar.

Guillermo pudo explicarse entonces muchas canciones y muchas frases de aquella buena niña. Rogó a su amigo, del modo más insistente, que no le ocultara nada de cuanto les fuera conocido, gracias a las singulares canciones y confesiones de aquel extraordinario ser.

-¡Oh! -dijo el médico-, prepárese usted a oír una extraña confidencia, a escuchar una historia en la cual tiene usted mucha parte, sin acordarse de ello, y que, según temo, es decisiva para la vida o la muerte de esta buena criatura.

-Diga usted -replicó Guillermo-; estoy con la más extrema impaciencia.

-¿Se acuerda usted -dijo el médico- de una misteriosa visita nocturna que le hizo una mujer después de la representación del Hamlet?

-Sí, me acuerdo de ella -exclamó Guillermo, avergonzado-; pero en este momento no creía que se me hiciera recordarla.

-¿Sabe usted quién era?

-No. ¡Me espanta usted! ¡En nombre del cielo? ¿No era Mignon? ¿Quién, si no, entonces? ¡Dígamelo usted!

-No lo sé yo mismo.

-Pero, siquiera, ¿no era Mignon?

-No, no, sin duda. Pero Mignon estaba a punto de deslizarse en su cuarto, y con espanto tuvo que ver desde un rincón cómo se le adelantaba una rival.

-¡Una rival! -exclamó Guillermo-. Prosiga usted; me deja aturdido por completo.

-Alégrese usted -le dijo el médico- de que yo pueda darle cuenta, con tanta rapidez, de estos resultados. Natalia y yo, aunque sólo teníamos en el asunto un interés más remoto, fuimos muy atormentados hasta que pudimos descubrir claramente la embrollada situación de ánimo de aquella buena criatura a quien deseábamos valer. Suscitada su atención por las livianas conversaciones de Filina y otras muchachas y por cierta cancioncilla, había llegado a ser encantador para ella el pensamiento de pasar una noche junto a su amado, sin imaginar otra cosa sino un íntimo y dichoso descanso. La pasión por usted, amigo mío, era ya viva y poderosa en aquel buen corazón; ya la pobre niña había hallado descanso para diversos dolores entre sus brazos de usted, y ahora deseaba gozar en toda su plenitud de tal dicha. Tan pronto se proponía suplicárselo a usted afectuosamente como volvía a apartarla de ello un secreto temor. Por fin, la regocijada velada y la disposición de ánimo provocada por el vino, bebido en demasía, dieron a su ánimo valor para intentarlo y deslizarse aquella noche en su cuarto de usted. Había ya corrido delante, para ocultarse en la abierta habitación; sólo que al estar en lo alto de la escalera oyó un rumor, ocultose y vio una mujer vestida de blanco que se introducía en su cuarto. Usted llegó poco después, y oyó cómo corría el gran cerrojo. Mignon sufrió un indecible tormento: todas las violentas sensaciones de unos apasionados celos mezcláronse en ella con los inciertos afanes de un obscuro deseo, y atacaron poderosamente a su naturaleza semidesarrollada. Su corazón, que hasta entonces había latido vivamente con nostalgia y esperanza, comenzó de pronto a pararse y pesó en su pecho como una masa de plomo; no podía cobrar aliento, no sabía qué hacer, oyó el arpa del viejo, corrió junto a él a la guardilla y pasó a sus pies la noche, en medio de espantosas convulsiones.

El médico se detuvo un momento, y como Guillermo guardara silencio, prosiguió:

-Natalia me ha asegurado que en toda su vida no hubo cosa alguna que la haya espantado y conmovido más que la situación de la niña durante este relato; hasta llegaba a hacerse reproches nuestra noble amiga por haber provocado esta confesión con sus preguntas e insinuaciones, renovando de modo tan cruel, con tales recuerdos, los vivos dolores de la pobre muchacha. La excelente criatura -refiriome Natalia-, apenas llegó a este punto de su relato, o, más bien, de sus repuestas a mis preguntas, cada vez más apremiantes, cuando de pronto rodó a mis pies, con la mano en el pecho, y se quejó de que le volvían los dolores de aquella espantosa noche. Se retorcía en el suelo como un gusano, y yo tenía que apelar a todo mi dominio sobre mí misma para recordar y emplear en aquellas

circunstancias los remedios que me eran conocidos, tanto para el espíritu como para el cuerpo.

-Me pone usted en una delicada situación -exclamó Guillermo- haciéndome sentir tan vivamente las múltiples culpas cometidas por mí con relación a la querida criatura, precisamente en el momento en que debo volver a verla. Si he de ir a su lado, ¿por qué me quita usted el valor para presentarme a ella libremente? Y no debo negar a usted que, siendo tal la disposición de su ánimo, no comprendo de qué puede servir mi presencia. Si está usted convencido, como médico, de que ese doble anhelo ha minado tanto su naturaleza que amenaza arrancarla de la vida, ¿por qué quiere usted, con mi presencia, renovar sus dolores y acelerar acaso su fin?

-Amigo mío -respondió el médico-, donde no podemos curar debemos, por lo menos, aliviar, y tengo importantes ejemplos de lo mucho que priva a la imaginación de su poder destructor la presencia de un ser amado, transformando la nostalgia en una pacífica contemplación. Todo es cuestión de medida y propósito, pues también la presencia puede volver a reavivar una pasión extinguida. Vea usted a la buena niña, condúzcase cariñosamente con ella y esperemos a ver lo que resulta.

Natalia volvió a presentarse precisamente entonces y deseó que Guillermo la siguiera junto a Mignon.

-Parece muy feliz con Félix, y espero que recibirá bien a su amigo.

Guillermo la siguió, no sin alguna resistencia; estaba profundamente emocionado por lo que había sabido, y temía una escena de pasión. Cuando entró, ocurrió precisamente lo contrario.

Mignon, con largas ropas blancas de mujer, sueltos en parte los rizos de su rica y obscura cabellera, en parte trenzados, hallábase sentada con Félix sobre las rodillas, y lo estrechaba contra su corazón; parecía por completo como un espíritu desencarnado, y el mozuelo como la vida misma; parecía como si se abrazaran el cielo y la tierra. Tendiole la mano a Guillermo, sonriéndose, y le dijo:

-Te doy gracias por haber vuelto a traerme el niño; me habían privado de él Dios sabe cómo, y desde entonces no podía vivir. Mientras mi corazón todavía necesite de algo sobre la tierra, debe ser él quien llene sus vacíos.

La calma con que Mignon había recibido a su amigo produjo gran contento en toda la reunión. Pidió el médico que Guillermo la viera con frecuencia y que la mantuvieran en equilibrio tanto en lo corporal como en lo espiritual. Retirose después y prometió volver dentro de breve tiempo.

Guillermo pudo entonces observar a Natalia en la esfera de sus ocupaciones: no hubiera podido desearse nada mejor que vivir junto a ella. Su presencia ejercía la más pura influencia sobre muchachas y mujeres de diversas edades, algunas de las cuales vivían en su casa, otras en la vecindad, y venían más o menos veces a visitarla.

-El curso de su vida de usted siempre debe haber sido el mismo -díjole una vez Guillermo-, pues la descripción que, cuando era usted niña, hace de usted su tía, si no me equivoco, me parece que todavía podría valer para el día de hoy. Conócese bien en usted que no se ha equivocado nunca. Jamás se vio obligada a dar un paso hacia atrás.

-Déboles eso a mi tía y al abate -respondió Natalia-, que tan bien supieron juzgar de mis cualidades. Apenas me acuerdo, desde la niñez, de otra impresión más viva que la que me producía el ver las miserias de los hombres, provocando en mí un irreprimible afán de remediarlas. El niño que aun no se sostenía sobre sus pies, el viejo que no era llevado ya por los suyos, los afanes de una familia rica por tener hijos, la incapacidad de una familia pobre para sustentar a los que tenía, todo secreto deseo de ejercer un oficio, todo impulso a poner en obra un talento, la aptitud para desempeñar mil pequeñas capacidades naturales, descubrir por todas partes todo eso, parecía labor destinada por la Naturaleza para mis ojos. Veía aquello que nadie me había hecho observar; pero parecía ser sólo nacida para verlo. Los encantos de la naturaleza inanimada, para los que son extraordinariamente sensibles muchos hombres, no producían ningún efecto sobre mí, y casi me ocurría lo mismo con los encantos del arte; mi sensación más agradable era entonces, y sigue siéndolo hoy, el hallar al punto dentro de mi espíritu una substitución, un remedio y un auxilio, al imaginarme una carencia o una necesidad en el mundo. Si veía un pobre cubierto de harapos, pensaba en seguida en los trajes superfluos que había visto colgados en los armarios de los míos; si veía niños que se consumían sin cuidados ni educación, me acordaba de tal o cual señora a quien había visto entregada al aburrimiento en medio de la riqueza y comodidades; si veía a muchas gentes amontonadas en un reducido espacio, pensaba que deberían ser alojados en las grandes habitaciones de muchas casas y palacios. Era totalmente natural en mí esta manera de ver las cosas, sin la menor reflexión, en forma que, durante mi infancia, hice en este respecto las cosas más raras del mundo, y más de una vez, con las proposiciones más singulares, puse en perplejidad a las gentes. También era nota mía el que sólo difícilmente y muy tarde pude considerar al dinero como medio de satisfacer necesidades; todas mis limosnas consistían en dar cosas naturales, y sé que con frecuencia se ha reído bastante de mí la gente. Sólo parecía comprenderme el abate; encontrábalo yo por todas partes y hacía que me conociera a mí misma y comprendiera estos deseos e inclinaciones, enseñándome a satisfacerlos debidamente.

-¿Ha adoptado también usted -preguntó Guillermo-, en la educación de su pequeño mundo femenino, los principios fundamentales de esos hombres singulares? ¿Deja usted que cada carácter se forme por sí mismo? ¿Deja usted también que sus pupilas busquen y se equivoquen, cometan faltas y encuentren felizmente la meta o se extravíen desdichadamente en el error?

-No -dijo Natalia-; esa manera de tratar a los hombres sería totalmente opuesta a mi manera de ver las cosas. Quien no auxilia en el mismo instante, me parece que no auxiliará nunca; quien no aconseja en el momento, que no aconsejará nunca. Creo igualmente necesario enunciar ciertas leyes e imprimirlas en la memoria de los niños que dar a su vida cierta continuidad. Sí; casi podría afirmar que es mejor extraviarse conforme a reglas que extraviarse según como nos lleven de un lado a otro las tendencias de nuestra naturaleza, y

tal como veo a los hombres, me parece que siempre queda un vacío en su carácter, que sólo puede ser lleno por una ley expresa y positiva.

-Según eso -dijo Guillermo-, ¿su modo de proceder es completamente distinto del que observan nuestros amigos?

-Sí -respondió Natalia-; pero puede usted conocer la increíble tolerancia de esos hombres en que no me estorban nada en mi camino, precisamente por ser camino mío, sino que se adelantan en todo cuanto puedo desear.

Reservamos para otra ocasión noticia circunstanciada de cómo procedía Natalia con sus niñas.

Mignon solicitaba con frecuencia el encontrarse en esta sociedad, y se lo concedían con tanto mayor gusto, ya que, poco a poco, iba volviendo a acostumbrarse a Guillermo, a abrirle su corazón y, en general, parecía mostrarse más alegre y contenta de vivir. En los paseos, apoyábase gustosa en su brazo, ya que se cansaba fácilmente.

-Ahora -decía ella- Mignon no trepa ya ni salta y, sin embargo, siempre siente el deseo de pasearse por las cimas de las montañas y de lanzarse de una casa a otra y de uno a otro árbol. ¡Qué dignos de envidia son los pájaros, en especial porque tan linda y graciosamente construyen sus nidos!

Estableciose pronto la costumbre de que Mignon invitara más de una vez a su amigo a bajar al jardín. Si estaba ocupado o no se le hallaba, Félix tenía que ocupar su puesto, y si en ciertos momentos la buena muchacha parecía totalmente desprendida de la tierra, en otros volvía a unirse fuertemente al padre y al hijo, y parecía temer el separarse de ellos más que ninguna otra cosa.

Natalia pareció preocupada.

-Por medio de su presencia de usted -decía- hemos deseado volver a abrir ese pobre y buen corazón, pero no sé si hemos hecho bien.

Guardó silencio y pareció esperar que Guillermo dijera alguna cosa. También a él se lo ocurrió que, en las presentes circunstancias, Mignon tendría que sufrir de un modo extremo al conocer sus relaciones con Teresa; pero en su incertidumbre no osaba decir cosa alguna respecto a sus propósitos, y no sospechaba que Natalia estuviera enterada de ellos.

Tampoco podía seguir la conversación con libertad de espíritu cuando su noble amiga hablaba de su hermana, celebraba sus buenas cualidades y se lamentaba de su situación. No poco se turbó cuando Natalia le anunció que la condesa se dejaría ver pronto allí.

-Su esposo -dijo- no tiene otra idea sino la de reemplazar en la comunidad morava al difunto conde y sostener y continuar extendiendo esa gran institución, mediante su inteligencia y trabajo. Vendrá con ella a nuestra casa para hacer una especie de despedida. Visitará después los diversos lugares donde se ha establecido la comunidad; parece que lo

tratan todos conforme él desea, y casi llego a pensar que se atreverá a hacer un viaje a América con mi pobre hermana, para ser en todo semejante a su predecesor; y como está ya casi convencido de que no le falta mucho para ser santo, quizá se le presenta a veces ante el alma el deseo de resplandecer finalmente con aureola de mártir.

Capítulo IV

Con mucha frecuencia habíase hablado hasta entonces de la señorita Teresa, con mucha frecuencia habíasela citado al paso, y casi cada vez había estado a punto Guillermo de confesar a su nueva amiga que le había ofrecido su corazón y su mano a aquella dama excelente. Un sentimiento que no podía explicarse lo retenía; vaciló tanto tiempo que, por último, la propia Natalia, con la sonrisa celestial, modesta y alegre, que era habitual ver en ella, le dijo:

-Tengo que ser yo misma la que acabe por romper el silencio y me introduzca a la fuerza en su confianza. ¿Por qué hace usted secreto para mí, amigo mío, de una cosa que es tan importante para usted, y que a mí misma me toca tan de cerca? Usted le ha ofrecido su mano a mi amiga; no me entremezclo en esta cuestión sin ser llamada: aquí tiene usted mis títulos; aquí está la carta que ella le escribe y que le envía por mi mano.

-¡Una carta de Teresa! -exclamó él.

-Sí, señor. Y su suerte está resuelta. Es usted dichoso. Permita que le felicite, lo mismo que a mi amiga.

Guillermo permaneció mudo, mirando ante sí. Natalia lo observaba; vio que palidecía.

-La alegría que usted experimenta es tan fuerte -prosiguió diciendo- que toma la forma del espanto; le priva a usted de la palabra. Mi participación en ella no es menos sincera, ya que me deja sin poder hablar. Espero que usted me quedará agradecido, porque puedo decirle que mi influjo sobre Teresa intervino no poco en su determinación; me pidió consejo y, ¡cosa extraña!, estaba usted precisamente aquí, y pude dominar dichosamente las pocas dudas que aún tenía mi amiga; los mensajeros fueron y vinieron rápidamente; aquí está su resolución, aquí está el desenlace. Y ahora tiene usted que leer todas sus cartas; tiene usted que lanzar una libre y pura mirada al hermoso corazón de su prometida.

Guillermo desplegó la carta, que le era presentada abierta; contenía estas afectuosas palabras:

«Soy suya tal como soy y como usted me conoce. Le nombro a usted mío tal como usted es y como lo conozco. Lo que el matrimonio pueda cambiar en nosotros mismos y en nuestra situación, sabremos soportarlo sensatamente, con alegre ánimo y con buena

voluntad. Como no es una pasión, sino un cariño y confianza lo que nos une, arriesgamos menos que mil otros. Me perdonará usted de fijo el que a veces me acuerde tiernamente de mi antiguo amigo; en cambio, estrecharé como madre, contra mi corazón, a su hijo. Si usted quiere compartir conmigo en seguida mi casita, es usted señor y dueño de ella mientras no esté terminada la compra de la finca. Deseo que allí no se haga ninguna nueva disposición sin contar conmigo, para poder mostrar en seguida que merezco la confianza que usted me concede. Adiós, querido, queridísimo amigo, novio amado, respetado esposo. Teresa lo estrecha a usted contra su pecho con esperanza y alegría de vivir. Mi amiga le dirá a usted más cosas; se las dirá todas».

Guillermo, a quien esta carta había vuelto a representarle por completo a su Teresa, había vuelto a hacerse plenamente dueño de sí. Durante la lectura sucedíanse del modo más rápido los pensamientos en su alma. Con espanto encontró en su corazón vivas huellas de un amor hacia Natalia; reprendíase a sí mismo, consideraba como locura todo pensamiento de esta especie, imaginábase a Teresa en toda su perfección; volvió a leer la carta; estaba contento, o, más bien, hasta tal punto, se hizo dueño de sí, que pudo parecer contento. Natalia le mostró las cartas que habían cambiado, de las cuales sólo queremos extraer algunos pasajes.

Teresa, después de haber descrito a su manera a su novio, proseguía:

«¡Así me represento al hombre que me ofrece ahora su mano. Lo que piensa él de sí mismo ya lo verás más adelante en el escrito en que se describe para mí con toda franqueza; estoy convencida de que seré feliz con él».

«En lo que concierne al rango social, ya sabes cómo he pensado siempre sobre ese extremo. Algunas personas sienten espantosamente la disconformidad de posición externa y no pueden soportarla. Yo no quiero convencer a nadie, pero quiero proceder según mis convicciones. No pienso dar un ejemplo, lo mismo que no procedo sin ejemplo. Sólo me asustan las disconformidades internas: un vaso que no conviene para el objeto que debe contener; mucho lujo y poco goce, riqueza y avaricia, nobleza y grosería, juventud y pedantería, privación y ostentación; esas alianzas son las que podrían hacerme morir, aunque el mundo las selle y aprecie en lo que quiera».

«Cuando espero que hemos de concertar tan bien uno con otro, fundamento, en lo esencial, mi pretensión en que él es semejante a ti, a quien tan infinitamente aprecio y reverencio. Sí; tiene, como tú, el noble impulso de buscar y aspirar siempre a lo mejor, con el cual producimos nosotros mismos el bien que creemos encontrar. Cuántas veces no te censuré silenciosamente porque tratabas a tal o cual persona, porque te conducías en tal o cual ocasión de otro modo de como lo hubiera hecho yo, y, sin embargo, en general, se manifestaba en los resultados que habías tenido razón. Si tomamos a los hombres tales

como son -decías-, los hacemos peores; si los tratamos como si fueran lo que debían ser, los llevamos adonde deben ser llevados. En cuanto a mí, ya sabes que ni puedo juzgar ni proceder de este modo. Inteligencia, orden, disciplina, mandato; ese es mi elemento. Aún me acuerdo muy bien de lo que decía Yarno: Teresa doma a sus discípulas; Natalia las educa. Fue hasta tan lejos, que una vez me negó por completo las tres hermosas cualidades: fe, esperanza y caridad. En lugar de la fe -dijo-, tiene la inteligencia; en lugar de la caridad, la perseverancia, y en lugar de la esperanza, la confianza. También quiero confesarte gustosa que antes de conocerte no sabía yo de nada más alto en el mundo que la prudencia y claridad; sólo tu presencia me ha convencido, animado y dominado, y cedo con gusto el primer puesto a tu bella y elevada alma. También a mi amigo lo respeto en el mismo sentido; la historia de su vida es buscar y no encontrar, pero no realizó una vana busca, sino la busca más admirable y magnánima; imagina que pueden darle los otros lo que no puede proceder más que de él mismo. De este modo, querida mía, tampoco esta vez me daña en nada mi claridad de juicio; conozco mejor a mi esposo de lo que se conoce él a sí mismo, y por esto lo estimo en mayor grado. Lo veo pero no lo domino con la vista, y toda mi penetración no alcanza a presentir lo que podrá realizar. Cuando pienso en él, mézclase siempre su imagen con la tuya, y no sé cómo merezco pertenecer a dos personas tales. Pero quiero merecerlo cumpliendo siempre mi deber, para poner por obra todo lo que se puede esperar y aguardar de mí».

«¿Si me acuerdo de Lotario? Vivamente, y todos los días. No puedo prescindir de él ni un solo momento en el círculo de amistades que me rodea espiritualmente. ¡Oh, cómo compadezco a ese hombre excelente, emparentado conmigo por una falta juvenil y a quien la Naturaleza ha querido poner tan próximo a ti! A la verdad, un ser como tú sería más digna de él que no yo. A ti podría y debería cedértelo. Seamos para él lo único que es posible que seamos hasta que encuentre una digna esposa, y también entonces hallémonos y mantengámonos a su lado».

-¿Pero qué dirán ahora nuestros amigos? -comenzó a decir Natalia.

-¿Su hermano no sabe nada de todo esto?

-No, como tampoco su familia de usted; por esta vez el asunto se ha tratado sólo entre nosotras las mujeres. No sé qué manías le metió Lidia a Teresa en la cabeza; parece desconfiar del abate y de Yarno. Por lo menos, Lidia le ha infundido algunas sospechas acerca de ciertas relaciones secretas y misteriosos planos; cosas de las que sé algo, en términos generales, sin haber pensado nunca en meterme en ellas, y por ello, en este paso decisivo de su vida, no ha querido que nadie, sino yo, tuviera algún influjo. Ya desde antes habíase puesto de acuerdo con mi hermano para anunciarse mutuamente su matrimonio, llegado el caso, sin pedirse consejo.

Natalia escribió entonces una carta a su hermano e invitó a Guillermo a que añadiera algunas palabras; así se lo había rogado Teresa. Iban justamente a cerrar la carta cuando Yarno se hizo anunciar inesperadamente. Fue recibido de la manera más amistosa, y

también él pareció estar muy alegre y con ganas de bromas; por último, no pudo dejar de decir:

-Realmente, vengo aquí para traer a ustedes una asombrosa pero agradable noticia: se refiere a nuestra Teresa. Nos ha censurado usted algunas veces, bella Natalia, por habernos preocupado de tantas cosas diversas; pero ahora ya verá usted lo bueno que es tener espías en todas partes. Adivine usted y muéstrenos, una vez más, su sagacidad.

La satisfacción con que pronunció estas palabras, la cara maliciosa con que contemplaba a Guillermo y Natalia convencieron a ambos de que estaba descubierto su secreto. Respondió Natalia, sonriendo:

-Somos mucho más hábiles de lo que usted piensa, y hemos consignado en este papel la solución del enigma antes de que usted nos lo propusiera.

Con estas palabras tendiole la carta dirigida a Lotario y quedó satisfecha de corresponder de este modo a la pequeña sorpresa y confusión que habían querido causarle. Yarno cogió el pliego con algún asombro, lo recorrió con la vista, quedó pasmado, dejolo caer de sus manos y miró a los dos con ojos dilatados, con una expresión de sorpresa y hasta de espanto que no era habitual en su semblante. No decía palabra.

Guillermo y Natalia no se encontraban menos afectados; Yarno paseaba por la habitación de arriba abajo.

-¿Qué debo decir? -exclamó-. ¿Debo siquiera decir algo? No puede permanecer secreto; el embrollo es inevitable. Por lo tanto, secreto por secreto, sorpresa por sorpresa. Teresa no es hija de quien pasa por su madre. El impedimento está dirimido; vine aquí para rogar a usted que preparara a la noble muchacha para casarse con Lotario.

Yarno veía la consternación de ambos amigos, cuyos ojos se clavaban en tierra.

-Este es uno de esos casos -dijo- en que se soporta muy mal la compañía. Lo que cada cual tenga que pensar, piénsalo mejor en soledad; yo, por lo menos, pido que se me dispense durante una hora.

Corrió al jardín; Guillermo lo siguió mecánicamente, pero de lejos.

Después de haber transcurrido una hora volvieron a encontrarse juntos. Tomó Guillermo la palabra y dijo:

-En otro tiempo, cuando vivía ligera y hasta frívolamente, sin plan y sin objeto, venían a mi encuentro, y hasta me perseguían, la amistad, el amor, el cariño y la confianza; ahora que mi vida se va haciendo seria, parece que el destino quiere proceder conmigo de otro modo. La determinación de ofrecer mi mano a Teresa es quizá la primera que procede en absoluto de mí. Con reflexión formé mi plan, mi razón estaba plenamente de acuerdo con él, y el asentimiento de la excelente muchacha vino a colmar todas mis esperanzas. Ahora, el azar más singular me obliga a dejar caer mi tendida mano. Teresa, como en un sueño, me

tiende la suya desde lejos; no puedo cogerla, y la hermosa imagen me abandona para siempre. ¡Adiós, pues, hermosa imagen, y vosotras, espejos de la más perfecta dicha, que os reuníais en torno a ella!

Guardó silencio durante un momento, con los ojos clavados ante sí, y Yarno quiso hablar.

-Permítame usted que diga algo todavía -prorrumpió Guillermo-, pues esta vez entra en juego todo mi destino. En este momento viene en mi auxilio la impresión que produjo sobre mí la presencia de Lotario la primera vez que lo vi, y que se ha hecho después permanente. Ese hombre merece toda especie de cariño y amistad, y no puede pensarse en una amistad sin sacrificios. Por servirle a él fueme fácil engañar a una desgraciada muchacha; y por él debe serme posible renunciar a la novia más digna. Vaya usted a su encuentro, refiérale la singular historia y dígale a lo que estoy dispuesto.

Yarno respondió:

-En tales casos, pienso que está ya todo logrado con tal de no precipitarse. No demos ningún paso sin la aprobación de Lotario. Voy junto a él; esperad mi vuelta tranquilamente o una carta suya.

Partió a caballo y dejó a ambos amigos en la mayor tristeza. Tuvieron tiempo para comentar en más de un sentido aquel acaecimiento y hacer sus observaciones sobre él. Sólo entonces se les ocurrió que habían admitido con mucha facilidad la singular declaración de Yarno, sin haberse informado de sus inmediatas circunstancias. Hasta se iniciaban en Guillermo algunas dudas; pero su asombro y aun su confusión creció hasta el punto más alto cuando, al día siguiente, llegó un mensajero de Teresa que le traía a Natalia la siguiente extraña carta:

«Por raro que pueda parecer, tengo que remitirte una nueva carta, inmediatamente después de la anterior, y rogarte que me envíes rápidamente a mi novio. Ha de ser mi esposo, cualquiera que sean los planes que se formen para arrebatármelo. Dale la adjunta carta; pero no delante de testigos, sean los que quiera».

La carta a Guillermo contenía lo siguiente:

«¿Qué pensará usted de su Teresa si, de pronto, exige apasionadamente la celebración de un matrimonio que sólo la más tranquila razón parecía haber concertado? No se deje usted

detener por nada y parta inmediatamente después de recibir esta carta. Venga usted, querido, queridísimo amigo, triplemente amado, ya que quieren arrebatarme su posesión, o, por lo menos, dificultármela».

-¿Qué debo hacer? -exclamó Guillermo, después de haber leído esta carta.

-En ningún caso todavía -respondió Natalia, al cabo de reflexionar algún tiempo- han guardado tanto silencio mi corazón y mi inteligencia: no sabría lo que hacer, lo mismo que no sé qué aconsejar.

-¿Sería posible -exclamó Guillermo con vehemencia-, que el propio Lotario no supiera nada de esto, o que, si lo sabía, hubiera querido hacernos juguete de planes ocultos? Yarno, al leer nuestra carta, ¿habrá improvisado la fábula en el instante? ¿Nos habría dicho algo más si no nos hubiéramos mostrado harto apresurados? ¿Qué se pretende? ¿Qué intenciones pueden tener? ¿A qué plan puede referirse Teresa? Sí, no puede negarse: Lotario está rodeado de misteriosos influjos y relaciones; yo mismo experimenté que son activos; que, en cierto sentido, se preocupan de las acciones y el destino de diferentes personas, y que saben dirigirlas. No comprendo cosa alguna del objeto de tales misterios; pero veo muy claro el nuevo propósito de apartarme de Teresa. De una parte, acaso no me presenten más que para engañarme la posible felicidad de Lotario; de la otra, veo a mi amada, a mi venerada novia, que me llama a su lado. ¿Qué debo hacer? ¿De qué debo abstenerme?

-Un poco de paciencia -dijo Natalia-; sólo una breve reflexión. En este singular encadenamiento de cosas sólo sé que no debemos precipitarnos a dar un paso irrevocable. Contra una fábula, contra un plan artificioso nos defenderán la perseverancia y la prudencia; pronto se sabrá si la cosa es más o menos inventada. Si mi hermano tuviera, en realidad, esperanzas de unirse con Teresa, sería cruel arrebatarle para siempre su dicha en el momento en que se le presenta tan risueña. Esperemos solamente a ver si sabe algo de todo esto; lo que cree y lo que espera.

Una carta de Lotario vino felizmente en auxilio de los fundamentos de este consejo.

«No vuelvo a enviar a Yarno -escribía-, porque unas líneas de mi mano valdrán más para ti que las más circunstanciadas palabras de un mensajero. Estoy seguro de que Teresa no es hija de su madre, y no puedo renunciar a la esperanza de poseerla antes de que ella misma esté también persuadida y pueda decidir entonces, con serena reflexión, entre mi amigo y yo. Te ruego que no lo dejes apartar de tu lado. De ello depende la felicidad y la vida de tu hermano. Te prometo que esta incertidumbre no debe durar mucho tiempo».

-Ya ve usted cómo están las cosas -díjole Natalia afectuosamente a Guillermo-; deme usted palabra de honor de no salir de esta casa.

-La doy -exclamó él, tendiéndole la mano-; no abandonaré esta casa contra su voluntad. Doy gracias a Dios y a mi buen espíritu por ser por esta vez dirigido, y nada menos que por usted.

Natalia escribió a Teresa diciéndole lo ocurrido, y le explicaba que no dejaría que su amigo se apartara de su lado; enviole al mismo tiempo la carta de Lotario.

Teresa respondió:

«No estoy poco asombrada de que el propio Lotario esté convencido, pues con su hermana no disimularía hasta ese punto. Estoy enojada, muy enojada. Es mejor que no diga nada más. Lo mejor será que vaya a tu lado tan pronto como haya encontrado alojamiento para la pobre Lidia, con la cual proceden cruelmente. Temo que seamos todos engañados, y tan engañados que nunca más vuelvan a ponerse las cosas en claro. Si el amigo fuera de mi modo de pensar, se escabulliría de tu lado y se arrojaría sobre el corazón de su Teresa, que nadie debe arrebatarle; pero temo que he de perderlo sin adquirir de nuevo a Lotario. Es para arrancarle a Lidia por lo que le muestran, a lo lejos, la esperanza de poderme poseer. No quiero decir nada más: la confusión se haría aún más grande. El tiempo dirá si los más hermosos compromisos no van a ser de tal modo aplazados, sacudidos y minados, que, aunque todo vuelva a ponerse en claro, no sirvan ya para nada. Si mi amigo no se arranca de ahí, iré yo dentro de pocos días a buscarlo a tu casa y mantenerlo firme. ¿Te asombras de cómo se ha apoderado esta pasión de tu Teresa? No es una pasión; es el convencimiento de que, ya que Lotario no puede ser mío, este nuevo amigo puede hacer la dicha de mi vida. Dile esto en nombre del mozalbete que se sentó con él bajo el roble y que disfrutó de su simpatía. Díselo en nombre de Teresa, que correspondió a sus proposiciones con una franqueza cordial. Mi primer sueño de vivir con Lotario está apartado, muy lejos de mi alma; el sueño de pensar cómo viviría con mi nuevo amigo lo tengo aún del todo presente. ¿Me aprecian en tan poco que creen cosa fácil que vuelva en un instante a cambiar éste por aquél?»

-Confío en usted -díjole Natalia a Guillermo, al darle la carta de Teresa-; usted no se fugará. Piense en que tiene entre sus manos la dicha de mi vida. Mi existencia está tan íntimamente ligada y encadenada con la existencia de mi hermano, que no puede sentir él ningún dolor que yo no experimente ni ninguna alegría que yo no haga mía. Sí; bien puedo decir que, sólo a través de él, sentí lo que conmueve y eleva el corazón; supe lo que puede ser en el mundo alegría, amor y un sentimiento que, más allá de todas las necesidades, satisface nuestra alma.

Guardó silencio, y Guillermo le cogió la mano al exclamar:

-¡Oh!, prosiga usted; es el preciso momento de mostrar una verdadera y mutua confianza; nunca hemos necesitado conocernos mejor.

-Sí, amigo mío -dijo ella, sonriéndose, con su serena, dulce e indescriptible dignidad-; acaso no esté fuera de lugar decirle que todo lo que tantos libros, todo lo que el mundo nos cita y muestra como amor, sólo se ha presentado ante mí como una fábula.

-¿No ha amado usted nunca? -exclamó Guillermo.

-Nunca o siempre -respondió Natalia.

Capítulo V

Habían paseado por el jardín durante esta conversación; Natalia había cogido diversas flores, de formas singulares, que eran plenamente desconocidas para Guillermo, y cuyo nombre preguntó.

-¿No sospecha usted para quién cojo este ramillete? -dijo Natalia-. Está destinado para mi tío, a quien vamos a hacer una visita. El sol ilumina ahora tan vivamente la Sala del Pasado, que tengo que conducirle a usted allí en este momento, y jamás entro en ella sin llevar algunas de las flores que eran especialmente preferidas por mi tío. Era un hombre extraño y capaz de las reacciones más personales. Tenía una manifiesta preferencia, difícilmente explicable, por ciertas plantas y animales, por ciertas gentes y países, y hasta por ciertas clases de piedras preciosas. «Si desde mi niñez -solía decir con frecuencia- no me hubiera dominado tanto, si no hubiera aspirado a educar mi inteligencia en amplitud y universalidad, habría sido el más limitado e insoportable de los hombres, pues nada es más insoportable que una estrecha extravagancia en aquellos de quien se puede exigir una actividad pura y pertinente». Y, sin embargo, él mismo tenía que confesar que le habría faltado el aliento vital si, de tiempo en tiempo, no se hubiera tolerado alguna cosa, permitiéndose gozar apasionadamente de lo que no siempre podía alabar ni disculpar. «No es culpa mía -decía- el no lograr poner en plena armonía mi razón y mis impulsos». En tales ocasiones solía bromear acerca de mí, diciendo: «Puede tenerse por muy dichosa en esta vida mortal a Natalia, ya que su naturaleza no exige nada sino lo que la humanidad desea y necesita».

Con tales palabras, habían vuelto a entrar en el edificio principal. Condújolo por una espaciosa galería hasta una puerta, a cuyos lados había dos esfinges de granito. La puerta misma era de estilo egipcio, un poco más estrecha arriba que abajo, y sus hojas de bronce preparaban el ánimo para un espectáculo grave y hasta lúgubre. ¡Qué agradablemente sorprendido se hallaba el visitante, por ello, cuando esta expectación se trocaba en la más pura serenidad, al entrar en la sala donde el arte y la vida hacían olvidar todo recuerdo de muerte y sepultura! En las paredes abríanse bien proporcionadas arcadas, que cobijaban

grandes sarcófagos; en los pilares entre ellas se veían pequeños nichos, ornados con urnas y vasos funerarios; las restantes superficies de los muros, lo mismo que la bóveda, estaban simétricamente distribuidas en compartimientos, y entre alegres y diversas orlas, guirnaldas y decoraciones, en recuadros de diferente magnitud, aparecían pintadas serenas y expresivas figuras. Los miembros arquitectónicos estaban revestidos con un hermoso mármol amarillo, tirando a rojo; filetes azul claro, de una feliz composición química que imitaba el lapislázuli y daba satisfacción a la vista por su contraste, prestaban al conjunto unidad y conexión. Todo este esplendor y adornos presentábanse con puras proporciones arquitectónicas, y de este modo, todo el que allí entraba creía verse elevado por encima de sí mismo, porque por primera vez aprendía, gracias a aquel armonioso arte, lo que es el hombre y lo que puede ser.

Frente a la puerta, en un magnífico sarcófago, veíase la estatua de mármol de un hombre venerable apoyado en un almohadón. Tenía ante sí un manuscrito semienrollado y parecía contemplarlo con pacífica atención. Hallábase éste colocado en tal forma, que se podían leer fácilmente las palabras que contenía. Decía de este modo: ACUÉRDATE DE VIVIR.

Natalia, después de haber quitado un ajado ramillete, colocó las frescas flores ante la imagen del tío, pues era él quien estaba representado en la figura, y Guillermo todavía creyó recordar los rasgos del anciano señor, a quien había visto aquella vez en el bosque.

-Hemos pasado aquí muchas horas -dijo Natalia-, hasta que la sala estuvo terminada. En sus últimos años, mi tío había reunido en torno a sí algunos hábiles artistas, y su mejor entretenimiento era ayudar a componer y elegir los dibujos y cartones para estos cuadros.

Guillermo no podía celebrar de modo conforme a sus méritos los objetos que veía a su alrededor.

-¡Cuánta vida -exclamó- en esta Sala del Pasado! Podría llamarse igualmente la Sala del Presente y la del Porvenir. ¡Así fue todo, y así habrá de ser! Nada es pasajero, sino el que goza de ello y lo contempla. Esta imagen de la madre que estrecha a su hijo sobre su corazón sobrevivirá a muchas generaciones de felices madres. Al cabo de siglos, acaso un padre se regocije al ver este hombre de barbas que depone su gravedad y juega con su hijo. En todos los tiempos, la novia esperará tan pudorosa, y en medio de sus secretos deseos, todavía necesitará que la consuelen y convenzan; con la misma impaciencia acechará en el umbral el novio para saber si le será permitido franquearlo.

Las miradas de Guillermo vagaban en torno por innumerables cuadros. Desde los primeros alegres impulsos de la infancia, que emplea y ejercita cada miembro en el juego, hasta la gravedad serena del sabio, ya apartado de todo, podía verse, en viva y hermosa sucesión, cómo no posee el hombre ninguna nativa inclinación o capacidad que no emplee o ejercite. Desde el primer delicado sentimiento de complacencia en la propia persona con que se detiene la muchacha que alza su cántaro de la clara fuente para considerar, en tanto, con agrado su imagen en el agua, hasta aquellas altas solemnidades en que los reyes y pueblos evocan ante el altar a los dioses como testigos de su alianza, todo se mostraba lleno de significación y fuerza.

Era un mundo, era un cielo lo que rodeaba en aquel lugar al espectador, y, aparte de los pensamientos que suscitaban aquellas artísticas imágenes, aparte de los sentimientos que infundían, parecía que aun había presente alguna otra cosa, de la cual se sentía impregnado todo el hombre. También Guillermo lo notó, sin poder darse explicación de ello.

-¿Qué es esto -exclamó- que, independientemente de todo sentido, aparte de toda la simpatía que infunden en nosotros los acontecimientos y destinos humanos, puede actuar sobre mí de modo tan fuerte y, al mismo tiempo, con encanto tan grande? Háblame en el conjunto, háblame en cada detalle, sin que pueda comprender el uno ni adueñarme especialmente de los otros. ¡Qué encanto adivino en estas superficies, estas líneas, estas proporciones, estas masas y colores! ¿Qué es lo que hace que estas figuras, aun consideradas de modo rápido, produzcan ya, como adorno, un efecto tan grato? Sí; comprendo que se podría detener uno aquí, descansar, abarcarlo todo con la vista, encontrarse feliz y, al propio tiempo, sentir y pensar algo muy distinto de lo que se tiene delante de los ojos.

Y de fijo que si nosotros pudiéramos describir lo felizmente distribuido que estaba todo; cómo cada determinado objeto, por su lugar y colocación, por su semejanza y contraste, por la igualdad o diversidad de colores, parecía lo que debía parecer y no otra cosa, y producía un efecto tan perfecto como claro, situaríamos al lector en un lugar del que no desearía alejarse pronto.

En los ángulos de la Sala se alzaban cuatro grandes candelabros de mármol; cuatro más pequeños en el centro, en torno a un sarcófago muy bellamente trabajado, que, según su tamaño, debía haber contenido a una persona joven de mediana estatura.

Natalia quedose parada ante este monumento, y, apoyando la mano en él, dijo:

-Mi buen tío tenía gran predilección por esta obra de la antigüedad. Decía algunas veces: «No sólo caen las primeras flores, que podréis conservar arriba en esos pequeños espacios, sino también los frutos que penden de la rama y que durante, largo tiempo nos han dado la más hermosa esperanza, mientras un gusano secreto preparaba su temprana madurez y destrucción». Temo -prosiguió Natalia,- que haya profetizado esto por la querida muchacha que va substrayéndose cada vez más a nuestros cuidados y parece inclinarse hacia esta pacífica morada.

Cuando iban a salir dijo Natalia:

-Todavía tengo que llamarle la atención sobre una cosa. Fíjese usted, en lo alto, en aquellas aberturas semicirculares que hay a ambos lados. Allí pueden estar ocultos los coros de cantores; y esos adornos de bronce por debajo de la cornisa sirven para sujetar los tapices, que según disposición de mi tío, deben ser colgados en cada sepelio. No podía vivir sin música, en especial sin canto, y con ello tenía la particularidad de que no quería ver a los cantores. Solía decir: «El teatro nos vicia por completo; la música sólo está allí como para servicio de los ojos; acompaña a los movimientos, no a los sentimientos. En los oratorios y conciertos siempre nos perturba la figura de los músicos; la verdadera música sólo es para el oído; una hermosa voz es lo más universal que puede pensarse, y al aparecer

ante nuestros ojos el limitado individuo que la produce, perturba aquel puro efecto general. Quiero ver a aquel con quien hablo, pues es una persona particular, cuya figura y carácter da valor, o se lo quita, a sus palabras; por el contrario, el que cante para mí debe ser invisible; su figura no debe seducirme o extraviarme. Aquí no es más que un órgano que le habla a otro órgano, no un espíritu a un espíritu; no es el mundo de mil formas que le habla a la vista, ni un cielo a la humanidad». Por lo mismo, en cuanto a música instrumental, quería que la orquesta estuviera lo más escondida posible, porque se ve uno muy distraído y confundido por los movimientos mecánicos y los gestos necesarios y siempre extraños de los instrumentistas. Por ello, no solía escuchar música sino con los ojos cerrados, para concentrar todo su ser en el único y puro goce del oído.

Iban a dejar la sala cuando oyeron a los niños, que llegaban corriendo vivamente por la galería, y a Félix que gritaba:

-¡Yo! ¡Yo!

Mignon fue la primera que penetró por la abierta puerta; venía sin aliento, y no pudo decir palabra; Félix gritó, ya desde lejos:

-¡Ahí está madre Teresa!

Parece ser que los niños habían apostado a ver quién les transmitía primero la noticia. Mignon cayó en brazos de Natalia, su corazón latía fuertemente.

-Niña mala -díjole Natalia-, ¿no te está prohibido todo movimiento violento? Mira cómo te palpita el corazón.

-Que se rompa de una vez -dijo Mignon, con un profundo suspiro-; late ya desde hace demasiado tiempo.

Apenas se habían rehecho de este sobresalto y de esta especie de alarma, cuando entró Teresa. Corrió hacia Natalia, la abrazó, lo mismo que a la buena niña. Después volviose hacia Guillermo, contemplole con sus ojos claros y dijo:

-Vamos, amigo mío, ¿en qué quedamos? Espero que no se habrá usted dejado engañar.

Guillermo dio un paso hacia ella, ella corrió hacia él y se colgó de su cuello.

-¡Oh, Teresa mía! -exclamó él.

-¡Amigo mío! ¡Mi amado! ¡Mi esposo! ¡Sí, tuya para siempre! -prorrumpió ella, en medio de los más ardientes besos.

Félix le tiraba de las faldas y exclamaba:

-Madre Teresa, también estoy yo aquí.

Natalia permanecía inmóvil y miraba al suelo; de pronto Mignon se llevó la mano izquierda hacia el corazón y, extendiendo violentamente el brazo derecho y lanzando un grito, cayó como muerta, a los pies de Natalia.

Fue grande el espanto: no podía advertirse ningún latido en el corazón ni en el pulso. Guillermo la tomó en brazos y la sacó de allí rápidamente; el cuerpo, bamboleante, pendía hacia atrás, sobre sus hombros. La presencia del médico dio pocas esperanzas; esforzose en vano con el joven cirujano, a quien ya conocemos. No hubo modo de volver a traer a la vida a la querida criatura.

Natalia hízole un gesto a Teresa. Esta cogió a su amigo por la mano y lo sacó de la habitación. Manteníase él callado y sin voz y no tenía valor para buscar los ojos de Teresa. Estuvo así sentado junto a ella, en el canapé donde por primera vez había encontrado a Natalia. Pensaba con gran celeridad en una serie de acontecimientos, o, más bien, no pensaba en ellos, dejaba que actuara sobre su alma lo que no podía apartar de sí. Hay momentos en la vida en los que los acontecimientos, análogos a lanzaderas, se mueven rápidamente ante nosotros y acaban, sin detenerse, una trama que, en grado mayor o menor, hemos hilado y tejido nosotros mismos.

-Amigo mío, amado mío -dijo Teresa, rompiendo el silencio y cogiéndolo por la mano- mantengámonos firmemente unidos en este momento, como quizá tengamos que estarlo con frecuencia en casos análogos. Este es uno de esos acaecimientos que no se pueden soportar sino siendo dos. Amigo mío, conoce y comprende que no estás solo, muestra que amas a tu Teresa, muéstralo primero compartiendo con ella tus dolores.

Lo abrazó, estrechándolo dulcemente contra su pecho. Cogiola él entre sus brazos y la oprimió contra sí con vehemencia.

-La pobre niña -exclamó-, en sus momentos tristes, buscaba refugio y protección en mi inseguro pecho; haz que la firmeza del tuyo me favorezca en esta hora espantosa.

Se mantenían estrechamente abrazados; Guillermo sentía el corazón de Teresa latiendo contra su pecho, pero en su espíritu no había más que soledad y vacío; sólo las imágenes de Mignon y de Natalia flotaban como sombras ante su imaginación.

Entró Natalia.

-¡Danos tu bendición! -exclamó Teresa-; permite que nos unamos ante ti en este triste momento.

Guillermo tenía su semblante escondido en el seno de Teresa; era lo bastante feliz para poder llorar. No oyó entrar a Natalia, no la veía, pero con el sonido de su voz redobláronse sus lágrimas.

-Lo que Dios une no quiero yo apartarlo -dijo Natalia, sonriéndose-; pero yo no puedo uniros, y no podría alabar que el dolor y el afecto parecieran desterrar por completo de vuestros corazones todo recuerdo de mi hermano.

Al oír estas palabras, Guillermo se arrancó de los brazos de Teresa.

-¿Adónde va usted? -dijeron ambas damas.

-¡Dejadme que vea a la niña, a quien he matado! -exclamó-. La desgracia que vemos por nuestros propios ojos es menor que si nuestra imaginación imprime poderosamente el mal en nuestro ánimo; veamos a ese ángel que nos ha abandonado. Su semblante sereno nos dirá que es feliz.

Como ambas amigas no podían detener al conmovido mancebo, fueron detrás de él; pero el buen médico, que salió a su encuentro con el cirujano, les impidió acercarse al cadáver y les dijo:

-Aléjense ustedes de este triste objeto y permitan que, hasta donde alcance mi arte, dé duración a los restos de esta singular criatura. Quiero, ejercitar al punto con la querida niña el bello arte no sólo de embalsamar un cuerpo, sino de conservarle apariencias de vida. Como preveía ya su muerte, hice todos los preparativos, y, con este ayudante, espero tener éxito. Concédanme ustedes un plazo de algunos días, y no pretendan volver a ver a la querida niña hasta que la hayamos llevado a la Sala del Pasado.

El joven cirujano tenía otra vez entre sus manos aquella curiosa cartera de instrumentos.

-¿De quién puede haberla adquirido? -preguntole Guillermo al médico.

-La conozco muy bien -respondió Natalia-; procede de su padre, que le vendó a usted en otro tiempo en el bosque.

-¡Oh, entonces no me había equivocado! -exclamó Guillermo-; al instante conocí la cinta. Cédamela usted; fue lo primero que me puso sobre la pista para encontrar a mi bienhechora. ¡A cuántos bienes y daños no puede sobrevivir un objeto inanimado, tal como éste! ¡De cuántos dolores no fue ya testigo esta cinta, y su tejido subsiste siempre! ¡A cuántas criaturas humanas no ha acompañado en sus últimos momentos, y sus colores aún no se han marchitado! Estuvo presente en uno de los más hermosos momentos de mi vida, cuando yacía yo herido sobre el suelo. Usted apareció ante mí como figura benéfica, al tiempo que, con ensangrentados cabellos, se tomaba los más tiernos cuidados por mi vida la niña cuya temprana muerte lloramos.

Los amigos no tuvieron mucho tiempo para discurrir sobre aquel triste acontecimiento y explicarle a la señorita Teresa la historia de la niña y la probable causa de su inesperada muerte, pues fueron anunciados forasteros, los cuales, cuando estuvieron presentes, resultó que en modo alguno lo eran. Entraron Lotario, Yarno y el abate. Natalia fue al encuentro de su hermano; entre los restantes prodújose un silencio instantáneo. Teresa le dijo, sonriéndose, a Lotario:

-Apenas creería usted encontrarme aquí; por lo menos, no es muy aconsejable que nos busquemos en tales momentos; no obstante, le saludo cordialmente después de tan larga ausencia.

Lotario le tendió la mano y respondió:

-Si hemos de sufrir y carecer, siempre podemos hacerlo en presencia del objeto deseable y querido. No pretendo ejercer ningún influjo sobre su decisión, y mi confianza en su corazón, inteligencia y buen sentido es siempre tan grande, que pongo en sus manos mi destino y el destino de mi amigo.

La conversación, dirigiose en seguida a cuestiones generales, y hasta puede decirse que a asuntos insignificantes. La reunión dispersose muy pronto, para pasear por parejas separadas. Natalia había ido con Lotario, Teresa con el abate y Guillermo había quedado en el castillo con Yarno.

La aparición de los tres amigos en el momento en que a Guillermo le abrumaba tan gran dolor, en vez de distraerlo, había excitado y empeorado su humor; estaba enojado y lleno de sospechas, y ni pudo ni quiso ocultarlo cuando Yarno le habló de su displicente silencio.

-¿Es necesario todavía más? -exclamó Guillermo-. Llega Lotario, preséntase con sus consejeros, y sería raro que aquellos misteriosos poderes de la torre, que siempre están tan ocupados, no actuaran también en este caso, y no sé qué extraño propósito querrán realizar con nosotros y en nosotros. En cuanto puedo conocer a esos santos varones, su laudable intención parece siempre ser la de separar lo que está unido y unir lo que está separado. La trama que puede originarse de ello será siempre un enigma para nuestros ojos profanos.

-Se muestra usted lleno de enojo y amargura -dijo Yarno-; está muy bien. Y si quiere usted enfadarse por completo, será aún mejor.

-Todo se andará -respondió Guillermo-, y temo mucho que esta vez se desea excitar hasta el último extremo mi paciencia natural y adquirida.

-Podría yo, por tanto -dijo Yarno-, mientras vemos adónde van a parar estas historias, contarle algo de la torre, contra la que parece abrigar usted tan gran desconfianza.

-Como usted guste -respondió Guillermo-, si se atreve a hacerlo, aunque esté yo distraído. Mi ánimo está lleno de tantas cosas, que no sé ya si podrá conceder a esas dignas aventuras todo el interés que les debo.

-Su agradable estado de ánimo -dijo Yarno- no me apartará de explicarme con usted acerca de este punto. Usted me considera como un mozo astuto, y quiero que también llegue a tenerme por un hombre borrado; y, lo que es más, esta vez tengo el encargo de hacerlo.

-Desearía que hablara usted de modo espontáneo y con voluntad de darme luz -respondió Guillermo-; pero ya que no puedo oírle sin desconfianza, ¿para qué he de escucharle?

-Si en este momento no tengo mejor cosa que hacer que referir cuentos -dijo Yarno-, también usted tendrá tiempo para consagrarme alguna atención; acaso esté usted ya dispuesto a ello, si comienzo por decirle que todo lo que ha visto usted en la torre no son propiamente más que reliquias de una empresa juvenil, que al principio fue tomada con gran seriedad por la mayor parte de los iniciados, y de la cual todos se sonríen ahora cuando llega el momento.

-Por tanto, sólo son juego esos nobles símbolos y esas imponentes palabras -exclamó Guillermo-; se nos conduce con solemnidad a un lugar que nos infunde respeto; hácesenos ver maravillosas apariciones; dánsenos rollos llenos de sentencias magníficas y misteriosas, de las que, a la verdad, sólo comprendemos la menor parte; se nos comunica que hasta entonces no hemos sido más que aprendices, se nos deja marchar, y sabemos tanto como antes.

-¿No tiene usted a mano el pergamino? -preguntó Yarno-; contiene mucho bueno, pues esas sentencias generales no han sido escritas a humo de pajas; a la verdad, sólo le parecen obscuras y vacías a aquel en quien no susciten el recuerdo de alguna experiencia. Deme usted la llamada carta de aprendizaje, si la tiene usted a su alcance.

-Y tan a mi alcance -replicó Guillermo-; siempre habría que llevar sobre su corazón este amuleto.

-Pues bien -dijo Yarno, sonriéndose-; quién sabe si alguna vez su contenido no encontrará lugar en su corazón y en su cabeza.

Yarno echó una ojeada al documento y recorrió rápidamente con la vista toda su primera mitad.

-Esto -dijo- se refiere al cultivo del sentimiento artístico, cosa de que tratarán otros; la segunda mitad trata de la vida, y ahí me encuentro yo más en mi terreno.

Entonces comenzó a leer diversos pasajes, entremezclando y enlazando entre ellos observaciones y relatos.

-Es extraordinaria la afición de la juventud hacia lo secreto, las ceremonias y las palabras solemnes, lo cual es, con frecuencia, señal de cierta profundidad de carácter. A esa edad quiere sentirse uno apresado y afectado en todo su ser, aunque solo sea de una manera obscura e imprecisa. El mancebo, que presiente mucho, cree encontrar muchas cosas en un misterio, quiere gran significación en un secreto y tener que actuar conforme a él. El abate fortaleció este sentido en una reunión de jóvenes, en parte por los principios dichos, en parte por afición y costumbre, pues en otro tiempo había estado afiliado a una sociedad que tenía que actuar mucho en lo secreto. Yo era el que se encontraba peor dispuesto para tal modo de proceder. Era mayor que los otros; desde la niñez había sido clarividente, y en

todas las cosas sólo deseaba claridad; no tenía ningún otro interés sino el de conocer el mundo tal como era, y contagié esta afición a los mejores de los otros compañeros, con lo cual faltó poco para que tomara mal rumbo toda nuestra educación, pues comenzamos a no ver más que las faltas ajenas y sus limitaciones, teniéndonos a nosotros mismos por seres excelentes. El abate vino en nuestro auxilio y nos enseñó que no hay que observar a los hombres sin interesarse por su perfeccionamiento, y sólo se encuentra uno en situación de poder observarse y espiarse a sí mismo cuando ejerce una actividad. Nos aconsejó que conserváramos aquellas primeras formas de sociedad; mantúvose, pues, algo sometido a ley en nuestras reuniones, advirtiose la huella de la primera impresión mística en la organización del conjunto; después tomose como símbolo la forma de un oficio que se eleva hasta el arte. Por eso hubo las denominaciones de aprendices, compañeros y maestros. Quisimos ver por nuestros propios ojos y crear un archivo particular de nuestro conocimiento del mundo; de ahí proceden las numerosas confesiones, en parte escritas por nosotros mismos, en parte procedentes de haber inclinado a otros a que lo hicieran, con las que después fueron compuestos Los años de aprendizaje. No todos los hombres se ocupan realmente de su formación; muchos sólo desean un remedio doméstico para lograr su bienestar, recetas para encontrar la riqueza y toda especie de goces. Todas estas gentes que no quieren caminar con sus propios pies son detenidos en parte con mistificaciones y otros juegos de manos, en parte son dejados a un lado. Sólo hablamos en nuestro propio tono a los que sienten vivamente y conocen con claridad aquello para lo que han nacido y se han ejercitado bastante para seguir su camino con cierta alegría y facilidad.

-Pues se han dado ustedes demasiada prisa conmigo -replicó Guillermo-, porque precisamente desde aquel momento sé menos que nunca lo que puedo, quiero o debo hacer.

-Sin culpa alguna hemos caído en este enredo; que la buena suerte nos ayude a salir de él. Escuche usted, mientras tanto: aquel en quien hay mucho que desarrollar, comprenderá con mayor retraso el mundo y a sí mismo. Sólo hay pocas personas que sean capaces de pensar y hacer al mismo tiempo. La reflexión dilata, pero paraliza; la acción vivifica, pero limita.

-Le suplico que no me lea usted más de esas sentencias raras -interrumpiole Guillermo-. Ya me han confundido bastante esas palabras.

-Pues me atendré a la narración -dijo Yarno, arrollando a medias el pergamino y sólo de vez en vez lanzando sobre él una mirada-. Yo mismo he sido quien menos servicios presté a nuestra sociedad y a los hombres; soy muy mal maestro; me es insoportable ver cómo hace torpes tentativas cualquier persona; al que se equivoca tengo que darle voces en seguida, aunque sea un sonámbulo a quien vea en camino de romperse el pescuezo. Sobre ello he tenido siempre mis dificultades con el abate, quien afirma que el error sólo puede ser curado por el error. También acerca de usted hemos disputado con frecuencia: él le había tomado especial estimación, y ya quiere decir algo atraer su atención en grado tan alto. Tiene usted que concederme que, dondequiera que yo le haya encontrado, le dije siempre la pura verdad.

-Me ha tratado usted con pocos miramientos -dijo Guillermo-, y parece que se mantiene usted fiel a sus principios.

-¿Para qué tratar con miramientos -repuso Yarno- a un joven lleno de diversas y excelentes disposiciones, que emprende una dirección completamente falsa?

-Perdone usted -dijo Guillermo-, pero usted me ha negado bastante severamente toda capacidad para ser cómico; le confieso que, aunque haya renunciado por completo al teatro, no puedo declararme incapaz en absoluto para la escena.

-Y en cuanto a mí -dijo Yarno-, tengo muy bien sabido que aquel que sólo puede representarse a sí mismo no es un comediante. Quien no puede transformar de muchas maneras su espíritu y su figura no merece tal nombre. Así, por ejemplo, sé que ha representado bien el Hamlet y algunos otros papeles, en los que lo ayudaban a usted su carácter, aspecto físico y su disposición del momento. Eso sería bastante para un aficionado al teatro o para cualquiera que no viera ningún otro camino abierto ante sí. Hay que defenderse de un talento -prosiguió Yarno, echando la vista sobre el rollo- que no se espera llevar a la perfección. Avánce se en él cuanto se quiera, pero, por último, al reconocer que todo es mérito del maestro, lamentarase dolorosamente la pérdida de tiempo y de fuerzas empleadas en tal chapucería.

-¡No lea usted! -dijo Guillermo-, se lo suplico; siga usted hablando, cuénteme usted, explíqueme usted las cosas. Por lo tanto, ¿fue el abate quien me ayudó en el Hamlet, procurándome un fantasma?

-Sí, pues aseguraba que era el único camino para curarle a usted, si era usted curable.

-¿Y por eso fue por lo que me dejó el velo, mandándome que huyera?

-Sí, y hasta esperaba que, después de la representación del Hamlet, estaría agotado todo su gusto por el teatro. No volvería usted después a pisar las tablas, según él afirmaba; yo creía lo contrario, y tuve razón. Aun disputamos sobre ello aquella misma noche después de la función.

-Según eso, ¿usted me vio representar?

-Ciertamente.

-¿Y quién hizo de fantasma?

-Yo mismo no puedo decírselo: el abate o su hermano gemelo; pero creo que este último, porque es un poco mayor.

-Por tanto, ¿también tienen ustedes secretos unos para otros?

-Los amigos pueden y deben tener mutuamente secretos; pero no son un secreto uno para otro.

-Me confunde ya la sola idea de esa confusión. Explíqueme usted cómo es ese hombre a quien soy deudor de tantas cosas, y a quien puede hacer tantos reproches.

-Lo que lo hace tan precioso para nosotros -respondió Yarno-, lo que, hasta cierto punto, le da señorío sobre todos es la libre y aguda mirada que le dio la Naturaleza para conocer todas las fuerzas que residen en el hombre, cada una de las cuales puede desenvolverse a su modo. La inmensa mayoría de los hombres, aun los más distinguidos, son seres limitados: cada cual aprecia ciertas propiedades en sí y en los otros; no favorece más que a éstas, no quiere cultivar más que a ellas solas. El abate actúa de un modo totalmente opuesto: tiene espíritu para todo, se interesa por todo y lo comprueba y lo suscita. En este punto tengo que volver a leer el rollo -prosiguió Yarno-: Todos los hombres componen la humanidad; todas las fuerzas tomadas en conjunto, el mundo. Estas suelen estar en oposición unas con otras, y al tratar de destruirse, la Naturaleza las mantiene unidas, y vuelve a producirlas. Desde el menor y más grosero impulso mecánico hasta el más alto ejercicio de las artes espirituales; desde los balbuceos y gritos del niño hasta las más excelsas manifestaciones del orador y del cantante; desde las primeras peleas del mozuelo hasta los monstruosos preparativos con los que los países son defendidos y conquistados; desde la más leve benevolencia y el más pasajero amor hasta la más violenta pasión y el más grave compromiso; desde el más neto sentimiento de presencia sensual hasta las más suaves sospechas y esperanzas de un remotísimo porvenir espiritual: todo eso y mucho más reside en el hombre y tiene que ser cultivado; pero no en uno, sino en muchos. Cada disposición es importante y tiene que ser desarrollada. Si el uno sólo cultiva lo bello y el otro sólo lo útil, componen entre los dos un ser humano. Lo útil se fomenta por sí mismo, porque la muchedumbre lo produce y nadie puede carecer de él; lo bello tiene que ser fomentado, pues pocas gentes lo crean y muchas lo necesitan.

-¡Basta! -exclamó Guillermo-; ya he leído todo eso.

-Aún unas pocas líneas -repuso Yarno-; aquí vuelvo a encontrar plenamente al abate: Una fuerza domina a otra, pero ninguna puede formar a la otra; sólo en cada disposición natural reside la fuerza para perfeccionarse; eso lo comprenden muy pocos hombres, aunque quieran enseñar y dirigir.

-Y tampoco yo lo comprendo -repuso Guillermo.

-Con bastante frecuencia oirá usted hablar de este texto del abate, y, por tanto, veamos y afirmemos claramente lo que hay en nosotros y lo que podemos cultivar en nosotros; seamos justos para con los demás, pues sólo somos estimables en cuanto sabemos estimar.

-¡Por caridad, no más sentencias! Siento que son muy mal remedio para un corazón herido. Es mejor que me diga usted, con su cruel exactitud, lo que esperan ustedes de mí y cómo y de qué manera quieren ustedes sacrificarme.

-Le aseguro que más adelante nos pedirá usted perdón por cada una de sus sospechas. A usted le corresponde ensayar y elegir y a nosotros prestarle auxilio. El hombre no es feliz sino cuando se han puesto límite por sí mismas sus ilimitadas aspiraciones. No me haga usted caso a mí, sino al abate; no piense en sí mismo, sino en lo que le rodea. Aprenda, por

ejemplo, a concebir las excelencias de Lotario; cómo su alto juicio y su actividad están inseparablemente unidos uno con otra, cómo progresa siempre, cómo se desenvuelve constantemente y arrastra consigo a los otros. Dondequiera que esté, siempre lleva consigo un mundo; su presencia vivifica e inflama. Mire usted, en cambio, a nuestro buen médico: parece poseer por completo la naturaleza más opuesta. Si aquél actúa sólo en el conjunto y hasta desde lejos, no dirige éste su clara mirada sino a las cosas más inmediatas; más bien procura medios para ejercer la actividad que la provoca y anima; su modo de proceder es en todo semejante a una buena administración; su influencia es silenciosa, ya que sólo ayuda a cada cual en su esfera; su ciencia es un perenne recoger y distribuir, un tomar y dar cosas pequeñas. Acaso Lotario podría destruir en un día lo que este emplea años en edificar; pero quizá también Lotario comunica en un momento a los otros la fuerza necesaria para volver a reconstruir cien veces lo destrozado.

-Es una triste ocupación -dijo Guillermo- tener que pensar en los méritos ajenos en un momento en que no está uno de acuerdo consigo mismo; tales consideraciones convienen muy bien a un hombre tranquilo, no a quien está agitado por la pasión y la incertidumbre.

-Considerar las cosas tranquila y sensatamente no daña en ningún tiempo, y al habituarnos a pensar en los merecimientos de los otros pónense inadvertidamente en su lugar los nuestros, y renunciamos gustosos a toda falsa actividad suscitada en nosotros por la fantasía. Liberte usted, si es posible, su espíritu de toda sospecha e inquietud. Allí viene el abate; sea usted amable con él, hasta que aprenda aún más cuánta gratitud le debe. ¡El muy picarón! Viene entre Natalia y Teresa, y apostaría que está tramando algo. De igual modo que, en general, le gusta representar, en cierto grado, el papel del destino, tampoco se libra a veces del capricho de hacer un matrimonio.

Guillermo, cuya disposición de ánimo, colérica y enojada, no se había mejorado con las prudentes y bondadosas palabras de Yarno, encontró altamente indelicado que su amigo mencionara tales cosas justamente en aquel momento, y le dijo, cierto que sonriéndose, pero no sin amargura:

-Creía yo que se dejaba el capricho de hacer los matrimonios a las personas que se aman.

Capítulo VI

La sociedad había vuelto a encontrarse, y nuestros amigos se vieron obligados a interrumpir su conversación. No mucho después fue anunciado un correo, que debía entregar en propia mano una carta a Lotario; fue introducido el hombre; parecía robusto y capaz; su librea era muy rica y de buen gusto. Guillermo creyó reconocerlo, y no se equivocó, porque era la misma persona que había enviado en otro tiempo tras Filina y la presunta Mariana, y que no había regresado. Iba precisamente a dirigirle la palabra cuando Lotario, que había leído la carta, díjole al correo con gravedad y casi con enojo:

-¿Cómo se llama su señor?

-Entre todas las preguntas que pueden hacérseme -respondió, con prudencia, el correo-, ésa es a la que menos me es dado responder; espero que la carta ya le habrá anunciado lo preciso; de palabra no me ha sido dada comisión alguna.

-Sea como quiera -repuso Lotario con una sonrisa-, ya que su señor tiene tanta confianza conmigo para escribirme tal majadería, será bien recibido en nuestra casa.

-No se hará esperar mucho tiempo -respondió el correo con una cortesía, y se alejó.

-Oigan ustedes -dijo Lotario- la loca e insulsa embajada: «Como entre todos los huéspedes -escribe el desconocido- el buen humor debe ser el más agradable, cuando se presente, y como yo lo llevo siempre conmigo como compañero de viaje, estoy convencido que no será mal recibida la visita que he pensado hacer a su Excelencia y Dilección, sino que más bien espera llegar para plena satisfacción de toda esa alta familia y retirarse en ocasión oportuna el que es, etc., etc., Conde de Pata de Caracol».

-Esa es una estirpe nueva -dijo el abate.

-Debe de ser un conde vicarial -repuso Yarno.

-El secreto es fácil de adivinar -dijo Natalia-; apuesto a que es nuestro hermano Federico, que desde la muerte del tío viene amenazándonos ya con una visita.

-¡Exacto, bella y sabia hermana! -exclamó alguien en un próximo bosquecillo, y al mismo tiempo avanzó un agradable y risueño joven.

Guillermo apenas pudo contener un grito.

-¿Cómo -exclamó-, nuestro pícaro rubio? ¿También él debe volver a presentárseme aquí?

Federico prestó atención, conoció a Guillermo y exclamó:

-Verdaderamente, me habría asombrado menos encontrar en el jardín de mi tío las célebres pirámides, que tan sólidamente se asientan en Egipto, o la tumba del rey Mausolo, la cual, según me han asegurado, ya no existe, que a usted, antiguo amigo y plural bienhechor. Reciba usted mi especial y más afectuoso saludo.

Después de haber saludado y besado a todos alrededor, volvió otra vez junto a Guillermo y exclamó:

-Cuidadme bien a este héroe, este general y filósofo dramático. El día de nuestro primer conocimiento, lo peiné mal, hasta puedo decir que lo peiné como al cáñamo, y, no obstante, me ahorró después una buena tanda de bastonazos. Es magnánimo como Escipión, dadivoso como Alejandro, enamorado también, si llega la ocasión, pero sin odiar a sus rivales. No amontona carbones encendidos sobre la frente de sus enemigos; cosa que, según

se dice, debe ser uno de los peores servicios que puede prestársele a alguien; más bien envía al amigo que le ha birlado su moza buenos y fieles servidores, a fin de que su pie no tropiece con ninguna piedra.

Prosiguió irreprimiblemente en este mismo tono, sin que nadie estuviera en situación de detenerlo; y como nadie tampoco podía responder de igual modo, conservó la palabra durante bastante tiempo.

-No os asombréis -exclamó- de mi gran erudición en autores sagrados y profanos; ya sabréis cómo alcancé estos conocimientos.

Querían saber de él cómo le iba y de dónde venía; pero, a fuerza de sentencias de moral y antiguas historias, no podían llegar a ninguna clara explicación.

Natalia díjole en voz baja a Teresa:

-El género de su alegría me hace daño; apostaría que, a pesar de todo, no es feliz.

Como Federico no encontrara en la reunión ningún eco para sus payasadas, aparte de ciertas bromas con que le replicó Yarno, acabó por decir:

-No me queda otro remedio sino convertirme en persona seria con mi seria familia, y como en tan graves circunstancias al punto pesa grandemente sobre mi conciencia la carga de todos mis pecados, me decido a hacer brevemente confesión general, pero de la cual no debéis saber nada vosotros, dignas damas y caballeros. Este noble amigo aquí presente, que ya conoce algo de mi vida y empresas, es el único que debe saberlo, tanto más que es el único que tiene ciertos motivos para interrogarme. ¿No tendría usted curiosidad por saber -añadió, dirigiéndose a Guillermo- el cómo, el dónde, el quién, el cuándo y el porqué? ¿Qué hay de la conjugación del verbo griego philéo, philoh, y de los derivativis de este encantador vocablo?

En seguida cogió por el brazo a Guillermo y lo llevó consigo, estrechándolo de todos modos y dándole besos.

Apenas hubo llegado Federico a la habitación de Guillermo, cuando encontró un cuchillo de polvos puesto en la ventana, con la inscripción «Acuérdate de mí».

-Conserva usted bien sus cosas de valor -dijo-; a la verdad, éste es el cuchillo de polvos de Filina, que le regaló a usted aquel día en que tanto le tiré yo de los cabellos. Espero que usted habrá recordado fielmente a la hermosa muchacha al hacer uso de él, y le aseguro que tampoco ella le ha olvidado, y si no hubiera yo desterrado de mi corazón toda huella de celos hace mucho tiempo, no le vería a usted sin envidia.

-No me hable usted más de esa criatura -replicó Guillermo-. No niego que, durante mucho tiempo, no pude librarme de la impresión que hacía sobre mí su grata presencia; pero eso fue todo.

-¡Uf! -exclamó Federico-. Avergüéncese usted. ¿Quién renegará de una mujer querida? Y usted la amó tan por completo, que nada quedaba ya por desear. No pasaba día en que no le regalara algo a la muchacha, y cuando el alemán hace regalos, de fijo es que ama. No me quedaba otro remedio sino acabar por rapiñársela a usted, y eso logró hacerlo filialmente el militarcete rojo.

-¿Cómo? ¿Era usted el militar que encontramos en casa de Filina y con quien ella partió?

-Sí -respondió Federico-; el mismo a quien tomó usted por Mariana. Nos hemos reído bastante con su error.

-¡Qué crueldad! -exclamó Guillermo-. ¡Dejarme en tal incertidumbre!

-Y, además, tomar al instante a nuestro servicio al recadero que envió usted en nuestro seguimiento -replicó Federico-. Es un buen chico y desde ese tiempo no se apartó de nuestro lado. Y a la muchacha todavía la amo, tan locamente como siempre. Me ha hechizado tan por completo, que, a poco más, me encuentro en un caso mitológico, y todos los días temo ser metamorfoseado.

-Dígame usted -preguntó Guillermo-, ¿de dónde le viene esa vasta erudición? Oigo con asombro la extraña costumbre que usted ha adoptado de hablar siempre refiriéndose a historias y fábulas de la antigüedad.

-De la manera más divertida -dijo Federico- he llegado a ser erudito, hasta un gran erudito. Filina vive ahora conmigo; le hemos alquilado a un colono el viejo castillo de una posesión feudal, donde hacemos, como los gnomos, la vida más amena. Hemos encontrado allí una biblioteca, cierto que escasa, pero escogida, que contiene una Biblia infolio, la Cronica, de Godofredo; dos volúmenes del Theatrum europaeum, la Acerra Philologica, las obras de Gryphius y algunos libros menos importantes. Cuando habíamos alborotado bastante, a veces sentíamos aburrimiento, queríamos leer, y antes de que nos hiciéramos cargo de ello era mayor nuestro fastidio. Por último, tuvo Filina la magnífica ocurrencia de colocar todos los libros en una gran mesa, nos sentamos uno frente a otro, y en voz alta leemos alternativamente, y siempre a trozos, ya en un libro, ya en otro. ¡Fue un verdadero goce! Creíamos hallarnos realmente en buena sociedad, donde se tiene por mala educación el continuar demasiado tiempo tratando de una misma materia o el pretender dilucidarla con harta profundidad; creíamos estar también en una de esas reuniones animadas donde nadie quiere dejarle hablar al otro. Con regularidad, nos consagramos a esta diversión todos los días, y de este modo, poco a poco, nos hemos hecho ya tan instruidos que nosotros mismos nos asombramos de ello. No encontramos ya nada nuevo bajo el sol; nuestra ciencia nos ofrece precedentes para todo. Variamos el modo de instruirnos de diversas maneras. A veces leemos guiándonos por un viejo reloj de arena estropeado que se vacía en pocos minutos. Rápidamente le da la vuelta el otro y comienza a leer en otro libro, y apenas vuelve a estar la arena en el vaso inferior cuando ya comienza el primero a dar su conferencia, y en esta forma estudiamos realmente de un auténtico modo académico, salvo que hacemos más cortas nuestras lecciones y nuestros estudios son mucho más diversos.

-Comprendo bien esa locura -dijo Guillermo-, si llega a reunirse una pareja tan divertida como la suya; pero que esa ligera pareja pueda permanecer junta tanto tiempo no es cosa que pueda comprender tan pronto.

-Esa es precisamente la suerte y la desgracia -exclamó Federico-. Filina no puede dejarse ver; también le repele verse a sí misma: se encuentra embarazada. En tal situación, no hay nada en el mundo peor formado y más ridículo que ella. Poco tiempo antes de que yo partiera, púsose, por casualidad, delante del espejo. «¡Qué horror! -dijo, apartando el rostro-; ¡la propia estampa de madama Melina! ¡Qué repulsiva imagen! Resulta una completamente repugnante».

-Tengo que confesar -repuso Guillermo, sonriéndose- que deberá ser bastante cómico veros juntos, como padre y madre.

-Es un verdadero delirio -dijo Federico- que, al final de cuentas, tenga que pasar yo por el padre. Ella lo afirma, y los tiempos concuerdan con su afirmación. Al principio confundíame un poco cierta maldita visita que ella le hizo a usted después del Hamlet.

-¿Qué visita?

-Aún no se habrá borrado por completo su recuerdo en usted. El delicioso y palpable fantasma de aquella noche era Filina, si todavía usted no lo sabe. Esa historia me proporcionó, a la verdad, una dote bien amarga; pero tiene que renunciar uno al amor si no quiere permitir tales cosas. La paternidad sólo reposa sobre el convencimiento, en términos generales; estoy convencido, y, por tanto, soy su padre. Ahí ve usted que también sé hacer uso de la lógica en su debido lugar, y en cuanto al niño, si no se muere de risa en el mismo momento de su nacimiento, podrá ser, si no útil, por lo menos, un agradable ciudadano del mundo.

Mientras los amigos conversaban de esta alegre manera sobre frívolos temas, el resto de la sociedad había comenzado una grave conversación. Apenas se habían alejado Federico y Guillermo, cuando el abate condujo insensiblemente a la reunión hacia el pabellón del jardín, y cuando hubieron tomado asiento, comenzó su conferencia de este modo:

-Hemos afirmado en general -dijo- que la señorita Teresa no es hija de su madre; es necesario que expliquemos detalladamente tal afirmación. He aquí la historia que ofrezco justificar y probar inmediatamente en todas formas. La señora de *** vivió en la mejor armonía con su esposo durante los primeros años de su matrimonio; sólo tenían la desgracia de que los hijos, que por dos veces fueron esperados, llegaban muertos al mundo, y la tercera, el médico casi llegó a anunciar la muerte de la madre, prediciendo que sería totalmente inevitable en un siguiente embarazo. Viéronse obligados a tomar una resolución; no querían romper el matrimonio, por encontrarse muy bien establecidos en sociedad. La señora de *** buscó en el cultivo de su espíritu, en ciertas representaciones teatrales y en los goces de la vanidad una especie de compensación a las dichas maternas que le eran negadas. Soportó con mucha tranquilidad que su esposo sintiera afición por una dama que gobernaba toda la hacienda, tenía hermosa figura y carácter muy sensato. La señora de ***, al cabo de breve tiempo, propuso un arreglo, según el cual la buena muchacha se entregó al

padre de Teresa, continuando sus funciones domésticas y mostrando todavía hacia la señora de la casa mayor celo y abnegación que antes. Al cabo de algún tiempo sintiose encinta, y ambos esposos, aunque por motivos muy diferentes, tuvieron en aquella ocasión el mismo pensamiento. El señor de *** deseaba introducir legalmente en la casa, como suyo, el hijo de su amada, y la señora de ***, ofendida de que por una indiscreción de su médico hubiera sido sabida su situación en la vecindad, pensaba volver a restablecer su fama mediante un hijo supuesto, y con tal complacencia, mantener un ascendiente en la casa que temía perder, dadas las demás circunstancias. Fue más reservada que su marido, notó bien lo que él deseaba y, sin salirle al paso, supo facilitar una explicación. Puso sus condiciones, y obtuvo casi todo lo que quería, originándose de este modo el testamento en que parece haberse pensado tan escasamente en la niña. El medico viejo había muerto; dirigiéronse a uno joven, activo y hábil; fue bien recompensado, y hasta pudo hacerse un honor reparando y dando a conocer la torpeza y precipitación de su difunto colega. La madre verdadera accedió de grado a ello; representaron muy bien la comedia, vino al mundo Teresa y fue atribuida a una madrastra, mientras que su madre auténtica era víctima de esta superchería, pues falleció por osar levantarse demasiado pronto, dejando inconsolable al buen hombre. La señora de *** había alcanzado, mientras tanto, su pleno propósito: a los ojos del mundo tenía una encantadora niña, que mostraba orgullosa; al mismo tiempo se había librado de una rival, cuya posición no había visto sin envidiosos ojos y cuya influencia temía secretamente, para el porvenir por lo menos; abrumaba a la niña con ternuras, y supo atraerse de tal modo al marido, en horas de intimidad, por su vivo dolor por su pérdida, que bien puede decirse que se le rindió por completo, puso en manos de la esposa su dicha y la dicha de su hija y sólo poco tiempo antes de su muerte, y en cierto modo gracias a su hija ya crecida, volvió a ser señor de su casa. Este era, bella Teresa, el secreto que, probablemente, tanto habría deseado descubrir a usted su padre enfermo; eso es lo que yo quería exponerle a usted detalladamente, ahora que no se encuentra en la reunión el joven amigo que ha llegado a ser su novio ante el mundo por el más raro encadenamiento de circunstancias. Aquí están los documentos que prueban lo que he afirmado del modo más riguroso. Por ellos sabrá usted cuánto tiempo anduve tras las huellas de este descubrimiento y cómo sólo ahora pude llegar, no obstante, a la certidumbre; cómo no osaba comunicar a mi amigo cosa alguna acerca de la posibilidad de esa dicha, porque habría sido herido harto profundamente si por segunda vez desapareciera esta esperanza. Ya comprenderá usted las sospechas de Lidia, pues confieso gustoso que en modo alguno favorecía yo el afecto de nuestro amigo por esa buena muchacha desde que volví a prever la posibilidad de su unión con Teresa.

Nadie respondió cosa alguna a este relato. Las damas devolvieron los papeles al cabo de algunos días, sin volver a hacer mención de ellos.

Tenían a mano medios suficientes para ocupar a la sociedad cuando estaba reunida. También la comarca ofrecía muchos atractivos que era grato ir a ver, ya solos o ya reunidos, a caballo, en coche o a pie. Yarno aprovechó una de tales ocasiones para dar cuenta de todo a Guillermo; comunicole los documentos, pero no pareció desear ninguna resolución de parte de él.

-En la situación, altamente extraña, en que me encuentro -respondiole Guillermo- me basta repetir a usted lo que ya al principio dije, y con todo mi corazón, en presencia de

Natalia: Lotario y sus amigos pueden pedirme toda clase de renuncias; dejo en sus manos todas mis pretensiones respecto a Teresa; procúreme usted, en cambio, mi licencia formal. ¡Oh, amigo mío! No necesito ninguna gran reflexión para decidirme; ya he observado estos días que Teresa necesita esforzarse para mantener una sombra de la vivacidad con que me saludó al llegar aquí. Me han robado su cariño o, más bien, no lo he poseído nunca.

-Tales situaciones acláranse mejor poco a poco -repuso Yarno-, por medio de silencio y espera, que no con muchos discursos, de los que siempre se origina alguna perplejidad e irritación.

-Creería más bien -dijo Guillermo- que, precisamente, este caso podría terminarse con la más pacífica y clara decisión. Muchas veces se me ha hecho el reproche de ser vacilante e incierto; ¿por qué ahora, que estoy yo decidido, se comete contra mí una falta que se censura en mí? ¿Tómase el mundo tantos trabajos para educarnos sólo para hacernos sentir que no quiere educarse él? Sí; concédanme ustedes pronto la alegre sensación de estar libre de una falsa situación, en la que vine a caer con las más puras intenciones del mundo.

A pesar de este ruego pasaron varios días, en los que no oyó decir nada del asunto ni tampoco notó cambio alguno en sus amigos; la conversación dirigíase más bien hacia temas generales e indiferentes.

Capítulo VII

Cierta vez Natalia, Yarno y Guillermo estaban sentados reunidos, y comenzó a decir Natalia:

-Está usted pensativo, Yarno; vengo notándolo en usted desde hace ya algún tiempo.

-Lo estoy -respondió el amigo-; descubro ante mí un importante asunto, preparado ya desde hace tiempo por nosotros, y que ahora tiene que ser acometido necesariamente. En general, ya sabe usted algo de ello, y bien puedo hablar ante nuestro joven amigo, porque dependerá de él el que participe en la empresa, si tiene gusto para ello. No me verá usted ya mucho tiempo, pues tengo intención de embarcarme para América.

-¿Para América? -repuso Guillermo, sonriéndose-; no hubiera esperado de usted tal aventura, ni mucho menos que me hubiera elegido por compañero.

-Cuando conozca usted por completo nuestros planes -repuso Yarno-, darales un nombre más favorable, y acaso sea conquistado por ellos. Escúcheme usted. Sólo se necesita conocer algún tanto la marcha del mundo para notar que nos amenazan grandes cambios, y que la propiedad casi en ninguna parte está ya segura.

-No tengo ningún concepto claro de la marcha del mundo -replicó Guillermo-, y sólo desde hace poco tiempo me preocupo de mis propiedades. Acaso hubiera hecho bien en

rechazarlas de mi pensamiento durante más tiempo, porque vengo observando que los cuidados por su conservación producen hipocondría.

-Escúcheme usted hasta el fin -dijo Yarno-; la preocupación es propia de la vejez, a fin de que los jóvenes puedan vivir un tiempo sin cuidados. Por desgracia, el equilibrio de las acciones humanas sólo puede mantenerse mediante contrastes. En la actualidad no hay nada que sea menos aconsejable que tener sus propiedades en un solo lugar y confiar todo su dinero a una sola plaza, y es difícil ejercer vigilancia sobre muchos lugares; por eso hemos imaginado otra cosa: de nuestra vieja torre debe salir una sociedad que se extienda por todas las partes del mundo y en la que puedan entrar todas las partes del mundo. Aseguraremos mutuamente nuestras fortunas para el único caso en que una revolución política arroje a algún socio, por completo, de sus propiedades. Yo paso ahora a América para utilizar las buenas relaciones que nuestro amigo ha formado allí durante su residencia. El abate irá a Rusia, y usted, si quiere unirse a nosotros, puede escoger el venir conmigo o ayudar a Lotario en Alemania. Pienso que escogerá usted lo último, pues hacer un gran viaje es extraordinariamente útil para un joven.

Guillermo reflexionó un momento y respondió:

-La propuesta es digna de toda meditación, pues pronto tendré por divisa: mejor cuanto más lejos. Espero que me dé usted a conocer sus planes. Puede depender de mi ignorancia del mundo; pero me parece que tal asociación encontrará dificultades insuperables.

-La mayor parte de las cuales sólo podrán ser removidas -repuso Yarno-, porque hasta ahora sólo somos pocos, honrados, hábiles y decididos, y poseedores de cierto espíritu general, del cual únicamente puede originarse el espíritu de asociación.

Federico, que hasta entonces sólo había escuchado, replicó a ello:

-Si me animáis, también yo iré con vosotros.

Yarno meneó la cabeza.

-Vamos, ¿qué tiene usted que criticar en mí? -prosiguió Federico-. Una nueva colonia requiere también jóvenes colonos, y esos los llevaré yo conmigo; colonos divertidos, se lo aseguro a usted. Y, además, también sabría yo de una buena muchacha que ya no se encuentra aquí en su debido sitio: la dulce y encantadora Lidia. ¿Qué ha de hacer aquí la pobre niña, con sus dolores y penas, si no puede arrojarlos a lo profundo del mar, llegada la ocasión, y si un hombre bravo no la acoge? Pienso, mi joven amigo, que ya que está usted acostumbrado a consolar abandonadas, debe usted decidirse a tomar del brazo a aquella muchacha, e iremos detrás del viejo señor.

Esta proposición enojó a Guillermo. Respondió con fingida tranquilidad:

-Ni siquiera si está libre, y como, en general, no parece que tenga yo buen éxito en mis noviazgos, no querría hacer semejante tentativa.

Añadió Natalia:

-Hermano Federico, crees que porque tú procedes con tanta ligereza, también a los otros son aplicables tus opiniones. Nuestro amigo merece un corazón femenino que le pertenezca por completo, que no sea conmovido a su lado por extraños recuerdos; sólo con un carácter altamente razonable y puro como el de Teresa podía aconsejarse un azaroso negocio de esa clase.

-¡Negocio azaroso! -exclamó Federico-; en amor todo es azar. Bajo la fronda o ante el altar, con abrazos o con anillos de oro, con cantos de grillos o con trompetas y timbales, todo es azaroso, y la casualidad lo dirige todo.

-Siempre he visto -repuso Natalia- que nuestros principios no son más que un suplemento de nuestra existencia. Nos gusta tender sobre nuestras faltas el manto de una valedera ley. Ten cuidado del camino por donde te puede llevar la bella que te atrajo de modo tan poderoso y que te mantiene tan firmemente esclavizado.

-Ella misma está en excelente camino -replicó Federico-; en el camino de la santidad. Cierto que ha tomado un rodeo, pero es tanto más alegre y seguro; María de Magdala caminó también por el mundo, y sabe Dios cuántas otras. Por lo demás, hermana, cuando se trate de amor, no deberías mezclarte en ello. Creo que no te casarás sino cuando en cualquier sitio quede un novio sobrante, y entonces, con tu bondad habitual, te entregarás a él como suplemento de cualquier existencia. Por tanto, déjanos concertar ahora nuestros tratos con este negrero y ponernos de acuerdo sobre nuestros compañeros de viaje.

-Sus proposiciones son ya demasiado tardías -dijo Yarno-. Lidia está ya colocada.

-¿Cómo? -preguntó Federico.

-Yo mismo le he ofrecido mi mano -respondió Yarno.

-Mi viejo amigo -dijo Federico-, con ello ha tenido usted un rasgo por el cual, si se le considera a usted como substantivo, podrían aplicársele diversos adjetivos, y por tanto, diversos predicados si se le considera como sujeto.

-Tengo que confesar sinceramente -replicó Natalia- que es una tentativa peligrosa unirse a una muchacha en el momento en que desespera del amor de otro.

-Yo he osado hacerlo -repuso Yarno-; será mía bajo ciertas condiciones. Y, créamelo usted, nada hay en el mundo más precioso que un corazón capaz de amor y de pasión. No importa si amó o si ama todavía. El amor con que es amada otra persona es casi más encantador para mí que aquel con que sería yo amado; veo la fuerza, la potencia de un hermoso corazón sin que el egoísmo me perturbe en esta pura contemplación.

-¿Ha hablado usted ya con Lidia en estos días? -preguntó Natalia.

Yarno, sonriéndose, hizo un signo afirmativo; Natalia movió la cabeza y dijo al levantarse:

-Estoy a punto de no saber lo que debo pensar de usted, pero de fijo que no me engañará.

Iba precisamente a alejarse cuando entró el abate con una carta en la mano y le dijo:

-Quédese usted; tengo aquí una proposición para la cual serán muy bien recibidos sus consejos. El marqués, amigo de su difunto tío, cuya visita esperamos desde hace algún tiempo, debe llegar uno de estos días. Me escribe diciendo que, como la lengua alemana no es tan corriente para él como había creído, necesita un compañero de viaje que posea perfectamente este idioma y algunos otros, siéndole imprescindible tal intérprete, ya que más bien desea entrar en relaciones científicas que políticas. No conocería yo nadie más apropiado para el caso que nuestro joven amigo. Conoce idiomas; está, además, instruido en muchas cosas, y hasta será gran ventaja para él ver Alemania en tan buena sociedad y bajo tan favorables condiciones. Quien no conoce su patria no tiene término de comparación para los países extranjeros. ¿Qué dice usted, amigo mío? ¿Qué dice usted, Natalia?

Nadie supo oponer cosa alguna a tal proposición; hasta el mismo Yarno pareció no considerarla como obstáculo a su viaje a América, ya que no pensaba partir inmediatamente. Natalia guardó silencio, y Federico adujo diversas máximas sobre la utilidad de los viajes.

Guillermo estaba tan irritado en el fondo de su pecho con aquella nueva proposición, que apenas era capaz de ocultarlo. Vio con demasiada claridad que se habían puesto de acuerdo para librarse de él lo más pronto posible, y, lo que era peor, que lo dejaban ver abiertamente y sin miramientos. También las sospechas que Lidia había provocado en él y todo lo que él había experimentado, mostráronse otra vez vivamente ante su alma, y el modo natural como Yarno le había explicado todas las cosas, pareciole también que sólo contenía una exposición artificiosa.

Recogiose un momento y respondió:

-Esa proposición merece, en todo caso, un maduro examen.

-Será necesaria una rápida decisión -repuso el abate.

-No estoy ahora preparado para ello -respondió Guillermo-. Podemos esperar la llegada de ese hombre y ya veremos si nos entendemos uno con otro. Pero tengo que presentar anticipadamente una condición esencial y es la de llevar conmigo a mi Félix y conducirlo a todas partes.

-Esa condición será difícilmente aceptada -repuso el abate.

-Y no veo yo -exclamó Guillermo-, por qué motivo he de dejarme imponer condiciones por nadie, y por qué, si alguna vez deseo conocer mi patria, he de necesitar la compañía de un italiano.

-Porque un joven siempre tiene motivos para unirse con alguien -replicó el abate con cierta imponente gravedad.

Guillermo, que bien advertía que no se hallaba en situación de dominarse por más tiempo, ya que la situación de su ánimo sólo hasta cierto punto era dulcificada por la presencia de Natalia, dejó oír con cierta precipitación:

-Concédaseme todavía una breve reflexión y presumo que se decidirá rápidamente si tengo motivos para seguir unido con ustedes o si mi corazón y mi razón no me ordenan más bien, de modo irresistible, que rompa tantos lazos como me amenazan con una eterna y miserable cautividad.

Habló de este modo con vivo y emocionado ánimo. Una mirada dirigida a Natalia tranquilizolo hasta cierto punto, porque, en aquel momento apasionado, la figura y el mérito de la dama hicieron sobre él una impresión más profunda que nunca.

-Sí -se dijo a sí mismo al encontrarse solo-; confiésate que la amas y que vuelves a sentir lo que se llama amar con todas las fuerzas del alma. Así es como amaba yo a Mariana y me equivoqué tan espantosamente respecto a ella; amaba a Filina y tenía que despreciarla; estimaba a Aurelia y no podía amarla; venero a Teresa y el amor paternal ha tomado la forma de cariño hacia ella; y ahora, cuando se juntan en tu corazón todos los sentimientos que pueden hacer dichoso al hombre, ahora te ves obligado a huir. ¡Ay! ¿Por qué es preciso que a estos sentimientos, a este conocimiento, se junte irresistiblemente el deseo de la posesión? ¿Y por qué, sin la posesión, esos sentimientos y esas convicciones justamente destruyen en absoluto todo otro género de felicidad? ¿Podré, en lo futuro, gozar del sol y del mundo, de la sociedad o de cualquier otra dicha? ¿No tendrás siempre que decirte: «¡Natalia no está aquí!», y, sin embargo, por desgracia, Natalia te estará siempre presente? Si cierras los ojos, se te representará en tu interior; si los abres, flotará ante todos los objetos como las apariencias que deja en la vista una imagen deslumbradora. Ya antes de ahora, ¿la figura prestamente desaparecida de la amazona no estaba siempre presente en tu imaginación? Y no habías hecho más que verla, no la conocías. Ahora que la conoces, que estuviste cerca de ella, que tanto se ha interesado por ti, sus cualidades están tan hondamente grabadas en tu ánimo como antes su imagen en tus sentidos. Es acongojador buscar siempre, pero mucho más congojoso haber hallado y tener que abandonar. ¿Qué puedo pedir ya en el mundo? ¿Qué cosa buscaré ya con los ojos? ¿Qué país, qué ciudad contendrá un tesoro que sea análogo a éste? ¿Y deberé viajar solo, para encontrar siempre cosas de menor valor? ¿La vida es sólo un campo de carreras donde hay que volverse atrás rápidamente cuando se ha alcanzado su fin más extremo? ¿Y lo bueno, lo excelente no se alza en él sino como una meta, firme e invariable, de la que es preciso volver a alejarse rápidamente, con veloces corceles, cuando se creía haberla alcanzado? En cambio, cualquier hombre que aspira a mercancías terrestres, puede procurárselas bajo los más diferentes cielos y hasta en el mercado o en la feria. ¡Ven, querido niño! -exclamó dirigiéndose a su hijo, que justamente llegaba corriendo-; ¡selo todo para mí y sigue

siéndolo siempre! Me fuiste dado como sustitución de tu madre querida; debes suplir para mí a la segunda madre que te había destinado, y ahora tienes que llenar también un vacío aún mucho más grande. ¡Ocupa mi corazón, ocupa mi espíritu, con tu hermosura, tu amabilidad, tu ansia de saber y tus capacidades!

El mozuelo estaba entretenido con un nuevo juguete; el padre trató de arreglárselo de mejor modo, más ordenadamente, más conforme a su objeto; pero en el mismo momento el niño perdió todo gusto por aquel juego.

-Eres un verdadero ser humano -exclamó Guillermo-; ¡ven, hijo mío! ¡ven, mí hermano! Vayamos a jugar sin objeto por el mundo adelante en cuanto podamos hacerlo.

Su resolución de alejarse, de llevar consigo al niño y distraerse con las cosas del mundo, era entonces en él firme propósito. Escribió a Werner, pidiole dinero y cartas de crédito y enviole al correo de Federico con orden terminante de volver rápidamente. Si se hallaba muy disgustado con sus restantes amigos, permanecían intactas sus relaciones con Natalia. Confiole sus proyectos; también ella reconoció que podía y debía partir, y aunque a él le dolió su aparente indiferencia, tranquilizole por completo su presencia y afectuosas maneras. Aconsejole que visitara diversas ciudades para conocer allí a algunos de sus amigos y amigas. Volvió el correo, trajo lo que Guillermo había pedido, aunque Werner no parecía estar satisfecho con aquella nueva escapatoria. «Mis esperanzas de que seas persona razonable -escribía éste- han vuelto a quedar aplazadas por largo tiempo. ¿Adónde os dirigís todos juntos? ¿Dónde queda aquella dama de cuya ayuda administrativa me diste esperanzas? Tampoco los otros amigos están ahora presentes; todo el asunto pesa ahora sobre el juez y sobre mí. Por suerte, es tan buen jurisconsulto como yo soy hombre de negocios y ambos estamos acostumbrados a tirar de una carga. Adiós. Tus extravagancias deben serte perdonadas, ya que sin ellas no hubiera podido ser tan satisfactoria nuestra situación en el país».

En lo que se refiere a lo externo, hubiera podido partir en el instante, pero su ánimo estaba ligado por doble impedimento. No querían, en modo alguno, mostrarle los restos de Mignon antes de las exequias que el abate pensaba celebrar y para cuya solemnidad no estaba aún todo dispuesto. También el médico había sido llamado por una extraña carta del eclesiástico de aldea. Referíase al arpista, de cuya situación quería estar bien enterado Guillermo.

En estas circunstancias, ni de día ni de noche encontraba reposo para el alma ni para el cuerpo. Cuando todo dormía, iba de un lado a otro por la casa. La presencia de aquellas obras de arte, de antiguo conocidas, le atraía y repelía al propio tiempo. No podía aprehender ni dejar lo que le rodeaba; todo le recordaba todo; abarcaba de una sola mirada todo el círculo de su vida, pero, por desgracia, yacía roto ante él y parecía que nunca más volvería a soldarse. Estas obras de arte que había vendido su padre parecíanle símbolo de que también él, por propias o ajenas culpas, debía ser en parte excluido y en parte privado de una tranquila y duradera posesión de lo que en el mundo es más deseable. Hasta tal punto se perdía en estas extrañas y tristes reflexiones, que a veces creía de sí mismo que era como un fantasma, y hasta cuando sentía y tocaba las cosas exteriores, apenas podía sobreponerse a la duda de si realmente estaría vivo y se encontraría allí.

Sólo el vivo dolor que se apoderaba a veces de él ante la idea de tener que abandonar, de modo tan violento y sin embargo preciso, todo lo hallado y vuelto a encontrar; sólo sus lágrimas le devolvían a veces el sentimiento de la existencia. En vano evocaba ante su memoria la dichosa situación en que realmente se hallaba.

-Todo ello no es nada -exclamaba-, cuando nos falta lo único que para el hombre da valor a lo restante.

El abate anunció a la reunión la llegada del marqués.

-Está usted decidido, según parece -díjole a Guillermo-, a partir solo con su niño; pero conozca por lo menos a este hombre, que en todo caso puedo serle útil dondequiera que en su camino lo encuentre.

Presentose el marqués; era un hombre aún no de mucha edad y de uno de esos tipos lombardos bien hechos y agradables. Cuando joven había hecho amistad con el tío, que era de mucha más edad que él, primero en el ejército, después en asuntos diplomáticos. Más tarde habían recorrido juntos gran parte de Italia, y las obras de arte que el marqués volvió a encontrar allí habían sido, en su mayor parte, adquiridas y procuradas en presencia suya y bajo diversas felices circunstancias de que todavía se acordaba muy bien.

El italiano posee en general un sentimiento más profundo de la alta dignidad del arte que las gentes de otras naciones; cualquier hombre que ejerce algún oficio quiere ser llamado artista, maestro y profesor, y reconoce, siquiera al buscar esos títulos, que no basta adquirir algo por tradición o adquirirlo por el ejercicio de cualquier actividad, sino que cada cual debe también ser capaz de pensar sobre aquello que hace, establecer los fundamentos y causas de por qué procede de este o aquel modo, explicándolo claramente a sí mismo y a los otros.

El extranjero se conmovió al volver a encontrar sin poseedor tan hermosas posesiones y se alegró de oír hablar al espíritu de su amigo por boca de sus excelentes herederos. Examinaron las diversas obras y les fue muy agradable poder entenderse bien unos con otros. El marqués y el abate dirigían la conversación; Natalia, que se sentía otra vez como en presencia de su tío, sabía expresar muy bien sus opiniones y juicios; Guillermo tenía que traducírselo todo en terminología teatral si quería comprender alguna cosa. Costaba trabajo poner un límite a las bromas de Federico. Yarno rara vez estaba presente.

Como se hiciera observar que en los nuevos tiempos son tan raras las excelentes obras de arte, dijo el marqués:

-No es fácil imaginarse y considerar lo que las circunstancias tienen que hacer por el artista, y además, aun con el mayor genio, con el talento más resuelto, siempre son infinitas las exigencias que tiene que presentarse a sí mismo e indecible la diligencia que necesita para su formación. Ahora bien; si las circunstancias actúan poco en su favor, si observa que el mundo es muy fácil de satisfacer y sólo apetece apariencias ligeras, agradables y placenteras, sería de admirar que la comodidad y el egoísmo no lo detuvieran firmemente

en una medianía. Sería raro que no prefiriera cambiar por dinero y alabanzas mercancías a la moda, que seguir el recto camino que, en grado mayor o menor, había de conducirle a un penoso martirio. Por ese motivo es por lo que los artistas de nuestro tiempo ofrecen siempre para no dar jamás. Quieren seducir siempre para no satisfacer nunca; todo, en sus obras, no está más que indicado y en ninguna parte se encuentra profundidad ni ejecución. Pero basta pasar algún tiempo en una galería de pinturas y observar hacia cuáles obras de arte se siente atraída la multitud, cuáles son alabadas y cuáles desdeñadas, para sentir poco placer con el presente y pocas esperanzas para lo por venir.

-Sí -respondió el abate-, y de este modo el aficionado y el artista se forman mutuamente; el aficionado no busca más que un goce general e indeterminado; la obra de arte debe agradarle aproximadamente como una obra de la Naturaleza, y las gentes creen que los órganos para disfrutar del arte se forman por sí mismos, igual que la lengua y el paladar, y que se juzga una obra artística a modo de un guisado. No comprenden que se necesita otra cultura para elevarse a un verdadero goce artístico. Encuentro yo que lo más difícil es la especie de abstracción que el hombre tiene que operar en sí mismo si quiere en general formarse; por eso es por lo que encontramos tantas culturas unilaterales, cada una de las cuales, sin embargo, pretenden dar sentencia sobre el conjunto.

-Lo que usted dice no es del todo claro para mí -dijo Yarno, que acababa de entrar.

-Tampoco es fácil explicarse con precisión y brevedad acerca de ello -respondió el abate-. No diré más que esto: en cuanto el hombre pretenda ejercer diversas actividades o disfrutar de goces diversos, tiene que ser capaz de educar en sí mismo, con independencia unos de otros, órganos diversos. Quien quiera hacer todas y cada una de las cosas, o disfrutar de ellas, con todo el conjunto de su personalidad; quien quiera encadenar todo lo que está fuera de él para lograr tal especie de goce, consumirá su tiempo en esfuerzos nunca satisfechos. ¡Qué difícil aunque parezca tan sencillo, contemplar, en y por sí mismo, una buena cosa natural, un cuadro excelente; percibir el canto por el canto, admirar al comediante en el comediante, celebrar un edificio por su propia armonía y su duración! Por el contrario, vese, en general, a los hombres tratando a manifiestas obras de arte como si fueran blanda arcilla. El mármol esculpido debe volver a transformarse al punto conforme a sus aficiones y manías; la edificación de firmes paredes debe dilatarse o encogerse; un cuadro debe instruir; una comedia, corregir, y todo ser de otro modo. Pero eso es realmente porque, como la mayoría de los hombres carecen de carácter, y como no pueden darse forma alguna a sí mismos y a su individualidad, trabajan para quitarles su forma a las cosas a fin de que todo se convierta en una materia suelta o incoherente, a la cual ellos también pertenecen. Acaban por reducirlo todo a lo que llaman efectos; todo es relativo, y de este modo todo se hace verdaderamente relativo, salvo la necedad y falta de gusto, que reinan de un modo totalmente absoluto.

-Le comprendo a usted -repuso Yarno-, o, más bien, veo perfectamente cómo lo que usted dice concierta con los principios a que está usted tan ligado; pero me es imposible ser tan severo con la pobre humanidad. Conozco, a la verdad, bastantes gentes que, en presencia de las mayores obras del Arte y de la Naturaleza, se acuerdan al punto de sus miserables necesidades, que llevan consigo a la ópera su conciencia y su moral, no renuncian a sus amores y sus odios ante una columnata, y tienen que empequeñecer

primero en cuanto sea posible, a la medida de su concepción, las cosas mejores y más grandes que les son traídas desde fuera, para poder, hasta cierto punto, relacionarlas con su estrecha mente.

Capítulo VIII

Por la noche, el abate los invitó a las exequias de Mignon. La sociedad se dirigió a la Sala del Pasado y la encontró iluminada y decorada del modo más extraño. Las paredes estaban revestidas, casi de arriba abajo, con tapicería azul celeste, de modo que sólo se veía el zócalo y el friso. En los cuatro candelabros de las esquinas ardían grandes cirios, y, en igual proporción, otros cuatro más pequeños en los que rodeaban el sarcófago del centro. Junto a éste, alzábanse cuatro niños vestidos de azul celeste y plata y parecían dar aire con anchos abanicos de plumas de avestruz a una figura que descansaba en el sarcófago. La sociedad tomó asiento y dos coros invisibles comenzaron a preguntar con un canto melodioso:

-¿A quién traéis a nuestra pacífica reunión?

Los cuatro niños respondieron con dulce voz:

-Os traemos un fatigado compañero; dejadlo descansar en medio de vosotros hasta el día en que vengan a despertarlo los clamores de sus hermanas celestes.

CORO

¡Primicias de la juventud, sé bien venida a nuestro círculo, sé bien venida con duelo! ¡Que ningún mozo ni ninguna muchacha te sigan! ¡Que sólo la vejez, tranquila y resignada, se acerque a la sala silenciosa, y que la niña, amada y querida, repose en medio de la grave compañía!

NIÑOS

¡Ay, de qué mala gana la trajimos aquí! ¡Ay, y tener que dejarla en este sitio! ¡Quedémonos nosotros también y lloremos, lloremos sobre su ataúd!

CORO

¡Contemplad esas poderosas alas! ¡Mirad la ligera y pura túnica! ¡Cómo brilla la cinta dorada de su cabeza! ¡Mirad su hermoso y noble reposo!

NIÑOS

¡Ay, las alas no la elevan! ¡Sus ropajes no ondean ya en leves juegos! ¡Cuando coronábamos de rosas su cabeza nos miraba dulce y acariciadoramente!

CORO

¡Contempladla en lo alto con los ojos del espíritu! ¡Que viva en vosotros la fuerza formadora que conduce por encima de las estrellas lo más alto y hermoso: la vida!

NIÑOS

Pero ¡ay, que la echamos aquí mucho de menos! ¡Ya no se pasea por el jardín, ya no recoge las flores de las praderas! ¡Lloremos ya que la dejarnos en este sitio! ¡Lloremos y quedémonos con ella!

CORO

¡Niños, volveos a la vida! ¡Que el fresco aire que juguetea junto al serpeante arroyo seque vuestras lágrimas! ¡Libraos de la noche! ¡El día y el aire y la duración son dote de los vivos!

NIÑOS

¡Arriba, volvamos a la vida! ¡Denos el día trabajo y placer, hasta que la tarde nos traiga reposo, y el sueño nocturno nos restaure!

CORO

¡Niños, corred hacia la vida! ¡Que envuelto en la hermosura de sus puros ropajes, salga a vuestro encuentro el amor con sus celestes miradas y la corona de la inmortalidad!

Los muchachos habíanse ya apartado; el abate se alzó de su sillón y avanzó hacia el ataúd.

-Es mandato del hombre que dispuso esta tranquila morada que todo recién llegado sea recibido en ella con solemnidad. Después de él, el fundador de esta casa y el creador de este refugio, hemos traído aquí, en primer lugar, a una joven extranjera, y de este modo, este pequeño recinto contiene ya dos víctimas muy diferentes de la severa, arbitraria e implacable diosa de la muerte. Entramos en la vida según determinadas leyes; están contados los días de nuestra formación hasta que llegamos a contemplar la luz, pero no hay ley para la duración de la existencia. El hilo vital más débil crece inesperadamente en longitud, y al más fuerte lo corta con violencia las tijeras de una parca que parece complacerse en las contradicciones. Poco sabremos decir de la niña a quien hemos aquí sepultado. Aun nos es desconocido de dónde había llegado; no sabemos quiénes eran sus padres y sólo presumimos los años que contaba. Su corazón profundo y cerrado apenas nos dejaba adivinar sus circunstancias más íntimas; nada era claro en ella, nada manifiesto, sino su amor hacia el hombre que la había salvado de las manos de un bárbaro. Esta tierna afección, este vivo agradecimiento, parece haber sido la llama que consumió el aceite de su vida; la habilidad del médico no pudo conservar la hermosa vida, ni la amistad más cuidadosa fue capaz de prolongarla. Pero si el arte no pudo encadenar al espíritu que huía de ella, empleó todos sus medios para conservar el cuerpo y substraerlo a la caducidad. Una

cantidad de bálsamo ha sido infundido por todas sus venas, y en vez de la sangre, tiñe ahora las mejillas tan tempranamente empalidecidas. ¡Acercaos, amigos míos, y ved los milagros del arte y del cuidado!

Levantó el velo y se vio a la niña yaciendo como dormida, con su traje de ángel, en la más linda postura. Todos se acercaron y admiraron aquella apariencia de vida. Sólo Guillermo permaneció sentado en su sillón; no podía dominarse; no le era dado pensar en lo que sentía y cada pensamiento parecía querer desgarrar su pecho.

El discurso había sido pronunciado en francés a causa del marqués. Acercose éste, con los otros, y consideró atentamente aquella figura. Prosiguió el abate:

-Con santa confianza, estaba plenamente dirigido hacia su Dios este buen corazón tan cerrado para los hombres. La humildad, y hasta una tendencia a rebajarse externamente, parecían innatas en ella. Con todo celo practicaba la religión católica en que había nacido y en la que había sido educada. Frecuentemente manifestó su tranquilo deseo de descansar en tierra consagrada, y según los usos de la Iglesia, hemos bendito este receptáculo de mármol y la escasa tierra que está encerrada en su almohada. ¡Con qué fervor besaba, en sus últimos momentos, la imagen del crucificado lindamente formada con centenares de puntos en su brazo delicado!

Diciendo esto descubrió el brazo derecho de la niña y viose azulear sobre la blanca piel un crucifijo acompañado de diversas letras y signos.

El marqués contempló muy detenidamente aquella nueva aparición.

-¡Dios mío! -exclamó levantándose y alzando sus manos al cielo-; ¡pobre niña!; ¡desgraciada sobrina! ¡Aquí otra vez te encuentro! ¡Qué dolorosa alegría la de volver a hallar, cierto que muerto pero bien conservado, después de haber renunciado a él desde hace mucho tiempo, este querido cuerpecillo que creímos que había sido cebo de los peces del lago. Asisto a tu entierro, tan magnífico por su aparato exterior y más aún por las buenas almas que te acompañan al lugar del reposo, y si pudiera hablar -añadió con voz entrecortada-, les expresaría las gracias.

Las lágrimas le impidieron añadir cosa alguna. Oprimiendo un resorte, el abate hizo que se hundiera el cuerpo en el fondo del sarcófago. Cuatro mancebos, vestidos como aquellos niños, salieron de detrás de los tapices, colocaron sobre la sepultura la pesada tapa, bellamente decorada, y comenzaron en seguida su canto.

MANCEBOS

¡Bien guardado queda ahora el tesoro, la bella imagen del pasado! Aquí, en el mármol, reposa sin ser consumido; también vive en nuestros corazones y en ellos seguirá actuando. ¡Volveos, volveos hacia la vida! Llevad con vosotros santa gravedad, porque lo severo y lo santo es lo único que convierte en eternidad la vida.

El invisible coro repitió las últimas palabras, pero nadie de los presentes prestó atención a aquellas edificantes frases; todos estaban harto ocupados con el extraño descubrimiento y sus propias sensaciones. El abate y Natalia se llevaron al marqués; Teresa y Lotario, a Guillermo, y sólo cuando los cantos dejaron de resonar completamente, volvieron a asaltarles, en toda su fuerza, los dolores, las reflexiones, los pensamientos, el deseo de saber, y anhelaron ansiosamente volver a encontrarse en aquel elemento.

Capítulo IX

El marqués evitó tratar del asunto, pero tuvo largas y secretas conversaciones con el abate. Cuando la sociedad estaba reunida, pedía con frecuencia que hubiera música; procurábansela gustosos porque todos estaban contentos de verse relevados de conversar. Vivieron así durante algún tiempo, hasta que se notó que hacía preparativos de marcha. Un día díjole a Guillermo:

-No quiero turbar la paz de los restos de la buena niña; que permanezca en el lugar donde ha amado y sufrido; pero sus amigos tienen que prometerme que me visitarán en su patria, en el lugar donde la pobre criatura nació y fue educada; tienen que ver las estatuas y columnas de que le había quedado una obscura idea. Conduciré a ustedes a las riberas donde le gustaba coger pedrezuelas. No se substraerá usted, querido joven, al reconocimiento de una familia que le es deudor de tantas cosas. Partiré mañana. Le comuniqué al abate toda la historia, se la referirá a ustedes; supo siempre dispensarme cuando el dolor interrumpía mi relato, y como extraño al asunto, narrará los acontecimientos con mayor coherencia. Si quiere usted acompañarme en mi viaje por Alemania, como el abate le propuso, será usted bien recibido. No deje usted a su niño; en todas las pequeñas incomodidades que nos produzca nos acordaremos de los cuidados que tuvo usted por mi pobre sobrina.

La misma noche fueron sorprendidos por la llegada de la condesa. Guillermo temblaba en todos sus miembros cuando entró ella, y la dama, aunque ya preparada, apoyose en su hermana, que no tardó en presentarle un asiento. ¡Qué extraordinariamente sencillo era su traje y qué cambiada estaba su figura! Guillermo apenas se atrevía a contemplarla; saludole ella con amabilidad, y algunas frases generales no pudieron ocultar del todo su impresión y sentimientos. El marqués se había ido temprano a la cama y la reunión no tenía aún deseos de separarse; el abate sacó un manuscrito.

-Tan pronto como me fue comunicada la singular historia -dijo-, la puse por escrito. Donde menos se debe de economizar pluma y papel es cuando se trate de conservar, con todas sus circunstancias, unos acontecimientos notables.

Enteraron a la condesa de lo que se trataba y leyó el abate:

«Por mucho mundo que haya visto -díjome el marqués-, siempre tengo que considerar a mi padre como el hombre más singular que jamás haya encontrado. Su carácter era noble y recto, sus ideas amplias, y bien puede decirse que grandes; era severo consigo mismo; en

todos sus planes encontrábase una lógica irreprochable y una ininterrumpida mesura en todas sus acciones. Por ello, cuanto mejor, por una parte, podía tratarse con él y arreglar cualquier asunto, tanto menos, por esas mismas cualidades, podía él hallarse bien con el mundo, ya que exigía que el Estado, sus vecinos, sus hijos y servidumbre observaran todas las leyes que se había impuesto a sí mismo. Sus más modestas exigencias eran exageradas por su severidad, y jamás podía alcanzar goce alguno, porque nada se producía del modo como lo había él pensado. En el mismo momento en que se edificaba un palacio, plantaba un jardín, adquiría un nuevo y hermoso dominio en la más hermosa situación, lo vi internamente convencido, con la más grave amargura, de que la suerte lo había condenado a estar y seguir siempre sin recursos. En lo exterior observaba siempre la mayor dignidad; cuando bromeaba, sólo mostraba la superioridad de su espíritu; le era insoportable ser censurado, y una única vez en toda mi vida lo vi totalmente fuera de sí al oír decir que se hablaba de sus instalaciones como de algo ridículo. Con este mismo espíritu había dispuesto de sus hijos y de su fortuna. Mi hermano mayor fue educado como hombre que puede esperar en lo futuro la posesión de grandes bienes; yo debía adoptar el estado eclesiástico, y ser militar el más joven. Yo era vivo, ardiente, activo, rápido y dispuesto para todos los ejercicios corporales. El más joven parecía inclinado a una especie de quietud soñadora, dispuesto para las ciencias, la música y la poesía. Sólo después de las más rudas luchas, después del más completo convencimiento de imposibilidad, concedió, aunque de mala gana, el padre, que cambiáramos nuestras carreras uno con otro, y aunque nos vio contentos a cada uno de nosotros, no podía acostumbrarse a tal variación y aseguraba que nada bueno resultaría de ella. Cuanto más viejo se hacía, tanto más se sentía separado de toda sociedad. Últimamente vivió casi por completo solo. Únicamente un antiguo amigo, que había servido en los ejércitos alemanes y que había perdido a su mujer durante el servicio y había traído una hija aproximadamente de diez años de edad, fue su sola compañía. Adquirió éste un lindo dominio en las cercanías, veía a mi padre en determinados días y horas de la semana, en los cuales también traía a veces a su hija. No contradecía jamás a mi padre, que, finalmente, se acostumbró a él por completo, y lo soportaba como a la única tolerable compañía. Después de la muerte de nuestro padre, observamos que aquel hombre había sido excelentemente proveído por nuestro viejo y que no había empleado su tiempo en vano: agrandó sus dominios, y su hija podía esperar una hermosa dote. Desarrollose la muchacha y llegó a ser de una singular hermosura; mi hermano mayor bromeaba a veces conmigo diciéndome que debía pretender su mano.

»Mientras tanto, el hermano Agustín había pasado en la más singular situación sus años de convento; se abandonaba por completo a los goces de una santa exaltación, a unos sentimientos semiespirituales y semifísicos, que, si durante algún tiempo lo elevaban hasta el tercer cielo, poco después lo sumían en un abismo de debilidad y vanas miserias. Viviendo mi padre no podía pensarse en ningún cambio, y, además, ¿qué se hubiera podido desear o proponer? Después de la muerte de aquél visitonos asiduamente; su situación, que al principio nos apenó, fue haciéndose poco a poco mucho más soportable, pues la razón había triunfado. Sólo que cuanto más seguramente le prometía plena felicidad y curación por los puros caminos de la Naturaleza, tanto más vivamente deseaba él de nosotros que lo libráramos de sus votos; nos dio a entender que sus intenciones se dirigían hacia Sperata, nuestra vecina.

»Mi hermano mayor había sufrido mucho con la dureza de nuestro padre para poder permanecer insensible ante la situación del más joven. Hablamos con el confesor de nuestra familia, hombre digno y anciano; le descubrimos la doble intención de nuestro hermano, rogándole que dirigiera y activara el asunto. Vaciló, contra su costumbre, y, por último, cuando nuestro hermano volvió a la carga con nosotros y recomendamos vivamente aquel asunto al clérigo, tuvo éste que decidirse a revelarnos la más extraña historia.

»Sperata era hermana nuestra, tanto de padre como de madre; el afecto y los sentidos habían vuelto a dominar al hombre en sus últimos años, en los que los derechos conyugales parecen estar ya extinguidos; habíase divertido mucho la gente, poco tiempo antes, en la comarca, con un análogo caso, y mi padre, para no ponerse igualmente en ridículo, decidiose a ocultar este tardío fruto legal del amor, como suelen esconderse los precoces y casuales frutos de una pasión. Nuestra madre dio a luz secretamente, la criatura fue llevada al campo, y el antiguo amigo, que, junto con el confesor, era el único que sabía el secreto, dejose convencer para hacerla pasar por hija suya. El confesor sólo se había reservado el derecho de poder descubrir en un caso extremo el secreto. Había fallecido el padre; la tierna muchacha vivía bajo la vigilancia de una anciana; sabíamos que el canto y la música habían introducido a nuestro hermano en su casa, y como él nos insistiera repetidamente para que cortáramos sus viejos lazos para poder anudar unos nuevos, fue necesario instruirle, tan pronto como fue posible, del peligro que le amenazaba.

»Nos miró con furiosas y despreciativas miradas. '¡Guardaos vuestros cuentos inverosímiles para los niños y los tontos crédulos! -exclamó-. No me arrancaréis del corazón a Sperata; es mía; renegad al momento del espantoso fantasma con que en vano procuráis acongojarme. ¡Sperata no es mi hermana, es mi mujer!' Describionos con encanto cómo la celestial muchacha lo había conducido desde su situación de contranatural aislamiento de la humanidad a la vida verdadera; cómo ambas almas, lo mismo que sus dos gargantas, se armonizaban plenamente, y cómo bendecía todos sus sufrimientos y extravíos porque hasta entonces le habían mantenido alejado de toda mujer y ahora le habían permitido entregarse totalmente a la más deliciosa de las doncellas. Nos espantamos de este descubrimiento, nos dolimos de su situación, no sabíamos qué resolver, y él nos aseguró con violencia que Sperata llevaba un hijo suyo en las entrañas. Nuestro confesor hizo todo lo que le inspiraba su deber, pero con ello el mal fue cada vez peor. Los lazos de la Naturaleza y de la religión, los derechos de la moral y las leyes de la sociedad civil fueron atacados por mi hermano del modo más violento. Nada le parecía santo sino su relación con Sperata; nada le parecía digno sino los nombres de padre y esposo. 'Sólo ellos -exclamaba- son conforme a la Naturaleza; todo lo demás son manías y prejuicios. ¿No ha habido nobles pueblos que aprobaron el matrimonio entre hermanos? ¡No invoquéis a vuestros dioses! -exclamaba después-; jamás empleáis su nombre sino para aturdirnos, llevarnos fuera de los caminos de la Naturaleza y convertir en crímenes los más nobles impulsos mediante vergonzosas coacciones. A las víctimas a quienes enterráis vivas las obligáis a los mayores extravíos del espíritu, a los más vergonzosos desórdenes corporales. Puedo hablar porque he sufrido como nadie, desde las más altas y dulces plenitudes del ensueño hasta los desiertos más temerosos del desfallecimiento, del vacío, de la desesperación y aniquilamiento; desde los más sublimes presagios de seres sobrehumanos hasta la más absoluta falta de fe, hasta la incredulidad en mí mismo. He bebido hasta sus espantosas heces el cáliz de bordes lisonjeadores y todo mi ser estaba envenenado hasta su interior más

profundo. Y ahora, cuando la bondadosa Naturaleza ha vuelto a curarme con sus mayores dones, con el amor; cuando en el pecho de una muchacha celestial vuelvo a sentir que existo, que ella existe, que somos una sola persona y que de esta unión viviente va a originarse una tercera, que ya viene hacia nosotros sonriente; ahora abrís paso a las llamas de vuestro infierno, de vuestro purgatorio, que sólo pueden tostar a una imaginación enferma, y las oponéis al vivo, verdadero e indestructible goce del puro amor. Venid a encontrarnos bajo aquellos cipreses que dirigen hasta el cielo sus graves cimas; visitadnos en aquellas espalderas donde florecen junto a nosotros limones y naranjos, donde los decorativos mirtos nos presentan sus delicadas flores, y osad entonces venir a acongojarnos con vuestras siniestras y negras redes tejidas por el hombre'.

»Persistió así largo tiempo, negándose tercamente a creer nuestro relato, y, por último, como le testimoniáramos la verdad del mismo, como el propio confesor se la asegurara, no se dejó desconcertar por ello, sino que exclamó: 'No interroguéis a los ecos de vuestros claustros, a vuestros mohosos pergaminos ni a vuestras limitadas manías y disposiciones: interrogad a la Naturaleza y a vuestro corazón; ellos os enseñarán de qué cosas debéis horrorizaros; os mostrarán, con dedo severo, qué cosas castiga ella con su eterna e irrevocable maldición. Mirad las azucenas: esposo y esposa, ¿no nacen en el mismo tallo? ¿No las une a las dos la misma flor que dio origen a ambas, y no es la azucena imagen de la inocencia, y no es fecunda su fraternal unión? Cuando la Naturaleza reprueba, afírmalo en voz alta; la criatura que no debe existir no puede nacer; la criatura que vive falsamente es temprano destruida. Esterilidad, existencia miserable, precoz decadencia son sus maldiciones, los signos de su severidad. Sólo castiga por medio de las consecuencias inmediatas. Mirad en torno vuestro y os saltará a la vista lo que está prohibido, lo que está maldito. En el silencio del claustro y en los tumultos del mundo hay millares de acciones santificadas y veneradas sobre las cuales pesa su maldición. Considera con tristes miradas, tanto la cómoda ociosidad como el trabajo excesivo, igual la arbitrariedad y lo superfluo que la miseria y carencia; invita a la moderación, todas sus relaciones son verdaderas y pacíficos todos sus efectos. Quien ha sufrido como yo tiene derecho a ser libre. Sperata es mía; sólo la muerte puede arrebatármela. ¿Cómo podré conservarla? ¿Cómo podré ser feliz?¿ Eso es lo que os preocupa? Ahora mismo voy a su lado para no volver a separarme jamás'.

»Quería tomar una barca para pasar a la otra orilla junto a ella; lo retuvimos y le suplicamos que no diera ningún paso, que podría tener las más espantosas consecuencias. Debía reflexionar que no vivía en el libre mundo de sus pensamientos y concepciones, sino en una organización social cuyas leyes y relaciones tienen la fuerza incoercible de una ley natural. Tuvimos que prometerle al confesor que no perderíamos de vista a nuestro hermano y que tampoco lo dejaríamos salir del castillo; fuese después y prometió volver dentro de algunos días. Ocurrió lo que habíamos previsto: la razón había constituido la fuerza de nuestro hermano, pero su corazón era débil; las antiguas impresiones religiosas volvieron a ser vivas y una terrible duda se apoderó de él. Pasó dos espantosos días con sus noches; el confesor vino en su socorro, pero en vano. La razón libre y sin trabas lo absolvía, pero su sensibilidad, su religión, todos los conceptos habituales declarábanle criminal.

»Una mañana encontramos vacío su cuarto; sobre la mesa había un papel en que nos declaraba que, estando detenido por la fuerza, encontraba justo buscarse la libertad; huía,

iba hacia Sperata, esperaba escaparse con ella, estaba resuelto a todo si se pretendía separarlos.

»No poco nos espantamos; pero el confesor nos rogó que estuviéramos tranquilos. Nuestro pobre hermano había sido observado muy de cerca; los barqueros, en vez de pasarlo a la otra orilla, lo habían llevado a su convento. Fatigado por una vigilia de veinticuatro horas, adormeciose no bien la navecilla comenzó a balancearse a la luz de la luna y no se había despertado hasta verse entre las manos de sus hermanos espirituales; no había recobrado su presencia de ánimo hasta oír cerrar a sus espaldas las puertas del convento.

»Dolorosamente conmovidos por la suerte de nuestro hermano, hicímosle a nuestro confesor los más vivos reproches; sólo que aquel hombre venerable pronto supo convencernos, con razones de cirujano, de que nuestra compasión era mortal para el pobre enfermo. No había procedido él por propia voluntad, sino por mandato del obispo y del consejo superior. La intención era evitar todo público escándalo y cubrir el triste caso con el velo de una secreta disciplina eclesiástica. Sperata debía ser tratada con miramientos, no debía saber que su amado era al mismo tiempo hermano suyo. Había sido recomendada a un eclesiástico, a quien ya antes de entonces le había hecho saber ella su estado. Súpose ocultar su preñez y su parto. Como madre, fue muy feliz con su criaturita. Lo mismo que la mayor parte de nuestras muchachas, no sabía escribir ni leer lo escrito; por eso le dio al pater la comisión de lo que debía decirle a su amante. Este creyó deber continuar aquel piadoso engaño con una madre que estaba criando; le llevaba noticias de nuestro hermano, a quien jamás veía, y la amonestaba en su nombre a que tuviera calma; le rogaba que cuidara de sí y de su hija y que confiara en Dios para lo por venir.

»Sperata era naturalmente inclinada a la religiosidad. Su estado y soledad aumentaron esta tendencia; el eclesiástico la cultivó para prepararla poco a poco a una separación eterna. Apenas había sido destetada la niña, apenas creyó el clérigo que el cuerpo de su hija de confesión estaba lo bastante fuerte para sufrir los más angustiosos dolores espirituales, cuando comenzó a pintarle con espantosos colores lo ocurrido: describiéndole el hecho de haberse entregado a un eclesiástico como una especie de pecado contra Naturaleza, como un incesto, porque tenía la singular idea de hacer que su arrepentimiento fuera igual al que habría sentido si hubiera sabido las verdaderas circunstancias de su falta. Produjo de este modo tanto dolor y pena en el ánimo de nuestra hermana; elevó tanto en ella la idea de la Iglesia y de su cabeza visible; mostrole las espantosas consecuencias que tendría para la salvación de todas las almas el que se perdonaran tales cosas y los culpables pudieran llegar a ser recompensados con una unión legítima; le manifestó lo saludable que sería expiar tal falta en lo temporal y adquirir así, para un día futuro, la corona de la gloria, que, finalmente, como una pobre pecadora, presentó su cuello al hacha del verdugo y rogó insistentemente que la alejaran para siempre de nuestro hermano. Cuando hubieron alcanzado esto de ella, le dejaron, aunque bajo cierta vigilancia, libertad para estar en su casa o en el convento, según le pareciera.

»Su niña crecía y pronto mostró una extraña naturaleza. Desde muy temprano supo correr y moverse con mucha agilidad, pronto cantó muy lindamente, y también aprendió a tocar la cítara, por decirlo así, sin maestro. Sólo no sabía expresarse con palabras y el

obstáculo más parecía residir en su pensamiento que en los órganos del lenguaje. La pobre madre experimentaba, mientras tanto, tristes sentimientos con relación a su niña; el tratamiento del eclesiástico hasta tal punto había turbado su modo de pensar, que, sin estar loca, se encontraba en la situación más extraña. Su crimen parecíale cada día más espantoso y digno de castigo; la comparación, tan frecuentemente repetida por el eclesiástico, con un caso de incesto, habíase grabado tan profundamente en ella, que sentía el mismo horror que si conociera realmente las verdaderas circunstancias de lo ocurrido. El confesor sentíase no poco orgulloso del artificio con el que destrozaba el corazón de una criatura desgraciada. Era lamentable ver cómo el amor materno, que se sentía inclinado a regocijarse tan hondamente de la existencia de su niña, luchaba con el espantoso pensamiento de que aquella niña no debería existir. Tan pronto combatían uno con otro estos dos sentimientos, como el espanto triunfaba sobre el amor.

»Hacía ya tiempo que se había quitado a la niña de su lado, dándosela a unas buenas gentes que vivían junto al lago, y allí, con la mayor libertad que tenía, mostrose bien pronto en ella un especial gusto por trepar. Ascender a las más altas cimas, correr sobre la borda de los barcos e imitar las más asombrosas habilidades de los funámbulos que a veces se dejaban ver en el lugar era en ella impulso natural.

»Para ejercitar todo esto con mayor facilidad, gustábale cambiar de ropa con los niños, y, aunque esto fuera considerado por los que la criaban como padres como cosa indecorosa e imperdonable, nosotros le consentíamos todo lo que era posible. ¿Sus extraños paseos, caminando y saltando, llevábanla a veces hasta muy lejos. Perdíase, tardaba en regresar a casa, pero siempre volvía a presentarse. La mayor parte de las veces, cuando retornaba, sentábase entre las columnas del pórtico de una casa de campo de la vecindad; no se la buscaba ya, se la esperaba. Parecía quedarse allí dormida sobre la escalinata; después corría a la gran sala, contemplaba las estatuas, y si no la retenían de un modo especial, volvíase corriendo a su casa.

»Pero por último nuestra esperanza fue engañada y nuestra indulgencia castigada. La niña no regresó; encontrose su sombrero flotando sobre el agua, no lejos del lugar donde un arroyo se precipita en el lago. Supúsose que se había desgraciado al encaramarse entre las rocas; a pesar de cuanto se buscó, no pudo encontrarse el cuerpo.

»Por imprudentes charlas de sus compañeras, bien pronto supo Sperata la muerte de su niña; pareció tranquila y serena y dio a entender bastante a las claras que se alegraba de que Dios hubiera llamado a sí a la pobre criatura, preservándola de sufrir o causar una mayor desgracia.

»Con esta ocasión hablose de todas las fábulas que solían referirse respecto a nuestro lago. Díjose que las aguas necesitaban tragar todos los años un inocente niño; no sufrían ningún cuerpo muerto, y, más tarde o más temprano, lo arrojaban a la orilla haciendo salir hasta al más pequeño huesecillo que hubiera caído al fondo. Referíase la historia de una madre inconsolable cuyo hijo se había ahogado en el lago y que había suplicado a Dios y a los santos que le concedieran siquiera los huesos para sepultarlos. La próxima tormenta había traído a la orilla la calavera, la siguiente el tronco, y después de haber estado juntos todos los huesos, los había llevado a la iglesia envueltos en un sudario; y, ¡oh milagro!, al

entrar en el templo el paquete se había hecho cada vez más pesado, y por último, cuando lo depositó en las gradas del altar, comenzó a gritar el niño, y con asombro de todo el mundo, se libró de su sudario; sólo había faltado un huesecillo del dedo meñique de la mano derecha, que después la madre había buscado con el mejor cuidado, y habiéndolo hallado, fue conservado en la iglesia, junto con otras reliquias, como testimonio del milagro.

»Sobre la pobre madre hicieron gran impresión tales historias; su imaginación sintió nuevo impulso y favoreció los sentimientos de su corazón. Supuso que la niña había pagado por su falta y la de sus padres; que la maldición y castigo que hasta entonces habían pesado sobre ella estaban ahora plenamente levantados; que todo dependía de volver a encontrar los huesos de la niña y llevarlos a Roma, y allí, en las gradas del altar mayor de la iglesia de San Pedro, volvería a resucitar la criatura ante todo el pueblo, ceñida por su hermosa y fresca piel. Vería de nuevo con sus propios ojos a su padre y a su madre, y el Papa, convencido del consentimiento de Dios y de sus santos, perdonaría a los padres su pecado en medio de las aclamaciones populares, les daría su absolución y los uniría en matrimonio.

»Desde entonces su vista y atención estuvieron siempre dirigidas al lago y su orilla. Cuando por la noche rompían las olas a la luz de la luna, creía que cada brillante espuma le traía a su hija y alguien tenía que bajar corriendo a la orilla para recogerla.

»De este modo, se mantenía también infatigablemente todo el día allí donde la orilla pedregosa se hundía suavemente en el lago; recogía en un canastillo todos los huesos que encontraba. Nadie debía decirle que eran huesos de animales; enterraba los grandes y se llevaba los pequeños. Vivía incesantemente con tal ocupación. El eclesiástico, que por el infatigable ejercicio de su deber la había conducido a aquel estado, encargose de protegerla con todo su poder. Mediante su influencia, fue considerada en el país no como una loca, sino como una criatura inspirada; las gentes se detenían con las manos juntas cuando ella pasaba, y los niños le besaban la mano.

»La vieja amiga y compañera sólo había sido absuelta por el confesor de la culpa que pudiera haber tenido en la desdichada unión de ambas personas, con la condición de que había de acompañar, con incesante fidelidad, todo el resto de su vida a la desgraciada, y con admirable paciencia y escrúpulo ejercitó hasta lo último sus deberes.

»Mientras tanto no habíamos perdido de vista a nuestro hermano; ni los médicos ni los religiosos de su convento querían permitirnos que apareciéramos ante él; sólo para convencernos de que le iba bien, a su manera, podíamos, cuantas veces quisiéramos, acecharlo en el jardín, en las galerías y hasta por un hueco practicado en el techo de su habitación.

»Después de muchas épocas espantosas y singulares que pasaré en silencio, había caído en una extraña situación de calma de espíritu e intranquilidad de cuerpo. Casi nunca estaba sentado sino cuando tomaba su arpa y la tocaba, para acompañar en general su canto. Por lo demás, estaba siempre en movimiento y era en todo extraordinariamente dócil y obediente, pues todas sus pasiones parecían haberse reducido al solo temor de la muerte. Podíase lograr de él que hiciera cuanto se quisiera amenazándole con una grave enfermedad o con morir.

»Aparte de esta singularidad, de su ir y venir infatigables por el convento y de dar a entender, no sin claridad, que todavía le gustaría más caminar por montes y valles, también hablaba de una aparición que le acongojaba habitualmente. Afirmaba que, a cualquier hora de la noche, al despertarse, hallábase un hermoso mozuelo a los pies de su cama que le amenazaba con un puñal centelleante. Trasladáronle a otra habitación; sólo que afirmó que también allí, y, por último, en cualquier lugar del convento, estaba siempre el niño en su acecho. Era cada vez más inquieto su eterno vagar; hasta se recordó más tarde que en estos tiempos se asomaba con mayor frecuencia que de costumbre a la ventana y lanzaba sus miradas al otro lado del lago.

»Entretanto, nuestra pobre hermana parecía ser poco a poco aniquilada por sus únicos pensamientos y su ocupación exclusiva, y nuestro médico propuso que se debía lentamente ir mezclando entre sus otros huesos los del esqueleto de un niño, para aumentar así su esperanza. El ensayo era dudoso, pero parecía que por lo menos se conseguiría con él, que, una vez que tuviera juntas todas sus partes, podría desviársela de su eterna busca, dándole esperanzas de un viaje a Roma. Hízose así, y, sin que se notara, su compañera fue substituyendo los pequeños restos que se le confiaron por los huesos hallados por ella en el lago, con los que se esparció una increíble delicia sobre la pobre enferma cuando encontró poco a poco que se juntaban las partes y se podía indicar las que todavía faltaban. Había prendido con el mayor cuidado, con cintas y cordones, cada parte donde correspondía; como suele hacerse con los cuerpos de los santos, había llenado los huecos intermedios con sedas y bordados.

»De este modo, habían concertado todos los miembros; sólo faltaban algunas extremidades. Una mañana, cuando todavía dormía, habiendo ido el médico para preguntar cómo se hallaba, la anciana sacó de su cajita, que se encontraba en el dormitorio, los restos venerados, para mostrar al médico cómo se ocupaba la buena enferma. Poco después oyósela saltar de la cama, levantó el paño y encontró vacía la caja. Cayó de rodillas, entraron en la habitación y oyeron su alegre y fervorosa plegaria. '¡Sí, es verdad! -exclamaba-. ¡No era ningún sueño, es realidad, ¡Alegraos conmigo, amigos míos! De nuevo volví a ver viva a la buena y bella criatura. Levantose y arrojó el velo que la cubría; su resplandor iluminaba la habitación; su hermosura era gloriosa; no podía pisar el suelo, aunque lo quería. Fácilmente fue arrebatada hacia lo alto y ni siquiera pudo tenderme la mano. Entonces me llamó para que fuera junto a ella y me mostró el camino por donde debo ir. ¡La seguiré, la seguiré pronto! Conózcolo así, y mi corazón se siente aliviado. Desapareció mi pena, y la vista de mi niña resucitada me ha dado ya un anticipo de las alegrías celestes'.

»Desde aquel momento su ánimo estuvo siempre ocupado con las más alegres perspectivas; ya no dirigía su atención hacia ningún objeto terrestre; tomaba muy escaso alimento, y su espíritu se iba librando poco a poco de los lazos del cuerpo. Por último, encontráronla inesperadamente pálida y sin sentido; ya no volvió a abrir los ojos; estaba lo que nosotros llamamos muerta.

»La fama de su visión habíase extendido prontamente entre el pueblo, y la respetuosa consideración de que había gozado en vida transformose rápidamente, después de su muerte, en la idea de que había que tenerla por bienaventurada y hasta por santa.

»Cuando quisieron llevarla al sepulcro precipitáronse muchas gentes con increíble violencia; querían tocar sus manos, o por lo menos su vestido. En esta apasionada exaltación, algunos enfermos no sintieron ya los males de que hasta entonces habían sido afligidos; tuviéronse por curados, lo proclamaron, bendijeron a Dios y a su nueva santa. El clero se vio obligado a colocar el cuerpo en una capilla; el pueblo pedía ocasión para dirigirle sus devociones; la afluencia era increíble; los habitantes de la montaña, que, por otra parte, están siempre dispuestos para vivos sentimientos religiosos, precipitáronse desde sus valles; la devoción, los milagros, la adoración crecían de día en día. Las disposiciones episcopales que debían limitar aquel nuevo culto y hacerlo desaparecer poco a poco no podían ser ejecutadas; a cada resistencia, el pueblo se mostraba más violento y dispuesto a usar de la fuerza contra los incrédulos. '¿No anduvo también San Borromeo entre nuestros antepasados? -exclamaban-. ¿Su madre no tuvo la dicha de presenciar su beatificación? ¿Por medio de aquella gran imagen que se alza sobre la roca de Arona no se ha querido representarnos sensiblemente su grandeza espiritual? ¿No viven aún los suyos entre nosotros? ¿Y Dios no ha prometido renovar siempre sus milagros entre un pueblo creyente?'

»Como el cuerpo al cabo de algunos días no diera señal de corrupción, sino que más bien se hacía cada vez más blanco y como transparente, acreciose sin cesar la confianza de las gentes y señaláronse entre la multitud diversas curaciones, que un observador atento no se podría explicar ni tratarlas directamente como imposturas. Toda la comarca estaba agitada, y los que no fueron en persona no oyeron por lo menos hablar durante algún tiempo de otra cosa.

»En el convento donde se encontraba mi hermano resonó la fama de estos milagros como en el resto del país, y tantas menos precauciones adoptaron para hablar de ello en su presencia, cuanto que, en general, no solía prestar atención a nada y de nadie eran conocidas sus relaciones con la difunta. Mas esta vez pareció haber oído con gran atención; ejecutó su fuga con tal astucia que jamás ha podido comprender nadie cómo logró salir del convento. Súpose más tarde que se había hecho llevar a la otra orilla con cierto número de peregrinos, y que sólo les había rogado a los barqueros, que por lo demás nada anormal notaron en él, que tuvieran gran cuidado para que no diera vuelta la barca. A altas horas de la noche llegó a la capilla donde descansaba de sus dolores su desgraciada amante; sólo algunos devotos estaban arrodillados en un rincón; su antigua amiga estaba sentada a su cabecera; acercose a ella y la saludó preguntándole cómo se encontraba su señora. 'Ya la ve usted' -repuso la otra no sin confusión. Sólo de reojo miró el cadáver. Al cabo de alguna vacilación, cogiole una mano; pero, espantado al notar su frío, volviola a dejar caer, miró inquietamente alrededor y le dijo a la anciana: 'No puedo ahora quedarme aquí con ella; todavía tengo que recorrer un camino muy largo; pero volveré en el debido tiempo; dígaselo cuando despierte'.

»Marchose de este modo; sólo harto tarde fuimos informados de este acontecimiento; investigose para saber dónde había ido, pero todo fue en vano. Es incomprensible cómo

pudo llegar a franquear montañas y valles. Por último, al cabo de largo tiempo, volvimos a encontrar huellas de él entre los Grisones; pero era ya demasiado tarde y pronto las perdimos. Sospechamos que estaría en Alemania; sólo que la guerra había borrado totalmente las débiles huellas de sus pasos».

Capítulo X

El abate dejó de leer y nadie lo había escuchado sin llanto. La condesa no apartaba el pañuelo de los ojos; por último, se levantó y abandonó la habitación con Natalia. Guardaron silencio los restantes y el abate dijo.

-Trátase ahora de la cuestión de si debemos dejar partir al buen marqués sin descubrirle nuestro secreto. Pues ¿quién dudará un momento de que Agustín y nuestro arpista son la misma persona? Hay que reflexionar sobre lo que debemos hacer, tanto por ese hombre desdichado como por su familia. Mi consejo sería no precipitar las cosas y esperar las noticias que nos traiga el médico que debe llegar ahora de allí.

Todo el mundo fue de la misma opinión, y prosiguió el abate:

-Otra cuestión, que quizás hay que resolver con mayor rapidez, origínase al propio tiempo. El marqués está extraordinariamente afectado por la acogida que su pobre sobrina encontró entre nosotros, en especial en nuestro joven amigo. He tenido que referirle circunstanciadamente toda la historia, y hasta que repetírsela, y mostraba al oírla el más vivo agradecimiento. «Ese joven -decía- rechazó el viajar conmigo antes de conocer las relaciones que existían entre nosotros. Ya no soy yo ahora para él un extraño, de quien no conoce la manera de ser ni las costumbres; soy su aliado, y, si usted lo quiere así, su pariente; y su niño, a quien no quiere dejar y que primero era el obstáculo que le apartaba de unirse a mí, llega a ser ahora el más hermoso lazo entre nosotros, que nos liga con la mayor firmeza uno a otro. Después de las obligaciones que ya le debo, deseo que quiera serme útil también en este viaje y que vaya después conmigo a mi patria; mi hermano mayor le recibirá alegremente y le rogará, conmigo, que no desdeñe la herencia de su hija adoptiva, pues, según un convenio secreto de nuestro padre con su amigo, los bienes que había dedicado a su hija han vuelto a nosotros, y no privaremos ciertamente al bienhechor de nuestra sobrina de lo que ha merecido».

Teresa cogió la mano de Guillermo y le dijo:

-Vemos una vez más en este hermoso caso que los beneficios desinteresados producen los réditos mejores y más altos. Siga usted esa singular llamada, y, haciéndose doblemente acreedor al marqués, corra usted hacia un hermoso país que más de una vez ha atraído su imaginación y su afecto.

-Me abandono por completo a mis amigos y a sus direcciones -dijo Guillermo-; en vano se aspiraría en este mundo a cumplir la propia voluntad. Lo que quiero poseer tengo que abandonarlo, y cae sobre mí un inmerecido beneficio.

Después de apretar la mano do Teresa, Guillermo la dejó libre.

-Confíole a usted por completo -le dijo al abate- que decida acerca de mí; si no necesito apartarme de mi Félix, consiento en ir a cualquier parte y en emprender todo lo que se juzgue conveniente.

Después de esta declaración, el abate esbozó al instante su plan: dijo que debían dejar partir al marqués; Guillermo esperaría las noticias del médico, y tan pronto como hubieran decidido lo que había que hacer, podría marchar con Félix tras el italiano. Por ello indicó el abate al marqués, bajo pretexto de que no tenía por qué detenerse por los preparativos de viaje de su joven amigo, que visitara mientras tanto las curiosidades de la ciudad. Partió el marqués, no sin repetidas y vivas expresiones de agradecimiento, de lo cual dieron suficiente testimonio los regalos que dejó, consistentes en joyas, camafeos y telas bordadas.

Guillermo hallábase ahora plenamente dispuesto para el viaje; pero estaban todos muy perplejos, ya que no se recibía ninguna noticia del médico; temían que al pobre arpista hubiera podido ocurrirle una desgracia, justamente en el momento en que podía esperarse que lo colocarían en mejor situación. Enviaron un correo, y, apenas hubo partido a caballo, cuando, por la noche, llegó el médico con un extranjero, de figura y aspecto importantes, graves e imponentes, a quien nadie conoció. Los recién llegados guardaron silencio durante algún tiempo; por último, el extranjero se acercó a Guillermo, tendiole la mano, y le dijo:

-¿Ya no conoce usted a su antiguo amigo?

Era la voz del arpista; pero no parecía haber quedado huella alguna en él de su anterior figura. Estaba vestido limpia y decorosamente con el traje habitual de un viajero, había desaparecido su barba, sus bucles se mostraban colocados con cierto arte, y lo que lo hacía realmente del todo inconocible era que en su expresivo rostro no aparecían ya los rasgos de la edad. Abrazole Guillermo con la más viva alegría; fue presentado a los otros, y se condujo de modo muy razonable, sin saber lo conocido que había llegado a ser para toda aquella reunión desde poco tiempo antes.

-Tendrán ustedes que tener paciencia con un hombre -prosiguió diciendo con gran calma- que, aunque ya parezca adulto, entra en el mundo como inexperto niño al cabo de largos dolores. A este excelente hombre es a quien debo el poder presentarme nuevamente en la sociedad humana.

Diéronle la bienvenida, y el médico propuso inmediatamente un paseo para cortar la conversación y llevarla hacia cuestiones indiferentes.

Cuando quedaron solos, el médico dio las siguientes explicaciones:

-La curación de este hombre se la debemos a la casualidad más singular. Durante largo tiempo lo habíamos sometido a un tratamiento moral y físico, y hasta cierto grado estaba mejor, sólo que el temor de la muerte era siempre grande en él y no quería sacrificar por nosotros su barba ni su ropa talar. Por lo demás, tomaba mayor interés en las cuestiones del

mundo, y sus cánticos, lo mismo que sus ideas, parecían acercarse otra vez a la vida. Ya saben ustedes la extraña carta con que el eclesiástico me llamó cuando estaba yo aquí. Llegué y encontré a nuestro hombre plenamente cambiado: había renunciado voluntariamente a su barba, había permitido que se cortara su cabellera en la forma usual, pedía trajes ordinarios y pareció de pronto haberse convertido en otro hombre. Estábamos deseosos de investigar las causas de esta transformación, y, sin embargo, no nos atrevíamos a tratar con él acerca del asunto; por último, descubrimos por casualidad las singulares circunstancias que lo habían motivado. Faltaba un frasco de opio líquido en el botiquín del eclesiástico; juzgose necesario hacer la más exacta investigación; cada cual trató de defenderse de la sospecha; hubo escenas violentas entre los compañeros de casa. Por último, entró este hombre y confesó que lo tenía él; preguntáronle si había tomado alguna cantidad de aquel líquido; dijo que no; pero añadió en seguida: «Débole a la posesión de este veneno mi vuelta a la razón. Depende de vosotros el volver a quitarme este frasquito y de nuevo me veréis caer sin esperanzas en mi antigua situación. La idea de que sería deseable para mí ver terminados por la muerte mis sufrimientos terrenos trájome primero a vías de curación; poco después surgió en mí el pensamiento de darles fin por medio de una muerte voluntaria, y con esta intención cogí el frasco; la posibilidad de poner para siempre término, en cualquier instante, a mis grandes dolores diome fuerza para soportarlos, y de este modo, desde que poseo el talismán, volví a ser impulsado hacia la vida por la proximidad de la muerte. No os preocupéis de que haga uso de él -dijo-, sino, como conocedores del corazón humano, decidíos a permitirme que me haga independiente de la vida para ser así totalmente dependiente de ella». Después de maduras reflexiones, no insistimos más con él, y lleva ahora consigo ese veneno, en un grueso frasquito de cristal tallado, como el más singular contraveneno.

Enteraron al médico de todo lo que había ocurrido mientras tanto y resolvieron guardar el mayor silencio con Agustín. El abate se propuso no apartarse de su lado y continuar haciéndole avanzar por el buen camino en que había entrado.

Mientras tanto, Guillermo debía hacer con el marqués el viaje por Alemania. Si parecía posible infundir de nuevo en Agustín un afecto hacia su patria, descubriríase su situación a sus parientes y Guillermo volvería a llevarlo a los suyos.

Este había hecho todos sus preparativos de viaje, y si al principio pareció singular que Agustín se alegrara cuando supo que su antiguo amigo y bienhechor debía alejarse al instante, pronto descubrió el abate el fundamento de este particular movimiento de ánimo. Agustín no podía sobreponerse a su antiguo temor al ver a Félix y deseaba que el niño partiera lo antes posible.

Habían ido llegando poco a poco tantas gentes, que apenas era posible hospedarlas a todas en el castillo y en los edificios accesorios, tanto más, que al principio no se había contado con tantos huéspedes al hacer las primeras disposiciones. Almorzaban y comían juntos, y con gusto se habrían convencido de que vivían en una placentera armonía si ya, secretamente, los ánimos no anhelaran en cierto modo separarse. Teresa había salido a veces con Lotario a caballo, pero con más frecuencia sola, y había conocido ya, por las cercanías, a todos los labradores y labradoras; era en ella un principio de gobierno doméstico, y bien puede ser que no le faltara razón, que hay que estar siempre en la mejor

relación con los vecinos y vecinas y tener siempre con ellos un eterno cambio de amabilidades. Parecía que no se trataba de matrimonio entre ella y Lotario; ambas hermanas tenían mucho que decirse; el abate parecía buscar el trato del arpista; Yarno tenía frecuentes conferencias con el médico, Federico ateníase a Guillermo, y Félix estaba en todas partes donde se encontrara bien. En igual forma solían también unirse para pasear por parejas, al separarse de la sociedad, y si tenían que estar juntos, refugiábanse rápidamente en la música, para ligar a todos devolviendo a cada cual su independencia.

Inesperadamente, aumentose la sociedad con el conde, que venía a buscar a su esposa, y, según pareció, a despedirse solemnemente de sus parientes mundanos. Yarno corrió a su encuentro al descender del coche, y al preguntar el recién llegado qué sociedad encontraría allí, díjole, en un acceso del alocado humor que siempre le atacaba tan pronto como veía al conde:

-Encontrará usted a toda la nobleza del mundo: marchesi, marquis, my1ords y barones; sólo nos faltaba un conde.

Subieron juntos la escalera y Guillermo fue la primera persona a quien encontraron en la antesala.

-My1ord -díjole en francés el conde, después de haberlo considerado un momento-, me alegro mucho de renovar impensadamente el conocimiento con usted, pues me equivocaría mucho si no lo hubiera visto ya en mi castillo en el séquito del príncipe.

-Tuve entonces la dicha de cumplimentar a Vuestra Excelencia -respondió Guillermo-, pero me hace usted demasiado honor teniéndome por inglés y de primera calidad; soy alemán y...

-Un muchacho excelente -añadió Yarno interrumpiéndole.

El conde contemplaba a Guillermo sonriéndose y quería responderle algo, cuando se acercó el resto de la sociedad y lo saludó del modo más afectuoso. Disculpáronse de no poder ofrecerle en el instante una habitación digna de él y le prometieron que le proporcionarían el debido espacio sin perder momento.

-¡Eh, eh! -dijo él sonriéndose-, bien veo que se ha confiado a la casualidad el hacer las boletas de alojamiento. ¡Cuánto no es posible hacer con previsión y orden! Suplícoos ahora que por mí no cambiéis de sitio ni una zapatilla, pues bien veo que habría un gran desorden; todo el mundo viviría incómodo, y por mi causa nadie debe estarlo ni siquiera durante una hora. Usted fue testigo -díjole a Yarno-, y también usted, mister -añadió dirigiéndose a Guillermo-, de cuántas gentes alojé entonces con comodidad en mi castillo. Que se me dé la lista de los huéspedes y de los sirvientes, que se me muestre cómo está cada cual alojado; yo haré un plan de dislocación para que, con la menor molestia, encuentre cada cual espacio suficiente, y todavía debe quedar sitio para los huéspedes que por casualidad puedan presentársenos.

Yarno convirtiose en seguida en ayudante del conde, proporcionole todas las noticias indispensables y se divirtió mucho, a su manera, haciendo que el anciano señor se equivocara a veces en medio de su trabajo. Pero éste le proporcionó un gran triunfo. La distribución pronto estuvo terminada; hizo escribir, en presencia suya, los nombres sobre todas las puertas, y no se podía negar, que, con pocas molestias y cambios, había alcanzado plenamente su objeto. También Yarno había dirigido de tal modo las cosas, en forma que habitaran reunidas las personas que en aquel momento se interesaban unas por otras.

Cuando todos los arreglos estuvieron terminados, díjole el conde a Yarno:

-Ayúdeme usted a acordarme de ese joven a quien usted llama Meister y que pretende ser alemán.

Yarno guardó silencio, pues sabía muy bien que el conde era una de esas personas que sólo hacen preguntas cuando en realidad quieren instruir a los otros; en efecto, prosiguió el anciano su discurso sin esperar respuesta:

-Usted me lo presentó entonces, recomendándomelo con toda eficacia, en nombre del príncipe. Si su madre era quizá alemana, respondo de que su padre es un inglés, y de la nobleza ciertamente; ¿quién podría contar toda la sangre inglesa que desde hace treinta años circula por venas alemanas? No quiero insistir más; siempre tienen ustedes esos secretos de familia, pero no es a mí a quien puede engañársele en tales cuestiones.

Después refirió aún diversas cosas, que debían haber pasado entonces con Guillermo en su castillo, ante las cuales Yarno guardó igualmente silencio, aunque el conde estaba completamente equivocado y más de una vez confundía a Guillermo con un joven inglés del séquito del príncipe. El buen señor había tenido en otros tiempos una excelente memoria, y estaba siempre orgulloso de poder acordarse hasta de las menores circunstancias de su juventud; pero daba también por verdaderas, con la misma certidumbre, singulares combinaciones y fábulas, que, en la creciente debilidad de su memoria, le iba presentando su imaginación. Por lo demás, se había hecho muy dulce y atento, y su presencia actuó de un modo muy favorable entre la sociedad. Deseó que leyeran juntos alguna cosa útil, y hasta indicó a veces algunos jueguecillos de sociedad, los cuales, aunque no tomara parte en ellos, eran dirigidos por él con el mayor cuidado; y como se admiraran de su llaneza, decía que era deber de toda persona que se aparta del mundo para consagrarse a cuestiones elevadas prestarse tanto más a cosas indiferentes.

En medio de todos estos juegos, Guillermo tenía más de un momento de inquietud y enojo, pues el aturdido Federico aprovechaba diversas ocasiones para aludir al afecto de Guillermo por Natalia. ¿Cómo podía habérsele ocurrido tal cosa? ¿Quién lo habría informado? ¿No tendría que pensar la sociedad, ya que los dos andaban mucho juntos, que Guillermo le había hecho tan imprudente como desgraciada confidencia?

Cierto día habíanse divertido con tales bromas más que de costumbre, cuando Agustín entró corriendo de pronto por la puerta, que abrió con violencia, haciendo aterradores ademanes; su semblante estaba lívido, siniestra su mirada; parecía querer hablar pero le faltaba la palabra. Espantose la sociedad; Lotario y Yarno, que sospecharon un nuevo

acceso de locura, se echaron sobre él y lo sujetaron firmemente. Entonces él habló primero balbuceando y con voz ahogada, pero después exclamó, recia y poderosamente:

-¡No me sujetéis! ¡Corred! ¡Valedle! ¡Salvad al niño! ¡Félix está envenenado!

Lo saltaron, corrió hacia la puerta, y toda la reunión, llena de terror, se precipitó tras él. Llamaron al médico; Agustín dirigió sus pasos hacia el cuarto del abate; encontraron al niño, que pareció asustado y aturdido al gritarle ya desde lejos:

-¿Qué has hecho?

-Querido padre -exclamó Félix-, no bebí de la botella; he bebido del vaso; tenía sed.

Agustín juntó las manos y clamó: «¡Está perdido!»; y después se abrió paso entre los asistentes, huyendo a toda prisa.

Encontraron un vaso de leche de almendras sobre la mesa y a su lado una garrafa más que mediada; vino el médico; averiguó lo que sabían, y vio con espanto el conocido frasquito que había contenido el opio líquido, vacío sobre la mesa; hizo traer vinagre y llamó en su auxilio todos los recursos de su arte.

Natalia hizo que llevaran al mozuelo a otra estancia; ocupose acongojada de él. El abate había salido corriendo para buscar a Agustín y arrancarle algunas explicaciones. Lo mismo había hecho, en vano, el desdichado padre, y cuando regresó, halló en todos los rostros inquietud y preocupación. Mientras tanto, el médico había analizado la leche de almendras del vaso y descubrió en ella la más fuerte mezcla de opio; el niño yacía en una meridiana y parecía muy enfermo y rogaba al padre que no le hicieran tragar ninguna otra cosa, que no volvieran a atormentarlo. Lotario había enviado a sus gentes por todas partes, y él mismo había salido a caballo para descubrir las huellas de la huida de Agustín. Natalia estaba sentada junto al niño; refugiose éste en su regazo, rogándole y suplicándole que lo protegiera, pidiéndole un trozo de azúcar porque el vinagre era muy ácido. El médico lo permitió; dijo que había que dejar descansar a la criatura durante algún tiempo, porque se hallaba en la agitación más espantosa, y añadió que se había hecho hasta entonces todo lo conveniente, y que aún había de hacer todo lo posible. Entró el conde, aunque de mala gana según parecía; traía un aire grave y hasta solemne; impuso sus manos sobre el niño, miró al cielo y permaneció en tal actitud durante unos momentos. Guillermo, que se había dejado caer, inconsolable, sobre un sillón, alzose de repente, lanzole a Natalia una mirada llena de desesperación y salió de la estancia.

Poco después también el conde dejó la habitación.

-No puedo comprender -dijo el médico al cabo de una pausa- que no se muestre en el niño ni la menor señal de una situación peligrosa. Aunque no fuera más que un solo trago lo que hubiera bebido, tuvo que haber tomado en él una enorme dosis de opio, y no encuentro en su pulso ninguna alteración, sino la que puede atribuirse a mis remedios y al temor que le hemos causado.

Poco después entró Yarno con la noticia de que habían hallado a Agustín, en los desvanes, bañado en su sangre, con una navaja de afeitar al lado; probablemente se había seccionado la garganta. El médico salió corriendo y encontró a las gentes que bajaban el cuerpo por la escalara. Fue tendido en una cama y examinado detenidamente; el corte había sido en la tráquea, y un desmayo había seguido a la fuerte pérdida de sangre; pero pronto pudo notarse que todavía conservaba vida y aún había esperanzas. El médico colocó el cuerpo en la debida posición, juntó las partes separadas y colocó un vendaje. Todos pasaron la noche sin dormir y llenos de cuidados. El niño no quería separarse de Natalia. Guillermo estaba sentado a sus pies en un taburete; tenía los pies de la criatura en sus rodillas; la cabeza y el pecho descansaban en las de la dama, y de este modo se repartían la agradable carga y la preocupación dolorosa, permaneciendo hasta que rompió el día en aquella incómoda y triste situación. Natalia le había dado su mano a Guillermo; no decían palabra; miraban al niño y se miraban uno a otro. Lotario y Yarno estaban sentados en un extremo de la estancia, sumidos en una importante conversación, que con gusto comunicaríamos aquí a nuestros lectores si los acontecimientos no agobiaran tanto. El niño dormía dulcemente; despertose muy alegre por la mañana temprano, alzose de un salto y pidió un emparedado.

Tan pronto como Agustín se hubo repuesto algún tanto, procuraron obtener de él algunas explicaciones. Súpose, no sin trabajo y sólo poco a poco, que, como a consecuencia de la desgraciada dislocación del conde había sido instalado en el mismo cuarto del abate, había encontrado el manuscrito y leído en él su historia; había sido sin igual su horror, y se había convencido de que no le era lícito vivir por más tiempo; al punto había acudido a su habitual refugio del opio, habíalo mezclado en un vaso de leche de almendras, y al llevárselo a los labios se había abstenido de beber, lleno de espanto; habíalo dejado después sobre la mesa, para correr aún al jardín y ver por última vez el mundo, y a su vuelta había encontrado al niño ocupado en volver a llenar el vaso de que había bebido.

Rogábanle al desdichado que se serenara; cogía éste convulsivamente una mano de Guillermo:

-¡Ay! -decía-, ¿por qué no te he abandonado hace ya tiempo? Bien sabía yo que había de matar al niño y él a mí.

-El niño vive -dijo Guillermo.

El médico que había escuchado atentamente, preguntole a Agustín si toda la bebida estaba envenenada.

-No -respondió aquél-; sólo la del vaso.

-Por tanto -exclamó el médico-, por la casualidad más dichosa, el niño ha bebido de la botella. Un buen genio guió su mano para que no cogiera la muerte que tan cerca de él estaba preparada.

-¡No!, ¡no! -exclamó Guillermo, gritando y tapándose los ojos con las manos-; ¡esta declaración es espantosa! El niño ha dicho terminantemente que no bebió de la botella, sino

del vaso. Su salud es sólo aparente; cuando menos lo pensemos se nos irá de entre las manos.

Salió corriendo; el médico bajó tras él y preguntole a la criatura, acariciándolo:

-¿No es verdad, Félix, que bebiste de la botella y no del vaso?

El niño comenzó a llorar. El médico refiriole secretamente a Natalia lo que había ocurrido; también ella se esforzó en vano para obtener la verdad del niño, el cual lloraba cada vez más vivamente y sus lágrimas corrieron durante tanto tiempo, que acabó por dormirse.

Guillermo veló a su lado; la noche transcurrió tranquila. A la otra mañana encontraron a Agustín muerto en su lecho; había burlado la vigilancia de sus enfermeros por medio de un fingido reposo, había soltado su vendaje y se había desangrado. Natalia salió de paseo con el niño; estaba contento, como en sus más dichosos días.

-Tú eres buena -díjole Félix-, tú no me riñes ni me pegas, y quiero decirte que bebí por la botella; mamá Aurelia me pegaba siempre en los dedos cuando cogía la garrafa; el padre me mira muy enojado y creo que va a pegarme.

Como en un vuelo corrió Natalia al castillo; Guillermo salió a su encuentro, aún lleno de congoja.

-¡Padre dichoso -le gritó ella, levantando al niño y poniéndolo en sus brazos-, aquí tienes a tu hijo! Bebió por la botella; su mala educación lo ha salvado.

Refiriéronle al conde el feliz desenlace; escucholo con la confianza sonriente, silenciosa y modesta con que se soporta una equivocación en labios de buenas personas. Yarno, atento a todo, no podía explicarse aquella vez tan alta satisfacción de sí mismo, hasta que, por último, al cabo de muchos rodeos, supo que el conde estaba convencido de que el niño había tomado realmente el veneno, pero que él, con su oración y la imposición de sus manos, le había conservado la vida milagrosamente. Entonces decidió partir al instante; como de costumbre, sus equipajes estuvieron hechos en un momento, y al despedirse, la hermosa condesa cogió una mano de Guillermo antes de haber soltado la de su hermana, estrechó una contra otra entre las suyas, volviose rápidamente y subió al coche.

Tantos acontecimientos, espantosos y extraordinarios, que se habían precipitado unos sobre otros forzaron a un desacostumbrado género de vida y lo pusieron todo en desorden y confusión, trayendo una especie de agitación nerviosa a la casa. Las horas de dormir y de velar, de comer y de beber y de estar reunidos estaban cambiadas y revueltas. Fuera de Teresa, nadie seguía sus carriles; los hombres trataban de restablecer su buen humor mediante fuertes bebidas, y, al proporcionarse una animación ficticia, alejaban la natural, que es la única que nos suministra alegría y actividad verdaderas.

Guillermo estaba agitado y conmovido por las más violentas pasiones, cuyas inesperadas y espantosas sacudidas habían puesto su interior en tal estado que le era

imposible resistir al amor que se había apoderado tan fuertemente de su pecho. Había recobrado a Félix, y, sin embargo, parecía faltarle todo; estaban allí las cartas de Werner con giros, no carecía de nada para su viaje, sino de ánimos para alejarse. Todo le impulsaba a partir. Podía sospechar que Lotario y Teresa sólo esperaban que se alejara él para casarse. Yarno estaba, contra su costumbre, silencioso, y casi hubiera podido decirse que había perdido algo de su serenidad habitual. Felizmente, el médico ayudó en cierto modo a nuestro amigo en aquella perplejidad, declarándole enfermo y dándole algunos medicamentos.

La sociedad reuníase siempre por las noches, y Federico, el hombre petulante, que de costumbre bebía más vino del debido, apoderábase de la conversación y, a su manera, hacía reír a todos con cien citas y alusiones a lo Eulenspiegel, no siendo raro que los pusiera en confusión al permitirse pensar en voz alta.

Parecía no creer absolutamente nada en la enfermedad de su amigo. Una vez, cuando estaban reunidos, exclamó:

-¿Cómo se llama esa enfermedad, doctor, que ha atacado a nuestro amigo? ¿No conviene aquí ninguno de los tres mil nombres con que decoran ninguno de los tres mil nombres con que decoran ustedes su ignorancia? Por lo menos, no han faltado casos análogos. Preséntase uno de ellos -prosiguió en tono enfático- en la historia de Egipto o Babilonia.

La sociedad mirábase sonriente.

-¿Cómo se llamaba aquel rey? -exclamó, y se detuvo un momento-. Si no queréis ayudarme -continuó diciendo-, tendré que valérmelas por mí mismo.

De pronto abrió las hojas de la puerta de entrada, y señalando al gran cuadro que estaba en la antesala, prosiguió:

-¿Cómo se llama ese barba de chivo con corona que allí se ve, desolándose a los pies del lecho de su hijo enfermo? ¿Cómo se llama la bella que allí entra y que a un tiempo trae en sus ojos, maliciosos y modestos, el veneno y el contraveneno? ¿Cómo se llama el chapucero del médico que sólo en este momento es atravesado por un rayo de luz y encuentra por primera vez en su vida ocasión de prescribir una receta razonable, de presentar un remedio que cura radicalmente y que es tan sabroso como saludable?

Prosiguió baladroneando en este tono. La sociedad tomábalo lo mejor que podía y ocultaba su confusión bajo una forzada sonrisa. Un ligero rubor cubrió las mejillas de Natalia, y traicionó las emociones de su corazón. Felizmente, paseaba de un extremo a otro con Yarno; cuando llegaron a la puerta salió con un prudente movimiento, dio algunas vueltas por la antesala y retirose después a su cuarto. La reunión estaba silenciosa. Federico comenzó a cantar y a bailar.

-¡Oh!, ¡habéis de ver milagros! Lo pasado está pasado, lo que está dicho está dicho. Antes de que amanezca debéis de ver milagros.

Teresa había seguido a Natalia; Federico arrastró al médico delante del gran cuadro, pronunció un risible elogio de la medicina y después desapareció.

Lotario había permanecido hasta entonces en el hueco de una ventana y contemplaba el jardín sin moverse. Guillermo se hallaba en la situación más tremenda, y aunque entonces se veía solo con su amigo, permaneció en silencio durante algún tiempo, recorrió con rápida mirada su historia pasada, y, por último, miró con espanto su situación presente; después se alzó bruscamente y exclamó:

-Si soy culpable de lo que ocurre, de lo que nos sucede a ustedes y a mí, castígueme usted. Para completar mis restantes dolores, príveme usted de su amistad y deje que vaya sin consuelo por el vasto mundo en el que hace tiempo que hubiera debido perderme. Pero si ve usted en mí la víctima de una complicación casual y cruel de la que me fue imposible libertarme, deme usted la seguridad de que su afecto y amistad me acompañarán durante un viaje que no debo diferir más tiempo. Llegará un día en que pueda decirle lo que me ocurre en este momento. Acaso sufro ahora este castigo por haber vacilado en mostrarme a usted tal como soy; usted me habría socorrido; usted me habría ayudado a libertarme en el debido momento. Pero, una y otra vez, siempre es demasiado tarde y siempre en vano cuando se abren mis ojos para verme a mí mismo. ¡Cuánto merezco las censuras de Yarno! ¡Cómo creía haberlas comprendido! ¡Cómo esperaba poder utilizarlas para comenzar una vida nueva! ¿Podré hacerlo? ¿Deberé hacerlo? En vano los hombres nos acusamos a nosotros mismos, en vano acusamos al destino. Somos desgraciados y destinados a la desgracia, y ¿no es absolutamente igual que sea nuestra propia culpa, una influencia superior o la casualidad, la virtud o el vicio, la sabiduría o la locura lo que nos precipite en la perdición? ¡Adiós! No permaneceré un momento más en esta casa, en la que he faltado tan espantosamente, contra mi voluntad, a los deberes de la hospitalidad. Es imperdonable la indiscreción de su hermano, lleva hasta el más alto grado mi desgracia; me conduce a la desesperación.

-Y ¿si su unión con mi hermana -repuso Lotario, cogiéndole la mano- fuera la condición secreta bajo la cual se ha resuelto Teresa a darme su mano? Tal indemnización ha pensado para usted la noble muchacha; ha jurado que esta doble pareja irá en un mismo día al altar. «Su inteligencia me ha elegido -dijo ella-; su corazón aspira a Natalia, y mi inteligencia quiere ir en ayuda de su corazón». Nos pusimos de acuerdo para observarlos a Natalia y a usted; comunicamos nuestro secreto al abate, al cual tuvimos que prometer que no daríamos ningún paso para favorecer esta unión, sino que dejaríamos que todo siguiera su curso. Lo hemos hecho así. La naturaleza ha actuado y mi aturdido hermano no ha hecho otra cosa que sacudir la fruta ya madura. Permita usted, ya que estamos tan singularmente unidos, que no llevemos una vida vulgar; despleguemos todos juntos una noble manera de ser activos. Es increíble lo que un hombre educado puede hacer, para sí y para los otros, cuando, sin querer dominar, tiene ánimos para ser tutor de muchas gentes, llevándolas a que hagan, en el debido momento, lo que todas harían con gusto; conduciéndolas hacia un fin que la mayor parte ven con claridad ante sus ojos, faltándoles sólo el camino para llegar a él. Formemos con este propósito una alianza; no es una fantasía, es una idea que puede ejecutarse muy bien y que frecuentemente, aunque no siempre con clara conciencia de ello, ha sido realizada por hombres excelentes. Mi hermana Natalia es un vivo ejemplo de ello.

Siempre será incomparable el modo de proceder que la Naturaleza ha prescrito a su alma hermosa. Sí; merece este nombre honorífico antes que ninguna otra persona; más aún, si puedo hablar así, que nuestra misma noble tía, la cual, en el tiempo en que nuestro buen médico ordenó aquel manuscrito, era el más hermoso carácter que teníamos en nuestra esfera. Después se ha desenvuelto Natalia y la humanidad se regocija con tal aparición.

Quería seguir hablando, pero Federico entró precipitadamente y con grandes gritos.

-¿Qué corona merezco? -exclamó-. ¿Con cuál me recompensaréis? ¡Entretejed mirtos, laureles, yedras, el roble más fresco que podáis encontrar! Tales son los merecimientos que tenéis que coronar en mí. ¡Natalia es tuya! Yo soy el brujo que ha descubierto ese tesoro.

-Delira y yo me voy -dijo Guillermo.

-¿Has recibido de alguien la comisión de hablar así? -dijo el barón deteniendo a Guillermo.

-Hablo por mi propio poder y fuerza -replicó Federico-, y también por la gracia de Dios, si así lo queréis; tan verdad como he de ser compañero del novio es que estoy aquí de embajador; he escuchado a la puerta; ella le ha confesado todo al abate.

-¡Descarado! -dijo Lotario-. ¿Quién te manda escuchar?

-¿Quién les manda encerrarse? -repuso Federico-; lo he oído todo muy claro; Natalia estaba muy emocionada. Aquella noche, cuando el niño parecía tan enfermo y descansaba a medias sobre las rodillas de ella, cuando tú estabas sentado inconsolable a sus pies y compartías con ella la querida carga, hizo la promesa de que, si el niño se moría, te consagraría su amor y te ofrecería ella misma la mano; ahora que el niño vive, ¿por qué había de cambiar de opinión? Lo que una vez se promete de ese modo, se cumple bajo cualquier condición. Ahora vendrá el clérigo y pensará que os trae nuevas maravillosas.

El abate entró en la habitación.

-¡Ya lo sabemos todo! -gritole Federico-; abreviemos, porque usted no viene más que para las formalidades; otra cosa no se desea de señores como usted.

-Ha escuchado a la puerta -dijo el barón.

-¡Qué mal educado! -exclamó el abate.

-Bueno, de prisa -replicó Federico-, ¿a qué se reducen las ceremonias? Pueden contarse por los dedos; tenéis que viajar; la invitación del marqués os viene magníficamente. Una vez que estéis al otro lado de los Alpes, todo se arreglará en la familia; las gentes os estarán agradecidas si acometéis algo extraordinario; les proporcionáis una diversión que no necesitan pagar. Es como si dierais un baile público; todas las clases sociales pueden participar en él.

-Cierto que ya ha adquirido usted ante el público muchos merecimientos con tales fiestas populares -replicó el abate-, y según parece no podrá decir hoy ni una palabra más aquí.

-Si no es todo tal como yo lo digo -replicó Federico-, enséñenos usted algo mejor. ¡Vamos a su cuarto! ¡Vamos a su cuarto! Tenemos que verla y regocijarnos.

Lotario abrazó a su amigo y lo condujo junto a su hermana, ella salió a su encuentro con Teresa; todos guardaban silencio.

-No vaciléis -exclamó Federico-; dentro de dos días tenéis que estar preparados para el viaje. ¿Qué piensa usted, amigo mío? -prosiguió, dirigiéndose a Guillermo-. Cuando nos conocimos, cuando le pedí a usted aquel hermoso ramillete, ¿quién hubiera imaginado que alguna vez iba a recibir usted una flor como ésta de mis manos?

-¡No me recuerde usted aquellos tiempos en esta hora de la dicha más alta!

-No debe usted avergonzarse de ellos, lo mismo que no debe uno avergonzarse de su origen. Aquellos tiempos eran buenos y tengo que echarme a reír cuando te miro: te presentas ante mí como Saúl, el hijo de Cis, que salió para buscar las pollinas de su padre y se encontró con un reino.

-No conozco el valor de un reino -replicó Guillermo-; pero sé que he alcanzado una dicha que no merezco y que no cambiaría por nada del mundo.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO

_____

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

editorial del cardo